CHUCK WENDIG

EL LIBRO DE LOS ACCIDENTES

«El miedo, la trascendencia, el ritmo, los giros…
No había sentido nada así desde que leí *El resplandor*»
Stephen Graham Jones

Rocaeditorial

El libro de los accidentes

Chuck Wendig

Traducción de David Tejera Expósito
Revisión de Juan Manuel Santiago

EL LIBRO DE LOS ACCIDENTES

Chuck Wendig

«CHUCK WENDIG ES LA NUEVA VOZ DEL TERROR ESTADOUNIDENSE MODERNO. EL LIBRO DE LOS ACCIDENTES ES UNA OBRA MAESTRA.»

ADAM CHRISTOPHER, AUTOR DE *STRANGER THINGS: A OSCURAS EN LA CIUDAD*

Hace mucho tiempo, Nathan vivía en una casa de campo con un padre maltratador, y nunca le ha contado a su familia lo que ocurrió allí.

Hace mucho tiempo, Maddie era una niña que jugaba a las muñecas en su habitación y vio algo que no tendría que haber visto… Y ahora intenta recordar aquel momento traumático creando unas esculturas inquietantes.

Hace mucho tiempo, algo siniestro y voraz deambulaba por los túneles y las montañas y las minas de carbón de su ciudad natal en la zona rural de Pensilvania.

Ahora, Nate y Maddie Graves están casados y han regresado a ese lugar con su hijo, Oliver. Y ahora, lo que ocurrió hace mucho tiempo ha empezado a ocurrir otra vez… Y le está ocurriendo a Oliver. Conoce a un chico muy extraño que se convierte en su mejor amigo, un chico con secretos y afinidad por la magia negra.

Esa magia negra los lleva al epicentro de una batalla entre el bien y el mal, un enfrentamiento por conservar el alma de la familia… Y puede que incluso la del mundo entero. Pero la familia Graves tiene un arma secreta: el amor que se profesan los unos a los otros.

ACERCA DEL AUTOR

Chuck Wendig es novelista, guionista y diseñador de videojuegos.

Best seller de *The New York Times*, es autor de *Blackbirds*, *Double Dead*, *Dinocalypse Now* y de la trilogía *Star Wars: Aftermath*, así como de los *thrillers* de Miriam Black, los libros de *Atlanta Burns* y *Zer0es* e *Invasive*, junto con otros trabajos en cómics, juegos y películas. Es coguionista del cortometraje *Pandemic*, el largometraje *HiM* y fue nominado a un Premio Emmy por su trabajo digital en *Collapsus*. Fue finalista del Premio John W. Campbell al mejor escritor novel y fue alumno del Sundance Screenwriters Lab. También es conocido por su blog *Terribleminds*. En 2021 Roca Editorial publicó su aclamada novela Los *sonámbulos*. La presente, *El libro de los accidentes*, ha sido nominada al Premio Bram Stoker y considerada como uno de los mejores libros del año.

ACERCA DE LA OBRA

«El libro de los accidentes es la obra magna de Chuck Wendig. Rebosante de imaginación y humanidad, es un pequeño rayo de esperanza para un mundo que se ahoga en la crueldad. Lo mejor de Wendig hasta el momento.»
Christopher Golden

«Solo Chuck Wendig puede combinar el terror, la fantasía y la ciencia ficción en un *thriller* tan divertido como estremecedor, tan inteligente como misterioso, tan tierno como aterrador. Un recorrido mágico.»
Alma Katsu

«*El libro de los accidentes* de Chuck Wendig me transportó a la época dorada de las novelas de terror que tanto me gustaban cuando era niño.»
Dan Chaon

«En la tradición de los libros de Stephen King, Wendig ve lo cósmico y aterrador a través de la lente de lo doméstico, anclando sus visiones de lo sublime en la arena de lo familiar.»
John Langan

«Una dosis inolvidable de terror de primer nivel que golpea nuestros

miedos centrales más básicos.»
Álex Segura

«Una historia universalmente aterradora y visceralmente íntima. Wendig explora de manera brillante una verdad dolorosa: al final, todos nos perseguimos a nosotros mismos. No podía dejar de leer.»
Kiersten White

Índice

PRÓLOGO 1
PRÓLOGO 2
PRIMERA PARTE
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- Interludio

SEGUNDA PARTE
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22
- 23
- 24

25
26
27
28
29
Interludio
TERCERA PARTE
30
31
32
33
34
35
36
Interludio
CUARTA PARTE
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
Interludio
QUINTA PARTE
48
49
50
51
52
53

54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
Interludio
SEXTA PARTE
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
SÉPTIMA PARTE
77
78
79
80
EPÍLOGO
Posfacio y agradecimientos

A la mierda: este me lo dedico a mí

—Un padre —dijo Steven, batallando contra la desesperación— es un mal necesario.

JAMES JOYCE, *Ulises*

Que la confusión se apodere de las fuerzas del mal cuando marchen hacia tu casa.

GEORGE CARLIN

PRÓLOGO 1

Cabalgar un rayo

Edmund Walker Reese era un hombre de números. No un contable ni un matemático, sino alguien con intereses mundanos. Y ahora estaba allí, en el Centro Correccional de Blackledge, atado a una silla eléctrica haciendo cálculos.

Tres eran los guardias que lo habían llevado hasta allí.

Habían pasado junto a otros siete prisioneros que también estaban en el corredor de la muerte, cada uno de ellos en su celda.

Habría un verdugo también, alguien anónimo que tiraría de la palanca, aquel que acabaría con la vida de Edmund Reese.

Eran las diez de la noche de un martes. El segundo martes de marzo de 1990.

(A fin de cuentas, el tiempo también era un número.)

Pero había detalles que aún desconocía, por lo que preguntó al más viejo de los guardias, que había empezado a cortarle el jersey de la prisión para colocarle los electrodos. (Ya le había afeitado la pierna esa mañana, justo antes de que Edmund Walker Reese, Eddie para esos amigos que no tenía, diese buena cuenta de su última comida: un sencillo y saludable cuenco de sopa de pollo con fideos.)

El más anciano de los guardias, un tipo llamado Carl Graves, tenía unas patillas tan grises y despeinadas que parecían volutas de niebla que le colgaran sobre los carrillos. (Aunque el pelo que le cubría la cabeza era negro, como si la edad aún no le hubiese diluido todo el color.) Tendría más de cuarenta años, como mucho cincuenta y pocos, eso era difícil de adivinar. El aliento le olía un poco amargo: a whisky barato, puede que Walker. Carl no se emborrachaba, en realidad, pero siempre estaba bebiendo. (También fumaba, aunque ahora el whisky debía haber enmascarado el olor.) La bebida explicaba que Graves

siempre pareciera estar entre cansado y enfadado. Pero el whisky también lo llevaba a ser sincero, y por eso le caía bien a Edmund. Tan bien como podría caerle cualquiera, a decir verdad.

Reese reprendió al guardia que le había empezado a cortar la pernera del mono.

—Cuidado con mi pierna izquierda. Tengo una herida.

—¿Fue la que te hizo la chica? —preguntó Graves.

Pero Reese no respondió. En lugar de eso, dijo:

—Dime más. Más números. ¿Cuántos voltios tiene la silla?

El guardia se sorbió los mocos, se puso en pie y dijo:

—Dos mil.

—¿Sabes las dimensiones de la silla? ¿El peso? ¿La anchura y esas cosas?

—Ni lo sé ni me importa.

—¿Habrá público? ¿Cuántos?

Graves miró la ventana que quedaba frente a Edmund; tenía una persiana de metal que en ese momento estaba bajada.

—Sí, Eddie, tendrás mucho público. —Graves lo llamaba por su apodo aunque no fuesen amigos, en ningún sentido, pero a Edmund no le importaba—. Al parecer, hay mucha gente que quiere ver cómo te fríen.

La crueldad cruzó la mirada de Carl Graves como una cerilla encendida. Edmund reconocía esa crueldad, y le gustaba.

—Sí, sí —dijo Edmund, incapaz de ocultar su irritación. Le picaba la piel. Le dolía la mandíbula—. Pero ¿cuántos? El número, por favor.

—Detrás de esa ventana hay doce. Seis civiles invitados por el alcaide y el gobernador, y seis periodistas.

—¿Eso es todo?

—Hay más mirando por las cámaras de la prisión. —Carl Graves señaló la cámara que había en un rincón y cuyo atento objetivo apuntaba hacia la silla, sin parpadear, como si no quisiese perderse lo que estaba a punto de ocurrir—. Otros treinta.

Reese hizo los cálculos.

—Cuarenta y dos. Buen número.

—Ah, ¿sí? Lo que tú digas. —Graves se apartó mientras el otro

guardia, un imbécil enorme que parecía que se había cortado el pelo con un cortacésped, se acercó con un gruñido y empezó a colocar los electrodos en la cabeza también rapada de Edmund. Carl volvió a sorberse los mocos—. Ya sabes. Eres especial.

«Soy especial», pensó Edmund. Sabía que era cierto, o que lo había sido en el pasado. No estaba seguro de que lo fuese ahora. En otro momento, había tenido una misión. Le habían dado vida, luz y también una misión. Un cometido sagrado, según le dijeron. Lo habían bendecido, consagrado, santificado y profanado. Pero, si ese era el caso, ¿qué es lo que hacía ahí? Cazado como una mosca dentro de una mano que se había cerrado muy despacio. Frustrado cuando iba por la Número Cinco. ¡Solo la Número Cinco! Aún le quedaba mucho que hacer.

—¿Cómo de especial? —preguntó, porque quería oírlo.

—Esta silla. Ahumadita. La mayoría de las sillas eléctricas tienen nombre, y a muchas las llaman Chispas, pero aquí en Filadelfia las llamamos Ahumadita. Pues esta lleva en el almacén desde 1962. El último cabrón al que freímos en esta cosa fue Elmo Smith, violador y asesino. Y luego dejaron de usarla. Hemos recibido nueve órdenes de ejecución desde la de Elmo, pero las recurrieron todas y se libraron. Y ahora te toca a ti, Eddie. El diez de la suerte.

Los números se entremezclaron en la mente de Eddie y empezaron a practicar un baile tradicional. Nada matemático. Pero él buscaba algo. Patrones. Verdad. Un mensaje sagrado.

—El número diez no suele relacionarse con la suerte —dijo Edmund, que hizo un mohín con los labios—. ¿Qué número soy?

—El diez. Ya te lo he dicho.

—No, me refiero que a cuántos ha habido antes de mí. ¿Cuántos han muerto en esta silla?

Graves miró al guardia enorme y pelirrojo en busca de una respuesta. El enorme pelirrojo dijo:

—Antes que a él hemos dejado muy hechos a trescientos cincuenta.

—Eso te convierte en el número trescientos cincuenta y uno —dijo Graves.

Edmund pensó en el número. Trescientos cincuenta y uno.

¿Qué significaba? Tenía que significar algo. Porque que no significase nada, que su esfuerzo hubiese valido una mierda apestosa, acabaría con él. Acabaría con él de una manera diferente a como lo haría la silla eléctrica en la que se encontraba. Acabaría de una manera mucho peor que esas chicas…

«No —se reprendió a sí mismo—. No eran chicas. Solo eran cosas. Un número. Un propósito. Un sacrificio.»

La Número Uno con esas trenzas. La Número Dos con las uñas pintadas. La Número Tres con la marca de nacimiento justo debajo del ojo izquierdo. La Número Cuatro con el rasguño en el codo. La Número Cinco…

La rabia se apoderó de él, y Edmund se puso tenso en la silla, como si ya lo hubiesen electrocutado.

—Tranquilo, Eddie —dijo Graves. Después, el mayor de los guardias se inclinó hacia él y volvió a ver ese trasfondo de maldad en su mirada —. Estás pensando en ella, ¿verdad? En la que se escapó.

Edmund sintió por unos instantes que el tipo había visto quién era de verdad. Es posible que Graves se hubiese ganado el derecho a usar su apodo.

—¿Cómo lo sabías?

—Porque lo sé. Trabajo aquí en el corredor de la muerte desde hace mucho, y antes trabajaba con presos normales. Empecé cuando tenía dieciocho años. Al principio lo mantienes a raya, intentas contenerlo. Pero es como el agua de las mareas, que no deja de romper contra tu playa y se lleva un poco de tu arena cada vez que lo hace, día tras día. Te sala y te encurte como si fueses carne de cerdo. Se cuela en tus entrañas. Terminas por reconocerlo. Me refiero al mal. Sabes cómo piensa. Cómo es. Lo que quiere. —Graves se humedeció los labios—. ¿Sabes ese coto de caza tuyo? Donde atrapaste a esas chicas…

«A esas cosas.»

—Estaba cerca de mi casa. La noticia asustó a mi mujer. A mi hijo.

—A ellos no iba a hacerles nada.

—No, supongo que no. Solo a las chicas. Jóvenes. Cuatro muertas. Y la quinta no, porque, bueno… Tuvo suerte, ¿verdad?

—La Número Cinco escapó —dijo Edmund, apenado.

—Y cuando escapó, te pillaron a ti.

—No deberían haberme atrapado.

Una sonrisa maliciosa cruzó el rostro de Graves.

—Pero aquí estás. —El guardia le dio una palmadita en la rodilla—. Tienes que saber que quien la hace la paga, Eddie. Uno siempre recibe lo que merece.

—Tú también lo recibirás.

—Si tú lo dices.

Lo amarraron con las cinchas, comprobaron los electrodos una vez más y le informaron de lo que iba a ocurrir. Le preguntaron otra vez si quería que hubiese un capellán presente, pero él ya se había negado y volvió a hacerlo con las mismas palabras: «Tengo un maestro en esta vida, y el demonio no está aquí». Le explicaron, casi entre risas, que al otro lado de la puerta se encontraba el comisario de la prisión al teléfono con la oficina del gobernador por si había algún «aplazamiento de última hora». Graves rio al decir esas últimas palabras. Le explicaron que sus restos acabarían en una fosa común, ya que a Edmund Reese no le quedaba familia en aquel mundo.

Y luego se abrieron las persianas metálicas.

Edmund vio a los testigos y al público que se había reunido para verlo morir. Estaban sentados, ansiosos y aterrorizados a partes iguales, cautivados por esas sensaciones antagónicas como hierros entre dos imanes muy potentes. El verdugo conectó la silla, subió el amperaje y luego se acercó al panel para pulsar el interruptor, que no era una palanca de aspecto cómico tipo Frankenstein en la pared de la que tirar hacia abajo con dramatismo, sino un simple interruptor blanco, tan pequeño que se podía pulsar con tan solo el pulgar.

Luego movió el pulgar y…

Edmund Reese sintió como el mundo se encendía a su alrededor, brillante y grandioso. Todo quedó bañado por una oleada de blanco. Se sintió caer de repente, y luego todo lo contrario, como si lo agarrasen unas manos invisibles. Era la manera en la que suponía que se sentía una vaca cuando quedaba atrapada en un tornado. Lo único que recordaba después de eso es desaparecer de la silla, de ese mundo. No recordaba haber muerto. No…

Solo convertirse en algo diferente, y también encontrarse en un lugar distinto.

PRÓLOGO 2

Han encontrado al chico

Mike O'Hara, el cazador, no era un hombre sofisticado, pero soñaba con faisán a la cazuela. Era una receta de familia que había pasado de su abuela a su padre y luego a él y sus hermanos Petey y Paul. Pero a ellos les importaba una mierda el faisán a la cazuela o cazar como hacía su padre, por lo que Mike cazaba solo. Otra vez. Y en especial aquel día, que era el cumpleaños de su padre. O lo habría sido.

«Descansa en paz, viejo.»

Mike no era un gran cazador, y los faisanes eran complicados de encontrar por la zona hoy en día. Deambuló cada vez más lejos por el campo en busca de una buena pieza a la que esperaba no asustar. Encima no tenía perro. Tenía que hacerlo todo solo, por lo que fue avanzando despacio y metódicamente, como le había enseñado su padre.

Pero no dejaba de divagar. Pensó en su padre, que había muerto de un accidente cerebrovascular, un coágulo que se le había metido en el cerebro como si fuese una bala. Pensó en las deudas de Petey y los problemas de hígado de Paul a causa de la bebida. Recordó ser un niño y nadar en una presa que no estaba muy lejos de allí. Divagaba su mente y también lo hacían sus pies, que no prestaban demasiada atención al lugar hacia al que se dirigían, hasta que encontró una hilera de fresnos marchitos, carcomidos y medio muertos por culpa de esos escarabajos que se alimentaban de ellos y que habían dejado como huesos las antaño frondosas ramas. Detrás de los árboles vio la boca de la mina Ramble Rocks. Las enredaderas y la hiedra venenosa cubrían la entrada, como si la naturaleza hubiese decidido recuperar lo que era suyo.

Mike siguió caminando. La maleza crujía bajo sus pies mientras

avanzaba. Quería conseguir una pieza por todos los medios, para honrar a su padre. Creía que era lo mejor que podía hacer por él.

Continuó, paso a paso. Perdido en sus pensamientos…

Y luego algo salió disparado de un matorral.

El estruendo de un batir de alas y una sombra oscura que se movió de derecha a izquierda. Mike vio un atisbo de rojo alrededor de los ojos, el anillo blanco alrededor del cuello. Dio un paso atrás con torpeza, mientras se colgaba el fusil del hombro y cogía la escopeta para disparar. Apretó el gatillo y…

«¡Joder! El seguro…»

Un chasquido rápido, alzó el arma para compensar el arco del vuelo del ave y…

Pum.

El pájaro empezó a retorcerse en el aire, giró en espiral y luego cayó de cabeza contra el prado de césped seco.

«¡Lo he conseguido!»

Faisán a la cazuela.

Le pitaban los oídos y notaba el olor intenso de la pólvora quemada en las fosas nasales. Parpadeó a causa del humo de la escopeta y…

Vio a esa personita frente a él.

—¡Por los clavos de Cristo! —gritó, sin dejar de parpadear.

Delante de él se encontraba un niño cubierto de sangre. Lo primero que pensó fue: «He disparado a un niño», pero eso no tenía sentido, ¿verdad? Respiró hondo y vio que la sangre del niño no era reciente. Estaba seca. Coagulada. Le cubría la mitad del rostro y tenía un ojo oculto detrás de una costra dura.

Llevaba una camiseta blanca normal, pero la mitad de ella estaba negra debido a la sangre reseca. Tenía los labios tan agrietados que parecían estar cubiertos de sal, y la piel le amarilleaba por la ictericia.

—Buenas —dijo Mike, que no sabía muy bien qué decir.

—Hola —respondió el chico. Tenía la voz quebrada y sonreía un poco, como si se alegrase de verlo por alguna razón.

—¿Estás bien?

Sabía que era una pregunta estúpida y que el niño no estaba bien, pero a lo mejor le sentaba bien hablar para no darse cuenta de lo mal

que estaba. La hija de Mike era así. Missy era muy propensa a los accidentes y, en una ocasión, se había hecho un corte en la cabeza con una mesilla de cristal y habían tenido que ponerle tres puntos. El truco estaba en hacerle ver que no estabas enfadado. Fingías que todo iba bien y ella creía que iba bien. No lloró porque nunca le dejaron ver el mal aspecto que tenía y que parecía exhibir una máscara de sangre en la cara.

Como aquel chico. Parecía que tenía una máscara de sangre en la cara.

«No lo asustes. Puede que no lo sepa.»

Mike le volvió a preguntar:

—¿Estás bien, chaval?

—Estoy fuera.

Las dos palabras hicieron que el estómago de Mike diese un vuelco, aunque no supo muy bien por qué. Y tampoco tendría la oportunidad de averiguarlo.

—¿Fuera de dónde?

—De la mina.

Mike parpadeó. Se dio cuenta en ese momento. Conocía a ese chico. O sabía quién era, al menos. Se había olvidado de su nombre, pero vivía por la zona. Se había perdido hacía… ¿Cuánto? ¿Unos tres o cuatro meses? No, antes incluso. Antes de que acabase el colegio. A principios de mayo. Esa fue la época en la que empezaron a colgar los carteles, cuando le llegó al teléfono un mensaje para avisarlo. La gente hablaba al respecto, pero siempre había algún niño que se perdía, y también había rumores de que se había fugado porque tenía una familia de mierda…

Mike lo vio con otros ojos. Es posible que se hubiese escapado.

Y quizá luego se había perdido en la antigua mina de carbón.

Pero ¿cómo narices había sobrevivido tanto tiempo? No era posible.

Mike soltó la escopeta en el suelo y levantó ambas manos.

—Me llamo Mike. ¿Recuerdas tu nombre?

—Puede.

—Vale. —Dio un paso al frente—. Llevas perdido un tiempo, ¿no?

El chico dejó de mirarlo con el único ojo que se le veía y centró la

vista en el horizonte. O puede que más allá incluso, en un punto más allá del tiempo y del espacio.

—Mira, esto es lo que vamos a hacer —dijo Mike—. Voy a ir hacia allí, ¿vale? Te ayudaré a salir de aquí. Tengo la furgoneta a medio kilómetro. Se llega rápido a pie. Puedo llevarte a un hospital.

El chico no dijo nada. Ni siquiera pareció oír la pregunta. Por lo que Mike siguió avanzando. Paso a paso. Y una pequeña parte de él pensó:

«Joder. Ojalá encontrase ese faisán al que le pegué el tiro».

Faisán a la cazuela…

Avanzó. Cerca, más cerca.

Inclinó una rodilla y extendió un brazo hacia el chico.

—Vale. Ven. Vamos a llevarte a un lugar seguro. Relájate…

La mano del chico se estremeció.

Había algo en ella. La retorció, giró la muñeca y fue en ese momento cuando Mike vio el pico. Antes no estaba ahí. Era imposible. ¿Acaso lo ocultaba detrás de la espalda? ¿Lo había sacado de la mina? Estaba claro que tenía el aspecto del pico de un minero. Parecía demasiado pesado para la mano del chaval, pero él lo aferraba con mucha fuerza y sus nudillos estaban blancos.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Mike.

El niño se movió rápido.

Mike sintió una presión muy fuerte contra la sien. Intentó gritar, retroceder, pero fue incapaz de hacer ninguna de las dos cosas. Notó que algo húmedo le resbalaba por la mandíbula. Sintió la cabeza pesada. No podía mantenerla erguida y le cayó hacia la izquierda.

«Vaya, qué calor hace aquí —pensó—. Hay mucha humedad para ser octubre.»

Y luego perdió fuerza en las piernas y cayó hacia atrás, sobre el coxis. Los arbustos crujieron bajo su peso.

El chico se colocó en pie frente a él mientras sangraba. Con pose majestuosa como un pequeño rey. Ya no tenía pico alguno en la mano.

«Faisán a la cazuela. —Mike recordó que tenía que comprar una botella de brandy de camino a casa—. Va a estar buenísimo.»

Se humedeció los labios y la boca se le llenó de sangre, mientras el chaval seguía de pie frente a él y la oscuridad de la muerte le hacía

perder la consciencia.

PRIMERA PARTE

Un trato de un dólar con los moribundos

El accidente de la mina Darr en Van Meter, municipio de Rostraver, condado de Westmoreland, Pensilvania, cerca de Smithton, acabó con la vida de doscientos treinta y nueve hombres y jóvenes el 19 de diciembre de 1907. Se considera uno de los peores accidentes mineros de la historia estatal.

Una investigación llevada a cabo después de los hechos determinó que la explosión fue provocada por los mineros que llevaban faroles abiertos en una zona que el supervisor había acordonado el día anterior. La Pittsburgh Coal Company, propietaria de la mina, no ha admitido responsabilidad alguna.

—Entrada en la WIKIPEDIA relativa al accidente de la mina Darr

1

Acúfeno

Oliver era así:

Un chico de quince años, arrodillado en el suelo con la barbilla apoyada contra el pecho, las partes blandas de los antebrazos apoyadas en las orejas mientras enterraba los dedos en la mata de pelo alborotado que tenía en la parte trasera de la cabeza. Notaba un ruido fuerte en los oídos. No el tañido de una campana, sino un chirrido estridente, como el de un torno dental. A un lado: taquillas amarillas. Al otro: una fuente. Encima: una catarata de fluorescencia reluciente. Dos disparos en algún lugar de las alturas. Pum. Pum. Cada uno hizo que se le revolvieran las tripas. Detrás de él, en alguna parte, el murmullo y el susurro de alumnos que van de clase en clase en busca de seguridad. Oliver se los imaginó muertos. Se imaginó a sus profesores muertos. Sangre en el linóleo. Sesos en la pizarra. Se imaginó a padres llorosos en las noticias y el suicidio de los supervivientes, y también los comentarios y las oraciones de políticos a quienes todo aquello les daba igual. Contempló el dolor como si fuese una pequeña ondulación que terminara por convertirse en una ola que se unía a otras para luego formar tsunamis que rompían una y otra vez sobre la gente hasta que todos quedaban ahogados bajo las aguas.

Una mano lo agarró por el hombro y lo zarandeó. Oyó una palabra, pronunciada como si estuviesen en una pecera. Su nombre. Alguien acababa de pronunciar su nombre.

—Olly. Oliver. ¡Olly! —Apoyó el peso con cuidado sobre los tobillos y se incorporó un poco. Era el señor Partlow, el profesor de Ciencias de la Naturaleza—. Oye. Oye. Que ya casi se ha terminado el simulacro, Oliver. ¿Estás bien? Venga, chaval. Vamos a…

Pero luego el profesor lo soltó y dio un paso atrás. El señor Partlow se quedó mirando el suelo. No, el suelo no. Se quedó mirando a Oliver. Oliver también miró. Tenía la entrepierna mojada. Unos hilillos de humedad le recorrían las perneras. Vio frente a él que unos estudiantes se detenían y luego se quedaban mirando. Landon Gray, que se sentaba detrás de él en el salón, con gesto triste. Amanda McInerney, que estaba en teatro, en el coro y en el consejo estudiantil, puso cara de asco y soltó una risilla.

El señor Partlow lo ayudó a ponerse en pie y se lo llevó. Oliver se enjugó las lágrimas de la cara, lágrimas que solo ahora era consciente de haber derramado.

2

El abogado

Nate era así:

Ese mismo día, Nate se sentaba en el despacho de un abogado en Langhorne. El tipo era orondo y de un blanco como el de una larva, o tal vez como el interior de una patata recién cortada. La unidad de aire acondicionado que había junto a la ventana no dejaba de quejarse y gruñir, por lo que el tipo tenía que alzar la voz para que lo oyesen.

—Gracias por venir —dijo el señor Rickert, el abogado.

—Ajá.

Nate se resistía a cerrar los puños. Pero fracasó en el empeño.

—Su padre está enfermo —dijo el abogado.

—Bien —respondió Nate sin titubear.

Rickert se inclinó hacia delante.

—De cáncer. Cáncer de colon.

—Genial.

—Morirá pronto. Muy pronto. Está en cuidados paliativos.

Nate se encogió de hombros.

—Perfecto.

—Perfecto —repitió el abogado, y Nate fue incapaz de distinguir si se había sorprendido por su reacción o si estaba preparado para ella —. Señor Graves…

—Sé que espera que esto me afecte, pero lo cierto es que no es así. Ni lo más mínimo. Mi padre era… o es, más bien, una tremenda basura de persona. No lo quiero. Odio y desprecio a ese monstruo con máscara de hombre, la verdad sea dicha. Llevo casi veinte años soñando con este día. Puede que más. He imaginado cómo sería. He rezado a todos los dioses que quisieran escucharme para que mi padre, ese mierda, se muriera con dolor y de la manera más miserable, para

que no fuese rápido, no una carrera hacia la meta, sino una maratón lenta y tambaleante, una… una carrera torpe mientras rociaba las paredes con la sangre de sus pulmones, mientras se ahogaba en sus propios fluidos, y todo ello llevando… una bolsa a un lado para cargar con… con su mierda, una bolsa que se le rompiera encima o que saltara del soporte cada vez que se moviera para colocar bien su cuerpo deteriorado y moribundo. ¿Sabe qué? Deseaba que fuese cáncer. Un tipo de cáncer rastrero y persistente y no rápido como el de páncreas. Algo que se lo comiera desde dentro, igual que él se comió a nuestra familia. Cáncer por cáncer. Ojo por ojo. Siempre creí que sería de pulmón, por todo lo que fumaba. O de hígado, por todo lo que bebía. ¿Ha resultado ser cáncer de colon? Bien, pues que así sea. Era… Siempre fue un gilipollas, de modo que me parece un final perfecto para ese saco séptico de excrementos inhumanos.

El abogado parpadeó. Se hizo el silencio. Rickert frunció los labios.

—¿Ha terminado el monólogo?

—Que se vaya al infierno. —Hizo una pausa y se arrepintió de estar tan enfadado frente a aquel desconocido que seguramente no se lo merecía—. Sí. He terminado.

—Su discurso no me sorprende. Su padre comentó que diría ese tipo de cosas. —Hizo un amago de risa, una risilla nerviosa y aguda, y después un gesto con ambas manos, como si sus dedos pareciesen pequeñas polillas que alzaban el vuelo—. Bueno, no con esas palabras exactas, pero ya me entiende.

—Bueno, dígame. ¿Para qué me ha llamado?

—A su padre le gustaría ofrecerle un trato antes de fallecer.

—No. Sea cual sea.

—Es favorable para usted. ¿No quiere oírlo?

—No.

Nate se puso en pie y le dio una patada a la silla para separarse de ella. Resonó más estruendosa y agresiva de lo que pretendía, pero era lo que había y no pensaba pedir perdón.

Se dio la vuelta para marcharse.

—Es la casa —dijo el abogado.

La mano de Nate se detuvo en el pomo de la puerta.

—La casa.

—Así es. El hogar donde pasó la infancia.

—Genial. Que me la deje en el testamento.

—No está en el testamento. Quiere venderle la casa. La casa y las cinco hectáreas de terreno en las que se encuentra.

Nate se encogió de hombros.

—Lo siento. No me lo puedo permitir. —La casa, que era el hogar donde Nate había pasado la infancia, como había dicho el abogado, se encontraba en una zona que se había convertido en un bien inmueble comercial de primera clase a lo largo de los años. El condado de Upper Bucks. Antes no era más que granjas y pantanos, pero los precios estaban subiendo, los impuestos estaban al alza y los ricos se habían mudado de Filadelfia a Nueva York. La gentrificación no se producía solo en las zonas marginales—. Pues dígale que la venda. Y que destine ese dinero a costearse un ataúd de los buenos.

—Claro. Seguro que usted no se puede permitir pagar un dólar.

Nate se giró y fijó la mirada de ojos entrecerrados en Rickert. Se pasó una mano por la barba e hizo un mohín.

—Un dólar.

—Un dólar. Así es.

—No sé si lo he entendido bien, pero supongo que… ¿Lo hace para evitar algún impuesto? Si pago un dólar será una transacción libre de impuestos, ¿no?

—Eso parece.

Nate asintió.

—Eso parece. Ajá. Soy policía en la ciudad y no estoy acostumbrado a estos temas administrativos. Soy más bien un currante. Pero le aseguro que sé distinguir una estafa cuando la veo. Mi padre podría regalarme la casa y ya está. O podría heredarla como hace todo el mundo, y solo tendría que encargarme de pagar los impuestos si la vendo y consigo más dinero que su valor en el mercado. Pero esto que me ofrece, y corríjame si me equivoco, significa que si compro la casa por un dólar y la vendo por cualquier cantidad superior a ese dólar, tendré que pagar un impuesto sobre las ganancias de capital además del que pagaré luego por haber cobrado esa cantidad. ¿No es cierto?

Una sonrisa triste se dibujó entre las mejillas rollizas del abogado.

—Tiene usted razón. Hacienda no da tregua.

—No voy a comprar la casa. No voy a comprar nada que me venda ese viejo. No le compraría ni un vaso de agua aunque me estuviese muriendo de sed. No sé a qué viene esto y la única razón que le veo es endiñarme una casa que no quiero. Dígale, por favor, que coja su oferta y se la meta hasta el fondo por su culo podrido y canceroso.

—Le haré llegar su mensaje. —El abogado se puso en pie y alargó la mano para que se la estrechase. Nate la miró como si el tipo acabase de sonarse la nariz con ella, sin pañuelo—. La oferta seguirá en pie hasta el fallecimiento de Carl.

Nate salió por la puerta sin decir nada más.

3

La caja tiene ojos

Maddie Graves era así:

Tenía el pelo corto y del color de la niebla plateada, teñido de ese color porque pensaba que le quedaba bien. (Lo cual era cierto.) Era alta y esbelta, con brazos y piernas largos y fibrosos como los cables de suspensión de un puente. Eso se debía a su trabajo: Maddie, o Mads, era escultora. Trabajaba con cualquier cosa, y era cualquier cosa lo que tenía ahora frente a ella: una caja de cartón, de Amazon en este caso, cortada con un cúter y reconfigurada para adquirir la forma de un hombre con cara y cuerpo de caja. Las extremidades de cartón de dicho hombre caja estaban unidas al cuerpo con cables que había sacado de una vieja valla metálica, doblados con unos alicates de punta.

El muñeco sostenía el cúter en una mano.

Parecía un monstruito. Un muñeco de Chucky amenazante, listo para apuñalar una y otra vez.

Lo miró.

Y lo miró.

Y lo miró un poco más.

—Qué narices —dijo.

Detrás de ella había otros artistas que trabajaban con diligencia en otros proyectos: mesas, caballetes, ordenadores portátiles, todo rodeado por el zumbar de la creación artística comunal. Una de ellos, una amiga llamada Dafne (abuela punk, marimacho como ella sola, de cincuenta y cinco años, y con dilatadores acrílicos irisados de dos centímetros en las orejas, un *piercing* de hueso de perro en el septum, una camiseta del pódcast *Welcome to Night Vale* que rezaba SALVE LA NUBE BRILLANTE con flecos en la parte inferior y también unas botas de

obrero de la construcción poco sofisticadas, manchadas de pintura de varios colores), se contoneó detrás de Maddie con los brazos en jarras.

—¿Qué pasa? —preguntó Dafne.

—Yo… Es que… —empezó a decir ella, pero luego se quedó en silencio.

—Lo veo un poco estereotipado, si es eso lo que te preocupa. Una crítica al capitalismo de mierda pero un tanto simplona. En plan, sí, Amazon es esa gran empresa de venta por internet que se está cargando el mundo. Es una crítica un poco obvia. Creo que podría ocurrírsete algo mucho mejor que ponerle un cuchillo en la mano, ¿no? —Dafne bajó la voz hasta que se convirtió en poco más que un murmullo—. A ver, yo misma compro en Amazon a veces. No sé.

—No. ¡No! —replicó Maddie con el ceño fruncido—. Ese no… Ese no es el problema. Hay otras cosas que no me gustan… Muchas. Hay algo que no me cuadra. Algo que me resulta extraño.

—Las cosas extrañas no tienen por qué tener nada de malo.

—No… —Maddie tragó saliva—. No solo extraño. Tiene algo… propio de un loco.

—De ese asunto sé bastante. Me medico con litio. Cuéntame.

Maddie esbozó una sonrisa.

—Vale. ¿Ves los ojos?

Usó unas pinzas para señalar los ojos del hombre caja, que eran de cable, como el resto, retorcidos, parecidos a milpiés de metal e incrustados con cuidado en la caja.

—Sí.

—No los hice yo.

—¿No hiciste el qué?

—Los ojos.

—¿No hiciste los ojos?

—Es lo que te acabo de decir, joder. No los puse ahí. O, al menos, no recuerdo haberlos puesto. ¿No es raro?

Dafne se encogió de hombros y gruñó, como si todo aquello le pareciese divertido.

—Niña, yo no me acuerdo ni de qué desayuné hoy. Cuando pinto me pasa lo mismo, me olvido. Me pongo ahí en plan Bob Ross. Es

como el ASMR, un trance hipnótico alucinógeno o una movida así. Se me apaga el cerebro, mi brazo empieza a moverse con el pincel como si fuesen compañeros de baile y me dejo llevar.

Maddie se mordió el labio y estuvo a punto de hacerse sangre.

—Pero yo no hago eso —puntualizó—. Yo tengo que controlarlo todo, ya sabes. Todo movimiento y cada una de las partes tienen su cometido. Pero te juro que yo no fui la que puso ahí esos ojos. —«Y también te juro que me están mirando ahora mismo.» No era solo eso. Había más cosas que la perturbaban. La manera en la que los ojos parecían mirarla. También que estuviese tan segura de que lo que suponía que tenía que llevar en las manos el hombre caja no fuese una cuchilla sino unas tijeras. También la perturbaba una sensación de que todo aquello le resultaba inquietantemente familiar, como si lo hubiese visto antes. Como si hubiese creado antes algo parecido a él. Negó con la cabeza. Era una locura. Una de las de estar como una cabra—. Entiendo lo que has dicho sobre el capitalismo…

—… de mierda.

—Vale. Sobre el capitalismo de mierda…

Una llamada sonó en su teléfono y la interrumpió.

—Vaya. ¿Quién llama a la gente hoy en día? —preguntó Dafne, que bajó la mirada con desdén hacia el dispositivo que Maddie tenía en la mano.

El teléfono indicaba: COLEGIO RUSTIN.

—Es del colegio de Olly —dijo Maddie con tono ominoso—. Ese es el tipo de gente que llama.

Cogió la llamada, y el instinto maternal le indicó de inmediato que algo iba mal.

4

La conversación

Oliver escuchó a sus padres hablar a través de las paredes del apartamento que tenían en la ciudad. Era medianoche, y seguro que creían que ya se había dormido. Al fin y al cabo, estaba agotado. Pero no podía dejar de darle vueltas a lo mismo. Y el corazón le latía desbocado.

Papá: «Mira, Mads, pues no lo sé. Solo es… solo es… No sé».

Mamá: «La doctora Nahid dijo que era empático».

Papá: «No me gusta esa palabra. Se parece a patético, y mi hijo no es patético…».

Mamá: «Nadie ha dicho que sea patético, Nate. Solo es una palabra. Empático. Es una persona muy compasiva, ¿vale? El dolor que sienten los demás se ilumina en su cerebro como una bombilla incandescente».

Oliver se preguntó: «¿Soy patético?».

No cabía duda de que se sentía así en cierto sentido. Se encontraba en ese llamativo momento a medio camino de la adolescencia en el que su cuerpo aún no había terminado de desarrollarse: tenía las extremidades un poco desgarbadas, una nariz que odiaba por demasiado larga y demasiado puntiaguda, un mentón que le disgustaba por ser muy redondeado. A diferencia del mechón platino que tenía su madre, o de los bucles castaños claros de su padre, su pelo era negro como las alas de un cuervo. No tenía novia. Le gustaban las chicas, y también los chicos, aunque eso no se lo había dicho nunca a nadie. Nunca había practicado el sexo. No estaba seguro de que llegase a hacerlo jamás. La idea le hacía sentir más miedo que excitación. Le atraía Lara Sharp porque era una empollona y muy extrovertida, y le encantaba que a Lara le diese igual todo el

mundo. Le recordaba a su madre. Reparó en lo inquietante que resultaba algo así, que le gustase alguien que le recordaba a su madre, pero tampoco tenía nada de malo. A Oliver le caían bien sus padres. Mucho. Se portaban bien con él, y le gustaba pensar que él hacía todo lo posible para que se sintiesen bien.

Daba igual, en realidad. Lara Sharp no querría salir con él. Y menos después de lo que había ocurrido aquel día.

«No sé, Mads. El pobre niño… Se meó encima…»

«Nate, esos simulacros son aterradores. Disparan armas de verdad…»

«Son balas de fogueo.»

«¡Y qué más da si son balas de fogueo! Tú estás acostumbrado a oír disparos porque eres policía. Los niños no lo están. Es traumático. Es un puto trauma y no me extraña que le haya pasado lo que le pasó. Seguro que yo también me mearía encima.»

«Tampoco es que yo oiga muchos disparos, Mads. Sé que piensas que ser policía es un trabajo peligroso, pero se podría decir que en general no lo es. Además, no es solo eso. Cada vez que vemos a un vagabundo en la calle, el niño quiere saber cómo se llama, cómo acabó ahí, también quiere darle dinero…»

«Eso es bueno, Nate.»

«Lo sé. Es bueno. Y me alegra que le importe, pero no le importa como le importaría a cualquiera. Se lo toma muy a pecho. El mundo ya es un lugar complicado de por sí, pero él va por ahí sin armadura. Convierte el dolor de los demás en el suyo propio…»

Las voces quedaron ahogadas durante unos instantes. O bien habían empezado a hablar en voz más baja, o bien se habían movido. Oyó a su padre decir que hablaría con la doctora Nahid…

Nahid. Su psicóloga. Iba a la consulta desde hacía seis meses. Era muy seria y de facciones afiladas, como un cajón lleno de cuchillos abierto y desordenado, pero con él era muy tranquila, amable y comprensiva. Nunca sentía que le hablase con paternalismo ni que lo estuviese juzgando. Pero papá tenía razón. Oliver no tenía armadura. Sentía el dolor de la gente, de verdad. Lo veía, lo sentía, como una estrella negra que no dejase de latir. A veces era un dolor pequeño y

afilado, pero otras era como un géiser enfermizo que brotaba a chorros desde esa persona. Sus miedos, sus preocupaciones, sus traumas. Los compartía con ellos. Y no había manera de obviarlo.

Mamá continuó: «Sé que es muy probable que este sea el peor día para sacarte el tema, pero ahora que tu padre se está muriendo y que te ha ofrecido la casa…».

Un momento, ¿el abuelo de Oliver se estaba muriendo? Él no lo conocía. No lo había visto jamás. Oliver creía que ni siquiera su madre lo había visto, y papá apenas hablaba de su padre. Pero ¿muriéndose?

«Mads, no puedes hablar en serio.»

«Vale. Lo sé. Es una locura, pero ponte en mi lugar…»

«No quiero pensar en ello. Ni hablar del tema. No. ¡No!»

«Está en el condado de Bucks. Hay un buen colegio para Oliver. Buenos trabajos, aire limpio. Además, la vieja casa de tus padres es enorme.»

«Cinco hectáreas, cinco. Y nada de rimas graciosas.»

«A mí también me vendría muy bien para trabajar, Nate. Podría montar un taller y disponer de todo el espacio que necesito. Además, siempre has dicho que conoces gente en Caza y Pesca. Sería un trabajo mucho mejor que patrullar las calles de esta puñetera ciudad. Siempre dices que la policía ha cambiado y que los agentes son más mezquinos. Peores. Además, Nahid dijo que la naturaleza le sentaría bien al niño, y salir de la ciudad…»

«Madre mía, Mads. Venga ya. Sabes que es una locura.»

«Cariño. Mi amor. Nate. Sé que es duro. Tu padre era…»

«Es. Sigue vivo y es lo peor, Maddie. Es un narcisista, un sociópata, un hijo de puta violento…»

«Sí, claro, pero…»

«Además, nunca llegaste a conocerle. No lo sabes todo sobre él. De verdad.»

«Pero se va a morir. ¿Es que no lo entiendes? Se va a morir, y luego se pudrirá, y esa casa podría ser nuestra, y tal vez consigas sacarle algo positivo, por fin: una manera de huir de la ciudad, de mejorar la vida de tu hijo, un lugar nuevo donde pueda trabajar yo (tu querida esposa). ¿Por qué no lo aceptas? Es posible que sea la manera en la

que tu padre…»

«Ni se te ocurra terminar esa frase. Sé que eres muy optimista con las cosas y con la gente, pero no. Ese hombre no tiene nada de positivo. Todo lo contrario.»

«Podríamos hablar del asunto de vez en cuando.»

«¿Para revivir ese infierno? ¿Para hacer que lo sufras tú? No, gracias. Créeme cuando te digo que no tenía nada bueno. El escorpión siempre pica a la rana.»

«Vale. Vale. Pero las cosas no tienen por qué ser así.»

«¡Por Dios, Mads! ¡Eso es lo que siempre decía la rana!»

«Se va a morir. ¿Qué mal podría hacerte?»

«No lo sé, Mads. Olly no va a querer mudarse. Le gusta el colegio…»

Era cierto. A Oliver le gustaba el colegio. El Colegio Rustin era como una academia cuáquera pequeña y privada de la ciudad, pero ¿cómo iba a volver a un lugar así después de lo de aquel día? No quería volver. No quería que lo viesen. En ese momento, dio una patada a las sábanas, abrió la puerta y se dirigió descalzo a la cocina. Encontró a sus padres apoyados frente a frente en la encimera, mirándose con cautela. Antes de que lo viesen, dijo:

—Os he oído hablar. Siempre os olvidáis de que este apartamento es pequeño y las paredes son como de papel.

Se giraron para mirarlo, asustados. Después se miraron el uno al otro.

La aflicción se apoderó del gesto de su padre. Emanaba de su tronco, como si fuese una silueta extendiéndose. Latía y no parecía dejar de crecer. Por lo general conseguía reprimirla, como si tuviese un muro invisible a su alrededor, pero aquella noche parecía que hubiese roto las barreras que la contenían para convertirse en una bestia negra y sanguinolenta que escapaba de su jaula. La aflicción de su madre también estaba muy presente, pero sí que parecía más contenida. O «comprimida», al menos.

Oliver sabía que la aflicción de cada persona era diferente. En algunos era como una pelota compacta, pero en otros alcanzaba las dimensiones de un incendio catastrófico. La de una persona podía llegar a ser un maremoto, mientras que la de otra se convertía en un

veneno que le recorría las venas, o una herida que no dejaba de crecer, o sombras sobre el agua. Él no lo comprendía ni sabía qué podía significar algo así. También ignoraba por qué tenía esa capacidad que consideraba una maldición, pero estaba familiarizado con todo eso desde que tenía uso de razón.

Lo odiaba. Pero a veces también le resultaba útil.

—Hijo… —empezó a decir su madre, pero Oliver la interrumpió.

—Quiero mudarme. Os he oído hablar y quiero mudarme.

—¿Estás seguro? —preguntó su padre.

Olly asintió.

—Sí. La ciudad es… complicada.

Lo era. El ruido. Las luces. Aquel zumbido incesante. Pero lo peor era la gente. Era buena gente. Pero ¿ese dolor? Estaba por todas partes. Había tanto dolor que amenazaba con aplastarlo. Era lo mismo que le había pasado aquel día durante el simulacro del tiroteo. Lo ahogaba como una ola que le rompiese encima, todos los días. Y cada vez era peor. Necesitaba sentirlo un poco menos. Y trasladarse tal vez lo ayudara en ese aspecto. A lo mejor.

Nate le dedicó una sonrisa forzada y dijo:

—Muy bien, hijo. Vale.

Y así fue como lo decidieron.

La familia Graves iba a cambiar de casa.

5

La condición

La casa era así:

Era una casa de campo colonial hecha de piedra, y cuyos cimientos se remontaban a finales del siglo XVIII. Era alta, estrecha y proyectaba una sombra intensa ante ella cuando el sol salía. El gablete que había sobre la puerta era verde azulado. Pero la pintura de ambos lados se había desteñido hacía mucho tiempo y se levantaba en tiras propias de la lepra. Los adoquines del sendero de acceso estaban partidos y resquebrajados, con hierbajos que crecían en los huecos cada vez mayores que los separaban. También había telas de araña, algunas antiguas y otras recientes, que colgaban de las ventanas. El tejado de pizarra estaba en las últimas, y muchas de las tejas se habían roto. Las glicinias colgaban de los cables eléctricos, y había hiedras, venenosas y enredaderas de Virginia, que se alzaban desde el suelo como dedos empeñados en aferrarse a la estructura y tirar de ella hacia las profundidades. Parecía como si la naturaleza reclamara la casa para sí.

También había tres árboles que se cernían sobre ella, igual que la casa se cernía sobre Nate en aquel momento. Tuvo un ataque de vértigo durante el que sintió que la puerta roja iba a abrirse de repente y la casa se inclinaría hacia delante, con el umbral de la puerta convertido en una boca, como si se dispusiera a tragárselo primero y masticarlo después. Era una casa que tenía mal aliento y producía pesadillas.

Nate contempló el hogar donde había pasado la infancia. Llevaba décadas sin verlo con sus propios ojos. Oyó un motor y el crujido de los neumáticos sobre el adoquinado.

Rickert, el abogado, se acercó por el sendero de acceso en un BMW con décadas de antigüedad, una interrupción que Nate agradeció.

Aparcó junto al pequeño Honda que Nate sospechaba que pertenecía a la enfermera de cuidados paliativos.

Rickert se bajó del coche y se acercó a él, con un sobre de papel marrón cerrado con botón y cuerda.

—Señor Graves —saludó.

—Rickert —dijo Nate.

—Ha aceptado su única condición.

—¿Está ahí dentro?

Rickert asintió, impertérrito. Nate comprendió que al abogado tampoco le gustaba su padre. Normal, ya que su padre odiaba a los abogados con todas sus fuerzas.

Nate se metió la mano en el bolsillo y sacó un dólar roto y arrugado, de esos que no aceptaría una máquina expendedora.

El abogado lo cogió y le entregó el sobre a cambio. Nate miró en el interior y vio un fardo de documentos. Uno llevaba firmado unos cuantos días, desde el día siguiente al que Oliver les dijese que quería mudarse. También vio la escritura y un llavero.

La puerta de la casa se abrió en ese mismo momento, y salió la enfermera, una mujer de hombros anchos con mirada amable, cabello corto y castaño y un gesto triste en el rostro.

—¿Nathan Graves? —preguntó.

Nate asintió, pero la corrigió al momento.

—Nate. No me llame Nathan, por favor.

—Hola, Nate. Soy Mary Bassett —se presentó al tiempo que le cogía la mano para estrechársela—. Soy la enfermera de cuidados paliativos. Mis más sinceras condolencias.

—No hacen falta. He venido a regodearme, no a llorar.

Nate vio algo en la mirada de la mujer que le indicó que lo había entendido. El gesto le hizo preguntarse qué clase de infierno habría tenido que pasar mientras cuidaba del anciano durante la última semana de su vida.

«Ese viejo asqueroso solo deja devastación a su paso…»

—¿Está dentro? —preguntó Nate.

—Así es. En la habitación principal del segundo piso.

—Me gustaría verlo.

La condición de Nate era la siguiente: le había dicho por teléfono a Rickert hacía tres días que aceptaría la oferta de un dólar si le permitían una «visita» corta y privada a la casa después de la muerte de su padre, pero antes de que se llevasen el cadáver.

Su padre le comunicó a Rickert que aceptaba dicha condición.

Y allí estaba Nate. Contemplando el cadáver de su padre.

Nate había visto muchos desde que trabajaba en el Departamento de Policía de Filadelfia. En una ocasión, una ola de calor acabó con la vida de una anciana y la dejó convertida en un guiñapo sudoroso, lleno de llagas rezumantes. En otra, un invierno muy duro segó la vida de un sintecho, que se quedó congelado contra un contenedor de basura. Todas las muertes que había visto eran fortuitas: sobredosis, accidentes de coche o, la peor de todas, tres cadáveres que habían sacado del incendio de una discoteca. Ahora que veía el cuerpo de su padre, la sensación era la misma: un cadáver no tenía alma. Era como si les faltase algo muy importante. Una pieza perdida que los había hecho pasar de ser algo vivo a poco más que utilería que parecía hecha de cera.

La piel del anciano colgaba sobre su esqueleto retorcido, arrugada y cetrina, como las páginas de una Biblia afectada hace mucho tiempo por la humedad. Tenía la mirada vidriosa y una boca estrecha en la que los labios parecían acurrucados entre sí.

Aquello no era su padre. Ya no. No era más que un espantajo.

Nate esperaba sentir indignación al volver a verlo, esperaba que la rabia se apoderase de él como una corriente de lava que empezase a brotar de su interior, como una crecida de escoria, un rugido de magma o de fuego que no sería capaz de reprimir.

Esperaba sentir alegría, como un niño a quien le dijesen que el monstruo que se ocultaba en el armario ya no estaba allí, que todos los monstruos habían sido eliminados, que a partir de ese momento solo vería globos y tiovivos.

Temía sentirse triste, que al ver a su padre esa última vez se rompiera algo en su interior, algo que estaba ocultando, un remanso de tristeza que saldría a la luz al ver al anciano. Tristeza por no haber conseguido nunca la infancia que pensaba que iba a tener. Tristeza por

preguntarse qué había hecho que su padre se convirtiese en el hombre en el que se había convertido.

Pero en lugar de eso se sintió vacío, como una pizarra que acabasen de limpiar y dejado reluciente, de un negro mate.

Sí que notó algo: se sentía como un intruso en esa habitación. Su padre nunca lo había dejado entrar en ella. Lo tenía prohibido. En una ocasión, Nate se había colado para echar un vistazo y pensaba que nadie se iba a enterar, pero su padre lo había hecho de todos modos. Siempre se enteraba. Supuso que notaba cómo las mismísimas moléculas del lugar quedaban descolocadas.

(Nate no salió bien parado de la experiencia. Tuvo moretones durante semanas.)

Estar en ese lugar hacía que se sintiese indispuesto, como si fuesen a volver a pillarlo. Pero no se dejó llevar por esa sensación. No salió corriendo, aunque no le faltaron ganas.

La habitación había cambiado. Estaba más desordenada y parecía el paraíso de un acaparador: había pilas de revistas de armas sobre la cómoda, montones de ropa sucia, varias trampas para ratones inservibles en un rincón (sin ratón alguno), una montaña de platos sucios en una mesilla de noche junto a un Rolex de imitación y un despertador viejo como él solo, de esos con dos campanillas de metal en la parte superior. El lugar no tenía aquel aspecto cuando Nate vivía allí. Su madre siempre lo mantenía inmaculado. Ella era quien organizaba las moléculas de la habitación y las mantenía ordenadas, para regocijo de ese viejo cabrón.

Nate también esperaba que las armas de fuego de su padre aún siguiesen allí: la pistola que guardaba en el cajón de los calcetines, la escopeta que tenía debajo de la cama, la pistola de bolsillo que guardaba en una caja de zapatos dentro del armario. Si estaban allí, seguro que estaban cargadas. Su padre era un paranoico. Siempre decía que cualquier día podía entrar alguien a la casa con intención de robarle sus cosas. Se imaginaba toda una miríada de temores racistas, como una hilera de tipos negros o de mexicanos que se colocaban en fila en el bosque que rodeaba la casa para robarle sus relojes falsos. «El rey tiene que defender su castillo», decía siempre. Pero no era un

rey. Y aquello no era un castillo.

Hubo algo que sí que sorprendió a Nate.

Su padre no se había suicidado. Siempre lo había tenido claro:

«Si me pongo enfermo, enfermo de verdad, me colocaré una pistola en la barbilla. Yo seré quien elija cuándo morir».

Se lo decía siempre a Nate cuando tenía… ¿Cuántos? ¿Doce años? ¿Quién le dice a un niño de doce años ese tipo de cosas?

—Cobarde —dijo Nate, que no esperaba que nadie le respondiese.

Pero sí que hubo una respuesta.

El cuerpo de su padre se envaró en la cama, como si la vida volviese de repente a apoderarse de sus huesos. La espalda del cadáver se arqueó, los ojos se abrieron como platos, la mandíbula cayó hasta el pecho, amplia y entre chasquidos, y el rostro adquirió un rictus de pura miseria. Su padre resopló, un ruido similar al del viento al pasar a través de una ventana rota, y luego vio un resplandor impetuoso…

—Dios —dijo Nate al tiempo que se apartaba de la cama.

Y luego vio a su padre, a otra versión de su padre, de pie en un rincón de la estancia. Era imposible, pero allí estaba: un padre tumbado en la cama y otro haciendo guardia en un rincón. El que estaba de pie llevaba unos vaqueros cubiertos de barro, una camiseta blanca y sucia y una pistola del ejército en la mano izquierda, a pesar de ser diestro. Miraba sin pestañear directo hacia Nate o a través de él, era incapaz de diferenciarlo; todo mientras el auténtico cadáver de su padre que estaba en la cama se estiraba y se ponía más y más rígido mientras soltaba ese silbido agudo y estruendoso, más tiempo del que parecía posible.

—¿Nathan? —preguntó la versión de su padre que se encontraba de pie, con una voz tan ronca que zumbaba, zumbaba como una pared llena de avispas invisibles.

La puerta que daba al dormitorio se abrió de repente, y la enfermera entró a toda prisa. El cuerpo de la cama se quedó inerte y se desplomó. Nate parpadeó, y la presencia del rincón, aquel segundo Carl Graves, desapareció.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó la enfermera.

—Yo…

Pero Nate fue incapaz de responder. Pasó junto a ella, bajó por las escaleras estrechas, atravesó la casa desvencijada y luego se dirigió hacia la puerta principal y salió.

Vomitó en el parterre cubierto de malas hierbas bajo la atenta mirada de Rickert.

—Se llama respiración agónica —dijo Mary Bassett.

Nate se encontraba sentado en el parachoques de su antiguo Jeep Cherokee. Aún notaba el sabor amargo del vómito en la lengua y cómo el corazón le latía desbocado contra el esternón como si fuese un bombo.

La enfermera se puso en pie y entrelazó las manos.

—Después del cese de la vida, hay ocasiones en las que el cuerpo experimenta mioclonos, un espasmo o una crispación. Y puede que hasta se oigan resoplidos. Es… un sonido terrible. Lo oí por primera vez en la Universidad de Pensilvania, con mi primer paciente que había sufrido un paro cardiaco. No lo olvidaré jamás.

Rickert se encontraba cerca y contemplaba la conversación con curiosidad, pero guardando las distancias.

Nate se sorbió los mocos.

—¿Cuánto? ¿Cuánto tiempo lleva muerto mi padre?

—Una hora.

—¿Esa respiración suele producirse tanto tiempo después del…? —Decidió usar el mismo eufemismo que la enfermera—. ¿Después del cese de la vida?

Ella se encogió de hombros.

—No que yo sepa, pero la biología es muy extraña.

—Había algo más —dijo Nate—. Lo vi. Vi a mi padre de pie en un rincón. Era él, pero no lo era al mismo tiempo. Como un fantasma.

Mary puso un rostro triste y compasivo.

—Es habitual ver cosas. Se trata de unos momentos de un estrés considerable. Si pensar que viste su espíritu te ayuda, pues bienvenido sea. Si prefieres pensar que se trataba de tu imaginación, también está bien. —Intentó sonreír—. No hay respuestas incorrectas.

—Vale. —Nate asintió. «Solo ha sido una alucinación», pensó—. Gracias.

La enfermera se giró hacia el abogado.

—Le he retirado la medicación y preparado el certificado de defunción. Puedo llamar a la funeraria si lo desea.

—Por favor —dijo Rickert.

La mujer se disculpó de nuevo, se despidió de Nate y luego se marchó.

—¿Irás al funeral? —preguntó Rickert.

—Para mí esto ha sido como un funeral.

—Muy bien. Me encargaré del tribunal testamentario. No tenía albacea, por si te lo estabas preguntando.

—No lo estaba.

Rickert se quedó en pie, en silencio como los árboles de aquel día caluroso y sin viento de agosto. Después dijo al fin:

—¿Qué vas a hacer con la casa? ¿Venderla y pagar los impuestos? Ganarías un buen pellizco.

—Una empresa de subastas vendrá dentro de unos días. Lo limpiarán todo y venderán lo que no esté clavado al suelo o a las paredes. Y una semana después… —No se creía que fuese a decir lo que estaba a punto de decir—: Una semana después, me mudaré aquí con mi familia.

—Me sorprende.

—Pues a mí me sorprende más, señor Rickert. A mí me sorprende más.

Interludio

La llegada

A los animales no les gustaba entrar en el túnel.

No se lo comunicaban entre ellos; al menos, no de manera directa. No compartían un lenguaje entre especies, aunque sin duda podían entenderse entre los suyos, con trinos, con chasquidos y gorjeos, con balidos y gruñidos. Pero ninguna de las bestias necesitaba advertirles a las demás: «No entres ahí». Lo sabían. Notaban ese latido en su pelaje y sus plumas. La advertencia les corría por las venas.

Sabían que el túnel era algo más. Era un lugar que olía a miedo, un agujero oscuro, un sitio estrecho, una membrana a través de la que la oscuridad, la verdadera oscuridad, podía cruzar hasta nuestro mundo. Lo sentían y lo olían. También sabían que era algo que no solo ocurría allí, sino en toda la zona. No obstante, el túnel era el centro. No podían evitar todo lo que lo rodeaba, pero sí que eran lo bastante sensatos como para no acercarse.

Pero aquel día, una persona, un humano de esos, simios desgarbados, elásticos y sin apenas pelo, lo cruzó a pie. Al trote. Era un macho de la especie. Los humanos solían cruzar el túnel. Estaba claro que los humanos eran muy estúpidos, pues corrían pese a que no había nada que los persiguiera.

Pero la estupidez de los humanos a veces era beneficiosa para los animales. Aquel macho, que corría por debajo del profundo arco de piedra y cruzaba esa alargada oscuridad, llevaba algo, como solía ocurrir con los humanos.

Comida.

Nueces y semillas y fruta deshidratada. Corría sin ganas, masticando y masticando.

Ñam. Ñam.

Crunch. Crunch.

Y luego, como también solía ocurrir con los humanos, tiraba restos de comida. Los humanos eran unas criaturas derrochadoras. Tiraban cosas de manera descuidada e indiferente, del todo insensibles al mundo que los rodeaba. Tanto comida como basura y tesoros.

La ardilla sabía que no podía entrar en el túnel. Lo tenía claro.

Pero también tenía claro que faltaba poco para el otoño.

Y que con el otoño llegaría el frío.

Y después haría más frío y llegaría el invierno, y entonces el mundo se convertiría en un páramo de nieve, hielo y viento. Las ardillas sobrevivían al invierno porque tenían ese impulso singular de conseguir comida y esconderla. Si veían comida, estaban programadas para conseguirla fuera como fuese, y ocultarla en los árboles o debajo de las rocas, o en los agujeros que excavaban en la tierra con esas patitas rabiosas.

Y allí, justo en el túnel, había comida.

Comida excelente y apetecible.

Por todo ello, la ardilla hizo lo que hacían todas las ardillas, incluso cuando un coche se dirige hacia ellas. Fue a por la comida.

Avanzó por el túnel y se dirigió a la oscuridad. Al principio se movió despacio, en impulsos repentinos. Frente a ella había semillas, nueces y fruta. A tres metros ahora. Dos metros y medio. Dos. La ardilla ya casi podía saborearlo.

Pero le dio la impresión de que la oscuridad del túnel se volvía más lúgubre. Y también más oscura. La ardilla se detuvo, con el pelaje erizado de repente. Una advertencia. El oído del animal captó un ruido estridente. Las sombras vibraron, y luego sintió una presión, como si algo muy pesado empezara a caerle encima.

Pero estaba cerca. Estaba muy cerca de la comida.

Por todo ello siguió adelante. Hizo caso omiso de aquella sensación que experimentaba en las entrañas y esperó que solo fuese hambre.

Estaba más cerca. Más aún.

Extendió una pata hacia el primer fruto seco. Se lo llevó a la boca, lista para guardárselo en los carrillos…

Y luego el pitido en los oídos se volvió insoportable, como si le

clavasen una aguja muy afilada en el cerebro. La ardilla pataleó y empezó a rodar bocarriba mientras agitaba la cola, escarbando con las patas mientras se agitaba una y otra vez. El animal emitió un sonido que brotó del fondo de su garganta: un aullido desesperado que se convirtió en un chillido estridente.

Poco después dejó de moverse. Lo único que acertó a hacer fue apretar el vientre y la parte superior de la cabeza contra el suelo duro, con la esperanza de que parase el ruido que aullaba agudo en sus oídos. Le temblaba la cabeza. Le empezaron a caer dos chorros de sangre por la nariz y una espuma sanguinolenta por la boca. Se le hinchó el estómago y luego se resquebrajó como un huevo, mientras su contenido se derramaba con tanta fuerza dentro de su cuerpo que por un instante sus entrañas formaron un bultito.

Vivió el tiempo suficiente para ver cómo el aire se retorcía a su alrededor y cómo las sombras se ceñían sobre él como un nudo. La electricidad bailoteó por las paredes del túnel, y de esa oscuridad brotó un relámpago sobrenatural y reluciente.

Y allí, grabada a fuego en el mundo como si fuese un fosfeno, apareció una figura humana. Un macho de la especie, aunque diferente del que había pasado al trote como si nada hacía unos minutos. Este tenía el rostro cubierto de tejido cicatrizado, como si se hubiese enfrentado a una bestia horrible, a un demonio. Y, como si él mismo fuese el demonio, uno de los ojos de color extraño de ese joven varón humano, que tenía entre los pliegues aserrados de la cicatriz, relució y pareció cambiar de color, como luz que se refractase en un prisma.

Después pisó a la ardilla y se alejó.

La oscuridad y la muerte se apoderaron del animal. La criatura expiró en un borbotón de fluidos, una pérdida repentina de todo su pelo y un siseo gaseoso de vapor. Murió, pero aquel no fue su final. No del todo. Ya que no tardó en encontrarse deslizándose entre las grietas, a través de la oscuridad y en dirección a la niebla.

SEGUNDA PARTE

La mudanza

La verdad es sencilla, tan sencilla que hasta un niño podría entenderla. Mi padre era un hombre muy frío, un matemático que no me quería y a quien yo tampoco daba amor alguno, pero me dijo algo que tenía mucho sentido. Me dijo que el verdadero idioma del universo no eran nuestras palabras, ni nuestro lenguaje corporal, ni ninguna otra cosa que saliera de nosotros. El verdadero idioma del universo eran los números y las matemáticas. Todo formaba parte de una ecuación y, si comprendías esas ecuaciones, si conocías los Verdaderos Números, lo conocerías todo. Al conocer la combinación, no habría nada que no fueses capaz de abrir. Todo era una variable potencialmente capaz de completar dicha ecuación. Y ahora yo he conseguido ese número. Es el número del mundo, el número de los ángeles, el número de los demonios. Es la edad de Abraham cuando se le apareció Dios, la edad de Juan de Patmos, el de la logia número noventa y nueve, es la gematría de «amén», el Siglo de Oro, el número del Deshacedor. Tuve un sueño en el que la bestia del túnel se acercaba a mí y yo escribía ese número en mi mano, por lo que fui a ese lugar, a las rocas, al túnel, y allí fue donde me encargaron la misión. Mi padre tenía razón. Todo son números. Números verdaderos. Un idioma verdadero. Tenía ocho botones en la chaqueta cuando lo maté.

Del diario número 37 del asesino en serie
EDMUND WALKER REESE

6

Veo una puerta roja

Los tres se hallaban frente a la puerta roja.

—¿Estamos seguros? —preguntó Nate.

Maddie emitía una risa que casi quedaba ahogada por el zumbido similar al ruido de una cremallera que emitían las cigarras.

—Es un poco tarde. Ya la hemos comprado.

—Sí. Por un dólar. Y por diez de los grandes al año en impuestos. Y por el precio que seguramente tengamos que pagar para las reparaciones y las mejoras que le haremos durante un año, o dos años, o diez años…

Se pasó una mano por la barba y sonó como si hubiese pasado el pulgar por un antiguo cepillo para lustrar zapatos. De haber estado en la ciudad se habría afeitado, pero allí la barba salvaje e indómita le parecía, en cierto modo, muy adecuada.

Ella se inclinó y apoyó la cabeza en el hombro de Nate.

—Gracias por esto, Nate. Creo que nos va a sentar muy bien.

—Yo también lo creo —dijo él, pero era mentira.

—Este sitio es chulísimo —dijo Olly. Era muy agradable verlo sonreír. Su hijo ya parecía más… «más él mismo» quizá no fuese la mejor manera de expresarlo, pero era lo que sentía Nate. Oliver parecía más alegre y libre. El chaval añadió—: También es muy salvaje. Hay mucha hierba y cosas de esas. —Olly se dio una colleja—. Au.

—El mosquito ha ido a por ti —dijo Nate, que interpretó su mejor versión de Drácula—. ¡Van a chuparrrrte la saaaangrrre!

—Qué asco.

—Al menos no son garrapatas.

—¿Garrapatas? —preguntó Maddie, alarmada—. ¿Cómo que

garrapatas?

—Esto es territorio de garrapatas. Pero tranquilos, las zarigüeyas se las comen. Y los murciélagos comen mosquitos.

—Garrapatas, zarigüeyas, murciélagos, mosquitos… —Ella negó con la cabeza—. Joder, dile a los de la mudanza que den la vuelta y vamos a prenderle fuego a esta mieeeeerda de sitio.

Nate rio, y también Oliver. Estaban acostumbrados a los comentarios de su madre, aunque no compartiesen la misma pasión que ella por las vulgaridades.

—Es la vida en el campo —dijo Nate al tiempo que le besaba la mejilla.

—Entonces, esta es nuestra nueva puerta principal —dijo Olly.

—Dos bisagras y un picaporte —comentó Maddie al tiempo que ponía una cara rara—. Todo lo necesario para que una puerta se soporte.

Nate se encogió de hombros.

—Pues venga, abramos la puerta y empecemos nuestra vida aquí.

(Pronunció esa frase: «Dos bisagras y un picaporte. Todo lo necesario para que una puerta se soporte», sin saber muy bien por qué lo había hecho. Ni de dónde había salido. ¿La había oído antes? Seguro que sí.)

Cada vez era más complicado trabajar en la ciudad, con toda esa gentrificación. ¿Por qué ibas a alquilarle el local a un artista cuando podías alquilárselo a una cafetería de moda o a alguien que vendiese en Etsy parches de ojo a medida para hípsteres tuertos? Aquí en el campo tenían hectáreas de terreno y un granero que Maddie pensaba convertir en taller. Ya había empezado a hacer listas mentales: «Tengo que llamar a un técnico de climatización para que instale el aire acondicionado, a un electricista para que haga la instalación, a la compañía telefónica para poner internet y a Trudy Breen para ver si podría exhibir algo en la galería en primavera…». Y luego también empezó a pensar en hacer la lista de la compra, porque no tenían comida, y también en asegurarse de que le daba la dirección nueva a todo el mundo y…

Así era Maddie. Listas dentro de listas, planes para hacer nuevas

listas, listas para hacer nuevos planes. La gente esperaba que los artistas fuesen unos cabrones excéntricos y nada de fiar, y lo cierto es que algunos lo eran, pero esos eran los que a) se morían de hambre o b) ya eran ricos, y Maddie no quería morirse de hambre y estaba claro que no era rica, por lo que no le quedaba otra que comportarse como Dios mandaba, joder, y santas pascuas.

(Otra faceta de Maddie: era más malhablada que un camionero después de unas buenas rondas de tequila barato. Estaba socialmente admitido que los hombres se expresaran en esos términos y las mujeres no solían hacerlo, de modo que Maddie parecía tomárselo como un desafío personal. Que les dieran por el culo si creían que las mujeres no podían ser malhabladas. Cuando era joven, se enorgullecía al decir: «Dime que sonría y te enseñaré los dientes».)

Ahora se estaba comportando como Dios manda. Las cosas les iban bastante bien. Los de la empresa de mudanzas no dejaban de entrar y salir, apilando cajas y colocando los muebles. Nate lo supervisaba todo. Oliver había ido a echarle un vistazo a su habitación.

Por lo que tuvo un momento para estar sola.

Salió de la cocina, cruzó la puerta trasera para llegar al porche destrozado y luego se dirigió al bosque. Maddie encontró un sendero descuidado y lo siguió en dirección al granero. Caminó apenas unos minutos y llegó al fin: un granero construido con postes telefónicos bien enterrados en el suelo, seis a cada lado, y un techo de metal corrugado. Los postes aún no se habían podrido, pero el óxido ya empezaba a dejar marcas y agujeros en el techo. El fósil de un nido de avispas colgaba de los travesaños, así como una gran cantidad de telarañas que parecían hamacas. La estructura no tenía paredes, y el suelo sucio y lleno de tierra mostraba surcos aserrados, acumulaciones de tierra y marcas de cajas de un equipamiento que no se había usado desde hacía mucho y que se había llevado la empresa encargada de vender toda la basura dejada por el finado padre de Nate.

Aquel lugar era suyo. Y de nadie más.

Le llevó un minuto sentarse para aceptar esa pequeña epifanía.

Vio que tenía espacio para estirarse y respirar, para crear una y otra vez, y otra más. Pero…

La realidad no tardó en hacer acto de presencia de nuevo.

«Aún tengo que cerrarlo con paredes. Aún tengo que hacer la instalación eléctrica, comprar bombillas, poner el aire acondicionado, traer todo mi equipo, como el soldador y el armario de herramientas y los armazones y… y… y…»; tareas y más tareas, lo necesario después de una mudanza. Las listas solían hacerla sentir mejor, pero en ese momento sintió como si fuesen ladrillos apilados sobre el pecho.

Si tan solo pudiera quitarse de encima esos ladrillos…

«No necesito el granero para crear algo.»

«Nate y Oliver no necesitan deshacer las cajas de mudanza.»

«No necesitamos hacer la compra. Podemos pedir algo para llevar. Hostia.»

Y empezó a darle la impresión de que, a su alrededor, el bosque estaba vivo, una tensión repentina. Sí, vivo en el sentido literal; lleno de arañas, arrendajos azules y arañas, Dios… Pero también era toda una oportunidad. Los árboles eran añosos y muchos yacían como soldados caídos en combate. Ojalá pudiese esculpir uno de ellos…

Con una motosierra bastaría.

No tenía motosierra.

—Necesito una puta motosierra —le dijo al bosque.

Las herramientas eran importantes. No te pones a tallar con unas herramientas de mierda e inapropiadas, del mismo modo que no se te ocurre entrar en Mordor con lo puesto.

Hace falta el abrillantador adecuado para los cristales, vaciadores y alambres para modelar arcilla, una cámara de vacío o de presión bien grande para crear los moldes para resina adecuados.

Y Maddie también quería la motosierra más adecuada, la mejor, para cortar madera. Nunca se había aventurado a usarlas para tallar, pero estaba ansiosa por aprender y sabía lo que necesitaba: una motosierra para esculpir.

Una normal era adecuada para talar árboles, pero no quería talarlos. No. Maddie necesitaba una que no fuera muy larga y además le permitiese hacer cortes grandes pero también hacer pequeños agujeros, muescas, huecos y hendiduras, todo ello para esculpir hasta el más mínimo detalle. Necesitaba algo ligero y que no vibrase

demasiado. Tenía un amigo que usaba las Stihl, pero ella no tenía ni idea de cuál usar. Era una profana en la materia.

Pero Nate tal vez sí que lo supiese.

Y se marchó a hablar con Nate.

Lo encontró en el piso de arriba, mirando con gesto amenazante la puerta de su habitación. Le puso una mano en el hombro, y él reaccionó como si acabase de dispararle con una pistola aturdidora.

—¡Dios! —dijo, sobresaltado.

—No es Dios, no. Soy yo —respondió Mads mientras le guiñaba el ojo. Él no se rio, y ella le dedicó una mirada inquisitiva—. Ah, vale. Que ahora eres Nate el Serio, ya veo.

Él negó con la cabeza y se obligó a sonreír.

—Todo bien. ¿Qué ocurre?

—Necesito una motosierra.

—¿Una qué?

—Una motosierra. Para tallar madera.

—Una motosierra sirve para cortar, no para tallar.

—Nada de machoexplicaciones, ¿eh, chaval? Puede que tú seas el policía, pero recuerda que, si hay que atornillar o clavar algo, al final yo soy la que lo hace. —Maddie sonrió—. Dios, ¿no te ponen cachondo todas las reformas que hay que hacer en la casa? Piensa en todo lo que falta en el dormitorio principal. Atornillar. Clavar. Poner cañerías.

Le guiñó el ojo y luego le pasó la mano por el brazo para sentir la firmeza del hombro de Nate.

Él se apartó con brusquedad, como si le quemase.

—Pueeees… Está claro que no.

Él hizo un mohín.

—No es nuestro dormitorio.

—Es nuestro dormitorio. De los dos. —La decepción se apoderó del gesto de Maddie. En ese momento, lo entendió. Se le daba bien comprender las tonterías de Nate. Él no era consciente de ello y no lo hacía de manera intencionada, pero ella sabía que su marido llevaba mucho tiempo intentando esconderse detrás de un par de cortinas negras y que ella era la única que podía apartarlas con facilidad para

ver a la persona que había detrás—. Vale. Ya lo entiendo. Aún crees que es de ellos.

—Cuando era pequeño, mi padre me dejó muy claro que no debía entrar en su dormitorio. No es de «ellos». No era de mi madre, sino de mi padre. Así que nunca entré. Es como si… —Se esforzó por encontrar la palabra adecuada—. Es como un allanamiento. Vivió y murió aquí. No es nuestro.

Nate le contó que había visto el cadáver de Carl Graves allí mismo, que lo vio despertar de repente, un último estertor antes de marcharse. Maddie intentó ser empática y comprender por lo que estaría pasando su marido. (Al fin y al cabo, ella también había visto morir a su padre.) Pero Maddie también necesitaba que Nate se comportase como Dios manda, porque él no era el único que estaba cambiando de casa.

—Dios, Nate. Esto te ha sentado muy mal. Todo.

—Ya se me pasará.

—¡No lo hará! —dijo ella en voz alta, demasiado alta. Lo repitió, más tranquila—. No lo hará. Dios, no tendríamos que habernos mudado. No tendrías que haber aceptado esta casa. —Maddie sintió cómo empezaba a entrar en pánico—. Aún podemos venderla. La empresa de mudanzas no ha colocado muchos muebles y, para serte sincera, tampoco es que tengamos tantos como para llenar este sitio. Les diremos que los metan en un sitio de esos, un trastero. Podríamos dejarlos ahí hasta que encontremos otra casa…

Pero Nate negó con la cabeza.

—No. Sé por qué lo dices. No lo hagas. Mira, ya nos acostumbraremos. Vamos a quedarnos la casa. Nos hemos marchado de la ciudad. Aquí fuera es más seguro y a Olly le encanta. Ya se comporta de manera diferente, ¿no te has dado cuenta? Está más tranquilo y el colegio es magnífico, de los mejores del estado. Tienes espacio y un lugar en el que trabajar. Dios, yo mismo empiezo a trabajar el lunes. Olly empezará pronto a ir al colegio. —Parecía muy seguro—. Podemos hacerlo.

Ella lo miró de arriba abajo. Intentó volver a apartar esas cortinas oscuras para ver si estaba convencido de lo que acababa de decir.

Después Maddie le puso una mano tranquilizadora en el hombro y, al mismo tiempo, le clavó un dedo acusador de la otra en el esternón. Con fuerza.

—Vale. Pero compórtate. Como Dios manda. Tenemos que arreglárnoslas para que todo nos vaya bien. No sueles ser así y contamos contigo. Eres nuestra roca. Así que sé una roca. ¿De acuerdo?

El lenguaje corporal no dejaba lugar a dudas. Maddie iba a apoyarlo, sí, pero él también tendría que poner de su parte.

Nate asintió.

—Mira. Te entiendo. Esto es muy difícil.

—Irá bien.

—Admitir que es difícil también es complicado, ¿no?

—Es… es difícil. Todo.

Ella sonrió.

—Ya está. ¿Ves? ¿No te sientes un poco mejor?

—Sí. —Alzó el pulgar y el dedo índice y los separó unos pocos milímetros—. Un poquitito muy chiquitito.

—Te quiero. Todo irá bien.

—Yo también te quiero.

—¿Sabes qué? —dijo ella al tiempo que se giraba hacia las escaleras —. Nos instalaremos en el dormitorio del fondo por el momento.

—Y, entonces, ¿Olly dónde va a…?

—¿A dormir? Ya le he dicho que puede quedarse en la buhardilla.

—La buhardilla. Mads, no sé yo. La verdad es que está vieja y sucia, pero tiene su aquel.

—Anda, yo te suelo describir a ti de la misma manera.

—Ja, ja.

—Pfff. Ya verás que le sienta bien. Tiene quince años. Le vendrá bien tener su espacio. Podemos dejar que aquello se convierta en su mundo particular. —Bajó la voz—. Además, ya ha empezado a darle al manubrio. Puede que tengamos que empezar a hacer acopio de clínex… o sacarnos la tarjeta del supermercado para que nos hagan descuento al comprarlos.

Nate puso gesto de asco, ansioso por cambiar de tema.

—Espero que le vaya bien por aquí.

—Le irá bien. Ya parece más tranquilo.

Oyeron el grito de su hijo en el piso de arriba.

Oliver subió por la escalera llena de cosas y, cuando llegó arriba, extendió la mano, encontró la cadena y, cli-clic, se hizo la luz. La buhardilla tenía el tamaño de la casa entera, el equivalente a dos habitaciones muy grandes. El techo estaba inclinado, por lo que era fácil caminar por el centro de la estancia; los laterales descendían hasta que llegaba un momento en el que ya no podías seguir en pie. La empresa de mudanzas ya había colocado allí algunos muebles y adosado su cama a uno de los rincones, a tocar la inclinación del techo. A Oliver le gustaba. Le hacía sentir seguro en cierto modo. Oculto contra la pared, apartado del mundo.

Le agradaba el lugar a pesar del olor a madera mohosa, al polvo y al calor (Dios, allí arriba parecía un horno). Era muchísimo más espacioso que su habitación en la ciudad, eso estaba claro. Sentía que podía respirar allí arriba.

Dio un paso en dirección a la cama y…

—Joder —dijo al tiempo que tropezaba y daba un paso atrás de repente. Vio lo que había en el suelo y gritó para llamar a sus padres.

La única luz de la buhardilla era la que proyectaba una bombilla suelta, por lo que su padre llegó con una lámpara que trajo del piso inferior. Enchufó la lámpara y la usó como si fuese una linterna. La giró en dirección al suelo e iluminó lo que quiera que hubiese allí.

—¿Ves? —dijo Oliver.

—¿Qué coño es eso? —preguntó su madre, aprensiva.

—No tengo ni la más remota idea —dijo su padre.

No era que no supiesen lo que estaban mirando.

Era solo que… lo que estaban mirando no tenía mucho sentido.

Un ratón que llevaba muerto mucho tiempo estaba tirado sobre el polvo que cubría el suelo de madera. El cadáver estaba reseco, reducido a una piel curtida sobre huesos estrechos como una cerilla, como si estuviesen cubiertos por una manta. Y eso no era lo peor…

Unas hormigas marchaban alrededor de los restos del ratón en un

círculo casi perfecto, filas y filas de ellas en un carrusel descontrolado en torno al cadáver del roedor. Un remolino sin fin de tráfico de insectos que no iba a ninguna parte pero que al mismo tiempo era incapaz de detenerse. Le recordó algo de la escuela de cuáqueros, el baile de mayo. Niños y profesores que sostenían cintas unidas a un poste central y caminaban en círculo entrelazándolas mientras daban vueltas y más vueltas.

—Qué raro —dijo Oliver.

—¿Zarigüeyas, garrapatas, mosquitos, murciélagos y ahora este círculo de hormigas para raritos? Yo insisto en que deberíamos quemar la casa —comentó su madre, pero ella también parecía cautivada por la espiral de hormigas.

—¿Las matamos? —preguntó su padre.

Su madre se encogió de hombros.

—Puede que estén adorando al ratón. —Alzó la voz y la puso más aguda, para sonar más parecido a un insecto—: ¡Adoremos todos al rey Mordisquitos, loor y gloria al rey roedor que ha muerto!

—Estoy seguro de que es… normal —dijo su padre. No sonaba muy seguro.

Pero Oliver ya había sacado el móvil y buscado «círculo de hormigas» en Google. Medio segundo después, aparecieron una gran cantidad de vídeos de YouTube.

—Se llama espiral de la muerte… y también círculo mortal. Parece que es un fenómeno natural. Es como si se quedasen atrapadas en su rastro de feromonas y no pudieran salir de él, por lo que se ponen a dar vueltas y más vueltas hasta que… —Siguió leyendo y frunció el ceño mientras lo hacía—. Mueren. Es un suicidio hormiguil.

—Suicidio. Vale —dijo su padre, que cogió al ratón muerto con un pañuelo estampado. Después se enderezó y dio unos pisotones. Pum. Pum. Pum. Volvió a girar la lámpara en dirección al lugar donde se encontraban las hormigas, que ahora estaban aplastadas formando el mismo círculo. Algunas no habían dejado de moverse, por lo que dio otro pisotón y retorció la punta, como un fumador que apagase un cigarrillo.

—No teníamos por qué matarlas —dijo Oliver, que intentaba

recuperar el aliento. Sabía que las hormigas tenían que darle igual, que no tenían conciencia ni emociones y no estaba seguro de que sintiesen dolor, pero su padre las había aplastado con excesiva crueldad, excesiva fatalidad.

Oliver reprimió un acceso de sentimientos estúpidos.

—A lo mejor sin el ratón…

—Olly, no podemos salvar a todas las hormigas. Como has dicho, estaban en una especie de… espiral de la muerte.

—Pero…

Su padre le puso la mano en el hombro.

—Mira, colega… —Colega era uno de los apodos de Oliver, junto a Olly, chaval y tío—. La empresa de mudanzas está terminando. Traerán el resto de tus muebles pronto y podrás empezar a deshacer las cajas. ¿Vale? ¿Te parece bien?

—Me parece bien —dijo Oliver.

No quiso decir lo mucho que lo había inquietado lo de las hormigas. Se obligó a sonreír y esperó que no reparasen en lo afectado que estaba. Pero siguió imaginando cómo las hormigas giraban y giraban y giraban, como una rueda rota y descontrolada.

7

El atributo más sutil para un alma

—Me gustaría hablar más del asunto de las hormigas —dijo la doctora Parveena Nahid en la pantalla del portátil. Era la primera sesión oficial por FaceTime desde que se habían mudado. A su padre no le gustaba nada la idea de pagar la tarifa normal por una mera videollamada, pero al mismo tiempo le gustaba la idea de no tener que llevar en coche a Oliver a la ciudad—. Te inquietó.

—Sí… Pero eso fue como hace una semana —replicó él, que intentó quitarle hierro al asunto. Tenía el portátil sobre el escritorio y estaba sentado en una silla. Apoyó la barbilla sobre las palmas de las manos, y los codos en la mesa.

—¿Te sigue inquietando?

—Puede. No sé. —Suspiró. «Sé sincero»—. Un poco.

—¿Por qué?

—No lo sé. —Rio, pero no fue una risa alegre—. Sé que las hormigas no son como la gente, ni nada parecido, no creo que sufran…, no sé…, dolor, ni que tengan emociones, ni cosas de esas. Pero ver a mi padre aplastándolas…

Le empezaron a sudar las palmas de las manos e intentó secárselas en los vaqueros.

—¿Cómo te hace sentir eso?

—Supongo que no muy bien.

—¿Te suena el jainismo?

Negó con la cabeza.

Ella continuó:

—Jain Dharma, una antigua religión de la India. Un poco de budismo y un poco de hinduismo. Entre los jainistas existe algo llamado el *ahimsa*. Mahavira, uno de los primeros maestros del

jainismo, escribió algo que me recordó a ti. «No hay atributo más sutil para un alma que la no violencia, ni una virtud de espíritu más grandiosa que el respeto por la vida.» Puede que eso sea lo que sientes tú, un gran respeto por la vida.

—Sí, pero a veces es un poco exagerado, ¿no? Si no puedo ni soportar que alguien aplaste unas hormigas…

Se quedó en silencio.

—¿Eso lo piensas tú de verdad o se lo has oído a otra persona? ¿Lo de que «no puedes ni soportar»?

Él se encogió de hombros.

—Porque a veces la gente nos dice cosas que se nos meten en la cabeza, cosas como una crítica o algo peor, como un insulto, y… —La doctora movió las manos para imitar el vuelo de una mariposa. El movimiento dejó tras de sí un rastro de píxeles en la pantalla, y algunas partes de la imagen se quedaron congeladas antes de continuar—. Es un pensamiento que no puedes quitarte de la cabeza, que rebota como un eco y, poco después, dicho eco empieza a sonar con tu propia voz y no con la de la persona que lo dijo en realidad. Damos por hecho que fue algo que dijimos nosotros y nos olvidamos de que lo dijo otra persona.

—¿Me estás diciendo que es cosa de mi padre?

—Ah, ¿sí?

—Sí. Pero no… —Se sintió nervioso de repente—. Puede que no se equivoque, ¿verdad? Puede que no me venga mal ser un poco más fuerte. —¿Lo había dicho su padre? «Armadura»—. Necesito una armadura. Si no soy capaz de aguantar el ver cómo aplasta a unas hormigas, el mundo me va a aplastar como una… apisonadora. Por lo que puede que tenga razón. Quiero a mi padre y él me quiere a mí. Nos llevamos muy bien. No es un maltratador…

La doctora levantó ambas manos para indicarle que se tranquilizase.

—Yo no he dicho eso, Oliver.

—Ya, ya. Lo sé.

—¿Por qué lo has dicho? ¿Por qué has llegado tan lejos? Hasta el maltrato, quiero decir.

—Creo que su padre lo maltrataba a él.

—¿Quieres hablar de ello?

Oliver se encogió de hombros.

—No hay mucho que decir. Papá no suele hablar del tema. Yo solo sé que no me dejaron conocer a mi abuelo y que se murió y que ahora nosotros vivimos en su casa.

—¿Y qué tal te va en la casa nueva?

Se lo pensó un buen rato.

—Es raro. Y también me siento un poco solo. También es genial, no me malinterpretes. Me gusta vivir en el bosque, y eso. A veces me pongo a caminar y todo está muy tranquilo y silencioso. Puede que demasiado silencioso, incluso. Mi madre está ocupada preparando la casa y arreglando el granero que está apartado. Y mi padre…, ya sabes, es mi padre y tiene que trabajar y eso.

—¿Has hecho amigos en el colegio?

—No lo sé —dijo después de titubear un poco. No quería admitirlo —. Pero solo llevo aquí una semana.

La doctora Nahid ensanchó la sonrisa.

—Ya veo. Pero los amigos te vendrán bien. Todo el mundo necesita amigos y por eso vamos a conseguir que hagas algunos, querido Oliver.

8

Juego de peces

Nate se miró en el espejo, vestido con una camisa beis y unos pantalones verde bosque. El uniforme de guardabosques no tenía nada que ver con el azul de la policía. Casi no fue capaz de reconocer su imagen.

Se sentía como a la deriva, allí en el quinto pino. Habían sucedido muchas cosas: dejar el cuerpo, abandonar la ciudad, mudarse de su antiguo apartamento, volver a la casa de su infancia, que parecía pertenecer a unos muertos. Al menos, Oliver parecía estar mejor, aunque tampoco podía decirse que Nate hubiese tenido mucho tiempo de relacionarse con él. ¿Estaba mejor de verdad? Joder, no podía estar seguro.

Bajó la vista al lavabo. En una esquina había dejado la pistolera de tela marrón, muy usada y gastada. En el interior había una Glock 19.

Nate se la colocó alrededor de la cintura y salió del baño.

La oficina no era gran cosa. Contaba con una habitación principal y, a un lado, una pequeña sala de reuniones y un baño unisex. Había dos escritorios en mitad de la sala grande, uno frente al otro. Paredes con panelado de madera. El suelo cubierto por una moqueta gris y ajada.

Axel Figueroa, su compañero al que llamaba Fig, se sentaba en el más alejado. Fig era un hijo de puta muy corpulento, de cuello, brazos y piernas anchos pero cortos, lo que le daba el aspecto de un tocón. Tenía la cabeza tan rapada que parecía calvo, y la piel bronceada por todas partes, del color de un cinturón de cuero. Y también se dejaba ese bigotillo horrible.

—Al fin te han enviado el uniforme —dijo Fig.

—Sí, supongo que al fin se dieron cuenta de que he venido para

quedarme —respondió Nate. Dio un giro propio de un modelo, pero sin mucho entusiasmo—. ¿Me queda bien?

Fig gruñó y frunció el ceño.

Nate continuó.

—Supongo que no te queda más remedio que aguantarme.

Otro gruñido. Fig siguió con sus papeleos, fueran los que fuesen.

«Hago amigos dondequiera que voy», pensó Nate. Llevaba así unas cuantas semanas; la mayoría de sus interacciones con los demás eran breves, entrecortadas y profesionales.

Nate suspiró y se acercó al tablón de anuncios, que tenía la información que esperaba: un cuadro con fechas de las temporadas de caza y de pesca, y también las de cursos de seguridad para cazadores, así como avisos de especies invasoras. Insectos en su mayor parte. Vio uno de algo llamado *Lycorma delicatula*, un insecto con gran apetito por los frutales y los viñedos.

—¿Estás aburrido? —preguntó Fig.

—Ah, no. Leyendo un poco.

—Hay papeleo que hacer. Permisos y cosas de esas.

—Claro —dijo Nate, aunque oyó la resignación en su voz. Se acercó a su escritorio para sentarse. Fig no dejó de mirarle.

—Estabas en el Departamento de Policía de Filadelfia, ¿verdad?

—Así es.

—Supongo que allí no tenías tiempo de aburrirte.

Oyó el tono con el que lo había dicho; no era nada amistoso. Fig intentaba provocarlo por alguna razón, aunque no tenía ni idea de cuál podía ser. No tuvo más remedio que seguirle el juego.

—Todos los trabajos tienen sus pros y sus contras, pero a veces vemos cosas y tenemos que enfrentarnos a situaciones muy duras, sí.

—Y supongo que os preparan para enfrentaros a esas situaciones muy duras, ¿no?

—Claro.

—Bueno, pues aquí en el quinto pino también hay que currárselo, Nate. La mayoría de los que vienen a ser guarda forestal, o «agente de conservación ambiental», tienen que pasar primero por Harrisburg y luego hacer un curso en Leffler School. Dura un año entero. Con

prácticas y todo eso. Dan clases de gestión ambiental, administración, seguridad y cosas así.

De pronto, Nate se sintió muy incómodo. La mirada sostenida de Fig lo había dejado clavado contra la pared, como si fuese el póster barato de una película.

—Doy por hecho que hiciste todos esos cursos —dijo Nate.

—Claro que sí. —Fig se inclinó hacia delante—. Pero tú no.

—¿Y eso será un problema?

Fig se inclinó hacia atrás y se cruzó de brazos.

—No. Ya llevas tiempo en las trincheras. Quizá no en las mismas, pero sabes de qué va esto. Bill Dingel, de Harrisburg, dijo que te iba a ir bien, de modo que aquí estás.

A Nate le dio la impresión de que él no las tenía todas consigo.

—Mira, no he venido para pisotearte. No soy una persona ambiciosa y no creo que haber sido policía en las calles de Filadelfia me haga diferente, ni que haya que darme un trato especial por ello. Crecí aquí y he cazado y pescado por el lugar, pero nunca diré que sé a la perfección lo que hacer en este trabajo. Tú sí. Eres el jefe. Si quieres que me ponga con el papeleo, me pondré con el papeleo. Si quieres que me siente y me quede mirando la pared, me quedaré mirando la pared. Si quieres que tome muestras de cagadas de ciervos o que recoja basura de las zanjas, lo haré sin rechistar. Eres el jefe, jefe.

—Y, a pesar de todo, no soy el jefe, ¿verdad? Tenemos el mismo puesto de trabajo, Nate. ¿El salario? También es el mismo. —Rio, pero aquel sonido no transmitía la menor alegría—. Joder, es que seguro que te van a pagar más.

—¿Por qué iban a pagarme más?

—No me hagas decirlo.

—¿Decir el qué?

Fig se inclinó hacia delante otra vez, con las manos apoyadas sobre el escritorio. Empezó a decir algo, se dio la vuelta y luego, al parecer, tomó la decisión de decirlo:

—Que eres blanco.

—¿Y?

—¿En serio? ¿Esa es tu respuesta? «¿Y?»

—No es una respuesta. Es una pregunta.

Fig asintió con frustración, se hartó y dijo, con desdén:

—Déjalo.

—No quiero dejarlo. Quiero hablar del tema.

—No. No quieres hablar del tema, joder. Yo soy quien no quiere hablar del tema. Me gustaría vivir en un mundo en el que no tengamos que hablar del tema, ni pensar en él, y mucho menos sufrirlo. Pero también me gustaría comer helado todos los días y que mi sudor oliese a ropa limpia. Vamos a dejarlo.

Nate vio que lo decía en serio y levantó ambas manos en gesto de rendición.

—Vale. Como quieras.

—¿Sabes qué? —dijo Fig, que resopló—. Yo también estoy aburrido. —Cogió las llaves de encima del escritorio, que empezaron a tintinear —. ¿Quieres hacer algo? Yo te daré algo que hacer. Ya tienes uniforme, así que podemos ponernos serios. Vámonos a patrullar.

—¿A patrullar para qué?

—No lo sé. Para resolver problemas relacionados con la pesca o con la caza.

—¿Por si vemos un fletán conduciendo un coche? ¿O un ciervo que tiene una casa de apuestas ilegales?

—Genial, ya veo que eres un graciosillo. —Lo dijo con un tono de voz que indicaba que en realidad no creía que fuese «genial». Señaló la puerta imitando una pistola con los dedos—. Sal por ahí y métete en el Bronco. Yo tengo que pasar por el baño. Nos vemos fuera.

9

El traqueteo de los dados

Oliver sintió que se ahogaba.

El instituto en el que estaba antes era pequeño. Una clase por curso. Pero el de ahora, el Upper Bucks High o UBH, tenía tres cursos con tres clases cada uno. Mil quinientos alumnos en total.

Y Oliver no conocía a nadie.

Claro está, sí que había hablado con unos cuantos. Ya casi había llegado octubre. Sabía cómo se llamaban sus compañeros de clase y había formado grupos con algunos de ellos para el laboratorio de química, para leer poemas de Emily Dickinson y cosas así. Pero nada más. Era un don nadie entre los demás. Ellos se conocían. Cada uno formaba parte de un grupito, pero él no tenía a nadie. Peor que eso, en ocasiones se quedaba solo en el pasillo y recordaba esos días en el Rustin, cuando tuvo lugar el simulacro, se desmayó en un pasillo y se puso a llorar como un niño pequeño. También recordaba que se había meado encima. Tal vez sus nuevos compañeros supiesen lo que le había ocurrido en aquel colegio. Tal vez todos esos niños ya estuvieran al tanto.

Empezó a sucumbir al pánico.

Pero luego oyó la voz de la doctora Nahid en su cabeza: «Todo el mundo necesita amigos y por eso vamos a conseguir que hagas algunos, querido Oliver». Le había dicho que era como toparse con una serpiente en el bosque, que el animal tenía más miedo de ti que tú de él. La psicóloga le había explicado que ser «el niño nuevo» era alienante y te hacía sentir aislado, pero también que la figura de ese niño nuevo tenía cierto halo de misterio. Eso significaba que era él quien tenía que dar el primer paso: acercarse a alguien, presentarse y ver qué ocurría a continuación.

Ella había dicho:

«Elige a alguien que creas que puede caerte bien. No pasa nada si no terminái siendo amigos».

Y él ya sabía a quién iba a elegir.

Hora del almuerzo.

Los demás niños no dejaban de darle codazos mientras trataban de abrirse paso para meterse en la cafetería. Las voces conformaban un rugido anodino y estruendoso.

Volvió a tener esa sensación de estar solo en medio de una multitud, ese océano negro de dolor adolescente.

Se quedó en pie con la bandeja en la mano, llena de comida que seguramente no fuese a comer porque tenía un nudo en el estómago.

Y allí, frente a él, se encontraba la mesa.

La mesa de *D&D*.

Donde jugaban todos los días mientras comían.

Dos niños y dos niñas. Las hojas de personaje estaban junto a las bandejas. También un batiburrillo de dados.

Había una silla vacía junto a uno de los chicos.

Olly se colocó detrás de ella.

—¿Puedo…? —Dios. ¿Su voz acababa de sonar como un gemido?—. Esto… ¿Puedo sentarme?

Los cuatro se giraron hacia él.

Miradas siniestras.

El que tenía más cerca, un chico parecido a un bicho bola regordete con camiseta gris y pantalón de chándal, asintió.

—Estamos en mitad de la partida.

—Sí. Ya, lo sé. Por eso quería sentarme. Para mirar.

Los cuatro lo observaron. Una de las chicas, una asiática que llevaba una camiseta de Nyan Cat y pelo corto, lo miró como si fuese un misterio muy preciado mientras se metía una bolita de patata en la boca.

—¿Juegas? —preguntó mientras masticaba.

—Sí.

Después volvió a mirar la silla con gesto inquisitivo. Los cinco volvieron a quedarse mirando, y el que estaba al fondo, un negro

corpulento con ojos soñolientos y una mata de pelo despeinada, asintió.

—Claro, siéntate —dijo.

Oliver supuso que se trataba del director de juego. El Amo del Calabozo, el tipo que dirigía la partida y contaba la historia. Lo único que tenía delante de él era una carpeta de *La pandilla basura* con unos papeles en el interior. En su caso, no tenía hoja de personaje.

Oliver se sentó.

—Me llamo Olly —dijo.

Y luego fue como si una burbuja de jabón muy obstinada terminase por explotar. El resto también se presentó…

El bicho bola era Steven Rubel.

La de la camiseta de Nyan Cat era Hina Hirota.

El director de juego era Caleb Wright.

Y la última era Chesapeake Lockwood, alias Chessie. Rubia, con el pelo ondulado y los dientes incrustados en un alineador transparente.

Chessie se inclinó hacia él y preguntó, casi con tono conspiratorio:

—¿Qué te gusta ser?

Olly respondió:

—La última vez que jugué era un dracónido brujo.

—Qué mal —dijo Steven.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo? —preguntó Olly.

—Porque… es lo típico.

—Y eso lo dice el tipo que tiene un tiefling pícaro cuyo trasfondo es el de un huérfano que quiere vengarse —comentó Hina.

—Déjame en paz —bufó Steven. De todos los que estaban en la mesa, él era quien sufría más profundamente, capaz de hacerlo retorcerse como un cuervo con un ala rota.

Caleb negó con la cabeza.

—Bah, tío. Puedes hacerte un dracónido brujo. Ya sabes. Vista del diablo y oscuridad. Eso mola.

—A Caleb le gusta mucho todo lo que tiene que ver con las reglas —explicó Hina mientras se lamía la grasilla acumulada en los dedos—. A mí, la historia. Mi personaje es una gnoma barda llamada Esmerelda Dedoluciente que toca el valacordio.

—El valacordio es un instrumento de *Star Wars* —repuso Steven—. Pero eso no lo sabía antes de ponerse a to…

Una bolita de patata le rebotó en la cabeza, y Hina respondió:

—No me pongas de friki falsa, ¿eh? Maldita tortuga.

—Sí, tío —dijo Caleb—. Eso no mola. Por cierto, soy el puto director de juego, ¿vale? A mí me importa la historia. Me inventé Arduinia. No me dejes mal.

Hina se encogió de hombros y prosiguió:

—Bueno. Pues Esmerelda es la hija de una famosa gnoma inventora y no sabe quién es su padre. De hecho, puede que no exista y que su nacimiento tenga un origen mágico. Sea como fuere, lo importante es que me dan igual sus características. Lo único que me importa es que ella y su gatodragón, que se llama Apestoso, tengan aventuras chachis y encuentren el verdadero amor en los mares de Arduinia…

Todos se rieron.

Y así, en un abrir y cerrar de ojos, continuaron con la partida. Se pusieron delante las hojas de personaje, tiraron los dados, calcularon la iniciativa y unos sirénidos vampiro monstruosos asediaron el barco pirata robado de los personajes. Olly no estaba seguro, pero…

Quizás y solo quizás…

Había encontrado un grupo de amigos.

La doctora Nahid tenía razón. Hostia puta.

Se sentía muy bien.

Hasta que una sombra cubrió la mesa. Un tipo alto y ancho de hombros que llevaba una camisa de Ron Jon Surf se colocó detrás de Steven, y luego puso las dos manos nudosas en el respaldar de la silla del otro chico antes de apoyarlas en los hombros de Steven. Lo hizo con tanta fuerza que hasta el otro chico sintió dolor.

Oliver lo conocía. O sabía quién era, al menos. Graham Lyons. Estaba en el equipo de béisbol, y allí el béisbol era muy importante. Mucho más que el fútbol americano o el atletismo.

Todos miraron a Graham mientras Steven trataba en vano de zafarse de su manaza. Graham no estaba solo. Detrás de él tenía a un colega musculoso de aspecto italiano, con el pelo alborotado y las cejas gruesas que parecían pintadas con rotulador permanente, en una

frente demasiado morena. Tenía unos brazos llenos de protuberancias y cruzados, como cañones de barco que apuntasen en direcciones opuestas. Graham Lyons estaba rodeado de dolor y tenía un pozo muy profundo en mitad de su cuerpo. Pero el otro, el imbécil, tenía una aflicción que recorría todo su cuerpo, un sistema circulatorio entero lleno de rabia, tristeza y sufrimiento.

—Mira a estos putos frikis —dijo el musculitos. La aflicción del imbécil reaccionó como si le hubiesen dado una descarga eléctrica.

Graham Lyons profirió:

—¿Qué hacéis, empollones?

—Venga ya, tío —dijo Caleb—. Estamos jugando. Lárgate.

—¿Que me largue? Que me largue, dice. —Graham fingió estar herido y ofendido—. Vaya, eso ha dolido, Caleb. Antes éramos amigos.

—Sí, en quinto de primaria. Después te convertiste en un capullo.

—Estás hiriendo mis sentimientos, te lo digo en serio.

Después Steven los interrumpió, en un murmullo que sonó demasiado alto.

—Pero si tú no tienes sentimientos, Graham…

Fue como si hubiese pulsado un interruptor. El tipo musculoso se abalanzó hacia delante y acercó la cabeza a la de Steven, solo para dejar unos pocos centímetros entre sus narices. La oscuridad de su interior empezó a crecer.

—¿Qué coño has dicho? Hijo de puta pajillero. Pedazo de gordo maricón…

Graham colocó una mano tranquilizadora en el hombro del musculitos.

—Tranquilo, Alex. Como ha dicho Caleb, solo están jugando. ¿A qué jugáis? ¿A *D&D*? Eso es para frikis de los auténticos, ¿no?

Olly sintió que tenía que decir algo.

—Ahora juega todo el mundo.

Todos lo miraron, asustados. El miedo relució en ellos, como una luz estroboscópica a través de una niebla muy densa.

Como si acabasen de decir: «Oh, no».

Como si acabasen de decir: «No tendrías que haber dicho nada».

—¿Qué has dicho? —preguntó Graham, al momento.

—He dicho que ahora juega todo el mundo. Que *D&D* no es… para frikis auténticos. Ahora… ahora juegan hasta los famosos. En Los Ángeles está de moda. Muchos actores y escritores…

—No estamos en Los Ángeles. Eres el nuevo, ¿verdad? ¿Y eres de Los Ángeles?

—Déjalo en paz, Graham —dijo Chessie.

—Calla, Chessie. No deberías estar con estos mierdas. Deja que el nuevo responda.

—Soy de Filadelfia —respondió Oliver.

—Aaah. De Filadelfia. Un tipo duro. —Graham intentó poner un acento cerrado de Filadelfia—. Fullelfia. Wooder Ice. ¡Vamos, Eagles!

—No soy un tipo duro y no tengo ese acento. Solo…

—Ajá. Da igual. A ver qué pone aquí.

Graham extendió la mano por encima del hombro de Oliver y cogió la hoja de personaje de Hina.

—¡Oye! —gritó ella.

Pero era demasiado tarde. La había cogido.

Y cuando recogió el brazo, el codo golpeó a Oliver en el ojo. Pop. Oliver vio un cúmulo de supernovas detrás de la oscuridad de su párpado. Gritó y empujó la silla hacia atrás…

Pero encontró algo de resistencia. Olly sintió algo más aparte del vientre de Graham. Una vibración suave y algo que hacía crac.

Graham gritó y se tambaleó hacia la mesa desde detrás de él, de repente. No dejaba de agitar la mano mientras soltaba una ristra de tacos, como si se hubiese pillado el dedo con una puerta.

—Joder, joder, joder. Mierda. Mi puto dedo. Ese cabrón me ha jodido el dedo.

Esa fue la gota que colmó el vaso.

El caos se apoderó de la situación. Alex se abalanzó hacia Oliver, lo tiró de la silla y lo golpeó contra la mesa. Los dados se dispersaron por el lugar. Alex levantó un puño demasiado grande que amenazó con golpear a Oliver en la cara como si fuese un meteorito, pero alguien agarró al imbécil y tiró de él hacia atrás. Era Caleb. Sonó un silbato. Pasos y gritos. Alex arrastró lejos de la mesa a Oliver, quien notó un puntapié en el vientre que le hizo expulsar todo el aire de los

pulmones. Intentó reprimir el vómito mientras los profesores empezaron a rodearlos y dieron por terminado el enfrentamiento.

O eso creía él.

10

Búhos tallados

Maddie se compró la puta motosierra. Era una Stihl 192 para tallar.

Muy ligera. Con un mango en la parte de atrás. Una hoja corta y negra. Un sistema antivibración. Y, vaya, le había costado cuatrocientos dólares.

Tenían los gastos bien calculados. Sí, habían pagado un dólar por la casa, pero los gastos de la mudanza no eran pocos y además debían comprar muebles y, sí, el primer pago de los impuestos vencía al cabo de una semana. Pero la sierra le iba a servir para crear arte. Era su trabajo. Y sabía que lo que necesitaba en aquel momento era esa sierra.

Notó cómo la llamaba, lo mismo que un ángel con dientes de metal.

Ella también la llamó a modo de respuesta.

—Te quiero, sierrita —le dijo con voz cantarina, y después le dio un beso antes de guardarla en el Subaru y llevarla a casa. Donde le iba a dar de comer.

Y vaya si comió.

Encontró un tocón, uno que no estaba carcomido y que parecía haber caído durante la primavera o el verano anteriores. Usó la sierra para cortar un pedazo. Fuuuum. Fuuuum. Como si cortase una salchicha en rodajas. Y lo separó del resto. Después cortó un pedazo del tocón que seguía enterrado, lo más cerca que pudo del suelo, y luego soltó un gruñido y volvió a colocar el pedazo recién cortado otra vez en el mismo lugar. (Resultó un tanto perturbador, como colocarle a un cadáver su propia mano cercenada. «Hola. ¿Podrías sostenerme esto?»)

Después de colocar el pedazo de tronco, volvió a poner en marcha la sierra. El zumbido resonó en el interior de los huesos de sus brazos.

Y luego cortó.

No se acercó al tocón con una idea fija. Era cierto que a veces el arte brotaba de una intencionalidad, del deseo de crear algo concreto. Pero había momentos en los que lo que Maddie creaba no era idea suya, sino más bien pura arqueología. Era como descubrir algo, como si el trabajo del artista apenas consistiese en otra cosa que encontrar lo que ese material trataba de ocultar, y luego esforzarse por sacarlo a la luz para que todo el mundo lo viese.

O, en su caso, tallar la madera para liberar un espíritu que había quedado atrapado dentro.

Porque, en realidad, eso era lo que sentía ella. Le dio la impresión de estar liberando algo. No sabía lo que era, y tampoco le importaba. Siguió y siguió, un corte por aquí, una pasada por allá, giró la sierra, una muesca, un roce… Cada vez más rápido. Se le empezaron a dormir las manos y tenía la mente en blanco. Mientras tanto, de la cadena de corte saltaban astillas que rebotaban contra sus gafas protectoras, y de la madera empezaba a surgir algo…

Dos orejas picudas…

Unos ojos muy hundidos debajo de un ceño fruncido en gesto vengativo…

Patas y garras que se aferraban a la base.

Alas. Un pico. Un búho, eso era aquello. Era un búho que había encontrado en el bosque. Los restos y el serrín volaban a su alrededor mientras la sierra gruñía y cortaba, mientras perfilaba las plumas, les daba forma a las alas. Rápido, cada vez más rápido para liberar al búho…

Después se dejó llevar. Siguió haciéndolo al ritmo del latir de su sangre en los oídos, que resonaba como la marea que rugía y subía cada vez más.

11

Círculos, casquillos y el olor extraño de los churros

El camión de Fig era un caos infernal. Papeles, envoltorios de comida rápida. Una caja de herramientas en el asiento de atrás. Varias tazas de café para llevar aquí y allá. Botellas de refresco… No, de refresco no. De kombucha.

—¿Bebes kombucha? —preguntó Nate, un tanto sorprendido.

—Sí.

—Maddie, mi mujer, también la bebe a veces. Siempre me ha parecido una botella de agua sucia con repollo podrido flotando en la superficie.

—Eso son los hongos. La masa madre.

—¿Y te lo bebes?

—Claro.

—¿Sabe bien?

—No está mal. Tampoco le doy muchas vueltas —dijo Fig. La furgoneta avanzaba por una carretera secundaria serpenteante. A su paso dejaban granjas casi centenarias dispersas por las colinas. Ante ellos se veía Dark Hollow Lane, que después daba a un puente. Fig condujo el vehículo por esa carretera estrecha de un solo carril. Después de exhalar un audible suspiro, dijo—: Mira, si quieres que te diga verdad, la kombucha sabe a mierda eléctrica.

—Qué descriptivo.

—No se me ocurre otra manera de describirla. Tiene un sabor como chispeante con un toque a vinagre. Es rara de cojones, y los hongos… —Por la cara que puso, parecía como si acabara de lamerle el ojete a un gato—. Dios mío.

—Entonces, ¿por qué narices te la bebes?

—Por mi mujer, Zoe. La hace ella. Quiere que esté sano.

—Esta furgoneta no te hace parecer muy sano, te lo digo yo.

—No me juzgues. Este vehículo es mi despacho durante la mayor parte del tiempo. Hago lo que puedo. —Cabeceó en dirección a la guantera—. Tengo barritas de proteínas, frutos secos y más cosas ahí dentro. Y también una botella de kombucha de frambuesa si quieres.

—Creo que prefiero beber agua de una charca. ¿No me acabas de decir que sabe a mierda?

—A mierda eléctrica. —Fig se encogió de hombros—. Yo qué sé. Me da energía.

—Pues yo seguiré con mi café. Gracias.

El camión pasó por un puente rojo y antiguo, con la pintura descascarillada en forma de ondulaciones. El interior era un verdadero santuario para todo tipo de arácnidos. Los aleros superiores estaban cubiertos por arcos interminables de telarañas. Los tablones sueltos del puente hicieron un pum, pum, pum, pum bajo las ruedas al pasar, y a los amortiguadores de la furgoneta no les sentaron bien los baches. Los dientes de Nate no dejaban de castañetear.

Salieron por el otro lado del puente y giraron al norte en Lenape Road, que los llevó hasta el parque Ramble Rocks y el antiguo túnel de piedra del tren. El túnel no se usaba desde la década de los cuarenta, e incluso habían retirado las vías que lo recorrían. Ahora formaba parte del parque: era una vía para hacer ejercicio que lo cruzaba de lado a lado. Se trataba de un uso bastante reciente, ya que durante mucho tiempo el túnel estuvo oscuro y el camino por el que transitaba se encontraba cubierto de maleza, lo que solo servía para dar más crédito a las historias que se contaban de él.

Nate recordó las historias que afirmaban que el túnel estaba embrujado, que en los años treinta un maquinista había oído a alguien gritar su nombre y se había asomado por la ventana. Lo que no sabía era que había una piedra suelta en la pared del túnel, un bloque enorme fuera de lugar. El maquinista se asomó justo a tiempo para que su cabeza chocase contra la piedra, y eso lo decapitó. Se le cayó la cabeza, y el tren siguió en marcha.

El túnel se convirtió en el objetivo de todo tipo de habladurías. Los niños aseguraban que si caminabas por él a medianoche, tal vez

oyeses el pitido de un tren, y que si no corrías el kilómetro de oscuridad que medía, el conductor llegaría en su tren fantasma y…

Chuuuu, chuuuu. Chop. Pruch.

También te cortaría la cabeza.

Pero, como solía suceder, las historias de miedo no eran lo que más preocupaba a Nate. Las que le afectaban eran las de verdad, porque solían ser mucho peores que las inventadas. Las historias de miedo eran una manera de escapar de la realidad.

Y la realidad era la siguiente: los niños mayores le habían puesto otro nombre al túnel. Lo llamaban el Túnel de los Asesinatos.

Era por un asesino llamado Edmund Walker Reese. Cuando Nate era niño, Reese mató a cuatro chicas en ese parque. Las clavó a los árboles (con noventa y nueve clavos cada una, según contaban) y luego acabó con ellas con un pico. Todos dicen que las mató en el túnel, lo que no era cierto. Al parecer, secuestró a una de las chicas, a la primera, mientras ella atajaba por el túnel para volver a casa. Pero las historias siempre encuentran la manera de aferrarse a la gente, sean ciertas o no, y empezó a circular el rumor de que las había matado a todas dentro del túnel.

Y así fue como se convirtió en el Túnel de los Asesinatos.

Pillaron a Edmund Reese cuando la quinta chica escapó de sus garras. Lo electrocutaron en la silla eléctrica por sus crímenes, pero, tiempo después de su muerte, las historias seguían circulando.

Y la gente usaba esas historias. Nate recordaba a un capullo en particular, Dave Jacoby, que decía que iba a coger a Susan Pulaski, su cita para el baile de antiguos alumnos del instituto, y la iba a llevar al túnel porque no conseguía que «se abriese de piernas». Nate oyó cómo el capullo se lo decía a la cara. No se había olvidado de la vocecilla de cerdo del tipo. Y también recordaba cómo le había propinado un puñetazo a ese hijo de puta en la nariz porcina que tenía. Y cómo la sangre había empezado a chorrear como si al gilipollas le hubiesen estallado dos bolsitas de kétchup en la puta cara.

(También recordó que Susan le había dado una buena patada en los cojones a ese cabrón cuando estaba en el suelo, lo que resultó muy satisfactorio.)

Nate se había metido en un buen lío por ello, pero había merecido la pena.

—Vives por aquí, ¿verdad? —preguntó Fig, quien interrumpió el hilo de los pensamientos de Nate cuando se volvía a imaginar el sonido maravilloso de la nariz de Dave Jacoby al chocar contra sus nudillos. Seguro que Fig había mirado su ficha personal.

—Así es. Al final de Ramble Rocks.

—Eso está apenas a unos pocos minutos por carretera. ¿Vivías al otro lado del parque de pequeño?

—Sí.

«Y he vuelto al mismo lugar», pensó con tono sombrío.

—Entonces estabas aquí cuando…

—¿Cuando ocurrió lo de los asesinatos de Reese? Sí.

—Menuda movida, ¿eh? Ya sabes lo que dicen que le ocurrió.

Fig miró a Nate. Una mirada de complicidad, como si pensase: «Sí, claro que lo sabes».

—¿Te refieres a lo de la ejecución?

—Yo ni siquiera crecí por la zona, pero me han contado la historia.

La historia era la siguiente: Edmund Walker Reese estaba sentado en la silla eléctrica, la última persona que fue electrocutada en el estado de Pensilvania antes de que pasasen a la inyección letal. Pulsaron el interruptor. Se iluminó como las mochilas de protones de los Cazafantasmas, pero luego…

Puf. Desapareció. Y lo único que quedó en la silla fueron las marcas oscuras de carbonilla en el lugar donde estaba sentado, y también el olor a…

—Churros —dijo Fig, que movió los dedos de arriba abajo en el volante—. Un detalle un tanto extraño.

—Pues parece que voy a ser el que te eche a perder la historia —repuso Nate—. Mi padre era guardia de la prisión de Blackledge, el lugar a cuyo corredor de la muerte destinaron a Reese. Y te aseguro que murió en esa silla.

—¿Te lo dijo tu padre?

—Sí.

«Cuando tuve los huevos suficientes para preguntarle», pensó Nate.

Fue otro de esos días que recordaría siempre. Un año o dos después de que friesen a Edmund Reese. Vio a su padre en la sala de estar; perdía el tiempo con los cebos y las moscas de pescar. No es que fuese a pescar, pero le gustaba trastear. La historia aquella según la cual Reese no había muerto en la silla eléctrica, sino que había desaparecido, circulaba ya de boca en boca por todo el colegio, y, cuando Nate la oyó, tuvo que preguntarle a su padre. Hizo de tripas corazón, ya que nadie interrumpía a Carl Graves cuando estaba ocupado, y siempre parecía estarlo (aunque «ocupado» significase beber whisky canadiense Crown Royal). Pero Nate necesitaba saberlo, aunque solo fuese para decirles a sus compañeros cuán absurda era aquella idea. Y preguntó. Y luego Carl se giró hacia él, con ojos entrecerrados, un cigarrillo a medio acabar en una mano y un cebo de pesca en la otra.

Nate planteó la pregunta, pero Carl pareció ponderarla a conciencia. Y después se limitó a responderle:

—Eso es una tontería. Reese murió en esa silla. Deberías tenerlo claro.

Nate se sintió bien durante unos instantes porque tenía razón.

—Sí que lo tenía claro —dijo, no para responder ni para hacerse el listillo, sino porque estaba orgulloso y quería que su padre también lo estuviese. Estuvo a punto de decir: «Les dije a los demás niños que eso debía de habérselo inventado alguien», pero justo en ese momento el tortazo de su padre le echó la cabeza hacia atrás. Le pareció como si le hubiese asestado un golpe con un diccionario. Pum. Notó el sabor a sangre en los labios partidos.

Su padre siseó, con aliento apestoso:

—Qué vas a tener claro tú. ¿Qué vas a saber lo que ocurre en esa prisión? ¿Lo que tengo que ver? ¿Lo que tengo que hacer?

—Papá, yo… —dijo Nate, con los ojos anegados de lágrimas.

El anciano volvió a levantar la mano, pero antes de que lo golpease, le ordenó a Nate que se marchase. Y él obedeció. Se dio la vuelta y puso pies en polvorosa, y no solo salió de la habitación, sino también de la casa. Corrió, parpadeando para limpiarse las lágrimas y tratando de admitir que se le había hecho un nudo de vergüenza, frustración y

tristeza en la garganta. Tenía doce años.

No le contó nada de eso a Fig. Tan solo repitió que no, que Reese no había desaparecido en la silla.

—Entonces es una trola —dijo Fig.

—Así es.

—Supongo que está bien saberlo —respondió el guarda forestal—. Pero es un poco decepcionante, ¿sabes? Como si el mundo acabase de perder algo de su magia.

—No hay magia en el mundo, Fig. Y es todo un alivio saber que Reese acabó frito en esa silla, bien hecho y crujiente, por todo lo que les había hecho a esas…

Estuvo a punto de decir «chicas», pero cuando Fig tomó la curva en dirección a Butchers Road, clavó los frenos y Nate tuvo que apoyarse en el salpicadero polvoriento.

—Fig, pero ¿qué narices…?

No tardó mucho en comprender por qué lo había hecho.

Ahí, en mitad de la carretera, había un venado de cola blanca. Un ciervo. Nate vio de inmediato que no estaba bien. Tenía una cornamenta grande de seis puntas de la que colgaban guirnaldas viscosas de carne cruda y roja. Sabía que era habitual que se les cayese la piel sedosa de los cuernos. Aunque era un poco tarde para ello. Los ciervos solían frotarse los cuernos contra los árboles a principios de septiembre para quitarse esa cobertura sedosa. No, lo que hacía que el animal tuviese mal aspecto era la mirada llorosa y la manera en la que se bamboleaba la cabeza y cómo la baba le caía del hocico para resbalarle por el cuello ancho. El animal también estaba demasiado flaco. Nate distinguía las costillas debajo de la piel.

Se tambaleó con torpeza, en círculos. Empezó a rodear un punto invisible de un lado de la carretera al otro, y entonces Nate fue incapaz de reprimir un escalofrío a pesar del calor que hacía. Se acordó de las hormigas de la habitación de Olly, cómo daban vueltas alrededor de un ratón muerto.

Sabía que ambas cosas no guardaban relación entre sí.

(Y de todos modos…)

El ciervo no mostró señales de haberlos visto. Siguió babeando, con

espuma en el hocico y dando vueltas en esa órbita invisible.

—Debemos andarnos con cuidado. Ese ciervo no está bien —dijo Nate.

Fig asintió. Después dijo, en voz baja, más baja que la de Nate:

—Seguramente sea EDC. —Nate le dedicó una mirada inquisitiva de «pero ¿qué coño…?», y Fig le explicó el significado del acrónimo—. Enfermedad de desgaste crónico. Los llaman ciervos zombis. No son zombis, claro, pero les pasa algo en la cabeza. Una enfermedad por priones, como la de las vacas locas.

—¿Y en qué consiste el plan?

Fig desenfundó la Glock con suavidad.

—Este es el plan.

Nate asintió y desabrochó la funda de su arma, pero no la sacó por el momento.

—El ciervo se mueve despacio. Tendrías que ser capaz de matarlo de un tiro.

—Puede que el CDC quiera el cerebro, por lo que apuntaré al pulmón. Debería dejarlo sin aliento y tirarlo al suelo.

Fig levantó el arma y, en ese momento, Nate supo que su compañero no solía disparar a menudo. La cogía con las dos manos, pulgar sobre pulgar, lo que no estaba mal si eras un principiante, pero no te dejaba tanta libertad como poner ambos pulgares en paralelo. Las manos incluso le temblaban un poco, y empezó a respirar de manera entrecortada.

—Todo va bien —dijo Nate—. Tranquilo. Tómate tu tiempo. Venga, ya empieza a dar la vuelta.

Tal y como acababa de decir Nate, el ciervo había llegado al borde de la carretera y empezó a dar la vuelta, ajeno a la presencia de ambos hombres.

—Tienes el costado frente a ti. Levanta el arma, apunta y…

Pop.

La pistola se agitó en las manos de Fig. El ciervo se tambaleó a un lado durante un instante y luego dejó de avanzar. Se le había abierto un agujero en el costado. Empezó a gotear una sangre que le oscureció el pelaje. A Nate le pitaban los oídos a causa del disparo.

El ciervo giró la cabeza hacia Fig.

Bramó, como cualquier otro ciervo que emitiese un ruido de advertencia, pero su bramido sonó húmedo y borboteante mientras estallaban las hiladas de mucosidades espumosas que le salían del hocico.

—No creo que lo haya sentido —dijo Nate, un tanto preocupado—. Dispárale otra vez, Fig.

Fig apretó el gatillo.

Pero el arma no disparó. En vez de eso, la corredera se quedó paralizada a medio camino y, ahora que lo pensaba bien, Nate reparó en que no había visto caer el casquillo del disparo anterior. No había oído el plic, plic al caer al suelo.

Se había encasquillado.

«Joder.»

El ciervo bajó la cabeza. Otro bramido con el que soltó esa espuma roja por el hocico. Dio un pisotón en el asfalto con la pezuña negra.

—Nate —dijo Fig, asustado. Dio un paso atrás, en dirección al coche. Intentó volver a colocar en su sitio la corredera; mal hecho, porque con ello solo consiguió encasquillarla aún más. Trató de disparar otra vez, pero el arma no respondió.

El ciervo se abalanzó hacia delante. No tardaría ni tres zancadas en empotrar a Fig contra el lateral del Bronco.

Pum.

Un disparo de la Glock de Nate atravesó uno de los ojos del animal y salió por el otro. Un chorro rojo se quedó flotando en el aire por un instante mientras el animal caía al suelo y se deslizaba hacia delante dejando tras de sí un rastro escarlata. Al detenerse, la sangre empezó a acumularse y a formar un charco bajo su cuerpo. Fig apoyó la espalda contra el parachoques del Bronco, preparado para subirse encima por si tenía que evitar al ciervo.

—Joder. Me cago en Dios —dijo.

Nate bajó la Glock y la volvió a enfundar.

—Se te ha encasquillado. Suele pasar con las Glock. Y tirar de la corredera no sirve de nada. Siento no haber sido más rápido.

—¿Más rápido? Joder, Nate. He estado a punto de quedar

espachurrado contra la furgoneta. Si la próxima vez que beba algo no me salen los chorros del cuerpo como si fuese un colador, será porque tú sí fuiste lo bastante rápido. Así que gracias.

Nate se acercó a su compañero y los dos bajaron la vista hacia el animal. En todo caso, tenía la lengua fuera.

Y luego se le movió el hocico.

—¡Joder! —digo Fig, que dio medio paso hacia atrás.

El hocico se agitó y luego se hinchó…

Una de las fosas nasales del ciervo comenzó a inflarse, y empezó a salir por ella algo húmedo y reluciente, un gusano muy grande, casi del tamaño del dedo meñique de Nate, que brotó de uno de los ollares del animal y cayó al suelo. Pero venía con sus amigos. Uno a uno, gusano tras gusano, se deslizaron por el hocico del ciervo y siguieron a los demás, como si avanzasen en fila por el asfalto.

—Creo que son gusanos de la nariz —observó Fig, quien hizo un mohín de asco—. Larvas de mosca.

—Pero qué cosa más asquerosa —dijo Nate—. ¿Será eso lo que ha vuelto loco al ciervo? Creo que, si yo tuviese muchos gusanos en la cabeza, me volvería majara.

—Qué va. No se meten en el cerebro.

Y, justo en ese momento, el último de ellos se afanó por salir del agujero negro y húmedo y se colocó en fila junto al resto de sus compañeros gusanos.

Los dos vieron cómo las larvas se movían centímetro a centímetro hacia el centro de la carretera. La primera empezó a girar, y pasó de ir en línea recta a seguir un patrón circular. Las otras hicieron lo propio.

«Como las hormigas —pensó Nate, aterrorizado—. Como el ciervo.»

Fig no pareció darse cuenta. Se subió a la furgoneta y cogió el teléfono.

Mientras tanto, Nate se quedó mirando los gusanos hasta que sonó su teléfono.

Era del colegio de Olly.

12

Fuga disociativa

La oscuridad desapareció como cuando se corre una cortina. Sintió una luz intensa y reluciente, y Maddie abrió los ojos.

Se incorporó, tomó asiento y oyó el ruido del bosque a su alrededor: cigarras, grillos de los árboles, sinsontes piadores. La sierra mecánica estaba junto a ella en el suelo. La sentía. El motor se había enfriado.

«¿Durante cuánto tiempo he estado inconsciente?»

Se giró hacia la escultura, hacia el búho tallado y…

Y no estaba allí.

Había desaparecido. Puf. Como si nunca hubiese existido.

Había restos de su tallo alrededor: triángulos de madera cortada y todo un reguero de virutas, astillas y serrín. La rodeaban como un círculo protector. No se lo había inventado. No se lo había imaginado. Maddie había hecho algo allí mismo. Su mente trataba de unir las piezas, frenética, trataba de iluminar esa oscuridad para encontrar algún recuerdo, pero no encontró nada entre la penumbra. Solo uno. Y, aun así, no era un recuerdo completo, apenas el atisbo de uno.

«No es la primera vez que me pasa, ¿verdad?»

Sabía que no lo era. Lo sabía por alguna razón. Pero no recordaba ninguno de los desvanecimientos anteriores; tan solo la certeza incongruente de que no, de que aquella no era la primera vez que se había desmayado mientras creaba algo.

«Joder. Joder. Joder.»

Notaba un sabor raro en la boca. Como si hubiese comido demasiada piña, una quemazón ácida, algo agrio y dulce al mismo tiempo, pero también con cierto regusto a metal. El regusto a acero inoxidable de la sangre. Oyó un ruido, un zumbido distante. No como el de la sierra, sino como si hubiese avispas dentro de una pared…

«Mi teléfono», pensó. Era su teléfono, vibrando sobre una piedra cercana.

Se puso en pie, como buenamente pudo, y lo cogió. Vio toda una retahíla de mensajes sin responder y de llamadas perdidas. Llamadas del colegio. Llamadas y mensajes de Nate. El último de Nate decía: OLLY SE HA METIDO N UNA PELEA. DND COÑO STAS?

«Pero ¿qué cojones ha pasado?»

«¿Dónde he estado, joder?»

Y lo más extraño de todo:

«¿Adónde ha ido la figura del búho?».

13

Tortugas y tipos de persona

Oliver había tomado asiento a la puerta del despacho del director. A sus espaldas tenía una pared de cemento. Y Caleb Wright estaba sentado a su lado.

—Vas a tener que ponerte algo en ese ojo —dijo Caleb.

Oliver hizo un mohín de dolor. Se tocó el círculo de piel blanda y dolorosa que le rodeaba el ojo y la cuenca.

—Sí. —Hizo una pausa—. Por cierto, gracias por defenderme.

—Que les den a esos, tío. Son unos pedazos de mamones.

—He visto que no han venido con nosotros.

—Sí, qué curioso, ¿verdad?

Se quedaron sentados un rato más. La profesora de Educación Física los había separado. La señorita Norcross era una mujer grande y musculosa. Y lo siguiente que recordaba Olly era que los habían llevado en fila hacia el despacho del director. Los abusones, Graham Lyons y Alex Amati, entraron primero. Al salir del despacho, les dedicaron a Oliver y a Caleb gestos de desprecio y miradas de través tan intensas que podrían haberles roto una arteria. Oliver vio que la mano izquierda de Graham le colgaba en un costado, un poco levantada, como si fingiese que no le había pasado nada y que no le dolía, pero el dedo no tenía buen aspecto. Parecía como si estuviese doblado en la dirección equivocada y… se hubiese quedado así.

Oliver se sintió mal. Se sintió mal a pesar de todo. («Supongo que es mi estado de ánimo habitual», pensó con tristeza.) Estuvo a punto de llamarles para decir que lo sentía, pero no fue capaz de encontrar las fuerzas necesarias para hacerlo. Y luego se marcharon.

Después les dijeron a Caleb y a él que el colegio iba a llamar a sus padres. Lo que faltaba.

—Conozco a Graham Lyons —dijo Oliver—. ¿Quién es el otro?

—Alex Amati. Un cabrón rico. Ambos son jugadores de béisbol. En el Central Buck hay un equipo de fútbol americano, pero aquí en el Upper Bucks no nos gusta nada, por lo que lo nuestro es el béisbol. Y esos dos son las estrellas del equipo; algo que, al parecer, los convierte en poco menos que en miembros de la familia real.

—Ah.

—No conviene llevarse mal con ellos.

—No, supongo que no.

—Menuda presentación en sociedad que te has marcado —rio Caleb.

Oliver también rio. Tenía gracia. Un poquito.

—Por cierto —dijo Caleb—, si estás buscando grupo para jugar, ya tienes uno. Solemos hacerlo los sábados. Y no solo a *D&D*, ese es solo el aperitivo. También jugamos a *Star Wars* y a juegos independientes de Evil Hat. Ah, y a juegos de mesa. *Gloomhaven, Traición en la casa de la colina* o *Godsforge*. Si no, pues nos echamos unas partidas de *Magic* y ya está.

—Gracias. Eso molaría mucho. Sé jugar a todos.

—Estamos en un colegio de mierda y en un mundo de mierda, así que lo único que te puedo decir es que todos necesitamos amigos.

«¡Tengo un amigo!», pensó Oliver, una y otra vez, intentando que su entusiasmo no se reflejara en su rostro, lo cual no sería muy apropiado, dadas las circunstancias. Pero sentía una sensación de triunfo innegable. Le dieron muchas ganas de contárselo a la doctora Nahid.

En vez de eso, se limitó a asentir cuando Caleb le ofreció chocar el puño y le devolvió el gesto sin perder la compostura.

—Olly.

Se dio la vuelta y vio…

… a su padre.

Papá lo miró. Parecía enfadado. Parecía un toro al que le acabasen de agitar un capote rojo delante de las narices.

—¿Ese es tu padre? —preguntó Caleb en voz baja.

—Pueeeees… Sí.

—Joder, chaval. Estás muerto.

Los dos se habían sentado en el escritorio situado frente al de la directora Myers, una mujer corpulenta cuya mata de pelo se podría definir como de «color Garfield».

Papá se mantenía en un silencio sepulcral.

«Mierda.

»Está enfadado conmigo.»

—Hoy su hijo ha participado en una pelea y provocado a dos de los mejores estudiantes del colegio… —Se corrigió al momento—. Bueno, a uno de los mejores estudiantes del colegio y a dos de nuestros mejores jugadores de béisbol. —Oliver supuso que Alex no era el mejor estudiante. Tenía claro que las apariencias suelen engañar, pero la capacidad intelectual de Alex no parecía mayor que la de una retroexcavadora. Graham sí que parecía más listo. La directora prosiguió—: No es una primera impresión muy buena, Oliver Graves. ¿Es tu primer mes en un colegio nuevo y ya te has metido en una pelea? ¿Qué podemos esperar de ti?

—Yo no me metí en una pelea —protestó Oliver, que se giró hacia su padre—. No lo hice. Papá, te lo juro. Yo no me meto en peleas. Encontré una mesa en la que había unos niños que jugaban, y por eso me acerqué. Parecían molones, pero luego vinieron dos tíos que no dejaban de insultarnos. Nos llamaron pajilleros y maricones y…

—Esa boca —dijo la directora Myers.

—Perdón. Es lo que dijeron ellos…

—No me queda más remedio que expulsarte por lo ocurrido.

—¡¿Qué?!

—Las normas son las normas. No sé si las habrás leído. No toleramos la violencia y tenemos una política de tolerancia cero contra…

Pum.

El puño de su padre cayó contra la mesa e hizo que se tambaleasen los cuadros y el lapicero. El pecho no dejaba de agitársele. Señaló a la directora.

—Usted no va a hacer nada de eso —dijo.

—¿Perdone? —repuso ella, sorprendida.

—Ya me ha oído. No va a expulsar a mi hijo. Volverá mañana a primera hora y preparado para las clases. Listo para aprender. Más le vale.

—¿Y si no…? —La mujer se inclinó hacia delante, aún desconcertada. Luego añadió, entre titubeos—: No sé qué se ha creído usted. ¿Piensa que puede venir aquí y amenazarme para…?

—Era policía. Conozco bien las normas. Sé cómo va todo esto. Y también fui un niño, y recuerdo las mismas mentiras de mierda. Los abusones se meten con un pobre chaval, y luego es la víctima la que sufre las mismas consecuencias que ellos… ¡o incluso peores! Vamos a dejar esto en que todos los implicados han tenido un mal día y dejarlo estar, porque conozco buenos abogados. A los mejores abogados. Implacables. De esos que conocen los trucos más sucios y traicioneros. Y alguno de ellos incluso me debe algún que otro favor. ¿Quiere que metan sus narices en el colegio? Pues póngame a prueba. Ponga a prueba a mi hijo. Expúlselo. Deténgalo. Y verá. Como le dedique algo que no sea una sonrisa, se va a enterar.

La boca de la directora Myers se contrajo hasta formar una línea muy fina.

—Muy bien —decidió al fin—. Vamos a dejarlo en que todos han tenido un mal día.

A Oliver le dieron ganas de gritar de alegría.

—Gracias —dijo Oliver.

—Ajá —fue la respuesta de la directora.

—Ahora me voy a llevar a mi hijo a casa y le pondré una bolsa de guisantes congelados o algo así en ese ojo morado. Que pase usted un buen día, directora Myers.

—Sí. Sí. Adiós.

Los dos estaban sentados en el banco de un parque, frente a una heladería Sundae Schools, comiendo unos cucuruchos. Riquísimos. De chocolate con nueces el padre, y de sorbete arcoíris Oliver. Este sostenía el cucurucho en una mano y, con la otra, se presionaba una bolsa de hielo contra el ojo morado. La bolsa se la había dado uno de los diligentes trabajadores de la heladería.

Apenas habían hablado después de salir del colegio.

Y en ese momento, tampoco.

—El helado está bueno —dijo su padre.

—Ya te digo. Se te ha caído en…

Oliver señaló su barba.

—Anda. Pues que sepas que la barba sirve para conservar sabores. Disfrutaré de este helado todo el día.

Le guiñó el ojo.

—Hace calor en la calle.

—Ya ves.

—Cosa del cambio climático y eso.

Papá se encogió de hombros.

—Supongo que sí. —Después, a Oliver le pareció como si su padre acabara de tomar una decisión. Y le dijo—: Vale, chaval, que sepas que hay tres tipos de personas en este mundo.

—Ah. Pues bien.

—Mira, te cuento. Digamos que ves a una tortuga cruzar la calle. Uno de esos tres tipos de persona pasaría de largo. Intentaría no atropellarla, pero tampoco le daría mayor importancia. Hay otro tipo de persona que detendría el coche, saldría y ayudaría al pequeño quelonio a cruzar. Puede que incluso la cogiese o se limitase a desviar el tráfico hasta que cruzase. Después hay un tercer tipo. Los de esa calaña girarían el volante para aplastarla. La estrujarían como a uno de esos alfajores de dulce de leche. Solo para oír el pop. La mayoría de las personas son del primer tipo. No se mojan para hacer ni el bien ni el mal. Y las hay que pertenecen al tercer tipo, como algunos de los policías con los que he trabajado. Incluso puede que algunos de esos siguiesen buscando más tortugas a las que atropellar. Y tú…

—Yo soy del segundo tipo.

No lo decía por fardar. En realidad, Oliver no estaba seguro de que aquello fuese un elogio.

—Eso es, coleguita. Del segundo. Y por ese motivo te he apoyado en el colegio. Porque sé qué tipo de persona era el capullo que se metió contigo. Graham Lyons es del tercer tipo. Da la casualidad de que conocí a su padre. Rick. Un abusón como su hijo.

—He hecho un amigo —dijo Oliver, que así cambió de tema.

—Bien. Yo también. Puede. —Acto seguido, papá miró su teléfono —. Joder. No sé por qué tu madre no responde los mensajes. Termínate eso. Será mejor que volvamos a casa.

14

Esa incómoda sensación

Hora de acostarse, otra vez. La casa no dejaba de chirriar y de crujir, con quejidos artríticos, pequeños gruñidos de tiempo y cansancio e incluso, tal vez, de una aflicción causada por recuerdos más profundos.

Maddie estaba inquieta. No conseguía centrarse en el libro. Los libros solían ser una manera de reducir la energía de su cerebro y sustituirla por la de otra persona durante un tiempo. También disponía de otras técnicas: el yoga, la meditación, *Bake Off: El gran pastelero* y, por supuesto, su trabajo.

Pero en momentos como esos, su trabajo había dejado de ser un lugar de consuelo y de socorro. Se había convertido en otra carga, y le planteaba más preguntas que respuestas. Así que siguió leyendo.

Había elegido *Robbing the Bees,* de Holley Bishop, un libro de ensayo sobre la historia de la apicultura. La última vez que se había puesto con él, había leído un poco sobre el nacimiento de una nueva abeja reina en la colmena y cómo entraba en un frenesí asesino en el que se llevaba por delante a todas sus competidoras reales antes de acabar con la vida de la antigua reina, su propia madre.

Pero no lograba concentrarse. Empezó a leer en bucle el mismo párrafo, segura cada una de las veces de que ya lo había leído, pero fracasando estrepitosamente a la hora de analizar el significado de las palabras.

No dejaba de darle vueltas a lo que le había pasado ese día. Sobre todo, al acontecimiento más problemático: el desmayo. Con una motosierra en marcha en las manos. Y, al despertar, su creación había desaparecido. La única respuesta posible era que alguien la hubiese robado. Tenía que ser eso. ¿Cabría la posibilidad de que alguien la

hubiese dejado inconsciente? ¿Cómo iba a tener sentido algo así? Recordó el momento en el que se había desmayado. O, al menos, era capaz de rememorar su último recuerdo, que se había puesto a perfilar las plumas. A dar forma a las alas, y luego…

¿Había oído un aleteo?

«Joder, Maddie. Piensa.»

—¿Quieres hablar del tema? —preguntó Nate de repente.

—¿Qué?

—¿Qué? ¿Cómo que qué? —Se incorporó con un gruñido—. ¿Dónde te metiste hoy? Te llamaron del colegio y no respondiste. Al final consiguieron ponerse en contacto conmigo. Y luego, cuando te mandé el mensaje…

—Estaba en el bosque. Tenía la motosierra encendida. No oía nada —respondió ella. Era mentira. O una verdad a medias. Pero ¿qué le iba a decir? «Lo siento, cariño. Tuve una fuga disociativa del copón y la escultura que estaba tallando cobró vida y salió volando.» No le molestaba únicamente el hecho de haber perdido el control, sino también el de haberse perdido las llamadas y los mensajes. No había estado presente. Era como si se hubiese perdido en un sueño o hubiese entrado en coma. Y lo peor era esa sensación de que no era la primera vez que le sucedía aquello; no conseguía quitársela de encima—. Pero no pasa nada. Lo gestionaste como un campeón.

—Olly se metió en una pelea, Mads.

—Oliver no se metió en una pelea. Se topó con uno de los abusones del instituto y sufrió la imbecilidad del susodicho. Tendrá que vérselas con muchos de esos.

Nate gruñó a modo de respuesta. Después se quedó sentado un rato y dijo:

—Hoy he tenido que disparar a un ciervo.

—Ah. Lo siento. —Trató de imaginarse cómo tenía que ser algo así, pero fue incapaz—. ¿Qué ocurrió?

Nate le contó la historia. Un ciervo enfermo que había empezado a deambular en círculos e ido a por Fig. Entonces le disparó. También le contó que estaba lleno de gusanos y dijo:

—Los gusanos parecían larvas de moscas y le salieron del hocico.

Después se pusieron a avanzar en círculos, igual que el ciervo. Es extraño, ¿verdad?

—Seguro que no es nada —insistió ella, con la mandíbula apretada, aunque el cerebro no dejaba de gritarle: «Sí que es algo. Sí que es algo. Algo no va bien. Algo va muy mal».

—Espero que le vaya bien a Olly. En el colegio. En la vida…

—Nate —dijo Maddie, que trató (sin éxito) de no alterarse—. ¿Podemos irnos a dormir? No solemos hablar tanto antes de irnos a acostar y necesito descansar. Mañana tengo que llamar a Trudy a la galería. Y tengo que seguir trabajando en el granero. Tenemos que relajar la mente durante un rato. ¿Vale?

Él asintió y rodó hacia un lado de la cama.

Maddie cogió el libro. Intentó leer, pero había perdido la concentración. Las palabras se le emborronaban y no les encontraba sentido. Cerró el libro con cuidado, se lo puso en el pecho e intentó escuchar el exterior. No oyó el clamor y el alboroto de Filadelfia, de los transeúntes, de los vehículos, de los aviones de pasajeros o de los contenedores de basura. (Ni de las sirenas. Demasiadas sirenas.) Lo único que oyó fue un coro de insectos nocturnos. El chirrido, el chac, chac, chac y el cri, cri, cri que surgía de las profundidades del bosque. Por alguna razón, lo oía con más intensidad ahí dentro. Tanto en su cabeza como fuera de ella.

Nate sabía que se trataba de un sueño incluso mientras estaba sumido en él.

Se encontraba en pie entre las rocas negras y puntiagudas del parque de Ramble Rocks. La niebla se deslizaba entre las piedras como si de fantasmas taciturnos se tratara. Hacía frío, pero él solo llevaba una camisa blanca sin mangas y unos bóxeres agujereados. La camiseta ni siquiera era de las que tenía en el mundo real, otro indicio de que aquello era un sueño.

Oliver, su hijo, se encontraba frente a él.

El chico tenía las mejillas húmedas, como si hubiese estado llorando.

Nate notó un latido en el puño.

Oliver tenía el labio partido. Un hilillo de sangre roja y reluciente

conectaba su labio inferior con el mentón.

«Esto no puede estar pasando —pensó Nate—. Despierta.»

Pero el sueño continuó. Nate abrió y cerró la mano dolorida y le dijo a su hijo:

—¿Qué has hecho?

No. Eso no estaba nada bien. Él no le decía esas cosas a su hijo, pero ahora se había oído diciéndolo. Sintió cómo se le movía la boca y las vibraciones de las palabras en el pecho. Pero no era voluntario.

Solo era testigo de ello.

—Lo siento —tartamudeó Oliver.

—Sentirlo es de nenazas —dijo Nate. Y notó que bajo su voz retumbaba otra, la de su padre. «No, no, no»—. Lo has jodido todo. ¿Es que no te das cuenta? Lo has mandado a tomar por culo.

—No… No quería hacerlo…

—«No… No quería hacerlo…» —se oyó decir Nate, remedando a su hijo con voz aguda. Se estaba burlando de él. Le dieron ganas de extender la mano y agarrarse la garganta, de pegarse un puñetazo en su boca de imbécil. «Calla, calla, calla.» Pero no dejó de hablar y dio un paso más hacia su hijo—. Escúchate. Acobardado como tu madre. Lo has jodido. Que te quede claro. Eres una manzana que ha caído de un árbol perfecto y ahora se pudre en la hierba. ¿No te das cuenta? ¿No te das cuenta?

—Papá, por favor…

—Calla. Esto es culpa tuya. Eres el responsable. —Cogió aire entre los dientes. Chasqueó la lengua—. ¿Acaso el mundo no te parecía ya lo bastante terrible, Oliver? Tenías que tirarlo todo por la borda, ¿verdad? Meterte en peleas en el colegio. Hacerte amigo de esa panda… esa panda de empollones que se refugian en fantasías.

Sintió que las palabras brotaban de su boca e intentó cerrarla y, al hacerlo, notó los vapores del whisky en su aliento. Whisky barato de mierda, del que olía a meados ácidos con un toque a madera.

—No lo volveré a hacer…

Extendió la mano hacia su hijo.

Oliver intentó apartársela…

Y luego. Pum.

Nate sintió la vibración en el puño, que luego se extendió hasta el codo y el hombro. La cabeza de su hijo salió despedida hacia atrás a causa del golpe. Pum. El chico dio un paso atrás y luego miró a su padre a través de un ojo destrozado. El ojo izquierdo de Oliver estalló como una uva verde y empezó a rezumar líquido. Nate se oyó gritar.

El chico dio más pasos atrás y se tropezó en una roca que un momento antes no estaba allí. ¿Estaba? Nate era incapaz de recordarlo. La roca era plana y alargada, como una mesa, aunque tenía una base que la hacía parecerse al yunque de un herrero.

En ese momento, resonó un disparo. Una bala de fusil que hendió el aire como un hacha que cortase una tabla. Ca-crac. Y la cabeza de Oliver volvió a salir despedida hacia atrás. Apareció en su frente un agujero parecido a una quemadura de puro del que brotaba sangre, y el olor a ensalada de huevo de la pólvora se apoderó del ambiente…

Oliver cayó hacia atrás, contra esa roca con forma de mesa.

Aterrizó bocarriba, y la sangre del centro de su frente se coló entre los resquicios de la roca y empezó a fluir hacia los bordes, desde donde empezó a gotear sobre la hierba y los cardos. Mientras lo hacía, el cielo se oscureció, y una lluvia roja y coagulada empezó a caer, gota a gota…

Pli-plic. Pli-plic.

Nate resolló al despertarse.

Pasó el tiempo. La noche se hizo aún más oscura. Estaba cubierto de sudor. El sueño se resistía a abandonarlo, como si fuese un mal olor.

«Solo ha sido un sueño —pensó—. Olly está bien. Solo ha sido un sueño.»

Estaba seguro de que la inquietud era culpa de la casa.

Nate intentó volver a dormirse. Rodó hacia la derecha. Después hacia la izquierda.

Después se puso bocarriba.

Suspiró y se quedó mirando al techo en la oscuridad.

Maddie roncaba un poco, un sonido parecido al suave aserrar la madera.

Se concentró en la respiración rítmica de su mujer. Había pensado que era ella la que no se acostumbraría a vivir en el campo, pero

ahora resultaba que quien no lo soportaba era él. Aquello le había ocurrido todas las noches desde que se habían instalado en la casa. Había conseguido dormir unas tres o cuatro horas, pero los sueños no dejaban de estropearle las noches. Y luego ya empezaba a amanecer.

Cuando no dormía, se quedaba tumbado y con la sensación de que la casa estaba despierta de alguna manera. E inquieta. No solo sabía que lo hacía sentir inquieto a él, sino que además le daba la impresión de que la propia casa lo estaba también.

Nate contempló la oscuridad. Esperó ver a su padre allí, mirándole desde el rincón. O, peor aún, desde los pies de la cama. «Con el arma en la mano equivocada», pensó. Había sido una visión extraña. Una alucinación causada por el estrés, supuso.

Pero en ese momento no había nadie allí.

Se incorporó con un gruñido y saltó de la cama, descalzo sobre el suelo de madera irregular. Aquella habitación había sido su dormitorio de infancia, por lo que confió en su memoria muscular y no tuvo que pensar siquiera en la disposición de la casa. Salió por la puerta y recorrió el pasillo mientras las tablas del suelo chirriaban y protestaban.

Nate fue a echarle un vistazo a Olly. Subió por la escalera que llevaba a la buhardilla y miró hacia donde tendría que encontrarse su hijo…

«No va a estar. No estará en la cama. Ha desaparecido.»

Pero sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y vio el cuerpo alargado de Olly tumbado entre las sábanas. Tenía media cabeza debajo de la almohada y las extremidades extendidas.

Nate soltó un suspiro de alivio y luego se dirigió al piso inferior. Entró en la cocina y se sirvió un vaso de agua del grifo. El agua le sabía rara, amarga y con un regusto demasiado metálico. Se dijo que tendría que hacer una prueba de potabilidad.

Después oyó un ruido en el silencio de la noche y la oscuridad de la casa. Distante y tenue, pero persistente.

Tic.

Tac.

Tic.

¿Qué narices era eso? No se parecía en nada a los ruidos típicos que haría una casa, y le recordaba a algo que Nate guardaba en lo más recóndito de su mente. Fue incapaz de recordar de qué se trataba.

Escuchó con más atención. Se encogió de hombros, soltó el vaso y…

Tac.

Tic.

Se le quedó la boca seca. Empezaron a sudarle las palmas de las manos. Era una reacción absurda a unos ruidos tan sutiles e insignificantes… No había nada de que preocuparse ni nadie había allanado la casa. Una vocecilla en su mente le recordó a su padre, muerto pero agitándose de repente en la cama, resoplando mientras otra versión de él se encontraba en pie en un rincón, con un arma en la mano… El «tic, tac, tic» que resonaba al trastear con el seguro del arma, al ponerlo y quitarlo con el pulgar. Ponerlo y quitarlo, ponerlo y quitarlo…

No era eso. Nate recordó que eso ni siquiera había pasado. No había sido más que una alucinación, un instante estremecedor provocado por la sorpresa que había experimentado al oír la… ¿cómo se llamaba?

Respiración agónica.

Volvió a oír ese ruido. Tic, tac, tic. Venía de algún lugar de la parte delantera de la casa. Salió de la cocina sin cuidado alguno de no hacer ruido, pasó junto a la puerta del sótano, dejó la entrada del comedor a la izquierda, la del salón a la derecha y…

Allí.

La respuesta.

Un grupo de luciérnagas reunidas en el cristal cuadrado de la puerta principal. Vio como una de ellas salía volando y después chocaba de nuevo contra el cristal.

Tic, tac, tic.

El bicho se golpeaba antes de volver a quedarse quieto.

Unas pocas luciérnagas más se unieron a esta última y se rodearon las unas a las otras, todas brillando con un color verde etéreo. Luces fantasmagóricas que se agitaban en la oscuridad.

Nate se llevó una sorpresa. No recordaba luciérnagas en esa época

del año. El verano acababa de terminar, pero aún hacía calor en el exterior. Tal vez el tiempo hubiese cambiado en el lugar. El cambio climático lo había puesto todo patas arriba, ¿no? Las estaciones ya no eran como antes.

Se acercó unos pasos hasta quedar junto a la puerta. A esa distancia, se distinguía el cuerpo de las luciérnagas gracias a su brillo, alargadas y arrastrándose de un lado a otro.

Nate pegó un dedo al cristal por su lado. No sabría decir por qué lo había hecho, tan solo que se vio impelido a hacerlo. Apretó la almohadilla contra el vidrio y vio cómo las criaturas empezaban a alinearse.

«No.»

Y empezaron a moverse en círculo alrededor del dedo, un tiovivo de insectos brillantes. Dieron vueltas y vueltas. Algunos intentaron volar un poco y escapar del vórtice en el que se encontraban sus hermanos, pero luego se colocaron en fila y empezaron a orbitar alrededor del dedo de Nate, presionado por el otro lado de la puerta.

«Hormigas, el ciervo y los gusanos.

»Y ahora, bichos iluminados.

»Aquí pasa algo.»

Apartó el dedo de repente y le dio la impresión de que se había roto el patrón. El círculo se dispersó y las criaturas se separaron. Nate las vio alejarse al vuelo, flotando en la oscuridad con ese brillo verde propio de las estrellas titilando sobre la hierba. La luna proyectaba haces alargados de luz entre los árboles, y los árboles a su vez devolvían sombras oblongas. Miró por encima el bosque…

Y vio un árbol. Uno extraño que no recordaba. Pequeño. Cercano a la casa. Uno en el patio delantero que no debería estar ahí.

El árbol se movió.

Parpadeó para asegurarse de que lo veía de verdad…

No era un árbol.

Había una figura en el borde del patio. Casi en el bosque.

No consiguió verla muy bien, pero sí que vio la luz de la luna brillando alrededor de una silueta muy alta. Parpadeó, consciente de que volvía a tener alucinaciones, de que solo era su mente agotada

debido a la falta de sueño. O a lo mejor soñaba de nuevo. Volvió a mirar, muy seguro de que la silueta terminaría por volverse más nítida hasta convertirse en un árbol. Pero en ese momento…

La cabeza de la silueta se movió.

Se ladeó como la de un animal que no hubiera entendido algo.

Un animal. Nate pensó que debía de ser otro ciervo, pero se le había hecho un nudo en el estómago y, mientras no dejaba de repetírselo en su fuero interno, «solo es un ciervo, solo es un ciervo», empezó a correr escaleras arriba de la manera más silenciosa que fue capaz. «Solo es un ciervo. Tiene que ser un ciervo», pensó mientras entraba en el dormitorio y sacaba la pequeña caja fuerte de debajo de la cama. Presionó un dedo contra la cerradura y oyó como se abrían los pasadores con un clic y un chirrido.

«Solo es un ciervo. Pero por si acaso.»

Cogió la pistola que había en el interior, una antigua Browning Hi-Power de nueve milímetros, luego metió el cargador por la parte baja de la empuñadura y bajó a toda prisa de puntillas otra vez.

Nate abrió la puerta principal con cuidado, pistola en mano.

Salió a las escaleras de piedra resquebrajada.

La silueta seguía allí.

Como si lo estuviese esperando.

«Solo es un ciervo. Solo es un ciervo.»

Examinó los bordes del patio en busca de cuernos o de que se manifestase el resto del animal: cuatro patas, no dos, y luego el agitar de una cola, pero no vio nada de eso. Tragó saliva y gritó:

—¡Eh!

Pasaron unos instantes.

Después la silueta se giró y empezó a correr.

El corazón de Nate latía desbocado, animándolo a correr y a correr y a correr, por lo que se abalanzó por el patio cubierto de césped y le quitó el seguro a la pistola. Vio que la sombra se perdía entre los árboles y se adentraba cada vez más en el bosque; la siguió, descalzo. Nate saltó un montículo de tierra y se clavó una maraña de espinas secas. La vista se acostumbró a la oscuridad mientras recorría los senderos a la luz de la luna, persiguiendo a esa presencia, que corría a

grandes zancadas frente a él. Las ramas le hicieron cortes en las mejillas y en la frente. Estuvo a punto de caerse al suelo porque un lecho de hojas cubría una zanja que separaba dos árboles, un lugar donde antes había un tocón que había quedado reducido a abono a causa de la carcoma. Sintió un pinchazo de dolor en el tobillo y la espinilla, pero siguió.

Se dio cuenta de algo:

«Vamos hacia el parque».

Hacia Ramble Rocks.

Hacia aquel lugar de su sueño.

Cruzó una fila de árboles y, de repente, se encontró sobre hierba suave.

Frente a él, y rodeado por un haz de luz de luna, había un hombre. Le dio la impresión de que se había quedado atrapado allí, que la luz lo había dejado clavado en el sitio.

La figura era alta como un espantapájaros y flaca como un preso. Una barba larga y astrosa como un nido de ratas colgaba en su pecho desnudo. Tenía un colgajo de barriga sobre la cintura de los pantalones harapientos, y Nate vio moretones en la piel del hombre, llagas que parecían pequeñas mordeduras similares a ronchas.

Nate derrapó hasta detenerse, alzó la pistola y apuntó hacia él.

—Tú. ¿Quién eres? ¿Qué hacías merodeando por mi casa?

En ese momento vio la cara del desconocido.

Reptaban.

Algo se movió sobre ella, puntos negros que se contraían a la luz. Brillaban y se retorcían. Se retorcían. Se retorcían.

Oyó el zumbido de las alas de las moscas.

Moscas. Tábanos o moscas del ganado. Después se iluminaron con un resplandor fantasmagórico: luciérnagas.

—¿Quién… eres?

El hombre abrió la boca de par en par y dejó entrever unos dientes astillados y una lengua pálida que no dejaba de moverse. La boca siguió abriéndose. Crac. Cra-crac. Clac. Y resonó, como si algo se hubiese roto en su interior. La piel seguía intacta, pero la mandíbula le colgaba como un columpio roto de ese fardo de paja que era su barba.

El tipo empezó a emitir un aullido largo y ominoso, y luego el mundo se iluminó. Unas luces cegadoras brotaron en la oscuridad, un trueno silencioso de aire golpeó a Nate en el pecho. La luz atravesó al desconocido y lo cubrió hasta hacerlo desaparecer.

15

El escritor

Nate soltó un grito ahogado.

Parpadeó y se protegió de la luz repentina con el antebrazo.

La figura, ese hombre alargado con la barba descuidada, había desaparecido.

Se oyó jadear. Como un perro dolorido. Esos jadeos irregulares lo eran todo, llenaban el mundo y hacían que se extendiese el vacío.

Luego: una voz que le hablaba.

—¿Cómo va eso, amigo? ¿Estás bien?

Una sombra apareció en la dirección de la que procedía esa voz. Otra persona. Un hombre, aunque no se parecía en nada al desconocido escuchimizado, sino que tenía un aspecto muy normal en todos los sentidos: altura, peso y todo lo demás, corriente. La voz casi desprendía una amabilidad fraternal, con ese tono de voz propio de un amigo a quien aún no conoces.

—Yo… —Nate miró la pistola que colgaba del extremo de una de sus manos y la dejó caer a un costado al darse cuenta de que había estado apuntando en dirección de la otra sombra—. Estoy bien. Gracias.

El tipo se acercó. Era mayor que él. Cincuenta y tantos, tal vez sesenta y pocos. Aún no le había visto bien la cara a causa de la luz que brillaba detrás de él, una luz que no proyectaba la luna, sino unos focos cuyo origen Nate consiguió determinar: venían de una casa. Entonces se dio cuenta.

Estaba en casa de su vecino, ¿verdad?

«Oh, oh.»

El tipo debió de llegar a una conclusión parecida sobre quién se encontraba en su jardín. Dijo:

—Eres el vecino de al lado, ¿verdad? Sí, creo que somos vecinos.

—Yo… —Nate hizo un gesto cabizbajo a causa de la vergüenza—. Sí, tienes razón.

La vergüenza dio paso a la preocupación. No quería perder el trabajo, y deambular por el jardín de tu vecino a las tantas de la madrugada con una pistola cargada no era… la mejor manera de garantizarle al Gobierno local que estabas en tu sano juicio.

Pero el tipo hizo un ademán con el brazo y dijo:

—¿Quieres entrar? Soy todo un noctámbulo. Puedo ofrecerte una copa, si te apetece.

—No quiero molestar.

El otro rio.

—Es un poco tarde para eso, amigo.

—Sí, supongo que sí. Solo una copa.

—Perfecto. —Dio una palmada—. Venga, entra.

Era la típica casa edificada con forma de A. Tenía una terraza en la parte trasera y un balcón en la delantera. El interior era diáfano y abierto, demasiado, lo que creaba una sensación de desocupación que rozaba el abandono. Mirase adonde mirase, Nate solo veía madera: suelo de madera, vigas de madera, encimeras de madera, árboles en el exterior. Se encontraba a medio camino entre una casa moderna y minimalista y un chalé tipo cabaña de madera de una estación de esquí. Lo más llamativo del lugar eran un par de estanterías altas que cubrían la pared del fondo. Y no eran las típicas estanterías meramente decorativas, no. Estaban llenas de libros desordenados y colocados de cualquier manera y en todos los ángulos posibles, usados y ajados. Libros muy queridos.

El tipo cogió un taburete de lo que parecía una barra de desayuno y se lo acercó a Nate para que se sentase. Luego se colocó al otro lado de la barra.

—¿Qué quieres tomar? Ah, me llamo Jed, por cierto. Jed Homackie. Como se suele decir, ¿con qué quieres que te envenene? Hay vino, cerveza, sidra e hidromiel. Y todo un minibar lleno con las bebidas más fuertes. Si eres de whisky, podría hacer un recorrido por las islas escocesas que…

—Sí, claro. Suena bien. Yo me llamo Nate Graves, por cierto.

—Graves. Hummm. ¿El hijo de Carl?

Titubeó.

—El mismo.

—Mi más sentido pésame —dijo su vecino. Después añadió, en voz baja y ladina—: Tu padre podía llegar a ser un grano en el culo. Espero que no te ofenda.

A Nate casi le da un ataque de risa.

—Lo cierto es que, a ese respecto, no puedo llevarle la contraria, señor Homackie.

—Jed. Llámame Jed, anda.

Nate aprovechó el momento para mirar a Jed Homackie de arriba abajo. Su amabilidad fraternal también se proyectaba en su aspecto. Parecía el típico tío de alguien, o de todo el mundo. Tenía una sonrisa amplia y unas cejas alborotadas similares a alguna especie de orugas exóticas, pero también unos ojos negros que daban la impresión de analizarlo todo hasta el más ínfimo detalle, como si escudriñasen el mundo con la estrategia de un gran maestro del ajedrez.

Colocó una botella a medio camino entre ellos.

The Balvenie, doce años.

Luego dos vasos. Clinc. Clinc. Jed vertió unos dedos de whisky en cada uno.

Nate bajó la mirada, incómodo, hacia la pistola que tenía en las manos.

—Ahh.

Jed levantó las manos en gesto de rendición.

—No dispares. —Después rio entre dientes e hizo un gesto desdeñoso—. Déjala en la encimera. No pasa nada.

Nate sacó la bala de la recámara y luego le quitó el cargador y colocó las piezas junto a él. La bala era lisa por debajo, por lo que la puso mirando hacia arriba, como un vigilante dorado.

Jed levantó el vaso con un cabeceo y un guiño.

—Hay muchas cosas por las que brindar y muchas palabras para hacerlo, pero mis favoritas son *Nie mój cyrk, nie moje małpy*.

Nate le dedicó una mirada inquisitiva. Jed tradujo el brindis con

acento polaco falso:

—«No es mi circo; no son mis monos».

Entrechocaron los vasos y bebieron.

Un sabor intenso y acaramelado llenó la garganta de Nate, como si fuese el calor de una tarta de manzana recién sacada del horno.

—Qué bueno está —observó.

—Es de Speyside. Buenísimo. Buenísimo. Como echar mantequilla a las tortitas.

—Gracias por compartirlo conmigo, Jed.

—Un placer, Nate.

Se quedaron sentados en silencio unos instantes. Nate dijo al fin:

—En cuanto al arma…

—Bah. No tienes por qué explicármelo si no quieres. Soy un hombre reservado, y me gusta preservar la privacidad.

—Creo que tienes derecho a saberlo. Para serte sincero, había pensado mentirte y decir que había visto… un oso negro o algo así.

Jed asintió y se humedeció los labios después de darle otro sorbo al whisky.

—Hay osos por los alrededores, aunque de higos a brevas. Y también coyotes.

—Cierto, pero la verdad es que… Me dio la impresión de haber visto a alguien.

—Continúa.

—En mi jardín. La… la silueta de un hombre, ahí de pie.

Jed se inclinó hacia delante, con gesto casi conspiratorio.

—Ajá. Suena inquietante.

—Así que cogí el arma y fui detrás de él.

—Normal. Yo habría hecho lo mismo, joder…, si no fuera progresista hasta la médula. No es que tenga problema con la tenencia de armas bien controlada, amigo. ¡Para nada! Pero tengo claro que no están hechas para mí. Apuntar. Apretar el gatillo. Se me revuelven las tripas solo de pensarlo. Soy pacifista y me crie como un cuáquero, aunque ya no soy practicante.

Nate suspiró.

—Yo no puedo decir que lo sea hasta la médula, pero sí que voto al

Partido Demócrata. Ocho veces de cada diez. Y lo último que me gustaría llevar encima es un arma. Pero tuve que entrenar para usarlas. Estaba en el cuerpo de policía de la ciudad.

—¿Eras agente?

—Así es.

La sonrisa de Jed se ensanchó aún más. Después se sirvió otra copa de whisky y echó un buen chorro en el vaso de Nate.

—Pues permíteme agradecerte tu servicio. Las vidas de los policías importan y todo eso.

—Te lo agradezco, pero lo cierto es que los ciudadanos tienen mucho más que temer de nosotros que nosotros de ellos. —Sintió que se relajaba un poco, como si se deshiciera del yugo del estrés. Jed tenía algo que lo convertía en una persona afable y fácil de tratar, como si el tipo fuese una esponja de la felicidad que absorbiese todas las malas vibraciones de tu interior mientras le contabas tu vida—. ¿Conocías bien a mi padre?

—No mucho. Tuvimos «encontronazos», como suele pasar entre vecinos. Como bien sabrás, ambos tenemos tierras, por lo que tampoco se podía decir que coincidiésemos con mucha frecuencia, pero él se quejaba de vez en cuando. Tengo un horno para ahumar, y a veces lo usaba para la carne, pero parece que eso lo sacaba de quicio. En ocasiones también ponía música por los altavoces que tengo ahí atrás, tampoco muy alta y, por supuesto, nada de heavy metal ni rap ni cosas así, pero eso también le molestaba. —Jed se inclinó hacia delante y bajó la nariz como si estuviese a punto de confesar un secreto de estado—. Algo me dice que no era un hombre muy feliz.

—Si te digo que era infeliz, me quedo muy corto. Yo diría que era miserable. Y también un cabrón.

—Te repito lo de antes. Mi más sentido pésame. Lo siento mucho.

—Yo no lo siento. Me alegro de que haya muerto.

Jed apartó la mirada de Nate, con una sonrisilla impertinente en el gesto.

—Yo sentía lo mismo por el mío. Era un auténtico hijo de puta. Más malo que pegarle a un padre, valga la redundancia. —Soltó un bufido y se quedó con la mirada perdida unos instantes—. Cambiemos de

tema. A un tema y a personas mejores.

—Brindo por ello —dijo Nate.

Volvieron a entrechocar los vasos.

—¿Has…? —empezó a preguntar Nate, pero se quedó en silencio.

—¿Que si he qué?

—Es una tontería.

—No, por favor. Continúa.

—¿Has visto a alguien ahí fuera alguna vez? A personas, quiero decir. En el bosque.

—Personas en el bosque… Sí, claro que sí. Sobre todo si es época de caza. En una ocasión vino un tonto trastabillando entre los árboles. Había nevado y estaba vestido con todo tipo de prendas de camuflaje para la nieve. ¡Parecía un extra de *Estación polar Cebra*! También iba armado hasta los dientes. Tenía uno de esos… ¿Cómo se llaman esos fusiles militares?

—Los negros, como un AR-15 o así.

—Esos, los que siempre se usan en los tiroteos en las oficinas o los institutos. Pues el tipo salió de los árboles y se metió en el jardín como si nada. Salí para gritarle y, como no tengo armas, saqué un cuchillo de cocina y una cacerola. Empecé a golpear la cacerola con el cuchillo como un loco, porque tengo más que comprobado que si la gente cree que estás como una cabra es más precavida en tu presencia. Pues el tipo levantó las manos y se dejó el fusil colgando de la espalda. Me dijo que no sabía que estuviera en una propiedad privada, y yo le respondí que eso cómo iba a ser, si había pasado junto al buzón, visto el aparcamiento limpio y llegado a una casa enorme de la que me había visto salir con un cuchillo y una cacerola. Tartamudeó una disculpa y dijo que… que solo había rozado a su presa y que pensaba que se había metido en mi patio, aunque él no supiese que se trataba de un patio privado. —Jed rio entre dientes—. Pero supongo que no te refieres a una persona así, ¿verdad?

—Ah. No. La verdad es que no. Ahora soy agente de Caza y Pesca, así que llámame si te vuelve a ocurrir algo como lo que me acabas de contar. —Suspiró—. El… el hombre que vi era alto, desgarbado y barbudo. Parecía… No sé. ¿Un vagabundo? Un enfermo, quizá. Puede

que todo fueran imaginaciones mías. Puede que el loco sea yo.

—Puede que sí, pero… —Jed agitó un dedo, pero su gesto no era de reprimenda; más bien, parecía querer decir «atento a lo que voy a decir»—. Vivimos tiempos extraños y en una región bastante rara. Es una zona rural, pero lo bastante cerca de la autopista como para que venga toda clase de gente. Y hay una epidemia de opiáceos ahí fuera, también de meta hacia el oeste, pasado Kutztown, ya en Pennsyltucky. Solo por eso nos topamos con más tipos excéntricos y raritos de lo habitual. Además… —Bajó la voz—. También estamos cerca de Ramble Rocks.

Nate sintió un escalofrío traicionero por la nuca.

—Ramble Rocks.

—El parque, sí.

—¿Eso qué tiene que ver?

—Bueno. —Jed volvió a reclinarse, como si se preparase para sentar cátedra—. Seguro que, además de la típica información sobre este lugar, también has oído algo de lo que se dice del túnel.

—Sí que he oído cosas.

—Las creas o no, hay gente que las da por ciertas. Adoradores del diablo y esa clase de personas.

—Creo que, a estas alturas de la película, el satanismo no me da demasiado miedo. —Cuando Nate era niño, todo el mundo culpaba al satanismo de cualquier cosa que sucediera, desde los secuestros hasta los abusos sexuales. La gente iba a la cárcel por adorar a Satán, sin necesidad de pruebas, y luego, en todo caso, ya los absolvían de todos los cargos… al cabo de unos años. No hubo ningún caso con pruebas de verdad, pero la histeria es muy adictiva.

—Pues no lo descartes tan alegremente. Han encontrado animales muertos en ese túnel. Tal vez se trate de sacrificios.

—O que alguien con pocas luces los haya atropellado con su cuatro por cuatro.

—También puede ser eso. O fantasmas.

Nate rio, pero vio que Jed se ponía serio.

—Fantasmas.

—¿No crees?

—¿En fantasmas? Creía… cuando tenía unos diez años.

—Nate, date cuenta. Vivimos en una zona famosa por su entrelazamiento espectral. La guerra de Independencia y, no muy lejos si sigues hacia el sur, la guerra de Secesión. Son acontecimientos que causaron muchas muertes brutales y vergonzosas. Todo ello, por no mencionar las más comunes e inferiores en número, las que causa la voluntad humana, como los asesinatos por celos, los suicidios por depresión profunda y los accidentes nunca esclarecidos.

—Parece que es un tema que te interesa mucho.

Jed abrió los ojos todo lo que pudo.

—¿Lo extraño y lo fantástico? Claro que sí. De hecho, me interesa a nivel profesional.

—No serás un cazafantasmas o algo de eso, ¿no?

Jed chasqueó los dedos, le guiñó el ojo y empezó a dirigirse hacia una estantería. Cuando estaba a mitad de camino, se detuvo y le indicó a Nate que lo siguiese.

—Venga, venga, no seas vago y acompáñame.

—Ah.

Nate se bajó del taburete, sorprendido por el leve mareo que empezaba a sentir y cómo notaba el cerebro bambolearse de un lado a otro.

«El whisky», pensó.

Afianzó el equilibrio y se acercó.

Jed le mostró la estantería como si fuese la azafata de un concurso de la televisión.

En medio de ella había una balda dedicada a lo que parecían novelas basadas en crímenes reales en tapa blanda, que Maddie leía de vez en cuando. Pero esas tenían poco de crímenes y mucho de no ficción sobre fantasmas. Tenían títulos como *La maldición de Sibley Manor*, *El motor fantasmagórico (y otros medios de transmisión)* y *Leyendas perdidas de LBI: Historias verdaderas de la misteriosa Long Beach Island*.

El hombre del autor que figuraba en los lomos de todos esos libros era John Edward Homackie.

—John Edward —dijo Nate. Entonces lo entendió—. Jed.

—Parece que tenemos un ganador.

—¿Los has escrito todos tú?

—Yo solito. Se podría decir que es mi manera de ganarme la vida. —Hizo un ademán con el que abarcó la casa y todo lo que contenía—. Bueno, antes de eso escribía cosas indecentes y era periodista deportivo con pseudónimo, pero luego descubrí que esta era mi verdadera pasión. Tan solo unos pocos han sido superventas, pero los *royalties* suman un buen pico. —Puso gesto triste, desorientado en cierto modo—. Hace mucho que no escribo nada nuevo.

—¿Por qué no?

—La vida siempre se interpone —dijo, sin perder la sonrisa, pero sus palabras sonaban un tanto frías, como si reprimiese algo.

Nate decidió que profundizar en ese asunto no era cosa suya. Volvió a mirar los libros y uno de ellos le llamó la atención: *Sacrificio en Ramble Rocks: Los asesinatos satánicos de Edmund Walker Reese*. El rostro maligno del asesino destacaba en la cubierta, en un blanco y negro con mucho contraste. Tenía los ojos pequeños y una boca estrecha y ansiosa atrapada en unos barrotes irregulares formados por vello facial oscuro.

Nate arqueó una ceja.

—¿Asesinatos satánicos?

Jed fingió un poco de timidez.

—Bueno, ya sabes cómo va esto, Nate. Cuanto más escabroso es el asunto, más gente lo compra. —El rostro se le puso serio de repente, como si se lo hubiese cubierto con una máscara—. Pero todo esto tiene parte de verdad. Las paredes de su casa estaban cubiertas por números y ecuaciones de todo tipo, tanto que resultaba difícil encontrar en ellas algo coherente. No eran más que los devaneos carentes de sentido de una mente deshecha. En sus diarios encontraron lo mismo, un montón de libretas: más de cincuenta, todas ellas llenas de galimatías. Algunos de los guardias del corredor de la muerte dijeron que hablaba del «demonio», una criatura a la que obedecía y que iba a «salvarlo». Y luego está el hecho de que desapareciese el día en que lo iban a matar. No el día, sino justo en el momento en el que pulsaron el interruptor de la silla. Desapareció. Se

podría decir que cabalgó un rayo.

—Mi padre era uno de esos guardias. Dijo que eso era mentira.

—Ah, lo sé. —Jed parpadeó—. Un día lo emborraché. A tu padre.

—Apuesto lo que sea a que ya estaba borracho antes de venir.

Algo cruzó el rostro de Jed en ese momento. Una frialdad. Algo acerado, metálico. Como la sombra de una nube que pasó a toda velocidad y luego desapareció.

—Tu padre me dijo que era cierto, que nunca tuvieron cadáver alguno. Lo llevaron hasta la silla, lo sentaron y cuando pulsaron el interruptor… —Jed chasqueó los dedos de ambas manos—. Desapareció.

—¿Dijo eso?

—Así es.

Nate sopesó la nueva información.

—Le gustaba contar historias.

Era mentira. Su padre no era dado a aderezar sus historias, ni a las fantasías. En ese sentido era más cerrado que un tarro hermético.

—Puede que ese tipo que has visto en el bosque fuese él.

—¿Mi padre?

—Edmund Reese.

—Claro, Jed.

Nate fingió una sonrisa e hizo un amago de asentimiento.

«Tiene que ser algo», pensó Nate. El problema era que aún no sabía el qué.

—Bueno, creo que ya te he robado demasiado tiempo. Y demasiado de este maravilloso whisky escocés. Es tarde. Debería volver a casa, no vaya a ser que mi mujer se preocupe.

—Ah, estás casado.

—Sí, tengo mujer e hijo. Adolescente. Aún no conduce, por suerte.

—Qué bien. Genial.

Otra vez esa mirada perdida, la tensión acumulada en sus palabras, como un médico que cose una herida. ¿Acababa de ver Nate cómo le brillaban los ojos? Sabía que no se le daba nada mal interpretar a la gente…

¿Lo que Jed había sentido de repente era aflicción?

Nate decidió tirarle un poco de la lengua.

—¿Tienes familia, Jed?

—Aah. Sí, claro que tengo.

Volvió a la estantería y levantó algo que tenía colocado bocabajo. Nate reparó en que se trataba del marco de una foto.

Una vez a la vista, Nate vislumbró a un Jed más joven, de unos cuarenta años, la edad que tenía Nate en ese momento. Estaba con la que parecía ser su esposa y con una hija adolescente. La hija se parecía mucho a él, con esa mirada afable pero asilvestrada al mismo tiempo y una sonrisa igual de extravagante. También tenía la misma nariz chata de su madre.

—Sí. Son Mitzi, mi mujer, y mi hija Zelda.

Nate se arriesgó a echar otra ojeada a su alrededor, más por inercia que otra cosa, y volvió a reparar en lo poco amueblado que estaba el lugar. No parecía demasiado hogareño. No era la casa de una familia.

Nate no tenía intención de preguntar al respecto, pero seguro que Jed se percató de lo que se le había pasado por la cabeza, por lo que le dedicó una sonrisa incómoda y dijo:

—No están, por si te lo estás preguntando. Mi esposa me dejó hace unos años. Y Zelda con ella.

—Lo siento. ¿Divorcio?

Jed titubeó. Se encogió de hombros y puso una sonrisa triste.

—Eso me temo. No fui un buen hombre, Nate. Me porté fatal.

—A mí no me pareces mal tipo.

Jed le tendió una mano, y Nate le dio un buen apretón.

—Encantado de conocerte, Nate Graves.

—Lo mismo digo, Jed.

Se giró para marcharse y, cuando estaba a medio camino de la puerta, se detuvo en la oscuridad. Una vocecilla en su interior le dijo que no lo hiciese, que no le ofreciera nada, pero era innegable. Jed le había dado muy buena espina. Le gustaba aquel tipo. Le gustaba mucho.

Y se lo ofreció.

—Dentro de poco será Halloween —comentó Nate—. Y nuestro hijo es demasiado mayor para salir, disfrazarse y pedir chucherías, ¿sabes?

En lugar de eso, vamos a celebrarlo en casa. Ha sido idea de mi mujer. Yo preferiría no ver a nadie, pero quizá no sea tan mala idea. Es bueno quedar con gente cuando eres nuevo. Pues mira, la celebración empezará a las siete…

La sonrisa que se perfiló en el rostro de Jed fue tan amplia y tan intensa que a Nate le dio la impresión de que iba a convertirse en Pac-Man, el comecocos. Waka. Waka.

—Te doy mi palabra de que ahí estaré. Me apetece mucho —dijo Jed. Después soltó una risotada aguda—. ¡Menuda nochecita! Aparece un hombre medio desnudo en mi jardín con un arma… No te la olvides, por cierto… Y ese tipo acaba invitándome a una fiesta de Halloween. Me gusta decir que tenemos que confiar en nuestra flora intestinal. —Se tocó el vientre con un dedo antes de guiñarle el ojo y añadir—: Que confíes en tu instinto, vamos.

—Estoy de acuerdo. Y gracias —dijo antes de regresar con pasos torpes a la barra, donde cogió el arma, avergonzado. Después se despidieron.

Y Nate volvió a salir a la oscuridad.

Cuando regresó a través del bosque, rodeado por el frío de la naturaleza, encontró sin problemas el camino de vuelta a casa una vez que se le hubo acostumbrado la vista. Vio la estructura de su casa recortada en negro más allá de los árboles y se dirigió hacia ella, con paso lento pero firme.

Y, mientras lo hacía, vio algo en lo alto de un árbol.

Era un búho gigantesco, mayor que ningún otro que hubiese visto jamás. Un *Bubo virginianus*, a juzgar por los puntos que adornaban su cabeza. Al principio le dio la impresión de que estaba casi fundido con el árbol, de que formaba parte de él. Y luego alzó el vuelo entre chasquidos y crujidos de madera. Nate pensó que tal vez solo se tratara del ruido de la rama en la que se encontraba, y el ave rapaz se perdió en la oscuridad.

16

Vulnerabilidad

Octubre.

Olly se encontraba frente a la taquilla, donde cambiaba el libro de Ciencias Naturales por el de Geometría. A su espalda, el pasillo estaba atestado de niños que iban de una clase a la siguiente. No dejaban de empujarlo y de chocar contra él, como siempre.

Tenía una inquietante sensación. No en su fuero interno: más bien, se trataba de una emoción externa. Se alzó y se abalanzó sobre él, como si algo y no alguien lo empujase con fuerza en mitad de la espalda. Chocó contra la taquilla y alguien intentó cerrarla al pasar. Ocurrió rápido, y las carcajadas no tardaron en desvanecerse, en cambiar de frecuencia, ya que Olly no tardó nada en apartarse y darse la vuelta.

Vio dos rostros conocidos que trataban de perderse otra vez entre la multitud. Graham Lyons y Alex Amati. La oscuridad latía dentro de ellos. Rabia y dolor.

Lyons aún tenía dos dedos en una férula. Vendados.

—¿Estás bien? —preguntó Caleb mientras se acercaba.

Olly parpadeó para reprimir las lágrimas.

—Estoy… estoy bien.

—Ha sido una tontería. No le des importancia.

—Sí… Mejor.

Tuvo que tomarse su tiempo para no verse desbordado por los sentimientos. De repente, se sentía tristemente frágil. No quería sentirse así. No había sido tan terrible como lo de aquel día en el colegio anterior. No estaba tan solo. (Al menos, tampoco se había meado encima.) Pero, de alguna manera, aún se sentía fuera de lugar. Que alguien como Graham Lyons lo odiase tampoco se podía decir que

ayudara. La gente quería mucho a Graham Lyons, por lo que, si él le odiaba, era muy probable que todos los demás también lo hiciesen.

Pero ese no parecía ser el caso de Caleb. Algo que era muy importante para él.

—Que le den a ese tío —dijo Caleb—. Me alegro de que se haya jodido el dedo.

—¿Cómo de jodido lo tiene?

—Bien machacado. No sé si se lo ha roto, pero tiene el tendón destrozado y tuvieron que abrirle el dedo para colocárselo o alguna movida así. Es probable que no pueda entrenar en lo que queda de otoño y, si no lo puede hacer, tal vez no le dejen jugar al béisbol en primavera. Pero… —Caleb se encogió de hombros—. Quién sabe. Las reglas no parecen aplicarse a tipos como él.

—¿Por qué es tan gilipollas?

—Ni idea. Creo que su padre es un gilipollas de órdago, por lo que se podría decir que el gilipollismo se hereda o algo así.

—Ya ves.

—Ja, ja. Sí. Oye, tengo tareas pendientes después del colegio, hacer de niñera para el imbécil de mi primito Reg. Pero solo será una hora. ¿Quieres que te avise, vienes en bici a mi casa y jugamos al *Fortnite* o cambiamos cartas de *Magic* o algo así?

—La verdad es que no juego al *Fortnite*. —No le gustaban nada los juegos con armas—. Podría ir y ayudarte a hacer de niñera, si quieres.

—Le preguntaré a mi tía, pero está un poco paranoica con el tema de que haya «adolescentes desconocidos» cerca de Reg. —Bajó la voz —. Sobre todo, los niños blancos. Los blancos sois los que provocáis los tiroteos en los institutos y todas esas cosas.

Oliver sabía que era un chiste e intentó imitar una risa, pero lo había pillado desprevenido. El miedo se empezó a apoderar de él.

«Podría haber un tiroteo aquí ahora mismo, alguien podría entrar por la puerta principal, sacarse un arma de fuego del abrigo y ponerse a disparar, y la gente empezaría a gritar y la sangre salpicaría las paredes; y los cerebros, las pizarras y…»

Luego empezó a pensar en abusones, en asesinos en serie, en policías corruptos y…

—¿Hola? ¿Sigues ahí? —preguntó Caleb.

—Ah, sí. —Oliver tragó saliva con esfuerzo. Sintió que el pulso le retumbaba en el cuello como si fuese un insecto atrapado ahí dentro —. Sí, claro. Iré a tu casa. Sería genial. Vale. Bueno, tengo que ir a clase.

—Yo también, tío. Que te diviertas en Geometría…, si eso es posible.

Oliver pedaleó en la bicicleta por Church View Lane. Caleb vivía a unos ocho kilómetros de su casa, en la parte septentrional del parque Ramble Rocks. Él residía en la zona meridional, por lo que no era muy complicado ir de una casa a otra. Quedaban con mucha frecuencia; a veces, con el grupo de las partidas, con Steven, Hina y Chessie, pero otras muchas lo hacían a solas. Y eso le hacía sentir menos solo. Menos frágil.

Ya eran casi las seis de la tarde. El sol se ponía entre los árboles y proyectaba haces de luz crepuscular por el camino que se abría frente a él, haces que resaltaban las motas de polvo y las esporas. También hacía calor. En octubre tendría que hacer un tiempo más fresco, que era lo suyo, pero lo cierto es que no era así. Reinaba un ambiente húmedo, pesado y neblinoso, tanto que parecía que estuviese pedaleando a través de unas gachas.

Un coche pasaba junto a él de vez en cuando. No había mucho tráfico en esa carretera secundaria, pero sí el suficiente como para tener cuidado.

Parpadeó para enjugarse el sudor de los ojos y pasó junto a Ramble Rocks, a su izquierda. Vio las rocas de ese gris pizarra y negro azulado que le daban el nombre al parque. Los árboles empezaban a escasear y luego desaparecían y daban lugar a un prado descuidado lleno de esas rocas, una junto a otra; algunas enormes, otras más pequeñas, algunas abultadas, otras lisas, como si fuesen las cabezas de un público de criaturas de la tierra congeladas en el tiempo.

Oyó que se acercaba un vehículo, un retumbar grave, como el de un camión. Bajó el ritmo y se dirigió hacia un lado de la carretera, hacia la zanja de drenaje, para que le resultase más fácil pasar.

La mente volvió a recordar los acontecimientos de aquel día. Se

sentía hecho polvo. Muy preocupado. ¡Siempre! La aflicción de quienes lo rodeaban lo asfixiaba más y más. No le dejaba tomar aliento, como si el dolor de los demás fuese suyo y empezase a llenarle las entrañas al tiempo que lo hacía hundirse cada vez más.

(En ese momento sintió la vibración del camión que se acercaba detrás de él, en el coxis, en los codos, en los dientes. El rugido de un motor diésel cuya intensidad iba en aumento.)

Y la doctora Nahid quería que comprendiese que era muy empático y que eso era potencialmente bueno, porque según ella: «No hay suficiente empatía en el mundo, Oliver». Pero él no la quería. No quería sentir lo que sentía por los demás. Hasta por Graham Lyons. ¿Qué motivos tenía para ser así? Quizá le resultaba difícil estar a la altura de una gran estrella del béisbol. Tal vez no tuviese un buen rendimiento académico en el que apoyarse y necesitara los deportes para conseguir la beca. Y también era posible que su padre fuese gilipollas de verdad y el ego de Graham estuviese hinchado como un globo enorme, de los que en realidad no tienen nada dentro. Y Oliver sintió culpa, culpa de verdad, por haberle hecho daño en el dedo y…

El camión rugió como un terremoto cuando pasó a toda velocidad junto a él. Vio una mancha roja y una sombra, algo que se dirigía hacia él y que solo después reparó en que se trataba de una mano. La mano lo golpeó en el codo y luego en el brazo, con fuerza. Plas. Y, antes de que se diese cuenta de lo que acababa de pasar, giró el manillar de la bicicleta hacia la derecha sin querer y la rueda delantera cayó en la zanja.

Gritó mientras perdía el control.

La rueda se dobló.

Sintió cómo el mundo se abalanzaba sobre él.

Y luego cayó bocabajo, un golpe fuerte en la zanja. Oyó el chapoteo de un agua sucia y llena de barro que se le metió en la boca. Parpadeó para que no le entrase en los ojos, tosió y, mientras trataba de ponerse en pie con torpeza, sintió un dolor intenso en el omoplato, como si le hubiesen clavado un destornillador. Consiguió ponerse en pie como buenamente pudo; estaba empapado.

Detrás de él, la bicicleta había quedado destrozada. La rueda

delantera estaba doblada por la mitad como una pizza maltrecha. La cadena también se había salido del plato.

—Joder —dijo mientras saboreaba el regusto metálico y terroso del barro. Escupió. Puaj. Luchó contra las arcadas. Se enjugó el mentón.

Después se dio la vuelta y vio que la furgoneta roja estaba parada a unos cincuenta metros por delante de él. Con el motor en punto muerto. Bru-bru-brum. Vio la pegatina de la bandera estadounidense que había en la ventanilla trasera y también una de Calvin meando.

Se quedó allí de pie. Entre jadeos.

Se preguntó:

«¿Quién ha sido? ¿Habrá sido un accidente?».

¿Había sido a propósito?

«¿Salgo corriendo?»

La furgoneta siguió en punto muerto.

(Bru-bru-brum.)

Se abrió la puerta de la derecha. Y luego la del conductor.

Alex Amati salió de detrás del volante. Y luego Graham Lyons por la otra puerta. El dolor que surgía de ambos tenía un brillo oscuro, y parecía bailar entre ellos, una oscuridad líquida que se movía sin parar entre uno y otro. Oliver no creía haber visto nunca algo así.

No sabía qué hacer. Estaba indignado por lo que le acababan de hacer…, ya que a esas alturas no le cabía la menor duda de que no había sido un accidente. Pero también tenía miedo. Oliver no era un tipo duro, precisamente. Nunca había tenido que serlo.

«Corre y ya está», se dijo. Date la vuelta y sal pitando.

Pero la bici… Papá lo mataría si la dejaba ahí.

Mantuvo la compostura y salió de la zanja.

—¡Casi me matáis! —gritó. La voz se le quebró en mitad de la frase; efectos secundarios de la pubertad. La vergüenza brotó en sus mejillas mientras los dos se acercaban a él—. Podríais haberme hecho mucho daño.

«Puede que me lo hayan hecho.»

Alex tenía una sonrisa cruel de suficiencia abultándole las mejillas. Graham, en cambio, parecía mucho más serio.

—¿Hacerte daño? —preguntó Graham, con los brazos extendidos,

como si exigiese a Oliver que contemplase el mundo y toda la sensación de dominio que Lyons ejercía sobre él. Levantó la mano herida.

—Tú eres quien me ha hecho daño a mí, gilipollas. No podré jugar la liga en otoño. Me han dejado en el banquillo.

Esas últimas palabras rezumaban tanta rabia y aflicción que Oliver volvió a sentir pena por él. Y luego se maldijo por ser así. Le hacía sentirse débil, estúpido e ingenuo. Aun así, dijo:

—Lo siento. ¡Vale! Lo siento. —Alzó ambas manos en gesto de súplica—. Pero fuisteis vosotros quienes vinisteis a nuestra mesa y…

—Vamos a destrozarte, friki —dijo Alex. Cerró los puños y los balanceó por los costados como si fuesen almádenas. Alex albergaba mucha rabia en su interior, una rabia que latía con sangre negra en un corazón de fuego.

Y Oliver se dio cuenta en ese mismo momento:

Tenía que correr.

Giró los talones y salió pitando. Pero sintió otra punzada de dolor, como si la cuerda rota de una guitarra le hubiese asestado un latigazo en la tibia izquierda. Tal vez se debiese a la caída y solo en ese momento se diera cuenta de ello. Gritó, pero tuvo que seguir. Vamos, vamos, vamos…

Oyó unos pasos fuertes que retumbaban detrás de él en el asfalto.

«Corre, joder. ¡Corre!»

Pero era demasiado lento. Algo le dio un fuerte golpe que lo lanzó a un lado. El brazo de Alex chocó contra su cuello como si fuese un bate de béisbol. Aulló y cayó. No hacia delante, sino hacia la izquierda, salpicando otra vez con el agua de la zanja entre risas estruendosas y aplausos. Pero ni siquiera eso duró mucho. Mientras Oliver luchaba en el interior del charco para darse la vuelta y ponerse en pie, Alex se abalanzó sobre él como un árbol caído. Pum.

Un puñetazo en los riñones. Una vez. Dos. Tres. Pum. Pum. Pum. Empezó a notar un dolor muy intenso en ese punto en concreto; se le extendió por todo el cuerpo y le hizo perder la fuerza en las extremidades. Apretó los dientes, lanzó un codazo hacia atrás con torpeza y se sorprendió al comprobar que había impactado. Alex

gruñó, un gimoteo nasal antes de volver a atacar.

Oliver sintió que una mano áspera lo agarraba por el cogote y aferraba mechones de su pelo entre los nudillos, justo antes de empujarle la cabeza hacia delante.

Hacia el barro. Hacia el agua.

Todo se convirtió en un borrón gris y marrón. Oliver contuvo el aliento mientras la cabeza se le hundía a más profundidad en esa agua inmunda, hasta llegar al barro blanduzco. Intentó salir, apoyarse en algún lado, pero fue incapaz. El pulso le latía con fuerza en el cuello y en las sienes, como unos platillos. El miedo se extendió por todo su cuerpo. Sintió que las sombras lo envolvían, que lo cercaban como una manada de lobos, y el pavor se convirtió en náuseas y mareos…

Entonces se dio cuenta:

«Van a matarme.

»Voy a morir».

17

Rescátate a ti mismo

Pu-pum.

Pu-pum.

El sonido que latía en la oscuridad. Oliver tenía los labios cerrados y, en lo más recóndito del oído interno, oía el latido de su corazón. Pu-pum. Pu-pum. Incluso mientras esas manos sombrías trataban de hundirlo más. Y luego otro sonido, como voces que resonasen al otro lado de una docena de paredes, debajo de una manta, detrás de una cortina de goma. Uo-Uo. Ua-Ua. Todo ello, mientras los latidos continuaban.

Pu-pum.

Pu-pum.

La mano que le sostenía la cabeza desapareció de repente y, con ella, la presión. Estaba libre.

Oliver sacó la cabeza del barro y del agua. Sonó un silbido cuando cogió aire con todas sus fuerzas. Se apoyó en los brazos y se impulsó para salir, mientras jadeaba para recuperar el aliento y al mismo tiempo hacía todo lo posible por no vomitar. Y reprimía más aún las ganas de llorar. Se dio la vuelta y empezó a caminar como un cangrejo para salir de la zanja, y oyó las más que nítidas voces que antes sonaban amortiguadas. Graham y Alex hablaban. No. Discutían.

—Casi lo matas —dijo Graham, e hizo un gesto de «pero ¿qué coño…?».

—Y qué más da, joder —respondió Alex.

—¿Que qué más da? ¡Pedazo de gilipollas! ¡Solo íbamos a darle un susto, no a matarlo! ¿Te parece chungo que me dejen en el banquillo? ¡Pues si nos meten en la cárcel va a ser peor! ¡Pedazo de mierda!

Alex se quedó en pie, boquiabierto, como si lo estuviese

procesando… Despacio. Muy despacio, como si su boca estuviese conectada a su cerebro, pero la señal del wifi no fuese del todo buena.

—Tío, cierra la boca. Lo siento, pero…

Alternaba el gesto entre locura, confusión y arrepentimiento.

«Alex Amati es un imbécil», pensó Oliver, que seguía un poco ido.

Después Graham giró la cabeza, pero no hacia Oliver, sino hacia un punto situado a sus espaldas.

Hacia algo.

No. Hacia alguien.

—¿Quién es ese? —preguntó Graham en voz baja.

Alex se dio la vuelta para mirar.

Y luego, antes de que Oliver también tuviera tiempo de mirar, Alex se estremeció y gritó mientras una florecilla de sangre le brotaba en mitad de la frente.

18

Jake

Alex Amati gritó y se dio un tortazo en la frente, como si tratase de aplastar una abeja. Las palmas de las manos se le mancharon de rojo.

Graham gritó mientras salía corriendo hacia delante:

—Pero ¿esto qué es, joder?

Y luego se oyó un estallido neumático, aulló y bajó la cabeza hacia el hombro. Se agarró la oreja y empezó a trastabillar hacia atrás. Oliver aprovechó ese momento para salir de la zanja y ver quién se acercaba…

Un tipo, joven, apenas unos años mayor que él, avanzaba por la carretera con toda naturalidad. Llevaba una camiseta negra con una silla eléctrica. Unos vaqueros raídos y rotos. El cabello alborotado y desaliñado. Y en la cara tenía la madre de todas las cicatrices. El ojo izquierdo estaba rodeado por todas partes de tejido cicatrizado y era de un color diferente del derecho. No parecía de un color, sino de muchos, dependiendo de cómo lo mirases. Oscilaba del azul al verde, y después era ocre, y vuelta a empezar.

Pero todo aquello pasó a un segundo plano cuando Oliver vio lo que aquel joven desconocido tenía en la mano:

Una pistola grande y cuadrada.

La sangre latió como un río en los oídos de Oliver. Había llegado el momento y sucedía justo delante de él: un joven con un arma de fuego. No le había pasado en el colegio, ni en un Walmart, ni en un concierto, sino allí mismo, en la carretera. Intentó recordar algo, lo que fuera, de los simulacros que hacían en el instituto, adónde ir o qué hacer, pero todo quedó emborronado bajo el lodazal y la oscuridad de sus pensamientos.

El tipo de un solo ojo volvió a apretar el gatillo.

No hizo pum.

Hizo puf.

No solo una vez, sino una y otra y otra vez, cada vez que lo apretaba.

«Pero ¿qué…?»

Graham y Alex parecían sufrir las picaduras de un enjambre de avispas. Agitaron los brazos, gritaron y se dieron de puñetazos a sí mismos. Unas marcas rojas y sanguinolentas empezaron a brotarles en la piel, en los brazos, en la clavícula, y Oliver hasta vio algo de sangre en la camiseta de Alex. Graham no había dejado de agarrarse la oreja.

Derrotados, se dieron la vuelta y pusieron pies en polvorosa en dirección a la furgoneta. El atacante siguió disparando, pero había cambiado de objetivo y ahora apuntaba al vehículo. Algo rebotó en la puerta trasera de la furgoneta. Plic, plic. Después, las ruedas traseras giraron sobre el asfalto y la gravilla, y la furgoneta salió despedida hacia delante mientras enfilaba la carretera y se perdía a lo lejos.

Oliver se incorporó. Chorreando. Sentía un latido en el cuello y en la cabeza.

El tipo se quedó quieto, alto y larguirucho como un abrigo colgado. Levantó la barbilla para saludar, como si le dedicase un «¿cómo va?».

Oliver no tenía ni idea de qué decir. ¿Gracias? ¿Por favor, no me dispares? ¿A ti qué coño te pasa? ¿Eso ha sido una pasada?

—¿Qué tal, tío? —dijo el recién llegado.

—¿Qué tal? —respondió Oliver, con vocecilla desconcertada. No había dejado de chorrear, y empezó a escurrirse el agua llena de barro de las mangas.

—La bici se te ha quedado hecha un ocho —observó.

—Sí.

Le dedicó una sonrisa lobuna. Tenía el ojo raro fijado en Oliver, como un láser. Parecía escapar a toda definición. ¿Era azul? ¿Verde? ¿Marrón? ¿De verdad había ojos marrones del todo?

—No te preocupes —dijo—. Veo bien por él. —Rio—. De hecho, veo mejor por ese ojo que por el otro.

—Ah —dijo Oliver.

Y luego se dio cuenta de otra cosa:

El chaval nuevo…

Era una página en blanco. No tenía ese dolor que era tan común entre los demás. No tenía tristeza, ni miedo, ni preocupación. La oscuridad no se enroscaba a su alrededor para desangrarlo, ni latía en su interior como un agujero negro.

Oliver nunca había visto a nadie, pero a nadie, que no albergase dolor en su interior.

—Podrías darme las gracias —dijo el chico.

—Les has disparado.

Alzó la pistola. Parecía algo sacado de la Segunda Guerra Mundial o del *Call of Duty* o algo así. Cuadrada e industrial.

—¿Esto? No te preocupes. Es de aire comprimido. Se recuperarán.

—Ah. —Oliver parpadeó—. Pues gracias.

«Creo.»

—Ese cabrón casi te ahoga.

Oliver salió al fin de su embotamiento. El recuerdo se apoderó de él, y se vio afectado por un paroxismo de estremecimientos repentinos, como si acabase de salir de un lago helado. A pesar del calor que hacía, se sintió frío, mareado…

Y muy enfadado.

—Sí. Alex Amati —susurró Oliver—. Menudo imbécil.

El chico guardó la pistola en la cintura de los vaqueros y se echó la camisa por encima.

—¿Por qué a estos les ponía tan cachondos darte una buena tunda? A ver, ya sé que los abusones son así y lo hacen porque les da la gana, pero me dio la impresión de que esto era demasiado personal.

A Oliver no le apetecía contárselo todo; así pues, se limitó a decir:

—Porque son la clase de tíos que giraría el volante para aplastar a una tortuga.

—¿Y eso crees que eres? ¿Una tortuga?

—Yo… No. No lo sé. Me refería a que son unos putos gilipollas.

—Sí que son unos putos gilipollas. —El chaval dio un paso al frente y le ofreció chocar el puño—. Me llamo Jake, por cierto.

—Oliver. Olly.

Chocaron los puños.

—Oye, iba de camino al parque para pasar el rato. Puede que fume un poco de hierba. También tengo pastillas. Vico, oxi, xani…

—¿Qué? No, no. A mí… —No se sintió nada molón por decirlo—. A mí no me gustan esas cosas. He bebido alcohol, eso sí. Muchas cosas diferentes. —No era del todo mentira. En un partido de los Eagles sus padres le habían pedido un shirley temple, pero un camarero imbécil le había puesto alcohol. Vodka, lo más seguro. Oliver se había emborrachado en el partido, cuando tenía seis años. Al parecer, a la gente le hacía mucha gracia ver borracho a un niño de esa edad. Todo el mundo había empezado a señalarlo y a poner caras raras. Su madre le contó que había empezado a actuar como un estibador gruñón y enano, de esos que no dejaban de quejarse entre balbuceos de su trabajo después de una jornada interminable en el puerto.

—Chachi. Chachi —dijo Jake—. ¿Vives por aquí?

—Pues… Sí. A un par de kilómetros.

—Bien. Yo vivo en la dirección contraria. ¿Conoces Emerald Acres? ¿El camping de caravanas?

—Claro —mintió Oliver. No sabía por qué acababa de mentir sobre eso. Era como cuando te ríes de un chiste que no has entendido. La gente corriente hace esas cosas.

—Vale. Pues vivo ahí con mi tía.

—Ah. Guay.

Jake rio.

—No es guay. Es una mierda. Tenemos un vecino farlopero. Y otro que es un *furro* nazi que… No sé. Es muy raro.

Oliver arrugó el gesto, pero también rio, porque sí que era muy raro.

—¿Y cuál es su *fursona*?

—Pues se disfraza igual que todos: de zorro, o lobo, o algo así, yo qué sé. Pero también se pone brazaletes de nazi y esas mierdas. Estoy seguro de que monta orgías ahí dentro. Lo visitan otros *furros* cada par de semanas, y la caravana empieza a agitarse de un lado a otro como si fuese un barco en el océano. También se oyen muchos «fólleme, *der Schutzstaffel*».

Y entonces Oliver sí que se rio de verdad, y se sintió muy bien por…

sacarse todo eso de dentro. No le sirvió para olvidar lo que acababa de ocurrir, pero sí que se sintió como si lo hubiesen ayudado, sacudido el polvo y vuelto a poner de pie. Fue como si el sol y la brisa hubiesen disipado la niebla de la orilla.

—Suena muy loco —dijo Olly cuando la risa comenzó a remitir.

—El mundo está muy loco, sí —convino Jake, con una sonrisa asimétrica en el rostro.

—Sí.

—Oye, me caes de puta madre.

—Ah. Pues… Gracias.

—Soy nuevo aquí…

—¿Qué? ¡Yo también! —Oyó el entusiasmo que manaba de su voz y se sintió como un imbécil, por lo que intentó atemperarse haciendo que su voz sonase como si en realidad le importase una mierda—. Mola. Sí.

—Deberíamos quedar algún día.

—Claro. —Oliver no estaba muy seguro. Aquel tipo no se parecía en nada a él. No tenían nada en común. Estaba muy seguro de que él no iría al parque a drogarse con pastillas, y que tampoco andaría por ahí con una pistola de aire comprimido. Pero Jake le caía bien, a pesar de todo. Y le había salvado el culo de Amati y de Lyons, lo cual no era moco de pavo—. Me gustaría, pero no me suena haberte visto en el insti…

Jake rio.

—Tengo dieciocho años. Me gradué y salí por patas de allí. Se acabaron los estudios.

—Qué pasada.

—Sí, es una pasada si no te importa que nadie te contrate porque no hay trabajo.

—Ah.

—Lo que decía, en vaya mundo nos ha tocado vivir, ¿eh? Bueno… Mira, apunta mi número.

—Vale, sí.

Oliver sacó el teléfono del bolsillo y…

La pantalla parecía estar mal, llena de píxeles y colores dispersos.

Claro. El teléfono se había sumergido junto con él.

—¡Joder! —exclamó—. No. No. Venga ya.

¿Primero la bici y ahora el teléfono? Estaba muerto. Dos veces muerto. Intentó tocar la pantalla, pero los colores se retorcieron aún más, como un videojuego de 8 bits que hubiese cargado mal.

—Déjamelo.

Jake le quitó el teléfono de las manos, pulsó los botones que había a un lado, el de arriba, el de abajo y luego ambos a la vez… Y, cinco segundos después, se apagó del todo.

—Oye…

—Espera. Espera.

Lo volvió a encender y…

Bingo. Como nuevo.

—¿Qué acabas de hacer?

—A veces solo hace falta restaurarlo a los valores de fábrica. Reiniciarlo o apagarlo. Lo que sea. Y luego, volver a encenderlo.

Oliver soltó un suspiro de alivio exasperado. Aquel día era lo más parecido a una montaña rusa.

—Muchas gracias.

—No lo metas en arroz cuando llegues a casa. Eso no sirve de nada. Compra un absorbente de humedad, de esos que se ponen en los sótanos húmedos para secarlos. Mete ambas cosas en una bolsa hermética y déjalas ahí veinticuatro horas. Quedará como nuevo.

—Gracias. —Oliver sonrió—. Me alegro de haberte conocido.

Aquel chico nuevo era muy misterioso.

Era como un signo de interrogación, no como un punto y final.

¿Qué pasada, no?

—Yo también me alegro de haberte conocido, Olly. —Jake sonrió y tecleó su número de teléfono en el de Oliver—. Creo que vamos a ser buenos amigos. Puede que hasta lleguemos a ser los mejores amigos. ¿Quién sabe? Venga, volvamos a tu casa con la bici.

19

Crisis

—Es porque no estás trabajando —le dijo Trudy Breen. Ambas estaban sentadas en el patio de Watercolor, un pequeño restaurante vegetariano que le había sugerido Breen. (Maddie sabía que hacerse vegetariano era la opción más ética. También conocía el sabor de una buena hamburguesa. Era una guerra constante que se libraba en su interior.) Trudy, o Gertrude para todo aquel que no la conociese, era la propietaria de una galería de arte situada más o menos a media hora en dirección sur, cerca del río Delaware, en New Hope—. Eso es lo que te pasa.

—Sí que estoy trabajando —objetó Maddie.

—Ajá. —Trudy se inclinó hacia delante y la miró desde detrás de esas gafas exageradamente grandes que le daban aspecto de insecto. Tenía los labios apretados en una línea estrecha. Las comisuras irradiaban unas arrugas profundas en todas direcciones, que más bien parecían el envoltorio de una madalena e indicaban que era una antigua fumadora. Su voz ronca también delataba ese vicio—. Maddie, me acabas de decir que no has trabajado en nada desde que te mudaste.

«Desde lo del búho…»

—Y también te acabo de decir que estaba ocupada preparando el taller. Si voy a trabajar, necesito un lugar en el que hacerlo. —Su risa sonó un tanto desprovista de alegría—. Fue una de las razones principales por las que me mudé aquí.

—Creía que había sido para alejar a tu hijo y a tu marido de la ciudad.

—Bueno…

—Puede que no tenga que ver contigo. Puede que nunca tenga que

ver contigo.

—Trudy —advirtió Maddie.

—¿Tu arte es tuyo, al menos?

Maddie se estremeció al oír eso. No pudo evitarlo. Oyó y sintió ese aleteo por encima de su cabeza.

La preocupación se aposentó en su estómago, pesada como una mancuerna. Y se preguntó: «¿Habré hecho bien al mudarme aquí?». Nate estaba un poco raro. Se despertaba a deshoras y se ponía a mirar por las ventanas. Esa misma mañana había visto que la caja fuerte de la pistola no estaba donde siempre, aunque, por suerte, seguía bien cerrada. Le había preguntado a Nate al respecto, y él le había quitado hierro al asunto. Pero Maddie se dio cuenta al despertarse de que Nate tenía los pies embarrados. Y también encontró huellas de barro en las escaleras una vez que él hubo salido al trabajo, cuando Oliver ya estaba en el instituto.

Y Oliver…

Estaba un poco más reservado que los primeros días que habían pasado allí. Maddie se dijo que era normal, que se estaba amoldando al nuevo instituto y a una nueva rutina. Además, tenía justo quince años, esa sombría y tormentosa fase adolescente llena de cambios de humor… Aun así, le resultaba muy raro. Siempre había sido un chaval abierto y cariñoso con ellos. Nunca se había apartado a un lado cuando se le ofrecía un abrazo y nunca dudaba en pedir uno cuando lo necesitaba. Pero ahora era como si se hubiese cerrado una puerta entre ellos. Aún podían hablar entre los resquicios del marco, pero no era lo mismo.

—No te preocupes por eso —dijo Trudy, de repente—. Necesitas trabajar. Ese es el problema.

—Lo sé. Y lo haré.

—¿Lo harás?

—¡Lo haré! Lo haré.

—Por eso me has invitado a comer.

—¿Sí? ¿Por qué crees que lo he hecho?

Trudy bajó el mentón y permitió que esas gafas enormes le cayesen lo bastante por su nariz aguileña como para mirar a Maddie

directamente por encima de ellas.

—Mads, soy la mujer que susurra, pero no a los caballos sino a los artistas. Y lo sabes. Soy una sherpa, un espíritu guía, y necesitas que te desbloquee. Una limpieza intestinal psicoartística, ¿vale? Sea lo que sea lo que te esté pasando, no es solo un «Ah, es que estoy muy ocupada». Tú no eres así. Aquí ocurre algo raro. —La mirada de Trudy era como un par de tornillos que se clavaban en ella cada vez más. Asintió con brusquedad, como si lo hubiese resuelto todo—. Eso. Eso es. Estás asustada.

—¿Asustada? ¿Qué? ¿De qué?

Trudy entrecerró los ojos y la miró con sospecha.

—Del arte.

Maddie rio y bufó de cara al exterior.

Pero en su interior pensó:

«¿Cómo coño lo sabe?»

Porque era cierto. Maddie se había acercado al trabajo una y otra vez, diciéndose: «Trabajaré solo durante diez minutos, media hora como mucho, lo suficiente para darle un tiento y estar ocupada un rato y cambiar lo que haga falta del material». Pero cada vez que lo hacía se quedaba de piedra, atascada como un motor en invierno. Incluso le daba la impresión de que no podía respirar, como si la sangre se le acumulara detrás de los oídos. Era absurdo. Era una locura.

Recordaba haber perdido el control todas las veces. Haber quedado rodeada por la oscuridad. El búho que había tallado había desaparecido, y era incapaz de obviar la furtiva sensación de que ya le había ocurrido antes.

Estaba asustada del arte. ¿Del arte o de la artista?

—El arte tiene algo que te da miedo —dijo Trudy, mientras agitaba la mano izquierda como una mariposa errática—. No sé por qué. No soy médium. Puede que te hayas topado con algo que no es el dolor de los demás, que hayas encontrado algo en tu interior. —Soltó un «mmm» antes de inclinarse hacia ella y decirle, en tono casi confidencial—: Conozco a una médium, por si quieres hablar con ella. Es buena persona. Está loca, claro, pero es más buena que el pan.

—Eres rara. Y te equivocas. —Y luego añadió—: Y no. No necesito hablar con tu amiga médium. Dios.

—Vale. Entonces lo que necesitas es un chapuzón.

—¿Un chapuzón?

—Mmm. En un tanque de aislamiento sensorial. Es casi tan bueno como el LSD.

—Ahh, ja. Mira, no. No voy a…

Pero no pudo terminar la frase, pues la camarera las interrumpió para preguntarles si ya sabían qué iban a pedir.

—Lo siento —continuó Mads—. No puedo… No sé. No he mirado la carta. ¿Me dejas un poco más de tiempo?

La camarera asintió y se alejó. Maddie miró la carta y vio palabras, pero no las leyó. Titubeó y le preguntó a Trudy:

—¿Tú has sido artista?

—Psss. —Trudy agitó la mano—. Dios, no. Reconozco el arte cuando lo veo, pero no lo hago. Algunas personas son creadoras y otras son vampiros, como yo. Nos alimentamos de vuestras ideas e imaginación. Yo no soy más que una tenia muy atractiva, guapa…

—Pero conoces a muchos artistas.

—Obviamente.

—¿Sabes si…? —¿Cómo preguntárselo?—. ¿Sabes si han tenido algún incidente?

—¿Incidente?

—Sí, alguna crisis emocional.

Trudy soltó una risa aguda y demasiado estridente.

—¿Crisis emocionales? ¿Los artistas? Eso es lo mismo que preguntar si un hombre se ha rascado los huevos en público alguna vez. Es demasiado común entre la gente creativa, pegan como las fresas y la nata, guapa. —Bajó la voz—. Sí, son dos sabores que me encantan, pero sé que tú no eres así. No. Tú siempre eres tan… íntegra. Lo que me ha hecho pensar que verte perder los papeles tiene que ser todo un espectáculo.

—No tontees conmigo.

(Trudy era lesbiana y lo cierto era que le gustaba mucho tontear.)

—No estoy tonteando. Sigo una dieta baja en carbohidratos y para

mí eres como un pedacito de pan, ya sabes. Me refería a que… es normal que alguien tan íntegro termine por explotar si lo presionan demasiado. ¿Te importaría decirme qué ha ocurrido?

—No. No ha sido nada…

—Sí que es algo. Por favor, déjate de tonterías. Dime.

—Yo… Hice algo.

—Algo. Vale. ¿Qué algo?

—Un búho.

—¿Un búho? —Trudy hizo un mohín—. Qué chabacano.

—No… O sea, sí, pero me pareció adecuado y…

—Y luego, ¿qué pasó?

—Compré una motosierra y tallé un búho. Y luego, mientras lo hacía, me… —Lo siguiente lo dijo entre susurros, aunque no había nadie más en la terraza con ellas—. Me desmayé, joder.

—¿Te desmayaste? ¿Como si te hubieses tomado demasiadas pastillas y puf?

—No. Nada de pastillas. Tuve una fuga disociativa. Perdí la conciencia y mientras seguía tallando el búho.

—Con una motosierra en marcha.

—Con una motosierra en marcha, sí.

Trudy abrió los ojos todo lo que pudo.

—Ay, guapa, pues tienes suerte de no haberte cortado la mano. Las motosierras siempre están sedientas de sangre. Conozco a un podador. Ahora que vives en el bosque, vas a necesitar a un podador. Mira, pues se llama Pete y tiene un ayudante, un tipo bajito con un bigote muy raro, pero se le da muy bien manejar motosierras. Pues una vez estaba cortando un roble, pero topó con un nudo y la sierra salió volando hacia atrás como un caballo asustado y le dio justo aquí. —Se tocó en mitad de la frente—. No le dio en la nariz, pero le llegó hasta el hueso. Había sangre por todas partes, como en una película de miedo. Igualito. Las motosierras son espeluznantes.

—Ni me lo había planteado.

Prefirió no contarle la última parte de la historia:

«Y cuando me desperté, lo que acababa de crear había desaparecido».

Trudy se encogió de hombros.

—Bueno, ¿y qué cojones hago? —preguntó Maddie.

—¿Que qué haces? Haz lo que tengas que hacer.

—Ir al médico —dijo Maddie, anticipándose a la respuesta.

—¿Qué? —aulló Trudy—. No, guapa, estás hecha un pimpollo. Mírate. El problema no es tu cuerpo, sino tu mente.

—Terapia, entonces.

—No, no, no. El arte ya es una terapia. Vuelve a trabajar, Maddie. Vuelve a trabajar.

20

Se descubre el asesino

Y eso fue lo que hizo Maddie.

Reprimió el miedo y se puso a trabajar.

Tenía frente a ella una caja de madera desvencijada y medio podrida. ¿Y qué había en su interior? Basura. Basura de verdad, la basura más basura que pudiera imaginarse. Trozos de metal, componentes de vehículos y cosas de esas. El marco y la bombilla del faro trasero de un coche, una lata de café oxidada llena de tuercas, clavos y tornillos desgastados, el mango de la puerta de una lavadora y muchas cosas más. La había cogido de camino a casa después de comer con Trudy. Se detuvo en una vieja chatarrería, rebuscó en ella durante horas y compró una caja de basura bien seleccionada antes de regresar a su taller, preparada para crear algo.

Se bajó la máscara de soldador, dispuesta a taparse la cara. Sintió un acceso repentino de vértigo cuando se sumió en las sombras de detrás de la máscara. El mundo trató de alejarse de ella, girar hacia la izquierda, pero Maddie plantó los pies y empujó como una mujer que diese a luz. Y luego…

Cesó.

Y comenzó a trabajar. Las chispas llovían a su alrededor y formaban ribetes que quemaban el aire. Después volvió a quitarse la máscara y empezó a martillear el metal. Y a retorcer cables con unos alicates. Y a prender el soldador. Bzzz. Bzzz. Maddie no sabía qué estaba haciendo; en su lugar, se limitaba a apagar la mente y dejar que sus manos hicieran el resto.

Pasó tiempo, mucho tiempo, antes de tomar conciencia de que estaba haciendo una cara.

No solo una máscara, sino…

Una puñetera cabeza entera. Con cuello, hombros y un brazo extendido, un brazo con huesos hechos de barras de acero, arterias de cables con aislamiento y piel de pedazos rotos de un salpicadero. No sabía por qué había hecho algo así. Se había dejado llevar por la corriente de aquel río, pese a saber que se toparía con los rápidos.

Dio un paso atrás para separarse de su creación. Echó un vistazo rápido al pequeño despertador digital que tenía encima de la mesa de trabajo y que le indicaba que su familia no tardaría en llegar a casa.

«Tendría que ponerme a preparar la cena», pensó.

Echó un último vistazo a lo que acababa de forjar. Sabía que aún no lo había terminado, pero había ocasiones en las que algo sin terminar estaba terminado sin más. Vio la cabeza, el cuello y el brazo extendido y, como era de esperar, el rostro. Era como mirar una de esas ilustraciones de *El ojo mágico*, en las que el ruido visual y la imagen estática se fusionan de repente, borrosas, para dejar paso a la verdadera imagen (un delfín, un unicornio, o lo que sea).

«Sé a quién pertenece esa cara.»

Maddie lo conocía.

Sintió unas náuseas que la removieron como un mar agitado por la tormenta.

Y luego el rostro de plástico y metal parpadeó. Se giró hacia ella mientras el cuello chirriaba y chasqueaba, y vio esa mirada perdida y cómo el brazo extendido de su creación se dirigía hacia su cuello.

Maddie gritó.

21

El hombre que cayó entre las grietas

Maddie se apartó mientras la mano se agitaba en su dirección. No la cogió por la garganta, sino del cuello de la blusa, y luego tiró de él. Su creación estaba anclada a la mesa de trabajo con un tornillo de banco, grueso y liso. No consiguió librarse del agarre, por mucho que tirase. Aferró esa cosa por el brazo y tiró de este hacia ella mientras lo retorcía, pero siguió sin moverse. Mientras tanto, no dejaba de darle vueltas a la cabeza y cada cosa que pensaba le hacía sentir un acceso de pánico.

«Conozco a esta persona.»

«Lo he visto antes.»

«Sé cómo se llama.»

«¿Qué coño está pasando?»

«Esto no es real.»

«No puede ser real.»

La cabeza se inclinó hacia ella en un cuello que le resultaba demasiado largo, más de lo que ella lo había construido. Un ojo rojo hecho con una luz de freno la contempló con mirada siniestra, le dedicó una mirada penetrante con ese ojo desorbitado. Los labios de metal se retorcieron en una mueca de desdén, y todo el rostro se arrugó en un rictus de desidia, con ese salpicadero de plástico que hacía las veces de piel resquebrajándose como la superficie de una *crème brûlée*…, crac…, como si fuese el semblante mismo de una rabia cadavérica.

—Jo-ven-ciiiii-ta —siseó esa cosa con un tartamudeo irregular—. ¡Te conooooozco! ¡Me r-r-robaste a la n-número ciiiinco, z-z-zorra…!

Maddie tenía el brazo extendido y se agarró al borde de la mesa de trabajo…

Y cogió el mango de una bujarda, con unos dedos que parecían patas de araña atrapando una presa. El martillo tenía un extremo tachonado con puntas en forma de pirámide para dar textura a la piedra, la madera o el hormigón.

Le dio un martillazo a la cabeza de esa cosa.

El ojo de luz de freno se resquebrajó, y unas esquirlas de plástico rojo repiquetearon por el suelo.

—¿Dónde e-e-e-estoy? ¿Q-qué mundo es este? ¿QUÉ NÚMERO ES EEEESTE MUUUNDOOOO?

Volvió a darle otro martillazo, pum, pum, ploc, y la cabeza se retorció bajo los golpes. Metal retorcido. Se le cayó la mandíbula. Se le doblaron los dedos de metal, formados por puntas de destornillador y muelles de alambre trenzado. Se quedó inerte, y Maddie consiguió liberar la blusa, ahora rasgada, del agarre de esa mano inmóvil.

La cosa parecía estar muerta, con la cabeza inclinada hacia delante como un robot desactivado.

Pero no era adecuado llamarla «cosa», ¿verdad?

No, no lo era. Era alguien. Un rostro que conocía, aunque no tuviese clara la razón. No tenía sentido que lo conociese.

—Edmund Reese —dijo, un poco temerosa por si el hecho de pronunciar el nombre volvía a insuflarle vida a su creación una vez más. Pero no se movió ni un ápice.

Maddie no tenía ni idea de lo que acababa de pasar. Solo que era la segunda vez, dos de dos, que había creado algo y perdido el control de su creación.

Y, para colmo, en esa ocasión la obra de arte había intentado matar a la artista.

22

Parásitos de puesta y ríos egipcios

El día se le había hecho largo. El trabajo era trabajo en el sentido más literal de la palabra, como vadear un lodazal lleno de documentos. No obstante, Nate se sentía orgulloso de haber empezado a acostumbrarse al fin. Además, Fig ya no lo trataba como si le hubiese robado uno de los escritorios de la oficina. Incluso le había llegado a decir:

—Pues no eres un tordo, al fin y al cabo.

—¿Un tordo? —preguntó Nate, que no entendía nada.

—Sí. Un tordo. Son parásitos de puesta. —Se refería a que ponían sus huevos en el nido de otras aves para obligar al propietario del nido a criar al tordo recién nacido como si fuese propio. Pero no era tan sencillo como obligar a esa ave a adoptarlo. Antes de poner los huevos, el tordo solía o bien picotear todos los que había en el nido para destrozarlos, o bien tirarlos del nido para hacer hueco a los que estaba a punto de poner.

—¿Y yo era uno de esos?

—Bueno, ya sabes. Daba la impresión de que alguien te había puesto en un nido al que no pertenecías… Dicho sea sin ánimo de ofender.

—¿Y ahora sí pertenezco a este sitio?

—Puede. —Fig rio—. Puede.

—Qué bueno eres.

—Sí, más bueno que el pan. No te olvides de ello.

—Deja que te pregunte una cosa. Si encontrases un huevo de tordo en un nido, ¿lo quitarías o lo dejarías ahí?

Fig lo miró con gesto pensativo e indulgente, por encima del borde de un libro de registro.

—La ley deja las cosas claras al respecto. Y también la ciencia. Lo que hacen los tordos es un fenómeno natural, por lo que en teoría hay que dejarlos tal y como están. —Luego entrecerró los ojos y añadió—: Pero también es cierto que a los tordos no les faltan recursos. Y, la verdad, no se puede decir que escaseen. Si lo hicieran en mi nido, me molestaría mucho. Y por todo eso, si quieres saber mi opinión, al margen de lo que diga la ley de la Mancomunidad de Pensilvania, la verdad es que me cargaría el puto huevo.

—Muy bien. Gracias por sopesar conmigo este dilema ético.

—Sí, sí. Vete a casa, Nate.

Se despidieron, y Nate se marchó. Se alegraba de empezar a llevarse mejor con Fig, sobre todo porque iba a ir a su fiesta de Halloween. Pero esa sensación agradable se desvaneció a medida que se acercaba a casa. A Nate le resultaba inevitable sentirse cada vez más inquieto. Notó como si le metiesen en los dientes uno de esos raspadores que usan los dentistas.

Cada vez era más consciente de esa sensación, extraña y ajena, como de sentirse desplazado, inseguro y asustado.

Como si algo estuviera yendo mal.

Como si algo se hubiese descentrado. Como si algo lo repeliese. Algo iba mal.

No sabía qué era. Solo sentía que algo, una cosa, había cambiado, como un ave que notase que uno de sus huevos tenía algo raro. Algo roto. Algo dislocado. Algo mal. Algo que se hubiese agriado. Era una sensación estremecedora cuyo origen era incapaz de precisar. No podía culpar a nada ni a nadie. Sí, ser agente de Caza y Pesca conllevaba leer muchas noticias sobre el cambio climático, malas noticias. Y Corea del Norte amenazaba otra vez con sus misiles nucleares. Por no hablar de los piratas informáticos rusos, de los tiroteos, de las epidemias y de muchas cosas más. Ver las noticias con la esperanza de encontrar una fuente de agua cristalina era absurdo; al final, siempre te encontrabas con una manguera que alguien te apuntaba a la cara y que te lanzaba un chorro de aguas negras dispuesto a hacerte tragar la máxima posible antes de que consiguieses vomitarla. Por eso no les gustaba que Olly viese las noticias. Ninguna

noticia. Si lo hacía, siempre parecía haberse sumido en un pozo, un pozo sin fondo en el que caía y caía y caía.

Pero Nate también sabía que el mundo siempre había sido así. Las noticias siempre eran malas. Cuando era niño, todo el mundo temía el invierno nuclear, la lluvia ácida y a los secuestradores satánicos. Y hasta eso era mejor que lo que habían padecido las generaciones anteriores a la suya: Vietnam, las dos guerras mundiales, la gripe española… Dios, había períodos de la historia de los Estados Unidos en los que habían encerrado a compatriotas de origen japonés en campos de concentración, en los que los nazis ganaban elecciones antes de la Segunda Guerra Mundial, en los que las mujeres no podían ser propietarias, en los que el hecho de ser negro significaba que, además de no poder tener propiedades, podías ser propiedad de alguien, como si fueses ganado o un mueble. Y mucho antes de eso había ocurrido lo de Pompeya. Y la peste negra. Y las Cruzadas. Y todo iba a peor.

Ahora las cosas estaban mejor. El mundo era mejor. Tenía que serlo.

Nate tenía claro que él era mejor que quien lo había precedido. Su padre había sido… ¿Cómo categorizarlo, siquiera? Bipolar, seguramente. Un alcohólico, sin duda. Solía pegar a Nate. A la madre de Nate, no tanto, pero, cuando lo hacía, siempre era mucho peor.

Pero Nate no era así. Siempre se había sobrepuesto a todo lo que le había ocurrido. Contenerlo. A menudo lo imaginaba como un rompeolas. Toda esa mierda, todos los maltratos y lo que había en su interior, ¿se debía a su naturaleza o a su crianza? Todo ello conformaba un mar agitado, turbulento y oscuro en su interior. Y había conseguido reprimirlo. Mantenerlo a raya con un gigantesco muro emocional, un rompeolas con el que se aseguraba de no ahogar a su familia.

Se dijo a sí mismo que era buena persona. Que el mundo iba bien. Que ambas cosas estaban mejor ahora de lo que habían estado antes.

Pero… aun así…

Aun así…

¿Por qué sentía que algo se había roto? Como si un engranaje hubiese caído en las profundidades de la maquinaria y no se hubiesen

dado cuenta hasta que ya era demasiado tarde. ¿Se habría roto el mundo? ¿O sería él?

Ya en el aparcamiento, mientras Nate salía del coche y cogía las fiambreras para la comida y el suéter, innecesario debido a ese calor tan poco habitual para ser octubre, su mujer pasó junto a él. Tenía rasgado el cuello de la blusa.

—Hola, Mads —saludó—. ¿Estás bien?

Pero ella siguió caminando, a todas luces agotada, y sin apenas prestarle atención.

—Bien, sí. Estoy bien. Tengo que ponerme con la cena.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó él, que empezó a seguirla.

—Un accidente en el taller. —Antes de que Nate insistiese, ella lo miró de reojo y lo tranquilizó—: No es nada. No te preocupes.

A continuación, Nate oyó un ruido detrás de él, un rasguñar y un estrépito. Se giró y vio cómo su hijo caminaba por el aparcamiento arrastrando la bicicleta. La rueda delantera daba la impresión de estar muy doblada.

No venía solo.

Otro chico caminaba junto a él. Era un poco más alto, y desgarbado, como un coyote con forma humana. Lo más llamativo era ese ojo extraño rodeado por una arruga de tejido cicatrizado.

Nate soltó lo que llevaba y corrió en dirección a Oliver.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. La bici… Tu ropa…

—Estoy bien —lo interrumpió Oliver—. Sé que vas a echarme la bronca por no llevar casco, pero tranquilo, que me aseguraré de ponérmelo la próxima vez. Y también sé que debo andar con más cuidado…

—Eh, eh —dijo Nate. Extendió la mano y le tocó el hombro a su hijo. Ambos se detuvieron—. Me alegro de que estés bien.

Oliver parpadeó. Pareció relajarse un poco.

—Gracias, papá. Este es Jake. Jake… me ayudó.

—¿Qué tal, Jake? —le preguntó Nate al otro chico.

Pero llamarlo «chico» tampoco le pareció lo más adecuado. Era unos años mayor que Olly. Lo que le resultaba más misterioso era que, por alguna razón, su cara le sonaba mucho. Nate estaba seguro de

conocerlo de antes. Seguro que lo había visto en alguna parte. ¿Por el pueblo quizá? Tal vez conociese a sus padres cuando vivía allí de pequeño. Ahora no podría quitárselo de la cabeza.

—¿Qué hay? —saludó Jake, que miró a Nate de arriba abajo. Tenía los dientes apretados, como si estuviese rabioso—. Por cierto, tu hijo no tuvo la culpa. Unos tíos ahí lo tiraron de la carretera y…

—Y pasaron de largo —lo interrumpió Olly—. Una furgoneta. No se detuvieron. Y no, no le vi la matrícula ni nada de eso. Me caí en una zanja.

—Muy bien. Vale. No te preocupes por la bici. Déjala en el garaje y le echaré un vistazo el fin de semana.

—Vale.

Los dos chicos pasaron junto a él y continuaron hacia la casa. Jake le dedicó a Nate una mirada cargada de preocupación antes de darse la vuelta.

—Oye —llamó Nate cuando ya estaban de espaldas—. Jake puede quedarse a cenar, si le apetece.

Olly le levantó el pulgar en gesto afirmativo y siguió caminando.

En ese momento, Nate vio que algo se movía en la ventana de la buhardilla. Vio una figura allí de pie y, sin saber muy bien por qué, tuvo claro que se trataba de su padre. Llevaba una pistola en la mano. El anciano desapareció en un abrir y cerrar de ojos. La ventana volvió a quedar vacía.

23

Una cena con Jake

—Bueno, ¿y de dónde eres, Jake? —preguntó Nate.

El joven harapiento alzó la vista con una barba de fideos chow mein que le conferían cierto parecido a un calamar. Los sorbió como pudo y le dedicó a Nate una sonrisilla extraña.

—No lo sé. De todas partes.

—¿Familia de militares?

—No. Familia de mierda.

Maddie deambulaba de un lado a otro en la puerta que conectaba el comedor con la cocina. Hablaba con alguien por teléfono. Nate supuso que con Trudy. Intentó hacerle una seña. «Oye, ¿por qué no te sientas y les prestas atención a tu hijo y a su nuevo amigo?» Pero parecía estar muy concentrada en la conversación. Y también irritada.

—¿Por qué era de mierda? —preguntó Oliver.

—A saber. —Jake se encogió de hombros mientras chocaba las puntas del tenedor contra los dientes. Después empezó a golpear con él unos pedazos de pollo a lo General Tso que estaban demasiado naranjas. Nate esperaba que Maddie cocinase algo, pero las cosas eran un caos desde que se habían mudado. Tenía la esperanza de que el caos hubiese remitido, pero, por culpa del trabajo, él tampoco había estado disponible para echar una mano—. No sé el porqué, pero sí que os puedo contar lo que hacían.

—Olly —interrumpió Nate—. Jake no tiene por qué responder a esa clase de preguntas…

—No pasa nada. Puede hacérmelas. No tienes por qué controlar todo lo que dice tu hijo. Deja que pregunte lo que quiera y, si la pregunta no me gusta, ya se lo digo yo.

Jake apretó los labios en una línea estrecha, pero Nate percibió el

atisbo de una sonrisa en sus ojos, como si le gustase replicar a Nate.

Nate lo dejó estar. Era el amigo nuevo de Olly, y lo había ayudado a cargar con una bicicleta rota durante varios kilómetros. Se merecía el beneficio de la duda. (Por el momento.)

—Me parece bien —dijo Nate, que fingió una sonrisa.

Olly dijo:

—No, es verdad. No pasa nada si no quieres…

—Una vez, mi padre me esposó a un radiador mientras le pegaba a mi madre —soltó Jake, sin parpadear mientras mantenía la mirada fija en Nate—. A veces lo hacía al revés: la obligaba a sentarse en una silla o la ataba mientras me reventaba la cara a mí. Y, si alguien le decía algo, convertía su vida en un infierno. Escondía la comida o cerraba con llave la puerta del baño para que no pudieses entrar. También rajaba las almohadas y las mantas para que durmieses al raso en un colchón frío de cojones. Me hacía daño a mí para hacerle daño a ella, y daño a ella para hacerme daño a mí. Y eso solo era lo más divertido de mi maravillosa vida.

—Ahora entiendo por qué vives con tu tía —dijo Olly. Nate vio el brillo de los ojos de su hijo, las lágrimas que amenazaban con derramarse. Era incapaz de ocultarlo. Le temblaban las manos sobre la mesa, como si fuesen arañas inquietas.

—Oye, tranquilo —dijo Jake, que le puso una mano a Oliver en el hombro—. No te culpes por ello. No lo sabías.

Volvió a dedicarle una mirada de soslayo cargada de irritación a Nate.

«¿Por qué está enfadado conmigo? —se preguntó Nate. Después lo entendió—: No confía en mí. No confía en los padres de nadie.»

Tenía sentido.

Oliver se puso en pie de repente. Señaló con una mano temblorosa y sonrió un poco:

—Tengo que ir al baño.

Se marchó a toda prisa.

Nate echó un vistazo hacia el fondo para ver dónde estaba Maddie, que había salido de la cocina para ir a otro lugar de la casa. Aún oía los murmullos de la conversación sobre sus cabezas, y el crujido de la

tarima cada vez que pisaba.

«Joder, Maddie. Venga ya. Baja, que no quiero quedarme a solas en este…»

—Es un buen chaval, ¿verdad? —preguntó Jake.

La pregunta parecía tener un doble sentido que Nate no captaba aún, pero no tardaría en hacerlo.

—Es el mejor. Pero a veces se lo toma todo demasiado a pecho. A nivel emocional, quiero decir. Creo que su psicóloga lo llama «empático». No sé. Le cuesta hasta ver las noticias, sean cuales sean. Es una carga. Le minan la moral. En el otro colegio hacían simulacros de tiroteos, y el último lo afectó muchísimo. —Nate se encogió un poco. No tendría que haberle contado nada de eso a aquel chaval. Esa tarea le correspondía a Oliver. Empezó a sentirse culpable. Intentó cambiar de tema—. Creo que se enfadó al oír lo que acabas de contar…

—Va a un psicólogo, entonces.

—Sí, claro. Claro que sí.

Nate notó que lo había afirmado de más, como si sintiese en lo más profundo de su ser que tenía que defender el hecho de que su hijo fuese a terapia. O, peor, que no confiaba en dicha terapia. ¿Confiaba o no? ¿Era esa clase de padre? Estaba de acuerdo con que fuese, pero ¿no había una pequeña parte de él a la que le preocupaba que su hijo necesitase terapia?

—Qué raro.

—No creo que la terapia sea rara, Jake.

—No, no la existencia de la terapia. Tu hijo parece muy frágil y, a consecuencia de ello, tiene que ir a terapia. —Jake hizo una pausa y lamió una gota de salsa china marrón del tenedor—. ¿Qué le has hecho?

—¿Perdona?

—¿Le pegas? ¿Unos buenos cachetes en el culo? Seguro que eres el típico que dice que nunca haría algo así, pero tu palabra no vale una mierda. Puede que socaves su confianza, su autoestima y su identidad, como una navaja que talla una rama hasta dejarla fina como un mondadientes.

—No has dado ni una.

—¿Lo tocas? Puede que ocultes algo…

Nate le dio tal puñetazo a la mesa que la habitación entera se tambaleó. Odiaba que Jake lo molestase así. Intentaba aprender de su propio hijo y ser un poco más empático. ¿Por qué Jake le hacía esas preguntas? ¿Para ponerse en su lugar? Puede, pero tal vez Jake tuviese otra razón oculta.

—Tu padre te pegaba, y por eso crees que todas las figuras paternas son iguales —dijo Nate, mientras asentía despacio y se inclinaba apoyado en el canto de las manos y con los codos sobre la mesa. (Intentó dar la impresión de estar calmado para centrarse un poco)—. Lo entiendo. No tienes ni idea de cómo lo entiendo. Y siento mucho todo lo que te pasó. Pero yo no soy así. Nosotros nunca hemos sido así.

Y en ese momento se oyeron pasos en el piso de arriba cuando Oliver empezó a bajar a la habitación. Y Maddie también asomó la cabeza por detrás de Nate.

—¿Todo bien? —preguntó. Oliver repitió la pregunta.

—Todo genial —respondió Jake, que levantó el brazo y empezó a frotárselo. Hizo un mohín de dolor falso.

—Me di un codazo en la mesa.

Nate lo miró y le dedicó un breve asentimiento. Jake no se lo devolvió.

Toda la familia Graves acompañó a Jake de camino a la salida. Todo aquello parecía incomodar un poco al chico, pero Nate no se mostraba muy dispuesto a dejar de hacerlo. Había algo en aquel chaval que le extrañaba mucho.

Y le volvió a parecer muy familiar.

—Tus padres… —empezó a decir Nate.

—Papá —lo reprendió Oliver.

—No, no lo decía por eso. Es que me resultas familiar. ¿Creciste por aquí? ¿Y ellos?

Jake se encogió de hombros.

—Qué va. Somos del norte del estado. Lo siento.

—Nada. Habrá sido un lapsus. Que vaya bien, Jake. ¿Seguro que no

quieres que te lleve?

—Qué va. No hace falta.

Se volvió a encoger de hombros. No les dio las gracias por la cena ni nada. Se limitó a despedirse de Olly y le dijo que lo llamase. Después se marchó.

—Papá, no puedo creer que le hayas preguntado por sus padres. ¡Otra vez! —espetó Oliver—. A ti no te hace ninguna gracia cuando la gente te pregunta por tu padre.

Oliver gruñó a causa de la frustración y luego se fue enfurruñado. Nate lo llamó:

—¡Oye!

Pero Maddie le puso una mano en el pecho con suavidad.

—Deja que se vaya. No pasa nada —dijo.

Nate hinchó los mofletes y dejó escapar el aire entre los labios.

—Menuda cenita.

—¿Me he perdido algo?

—Sí, claro que te has perdido algo. —Se giró para verla de frente—. Parece que ese nuevo amigo suyo ha tenido una vida dura. Sus padres le pegaban… —Vio que el rostro de su mujer se retorcía en el gesto intenso que pondría alguien al chupar una pila—. Y, por cierto, ¿a qué ha venido eso de pasarte todo el rato al teléfono? Me habría venido bien que estuvieras conmigo. La cosa se puso… rara, Maddie. Muy rara.

—No puedo arreglar todo lo que rompes —dijo Maddie de repente. Después retrocedió y no dijo nada.

—No… No he dicho que tuvieses que arreglar nada. Un momento. ¿A qué te refieres? ¿Qué se ha roto?

—Me refería a que… Mira, no sé a qué me refería. Estoy cansada.

—No, creo que sí sabías a qué te referías.

Maddie titubeó.

—Digo que a veces me siento como si tuviese que cuidaros a los dos, como si ambos fueseis mis hijos en lugar de dos personas supuestamente responsables. Estaba al teléfono con Trudy hablando de trabajo. Trabajo, ¿recuerdas? No puedo estar presente siempre para haceros de niñera.

—Mads, eso no es justo.

—Es muy justo y lo sabes. No quiero tener que estar siempre arreglando los problemas de los demás. ¿Os importaría sacaros las castañas del fuego aunque solo sea por una vez?

A Nate se le erizaron los pelillos de la nuca. Eso lo había molestado. No porque supiese que Maddie se equivocaba, sino porque una parte no demasiado pequeña de él temía que tuviese razón. Pero en lugar de aceptar esa parte de él, decidió tomar el camino contrario.

—Genial. El chaval está enfadado conmigo y ahora tú también lo estás.

Sabía que lo que acababa de decir no era justo en absoluto. Era un golpe bajo. En lugar de aceptar la queja de su esposa, se había limitado a lamentarse. Pero eso lo hacía sentir mejor.

—No estoy enfadada. Y él tampoco. Ya verás que no pasa nada.

Nate se frotó los ojos con tanta fuerza que vio estrellas. Después decidió cambiar de tema.

—No me gusta ese Jake.

—Nate, lo dices solo porque te ha salido la vena sobreprotectora. Supéralo. Jake me pareció un buen chico.

—No estabas aquí abajo.

—Y, aun así, mi sentido arácnido no se activó.

—Vale. Vale.

—Dile a Olly que puede invitar a Jake a la fiesta de Halloween.

—Ya va a traer a Caleb y a otro de esos amigos frikis. Parecen buenos chicos. ¿No puede llevarse bien solo con buenos chicos?

—No seas así. ¿Tú siempre te llevaste bien solo con buenos chicos?

Nate gruñó después de pensarlo.

—Mi amigo Petey Porter le prendió fuego a su habitación porque sus padres no lo dejaron ir a un concierto de Slayer. Y mi primera novia vendía hierba en una caravana robada.

—Vale. Eso es que no.

Nate suspiró.

—Vale. Se lo diré. —Y después miró a su mujer de arriba abajo. Aún tenía una pose… tensa, como si siguiese a la defensiva. Como si estuviese en su contra. ¿En contra de Olly? Podría ser. Pero había algo

más. Algo más profundo—. ¿Estás bien?

—Perfectamente —respondió, con una sonrisa de agotamiento.

Era mentira. Conocía a su esposa lo bastante como para saberlo.

Pero también la conocía lo bastante como para no hurgar en la herida. Ya se lo diría. Siempre lo hacía, ¿verdad?

24

El chico que hablaba con los libros

De camino a casa abriéndose paso entre la oscuridad impenetrable, Jake giró la muñeca, chasqueó los dedos y, una vez realizado el gesto, apareció un libro en sus manos. Era viejo y andrajoso, con cubierta de tela y unas páginas manchadas por el paso del tiempo que se agitaron al aparecer. En la cubierta destacaba el título, escrito a mano con un interletraje errático e irregular:

EL LIBRO DE LOS ACCIDENTES

Y debajo:

Recuento de accidentes en Ramble Rocks número ocho

Pasó las páginas a mitad del volumen, a pesar de que estaba oscuro. Acarició las páginas amarillentas, páginas que habían sobrevivido al agua y al viento, e incluso al fuego, y que aun así seguían enteras. No eran suaves ni lisas, sino duras y rasposas. Acartonadas como la piel del cadáver de un animal, pero no tan tiesas ni gruesas.

No era capaz de leerlas. La luz tenue que proyectaba la luna y que le llegaba a través de un velo de nubes turbias no se lo permitía. Sentía las letras, eso sí. La textura de la caligrafía al rasgar las páginas. Pasó los dedos por las hendiduras cubiertas de tinta. Después respiró hondo y…

Y empezaron a moverse debajo de él. Como gusanos, arrastrándose mientras horadaban túneles.

Las páginas brillaban con suavidad. Latían bajo sus dedos. Le hacían daño, incluso. No lo quemaban, sino que le provocaban un dolor intenso que ascendía desde la punta de sus dedos, le llegaba a los

nudillos y luego se retorcía en dirección al codo. Le pareció un dolor adecuado. Un dolor necesario para mantenerle la cabeza despejada y recordarle en qué consistía su misión.

El libro también le recordó que estaba cerca, muy cerca. Le dijo que se trataba de la nonagésima novena y que cuidase de no cagarla. Todo dependía de ello. Él había hecho muchas cosas, y fracasar ahora…

—No fracasaré —le dijo al libro—. He conocido al chico. Es débil.

«Pero la familia es fuerte», replicó el libro, no sin cierta rabia.

—Esta familia nunca es fuerte. Siempre ocurre algo.

Jake tuvo que admitir que le daba un poco de miedo que esa familia, ese Nate y esa Maddie, estuviese tan unida. Pero Oliver era frágil como un pañuelo de usar y tirar. Tal vez la familia fuese fuerte, pero el chico era blando y delicado como una mariposa. Solo tenía que atraparlo. Y luego, aplastarlo.

25

Todos flotamos aquí abajo

Esto fue lo que aquella joven de mirada perdida y olor a perfume barato y a chucherías le dijo a Maddie:

Tay (que era como se llamaba, y tal vez se tratase del diminutivo de Taylor) dijo que el tanque estaba sellado y a oscuras, y que en el interior había treinta centímetros de agua a temperatura corporal tratada con sales Epsom.

La chica le explicó que no se permitía a los novatos usar el tanque durante más de sesenta minutos, pero que, si regresaba, la duración media de una sesión era de unos noventa.

—Entrarás desnuda, pero será del todo privado y seguro. A lo mejor experimentas una sensación de ingravidez, pero los novatos no siempre sufren disociación.

—Bien. Lo cierto es que… no quiero sufrirla. Solo quiero relajarme.

—Claro. —Después añadió en voz abaja—: También tenemos una tasa de contaminación de mil dólares.

—¿Tasa de contaminación?

—Sí —susurró la mujer, en voz aún más baja—. Cualquier vertido accidental de todo tipo de fluido corporal o elementos sólidos se saldará con el pago de dicha tasa.

—¿Y si es intencionado?

—Pues… Esto…

Las mejillas de la joven empezaron a oscurecerse mientras intentaba encontrar una respuesta.

—Tranquila, guapa. No me voy a cagar ahí dentro. Ni a propósito, ni por accidente.

—Ah. Ja. Vale. —Carraspeó—. ¿Dijo que tenía un cheque regalo?

Maddie sacó el correo electrónico impreso que Trudy le había

enviado esa mañana.

—Ta-chán.

—Genial. Solo necesitaré que firme la cláusula de exención de responsabilidad.

—Qué ganas.

«Estoy en un puñetero ataúd», pensó Maddie.

«No —se corrigió a continuación—. Estoy en un puñetero ataúd mojado. Una tumba en el agua. Este lugar solo es apropiado para los cadáveres.»

«Puede que para los cadáveres de piratas muertos», pensó al cabo de un momento.

Visto por fuera, no parecía un ataúd, sino una gota de semen futurista, diseñada por Apple. La parte inferior brillaba con una preciosa tonalidad aguamarina, mientras que el interior, al cerrarse, estaba oscuro como boca de lobo y silencioso como la muerte.

En otras palabras: parecía un ataúd. Era la manera en la que esperaba pasar la eternidad después de la muerte. Con la salvedad de que de momento no estaba muerta, sino muy viva, y además odiaba con todas sus fuerzas a Trudy por haberla convencido de que se metiese ahí. La noche anterior, le había dicho a Trudy por teléfono que…, bueno, no le había dicho exactamente lo que le ocurría, sino que tenía «dificultades» para crear obras nuevas. («Lo último que creé intentó matarme», pensó, aunque no lo dijo.) Y Trudy había respondido:

—Guapa, ya te lo he dicho. Lo que necesitas es un chapuzón en un tanque de aislamiento sensorial. Es fabuloso. Abre todas esas maravillosas ondas alfa y theta de manera en que la meditación corriente y moliente no podría ni imaginarse. Es como el LSD, pero sin drogarse. Te voy a regalar una hora en un local al que me gusta ir, que está por New Hope, cerca de la galería. Desbloqueará tu potencial.

Pero Maddie no quería desbloquear su potencial, ni su creatividad, ni su arte. Su arte había intentado asesinarla, con un rostro que había reconocido, y que no sabía por qué había reconocido.

Era la cara de Edmund Walker Reese.

El asesino de Ramble Rocks.

Lo que Maddie quería desbloquear era la respuesta a esa pregunta: «¿Por qué lo he reconocido?». Estaba segura de haber visto una fotografía del asesino en algún lugar. Ella no había crecido por la zona, sino en Filadelfia, pero recordaba las noticias de la época. Se hablaba de un asesino en serie que mataba chicas en el condado de Bucks, todas ellas preadolescentes. Pero Maddie no habría sido capaz de distinguirlo entre una muchedumbre.

Aun así, algo en su interior había penetrado en las profundidades de su mente para sacar a la luz aquel rostro, la cara de ese hombre, y representarla en la escultura.

Una escultura que después le había hablado e intentado estrangularla.

Y eso era lo que pretendía conseguir dentro de ese ataúd de agua salada. Necesitaba respuestas, y esperaba que aquello se las diese.

Pero por el momento…

Flotaba.

Flotaba, flotaba flotando, flotaba y flotaba.

En esa oscuridad húmeda, en esa humedad oscura. Su mente deambulaba sin ton ni son por el laberinto de ansiedad que resultaba inseparable del hecho de haberse mudado a una casa nueva, pero que también tenía giros inesperados y callejones sin salida, únicos en su cerebro hecho polvo de manera también única. Era un batiburrillo de listas de verificación y posibilidades, y también un boceto garabateado con prisas e inútil de las cajas que no habían desempaquetado y de los muebles que necesitaban (porque, aunque la casa era pequeña, era mayor que la que tenían en la ciudad). Y tampoco tenía claro si había apoyado a su familia todo lo que había podido o si había sido un acierto mudarse en medio del bosque. Ah, por cierto, también perdiste un búho y una escultura que intentó destrozarte la tráquea.

—¡Joder! —gritó en medio de ese ataúd lleno de agua de mar. Después le dio un golpe al agua y el agua se lo devolvió, de manera inofensiva.

«Respira hondo», pensó.

Inspira. Espira. Inspira. Espira. Respiraciones. Esa gilipollez en la que te imaginas un globo que se hincha más y más, y luego se desinfla

poco a poco.

«No hagas explotar el globo —pensó—. No lo fuerces.»

Dios, había estado a punto de reventar el globo. Era un globo imaginario y había estado a punto de hacerlo estallar. Joder. Intentó dejar la mente en blanco, convertirla en un lienzo negro y vacío en el que verter algo crudo, algo generativo. Un lugar para crear. Tal vez Trudy tuviese razón. Tal vez así desbloquease algo que la ayudase a indagar en sus recuerdos para inspirarla.

Se imaginó una forma. No una específica, sino una cambiante que no dejaba de moverse en el vacío. Los «artistas de verdad», así entre comillas, se burlaban de tipos como Bob Ross por el éxito que tenían entre la gente y por esa manera tan chabacana de afrontar el arte de la pintura, pero a ella siempre le había inspirado esa manera que tenía de dejarse llevar. Y eso fue lo que Maddie hizo ahí dentro, en su mente. Dejó que la forma fuese lo que quería ser. Una nubecilla feliz, un arbolito feliz, un…

Un pomo de puerta feliz.

¿Qué coño? ¿Un pomo?

Eso era. Ahí, en la oscuridad de su mente. ¿O tenía los ojos abiertos? El pomo de una puerta. Dorado. Después, hecho de madera. Los materiales cambiaban, así como su aspecto. Pasó a convertirse en uno básico de puerta de oficina a uno primitivo que parecía ser una piedra en una pared o una superficie de peltre negro con un pomo cristalino. Era un pomo de puerta, eso era lo que Maddie quería crear. Uno que sabía que estaba conectado a una entrada, a un portal, y también sabía que tanta seguridad al respecto le resultaba rara de cojones, pero también muy interesante. Y por eso extendió la mano. No supo si la que extendía era su mano de verdad o solo una que se había imaginado, pero intentó agarrarlo, girar un poco ese pomo…

Sintió el chasquido de una puerta al abrirse. Pero no solo se abrió frente a ella. También lo hizo a su alrededor. Se abrió detrás de ella. Después empezó a caer, a caer a través de aguas negras y luego a través de un espacio abierto. Gritó y…

—Oh, oh, no. Dime, por favor, que no has vomitado ahí dentro.

Maddie tenía medio cuerpo dentro del tanque y el otro medio por

fuera. La parte inferior estaba cubierta de agua salada hasta las rodillas. Había sacado los brazos para levantarse, y el agua le goteaba del pelo y de la barbilla. En ese momento pensó: «Estoy desnuda como Dios me trajo al mundo». Pero Maddie no era una persona vergonzosa, por lo que se quedó como estaba. En pelota picada.

La chica, esa tal Tay, tal vez el diminutivo de Taylor, extendía las manos hacia ella, como el dibujo de una ama de casa que ve una rata en la cocina.

—No he… —empezó a balbucear Maddie antes de ponerse a toser —. No he vomitado ahí dentro. —O no lo recordaba, al menos—. ¿Qué ha ocurrido?

—Empezaste a gritar.

—¿Eso hice?

«Sí que lo hice.»

—Eso hiciste. Gritabas palabras.

—¿Qué…? ¿Qué palabras?

—Mm. Decías: «Lo recuerdo, lo recuerdo». Muy alto. Altísimo.

—¿«Lo recuerdo»?

—Sí.

—Lo recuerdo.

—Eso he dicho, sí.

Y luego lo hizo. Recordó.

«Edmund Walker Reese. De pie junto a una puerta. Oyendo un ruido detrás de él. Echando un vistazo para ver de dónde venía el ruido y…»

Algo. Puede que no todo. Pero algo.

26

Quedarse mirando no va a solucionar el problema

Nate se asomó por las escaleras que llevaban a la buhardilla de Oliver. El chico se había adaptado muy bien al lugar. Tenía estanterías, pósteres de películas y un escritorio sobre el que descansaba un caos muy artístico y bien planeado, nada que ver con el desastre en que se había convertido el suyo. También se arrepentía de haber pensado en algún momento que era mala idea darle un espacio propio. La funda de la guitarra de Olly estaba en un rincón, como un ataúd, un habitante momificado sellado desde hacía mucho tiempo, apartado del mundo de los vivos.

—Deberías volver a tocar —dijo Nate.

—¿Eh? —preguntó Oliver, que lo miró desde la cama, donde yacía tumbado con el iPad sobre el pecho. Se quitó los auriculares.

—La guitarra. Decía que deberías volver a tocar.

—Ah. No sé. Ya no me gusta mucho.

—Pues podrías venderla. Es una buena guitarra.

Oliver frunció el ceño por encima del iPad.

—No quiero venderla.

Nate levantó las manos en gesto de rendición y dijo:

—Vale. Solo se me ocurrió que te gustaría usar ese dinero para comprarte otra cosa. Es tu guitarra. Si te gusta tenerla para decorar ese rincón, no hay problema.

El chico no dijo nada. Se limitó a quedarse allí, cada vez más nervioso. Terminó por estallar:

—¿Querías algo?

—Venía a darte las buenas noches.

—Pues venga ya.

Olly seguía enfadado. Seguía enfadado un día después. Joder.

—Vale. Buenas noches, hijo.

—Ajá.

Oliver cogió el iPad con fuerza y los nudillos se le pusieron blancos. Miraba la pantalla con rabia. Hizo un mohín, algo parecido a una punzada de dolor muy intensa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nate.

—Estoy viendo YouTube.

—¿Y qué ves en YouTube?

—Nada. A un *streamer* de videojuegos. Spohn Zone. Está jugando a… *Cuphead*, creo.

Spohn Zone era uno de sus *streamers* favoritos de videojuegos. Y Nate supuso que *Cuphead* sería… ¿un juego o algo así? Olly no jugaba a muchos videojuegos sin contar los que tenía en el iPad, pero se pasaba muchísimo tiempo viendo jugar a otras personas. Nate siempre bromeaba con que hacía unos treinta años los padres decían cosas como: «¡En mis tiempos, tenía que ir caminando al colegio a través de la nieve, colina arriba y enfrentarme a los osos!». Lo que le tocaba decir a él por aquel entonces eran cosas como: «¡En mis tiempos, teníamos que jugar a nuestros puñeteros videojuegos! ¡Y nos gustaba hacerlo!».

Pero algo iba mal. Olly parecía muy tenso, demasiado enfadado. A Nate no le gustaba hacerlo, pero se acercó, cogió el iPad y le dio la vuelta a pesar de las quejas de su hijo.

—¡Oye!

En la pantalla vio las noticias de la CNN.

Un terremoto. De siete grados en la escala Richter. En Perú.

—Olly.

—Lo sé.

—Olly.

—¡Lo sé! Vale. Sé que se supone que no tendría que ver las noticias. —Oliver tenía las orejas rojas. El iPad le temblaba en las manos—. Hay gente herida. Vi a una niña cubierta de tierra y… Y sangre. Gritaba mientras buscaba a sus padres. Hay gente atrapada bajo los edificios derruidos, gritando también. ¿Te imaginas lo terrible que sería estar ahí y que nadie te encontrase, papá? ¿Y si…?

—Tranquilo. Lo sé. Lo sé.

Nate agarró el iPad por la pantalla con cuidado y se lo quitó a su hijo de las manos. No tuvo que hacer fuerza. Oliver dejó que lo cogiese.

—Esas personas.

—Quedarse mirando no va a solucionar el problema. No puedes hacer nada. No tienes que ser una esponja y empaparte con todo lo malo que ocurre.

Estaba seguro de que Olly iba a molestarse, pero parecía estar más tranquilo, como si se hubiese relajado por decirle que no tenía por qué ser testigo de algo así.

—¿Podríamos donar algo por la mañana? A Save the Children o a Unicef. A la Cruz Roja no.

—Claro que sí, Olly. Claro que sí.

Nate besó a su hijo en la frente y volvió a bajar por la escalera de la buhardilla oyendo sus crujidos. Cuando doblaba la esquina del pasillo, oyó algo: el rasgueo ahogado de las cuerdas de una guitarra.

Oliver había vuelto a tocar.

Nate sabía que se trataba de una victoria pequeña pero determinante.

Entró en el dormitorio y encontró a su mujer; metía algo de ropa en una maleta de mano. Y esa sensación de victoria que acababa de sentir desapareció de repente, como una burbuja de jabón al estallar.

—Maddie —susurró.

Nate sabía a qué venía aquello.

No lo entendía, pero lo sabía.

Una mujer haciendo las maletas. Iba a dejarle.

—No voy a dejarte —dijo ella—. No pongas esa cara. No tiene nada que ver, así que relájate un poco, ¿vale?

—Vale —convino él, que intentó tomarse con calma la situación—. Pero estás haciendo las maletas. Por la cara. No nos hemos peleado ni nada…

—Ya te he dicho que no voy a dejarte. Además, es una maleta pequeña. ¿No la ves? Si fuese a dejarte, cogería esa enorme de cojones y lo lanzaría todo dentro. —Se quedó quieta para mirar a Nate con

gesto serio—. Y todas tus cosas estarían desperdigadas por el jardín, todas meadas.

—Me alegra saber que no es eso lo que pasa. Por muchas razones.

—Lo mismo digo. Porque no creo que pudiese mear tanto. —Hizo una pausa—. Tengo que ir a un sitio por la mañana.

—Ten en cuenta la fiesta de… Halloween, o lo que sea. Es el fin de semana. Quedan tres días, Mads. —Ella no dijo nada, por lo que Nate siguió hablando y preguntó—: Vale. ¿Ese «un sitio» tiene nombre o puedo saber su ubicación por lo menos?

Maddie se quedó quieta un momento, con los brazos rígidos y las manos apoyadas en el borde de la maleta, como si tuviese miedo de caer en el interior.

—Solo será un día.

—Eso no responde a la pregunta. ¿Adónde vas, Maddie? —Nate titubeó—. Tengo que saber cómo ponerme en contacto contigo. O dónde estás.

—Llevaré el teléfono.

—Maddie…

—No puedo decírtelo. No puedo hablar del tema. No… —Tragó saliva y cerró los ojos con fuerza mientras agitaba las fosas nasales, como si se esforzase por concentrarse—. Ni siquiera sé qué ocurre, pero confía en mí, por favor. —Se aseguró de recordarle alguna deuda tácita que había entre ambos—. Yo he confiado en ti otras veces, como con el extraño comportamiento que has tenido de un tiempo a esta parte. Ahora es tu turno de confiar en mí. Por favor.

Nate quiso protestar.

Le dieron ganas de decir:

«No es justo».

Pero sí que era justo.

Del todo justo.

Por lo que aceptó. Asintió, sonrió y dijo:

—Aquí estoy para lo que necesites.

Y lo dijo en serio, por mucho que le doliese. Maddie le dijo que era un buen marido y luego le explicó que se iría por la mañana, después de que llevasen a Oliver al colegio. Volvería al día siguiente.

Y eso fue todo.

27

Un día sin Maddie

La mañana en la que Maddie se marchó, Oliver parecía un poco preocupado por la ausencia inminente de su madre, pero ambos padres intentaron tranquilizarle. Aquello solo sirvió para preocuparlo más, ya que eso era lo que hacían todos los padres divorciados, y, además, utilizaban las mismas tretas, ¿no?

«Todo irá bien. Solo necesitamos darnos un tiempo, comprar un poni, no prestarle atención a ese tipo que suele salir en las conversaciones y que resulta que es el instructor de yoga de tu madre, Julian. Bueno, que te vaya bien en el instituto, hijo.»

Oliver se marchó al instituto, y luego fue Maddie la que se fue.

En dirección a vete a saber dónde.

Sin él.

Eso era lo que más le molestaba a Nate.

Eran un equipo. Hasta aquel momento. Hasta que había ocurrido lo de la casa.

Sabía que era absurdo culpar a la casa. Era mejor culparse a sí mismo por lo estúpido que había sido, por no dormir, por estar de mal humor y por hacer cosas muy raras. Quizá Maddie estuviera así por su culpa. Tal vez solo necesitase pasar una noche tranquila sin él. Pues podría habérselo dicho. Nate sintió una punzada de dolor. Podría habérselo dicho. Nate lo habría entendido.

¿No?

De repente, no estaba tan seguro.

Pero habría sido mejor que lo que había pasado en realidad. Marcharse de aquella manera, sin apenas darle información.

Empezó a notar que la cabeza le daba vueltas. Estaba enfadado, triste y confundido, y ni siquiera sabía si era lo que se merecía en

realidad. Olly estaba cabreado con él. Maddie se había ido. Y él estaba allí en ese lugar. Mirara adonde mirara, no se sentía en su hogar, era como si perteneciese a otra persona.

«El rompeolas, tío —se dijo a sí mismo—. Aclárate las ideas.»

Se acordó del rompeolas. Fue a trabajar. Fig se dio cuenta de que estaba raro, pero Nate no le contó nada. Después volvió a casa. Oliver le envió un mensaje para decirle que iba a quedar con sus amigos y a pedir unas pizzas, que si le parecía bien. Nate le dijo que sí.

Ya en casa, se sentó solo en la mesa de la cocina. El estómago le recordó que no había almorzado, con esa hambre exagerada y esas ligeras náuseas. Un reflujo de ácido lo convenció de abrir el frigorífico, donde rebuscó hasta encontrar una cena que tan solo requería habilidades de cavernícola para prepararla: unas lonchas de jamón y de queso amarillo. Las alternó mientras las cortaba en la tabla: una de jamón, una de queso, una de jamón, y así sucesivamente. Era como un sándwich pero sin pan, vete a saber. Se preparó uno. Luego otro. Y después un tercero. Charcutería para pobres.

Empezó a notar un hedor cuando terminó el último.

Olor a cigarrillo.

Se le revolvieron las tripas. Le dieron ganas de vomitar el jamón y el queso. Intentó hacer caso omiso del tabaco y se centró en intentar disiparlo, y lo consiguió. Pero luego empezó a oler todo tipo de aromas carnales, familiares.

La peste del sudor.

El aroma intenso del aceite para armas.

La peste de un anciano moribundo: la podredumbre de su piel, el olor a encurtidos de su ropa, los matices a orina, heces y vómito, todo con un indicio de cáncer en cada una de sus ruinosas moléculas.

Nate cerró los ojos y notó cómo el corazón le latía en el pecho como si fuesen los cascos de un caballo salvaje. Una catarata de sangre le batió en las sienes, las muñecas y el cuello.

Después, esos olores extraños de su padre vivo y de su padre muerto desaparecieron.

Y pensó:

«Necesito una copa».

Y no quería beber solo.

Jed, que estaba en el umbral de su puerta, miró a Nate de arriba abajo y luego dijo, con una sonrisa asimétrica en el gesto:

—Si no te importa que sea brutalmente sincero, Nate, tienes pinta de haber pasado por el tracto intestinal de un elefante muy enfadado. —Después puso la voz grave, para intentar sonar más gracioso—: Y me da que ese elefante tenía un caso galopante de síndrome del colon irritable.

—Sí, bueno… —Nate hizo un gesto con el que le pidió permiso para entrar—. ¿Te importaría si…?

—Claro, amigo. Pasa.

Y Nate volvió a entrar en esa casa demasiado ordenada que tenía Jed. Y se volvió a sentar con un vaso de algo con aroma a whisky en las manos. Todo sucedió tan deprisa que casi ni vio a Jed servirle la copa.

—¿Escocés? —preguntó Nate.

—De malta, sí. Pero estadounidense. De Colorado, en realidad. Stranahan. Este se llama Snowflake. Solo se puede comprar un día del año, en diciembre y antes de que llegue lo peor del invierno. Tengo un amigo, uno que trabaja en una inmobiliaria, de Grand Junction, que me consiguió una botella.

Nate le dio un sorbo. Y estuvo a punto de tumbarlo. No porque fuese fuerte, sino por todos los matices que encontró en el sabor.

Seguro que Jed vio como se le iluminaba el rostro. Movió las cejas como un viejo verde lascivo.

—Una pasada, ¿verdad?

—Ya te digo.

—Pero doy por hecho que no has venido a saborear las delicias de mi whisky, aunque puedes hacerlo siempre que quieras. ¿Qué querías, vecino?

—Ese es el problema. No tengo ni idea de lo que quiero.

—Mm —dijo Jed, como si lo entendiese de verdad. Acercó un taburete para sentarse junto a Nate—. Continúa.

—Creo que estoy perdiendo la cabeza.

—La mente es menos frágil de lo que imaginamos. Creo que, a

menudo, nuestro miedo a perder la cabeza es más peligroso que la posibilidad de hacerlo. No sé si me sigues. El propio miedo es en muchas ocasiones mucho peor que las cosas que tememos, ya sea el terrorismo, los inmigrantes o lo que se te ocurra.

Nate negó con la cabeza.

—No, esto va en serio. Estoy…

—¿Ves cosas?

—¿Cómo lo sabes?

Jed sonrió como un gato que hubiese atrapado al fin al canario.

—Porque lo veo en tu mirada, querido Nate. Y lo reconozco. Es como mirarme en un espejo, pero en un espejo de mi pasado. Es como la cita esa de Shakespeare: «*There are more things in heaven and earth, Horatio, than are dreamt of in your philosophy*». (Hay más cosas en el cielo y la tierra, Horacio, que las que sueñas en tu pensamiento.)

—No creo en fantasmas.

—Da igual. Ellos sí creen en ti.

Nate sintió un escalofrío que le recorrió la espina dorsal.

—Veo a mi padre. A mi padre muerto.

Después cogió el vaso de whisky y se bebió lo que le quedaba de un solo trago.

—Así me gusta —dijo Jed, que luego se terminó también su copa. Sirvió otra ronda y dijo—: Ahora sí que podemos tener una conversación de verdad.

Horas después, Nate estaba más borracho que una cuba.

Jed se acercó a él, puede que incluso demasiado, y dijo:

—Nate, vivimos justo enfrente de…

—Ramble Rocks —completó Nate. Farfulló esas palabras, aunque sonaron como «brambel bruocs». Notaba la lengua pastosa. Le sabía a hoguera y a dulces de azúcar y mantequilla.

—Es uno de esos lugares sensibles. Es lo que pensaban los lenape. También los primeros cuáqueros. Sensible en el sentido de que allí el velo entre mundos no es igual que el resto de los sitios. La gente lleva años viendo cosas raras. Los registros de los primeros cuáqueros afirmaban que se habían encontrado «desconocidos en el bosque». Otros se veían a sí mismos, versiones de sí mismos, como

doppelgängers. También se han avistado muchos fantasmas por la zona. Y es la razón por la que el asesino Edmund Reese mató a todas esas chicas allí. Dijo que era un lugar especial.

—Estás borracho —dijo Nate.

—Tú estás borracho —repuso Jed—. *J'accuse!*

Lo cierto era que ambos lo estaban.

—Entonces, ¿cómo lo ves, Jed? ¿Crees que el tipo ese raro de la barba que vi o lo de mi padre es cosa de Ramble Rocks? Oí muchas historias mientras crecía…, pero ninguna de esas tonterías era real. Seguro que estoy perdiendo la cabeza.

—Yo no creo que la estés perdiendo, hijo.

—¿Y entonces? ¿Qué hago? ¿Contrato a un exorcista? ¿A un puto chamán?

Jed se puso muy serio y dijo:

—No. Solo tienes que vigilarte. Estar muy pendiente de lo que ves. Y también tener cuidado de en quién confías. Puede que algo o alguien te esté engañando.

—Puede que seas tú quien me está engañando —replicó Nate, y le guiñó el ojo.

Jed se humedeció los labios y se reclinó.

—Nate, creo que será mejor que vuelvas a casa y descanses.

—Sí. —Carraspeó como si tuviese brasas en la garganta—. Puede que tengas razón, Jed. Nos vemos. Gracias por la copa y por esas historias de locos.

—Tal vez estas historias te parezcan cosas de locos, Nate, pero tú no lo estás. No lo olvides.

—Ajá.

Y Nate salió al bosque dando bandazos. Encontró el camino de vuelta a casa a través de los árboles y trató de no tropezar con las ramas o la maleza, ya que sería muy embarazoso caerse de culo así. Jed era una mala influencia para él. Llegó a casa y vio que Oliver aún no estaba por allí, por lo que se fue un rato al sillón y se intentó convencer de que solo iba a descansar un poco la vista. La luz del amanecer empezaba a colarse entre las cortinas cuando volvió a abrir los ojos.

28

En el bosque

—¿Estás bien, tío? —preguntó Jake. Le pasó la botella a Oliver. Era whisky, un whisky del que nunca había oído hablar. De la marca Jack Kenny—. Pareces cansado.

Estaban sentados en el exterior, sobre un tocón caído. Habían pasado junto al granero a medio construir de su madre, lugar en el que Jake había decidido que quería fumar. Era una noche de octubre muy cálida, cosa nada común en esas fechas. Unas cuantas moscas zumbaban a su alrededor, emocionadas porque el calor les permitía el privilegio de…, bueno, de no morir aún.

—Estoy bien —aseguró Olly, dándole un sorbo a la botella. El whisky le sabía a caramelo ardiente cuando entraba en contacto con sus labios y le bajaba por la garganta—. Mi padre me mataría si supiese que he estado aquí fuera bebiendo.

Jake rio.

—En estos momentos, tu padre está durmiendo la mona después de ponerse pedo. Sería un puñetero hipócrita si te echase la bronca por esto.

—Era policía, ¿sabes?

—¿Inspector?

—No, sargento o algo así.

—Entonces no tienes por qué preocuparte. No es Sherlock Holmes ni nada parecido. —Jake le quitó la botella a Olly de las manos, se la llevó a los labios y le dio un sorbo—. Entonces, ¿eres muy vulnerable?

Oliver se sintió avergonzado de repente y desvió la mirada hacia la oscuridad del bosque. Jake alzó ambas manos. La botella aún colgaba de una de ellas mientras se derramaba un poco de whisky. Luego añadió—: No quería ofenderte. Es que he notado que las cosas te

afectan mucho.

—Sí. —Oliver no quería hablar del tema, pero al mismo tiempo tenía muchas ganas de hacerlo—. Tranquilo. Voy al psicólogo.

—Que les den a los psicólogos, tío.

—¿Qué?

—Yo también he ido al psicólogo. No te dicen la verdad.

—Pero a mí me gusta mi psicóloga.

Jake resopló.

—No he dicho que te tenga que gustar o no tu psicóloga. Ellos no saben que son unos mentirosos. Solo lo son. Llevan la mentira en los genes.

—¿Y qué mentira es esa?

—Pues que estás roto y que tú eres el único capaz de arreglarte.

—No entiendo a qué te refieres.

Jake se inclinó hacia delante y le volvió a pasar la botella.

—Me refiero a esto: estás jodido, ¿verdad? Y lo estás porque eres diferente a la mayor parte de la gente. Eres como una antena, y siempre recibes una frecuencia. Otras personas no son más que cachos de carne, tío. No reciben una mierda. Pero ¿y tú? Tú siempre recibes la transmisión.

—¿Qué transmisión? —preguntó Oliver, que cogió la botella y titubeó antes de darle otro sorbo—. Eso suena a conspiración.

—No, no me refería a una transmisión de verdad, Oliver. Me refiero a que ves cosas que los demás no ven. Tú puedes ver que este mundo está roto.

—No. No sé de qué…

—¿En serio? ¿Has echado un vistazo a tu alrededor de un tiempo a esta parte?

—Sí. Es verdad que el mundo se ha ido a la mierda, pero…

Se quedó en silencio. Jake pronunció justo lo que Oliver acababa de pensar:

—Pero ¿qué?

—No lo sé.

—Sí que lo sabes. Pero nada, a eso te referías. Mira los tiroteos en los institutos, por ejemplo.

Oliver se envaró al oírlo. Sintió que se le aceleraba el pulso. Empezó a temblarle la mano. Se le secó la boca mientras empezaban a sudarle las palmas.

Jake continuó, imitó una pistola con los dedos, se la llevó a la sien y echó la cabeza a un lado.

—Bum. Niños muertos. Niños pequeños. Niños mayores. ¿Y quién hace esas cosas? ¿Alguien hace algo para evitarlo? No. Solo les dedican buenos pensamientos y oraciones, ¿verdad? —El ojo pareció relucir por unos instantes con un brillo argénteo de luz de luna, pero Oliver estaba seguro de que tenía que haber sido su imaginación, porque cuando lo volvió a mirar estaba como antes—. Solo quiero decir que nadie hace nada. Y que hay más y más atentados. En centros comerciales, en cines, en iglesias, en sinagogas…; por todas partes, joder. Si nadie hace nada por un puñado de estudiantes de primaria muertos, ¿qué crees que hará por los demás? El mundo está roto. Es demasiado grande, demasiado complejo. No sé. Demasiado. Y tú lo sientes. En tus entrañas. En tu casa. En tu… —Jake hizo una pausa y extendió con fuerza un dedo que clavó en el pecho de Oliver, que puso un gesto de dolor—. En tu puto corazón, chaval. No estás loco. Eres la persona más cuerda de todo el puñetero mundo. Tan cuerdo como yo, porque yo también lo entiendo.

Oliver no estaba seguro. ¿El mundo estaba roto? ¿Podía él afirmar algo así? No le parecía bien. No era capaz de pensar en el mundo como un todo, solo en las personas que lo componían. Atrapadas, troceadas, aplastadas.

—¿A qué te refieres? ¿Cómo que tú también lo entiendes? —preguntó Oliver.

—Yo era como tú. Estaba enfadado todo el tiempo. Asustado como un chihuahua que siempre se está meando.

No podía más. Oliver se llevó la botella a los labios. En esa ocasión no le dio un sorbo, sino un enorme trago que lo encendió por dentro, como una gran ciudad durante la noche. Se inclinó hacia delante y preguntó:

—¿Y cómo dejaste de ser así?

—Bua, tío. No tenemos tanto tiempo como para que te responda a

esa pregunta, pero ya te lo contaré. Por ahora, solo quiero que sepas algo: lo más importante es que tienes que dejar la tontería esa de la terapia. Yo dejé de hacer caso a los desconocidos y empecé a hacerme caso a mí. Y también a las palabras de mis buenos amigos. Amigos que me apoyaban. Amigos que me comprendían. ¿Lo entiendes?

Oliver asintió. Lo entendía.

29

Ya estamos de vuelta

La mañana se abrió paso entre espasmos y a trompicones, como si estuviera medio dentro y medio fuera del transcurso del tiempo. Nate se sentó a la mesa, aferrado a un vaso de agua con un comprimido de ibuprofeno que aún tenía atascado en la garganta. Olly había empezado a prepararse el desayuno: avena. Algo que a Nate no le apetecía ni de coña, porque en aquel preciso instante comer avena le habría hecho sentir como un perro que se comiese su vómito de un cuenco en lugar de hacerlo del suelo. Quería café, y Olly fue lo bastante bueno como para preparárselo.

Y luego, de repente, se abrió la puerta principal y apareció Maddie.

Tan pronto como entró en la cocina, Olly dio un brinco de la silla y corrió a darle un abrazo de oso, uno muy largo. Ella lo besó en la coronilla. Parecía como si volviese a ser un niño pequeño. El chico siempre había sido muy espontáneo con las muestras de cariño: daba mucho, y también pedía mucho. Y eso era agradable y nunca inoportuno, aunque Nate solía preguntarse si aquello implicaba alguna carencia afectiva. No obstante, le alegró mucho volver a ver ese afecto a su alrededor.

Nate miró el reloj, le dijo a Oliver que se llevase la avena al piso de arriba mientras terminaba de prepararse para ir al instituto, porque iban a salir pronto. El chico pasó a toda prisa junto a Nate y le dedicó a su padre una mirada cargada de dudas.

Una sensación fría y distante hizo acto de presencia durante unos instantes en el espacio entre Nate y Maddie. Tenía la maleta de mano junto a ella.

—Estás hecho unos zorros —le dijo ella.

Nate soltó una carcajada.

—Es posible que me la haya cogido con Jed.

—Supongo que tengo que conocer a Jed.

—Va a venir a la fiesta.

El silencio agrandó el abismo que los separaba. Pero luego ella dio un paso al frente sin miedo. Se derritió en sus brazos y le dio un beso en la mejilla.

—Siento mucho haber tenido que irme —dijo.

—Tranquila. —Lo decía en serio—. Te he echado de menos.

—Yo también te he echado de menos. Ya estoy de vuelta.

—¿Vas a decirme adónde has ido?

Ella no respondió. La ausencia de respuesta se le clavó a Nate como unos dientes afilados.

«¿Adónde has ido, Maddie?»

—No te preocupes —fue lo único que dijo, al fin.

—Vale.

Pero el hecho de que tuviese que decirlo le hizo sospechar que era mentira.

Interludio

La mina de carbón de Ramble Rocks

El niño, de doce años, corría sobre la hierba de color morado. No veía demasiado bien porque había estado llorando, tanto y tanto rato que le dolían las fosas nasales de moquear y limpiarse con las mangas una y otra vez, hasta que se le puso la nariz roja y se le irritó la piel. También notaba el cuerpo dolorido, como si lo hubiesen aplastado como una lata de refresco vieja. No era la primera vez que se sentía así. Y sabía que tampoco iba a ser la última. Aquello iba a continuar durante toda la eternidad, ¿o no?

Entonces, ¿por qué corría? Corría y corría y corría durante lo que le parecieron kilómetros, cientos de kilómetros (aunque no estuviese tan lejos), y correr le hacía sentir un atisbo de libertad, como si tuviese una oportunidad de seguir huyendo. Se dijo a sí mismo que no tenía que darse la vuelta, que no tenía que volver a casa.

«Pero ¿qué va a pasar con mamá?», pensó.

«No puedes dejarla sola.

»No puedes dejarla con él.»

Un nuevo dolor se apoderó de él: una picazón intensa en un costado. Un calambre que lo hacía sentir como si alguien le tirase de una de las costillas con unos alicates.

Y el chico aflojó el paso y empezó a caminar. Y luego se detuvo.

Una silueta se erguía ante él.

Ya la había visto antes, pero nunca tan cerca. La mina de carbón de Ramble Rocks. Los tablones de madera blanca y pálida que enmarcaban la entrada estaban cubiertos por enredaderas y hiedras salvajes. Estas habían empezado a adquirir los colores de un otoño inminente. La mina llevaba cerrada mucho tiempo. Ahora era un lugar abandonado, una cavidad en el mundo, un vacío.

Tras la entrada, la mayor parte de los árboles estaban agostados, con apenas unas pocas hojas y unas ramas que parecían dedos de hueso. La luz del crepúsculo que se proyectaba a través de dichos árboles lucía extraña, débil y escasa, como el resplandor de una lámpara a través de una sábana sucia y vieja.

El chico se quedó allí en pie, mientras el pecho le subía y bajaba. Se llevó una mano a un costado para masajearse el tirón que sentía entre las costillas.

Parpadeó y, por un momento, le dio la impresión de que la entrada de la mina… cambiaba. Un parpadeo y se convirtió en una boca abierta y hambrienta. Unas fauces negras con una lengua que formaban las vías de tren que salían de ella. Otro parpadeo y retomó su apariencia anterior: la entrada de una mina, con un número ocho enorme pintado de un negro resquebrajado y desgastado.

Una pequeña parte de él pensó:

«Podría entrar ahí. Podría vivir ahí».

Una ligera brisa sopló en su dirección, contra él, y le pareció que venía de la entrada. Era como si respirase. Una respiración que trajo consigo un susurro:

«Ven conmigo».

Soltó un grito ahogado e intentó alejar de su mente dicho susurro. Pero volvió una y otra vez.

«Ven conmigo. Ven conmigo.»

Y luego resonó como un aullido que silbase a través de los cristales rotos de una ventana:

«Veeeen conmiiiigoooo».

El chico se encogió hasta que consiguió que desapareciese. Pero no se fue del todo, y reparó en que no iba a hacerlo. Sabía que tenía que irse de allí.

Se dio la vuelta y corrió en dirección contraria. No en dirección a su casa, ya que aún no estaba preparado para hacer algo así, sino lejos de la mina.

Y luego, algo se alzó ante él desde la hojarasca morada que había caído sobre la hierba, una forma oscura invocada por el retumbar de los pasos del chico, se abalanzó por los aires, flap, flap, flap, flap; y

mientras él cambiaba de dirección y corría aún más rápido, supo que se trataba de un pájaro, un puñetero pájaro. Una especie de faisán o de paloma. Daba igual. Pero estaba asustado, y por eso corrió más rápido con esas piernas flacas como tallos con las que se impulsaba rápido y con fuerza… Hasta que pisó un suelo que no era sólido. Era suave y húmedo. Se le hundió la pierna y cayó hacia delante al tiempo que gritaba. Intentó parar la caída con las manos, pero el suelo que tenía ante sí también era blando.

Un lodo negro brillaba debajo de la maleza y de las ramas. El barro oscuro le rozaba el mentón, y en ese momento comprendió de qué se trataba: era carbón. Carbón líquido como arenas movedizas. El corazón le latió desbocado en el pecho, en espasmos ansiosos. Intentó extender la mano y agarrarse a algo sólido, pero la viscosidad lo aferró con fuerza cuando intentó salir de ella. Y el hecho de intentar salir solo parecía hacer que se hundiese aún más. Dijo:

—Por favor, no.

En voz baja, y luego gritó. Pero mientras lo hacía, aquel barrizal le llegó a los labios y empezó a chorrearle por la boca como un coágulo de babosas, y empezó a burbujear mientras él gritaba dentro.

El chico intentó darse la vuelta. Sabía que detrás de él había un lugar sólido al que agarrarse; le bastaba con encontrarlo. Pero fue como atornillar con más fuerza y con más tornillos, y solo sirvió para hundirse aún más. Ya tenía ambas piernas sumergidas en el légamo, y también la mayor parte de los brazos. Los codos estaban debajo, pero aún sacaba las manos, que ya no podía extender más. Agitó los dedos infructuosamente contra aquel fango, mientras el lodazal tiraba de él hacia las profundidades.

Empezó a llorar. Lloraba porque sabía que aquel iba a ser su final. Una pequeña parte de él se preguntaba si no sería mejor así, si quizás aquello de lo que escapaba no sería peor. Tal vez corriese para encontrarse con algo así. Pero mientras aquel carbón líquido le burbujeaba sobre la boca y se la cubría, mientras se le metía por las fosas nasales y lo dejaba sin aire, el pánico se apoderó de él y pensó:

«No no no esto no puede ser mejor no quiero morir aquí».

Y ya no podía respirar y sabía que ahogarse allí iba a ser una

manera horrible de morir. Ahogarse en el agua al menos le habría resultado mejor y más apacible, en cierto sentido, pero aquello en lo que se hundía lo agarraba con fuerza, como un puño cada vez más cerrado.

Pensó de repente en que ya no vería más a su madre. En que su padre era quien lo empujaba hacia abajo, quien lo hundía y lo ahogaba en esa ciénaga de carbón líquido. Pensó que aquello no era más que una parte de ese ciclo sin fin, acaso la de un ciclo que iba a terminar allí y en aquel momento.

Desapareció bajo la superficie.

El lodazal tiró de él hacia una oscuridad total. Y siguió oyéndose su grito ahogado, a pesar de encontrarse bajo esa piel negra y burbujeante.

Hasta que dejó de oírse, claro.

TERCERA PARTE

Poca piel para tanta cabeza

6 de junio de 1907 – Alfred Kaschak, muerto por inhalación de gases.

8 de junio de 1907 – Anatol Sekelsky, piernas aplastadas entre carretillas.

8 de junio de 1907 – Diez hombres mueren en una explosión y un derrumbamiento en la línea de intersección, a 34 metros de Cold Spring. (Randall Aherne, Mickey Hart, Stacker Wiznewski, Jerry Munroe, etc.).

10 de junio de 1907 – Stefan Schwarzhugel, coceado por una mula cascarrabias.

13 de junio de 1907 – Los mineros dicen que Liam O'Neill aporreó a Rodolf Kasternak con el mango de un pico mientras Kasternak usaba una barrena de pecho para abrir un hueco donde encajar explosivos en la pared.

O'Neill desaparece.

14 de junio de 1907 – Liam O'Neill aparece muerto cerca del lecho de Pipersville, en el túnel 7, con una barrena de pecho clavada en la frente y el esternón partido por la mitad.

Algo se le había comido la pierna. Sobre él y en la pared alguien había tallado en la roca el siguiente mensaje: KA REISKIA SAPNUOTI PASAULIO PABAIGA.

—página 42 de 176, *El libro de los accidentes* de
la mina de carbón de Ramble Rocks

30

Esto es Halloween

Las preocupaciones no dejaban de revolotear en la mente de Maddie. Preocupaciones sobre el arte, sobre los asesinatos, sobre su familia, sobre el papel que desempeñaba en todo aquello. Habían transcurrido varios días desde su paso por el tanque de aislamiento sensorial y el viaje en coche a State College, pero estaba más descentrada que antes. Se sentía en plan «ya no sé quién soy y tengo miedo de lo que sería capaz de hacer». Pero tenía que guardarlo todo en un cajón, cerrarlo con fuerza y pasar una puñetera llave, porque en aquel mismo momento sonó el timbre de la puerta. Ding-dong. Ding-dong. La fiesta de Halloween.

Maddie se plantó una sonrisa en el rostro y abrió de golpe la puerta…

Y vio a dos personas en lugar de una.

Reconoció a una de ellas: Trudy Breen. La otra era un hombre, más o menos de la edad de Trudy. Tenía una mata de pelo blanco, las cejas despeinadas y una mirada malévola y tranquilizadora al mismo tiempo. Llevaba un cárdigan negro sobre una camisa de botones lavanda, una imagen que quedaba realzada gracias a las zapatillas Nike que calzaba. Zapatillas que pegaban con la ropa, claro. Aquel tipo sabía cómo vestirse bien.

Una brisa fría entró en la casa. El día anterior había hecho más de treinta grados, pero en aquel momento no llegaba a los diez. Las temperaturas habían bajado una barbaridad, y muy rápido.

—Trudy —saludó Maddie, que dio la bienvenida a su amiga. Y al tipo le dijo—: Y tú debes de ser Jed, ¿no?

Él asintió, y ella los invitó a pasar mientras empezaba a lloviznar.

—Nate dijo que eras guapa, pero no comentó nada de tu ingenio.

Así es. Soy tu vecino.

Era un comentario potencialmente sarcástico, pero Maddie se lo tomó de manera literal, por lo que dejó que el tipo le diese un abrazo y un beso en la mejilla. A cualquier otra persona le habría dado un empellón. Pero había algo en él que la tranquilizaba, como si fuese un viejo amigo o un miembro de la familia a quien no veía desde hacía muchos años.

Le ofreció a Maddie una botella con la mano que le quedaba libre.

—Ah. Gracias —dijo Maddie. Era coñac.

Trudy se acercó para examinar la botella y dijo:

—Pues tu vecino bebe cosas de calidad.

Tocó la botella con una uña larga y postiza.

Plic. Plic.

—Bueno —comentó Jed, con una mezcla de humildad y vergüenza —. Es que no soporto que nadie beba cosas de calidad dudosa. Sería una deshonra para mí y para mi casa. Eso que te acabo de dar, querida, es un De Luze XO, coñac de champán. Ha ganado premios. Siempre me ha fascinado que el alcohol sea un producto que provoca la perdición…, ¡como ocurre con todas las cosas buenas! No deja de ser un zumo de uvas muy bueno que se ha manipulado hasta convertirse en algo sublime. El arte también es así, y sé que eres artista. Un lienzo es blanco antes de trabajar en él, blanco y puro y perfecto, como un patio cubierto por una alfombra de nieve recién caída. Pero cuando quieres salir ahí fuera y experimentar con él, hacer uno o dos muñecos de nieve, tienes que arruinar esa perfección, ¿no es así? Tienes que ensuciarla. Creo que ocurre lo mismo con todo.

Maddie intentó imitar más o menos la voz de Jed:

—Nate dijo que eras guapo, Jed, pero no comentó nada de tu ingenio.

Jed abrió ostensiblemente los ojos.

—Anda. Me caes bien —dijo, y soltó una carcajada.

En el exterior, la carcajada se entremezcló con la risa del propio viento.

—¿Quién dijiste que era el tío ese? —preguntó Caleb.

Caleb y Hina estaban pasando el rato con Oliver en el garaje.

Sentados, comían chucherías, bebían refrescos y jugaban al *Magic*. Chessie no había podido asistir, y Steven había puesto los ojos en blanco cuando le habían comentado que iban a una fiesta de Halloween en casa de Oliver.

—Ya te lo he dicho —comentó Oliver—. Un día me caí de la bici y me ayudó a traerla a casa. También es nuevo por aquí.

Aún no les había comentado que Graham y Alex lo habían tirado en la carretera. Ni tampoco el intento de ahogarlo por parte de Alex. Ni la aparición de Jake, como surgido de la nada, con una pistola de balines en la mano. No tenía claro por qué no se lo había contado.

—¿Seguro que va a venir? —preguntó Hina.

Era la única que se había disfrazado. De Link, el de *The Legend of Zelda*, pero de la versión de *Breath of the Wild*, para ser más exactos: una túnica azul de estilo casi mediterráneo a juego con los motivos de estilo griego y anime del escudo, un arco y la Espada Maestra. Lo había hecho todo a mano. Le encantaba hacer cosplay en ferias y convenciones y hacerse sus propios trajes partiendo de cero. Cosía, imprimía cosas en 3D y también hacía objetos de látex.

—Parece que tu hombre llega tarde —dijo Caleb.

—No es… —Oliver negó con la cabeza—. No es mi hombre.

—No te enfades. Solo es una forma de hablar. Relájate, Olly.

Y luego se oyó un ras, ras, ras en la puerta del garaje.

Se miraron entre todos.

—Puede que sea él —dijo Hina.

—Sabe que hay una puerta principal, ¿verdad? —preguntó Caleb, con el ceño fruncido. Oliver se encogió de hombros, se acercó y pulsó el botón que abría la puerta automática del garaje, que gruñó al levantarse y, cuando lo hizo…

Apareció Jake, allí de pie al otro lado. Unas hojas marchitas revolotearon a su alrededor en un pequeño remolino mientras empezaba a lloviznar. Jake sonrió desde el interior de su capucha negra.

—¿Qué tal, Olly?

Oliver hizo las presentaciones. Hina fue muy amistosa, pero Caleb se limitó a ofrecerle un escueto cabeceo.

—¿No sabes que puedes entrar por la puerta principal, tío? —preguntó Caleb.

—Caleb, déjalo… —dijo Olly.

Pero Jake hizo un ademán para indicarle que no pasaba nada.

—Tranquilo. Supuse que estaríais aquí, así que vine directamente. No quiero tener nada que ver con los adultos y sus movidas. Siempre te hacen millones de preguntas y no me apetece caer en esa trampa, la verdad.

—¿Y eso? ¿No te gustan las preguntas? —dijo Caleb.

—Menos que a ti, seguro —respondió Jake, algo enfadado.

Hina se colocó entre ellos.

—Venga. No le hagas ni caso a Caleb. Esta noche viene disfrazado de Cabronmaleducadomán, el peor superhéroe de Marvel.

—Soy como Spiderman —repuso Caleb—, pero en lugar de lanzar redes lanzo pullas.

Y con eso fue suficiente. Daba igual cuál fuese el muro de hielo que había empezado a levantarse entre ellos: en ese momento se resquebrajó y acabó hecho pedazos con una buena sesión de risas. Olly se sintió muy aliviado de repente. Odiaba que la gente no se llevase bien.

Nate no le quitaba ojo de encima a su mujer. La veía muy cautelosa desde que había vuelto del viaje. Cautelosa de una manera que él no alcanzaba a comprender. Le había dado todo el espacio que necesitaba, pero algo iba mal. Tenía la impresión de que todo se desmoronaba a su alrededor, de una manera que escapaba a su comprensión.

Maddie parecía estar tensa en presencia de Fig y de su mujer Zoe, pero se relajaba de inmediato al ver a Jed. Y Nate sospechaba que sabía la razón: Jed era escritor. Una especie de compañero artista. Y, para colmo, Maddie no solo había leído algunos de sus libros, sino que también le profesaba una gran admiración.

Empezó a decirle, mientras los demás la escuchaban:

—Yo nunca podría ser escritora. Creo que tienes que vivir demasiado dentro de tu cabeza. Para mí, el arte es como sacar cosas de mi cabeza. Es como una puerta que lleva a otro lugar.

—Bueno —repuso Jed, con una risa en los labios—. Claro que a veces escribir conlleva pasarse mucho tiempo con tus pensamientos, por así decirlo, pero cuando te da fuerte es como una ola que te arrastrase mar adentro. Sé que eso de las musas es… —Antes de proseguir su discurso, bajó la voz, como si compartiese un secreto inconfesable—. Es una mentira como la copa de un pino. Y también sé que somos nosotros quienes controlamos lo que escribimos en la página, pero a veces… —Respiró entre los dientes—. A veces, parece que hay magia de por medio, y no la magia de esos magos con chisteras y conejos…, ¡sino hechicería! Hechicería de verdad. Te entregas a ella y la capturas. O puede que sea ella la que te captura a ti.

Y Maddie y Nate asintieron al oírlo. Pero el comportamiento de Maddie volvió a cambiar. Se cruzó de brazos, a la defensiva. ¿La había molestado Jed? No entendía la razón. Ahora tenía los labios fruncidos y no dejaba de decir «mm, mmm», como si compartiese la opinión de Jed, pero con tono falso.

—¿No será que no somos más que recipientes para el arte? —preguntó ella—. ¿Puertas de entrada?

Jed hizo como que sopesaba sus palabras.

—Podría ser. Podría ser. Pero yo creo que somos nosotros los que lo controlamos. No creo que nos controle. La pregunta es si lo consideramos arte a secas o nuestro arte. Eso sí que merece una respuesta. O intentar hallar la respuesta, al menos.

—¿Eso significa que tenemos que preguntarnos si lo hacemos para nosotros o para los demás?

Jed sonrió, con gesto casi agresivo.

—Fingimos que lo hacemos para los demás, pero creo que el arte lo hacemos para nosotros. Somos egoístas disfrazados de altruistas.

La preocupación surcó el rostro de Maddie, como una sombra.

Trudy dijo, de repente y con tono brusco:

—Entonces, ¿escribes libros de fantasmas?

—Ah. Ja, ja. No, lo cierto es que no —respondió Jed—. Aparecen fantasmas en ellos, sí, pero me gusta decir que escribo sobre zonas y casas encantadas, pero eso no significa que siempre aparezcan

espectros o apariciones. De hecho, a menudo no aparecen. Lo que a mí me gusta es el folclore, y debo admitir que este lugar lo tiene para dar y tomar. Los albinos caníbales de Buckingham Hill o las luces fantasma de Hansell Road o la Iglesia del Diablo de Ghost Mountain.

—Venga, cuéntanos una historia —le rogó Fig. No sonó muy agresivo, a decir verdad, pero Nate notó cierta actitud de tocapelotas en sus palabras, un atisbo de suspicacia.

—Fig —advirtió Nate—. No seas así.

Pero Jed, su mirada y la postura de su cuerpo se encendieron como el monstruo de Frankenstein al despertar en la mesa de ese científico loco.

—Puedo hablaros sobre las rocas de Ramble Rocks y deciros por qué los rumores aseguran que se mueven.

Todos compartieron una mirada cargada de curiosidad. Jed sonrió y movió las cejas, con la mirada de un pescador que acabase de conseguir una presa enorme.

Nate, por el contrario, se puso tenso.

—¿Otra vez?

—Oigámoslo —propuso Zoe.

—Lo llaman Ramble Rocks, Rocas Errantes —empezó a decir Jed—, porque se ha demostrado que se mueven. Se han registrado seis movimientos de las rocas, de hecho. Han cambiado de lugar. Hasta la última roca del *felsenmeer*, que es una manera sofisticada de denominar a una extensión de rocas, se ha movido un poco. A veces, unos pocos centímetros; pero otras, hasta más de diez. Cuando lo han hecho, han dejado ligeros rastros en la tierra, como tortugas muy lentas que empezaran a migrar. Pero no son tortugas, no señor, sino rocas filonianas. Basalto y dolerita.

—Tiene que haber una explicación científica —dijo Fig.

Jed chasqueó los dedos.

—La teoría científica es la siguiente: las rocas se mueven a causa de terremotos y frecuencias de sonido. Se dice que, cuando se golpean con un mazo, emiten un sonido tintineante. Una frecuencia que resulta prácticamente indetectable por el oído humano. Las ondas de sonido tienen una potencia muy considerable cuando se unen a otras, solo

hay que ver la manera en la que sonidos diferentes son capaces de hacer vibrar la arena y formar patrones casi místicos. Por eso, aunque solo se trate de un movimiento tectónico insignificante en una de las microfallas geológicas que hay debajo del parque, algo así podría hacer resonar las rocas, hacerlas zumbar en una frecuencia que provoque dicho movimiento. Como un teléfono que vibra al sonar y se abre paso por la mesilla de noche hasta caer en la alfombra de debajo. Bzzz. Bzzz. Pum. Y, claro, debajo de Ramble Rocks hay una falla geológica, la falla de Aquetong-Lahaska. Empieza en el centro de Bucks y llega hasta aquí.

—¿Veis? —dijo Fig, que miró a su alrededor—. Ciencia.

Jed le dedicó una sonrisa amplia y llena de dientes.

—Pero hay otras teorías.

—Aaaah —comentó Zoe.

—Cuéntanoslas —dijo Trudy, con brusquedad y fingiendo desinterés, aunque estaba claro que había picado en el anzuelo de Jed.

Nate se inclinó hacia Maddie, quien parecía estar escuchando a medias. Le preguntó en voz baja:

—¿Estás bien?

Ella asintió y dijo, con voz medio distraída:

—Claro.

Jed continuó.

—Los lenape que habitaron este territorio en el pasado, antes de que se lo arrebatásemos, ya sabéis, contaban historias sobre este lugar. La mayoría aseguraban que las rocas se movían a causa de un espíritu o deidad, que podría ser Kupahweese el Embaucador. Otra teoría apuntaba a que podía tratarse de un truco llevado a cabo por los pequeños y traviesos wemategunis, espíritus de los bosques que son famosos por mover cosas de un lado a otro, una herramienta que aparece en otro sitio o un cartel que desaparece para que te cueste más encontrar el camino a casa. Otros integrantes de la tribu creían que el responsable era una criatura de oscuridad y muerte. Se llamaba Mahtantu. —Jed miró a Nate en ese momento—. Se dice que duerme debajo de la extensión de rocas, donde se agita a causa de sus pesadillas y hace que estas se muevan.

»También hay quien asegura que es obra del mismísimo diablo que cayó del cielo justo en ese lugar, y que movía las rocas de vez en cuando para confundir a los primeros que lo habitaron. Y luego circulan las versiones más modernas de las teorías, que aseguran que se trata de una conspiración del Gobierno, campos magnéticos o extraterrestres, ya que los avistamientos de ovnis son más frecuentes por aquí que en ningún otro lugar del país.

Fig desdeñó todas las opciones.

—Venga ya. Extraterrestres, el diablo y espíritus espeluznantes. Son teorías divertidas, claro, pero también son inventadas.

—Axel Figueroa —lo reprendió Zoe, que usó su nombre completo como si fuera un mazo—. No seas maleducado.

—Tiene razón, señora —aseguró Jed—. Todas son inventadas. Pero ¿sabéis lo que no es inventado? La historia. La historia de este lugar puede que os dé que pensar.

Y así fue como hizo que todos picasen y empezó a recoger el sedal de la caña.

—Los lenape le vendieron el lugar a la familia Penn (sí, la familia de William Penn, Penn de Pensilvania). Formó parte de la Compra Ambulante de 1737, y los registros indican que, en 1850, la familia Penn se lo vendió a un hombre llamado Tiberius Goode, aunque no hay más registros que confirmen la existencia de este tal señor Goode. Lo único que se sabe es que este supuesto benefactor fue muy claro con un aspecto concreto: una orden judicial para asegurarse de que no se construiría en él ni se abrirían minas ni se moverían las rocas por ningún motivo. La zona tenía que quedar del todo inalterada. Más adelante, un hombre llamado Benjamin Caine Smithard, un supuesto «amigo» del misterioso señor Tiberius Goode, compró cincuenta hectáreas alrededor de la extensión de rocas, que mide casi tres.

»En esa época, un par de ladrones de bancos llamados Leviticus y Lemuel, los hermanos Doal, vinieron a Ramble Rocks después de robar un banco, con la intención de ocultar el botín obtenido en una de las cuevas de la zona. Pero se toparon con un problema: Ramble Rocks no tenía cuevas. Se equivocaron al pensar que el lugar estaba lleno de cavernas, y descubrieron que no era así. (Muchos supusieron que se

habían confundido con una zona llamada Wolf Rocks, que se encontraba a unos treinta kilómetros al sur, en Backingham Mountain.) Al no encontrar cuevas, intentaron escapar del lugar, pero no supieron cómo hacerlo. Tres kilómetros no es un espacio demasiado grande, pero el diario de uno de los hermanos, Leviticus, aseguraba que se quedaron atrapados en el lugar durante días, incapaces de marcharse. Perdieron el botín. Y terminaron por perderse el uno al otro. Encontraron sus cuerpos a unos tres metros de distancia, aunque el mismo diario de Leviticus aseguraba que, al final de sus vidas, se habían separado y nunca volvieron a encontrarse.

»Luego están las historias del túnel ferroviario y de lo que ocurrió allí. Un conductor que perdió la cabeza, literalmente. El asesino en serie Edmund Walker Reese se cobró allí a su primera víctima, y luego fue a por otras jóvenes de la zona. Incluso llegó a matar a una de ellas en una de las rocas del *felsenmeer*. Le fascinaba ese lugar. Tenía mapas detallados y dibujos. Aseguraba haber contado «noventa y nueve rocas muy particulares» y que ese número era, de alguna manera, sagrado o especial en sentido numerológico. Sostenía que la extensión de rocas era un «lugar de sacrificio». Como cabía esperar, eso no hizo más que alimentar innumerables leyendas urbanas por la zona. El miedo por lo satánico hizo que se contaran historias de otros actos de sacrificios humanos en forma de ritual, aunque nunca llegase a descubrirse ninguno.

—Dios —dijo Fig.

Nate seguía oyendo, pero había dejado de prestar atención. Se dedicaba a mirar a su esposa.

Mientras Jed daba rienda suelta a sus delirios con la última parte de la historia, la que hablaba de Reese, Nate vio que Maddie sufría un estremecimiento. Se agarraba a la encimera detrás de ella como si todo el suelo estuviese a punto de hundirse bajo sus pies.

Justo en ese momento, el viento sopló con fuerza en el exterior y empezó a llover a cántaros. La casa entera empezó a rechinar y a gruñir por los embates repentinos. El frío se extendió por la estancia. Todos lo sintieron y reaccionaron a él.

Mientras, Jed ponía un gesto malicioso, como si el mal tiempo

formase parte de su plan. Efectos especiales, o algo así. Quedó encantado y dijo:

—Me atrevería a decir que hemos hecho enfadar a los espíritus de Ramble Rocks.

—Yo digo que hemos hecho enfadar a la mismísima Tierra —repuso Zoe—. Es el cambio climático.

—Zo —advirtió Fig—. Déjalo ya.

—Dioses —comentó Trudy—. Hablemos de algo más animado, por favor.

Y entonces:

¡Pum!

El sonido vino de la parte delantera de la casa.

Todos se quedaron de piedra y miraron hacia allí.

—Puede que haya sido una rama… —empezó a decir Maddie.

—O fantasmas —añadió Jed, con una sonrisa macabra.

El frío se extendió aún más por la estancia.

—Solo ha sido la puerta principal —explicó Nate—. ¿No habéis notado el bajón de temperatura? Seguro que se ha abierto con el viento. Puede que estuviese mal cerrada. Iré a mirar. —Pasó junto a su mujer de camino y le preguntó—: ¿Estás bien?

—Genial —respondió ella, con tono brusco.

«Ojalá me dijeses qué es lo que te pasa», pensó. Pero luego recordó su rompeolas emocional, y supuso que Maddie debía de tener el suyo.

Le dio un beso fugaz en la mejilla antes de salir de la habitación para cerrar la puerta.

31

Magia y máscaras

Las puertas del garaje no dejaban de agitarse y resonar a causa del viento, como si estuviese ansioso por entrar. Después oyeron otro estruendo dentro de la casa, y Oliver y los demás se miraron unos a otros. Se encogieron de hombros y luego rieron, pero un ligero miedo halloweenesco también les recorrió el cuerpo, como una chispa deficiente.

El frío empezó a colarse. El garaje era mucho más nuevo que el resto de la casa, y tenía calefacción, pero también un aislamiento térmico. Las paredes parecían de un papel quebradizo en medio de aquella tormenta que arreciaba.

—Podríamos entrar —dijo Olly.

—Qué va —objetó Jake, que tenía las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos de los vaqueros—. No pasa nada. Solo es una tormenta.

—Yo opino como él —dijo Hina, que miró a Jake asombrada.

Caleb cogió una silla y se sentó.

—A mí me parece bien. Vamos a jugar. ¿Te apuntas, Jake? Podríamos empezar desde el principio. Tampoco es que hiciésemos mucho la primera vez, así que podríamos jugar a otra cosa.

Pero Jake parecía confuso. Oliver sonrió y dijo:

—¿Quieres jugar al *Magic*? Podría traerte uno de mis mazos, porque doy por sentado que no habrás traído el tuyo. Tengo uno azul y negro que es brutal, de piratas y asesinos. El tempo de la partida lo marca la habilidad Toque Mortal y…

—No sé de qué cojones hablas. ¿Qué es el *Magic*?

—*Magic* —insistió Caleb—. Ya sabes. *Magic: The Gathering*. MTG. El juego de cartas.

—¿Va de trucos mágicos?

—No. ¿Qué dices? No va de trucos mágicos, tío. Vale, se ve que este tío no tiene ni idea de *Magic*. Perfecto. Mira, ven y siéntate, Jake. No pasa nada. Te enseñaremos. Será divertido. En el juego, interpretas a tu mago, ¿sabes? Invocas criaturas y haces que luchen y cosas así. Es como… A ver…, es como si *Pokémon* y *D&D* se hubiesen teletransportado juntos, como hicieron Jeff Goldblum y aquella mosca…

Jake puso cara de asco.

—Sigo sin entender de qué coño habláis.

—¡Tío! *La mosca*. Jeff Goldblum.

Nada.

—¿*Pokémon*? ¿*D&D*? ¿Te suenan?

—Claro —dijo él, pero parecía seguir sin entender nada. Jake trató de quitarle hierro al asunto—. Pero tampoco es que sea un friki del tema. —Todos lo miraron mal, y él puso los ojos en blanco—. Vale. Tampoco es para que me miréis así, ¿eh? —Se inclinó hacia delante y luego les dedicó una sonrisa amplia, con una boca que más bien parecía un bumerán—. Bueno, ¿queréis ver magia de verdad?

Los truenos resonaron en el exterior, al tiempo que Jake hacía crujir los nudillos.

Nate se dirigió a la puerta principal y comprobó que, en efecto, estaba abierta. El viento no dejaba de abrirla y cerrarla ante él. La lluvia exterior había pasado de un sirimiri a un jarreo constante, y los truenos resonaban en la noche mientras él se acercaba cubriéndose la cara de la brisa helada.

«Menuda tormentita nos ha tocado hoy», se dijo.

Se aventuró al exterior, donde el techo del porche lo protegía de buena parte de la lluvia, aunque no estuviese en muy buenas condiciones y ya hubieran empezado a caer goteras. Después extendió la mano hacia el pomo de la puerta y…

Nate sintió que alguien se acercaba por detrás. Oyó el crujido de los tablones, como si hubiera una presencia muy pesada a poca distancia. Ahogaba el estruendo de la tormenta, como un muro que alguien hubiera levantado de repente.

Sintió un aliento en la nuca. Olía a cigarrillos, a cerveza agria y a

lubricante para armas de fuego.

Un rayo iluminó la noche de Halloween, y Nate vio a alguien ahí fuera, en el jardín delantero. Entrevió ese cuerpo enjuto, la barba descuidada y esa boca abierta de par en par.

Y luego todo volvió a quedar a oscuras y resonó otro trueno.

Volvió a sentir ese aliento en la nuca. Volvió a darse la vuelta, con cuidado por si era su hijo, pero no era Olly. Vaya si no lo era. Nate vio a su padre, muy cerca, casi nariz contra nariz. La piel del rostro del anciano se movía y se agitaba como si se le rompiesen los huesos del cráneo para luego volver a formarse, y crujían y estallaban. El tipo siseó con una boca flatulenta y destrozada, y luego le dio un revés a Nate con la pistola. La cabeza de Nate se dobló hacia atrás, y notó un sabor a sangre en los labios partidos. Se tambaleó y cayó de culo al suelo del porche. Y luego volvió a darse cuenta de que su padre sostenía la pistola en la mano izquierda…

Y tenía muy claro que el viejo siempre había sido diestro.

Todos se quedaron esperando mientras Jake se arremangaba la sudadera, como si quisiera demostrar que no escondía nada debajo.

También dio una vuelta sobre sí mismo, con las manos levantadas y las palmas hacia fuera.

Cuando volvió a estar de nuevo frente a los tres, unió los dedos por las puntas y dijo:

—Abracadabra, pata de cabra, no sé qué, no sé cuántos, nana-nanana.

Luego adoptó la pose de flamenco, se llevó la mano izquierda al estómago mientras levantaba la derecha…

Y chasqueó los dedos con la que acababa de levantar.

Le apareció una pistola entre los dedos.

—Y *voilà* —dijo, con una carcajada.

Los ojos de Nate estaban ensangrentados y anegados por la lluvia. Estaba tirado bocarriba, fuera del porche y sin aire en los pulmones. Se afanaba por recuperar el aliento. Le entró más sangre en la boca. Escupió y luego trató de incorporarse, seguro de que el espectro de su padre habría vuelto a desaparecer en la nada, como había ocurrido

muchas veces antes…

Pero se equivocaba.

El anciano caminaba hacia él. Despacio. De manera errática. Como el esqueleto de la clase de ciencias manejado por los críos. El cuerpo de Carl Graves no dejaba de crisparse y de retorcerse: una sacudida en el hombro, un zarandeo de la cabeza, el castañetear agudo de los dientes…, un sonido que era lo bastante intenso como para que se oyese a pesar del viento y la lluvia. Y aún tenía el arma colgando de la mano izquierda.

—Podrido —dijo el anciano. Era una palabra que Nate conocía muy bien. Era algo que decía siempre que bebía más de la cuenta, para expresar su decepción con Nate, con su madre o con el mundo entero. «Todo se ha podrido. Tú estás podrido. Ella está podrida.» Después la agarraba por la garganta, le daba un puñetazo a su hijo en el estómago o arrojaba a alguno de los dos contra la pared. También fue lo que dijo antes de matar a su perra, una pequeña rat terrier a la que Nate había llamado Galleta. Carl había ido a pegarle a Nate en una ocasión, y Galleta le había mordido en la mano. El anciano le gritó: «Maldita perra podrida», y luego la había cogido por el cuello para retorcérselo con fuerza, como si tratara de abrir un tarro de pepinillos que se le resistiese. Un gemido, y la perra se había quedado inmóvil. Eso sí, le había evitado a Nate la paliza aquel día.

Sí, Nate conocía muy bien esa palabra.

«Podrido. Está podrido. Estás podrido. Está podrida, podrida, podrida, podrida.»

Y, con esos recuerdos, también llegó la rabia. Se incorporó de un salto y agarró la mano con el arma del anciano. Era real. De carne y hueso. La retorció y la sintió chasquear. El viejo gritó, y parpadeó detrás de la lluvia.

«¿Los fantasmas sienten la lluvia? ¿Puedes romperle el brazo a uno?»

—Pedazo de hijoputa —dijo Nate.

—¿Eres tú, Nathan?

La voz de Carl sonaba débil y suplicante, borboteante a causa de la lluvia que le entraba por esos enfermizos labios grises. Y luego los

huesos de su rostro volvieron a cambiar y, de repente, el anciano parecía mucho más joven, de la edad con que Nate lo recordaba.

Nate retorció el brazo roto de su padre para acercarlo aún más a él y apuntarle a la cabeza con el arma.

—Voy a matarte ahora mismo, como tantas veces hubiera querido —gruñó Nate mientras apretaba los dientes.

—Podrido. Podrido. Echado a perder. Y ahora está aquí. Necesitas respuestas, Nathan. Necesitas ver.

El cañón del arma presionaba la mejilla con fuerza. Nate metió el dedo en el guardamonte del arma, por encima del de su padre…, un dedo que no parecía un dedo, sino algo más blanduzco e inconsistente, como un gusano rechoncho.

Y luego, cuando iba a apretarlo…

Su padre gritó y empezó a agitar todo el cuerpo…

El ambiente se iluminó con intensidad. Nate oyó un siseo eléctrico y crepitante, y el olor intenso a ozono se le metió por las fosas nasales y lo cegó.

El anciano había vuelto a desaparecer.

Cuando remitió la luz, vio que Jed estaba de pie al otro lado de la puerta. Ojiplático y boquiabierto.

Se quedaron en silencio unos segundos. Luego se miraron.

—Has visto eso —dijo Nate—. También has visto a mi padre, ¿verdad? ¿Verdad, Jed?

—Yo… —dijo Jed.

Era la única respuesta que necesitaba Nate.

Jake sonrió y levantó la pistola.

Hina gritó. Caleb se puso en pie tan rápido que estuvo a punto de caer de la silla, que rebotó contra el suelo. Olly se abalanzó para colocarse delante de sus amigos mientras sentía cómo el miedo se apoderaba de ellos, brillante como una luna llena.

—Baja el arma —dijo Oliver, que notó que le temblaba la voz.

Jake le miró incrédulo, levantó el arma y la observó como si sostuviese algo disparatado: un pepino, un globo de nieve o una polla de goma.

—Por Dios, qué exagerados que sois. Olly, es la pistola de balines

que tenía el día en que nos conocimos, el día en que te salvé de los gilipollas esos.

—¿Qué? —preguntó Caleb—. Olly, ¿de qué está hablando?

—¿No te lo ha contado? —preguntó Jake.

Caleb se giró hacia Jake.

—Cállate ya, tío. ¿Acaso te lo he preguntado a ti? Y baja el arma. Sea de balines o no, esa mierda parece una puta pistola del ejército de verdad. No puedes ir por ahí apuntando a la gente con ella.

—Pensé que os gustaría ver un poco de magia —dijo Jake.

—No puedo seguir aquí —dijo Hina—. No puedo soportar esto. ¿Me voy? —La última frase sonó como si no estuviese segura—. Sí. Me voy.

—Yo me voy contigo —se sumó Caleb.

—No pasa nada, chicos —dijo Olly, y se colocó frente a Caleb—. Jake pedirá perdón. ¿Verdad, Jake? Pide perdón.

Jake negó con la cabeza, indignado, y le lanzó una mirada desdeñosa.

—No voy a pedir perdón. Te salvé el culo con esta pistola. Te he ayudado a hacerte un hombre.

«No me obligues a hacer esto, por favor», pensó Olly. Notó las pulsaciones aceleradas en el cuello, las sienes y las muñecas. Se sintió mareado y sudoroso. Vio la rabia y el miedo en Hina y en Caleb. Eran auténticos. Por otra parte, Jake era una página en blanco. O peor aún: un agujero. Pero era cierto que había salvado a Oliver. Y Oliver le debía una. ¿No?

Caleb le dijo en voz baja:

—Olly, dile que tiene que irse. Dile que se largue.

—N-no puedo. Me ayudó y… A lo mejor podemos arreglar las cosas hablando. U olvidarnos de lo ocurrido. Además, hay tormenta y…

El viento empujó con fuerza las puertas del garaje, como si le hubiera oído, y se agitaron con tanta fuerza que pensó que iban a caer hacia dentro.

Caleb le dedicó una mirada que transmitía la más pura decepción.

—Vale, tío. Nos vemos. —Después se giró hacia Hina—. Vamos, Hina. Salgamos de aquí. Te llevaré a casa en coche antes de que la tormenta vaya a peor.

—Por favor —dijo Olly—. Chicos.

—Dale al botón ya.

Olly se planteó indignarse de verdad por unos instantes, quería actuar como un bebé y patalear mientras decía que no, negarse a pulsar el botón, pero ¿para qué? Sus amigos querían irse. Y los entendía. Él también habría querido irse. La había cagado. Ahora no había manera de arreglar nada.

Pulsó el botón. Se abrieron las puertas del garaje. Caleb y Hina salieron.

—Solo estaba bromeando —dijo Jake, al fin.

—Cállate —espetó Olly.

Y luego se apagaron las luces.

32

Precipitaciones

«Jed ha visto a mi padre.»

Nate lo sabía. Lo veía en la mirada distante de su vecino. Nate lo hizo entrar con cuidado por la puerta principal y dijo:

—Lo has visto.

—Yo… Nate…

—No te salgas por la tangente. Dijiste que habías visto cosas. No me digas que no he visto lo que acabo de ver. No me digas que no lo has visto.

—Lo he visto. He visto a Carl. —Después volvió a enfocar la mirada y miró el ceño de Nate—. Nate. Tu boca. Estás sangrando.

Y entonces se apagaron las luces. Un clic. Un chasquido seguido de oscuridad. El típico zumbido eléctrico de la vida moderna se desvaneció, y se quedaron solos en la oscuridad, oyendo los sonidos del clima: el viento siseante que ahora sonaba como un tren que pasase junto a ellos a toda velocidad, el ruido de la lluvia al dispersarse con rabia, y luego el traqueteo parecido al de alguien que tirase la gravilla del aparcamiento contra el tejado y a un lado de la casa.

—¿Eso es granizo? —preguntó una voz al otro lado del pasillo.

Fig.

—Eso parece —respondió Jed, que recuperó parte de ese carisma amistoso en la voz. Titubeó. Nate sabía que era impostado.

—Ya hablaremos del tema —le dijo Nate a su vecino como sin darle importancia—. Después.

Y luego, medio mareado y con la cabeza embotada, Nate empezó a tomarse en serio la tormenta. Se abrió paso a oscuras por el pasillo, centrándose en un cuadrado de luz que veía en la oscuridad: la luz del

teléfono de Fig.

Maddie preguntó desde la cocina:

—¿Qué ha pasado?

Nate dijo que… que todo iba bien y que solo se debía al mal tiempo.

—Puede que algo haya tirado un poste o que haya estallado un transformador. Mads, ¿podrías traer velas, una linterna o algo así?

Maddie respondió que tal vez siguieran en las cajas de la mudanza, pero sabía dónde encontrarlas. Fue a por ellas.

Nate empezó a buscar su teléfono y encendió la linterna.

—¿Podemos hacer algo? —preguntó Fig, que se encontraba junto a Zoe.

—Qué va —respondió, conteniéndose para no dar la impresión de estar nervioso.

Lo acababa de estrangular su padre muerto, que se le había aparecido como si fuese un loco barbudo de los bosques que lo vigilara. Y Jed lo había visto también, o eso creía, al menos. Si ese era el caso…, significaba que no eran imaginaciones suyas. Aquello era real. Pero ¿cómo de real?

Se llevó la mano a la cabeza, como atontado. Se le mojó la palma. Fig lo iluminó con la linterna, y Zoe dijo:

—Nate. Dios mío. Estás sangrando.

¿Cómo de real?

Así de real. Real como la sangre.

Los fantasmas no te golpean con pistolas, ¿no?

—Estoy bien —respondió Nate, que fingió que no pasaba nada—. El viento empujó la puerta y me dio un golpe en la cabeza. ¿Todo bien por aquí? —Asintieron para indicar que sí lo estaban. Pero ¿él estaba bien?

No, se respondió. No lo estaba.

Pero al menos no estaba loco.

En ese momento, el teléfono de Nate empezó a vibrar.

—También el de Fig.

—Joder, cariño —dijo Zoe.

Nate no entendía qué ocurría allí, pero no tardó en hacerlo. Les sonaban los teléfonos a causa de un mensaje de alerta que indicaba

que el sistema de seguridad de la oficina se había desconectado. Nate le dijo a Fig:

—Seguro que es por la tormenta.

—Claro —aseguró Fig, pero el tono de voz le indicó a Nate lo que iba a decir justo después—: Pero, con arreglo a la normativa, tenemos que ir a comprobarlo. No somos una comisaría, pero ahí dentro hay armas y pruebas. No podemos dejar que alguien se aproveche de la tormenta. Sería culpa nuestra.

—Muy bien —convino Nate. El trabajo era el trabajo—. Cogeré el abrigo.

Se topó con Maddie de camino al armario del pasillo. Chocó con ella de verdad, y tuvo que coger la caja que llevaba antes de que cayese al suelo.

—Vaya —dijo Nate—. Perdona.

A la luz de la linterna, el rostro de Maddie estaba pálido de terror. No quería que se le notase, pero era tan intenso que no fue capaz de ocultarlo.

«Su rompeolas está a punto de resquebrajarse», pensó Nate. La acercó a él.

—¿Qué ocurre?

—Nada. —Le enseñó los dientes—. Todo. ¿Algo? No lo sé. Tenemos que hablar.

—Sí, lo suponía. Pero ahora tengo que ir a la oficina. Se ha desconectado el sistema de seguridad y…

—Nate, hace un tiempo de mil demonios. El viento no deja de rugir. —Maddie no era de las que se preocupaba más de la cuenta, por eso Nate se quedó muy sorprendido cuando le dijo—: No te vayas.

—Tengo que ir. Pero todo irá bien. Voy a ir con Fig.

Maddie cerró los ojos y suspiró.

—Vale.

—Luego hablamos.

—Ten cuidado.

—Lo tendré —dijo, y notó cómo la preocupación le formaba un nudo en el estómago. Después besó a Maddie en la mejilla y le dijo que se despidiese de Oliver por él. Le insistió en que no le iba a pasar

nada.

¿Qué podía pasarle?

33

La espiral

La ansiedad atenazó el pecho de Oliver como si lo estuvieran asaeteando.

Por una parte: la tormenta. Era terrible. Sabía que era terrible. El viento no dejaba de agitar la casa. El granizo golpeaba las paredes como si fuesen perdigones de una escopeta. No era una tormenta normal. El espectro del cambio climático empezó a nublar sus pensamientos: una sombra caliente e inmensa que terminaría por abrasar la tierra y hacer hervir los mares. Pero lo que más le asustaba no era cómo lo afectaría a él, sino cómo iba a afectar a sus seres queridos. A aquellos a quienes ni siquiera conocía. A las aves, a los peces… Por unos instantes, su mente quedó sumida en una espiral y pensó en los gritos de la gente mientras los incendios quemaban sus casas o en todos los ahogados por las inundaciones, en los refugiados forzados a abandonar sus casas para ir a campamentos…

O en su padre, que acababa de salir con esa tormenta. Hacía unos pocos minutos, su madre había asomado la cabeza por la puerta del garaje para decirle que su padre había tenido que marcharse a la oficina. ¿Tenía que ir de verdad? Oliver siempre estaba preocupado cuando su padre era policía, por si fallecía en acto de servicio. Y estaba convencido de que aquella preocupación se había acabado con la mudanza. Pero ahora volvía a aparecer ante la perspectiva de no volver a verle. Otra vez. Un miedo absurdo, pero no podía evitarlo. «Encontraremos el camión accidentado, aplastado contra un árbol, y el cuerpo de papá en una zanja, un cadáver helado.» Y luego se imaginaba lo hecha polvo que se quedaría su madre, y que su dolor solo serviría para multiplicar el de Oliver. Y así estaba Oliver en aquel momento: paralizado por ese dolor imaginario que no hacía más que

multiplicarse.

Y, por otra parte, estaba el hecho de que ahora se sentía como un paria social. Acababa de conseguir que dos de sus únicos amigos del colegio se marchasen. ¿Defender a Jake había sido lo correcto? Sentía como si conociese a Jake, como si lo conociese muy bien, como si hubiese entre ambos una conexión extraña y casi primigenia. Pero el dolor de Jake era un misterio para él. Lo sentía en los demás, pero en él no percibía nada, solo un signo de interrogación que le resultaba fascinante.

¿Por qué había decidido ponerse de su parte?

«Imbécil, imbécil, imbécil.»

Oliver se encontraba sentado con una linterna en una mano que no dejaba de temblar, lo que hacía que el haz de luz se agitase.

—Que les den a esos tíos —dijo Jake.

—No —advirtió Oliver. Apuntó con la linterna hacia los ojos de Jake. Justo antes de que el chico se cubriese la cara con un antebrazo, Oliver vio que su ojo izquierdo se agitaba y se estremecía, que pasaba de un color a otro como si fuese una presentación de diapositivas. Después vio la botella de whisky en la mano de Jake—. Pero ¿qué? Como mis padres vean eso… Un momento. —Se puso en pie de repente—. ¿De dónde la has sacado? ¿Y dónde está la pistola?

Oliver echó un vistazo alrededor con la linterna, de un lado a otro, y no vio la pistola de balines.

—Ya no está. La he guardado.

—¿Dónde la has guardado?

Jake le dedicó una sonrisa lobuna.

—En el mismo lugar del que he sacado la botella.

—Deja de responder con acertijos.

—Es magia, Olly. Magia de verdad.

—Eso no existe.

—¿Qué te apuestas?

—¿Y ahora se pone a nevar? —profirió Fig—. Por Dios, vaya nochecita.

—Feliz Halloween, supongo —dijo Nate mientras reducía la marcha de la camioneta. Suponía que ir despacio era lo mejor, ya que había

que extremar precauciones. El viento podía derribar los árboles, y el granizo y la nieve podían hacer derrapar el vehículo. Y tampoco contaba con que ningún niño hubiera salido a pedir chucherías, pero a saber.

Fig miró el teléfono y dijo:

—Había pensado en llamar a Zoe y decirle que se ha puesto a nevar, pero no hay cobertura.

—Hummm —gruñó Nate—. Puede que se haya caído alguna torre de telefonía. O a lo mejor es solo el mal tiempo.

—A lo mejor.

Se quedaron en silencio un rato mientras Nate avanzaba muy despacio.

—¿Aún te cuesta dormir? —preguntó Fig al fin.

—A veces.

—Eso explica por qué a veces te comportas como un capullo en la oficina.

Nate vio la sonrisa de «te pillé» reflejada en el cuadro de instrumentos del vehículo.

—Qué gracioso.

—La alegría de la huerta. No, en serio. Podrías probar con infusiones de manzanilla o melatonina para contrarrestar tus niveles de cortisol. O comprobar cómo tienes el potasio y el magnesio. De malas, podrías usar aceite de CBD. La hierba es ilegal, pero eso se puede tomar.

—Primero kombucha y ahora esto. Te va el rollito, doctor Oz.

—Ese tío es un estafador. No hay diferencia entre él y Alex Jones o Gwyneth Paltrow. Venden la misma mierda. No, no, Zo y yo hacemos caso a médicos de verdad.

—¿Eh?

Nate giró la camioneta hacia Lenape por el viejo puente de madera. Vieron el resplandor de un relámpago, y el viento empujó el costado del vehículo con tanta fuerza que pensó que habían caído en una zanja. Tuvo que forzar el volante para no salir de la carretera.

—Hay turbulencias, ¿eh?

—Eso parece.

—Zo está embarazada.

Así, de sopetón.

—¿Qué? —Nate parpadeó y rio de verdadera alegría—. Qué maravilla, Fig. No tenía ni idea. Felicidades a los dos.

—Sí.

—No pareces muy contento.

—Lo estoy. Pero… —Fig se quedó en silencio, como si sopesase las palabras, o como si se esforzara por hacerlas aparecer de la nada—. ¿No has pensado en lo irresponsable que resulta traer a un niño a este mundo, tal y como están las cosas? Este presidente de mierda…, el cambio climático…, Dios, ¿qué más? Los antibióticos empiezan a fallar y la gente dice que las abejas y los arrecifes de coral han empezado a desaparecer. Los países se dedican a ampliar su arsenal nuclear en lugar de deshacerse de esas armas. Es que…, joder. Puede que una criatura sea una carga para este mundo, y seguro que este mundo será una carga para esa nueva criatura.

Mientras Fig hablaba, Nate vio el giro que había que tomar para llegar a la oficina, abriéndose paso entre una cortina de nieve y hielo. Metió la camioneta en el aparcamiento y dejó el motor en punto muerto un minuto, ya que la cabina al fin había conseguido calentarse un poco.

—Sí que me preocupa. Me preocupa el mundo que le vamos a dejar a Oliver. Pero hay algo que hace que me olvide de ello casi siempre: la creencia de que mi hijo sea uno de los que ayuden a solucionar todos esos problemas. Puede que se dé cuenta de lo que está mal y decida intentar cambiarlo, ya sea con un cambio grande o con uno pequeño, que intente hacer del mundo un lugar un poco mejor. Lo más útil que puedo hacer es intentar criarlo lo mejor posible y no…

Había estado a punto de decir: «Y que no herede todas las cosas malas que tengo yo», pero otro relámpago iluminó la oficina y Nate vio algo que brillaba cerca.

Fig también lo vio.

—Hay una ventana rota —dijo.

—Eso parece —respondió Nate.

—Vamos a dejar esta conversación pendiente por el momento. Pero

gracias.

—De nada, compañero. Vamos al lío.

—Sígueme —dijo Jake—. No puedo abrir la puerta del garaje porque no hay electricidad, así que ven por aquí.

Y salió de allí en dirección a la casa a oscuras. Oliver le susurró que se detuviese, pero Jake siguió caminando, por lo que terminó por seguirle. Oyó voces que murmuraban en alguna parte de la cocina: su madre, Jed y Zoe, la mujer de Fig. Oliver reconoció los tonos graves de una conversación cargada de preocupación, y hasta eso consiguió que se le revolviese el estómago. Si los adultos estaban preocupados, no había duda de que él también tenía razones para estarlo.

Pero no tuvo tiempo para pensar en ello, porque Jake se colocó a su lado, lo agarró y empezó a tirar de él. Con fuerza.

—Venga. Vamos.

—Espera. Ay. Yo…

Llegaron hasta la puerta principal. El viento aullaba en el exterior. Jake se acercó para abrir, y Oliver se zafó y dio un paso atrás.

—Oye, no podemos salir. Está granizando.

—Yo no oigo el granizo. Parece que ha parado.

Eso parecía. Oliver ladeó la cabeza para escuchar mejor los sonidos del exterior…

Y no oyó el granizo.

Jake abrió la puerta mientras Oliver estaba distraído. Salieron juntos al porche, y tampoco vieron que estuviese lloviendo. No llovía ni granizaba. Había empezado a nevar. Unos copos blancos caían de lado en la oscuridad.

—Nieve —dijo Olly.

—Estás hecho todo un detective.

—Calla.

—Vamos —dijo Jake, que salió del porche y avanzó hacia la tormenta. Trató de pisar con firmeza mientras el viento le alborotaba el pelo—. No quiero que nadie vea lo que voy a enseñarte.

—Jake, no sé si quiero ir.

Y luego llegó la pregunta:

—¿Confías en mí?

La pregunta flotó en el ambiente, sin respuesta. Inmóvil a pesar del tiempo, ajena a la nieve. Reverberó tanto que ahogó los ruidos de la tormenta.

«¿Confías en mí?»

¿Confiaba en él? ¿Confiaba en Jake?

Jake era brusco y un poco bruto. También medio gamberro y un poco capullo. Pero no tenía miedo. Iba por el mundo sin que nada le hiciese plantearse el porqué de las cosas, y eso era algo que Oliver encontraba fascinante, aunque no le ayudaba a responder la pregunta relativa a la confianza. No podía negar que lo encontraba cautivador, de una manera que era incapaz de describir. No era de forma romántica. No estaba enamorado, ni lo consideraba atractivo, y a una parte de él incluso le resultaba extraño planteárselo, como si fuese un primo o un hermano o algo así. Eso era lo que sentía por él, se sentía como si fuese un hermano. Más que un amigo, o diferente al menos. Un hermano. Uno que había salvado a Oliver cuando Alex Amati quería matarlo, uno que le había dicho la cruda y desagradable verdad sobre todas las cosas.

Y eso respondía a la pregunta.

Oliver salió del porche y siguió a Jake por el patio delantero, aventurándose entre la tormenta y en dirección al bosque que empezaba más allá.

—Mira esto —indicó Fig, que dirigió el haz de luz de su linterna hacia una mancha roja. Era sangre que brillaba en uno de los bordes puntiagudos de cristal roto que habían quedado en el marco de la ventana. La sangre había empezado a formar cristales de hielo.

Nate se estremeció.

—No sé qué puede haber pasado aquí, Fig.

—Yo tampoco, compañero.

—Compañero. ¿Te has oído? Qué dulce.

—Soy dulce como un melocotoncito, Nate.

—Pensé que se decía como las fresas.

—A ver, lo importante es que soy dulce y ya.

—Vale, vale. —Nate suspiró—. Supongo que no podemos olvidarnos de esto y volver a casa, ¿verdad? Fingir que no hemos visto nada,

abrirnos una cerveza y comer chucherías de Halloween. Eso estaría bien. Al menos, hasta que se acabe todo este lío.

—Pues a mí me parece un planazo, qué quieres que te diga.

—Pero hay que trabajar, claro.

—Por eso nos pagan un pastizal.

Ambos rieron, porque claro, un pastizal tampoco era.

Se dirigieron juntos hasta la puerta para echar un vistazo dentro de la oficina.

Oliver avanzaba recto a través del bosque y de la tormenta, sorprendido por la manera en la que todo parecía brillar con una luz inquietante a causa de la nieve. El viento y la nieve a veces lo azotaban como una ventisca, y otras todo quedaba inmóvil, el ambiente cubierto de tenues copos que caían con suavidad. Oliver se estremeció cuando el frío se apoderó de él. El tiempo se había vuelto loco. La temperatura había caído en picado. Y él mismo sentía algo muy parecido.

Frente a él, Jake estaba a punto de perderse de vista.

—¡Jake! —gritó Oliver.

Oyó una risa. El otro chico era poco más que una sombra bajo aquel resplandor. Después, desapareció. Oliver se afanó por seguirle el ritmo y trotó entre los árboles, a través del sotobosque quebradizo…

Pero no volvió a ver a Jake. Había desaparecido.

—¡Jake! —volvió a gritar.

Algo se abalanzó sobre él por un lado, una silueta negra que se movía muy rápido, con una túnica oscura que parecía la de la mismísima muerte.

Oliver gritó.

Y Jake rio. Era él, con esa sudadera con capucha abierta y extendida por detrás como si fuesen un par de alas de murciélago abiertas.

—Qué fácil es asustarte —observó Jake.

Oliver se apoyó en un árbol; el corazón le latía desbocado. Hizo un gesto de desagrado mientras el viento y la nieve le azotaban el rostro.

—Eres un capullo.

—Puede. Es aquí. Ahí delante hay un pequeño claro.

Caminaron diez pasos, cruzaron entre árboles y maleza y salieron al

pequeño claro al que se refería Jake. En parte era un espacio despejado porque se había caído un árbol, seguro que hacía muchos años, a juzgar por el aspecto que presentaba el lugar. Lo había hecho sobre una roca con forma de caparazón de tortuga, por lo que el tronco se había roto como un hueso podrido. La nieve había empezado a acumularse sobre él.

—Aquí está bien —dijo Jake—. ¿Listo para ver algo de magia?

Oliver no estaba seguro. Tenía la sensación vertiginosa de caer por una montaña rusa.

—¿Qué vas a enseñarme?

—Todo —respondió Jake—. Todo.

La oficina también se había quedado sin electricidad. (Aun así, Nate fue incapaz de no hacer ese gesto tan humano y tan inútil de pulsar el interruptor tres o cuatro veces para comprobarlo.) La alarma, que era silenciosa, funcionaba gracias a unas baterías de emergencia; de ahí el aviso. Fig tecleó el código para desconectarla.

Después, Nate y Fig movieron los haces de la linterna por el lugar. Todo parecía estar en orden.

Menos la ventana rota, claro.

Eso era inquietante.

Los trozos de cristal cubrían la moqueta junto a la ventana. Y también había más sangre. Nate captó un pequeño rastro rojo con la linterna.

Llamó la atención de Fig y se lo mostró apuntando con la luz. Después Fig se llevó un dedo a los labios, un mensaje muy claro: «Silencio. Puede que tengamos compañía».

Esperaba que fuese un animal.

Nate movió el haz de luz con cuidado a lo largo del rastro de sangre. No veía pelo. Solo sangre. Recorría la oficina, directo a la parte central y rodeando el escritorio de Fig. Miró a su compañero para asegurarse de que ambos veían lo mismo.

Y así era.

Nate desabrochó la funda de la pistola. Fig hizo lo propio.

Le indicó que fuese por la izquierda, y luego se tocó el pecho para señalar que él iba a ir por la derecha. Se separaron y fueron cada uno

en una dirección.

Nate se acercó despacio al centro de la oficina, rodeando la sangre sin pisarla. Apuntó con la linterna a la pata del escritorio y luego gritó:

—Está en la oficina de Caza y Pesca. ¿Hay alguien ahí?

Silencio.

Pero luego: movimiento. Le dio la impresión de ver la parte superior de la cabeza de alguien, húmeda y resbaladiza. Y una extremidad pálida, puede que una rodilla, por un lado del escritorio. Después desapareció, como si intentase esconderse.

A Nate se le encogió el estómago. Algo iba mal, pero no mal de la manera más obvia. Sí, sabía que el hecho de que hubiese una ventana rota y sangre en la moqueta era indicio suficiente de que algo no iba bien, pero tenía la sensación de que lo que fuera estaba mal, mal de verdad, de una manera tan profunda que convertía aquel instante en un mero trámite. La maquinaria fundamental de las cosas había empezado a romperse de una manera que Nate era incapaz de comprender, o de ver incluso. Lo sentía. El frío se extendió por sus huesos y notó un leve pitido en los oídos. El miedo se apoderó de él como si lo hubiese cubierto una ola helada. Le dejó los pies anclados al suelo, y sintió que estaba a punto de mearse encima. En ese momento, le vino a la mente una pregunta:

«¿Esto era lo que sentía Oliver todo el tiempo?».

Y luego, una pregunta más extraña:

«¿Sabrá Oliver algo que los demás no sabemos?».

Fig había sacado el arma y la tenía levantada. Habló con determinación:

—Te acabamos de ver. Ponte en pie. Despacio. Estamos armados.

Algo se movió detrás del escritorio. Un murmullo. Un gimoteo.

Y luego alguien se puso en pie. Estaba pálida e iba desnuda. Una chican, más joven que Oliver, aunque no mucho más, que no dejaba de temblar. Se tapaba el cuerpo con los brazos ensangrentados para ocultar su desnudez. También le sangraban las piernas, arañadas sin duda por culpa de la caída después de romper la ventana. Tenía el cabello rubio y largo que le enmarcaba las facciones como si fuesen

cortinas mojadas, pero aun así no conseguía cubrirle lo que tenía en la mejilla, lo que tenía arañado en la mejilla:

Era un número. No del todo cicatrizado. El número treinta y siete.

—Háblame de Edmund Reese —le dijo Maddie a Jed en la cocina—. Quiero saber quién era.

—¿No podemos hablar de algo más agradable? —suplicó Zoe.

—Me gusta hablar de cosas agradables —aseguró Jed—, pero tiendo a verme atraído por las historias más escabrosas. Tengo curiosidad, Maddie. ¿A qué viene ese interés tan repentino? ¿Se debe a que lo mencioné en mi historia de Ramble Rocks?

—No. N-no lo sé. Solo es curiosidad. —Le dedicó una sonrisa incómoda—. Al menos, así no hablaremos del mal tiempo.

Jed asintió.

—Claro, claro. ¿Qué quieres saber?

—Asesinaba a jóvenes.

—Yo diría que eso es más una afirmación que una pregunta. Pero sí, es cierto. A jóvenes. O, más que a jóvenes, a adolescentes, por así decirlo.

—Y… ¿Les grababa números en la piel?

—Sí, eso hacía. Tenía una verdadera obsesión con los números y con la numerología. También con la demonología. Y con la escatología. Mucho ocultismo. Pero los números eran lo que más le obsesionaba. Sobre todo, el noventa y nueve. Algunos de los guardias del corredor de la muerte dijeron que había planeado matar a noventa y nueve jóvenes. Estaba claro que era un tipo muy aplicado. Y la culminación de esos asesinatos desbloquearía algo, algo que no era un nuevo poder en él, sino más bien un acontecimiento de consecuencias escatológicas. «La suma total de una ecuación», decía.

Zoe se acercó a una de las velas, como si buscase consuelo en la luz y el calor.

—Has dicho una palabra cuyo significado desconozco. ¿Escato… qué?

—Escatología. Es el estudio del fin del mundo: los acontecimientos finales del hombre en este mundo. Perdón, de la humanidad. No quería sonar patriarcal. Ya sabes. Apocalipsis. Armagedón. Ragnarok.

Arrebatamiento.

—¿Eso es lo que quería Reese? ¿El fin del mundo?

—Es difícil saberlo a ciencia cierta. No era un tipo a quien le gustase hablar. Pero entre las conversaciones con los guardias, los cuadernos y lo que garabateaba en las paredes de su casa, podríamos decir que es una conclusión adecuada.

—¿Por qué?

—¿Por qué quería el fin del mundo?

—Sí.

Jed no dudó con la respuesta:

—Porque tenía lo que se podía considerar una mezcla de megalomanía y de trastorno de estrés postraumático. Tal vez fuese un sociópata. O quizá, y solo quizá, se le había metido en la cabeza que hacía una buena acción. Lo correcto. Mucha gente ha hecho cosas terribles con el mismo motivo.

—¿Eso es lo que crees? ¿Crees que hacía lo correcto?

—Claro que no. ¿Cómo iba a pensar eso? Pero mi trabajo no es juzgar a los demás, solo relatar lo que descubro. Enseñar y entretener. —Titubeó un poco—. Encontrar la verdad a pesar de la tormenta.

Jake tenía un libro en la mano, un tanto raído y encuadernado en tela. Viejo y ajado, con la cubierta del color del agua mezclada con barro. Oliver tardó un momento en darse cuenta de que el viento no agitaba las páginas. Y la nieve tampoco llegaba a tocarlas. Parecían moverse de una manera que desafiaba su comprensión de la realidad física. «Magia», había dicho Jake.

Abrió el libro por la mitad, y Oliver se acercó más. Parecía un libro de registro, más ancho que alto, casi apaisado. Y estaba claro que era muy viejo. No estaba hecho para parecer viejo, sino que realmente era muy viejo. Décadas. O puede que cientos de años.

La primera página mostraba un registro de lo que parecían ser accidentes. Accidentes de minería. Un dedo perdido. Un brazo roto. Una roca que había caído. Un túnel que se había derrumbado.

Una fatalidad.

Todo estaba escrito en páginas amarillentas del color del humo de los cigarrillos.

La tinta era de un azul polvoriento y desteñido, como si el libro se empeñara en olvidar las tragedias que había reseñado.

Oliver pensó:

«¿Cómo es que puedo verlo?»

Era de noche y estaban en mitad de una tormenta en el bosque, pero reparó en que las páginas brillaban un poco. Una luz inquietante que emanaba del libro, como proyectada a través de un estanque.

—¿Qué es esto?

—Es *El libro de los accidentes* —dijo Jake. Sonrió a Oliver, y ese ojo extraño pareció brillarle. La voz adquirió un tono grave y suave. La tormenta había dejado de oírse—. Es un registro de los accidentes producidos en una mina de carbón. Accidentes que no son accidentes, porque los accidentes nunca son fortuitos, Olly. Son el resultado de algo que ha salido mal, de cosas rotas. Pero esto no es solo un registro.

—¿A qué te refieres?

—Por decirlo en términos que seas capaz de comprender…, esto es una especie de libro de hechizos. Mi libro de hechizos.

Los dedos de Jake recorrieron las páginas, y las palabras parecieron moverse y agitarse, como las hormigas cuando les acabas de destrozar el hormiguero. Después levantó los dedos y empezó a moverlos en espiral, desde el centro hacia fuera. Y mientras lo hacía…

El aire empezó a brillar y a estremecerse. Los copos de nieve chocaron contra el espacio que ocupaba esa circunferencia dibujada en el aire y empezaron a sisear antes de convertirse en pequeñas volutas de humo. Tssss. Al principio, mirar ese brillo era como mirar una carretera un día de mucho calor, pero luego Jake empezó a expandir la espiral cada vez más y más rápido, y lo que tenían delante empezó a distorsionarse aún más…

Hasta que pareció que la espiral empezaba a abrir el mundo, abrir la realidad, como si el Doctor Extraño abriese un portal a otra parte.

¿Era una puerta? ¿O una ventana?

Fuera lo que fuese, lo que había detrás era…

Nada. Un espacio vacío. Profundo. Acaso interminable. Pero luego, no… No estaba del todo vacío. Había algo ahí dentro. Algo más oscuro que la nada. Y también había algo que brillaba, muchas cosas

pequeñas. Como estrellas. Oliver miró hacia el vacío, y el vacío le devolvió la mirada.

La chica no dejaba de temblar.

—Nate —llamó Fig. No dijo nada más. Era una palabra nacida del pavor, de la conmoción y llevaba con ella una pregunta implícita: «¿Estás viendo lo mismo que yo? Y, si ese es el caso, ¿qué coño está pasando aquí?».

La tormenta eléctrica y de nieve iba a más en el exterior. Como resultado, a Nate le castañetearon los dientes, y aquello asustó aún más a la joven. Ella gritó y cerró los ojos con fuerza, mientras el cuerpo se le tensaba aún más.

—Tranquila —dijo Nate, que intentó ser amable. Bajó el arma y la enfundó. Fig hizo lo mismo—. Fig, ¿hay alguna manta por aquí?

—En la otra habitación —respondió. Luego salió de la oficina y dejó a Nate solo con la chica.

—¿Por qué no rodeas el escritorio para salir de ahí? —preguntó Nate.

La joven se quedó inmóvil.

—¿Puedes hablar?

Ella asintió, aunque no dijo nada más.

—¿Cómo te llamas?

—No… No me acuerdo.

«Joder. Vale.»

—¿De dónde vienes? ¿Tienes padres? ¿Vives cerca?

La única respuesta fue un leve asentimiento.

Nate se acercó un poco.

—¿Podría acercarte la silla, al menos? Tendrías un lugar donde sentarte, y así no tendrías que hacerlo en el suelo.

En ese momento, Fig llegó con la manta. Se la dio a Nate, que se acercó un poco más a ella. La joven se estremeció y emitió un gemido propio de un animal asustado.

«Pero ¿qué le ha pasado a esta chica?»

Nate intentó cambiar de estrategia. Dejó la manta al borde del escritorio antes de dar un paso atrás. Vio el número en su mejilla…

Nate sabía a quién le gustaba grabar números en las mejillas de

mujeres jóvenes.

Pero Edmund Reese estaba muerto. Tenía que ser un imitador.

La joven extendió la mano hacia la manta, la cogió despacio y se envolvió con ella.

—Nate —dijo Fig, que se lo llevó a un lado—. Deberíamos llevarla al hospital. Está herida por los cristales. ¿Y le has visto la cara? Dios. ¿Quién le ha hecho eso? ¿Habrá sido ella misma? Sea como fuere, necesita que la vea un médico. Y también una valoración psicológica. Médicos, policías. Esto va mucho más allá de nuestras capacidades.

Nate asintió.

—Señorita, creemos que lo mejor es que la llevemos al hospital. El St. Agnes no está lejos, a diez minutos en coche. —Era mentira. Con la tormenta iban a tardar el triple, pero sería más fácil engatusarla si le decían que el viaje era corto. Parecía frágil, como una torre de tazas de té que repiquetease y se desestabilizase con el menor roce—. Vamos a salir de la oficina y…

Giró la cabeza. Abrió desmesuradamente los ojos a causa del pánico.

—No. ¡No! ¡Él está ahí fuera! Me encontrará. ¡Me encontrará!

Volvió a hacerse un ovillo y se cubrió aún más con la manta.

—Con nosotros estás a salvo —dijo Fig. Le lanzó a Nate una mirada penetrante y articuló las palabras: «¿Qué coño…?».

Nate se acercó a ella con cuidado para colocarse delante. Ella se encogió de miedo, pero no cedió al pánico ni intentó escapar. Nate puso las manos en alto.

—Señorita, soy un expolicía de Filadelfia. Mi compañero y yo somos agentes locales de Caza y Pesca. Podemos protegerla de quienquiera que le haya hecho daño. —Ella asomó la cabeza por el borde de la manta. Se le veía poco más que los ojos. Miraba a Nate con cautela, pero le dio la impresión de que se había calmado un poco—. Tengo un hijo que debe de ser más o menos de tu edad. También lo protejo a él. Me dedico a eso. A asegurarme de que todo el mundo esté a salvo. ¿Vale?

No le quitó ojo.

Y ella no le quitó ojo a él.

Asintió al fin.

—Vale.

La chica se puso en pie.

«Vamos allá», pensó Nate.

Pensar en Edmund Walker Reese y todas sus víctimas solo consiguió que Maddie se preocupase por su hijo. Pensar en niños en peligro, con independencia del lugar en el que se situasen en el espectro de género, hacía que se le revolviesen las tripas. Se dirigió al garaje, linterna en mano, para comprobar cómo estaba Oliver.

—¿Olly? —llamó, mientras desplazaba el haz de luz de un lado a otro—. Chaval. Chaval.

Pero allí no había nadie. Se metió aún más en el garaje, buscó entre los coches y después detrás de ellos.

Nada. No vio a Oliver, ni a Jake, ni a Caleb, ni a Hina.

La puerta del garaje estaba cerrada. Nadie la había abierto. No había electricidad.

«Joder.»

Volvió al interior y recorrió toda la casa mientras llamaba a su hijo. El pánico empezó a apoderarse de ella, como si fuese una manada de lobos que le pisase los talones.

Jake empezó a gesticular más despacio, pero la espiral permaneció abierta. La calma y aquel vacío infinito permanecieron a su alrededor. Era un lugar tan profundo y tan oscuro que casi parecía púrpura, como un moretón bajo la piel de la mismísima realidad. Oliver se fijó en unas luces que titilaban en las profundidades, en algún lugar situado más allá. Eran como estrellas, pero al mismo tiempo no lo parecían en nada. No eran como ojos y, aun así, sentía que lo miraban. Las luces también parecían prismas. Haces fracturados de un faro roto, lanzas de luz resquebrajadas que latían, centelleaban y se apagaban antes de volver a brillar con fuerza. La tranquilidad de ese otro lugar se filtraba en él. Había un vacío en su interior que se comunicaba con ese vacío; algo culebreaba en ese negro amoratado, y algo en su interior respondía del mismo modo.

Maddie salió de la casa a toda prisa, en dirección a la tormenta, y

una ráfaga de viento la empujó con tanta fuerza que pensó que iba a salir volando contra los árboles. Un trueno estalló sobre ella mientras la nieve y el hielo se le clavaban en las mejillas. En algún lugar del bosque, perdido en la oscuridad, oyó el chasquido de una rama al desgajarse de un árbol y rebotar en otros hasta caer con fuerza al suelo. No dejaba de gritar el nombre de Oliver una y otra vez:

—¡Olly! ¡Olly! ¿Estás ahí?

Ni tampoco de imaginarse un sinfín de posibilidades cada vez menos probables: que se hubiera subido al camión en dirección a Caza y Pesca sin que lo viesen, que deambulara por el bosque y ahora se encontrara atrapado debajo de un árbol caído, que Nate tenía razón sobre Jake y aquel chico con un ojo extraño había provocado la muerte de su hijo, que el espíritu de Edmund Walker Reese estaba ahí fuera en ese momento con intención de grabar un número en la mejilla de su hijo antes de destriparlo sobre una roca…

Echó un largo vistazo por el jardín y por el bosque que había al fondo…

«Por favor, Olly. Por favor…»

Un brillo. En los bosques.

Maddie se abrió paso a través de la tormenta y corrió con todas sus fuerzas hacia él.

Se aventuraron al exterior, hacia la tormenta fuerte y virulenta. Nate ayudó a salir de las oficinas de Caza y Pesca a la chica con todo el cuidado del que fue capaz. Hacía cálculos mentales sobre la manera más rápida de llegar al hospital mientras le daba conversación para tranquilizarla. Fig la acompañaba al otro lado, y juntos avanzaron contra el viento y la nieve hacia el camión de Nate.

—Todo irá bien —decía Nate, tanto para Fig, como para sí, como para ella—. Todo irá…

Estuvo a punto de repetir «bien», pero justo en ese momento sintió un zumbido en las muelas. Empezaron a llorarle los ojos y notó un extraño olor parecido al de los componentes electrónicos al arder.

Un rayo cayó justo frente a él y abrió un agujero en el suelo a tan solo unos tres metros de distancia de la camioneta. El mundo quedó oculto tras una cortina de luz blanca, y Nate vio que el relámpago no

se parecía a ninguno que hubiese visto antes. Había formado un pilar de electricidad del que salían unos apéndices de un azul intenso que chisporroteaban como látigos y se enroscaban sobre sí mismos. Y ahí en medio vio a una persona. O tal vez solo fuese la silueta de una: un hombre recortado contra la luz. Con algo en la mano.

«Un cuchillo», pensó Nate.

Estalló un trueno, y notaron el impacto de la explosión sónica.

Después, el relámpago desapareció, y también la persona.

—Nate —dijo Fig.

—También lo has visto.

—Era él —dijo la chica. Intentó apartarse. Se zafó del brazo de Nate y echó a correr de vuelta a la oficina.

Nate le gritó para que regresase…

Ella aulló de auténtico pavor…

El cielo volvió a abrirse a causa de otro rayo. En esta ocasión, el pilar de luz y electricidad golpeó a la chica…

Y también a Nate.

El vacío se estremeció. Un rayo de estática que parecía un televisor antiguo y roto ondeó a través de su superficie. A Oliver le pareció ver una cara, algo que lo miraba desde allí. Una boca blanca y unos ojos negros. Zumbaba y murmuraba y canturreaba una canción, disonante y extraña. El sonido de esa canción tenía peso, tenía presencia, y empezó a llenar el vacío con forma, un acto de creación, como Dios o como un dios (o como lo opuesto a uno), que hacía aparecer cosas de la nada solo con su celestial voluntad.

Pero lo que hacía aparecer no era nada nuevo, sino cosas que ya existían. Oliver vio el pasillo de un instituto. No era ninguno que reconociese, pero sabía lo que era gracias a las taquillas, a la alarma gris que se veía en la pared y el tablón de anuncios que había debajo. Por todo el pasillo podía ver alumnos como él, que iban de un lado a otro con las mochilas, libros en las manos, algunos de ellos reían y otros parecían enfadados, todos con ese pequeño núcleo de dolor oscuro anidado en algún lugar de su interior. Una niña con una mochila de *Star Wars* reía, un chico con el cuello de la chaqueta levantado como si viviese en los años ochenta le hizo dos peinetas a

uno de sus amigos, un profesor salió al pasillo y les indicó a los chicos que pasasen al aula con ademán fatigado…

Y luego, la explosión. Como un disparo que sonase en el oído de Oliver. Los pasillos se vaciaron. No quedó nadie…

Nadie vivo, al menos.

Había siete cuerpos en el suelo. La sangre empezaba a acumularse a su alrededor. Un tiro en el centro de la espalda de uno de ellos. Una chica se golpeó contra la taquilla con dos agujeros en el pecho que empezaban a teñirlo de rojo. Otro niño, con una camiseta del Capitán América, estaba tumbado bocarriba en el suelo, sin mandíbula, con el agujero negro y húmedo de la garganta al descubierto mientras la sangre se le derramaba por el cuello, el suelo y la camisa azul, que había empezado a ponerse violeta. Alguien lloraba a lo lejos. Se oyó un grito.

Bang.

La imagen del vacío volvió a cambiar. Ahora, un joven no mucho mayor que Oliver se encontraba sentado en una silla frente a unos monitores. Llevaba una especie de uniforme. No sabía si del ejército o de la Armada. El brillo de las pantallas lo cubría por completo. Llevaba puestos unos auriculares. Sostenía un *joystick* de simulador de vuelo en una mano, mientras que la otra se afanaba por abrir el envoltorio de un chicle que luego se metió en la boca. Lo mascó y movió la mandíbula como si fuese un caballo. El dolor se reflejaba en sus ojos apagados, un dolor que solo Oliver era capaz de ver, dolor que se asemejaba a un cúmulo de serpientes que se reproducían y luego se enrollaban sobre sí mismas cada vez más. En la pantalla, una boda: la novia de blanco con henna en las manos, el novio con una kefia roja. Brindan y aplauden y ríen, bailan en círculos y círculos y círculos. Las manos del joven se aferran al *joystick*, aprietan un gatillo. Unos segundos más de ese jolgorio matrimonial antes del frufrú, el ruido de algo que se abre en el cielo. Y luego todo queda sumido en las llamas. El joven de la consola vuelve a desenvolver otro chicle. El dolor de su interior no se desvanece, sino que crece y se hincha cada vez más.

Bang.

Niños arrodillados junto a jaulas de perros; meten los dedos por los huecos pequeños de la malla, todos lloran mientras los mocos les cuelgan de la nariz como cuerdas…

Bang.

Alguien propina un puntapié a un hombre que duerme sobre una enorme pila de cartones. Las costillas crujen bajo la bota…

Bang.

Niños de primaria rodean a uno más pequeño y más débil. Es invierno. Hay nieve en el suelo. El cielo tiene el color de un sombreado a lápiz. Le frotan hielo en la cabeza y en los ojos. Le presionan piedras contra la frente, con tanta fuerza que le dejan marcas, unas marcas rojas en carne viva. Uno de ellos tiene una mierda de perro congelada dentro de un frisbi y empieza a acercársela a la boca. El niño aprieta los labios con fuerza, pero llora y no puede respirar por la nariz, por lo que no tarda en abrir la boca y darles a esos seres despiadados la oportunidad de…

Bang.

Un niño de rodillas y esposado a un radiador. Con el labio roto. Una línea roja y húmeda brillándole en medio de la boca. «Soy yo», pensó Oliver. Eso no tenía sentido. ¿Cómo iba a ser él? Pero lo era. Más joven, sí. Y también un poco diferente. Tenía el pelo más rubio que castaño, y también más corto, rapado. También tenía pecas en las mejillas, pero pensó: «Se parece muchísimo a mí». Era como mirarse en un espejo deformado. Después apareció alguien y al verlo aquel Oliver se estremeció y apretó los dientes. Una mano salió disparada de la nada y lo empujó contra ese viejo radiador de metal, que resonó con ruido metálico. Y una voz dijo:

—Eso te pasa por tratar de escapar.

Y Oliver pensó:

«Conozco esa voz».

Era la voz de su padre. La voz de Nate Graves. Más áspera, grave y gutural, como si se hubiese fumado unos cigarrillos o tuviera la garganta quemada por un reflujo ácido. Pero estaba seguro de que era él, y Oliver, el de verdad, intentó apartar la mirada, intentó gritar, pero notó la lengua pastosa, la boca seca, y no pudo alejarse ni emitir

sonido alguno y…

—Oliver.

¿Esa era su voz? O…

—Oliver.

Era la de otra persona o…

—¡Oliver!

Soltó un grito ahogado. La nieve revoloteaba a su alrededor. Se dio la vuelta. Jake había desaparecido y unos árboles oscuros se erguían sobre él. Le dio la impresión de que habían crecido, que se habían arqueado sobre su cabeza como si amenazasen con aplastarlo contra el suelo y mantenerlo allí. Se mareó un poco. Oliver se volvió hacia un lado, pero le dio la impresión de que su cerebro y sus tripas habían girado hacia el lado contrario. Después, pasos. Se acercaban rápido. Alguien corría hacia él.

Su madre.

«Mamá.»

Ella era la que había pronunciado su nombre.

Maddie lo encontró, lo abrazó, y Oliver se derrumbó contra ella, atragantándose entre sollozos.

La joven gritó a causa del relámpago. El rostro se le estremeció y perdió concreción, como si la luz blanca se la tragase centímetro a centímetro. Nate extendió el brazo hacia ella y le agarró la mano con fuerza. Gritó para pedir ayuda a Fig, pero nadie le respondió. No veía a su compañero a causa de esa luz cegadora. Lo único que veía era la mano de la joven y la suya, e intentó tirar para acercarla contra sí. Tenía que salvarla de lo que quiera que fuese aquello.

Pero encontró resistencia. Algo tiraba de ella hacia el otro lado. Vio el rostro de la joven, que ya casi había desaparecido del todo. Pero se miraron a los ojos. Los de ella estaban abiertos de puro terror. También habló, un susurro entre dientes que parecía un grito:

—A-yu-da.

Una mano se cerró alrededor de la garganta de la joven. Se empezó a asfixiar.

—¡Gggg!

Y un segundo rostro apareció sobre su hombro. Era el de un

hombre, y Nate lo conocía. Lo reconoció al instante. Lo había visto demasiadas veces de un tiempo a esa parte.

¿Dónde? En la cubierta del libro de Jed: *Sacrificio en Ramble Rocks: Los asesinatos satánicos de Edmund Walker Reese*.

—Reese —dijo Nate, y su voz quedó ahogada por el relámpago.

El hombre rugió, y algo salió despedido hacia él trazando un arco amplio y reluciente… Nate vio el cuchillo solo medio segundo antes de que le cruzase la cara. Notó la sangre. Sintió un dolor en la coronilla, como si tuviese una hilera de cabezas de cerilla encendidas. Gritó. Y aflojó el agarre de la joven lo bastante como para perderla.

El hombre susurró:

—Es mía, mosca cojonera.

El desconocido se abalanzó sobre Nate con el arma blanca, pero algo cayó en picado hacia él. Nate fue incapaz de ver de qué se trataba. Algo con alas. Un agitar de plumas se interpuso entre el asesino y él mientras el relámpago se disipaba entre chasquidos.

La joven desapareció. El relámpago se apagó. Y Nate cayó al suelo.

34

La línea divisoria

Más tarde.

Nate estaba sentado en el exterior. La tormenta había pasado. El viento había remitido y ya no nevaba. El bosque estaba tranquilo. Y también blanco, como si el mundo estuviese hecho de huesos suaves como nubes.

Fig había metido un poco de nieve en un cubo y le había dicho a Nate que cogiese un puñado y se la presionase contra la herida en la cabeza mientras él iba a buscar gasas. Nate obedeció. La nieve quemaba en la herida como si fuese sal.

Fig salió del edificio con las gasas, esparadrapo quirúrgico y un puñado de toallitas de papel.

—Sécatela. Después te pondré esto.

—Gracias, enfermera Ratched.

Hizo un mohín de dolor mientras se enjugaba la herida. Las toallitas terminaban negras a causa de la sangre coagulada.

—¿Qué pinta tiene?

—Pues parece como si algo hubiese intentado abrirte la cabeza. Te van a tener que poner puntos. Seguro que te parecerás a Frankenstein.

—Frankenstein era el doctor, no el monstruo.

Fig se encogió de hombros.

—El doctor sí que era un monstruo, Nate. Pero eso no viene al caso ahora. ¿Vamos a hablar de lo que vimos?

Nate se quedó con la mirada perdida.

—No lo sé, Fig. No lo sé.

Fig empezó a perder los nervios, asustado, y a gesticular como loco.

—Pues yo vi a una joven con un número grabado en la cara. Y también vi a un hombre que llegó a lomos de un rayo, un rayo que

luego fue directo a por ella y la hizo desaparecer como si… como si… como si nunca hubiera estado aquí. Después la perdí de vista y tú empezaste a sangrar.

—No soy capaz de explicarlo.

—Yo tampoco, compañero. Yo tampoco. —Fig enrolló la gasa con torpeza alrededor de la cabeza de Nate, con la delicadeza propia de un pitbull en un jardín lleno de setas. Nate se apartó y al final se lo hizo él mismo—. Vas a tener que ir al hospital. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé. Lo sé.

—Iré a buscar algo de cartón y cinta para la ventana. ¿Estarás bien por aquí? Dame un momento e iremos al St. Agnes.

Nate asintió, y usó el pulgar y el índice como buenamente pudo para cortar un pedazo de esparadrapo con el que acababa de envolverse la cabeza. El esparadrapo se empapó de sangre. Joder.

—Sí, todo bien. Haz lo que tengas que hacer.

Fig volvió al interior de la oficina.

A. Yu. Da.

La súplica de la joven volvió a irrumpir en los pensamientos de Nate. Se quedó sentado un rato en el capó de la camioneta mientras recordaba ese momento una y otra vez. Ese rostro. Esa súplica. Y luego: Reese. Con un cuchillo. ¿Cómo podía ser posible algo así? ¿Cómo podía estar pasando algo así? Notaba un latido en la cabeza, como si el corazón le hubiese ascendido desde el pecho para plantarse allí, justo debajo de la herida.

Y, mientras recordaba lo ocurrido, una sombra cruzó con cuidado frente a la luna y se dirigió hacia Nate. Él se estremeció, alzó la vista y…

Vio un búho.

«No —pensó—. No era un búho.»

Era el búho. El mismo que había visto en el exterior de la casa de Jed aquel día.

Se posó en una rama sobre la que se proyectaba un haz de luz de luna, y giró la cabeza a un lado con gesto de incredulidad pero también como si le resultase divertido, o como si estuviese confundido.

—¿Fuiste tú? —preguntó Nate—. Iba a matarme. El hombre del rayo. Reese. Y luego sentí un batir de alas que se abalanzaba hacia mí.

El búho ululó. Un canturreo suave.

Y luego volvió a irse. Alzó el vuelo en silencio.

Pero en ese momento Nate estaba seguro de que el ave que acababa de ver no era un ave, sino la talla en madera de una. Sabía que aquello no era posible, pero ¿acaso importaba a esas alturas la línea divisoria entre lo posible y lo imposible?

35

En heridas cosidas no entran moscas

Nate se puso el abrigo. Llevaba horas en el hospital, pero al fin había conseguido que le pusieran puntos en la frente y expedido una receta de antibióticos. Siete puntos.

Maddie no estaba con él. Le dijo que Oliver había sufrido un «ataque» y que tenía que quedarse. También le comentó que Jed fue tan amable como para quedarse por allí y ayudar. También Zoe. Como era de esperar, Nate le había preguntado que a qué se refería con un «ataque», pero ella no estaba muy segura de qué había pasado, solo que había desaparecido en el bosque y había sufrido una especie de crisis nerviosa. Le dijo a Nate que no se preocupase, que era lo mismo que pedirle a alguien que no se rascase la mordedura de un insecto: cuanto más te lo decían, más te picaba la condenada.

Por fin podía volver a casa.

Pero a la salida lo detuvo un hombre que se encontraba de pie junto a la puerta de urgencias.

Era un policía. Un tipo calvo, con aspecto de imbécil. Arrugas junto a los ojos y en la nuca, gordas como salchichas.

Parecía de la estatal. No de la local.

—¿Nate Graves? —preguntó.

—Ajá.

—John Contrino, Jr., subcomisario. Policía estatal.

—Vale. ¿Qué tal?

Nate le ofreció la mano y el tipo se la estrechó.

—Pues no muy bien, Nate. No muy bien. Para empezar, he tenido que acercarme hasta aquí. Con la noche tan horrible que hace. Estamos hasta arriba de accidentes. La mitad del condado se ha quedado sin suministro eléctrico. La otra mitad sigue con árboles

derrumbados sobre sus casas y con los sótanos llenos de agua.

—No sabía que os dedicabais a bombear el agua de sótanos inundados.

Contrino hizo una pausa. Se humedeció los labios.

—Buen chiste. Muy bueno.

—Lo que intento preguntar es qué haces por aquí. Porque yo iba de camino a casa.

—Me gustaría que me dedicases un minuto para confirmar, o espero que desmentir, las declaraciones de tu compañero.

—Las declaraciones de mi compañero.

«Fig, ¿qué has hecho?»

—Sí. Axel Figueroa llamó a mi oficina para informar de un «incidente». Dijo que habíais acudido a comprobar un error de la alarma en las oficinas de Caza y Pesca, pero que en lugar de un error encontrasteis a una joven. Desnuda y herida.

Nate se puso muy tenso al oírlo.

«¿Por qué has llamado a la policía, Fig?»

Él había sido policía. No estaban preparados para tratar con informes sin pies ni cabeza y, por lo tanto, abordaban ese tipo de casos con una mezcla de burla y desdén. O peor, les daban una paliza a los que informaban de cosas así. Incluso los mataban en algunos casos, si no eran blancos.

—¿Qué dijo que ocurrió?

—Dijo que la joven huyó.

«Fiu. Al menos, Fig no se ha referido al rayo, ni al espeluznante exasesino en serie que se escondía dentro de ese rayo.»

Eso ponía a Nate en una situación comprometida. O confirmaba el relato de Fig, algo que de paso haría que creyesen que estaba un poco loco, o lo negaba, lo que pondría a Fig en un aprieto. Tal vez incluso le costara el empleo.

Y eso era inadmisible. Nate sabía que había que apoyar a los compañeros.

—Es cierto. Fig dijo la verdad. ¿Necesitáis una declaración oficial por mi parte?

—No, solo me preguntaba por qué no fuiste a denunciarlo. Tú eras

policía, ¿no? Sabes lo importantes que son estas cosas. —Se sorbió los mocos—. ¿Este incidente fue lo que te provocó esa herida en el coco que tienes ahí?

—Ah, eso. —Se apresuró a mentir—: La joven me empujó al huir y resbalé en el hielo. Supongo que me habré dado con… una piedra, una rama o algo así.

—Ajá. La enfermera dijo que tu herida era de arma blanca.

«Joder con la policía», pensó Nate. Contrino no parecía un buen tipo, pero sí un buen policía. Hacía su trabajo con diligencia.

—Bueno, puede que me cayese sobre un pedazo de metal afilado o algo. La tormenta fue muy fuerte —dijo Nate—. Y no lo denuncié porque sabía que Fig iba a encargarse de hacerlo mientras a mí me ponían puntos en el «coco».

—Ajá. Vale. Muy bien. —Contrino le dedicó una sonrisa forzada—. Encantado de conocerte, Nate. Estaremos pendientes por si vemos a esa joven. Tú sigue haciendo… —Gesticuló con desdén en su dirección —. Lo que sea que hagáis en Caza y Pesca. Multar a las truchas que cruzan semáforos en rojo o yo qué sé qué mierdas.

—Claro que sí, subcomisario Contrino.

Vio cómo se marchaba. Y justo en ese momento le cayó encima todo el cansancio, como si le hubiesen puesto sobre su espalda un saco de rocas. Se sintió agotado. Solo quería volver a casa. Ver a su mujer. Comprobar que su hijo estuviese bien. Dios, menudo día.

36

Compartir es vivir

Cuando Nate se sentó frente a su mujer en la mesa del comedor eran las tres de la mañana. Jugueteaba con una porción de pizza recalentada.

—Vaya una locura de noche —dijo Maddie, al fin.

—Es lo que tiene Halloween, supongo.

—Dios, tienes razón.

—Me alegro de que el chaval esté bien. —Se inclinó hacia delante —. Olly está bien, ¿verdad?

Maddie le dedicó una mirada exasperada.

—Pues la verdad es que no lo sé. Está bien porque no se ha hecho daño, pero lo veo muy alicaído y no tengo ni idea de qué le pasa. Puede que estuviese preocupado por ti.

—Lo siento.

—No tienes la culpa. Estabas trabajando. —Extendió el brazo para coger la mano de Nate mientras alzaba la vista para mirarle la venda que tenía en la cabeza—. Me alegro de que estés bien. Cuando vi que no podía ponerme en contacto contigo… Dios.

—Lo siento. Supongo que no había cobertura.

Ella asintió. La sonrisa de su gesto parecía en cierto modo escéptica, aunque no del todo falsa. En todo caso, daba la impresión de que por debajo de ella subyacían el dolor, el miedo o cualquier otra cosa.

—Bueno… —dijo Maddie.

—Bueno… —respondió Nate.

—Yo… Nosotros…

—Sí. Nosotros…

—Tenemos que hablar —dijeron al mismo tiempo.

Y luego hablaron.

Interludio

El lugar al que fue Maddie

Antes.

El llamado Happy Valley abarcaba State College (Pensilvania), pero también algunos de sus distritos periféricos, como Harris, Patton y Ferguson. Se decía que se había granjeado ese nombre feliz y alegre durante la Gran Depresión: mientras el resto del país se hallaba sumido en las sombras económicas, la economía local permaneció relativamente estable gracias a la presencia tanto de la Universidad de Pensilvania como de las granjas de proximidad, lo que permitió a los lugareños vivir en una burbuja aislada donde era fácil obtener alimentos y educación. Todo el mundo estaba feliz…

Y por eso lo llamaron Happy Valley, el Valle Feliz.

Maddie se hallaba en un valle, pero también tenía muy claro que no estaba nada feliz. Se sentía sola. Asustada. Insegura. Había cogido una maleta de mano llena de ropa y se había marchado…, sin más. Estaba a cuatro horas de casa. Echaba de menos a su hijo y a su marido. El hecho de haberles ocultado lo que iba a hacer la mataba por dentro. Sabía que tenía que contárselo a Nate. Pero ¿cómo? No se lo iba a creer.

A ella misma le costaba hacerlo. Sus recuerdos le parecían irreales.

Esos recuerdos la habían llevado hasta allí. Estaba de pie frente a la puerta de una casa situada apenas a unas manzanas de las sedes de las sororidades de la universidad. Era mediodía. Tocó a la puerta, esperó y volvió a tocar.

La puerta se abrió, y Sissy Kalbacher respondió al fin.

Sissy tenía rizos rubios y mejillas de querubín, únicos vestigios del sobrepeso que tenía de joven y que ahora había dejado atrás. El resto de su cuerpo estaba firme y en forma, una mezcla de esas madres que

hacen yoga y de luchadora de la MMA. El tiempo la había tratado bien. O tal vez ella misma se hubiese tratado bien.

Y probablemente lo mereciese, habida cuenta de todo lo demás.

Sissy contempló a Maddie con el brillo en la mirada de alguien que estuviese a punto de reconocerla, lo que no tenía mucho sentido. No habían llegado a conocerse.

—¿Sissy? —preguntó Maddie.

—Así es.

—Me llamo Maddie Graves. Soy la que te envió el correo electrónico.

Sissy asintió. Otra vez esa mirada. Seguro que había buscado su nombre en internet. Era fácil encontrar fotos de Maddie, sobre todo de la galería durante los últimos diez años. Algunas habían salido en la prensa.

—Claro.

—¿Puedo entrar?

—Sí, sí. Por favor. Pasa —invitó la mujer, con cautela. Luego Sissy se giró y Maddie lo vio por un instante: el rastro de una cicatriz en su mejilla.

Una cicatriz con la forma del número cinco.

La casa estaba bien iluminada, y casi todo era blanco o gris o plateado. Muy moderno. Un contraste muy marcado con la casa de campo de Nate y Maddie. Tenía ciertos elementos que le recordaron a las casas de las sororidades: cojines rosados sobre un sillón de cuero blanco, un cuenco de adornos navideños verde lima (era demasiado pronto para esos adornos, en opinión de Maddie) y parafernalia de la sororidad Phi Mu enmarcada en las paredes del recibidor. Y también fotos de la prole. Tres, que contase Maddie. Tres hijas.

«Me alegro por ti», pensó.

Sissy llevaba una camiseta cómoda y pantalones de yoga, y se sentó frente a Maddie.

—¿Quieres beber algo? —preguntó—. Tengo té de diente de león. Está muy bueno, aunque tiene un sabor muy avainillado… —Fingió que bajaba la voz y puso tono confidencial—. Eso sí, luego te dan muchas ganas de hacer pis, ja, ja.

—Oh, no te preocupes. No me demoraré mucho.

—Ah. Bien. Te confieso que no… que no tenía claro si quedar contigo, dado el tema de conversación. No hablo mucho al respecto. No me gusta hablar sobre lo ocurrido.

—Lo entiendo. ¿R-recuerdas algo?

—Cosas sueltas. Pero tampoco suelo pensar demasiado en ello.

—Qué suerte. —Sissy se estremeció un poco al oírlo, y Maddie trató de quitarle hierro al asunto—. Me refería a que hay personas cuyas mentes no son tan capaces de defenderse a sí mismas. Mi hijo es como un oso que haya perdido su pelaje en mitad de una tormenta de nieve. Siempre se queda un poco a merced de los elementos, ¿sabes?

—Lo siento por él.

—No, no intento que sientas empatía por mí o por mi hijo. Mira, la estoy cagando. Empecemos de cero. Solo quería hacerte una pregunta. Y sé que podría haberlo hecho por correo electrónico, pero necesitaba verte. Estar contigo. En parte, para comprobar que estabas bien, pero también para… No lo sé. Para verte la cara mientras respondías, porque lo cierto es que ahora estoy pasando por un momento muy extraño de mi vida. Hay cosas que no comprendo, y esperaba que tú fueses capaz de ayudarme a entender qué me pasa. Aunque sea solo para decirme que estoy como una cabra. ¡En serio! En serio, para mí sería todo un alivio que me dijeses algo así. Mira, lo que quería saber es si… —Se le hizo un nudo en la garganta mientras se preparaba para preguntar—. ¿Cómo escapaste de Edmund Reese?

Sissy se quedó mirando su regazo antes de responder.

—Sé que te acabo de ofrecer té de diente de león, pero ¿te apetecería algo más fuerte? Porque yo lo necesito como el respirar.

Maddie asintió.

—A mí me pasa lo mismo en ciertas situaciones.

—Bueno, pues está claro que para mí esta es una de esas situaciones —dijo Sissy mientras se levantaba—. Traeré dos vasos.

La bebida fuerte era Maker's Mark. Oscuro y frío como el café, y con el mismo aroma intenso y complejo.

—Parker, mi marido, suele preferir bebidas más femeninas, y está muy orgulloso de cogerse lo que él llama «cogorzas de bebidas para

chicas», pero no soporta el whisky de verdad. A mí me encanta. Y puede que me gustase más de la cuenta cuando era más joven, lo que… —Soltó un suspiro cargado de arrepentimiento—. Tuve que comenzar a llevar una vida responsable después de tener a mis hijas. —Le dio un enorme trago a la bebida—. Estoy retrasando la respuesta y sé que debería responderte ya.

—Por favor —le rogó Maddie, que le dedicó una sonrisa compasiva.

Sissy dijo:

—El día en que escapé de él. Sí. —Dejó vagar la mirada, y Maddie vio que no miraba nada que hubiese allí, en esa habitación, sino en algún otro lugar. En su mente, en sus recuerdos. Los ojos le brillaban con lo que bien podría haber sido el atisbo de unas lágrimas—. El monstruo… No puedo pronunciar su nombre, de modo que lo llamaré así. Para mí, no es el asesino, ni el asesino en serie, sino el monstruo. Pues verás, el monstruo me mantuvo encerrada durante varios días. Dijo que tenía que… allanar el camino. No sabía a qué se refería, y sigo sin saberlo. Solo sé que creía que los asesinatos que cometía formaban parte de un plan cosmológico mucho mayor, un sacrificio o… o algo dotado de un propósito trascendental. No lo sé, la verdad es que no lo sé. Solo sabía que yo iba a morir. También en aquel momento. Lo sabía después de pasar el primer día encerrada en aquel sótano. Lo sabía porque fue él quien me lo dijo. Me dijo que tenía que comerme y beberme la comida y el agua que me diera, porque no podía morir «antes de tiempo». Tenía que ser en el momento preciso. Bajo las «estrellas» adecuadas. No. Bajo «el número de estrellas adecuadas».

—¿Estaba obsesionado con los números?

—Lo estaba, sí. El día en que me llevó al sótano… —Sissy parpadeó unas cuantas veces, como si tratase de recordar los detalles—. No dejaba de hablar sobre cuentas, recuentos de cosas. Cuántas llaves tenía en el llavero. Cuántas bisagras o pomos había en la casa. En cuántos lugares había empezado a descascarillarse la pintura de la puerta del sótano. Ese tipo de cosas. Una en concreto la recuerdo muy bien. A la perfección. Dijo que, por lo general, un ataúd necesitaba diez clavos para cerrarse. «Diez clavos para cerrar un ataúd», repetía

una y otra vez. Y luego añadió: «Pero hacen falta noventa y nueve para destruir el mundo».

«Hacen falta noventa y nueve para destruir el mundo.»

—¿Y luego te fugaste?

—Poco después. Me llevó al piso de arriba, me ató las manos con cinta, y también me amordazó, y subimos a la planta principal. Era de noche. Me dijo que tenía que cumplir con un cupo y que yo era parte de ese cupo. Me llamaba Número Cinco. Siempre. Nunca usaba mi nombre. De hecho, no sé si sabía cómo me llamaba. Solo eso. Número Cinco. Me llevó hasta la puerta delantera, que era una puerta mosquitera vieja y desvencijada. Sucia y llena de agujeros tapados por telarañas. Y antes de llegar a ella, antes de la salida, había otra estancia, una puerta que llevaba a la cocina, creo.

Mientras Sissy hablaba, Maddie empezó a sentir que era capaz de imaginarse el lugar. Con nitidez.

«Huele a moho y a polvo», pensó.

—Iba delante de él, que me empujaba por detrás para que caminase. Me daba empujones para indicarme por dónde tenía que ir. Y yo no dejaba de buscar lugares por los que escapar. Y vi esa puerta y pensé: «Por ahí es por donde tengo que fugarme».

—¿Y lo hiciste?

—No hizo falta.

A Maddie se le heló la sangre.

—¿Por qué no?

—Porque a medida que nos acercábamos… Sé que esto va a parecer una locura, pero a medida que nos acercábamos a la puerta, vi algo de pie en la cocina, ahí sobre ese linóleo sucio y naranja chillón típico de los años setenta.

—¿Algo de pie? ¿El qué? —Maddie creía saberlo, pero tenía que preguntar. Porque era imposible que fuese cierto.

—Una pequeña… criatura.

Maddie rio, pero se controló al momento.

—Lo siento.

—Sí…, eso es lo que era. Una pequeña criatura hecha de cartón.

Maddie se quedó muy seria y empezó a marearse.

—De cartón.

—Sí, como una caja con forma como de criatura. Algo de cartón cortado con la forma de… un hombrecillo. De unos cincuenta centímetros y con las piernas un poco torcidas. Los brazos un poco torcidos. Y cabeza con forma de caja, una cabeza demasiado grande para su cuerpo, en cierto modo.

Maddie cerró los ojos.

—Y en su cara había una sonrisa, ¿no? Como si estuviese dibujada con…

—Con rotulador —apostilló Sissy al tiempo que asentía—. Con un rotulador permanente.

—Y también sostenía algo.

«Que no era un cuchillo, sino…»

—Unas tijeras.

—Las mismas tijeras con las que lo habían creado —corrigió Maddie.

—Vale, si tú lo dices… Lo que sé es que levantó una mano, si es que puede llamarse así, se la llevó a su boca sonriente e hizo un gesto como para que me quedase en silencio. Y lo hice. Me quedé en silencio porque, aunque no me cabía duda de que estaba perdiendo el juicio, me pareció que lo mejor sería hacerle caso. Y por eso asentí y seguí caminando. Y Reese hizo lo mismo. Cuando ese monstruo se acercó conmigo a la puerta principal y extendió la mano para abrirla…, gritó. Ese fue el momento en el que gritó. Un aullido terrible. En mi oído. Ese sonido es lo que mejor recuerdo de todo y… —Entonces se puso nerviosa, se ruborizó, como si estuviese histérica, pero también triunfante—. Y lo recuerdo porque eso me hace sentir bien. Su dolor me hace sentir bien.

—¿Por qué sintió dolor?

—Puede que ya lo sepas. O puede que no. Pero cuando cruzó esa puerta, nuestro amiguito el Hombre Caja salió y le clavó las tijeras en el gemelo, casi hasta el fondo. Después salió corriendo, tap, tap, tap, y el monstruo empezó a seguirlo entre aullidos.

—¿Y ese fue el momento en el que te fugaste? Abriste la puerta.

—Sí. Pero me ayudaron.

Maddie se inclinó hacia delante.

—¿A qué te refieres?

—Llegados a este punto, las cosas se ponen un poco raras.

—Ya se han puesto bastante raras, Sissy.

—Es verdad. Bueno, pero ya verás. Recuerdo que vi a alguien, un rostro en la ventana. Un hombre extraño con cara alargada y demacrada, una barba muy poblada y los ojos abiertos como platos. Y luego recuerdo… que había alguien más. Recuerdo que alguien me ayudó. Una niña.

—¿Una niña? ¿Qué niña? ¿Una de sus víctimas?

—No. Otra persona. —Sissy apuró el whisky de un trago y acto seguido se estremeció—. Estoy casi segura de que eras tú.

CUARTA PARTE

Todos los tipos de magia

Y hablando de las historias que se cuentan del Faro Cabeza de Búho, la pregunta más antigua que quizá tengamos que hacernos es: ¿qué es el búho? O, mejor dicho, ¿qué significado tiene el búho? En un plano simbólico puede referirse a muchas cosas. Los siux afirmaban que se trataba de un mensajero. Los lakotas lo consideraban un fiero protector y una criatura dotada de una visión sobrenatural, con la capacidad de ver cosas que estaban ocultas o incluso de ver a través de los distintos mundos. Para los griegos, el búho simbolizaba esa misma visión, lo que se traducía en que no estaba dotado de aptitudes para el combate, sino de una enorme sabiduría. No obstante, era uno de los animales de Atenea y, por lo tanto, lo veían como un ídolo de una feminidad mística, un espíritu femenino con forma, silencioso, poderoso, sabio y dominante. El búho, según ellos, nos vigila desde los árboles. Para algunos, el búho era un ser malvado; en opinión de otros era una criatura benévola, y había quien lo consideraba un espíritu independiente que no guarda relación con nuestros ideales del bien, el mal, la justicia o la injusticia, una criatura relacionada con los juicios después de la muerte, como el chacal en Egipto. ¿Quién sabe? Quizá sea todas esas cosas. Gracias por acompañarnos esta semana. Soy Elon Mankey, y estáis escuchando *Fábula*, un pódcast de folclore y leyendas.

—Elon Mankey, pódcast *Fábula*, episodio 29,
«El faro», 13 de marzo de 2019

37

Y luego hablaron

Se lo contó y ya no pudo dejar de hablar. Maddie le dedicó a Nate la mirada más intensa que le había dedicado jamás, como si tuviese un par de láseres de los de derretir vigas de acero, y le relató cómo había ido a hablar con Sissy Kalbacher, la quinta secuestrada de Edmund Walker Reese, la que había escapado. Le contó lo que le había dicho Sissy. Y acto seguido le ofreció su versión de la historia, cómo había empezado a recordar cosas mientras se encontraba en el tanque de aislamiento sensorial.

—Siempre viví en la ciudad con mi padre. —Denny, su padre, era policía. Fue quien ayudó a Nate a unirse al cuerpo. («Descansa en paz, Denny», pensó Nate. El pobre había muerto de cáncer de próstata hacía cinco años)—. Y como papá era policía, tenía una mente bien habituada a los crímenes y esas cosas. Sabía mucho de robos de coches con violencia, sobre el Violador de Rittenhouse y los delitos de las bandas locales. Mi padre trató de mantenerme alejada de todo eso, pero qué cojones. Yo tenía mucha curiosidad. Y también era un grano en el culo. Lo sabía. Lo sabía todo. Y también me había enterado de lo de Edmund Reese. Sabía lo de las cuatro chicas muertas, y también estaba al tanto de que había una quinta, la que había desaparecido pero cuyo cadáver no se había encontrado.

Nate se quedó petrificado. Le horrorizaba la perspectiva de que las historias de ambos se entrecruzaran de alguna manera, pero aparte del miedo también sentía una emoción salvaje y desesperada. Una manera de anticipar el momento en que replicaría: «Ya veo. Pues espera a oír lo que te voy a contar yo» lo quemaba por dentro. Le parecía que de un momento a otro se iba a convertir en una columna de ceniza.

Maddie, que aún no había ni parpadeado, continuó:

—Recuerdo que soñé con esa chica. Que estaba ahí fuera, perdida y sola, asustada y segura de que iba a morir. Conocías a mi padre, sabes que nada le gustaba más que ayudar a los demás. Aunque eso lo perjudicara personalmente. Aunque perjudicara a su familia en ocasiones. No lo sé. Pero yo quería ser como él. Por lo tanto, esa noche me desperté y empecé a hacer algo. Ya tenía madera de artista entonces. Sacaba unas notas terribles, en todo menos en Plástica y en Lengua. Me levanté y empecé a deambular a oscuras por nuestra casa, tratando de no despertar a mi padre, que se había quedado dormido en el sillón reclinable del salón mientras veía las noticias en la televisión, como hacía todas las noches. Y encontré unas tijeras, cinta y cajas de cartón.

—Y entonces hiciste al Hombre Caja —dijo Nate.

—Y entonces hice al Hombre Caja. Y ahora recuerdo que, mientras lo hacía, perdí… perdí la noción del tiempo. Recuerdo que reuní los materiales. Y también que me senté a empezar a hacerlo. Y lo siguiente que recuerdo es que ya estaba terminado y que había alguien allí conmigo. No era mi padre, sino otra persona. No sé. El resto… —Y frunció el ceño, que se le llenó de arrugas profundas de frustración, como si se enfrentase a lo que fuera que hubiera dentro de su cabeza—. El resto me cuesta recordarlo. Pero Sissy dijo que el Hombre Caja estaba en casa de Reese, y que él, esa cosa, fuera lo que fuese, la salvó clavándole las tijeras, mis tijeras, en la pierna.

Nate levantó la mano.

—Tengo unas cuantas preguntas.

—Dispara, papaíto.

—Lo haré, pero no me vuelvas a llamar «papaíto».

Maddie se encogió de hombros. Nate empezó con sus preguntas.

—Quiero estar seguro de que lo entiendo. ¿Dices que el Hombre Caja está vivo o animado de alguna manera?

—Así es.

—Y que lo creaste tú.

—Dos de dos.

—Y que el Hombre Caja estaba allí. En casa de Reese.

—Tres puntos, colega.

—Pero ¿eso cómo va a ser? ¿Cómo llegó allí?

Maddie se inclinó hacia él y lo miró con un gesto a todas luces enajenado.

—No lo sé. Pero Sissy dijo algo más. Dijo que… que vio a un hombre muy raro y barbudo que la miraba por la ventana. Y luego me vio a mí. Y que… yo la había ayudado de alguna manera.

«Un hombre muy raro y barbudo.»

A Nate se le erizaron los pelos de los brazos y de la nuca. Ni siquiera sabía por dónde empezar, ni cómo estructurar su interrogatorio.

—Vale. El barbudo. Centrémonos en él. Maddie, estoy a punto de decir cosas que tal vez hagan que todo se vuelva más raro aún, ¿vale? Pero me acabas de decir que estuviste ahí, en casa de Reese con Kalbacher.

—Eso creo. O algo parecido. Pero aún no te he dicho lo mejor, Nate: me senté fuera de su casa, saqué el teléfono y empecé a buscar noticias de aquella época. Sissy regresó con sus padres porque un policía la llevó a su casa.

—Vale. ¿Y?

—Pues que era un policía de la ciudad, no un policía local, ni de la estatal.

Nate parpadeó.

—Creo que era mi padre —añadió ella—. Yo… tengo un vago recuerdo, borroso de cojones, pero recuerdo que me dejó en casa de mi abuela materna, que vivía a una manzana de distancia. Ella me dijo que tenía que llevar a una niña a casa. Creo que era ella, Nate. Creo que era Sissy. En nuestra casa.

—En Filadelfia.

—Sí. En Filadelfia.

—Dios, Maddie.

—Y esa no fue la última vez que ocurrió algo así. —Maddie titubeó —. Está pasando otra vez.

—¿Cómo que está pasando otra vez? ¿El qué?

—He creado cosas. Y han… adquirido vida.

Lo primero que le contó fue lo del Hombre Caja que había hecho

poco tiempo antes, sin darse cuenta siquiera de que lo había hecho. Después estaba lo del búho que había salido volando, y también lo de esa copia burda del asesino, Edmund Reese.

Nate guardó silencio por un momento para asimilarlo todo. Necesitaba ese tiempo para absorber la información, para impregnarse de ella.

—¿Estás bien? —preguntó Maddie.

Y fue entonces cuando él le contó todo lo que sabía.

Le habló de todas las veces que había visto a su padre. Le contó que el anciano tenía una pistola que sostenía con la mano equivocada. Describió al hombre alto que había visto en el bosque, el que tenía una barba como un nido de ratas y llagas en la piel, el que se había roto la mandíbula mientras gritaba y que había… desaparecido sin más. También a lomos de un rayo. Le contó que la herida que se había hecho en la cabeza no se debía a una caída, sino a una joven que había aparecido también a lomos de un rayo, un rayo que también se la había llevado y que parecía contener un rostro demasiado familiar: el de Edmund Walker Reese.

Maddie negó con la cabeza y se derrumbó en la silla. Se cubrió medio rostro con la mano, como si no creyese lo que estaba a punto de decir.

—Es él. Es el nexo de unión de toda esta historia. Todo está relacionado con Reese. Hay más víctimas. De alguna manera. Más víctimas a las que ni siquiera conocemos.

Y luego Nate añadió:

—Tengo que contarte algo más.

—Miedo me da, por la forma en que me miras —dijo ella.

—No sé si debería darte miedo…

—Vaaaaale.

—El búho que tallaste.

—Con un leño.

—Creo que lo he visto.

Maddie puso gesto atónito, no enfadado.

—¿Dónde?

—Bueno… —titubeó Nate—. Han sido dos veces. Una vez en un

árbol, y la segunda… después de lo de la joven.

La mirada de Maddie pasó del asombro a la preocupación. Comenzó a empalidecer. Había pensado que Nate lo había visto como si fuese un objeto, algo que alguien había robado, una cosa ahí, inmóvil. Pero no se refería a eso. Maddie dijo:

—No sé a qué te refieres. ¿Estás seguro?

—No era… un búho normal, Maddie. Parecía tallado.

—Tallado.

—Como de madera. Madera tallada.

—Vale. Joder.

—Sí.

Los dos se quedaron allí sentados durante un rato, sopesando la información en silencio. A veces parecía como si uno de los dos fuera a decir algo: arrugaba la frente, apretaba los dientes o soltaba un susurro de incredulidad que presagiaba unas palabras que no llegaban a pronunciar. Y luego volvían a quedarse callados. Como era de esperar, fue Maddie quien rompió ese silencio.

—Bueno —dijo de repente.

—Bueno.

—En mi opinión, ambos estamos locos de atar, y de alguna manera que nos hace compartir delirios. Esa es la explicación más satisfactoria. Estar locos es la mejor explicación de lo que ha ocurrido, porque la alternativa…

—… es que todo esto es real.

—Demasiado real, joder.

—Yo creo que es real —dijo Nate, al fin. Lo cierto era que hasta aquel momento no había estado seguro. Prefería creer que su cerebro había perdido algunos engranajes muy importantes. Pero acababa de cambiar de opinión por completo. En parte, por lo que dijo a continuación—: Creo que Jed también lo vio todo.

—¿Qué vio?

—Cuando estaba ahí fuera, cuando me hice en la cabeza la primera herida de la noche y volví a ver a mi padre. Jed salió y creo que me vio enfrentándome al viejo.

—Ha sido una tormenta rara de cojones.

—Muy rara, sí. El cambio climático no tuvo nada que ver con ella.

—Vale. Jed lo ha visto, entonces. ¿No te visitó en el hospital?

Nate negó con la cabeza.

—Pues tienes que ir a hablar con él.

—Supongo. Va a ser una conversación muy rara.

—No más que la que acabamos de tener. Pero tranquilo, que él ya sabe mucho de estas cosas. —Luego añadió—: Y es un experto sobre Reese. Tal vez nos pueda ayudar a entenderlo todo un poco mejor. No sé. Lo que sí sé es que te quiero. —Y luego ambos se pusieron en pie y se abrazaron con fuerza. Fue como si la enorme barrera que se interponía en sus caminos se hubiera roto de repente, como si los dos hubiesen estado encerrados el uno sin el otro hasta ese momento. Maddie le dijo al oído—: Me alegro de que no me odies. Y de que no me juzgues.

—¿Cómo iba a odiarte? De hecho, ahora estoy aún más orgulloso de ti.

Ella le besó en la mejilla. Después, en los labios. Después, en la barbilla. Y luego empezaron a quitarse la ropa e hicieron algo que, por lo visto, la gente solo hace en las películas: follaron en la mesa del comedor, él sobre ella, después al contrario, con una energía que no experimentaban desde antes del nacimiento de Oliver, el tipo de energía capaz de iluminar toda una aldea de montaña durante casi todo un año, el tipo de energía que les recordó a ambos que compartían un amor enérgico y eterno, engrasado por la lujuria y sincero, brillante como una estrella, sonoro como un trueno y más sucio que los meaderos de una gasolinera.

38

Baño de realidad poscoital

Llegó un momento en el que tuvieron que retirarse al dormitorio, porque la mesa del comedor es uno de los lugares menos cómodos para hacer el amor. Sobre todo si se tenía en cuenta el tipo de coito que acababan de tener. Maddie era una amante vivaz y malhablada, con una energía cuyo vigor y vitalidad iban a la par con la intensidad de sus groserías. Maddie sabía que le iban a salir moretones. Y también a Nate. Se estaban empleando a fondo, en todos los sentidos, y se habían clavado la esquina de la mesa más de una vez.

Ahora se encontraban tumbados en la cama, con las extremidades extendidas de cualquier manera y los cuerpos húmedos a causa del sudor. Maddie disfrutaba del momento.

—Ha sido extraordinario.

Nate no fue capaz de pronunciar ni una palabra para decirle que estaba de acuerdo. En lugar de eso, se limitó a gruñir. Algún «mmm» y algún que otro «ajá».

—Eso que has hecho, con el índice y el pulgar…

—Ajá.

—Tienes un don, Nathan Graves.

Los murmullos dieron paso a palabras de verdad.

—Supongo que una reina como tú se merece lo mejor que le puedan dar.

Ella soltó una carcajada.

Maddie se sintió feliz, durante unos instantes que le resultaron extraños. También se sentía totalmente trastornada, como la peonza de un niño que girase en dirección al borde de una superficie. Pero también sentía una libertad extraña después de habérselo contado todo. Y después de haber pasado un buen rato juntos (tanto en sentido

literal como figurado).

Pero la realidad se apoderó del júbilo de cuerpo y mente que había sentido, y Maddie llegó a la conclusión de que era mejor tirar de la tirita de una vez que ir poco a poco y arrancándose pelo a pelo.

—Tenemos que hablar de Oliver —dijo.

—No creo que tenga que saber lo que acabamos de hacer. ¿Te parece cara la terapia? Pues si se entera de esto, necesitará terapia durante gran parte de su vida adulta. Y la doctora Nahid es demasiado buena persona como para que le cuente al chico las guarradas que acabamos de hacer.

Maddie rio.

—No. No hablo de esto, sino de…

Nate le respondió con voz suave, mientras bajaba el brazo y le tocaba el hombro.

—Sé a qué te refieres, Mads. Te refieres a… todo lo demás, ¿verdad? A todo esto.

—¿Se lo contamos?

—¿Lo de Reese? ¿Lo del búho? ¿Lo de la joven con el número grabado en la mejilla? —Maddie oyó una respiración tenue, inspiraciones y espiraciones. Si el tema del que hablaban no hubiese sido tan importante, aquel ruido le habría resultado tan relajante que seguramente se habría quedado dormida allí mismo. Pero aguardó la respuesta de Nate, que no tardó en llegar—: No. Creo que no deberíamos contarle nada.

—Estoy de acuerdo —convino ella.

—Es… es demasiado extraño. Es un niño. No tiene por qué saber este tipo de cosas. Nuestro cometido no es protegerlo de la realidad, pero tampoco convertirla en un bate con el que romperle la cabeza. Y ahora tiene amigos. Caleb es un buen chico. Jake… Bueno, no confío en Jake, pero tampoco podemos controlar todos los aspectos de la vida de nuestro hijo, y sabemos que tiene la cabeza bien puesta. No quiero inquietarle.

Maddie sintió un vuelco en el estómago, como si algo le advirtiera de que no estaban tomando la decisión correcta. Eran un equipo, los tres, y mantener a Oliver al margen ya les había supuesto problemas.

Además… Todo lo que había sucedido era como para caerse de culo y no volver a levantarse. Maddie ni siquiera sabía cómo sacarle el tema a su hijo. «Hola, cariño. ¿Cómo ha ido hoy el colegio? Voy a preparar chili para cenar. Por cierto, mis obras de arte cobran vida y se supone que también hay un asesino en serie que se las ha arreglado de alguna manera para volver de entre los muertos. ¡Ah! Y, además, tu padre se ha enfrentado al fantasma de tu abuelo. ¿Tienes deberes?»

No, la decisión que habían tomado era la correcta.

En parte porque era lo único que podían hacer.

—Pues decidido, entonces —dijo ella.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó él.

—No lo sé. Necesitamos respuestas. Tenemos que hablar con Jed. Lo que tengo claro es que no pienso esculpir ni crear nada de nada, ni de coña. Puede que investigue un poco…, que vaya a la biblioteca para ver qué información encuentro sobre este asunto. En el peor de los casos, podríamos llamar a un sacerdote anciano y a otro joven para que se pongan a tope con el exorcismo.

—Podríamos mudarnos —sugirió Nate—. Hacer las maletas e irnos.

—No —comentó ella—. No vamos a claudicar. No vamos a ceder. Es nuestra casa. Lucharemos para que siga siendo así.

39

Estrellas rotas

Oliver vio el vacío cuando cerró los ojos para intentar dormir. Vio todas sus estrellas rotas. Y oyó el sonido de disparos, de costillas al romperse, de algo que explotaba entre el griterío de la gente. Y luego se despertó de pronto y tuvo que intentarlo de nuevo.

Y ahora volvía a ocurrir, en el instituto. Si tardaba demasiado en parpadear, sentía el vértigo de una caída en ese vacío. En Biología Aplicada empezó a perder la consciencia y volvió a ocurrirle: oyó un disparo. Soltó un grito ahogado al despertar, lo bastante como para que todos lo oyesen, lo que le costó una buena bronca de la profesora.

Y también las risas de todos los compañeros de clase.

Como era de esperar.

Luego salió al pasillo, llenó una botella de agua en la fuente y sintió una presencia detrás de él. Olió el aroma intenso a colonia de niño pijo. Sabía a quién iba a ver cuando se diese la vuelta.

Graham parecía enfadado. Tenía una barba incipiente que le cubría la papada. Aún llevaba los dedos vendados y en cabestrillo. Y sintió ese dolor punzante que se retorcía en su interior. Más negro que el negro. Una serpiente que lo devoraba por dentro y crecía para ocupar más espacio.

—Estás hecho unos zorros —dijo Graham.

—Y tú también —respondió Oliver, y en ese momento pensó algo parecido a: «No tendrías que haber dicho eso». Y luego: «Hostia puta, ¿de verdad has dicho eso?». Se debatía entre dos sentimientos: primero, el miedo a que Graham le diese un puñetazo, y segundo, sentirse reforzado.

«Porque te van a dar mucho por el culo, Graham Lyons.»

Graham parecía estupefacto. Como si le hubiesen dado un tortazo.

—Mierdecilla. ¿Me rompes el dedo y encima me hablas así?

Graham se acercó a él.

Oliver se empapó de esa sensación de fortaleza. Sabía que lo más seguro es que fuese algo temporal y que además le granjease más problemas, pero en ese momento oyó las palabras de su madre en uno de los rincones recónditos de su cabeza:

«A la mierda.»

—¿Y qué vas a hacer al respecto?

Y, en ese momento, Graham lo agarró por el brazo…

—Oye —llamó una voz.

—Caleb.

Estaba junto a ellos, con el teléfono levantado como si estuviese grabando.

—Sonríe a la cámara, tío. Si quieres darle una paliza a mi colega, vas a tener que montar un buen espectáculo para el público. Va a verlo todo el mundo.

En ese momento, ya había otros estudiantes en el pasillo congregados en torno a Caleb, para ver qué ocurría.

—Solo hablaba con mi amigo Oliver —se explicó Graham.

—Pues lárgate —dijo Caleb.

—¿Seguro que quieres hacer esto? —preguntó Graham.

—¿Seguro que tú quieres hacer esto? Ya te has quedado sin los entrenamientos en otoño. Si quieres un billete solo de ida y abandonar el equipo para siempre, solo tienes que seguir por este camino.

Y Graham se fue. Les dedicó una amplia sonrisa de gato de Cheshire antes de perderse entre los alumnos que atestaban los pasillos.

Oliver soltó el aliento.

—Caleb —dijo.

—¿Qué tal, Olly?

—¿No estás enfadado conmigo?

Caleb arqueó una ceja.

—Qué va, tío. Todo bien. Me la jugaste un poco en tu casa, eso sí. No confío nada en el Jake ese.

—Yo no sé si debería confiar en él. Siento no haberte contado lo de Alex y Graham, pero… Jake me salvó de ellos. Supongo que creí que

lo correcto era concederle el beneficio de la duda.

Caleb puso los ojos en blanco.

—Mira, tío, yo no soy tu padre. No soy tu jefe. Tu vida es solo tuya. No te voy a decir cómo debes actuar, pero creo que ese tío es raro y conmigo no se corta ni un pelo. Tú eres mucho más amable que yo, y por eso quieres darle esa oportunidad. Limítate a mantenerme al margen del tema.

—¿Eso significa que no podemos quedar más?

—Venga ya, Olly. Yo no soy así. Me da igual que algunos amigos de mis amigos no sean amigos míos. La vida es así.

—Es que tengo que volver a verle. A Jake. Algo me dice que aún tenemos cosas pendientes. ¿Lo entiendes?

—La verdad es que no, pero no tengo por qué hacerlo.

—Voy a tratar de ir después del instituto. Ir a su casa. Creo que vive en ese parque de caravanas. Emerald Lake, ¿no?

Caleb se encogió de hombros.

—Bien. Si quieres, te llevo.

—No tienes por qué hacerlo.

—Calla, tío. Déjame hacerlo. Puede que luego me compres una hamburguesa del Five Guys para agradecérmelo, o algo así. O que me des unos pavos para la gasolina.

Oliver sonrió.

—Trato hecho.

El instituto se encontraba al este del pueblo y, cuando terminaron las clases, Oliver le mandó un mensaje a su madre para decirle que tenía que hacer algunas tareas extraescolares y que ya encontraría a alguien que lo llevase a casa más tarde. Ella le respondió «oki».

Caleb y él se dirigieron al parque de caravanas donde supuestamente vivía Jake.

Emerald Acres se encontraba en la zona sur de Quaker Bridge, a kilómetros del parque Ramble Rocks. Caleb tenía un coche muy baqueteado, un Saturn color pino de dos puertas que tenía tantas muescas y abolladuras que más bien parecía una lata de cerveza arrugada. El cuentakilómetros marcaba casi cuatrocientos mil, y el interior olía a vinagre. Caleb le contó que eso se debía a que se le

habían metido ratas, y su madre limpiaba la mierda de rata con vinagre en lugar de lejía.

El coche llegó hasta el parque de caravanas de Emerald Acres. El camino pavimentado y el aparcamiento estaban llenos de socavones que bien podrían describirse como cráteres volcánicos. Había uno lo bastante grande como para perder un coche en el interior. Las caravanas eran una mezcla de simples y dobles, con jardines delanteros muy pequeños y convertidos en una mezcla aleatoria de basura: bebederos para pájaros, juguetes infantiles, sillas de jardín y un batiburrillo de barbacoas decrépitas, coches colocados sobre ladrillos y muebles de exterior destrozados por las inclemencias del tiempo. Eso sin mencionar algún que otro flamenco rosa.

—Este lugar parece el puto fin del mundo —dijo Caleb—. Y yo que pensaba que mi casa era una mierda.

—Sí, en realidad es muy triste.

Oliver se sintió mal de repente por pensar que era triste. Lo hacía sentir criticón de una manera que no le gustaba nada. Pero sí que era triste, ¿o no? Esas personas tenían que vivir allí. De esa manera. Mientras tanto, a diez minutos al norte había gente que vivía en antiguas casas de piedra coloniales o en mansiones de obra nueva, gente que era propietaria de hectáreas y hectáreas de terreno heredado en lugar de un triste cuadradito de hierba marchita. Oliver sintió que la pobreza era muy dolorosa, y ese momento de revelación le sentó como un puñetazo que casi lo destroza por dentro. Tuvo que detenerse para recuperar el aliento y no sucumbir al desconsuelo.

Pasaron junto a una que tenía un porche delantero destartalado. Una mujer grande con una sudadera de los Eagles descansaba en el exterior fumando en pipa.

—¿La pava fuma en pipa? —preguntó Caleb.

—Eso parece. —No era una de esas pipas de cristal para la hierba, sino de verdad, de las de madera y torcida como el cuello de un cisne. Le dio unas caladas mientras miraba pasar el Saturn con gesto amenazante.

—Se creerá Sherlock Holmes, supongo. Mírala. —Caleb bajó la voz —. El parque de caravanas atrae a gente rara de cojones, tío.

—Ya ves.

Mientras avanzaban, oyeron en algún momento un fum, fum, fum ahogado de un bajo a todo volumen que venía del interior de una de las caravanas.

—¿Qué narices hacemos aquí, Olly? En serio. ¿De verdad quieres volver a ver a ese tío?

Oliver se encogió de hombros.

—Más o menos. —No se lo había contado todo a Caleb. No le había contado a nadie las cosas que había visto—. Quiero asegurarme de que esté bien. Se piró de la fiesta de manera muy repentina y…

«Y tengo preguntas.»

—Tío, está muy bien que te preocupes por él. También te digo que estaría de puta madre que lo hicieras, pero cada uno en su casa. En plan: «Ah, voy a preocuparme por ese tío desde aquí, desde este lugar seguro y calentito». Mejor aún, también estaría muy bien que no te preocupases por según qué personas, porque algunas solo merecen que les den por el culo. A la mierda. No le debes nada a nadie, ¿vale? Mira, yo tengo un hermano mayor. ¿Sabes por qué no me hablo con él? Porque es un mierda de campeonato. Nos robó, destrozó el camión del trabajo de mi padre y hasta le dio un puñetazo una vez. No le debo nada porque sea mi hermano. Sí, compartimos lazos de sangre. Y sí, estamos «conectados». —Al pronunciar esa última palabra, gesticuló unas comillas con los dedos y luego pasó a hacer una peineta enérgica con ambas manos—. Pero no se ha ganado mi amor ni mi atención, así que no pienso dárselos.

—No lo sabía. Lo de tu hermano.

—Sí. Se llama James. Un mierda de campeonato, como ya te he dicho. —Caleb volvió a implorar—. Da igual. Tío. ¿Y si nos vamos de aquí? Además, tampoco sabes en qué caravana vive Jake. Y podríamos quedar con el grupo y jugar una puta partida de *D&D*, joder.

«No puedo, porque ocurrió algo muy raro en el bosque y no lo entiendo», pensó Oliver.

El libro. El vacío. Las visiones.

Pero a Caleb no le faltaba razón. Tal vez lo sucedido hubiera sido demasiado perturbador y lo mejor fuese que no se acercara a Jake. Tal

vez debería olvidarse de lo que había pasado y dejarlo estar. Algún día lo escribiría en Reddit, en uno de esos extraños hilos de «Fallos en Matrix» y disfrutaría de los votos positivos que le diesen. Todo el mundo diría cosas en plan: «Madre mía, esa historia es muy perturbadora», y algunos lo acusarían de habérsela inventado y hasta llegaría a convencerse a sí mismo de que estaban en lo cierto. Incluso en ese momento, apenas unos pocos días después de lo sucedido, no estaba seguro de que aquello hubiese sido real; le parecía más bien una trampa disparatada que su cerebro se había inventado por culpa de la tormenta.

Pero antes de decirle a Caleb que tenía razón y que lo mejor sería que se fuesen a jugar a *D&D*, él dijo:

—¿Tú no conoces a ese tío?

Oliver siguió el dedo y vio un rostro familiar al otro lado de la calle. Salía de una de las caravanas y caminaba hacia un SUV negro de la marca Lexus.

—Es tu vecino, ¿verdad? —dijo Caleb—. Estaba en la fiesta.

—Eso creo.

Pero Olly lo sabía. ¿Cómo se llamaba? Su madre tenía sus libros. Ned. No. Jed. Jed Homackie.

Parecía un tío duro, igual que Graham Lyons, puede que peor incluso. Tenía el pelo desaliñado y la cara sin afeitar. Mostraba un aspecto cansado con los pómulos muy marcados. Las ojeras eran tan visibles que más bien parecían moratones.

—Me pregunto qué hace aquí —dijo Oliver.

—Eh, mira.

Cuando Jed entró en el SUV y empezó a alejarse, alguien abrió la puerta de una caravana doble y mugrienta para verlo marchar.

—Ahí está tu hombre —dijo Caleb.

—No es mi…

Olly ni siquiera se molestó en terminar la frase, porque Caleb tenía razón. Era Jake. Ante el marco de la puerta, con el brazo extendido y apoyado en uno de los postes sobre los que se sostenía un toldo burdo y medio destrozado, mirando cómo Jed se marchaba en el coche.

—Es él. Lo veo desde aquí. Madre mía. Parece como si se hubiese

peleado con un cortacésped… y hubiera perdido. O con un oso. Puedes intentar hacerle la puñeta a un oso, pero por lo general es el oso el que…

—Vale ya, Caleb. Tiene la cara chunga, pero no tiene la culpa. —Después añadió, en voz baja—: A mí me parece que le da un aspecto interesante. Como Zuko en *Airbender*.

—Zuko era el villano, tío.

—No. Zuko era malo, pero se hizo bueno.

—Vale, vale. Lo que tú digas. Perdón. No debería reírme. Pero… ¿sabes qué coño le pasó?

—No tengo ni idea.

«Pero me gustaría descubrirlo.»

—Vaya. Si quieres hablar con él, ahí lo tienes.

—Sí que quiero.

Quería, era cierto. Pero en ese momento tenía miedo. Una de las cosas que le daba miedo era que Caleb fuese con él y oyese lo que le iba a preguntar a Jake. O que Jake no se lo dijese porque Caleb estuviera con él. No quería estropearlo. Creía que era importante, como si estuviese de puntillas en la cima de una montaña: un paso en falso y se precipitaría al vacío.

Volvió a experimentar esa sensación de caída vertiginosa…

Pero ¿hacia dónde caía? A ese vacío.

—¿Estás bien? —preguntó Caleb.

Olly recuperó la conciencia con un grito ahogado y brusco.

—Sí. Esto… Sí.

—Vale. Porque el tío viene hacia aquí.

—¿Qué? ¡Mierda!

Y sí, ahí venía Jake. Los miraba con aire inquisitivo mientras se acercaba, con la cabeza un poco baja para mirar a través del reflejo de las ventanillas y ver quién se sentaba en el interior del vehículo. Cuando al fin los vio, sonrió mientras tocaba el cristal.

Olly bajó la ventanilla.

—¿Qué tal, Jake? —dijo Olly, que fingió una voz en plan: «Anda, no te había visto» o «Sí, esto es lo más normal del mundo». Como ese meme del dibujo de un perro sentado en mitad de una casa en llamas.

«*This is fine.*»

—Olly. Caleb.

—¿Cómo va, tío? —saludó Caleb.

—¿Qué hacéis aquí?

—Pues… —dijo Olly, tragando saliva—. Había pensado en hablar contigo y ver si estabas bien.

—Estoy muy bien. —Jake enseñó los dientes, grandes y blancos, con la sonrisa propia de un tiburón—. ¿Cómo estás tú, Caleb?

—Bueno, ya sabes. Tirando, que ya es decir.

—Tirando. Sí. Claro. —Jake taladró a Olly con la mirada—. ¿Quieres entrar?

—Claro, sí.

Olly y Caleb empezaron a salir del coche, pero Jake los interrumpió. Le dijo a Caleb:

—Tú mejor no.

—¿Qué? —preguntó Caleb.

—Olly y yo. Estamos conectados. Y tengo algo muy importante de lo que hablar, algo que no te concierne.

Olly le lanzó a Caleb una mirada suplicante.

—Lo siento, yo…

—No soy tu puto taxi, tío. No voy a esperar.

—Lo sé. Ya… ya encontraré a quien me lleve. O iré caminando…

Caleb se inclinó y dijo en voz baja:

—Tío, no vayas con él. No tendrías que haberlo seguido al bosque, y ahora tampoco deberías hacer lo mismo. Ese tío no me gusta. No confío en él. No creo que esto vaya a acabar bien.

—Puedo oírte —dijo Jake, que seguía de pie en el exterior.

—Ya sé que puedes, joder. Y me importa una mierda. Ahora cierra el pico.

Olly le puso una mano tranquilizadora en el hombro a Caleb.

—Todo irá bien.

—Joder. Luego no me digas que no te advertí, Olly.

—Gracias, Caleb.

—Ajá.

Oliver le dedicó una mirada tranquilizadora a su amigo, pero era

mentira. No estaba nada tranquilo y la preocupación lo consumía por dentro, igual que un ogro que chupase un hueso. Pero salió del coche de todos modos y siguió a Jake a la casa. Caleb arrancó, las ruedas del Saturn chirriaron y levantaron una rociada de asfalto suelto. Luego se marchó.

40

El castillo del mago

El interior de la caravana estaba hecho unos zorros. Una alfombra raída y un panelado de madera en las paredes. Cajas de pizza y recipientes de comida rápida desperdigados por todas partes, y un sillón malva que parecía haber pasado por una guerra. De la pared colgaba una pantalla de televisión plana con resquebrajaduras en forma de tela de araña en una esquina, con una PlayStation último modelo enchufada debajo. En la mesilla de café situada entre el sillón y la pantalla había una caja de aparejos de pesca abierta, pero en lugar de tener cosas como cebos, anzuelos o gusanos de goma, estaba llena de pastillas. Azules, púrpura y rosadas, con formas triangulares y circulares, y también cápsulas. Como los cereales Lucky Charm, pero hechos de fármacos.

Cuando entraron, Jake dijo:

—Siento no haber dejado entrar a tu amigo, pero supongo que esto va a quedar entre tú y yo. Aun así, ¿qué le pasa a Caleb? De primeras parece el típico negro chachi, pero luego por dentro es… un puto friki asqueroso de esos, que juega a las cartas y a juegos raros y esa mierda.

—Caleb es amigo mío. ¿Eres racista o qué? ¿No puede jugar a *D&D* porque sea negro?

—Qué va. Me refiero a que… Mira, supongo que todos somos un poco racistas. Tanto tú como yo formamos parte de un sistema de privilegios y opresión.

«Buf. Mejor que se calle.»

Una respuesta como esa solo empeoraría las cosas.

—Da igual. Yo también juego —replicó Oliver, a la defensiva.

Jake hizo una pausa. Lo miró de arriba abajo. Se pasó la lengua por los dientes mientras examinaba a Oliver con ese ojo cambiante.

—Sí. Es verdad. Interesante.

—¿Por qué es interesante?

—Porque lo es. Ven, siéntate.

Jake cogió unas cajas de pizza del sillón y las arrojó a un rincón de la estancia.

Oliver miró las pastillas.

—No vives con tu tía.

Jake se encogió de hombros.

—Qué va.

—Tengo que irme.

—Tranquilo. No voy a insistir con las pastillas. —Le dedicó a Oliver otra extraña mirada que lo minusvaloraba—. Eres demasiado bueno para eso.

—Pues sí —repuso él, indignado—. Lo soy.

—Ya me he dado cuenta, sí. Siéntate. Quieres respuestas, ¿verdad?

—Me abandonaste. Me dejaste solo en la tormenta.

—Venía tu madre. No quería que me viese allí. ¿Quieres saber más o no?

Oliver se sentó a regañadientes. El sillón era tan inestable que le dio la impresión de estar sentado sobre una boca blanda que estuviese a punto de tragárselo. Aquello lo hacía sentir muy inquieto, como si no fuera capaz de levantarse rápido y salir corriendo de allí en caso de necesitarlo. Como si aquello fuera a parecerse a correr en el barro, como si quisiera darle esquinazo a una pesadilla.

«Caer, caer al vacío…»

Se empleó a fondo para deshacerse de ese recuerdo.

—¿Qué hacía mi vecino aquí? —preguntó Oliver—. Lo vi salir.

—Jed. Sí. Es mi casero. —Los ojos brillaron como la luz de la luna en aguas oscuras—. Pero no has venido aquí a hablar de eso. No. Quieres hablar de lo que ocurrió en el bosque.

La voz de Oliver estaba a punto de quebrarse cuando dijo:

—El libro. Lo que me enseñaste. Era… era una locura.

—De nada, por cierto.

—¿Por qué iba a darte las gracias?

Algo parecido a la rabia cruzó las facciones de Jake.

—¿En serio? Te muestro algo así de privado, algo que es puta magia de verdad, en el sentido literal del término, ¿y no te consideras afortunado? —Pero la rabia pareció remitir. Jake sonrió con la boca, pero no con el resto de la cara—. Soy un mago, Olly. Y ese libro es mi grimorio.

Oliver estuvo a punto de reír por lo estúpido que sonaba.

—Sí, eso es lo que me dijiste. Pero sigo sin entender nada.

—Ya lo has visto. Puedo hacer magia.

—Magia. ¿Te refieres a lo que hiciste en el garaje y en el bosque?

—Sí. Más o menos. —Sacó *El libro de los accidentes* de debajo de la mesilla de café y lo abrió—. Con esto, soy capaz de… —Chasqueó los dedos y apareció en su mano un cuchillo curvado de caza. El libro brilló un poco, con una luz tenue y de tonalidad oscura—. Hacer que aparezcan cosas.

Giró el cuchillo.

Oliver apretó la espalda contra el sillón.

«Va a matarme.»

Parecía como si Jake hubiera percibido ese pensamiento, porque dijo:

—Por Dios, relájate. No voy a matarte.

Volvió a girar la muñeca con una floritura y…

Fruuus. El cuchillo desapareció.

Después, otro chasquido de dedos…

Ahora tenía la pistola otra vez en la mano. La de balines.

Jake acercó ambas manos, como para aplaudir, con la pistola aún en una de ellas. El arma desapareció como por arte de magia entre sus palmas.

—Magia —dijo Jake, con fingida teatralidad.

—Solo es un truco de magia. No es magia de verdad. He visto a algunos magos hacer cosas más raras en Netflix.

—¿Y qué me dices de lo que te enseñé? —Sacó la mano, con los dedos extendidos, como si pretendiese hacer aparecer un recuerdo—. ¿Crees que eso también fue solo un truco de magia?

—Puede, no lo sé. Una alucinación. —Oliver señaló las pastillas—. Puede que me hayas drogado.

—O puede que te enseñase algo importante. Que vieses por unos instantes algo que no es de nuestro mundo. —Le guiñó el ojo—. ¿Sabías que no solo puedo ver otros mundos, que también puedo viajar entre ellos?

—Viajar entre mundos.

—Así es.

—¿A qué te refieres con eso? ¿Dices que puedes darte un garbeo por Marte o algo así?

Jake hincó la rodilla en el suelo, como un entrenador que está a punto de decirle a su equipo una verdad profunda sobre el partido que están a punto de jugar.

—No, Oliver. No me refiero a eso. Me refiero a viajar entre mundos como si pasase las páginas de un libro. Este libro. Pero solo en una dirección. Solo hacia delante, hacia el siguiente. Nunca puedo regresar al anterior.

—¿Y para qué ibas a hacer algo así?

El ojo extraño de Jake relució.

—Esa es la pregunta más importante, ¿verdad?

—Bueno. Demuéstramelo.

—¿Que lo demuestre?

—Sí. —Oliver hinchó el pecho e intentó hacerse el duro, aunque por dentro se sentía como una burbuja de jabón que temblara, a punto de estallar—. Demuéstralo. Haz que aparezca algo. Yo te digo una cosa y tú chasqueas los dedos y haces que aparezca de la nada. Algo como… —Intentó pensar en algo muy extraño, muy poco frecuente. «Una carta de *Magic*», pensó—. La carta Black Lotus con el borde negro, de la versión alfa de *Magic: The Gathering*. Es la carta más escasa que hay. Creo que hace poco se vendió una en una subasta por cien de los grandes o algo así. Venga. Saca ese conejo de tu chistera.

—No funciona así.

—Claro que no. Qué oportuno.

Jake se humedeció los labios, flexionó los dedos para cerrarlos en sendos puños y luego volvió a abrir las manos, como si tratase de mantener a raya la frustración y la rabia.

—En serio que no funciona así.

—Pues explícame cómo funciona.

—Eso intento. Cierra la puta boca y escucha.

—Ya, claro. Venga, soy todo oídos.

—Funciona así. Puedo coger algo y guardarlo en… un lugar. Un lugar lejano que no está en ninguna parte. Lo llamo el Lugar Intermedio, porque es ahí donde está, es como el espacio que hay detrás de un sillón o debajo de él, ese donde puedes esconder cosas. Que solo sirve para esconder cosas.

—Vale. Es como una bolsa de contención.

—No sé lo que es eso.

—Es algo de *D&D*… —Entonces le tocó el turno a Oliver de intentar mantener a raya la frustración—. No sabes lo que es *D&D*, así que da igual.

—Pues escondo objetos ahí dentro. Objetos útiles. Cosas que podría necesitar.

—¿Como qué?

—Como esto.

Jake retorció la muñeca. Agitó los dedos. Y algo apareció en su mano, una chocolatina con un envoltorio brillante. De un púrpura intenso que casi destellaba en verde.

Oliver no lo reconoció.

Jake volvió a retorcer la muñeca y se la lanzó.

—Un Flix —dijo Oliver, que leyó lo que decía en el envoltorio. Estaba escrito con una tipografía propia de los años cincuenta, de esa que se ve en los restaurantes de la época o en una vieja gramola. Junto a las letras había un dibujo animado, uno muy parecido a los alienígenas de la película esa, *Toy Story*. Un extraterrestre pequeño y verde con antenas y muchos ojos, con una boca de dientes blancos y circulares. Dientes que parecían guijarros blancos. Debajo había un eslogan: ¡FLIXY DICE QUE ESTÁ TAN BUENA QUE PARECE DE OTRO PLANETA! Oliver la giró y vio que la producía una empresa llamada Perigee Inc. —. Nunca había visto una de estas. ¿Son nuevas?

—No.

—¿Canadienses? ¿De Nueva Zelanda? —Oliver había visto una serie de vídeos de BuzzFeed en YouTube en los que una serie de esos

famosos efímeros de internet se comían aperitivos raros de todo el mundo: trozos de piña cubiertos de chocolate, una pasta oscura hecha de levadura y parecida a la mantequilla o una especie de gusanitos con sabor a pollo. Pero, mientras hacía la pregunta, vio la frase FABRICADO EN LOS EE. UU. junto al logo de Perigee—. Un momento. Los hacen aquí.

—Sí, aquí. Pero no exactamente aquí.

—No entiendo…

—Esas chocolatinas las hacen en los Estados Unidos, claro. Pero no en estos Estados Unidos.

—No…

«Entiendo», estuvo a punto de decir, pero luego sí que empezó a darse cuenta de algo. Otros mundos. Dimensiones alternativas. Realidad cuántica. No se hacían en estos Estados Unidos de América, sino en otros. De otra dimensión. Volvió a experimentar esa sensación, que caía y caía y caía. El vacío.

—Pruébala.

—¿La chocolatina?

—Sí.

—No, yo… —«No debería comer chocolatinas de otra dimensión.» Sin duda se trataba del pensamiento más estúpido y raro que se le había ocurrido jamás, pero ahí estaba, en sus labios. No lo había pronunciado, pero tampoco podía dejar de pensar en ello. Otra dimensión. Era imposible. Jake se estaba burlando de él. Era broma. Seguro que empezaría a reírse tan pronto como viese que se lo había creído. Seguro que lo iba a subir a YouTube, ¿verdad? Empezó a sentir una enorme rabia. Le lanzó la chocolatina como si fuese una daga—. No la quiero. Seguro que está envenenada. O llena de hormigas o algo así.

Oliver se puso en pie mientras Jake le daba vueltas a la chocolatina como si fuese la baqueta de un batería, momento en el que giró y giró hasta desaparecer otra vez.

—No está envenenada, pero no pasa nada si no te la quieres comer. Eso sí, aún no puedes marcharte.

—Sí que me voy. A casa.

—Tengo que enseñarte una cosa más.

«Vete», pensó Oliver.

«No esperes.

»No preguntes.

»Solo vete.»

Pero…

Si los signos de interrogación tienen forma de anzuelo es por algo…

—¿Sí? ¿Y qué es eso que tienes que enseñarme?

—Quiero enseñarte quién soy en realidad. Y también quién eres tú de verdad.

41

El libro de los accidentes

Jake le dio el libro a Oliver. Le pareció muy pesado, y de él brotaba un olor a tierra, a minerales. Volvió a ver el título:

EL LIBRO DE LOS ACCIDENTES

Recuento de accidentes en Ramble Rocks número ocho

—Ramble Rocks —dijo Oliver—. Eso es el parque. ¿Por qué es un recuento de los… accidentes que ha habido en el parque?

Pero Jake no dijo nada. Dejó que Oliver cogiese el libro y observó con cautela. Con ansia incluso, una especie de interés desesperado. Como alguien que ha cocinado una cena y aguarda la sentencia del jurado. «¿Les gustó la comida? ¿Pusieron cara rara o emitieron un sonido de satisfacción?»

Oliver intentó ser cuidadoso con el libro, ya que daba la impresión de ser muy antiguo y estar tan usado que podría convertirse en polvo en sus manos si pasaba las páginas demasiado deprisa o incluso si lo agitaba con brusquedad. Las páginas eran del color gris de la muerte, incoloras como un cadáver empapado por la lluvia. Pero estaba seco, demasiado seco, como si los dedos de Oliver hubiesen absorbido la humedad nada más tocarlo, como un vampiro hambriento y capaz de dejarlo seco. Oliver se lo imaginó por unos instantes como el caparazón desecado de un insecto bocarriba en el suelo.

En las tripas vieron lo que se prometía en la cubierta: casi todo el texto estaba escrito a mano (y a veces con faltas de ortografía) y registraba muchos accidentes, grandes y pequeños, en lo que parecía ser una mina. Una mina de carbón.

La mano de Charlie Thompkins ha quedado aplastada entre dos piedras…

… una explosión de gases que ha dejado tres muertos: Eddir Uhl, Issac Streznewski, Jonesy Steven-Graeme…

… pie destrozado con una barra de retacar…

… golpe en la cabesa con un martillo de bola que sostenía un compañero, John Gold…

… un dedo perdido con unos alicates…

… empalado por un candelero de metal…

A continuación, páginas y más páginas en las que se detallaba quiénes habían sufrido accidentes o incluso muerto y por qué tipos de enfermedades: extremidades gangrenosas y hombres que tosían flemas negras y pedazos rojos de tejido pulmonar, así como discusiones sobre los que habían perdido el juicio en las oscuras profundidades. Oliver vio una frase en particular: «Frederick dijo que nos vigilan ahí abajo, que estaba tan seguro que había empezado a llevar un revólver a los túneles». Después alzó la vista y dejó de leer.

—Son accidentes de minería. Ramble Rocks no es una mina de carbón.

—No lo es en tu mundo.

Una vibración descarnada e irregular se extendió por el cuerpo de Oliver.

—¿Qué?

—En tu mundo es un parque. En otros mundos es un parque de atracciones, un cementerio, una cantera o una zona contaminada con sustancias peligrosas. En mi mundo era una mina de carbón.

—¿Me acabas…? Esto…, ¿me acabas de decir que eres de otro mundo?

—De uno como este, sí. Pero también diferente.

—No entiendo nada. Esto es una locura. —Oliver frunció el ceño en dirección al libro, que de repente emitió un aluvión de colores, un resplandor enfermizo de verde alga visto a través de hilillos de espuma de una bilis anaranjada. Olly soltó un grito ahogado y extendió el brazo todo lo que pudo para alejarlo de su cuerpo—. ¿Quieres decir que no eres de por aquí? ¿Eres de otro lugar?

—Así es.

—Y eso… —Oliver levantó el libro un poco más—. Esto vino contigo.

—No solo vino conmigo, sino que además me ayudó a venir. Me ayudó a escapar de esos otros mundos. Las fronteras se han debilitado y el libro me mostró la manera de cruzarlas. Me ayudó a encontrar el lugar más transitable. Una entrada.

—Pero si ni siquiera es un libro de hechizos. Solo es un registro de tragedias. Un hechizo sería más bien en plan: «Mezcla setas venenosas con ojos de salamandras en un caldero lleno de lágrimas de viuda», o algo así. Esto parece sacado de un yacimiento arqueológico.

—Puede que las tragedias sean hechizos. O puede que haya magia en la verdad que ocultan esas tragedias. Se llama *El libro de los accidentes*. ¿Son accidentes en realidad, Olly?

—Eso parecen.

—¿Cuándo se puede considerar que un accidente es un accidente? Imagina que alguien pierde un dedo o un pie en la oscuridad de ahí debajo. Piénsalo. Imagínatelo.

—Solo son… —«Accidentes», pensó, pero luego intentó encontrarle el sentido. Se imaginó descendiendo a ese lugar, que era una mina. Con un casco con una luz que iluminaba la oscuridad. Una lámpara sucia y medio rota en la cabeza. Y que él estaba en un lugar sucio y mal iluminado. «Te han metido ahí abajo para que excaves en busca de carbón. No te pagan nada, te dan herramientas estropeadas, te tienen horas y horas metido en la nada de esa mina. ¿Y qué consigues a cambio? Perder un dedo. Destrozarte un pie. O que te aplasten la cabeza.» Oliver sintió el dolor, la angustia, como se alzaba desde la página como el calor que emitiría un horno. Lo hizo sentir muy mal—. No es un accidente. Ninguno es un accidente. Esta gente sufrió mucho ahí abajo, en la oscuridad.

—Vuelve a mirar el libro ahora —dijo Jake, que lo empujó con la mano para acercárselo. Él no quería mirarlo y negó con la cabeza, con gesto malhumorado incluso. Se sentía como un niño que rechazase los guisantes, lo que hizo que se sintiera pequeño y avergonzado.

Después Jake le quitó el libro y lo abrió por una página al azar.

—Tienes que mirarlo. Mirar a través de él. Como si fuese una de esas…., como se llamen…., las imágenes esas del *Ojo Mágico*. —Jake le dedicó una sonrisa de satisfacción—. ¿Ves? Todo está relacionado.

Más magia. Cartas de *Magic*, un libro mágico, un ojo mágico.

Le guiñó un ojo.

Oliver miró el libro. No quería. Pensó en salir de allí y obviar por completo todo lo que le había ocurrido ahí dentro. Pero tenía que saber. Había algo en todo aquello que lo obligaba a interesarse.

Las páginas volvieron a adquirir el aspecto que tenían antes: grises y ajadas, con marcas de carbón que describían los terribles accidentes que habían sufrido los mineros en los túneles. Y luego, mientras Oliver las miraba, mientras veía a través de ellos, esas marcas oscuras de lápiz empezaron a moverse, igual que habían hecho la noche en que la tormenta azotó el bosque. Le dio la impresión de que habían descendido un poco, un centímetro, para luego adquirir vida y empezar a agitarse y a retorcerse como hormigas. Después se convirtieron en hormigas, estaba seguro, y sintió que los pies se le fijaban al suelo («no puedo escapar») y que tenía la mirada fija en el libro («no puedo apartar la mirada»), y las hormigas se arrastraron unas sobre otras para crear nuevas palabras, nuevas frases, hundiéndose en la página como gotas de tinta secadas con una toallita de papel. Lo que había ahora en el libro no era el registro de varios hombres heridos o fallecidos, sino un idioma que Oliver no reconocía, que no habría podido reconocer, porque no era real y parecía sacado de un libro de fantasía, de uno de los relatos de Lovecraft, o algo inscrito en una tumba o en una mazmorra prohibida en *D&D*, un galimatías desquiciado de letras que conocía y de muchas que no, bucles de tinta que formaban hilillos, remolinos y nudos intrincados. Sintió una presión repentina e intensa en el centro de la frente, como si alguien le apretase con fuerza con el pulgar, cada vez más y más fuerte, tanto que parecía que le iba a trepanar el cráneo, como un clavo que atraviesa la cáscara de un huevo. Tap, tap. Crac…

¿Y detrás?

El vacío.

Lo llamaba, canturreaba una invitación, una cancioncilla formada por los gritos de los hombres moribundos de la mina, de los niños muertos en los pasillos de los institutos, de vagabundos y vagabundas congelados hasta la muerte con una súplica entre los labios a un dios

que no iba a oírlos.

Oliver gritó y apartó la mirada.

—Es intenso, ¿verdad? —preguntó Jake.

—N-no sé qué ha sido eso —tartamudeó Oliver. Fijó la vista en la mesa de café para ver… ¿Para ver qué? ¿Si Jake le había dado pastillas? Quizá las había molido y esparcido por el sillón. Se preguntó si todo aquello no habría sido más que una alucinación.

—Te ha llamado. Te ha mostrado la verdad.

—¿Qué verdad?

—Que el mundo está roto, joder. Que todo se desmorona. Lo has sentido. Sé que sí. Sabes lo que es la entropía.

—Claro que lo sé.

Siempre le había gustado la idea de la entropía. Todo el mundo y sus sistemas se dirigen hacia el caos. Descienden hacia él. Pero la vida se abre camino, como dijo Jeff Goldblum en *Parque Jurásico*…, y se enfrenta a dicha entropía con nacimientos y desarrollo. Incluso cuando algo se deteriora, pongamos que un árbol se cae, puede servir para que un animal se refugie en su interior o lo use para esconderse, o para que las setas crezcan en su corteza, y dicho árbol terminará cediendo todos sus nutrientes al suelo, donde el resto de los árboles se aprovecharán de ellos. Era algo que le daba mucha esperanza. La entropía era persistente, pero también lo eran los intentos naturales del mundo para contrarrestarla.

—Bueno, pues la entropía va ganando. Los tiroteos en los institutos, el terrorismo, los asesinos en serie. La intolerancia y el maltrato. El tráfico sexual, la esclavitud, los policías asesinos. ¿Esas cosas te parecen normales?

—No lo sé. ¡No lo sé! —Se le aceleró el pulso. «Mantén la calma, Olly»—. No son normales, pero mi padre siempre dice que toda generación se enfrenta a desafíos diferentes, desde Hitler y Nixon al Dust Bowl y la Gran Depresión y…

—Tu padre era policía, ¿verdad? Como si fuese alguien de quien fiarse… ¿Por qué vas a terapia? Seguro que la idea partió de él. Seguro que su padre le pegaba y que él te pega a ti. O te folla. O te pone un vestido y…

—Cállate —dijo Oliver, furioso. Le propinó un violento empujón a Jake—. No tienes ni puta idea de nada. No sé lo mal que lo pasó mi padre, pero sí sé que su padre le pegaba muy a menudo. Mi abuelo era un borracho, un abusón y una víbora, pero mi padre no es nada de eso. Ni lo más mínimo. El maltrato no engendra maltrato. —Pasó junto a Jake, lo empujó de nuevo y gritó mientras miraba de reojo—. Y si me quiero poner un vestido, me pondré un puto vestido.

—Olly, escucha. Tienes que entender que lo que está pasando aquí es lo mismo que ha pasado en otros mundos de los que vengo. Todos han desaparecido. Son mundos destruidos, se han destruido unos a los otros. Son lugares en los que la entropía ha vencido. He venido en calidad de… profeta. Un profeta al que nadie ha hecho caso por el momento. Este mundo, tu mundo, va por el mismo camino que los demás. Se está desmoronando y pronto llegará a su fin. Pero creo que podemos solucionarlo. Tú y yo. Creo que podemos salvar el mundo. Podemos detener la entropía.

—No puedes detener la entropía.

—Pero ¿y si tú pudieras hacerlo?

—Esto es una locura. Estás loco.

Y después de esas últimas palabras, Oliver salió de la caravana a toda prisa.

42

Un espejo que se resquebraja poco a poco

El libro tembló en la mesa, y las páginas se agitaron como si hubiese soplado una fuerte brisa. Rugió dentro de la mente de Jake.

«Lo has PERDIDO.»

—No del todo —bramó Jake, enfadado, mientras iba de un lado a otro de la caravana.

«Este es muy obstinado. ¿Y decías que era débil? Puede que sea el fuerte.»

—No. ¡No! Tengo que darle una oportunidad. La oportunidad de ponerse del lado correcto. De que llegue a ver lo que nos espera. Todos han tenido esa oportunidad, ¿entiendes? Ese es el trato. Todos tienen que tener esa oportunidad. —«Ese es el proceso», se recordó a sí mismo—. Solo necesita un empujoncito.

«Necesita algo más que un empujoncito. Fuérzalo. Arrástralo. Oblígalo.»

Pero Jake no iba a hacer eso. El proceso era el proceso. El modo era el que era. Necesitaba algo. Una palanca. Una vulnerabilidad.

Un punto débil.

«Mi padre siempre dice que toda generación se enfrenta a desafíos diferentes, desde Hitler y Nixon al Dust Bowl y la Gran Depresión.»

Optimismo. Esperanza. Una salida. Son debilidades. Y todas tienen el mismo origen: un manantial de fe en que el mundo puede ser un lugar mejor.

—Su punto débil es el padre, ¿verdad? El puto Nate.

Una brusca reprimenda por parte del libro:

«¡No! El padre es un apoyo. Una fuente de fuerza, no una vulnerabilidad. Tendrías que haberle dicho quién eras en realidad. Tendrías que haberle mostrado tu verdadero yo».

—No me va a creer. Y te equivocas. La fuente de su fuerza es esa misma vulnerabilidad. —Jake rio a carcajadas—. ¿Sabes qué? La verdad es que para ser un demonio eres bastan…

Se le cerró la garganta. El ojo normal se le hinchó y el otro, el que tenía muchos colores, amenazó con salir despedido de su cráneo como si fuese el tapón de una botella de vino.

«Pide PERDÓN.»

—M-me n-necesitas.

«No necesitaba a Reese y no te necesito a ti, chico. Tengo paciencia. Puedo encontrar otra manera. Tengo todo el tiempo del mundo. Pero el tuyo termina aquí y ahora.»

—P-por favor.

«Haz lo que hay que hacer.»

La mano invisible le soltó la garganta. El libro que había sobre la mesa se cerró de repente. Jake tosió e hizo un ruido que sonó a mezcla de grito ahogado y risa estruendosa.

«Su fuerza es su vulnerabilidad», pensó.

Empezó a pergeñar un plan. Tenía que llamar a alguien.

43

Un experto en movidas chungas chungas

Nate entró más temprano en la oficina esa mañana y vio a Fig sentado en su escritorio, contemplando la pantalla del ordenador con los ojos inyectados en sangre.

—Buenos días —dijo Nate.

Fig alzó la vista y parpadeó. Se frotó la cara.

—Sí, supongo que ya es de día.

—Te veo… Bueno, yo estoy igual.

—Parece que me has pegado tu insomnio.

—No creo que sea eso, Fig.

Fig hizo un ruido gutural, un gruñido de frustración.

—¡No me digas! Mira, no encuentro nada sobre las jóvenes perdidas que cuadre con esa descripción. Y esa tormenta… Esa tormenta no era normal, Nate. No parecía un fenómeno natural. Ha sido una movida chunga chunga.

—Bueno, en eso puede que sí tengas razón. Las buenas noticias son que conozco a un experto en esos temas.

—¿Jed Homackie?

—Jed Homackie.

Fue directo a la casa de Jed después del trabajo. Estaba poseído por una montaña rusa de sentimientos: el impulso, el rugido y traqueteo hacia algo terrible, hacia un final extraño y desconcertante. Era una sensación que lo turbaba, igual que lo turbaba lo de su padre, lo del hombre del bosque, la quemazón que notaba en la parte del cráneo donde aquel tipo le había hecho el corte.

Llamó a la puerta.

Nada.

Volvió a llamar. De nuevo, nada.

Miró detrás de él y vio que el coche de Jed estaba aparcado, un SUV Lexus. La puerta delantera de la casa no tenía ventana, porque de lo contrario habría mirado por ella. Acercó los nudillos a la puerta otra vez…

El sonido de la cerradura llegó desde el interior.

La puerta se abrió, y apareció un Jed demacrado, un hombre que parecía haberse perdido en un laberinto de insomnio. Y puede que también hubiese sufrido el ataque de algún que otro león.

—Nate, Nate. Entra.

Su voz era un gruñido. Estaba ronco, como si hubiera hecho gárgaras con una taza de café rota. Se echó hacia atrás parte del pelo que empezaba a encanecer mientras le dedicaba a Nate una sonrisa nerviosa y desaparecía en el interior de su casa.

Nate lo siguió.

—Jed, tienes muy mal aspecto. ¿Va todo bien?

No iba bien.

La última vez que Nate entró, aquella casa estaba limpia como los chorros del oro. La imagen que se le presentaba ahora era justo la contraria. Había envases de comida tirados por ahí, abiertos y a medio comer. Un monstruo tentacular de tiempos remotos hecho de fideos brotaba de un envase de comida china y caía sobre la encimera. Una de las butacas de la cocina estaba en el suelo. Los libros no estaban colocados en las estanterías, sino desperdigados por la casa. Había un rollo de servilletas desenrollado en mitad del suelo, y también una mancha púrpura y húmeda, como si hubiese derramado algo allí y, en lugar de usar un par de servilletas, le hubiese dado una patada al rollo para tirarlo encima como una apisonadora. Nate esperaba que Jed dijese que había sido objeto de un allanamiento para robarle cosas, pero vio algo más entre la basura: pilas desperdigadas de botellas de alcohol. Whisky, ginebra, brandy.

Todas vacías.

—Ahora estoy bien —dijo Jed, como para justificarse—. He tenido… unos días muy complicados, Nate. Complicados de verdad… —Abrió los ojos como un presentador de radio que hablase sobre

teorías conspiratorias—. Lo que vi allí contigo esa noche… me llevó al límite, Nate. Desafió mis creencias, las bases en que se asienta mi realidad, por así decirlo. Hizo que me estremeciera hasta lo más profundo de mí.

—¿Por qué? Tú… tú investigas al respecto, ¿no? Tus libros, tus historias. Las cosas que has visto.

Emitió una risilla suave.

—Nate, nunca había visto nada de verdad. No de esta manera. He sentido cosas por aquí y por allá, pero nada era real.

«Entonces, todo lo de Jed eran cuentos», pensó Nate. Tal vez todos los escritores fueran así, gente que solo se vale de las mentiras para entretener a los demás.

—Y ahora has visto algo de verdad, ¿no?

Una especie de locura dichosa brilló en la mirada de Jed.

—Sí, así es.

—Has… Anda. —Nate señaló las botellas de alcohol—. Te has encargado de mantener ocupadas las licorerías tú solo, ¿eh?

—Bueno, Nate. Para serte sincero, no es la primera vez que me enfrento a esa antigua bestia. A la bestia del alcohol, para dejarlo bien claro.

—No tienes por qué avergonzarte.

Jed no dijo nada más al respecto. Se limitó a mirarse los pies. La respiración le agitaba el tronco mientras se encontraba allí erguido, respirando sin más, lo que indicó a Nate que el enfrentamiento de Jed contra esa bestia había sido largo y aciago.

Y que no se había saldado con una victoria.

—¿Quieres que te ayude a limpiar? —preguntó Nate.

—No, no. Ni se te ocurra pensar tonterías como esa. Soy un adulto y puedo limpiar mis mierdas. —Se dio la vuelta, y Nate volvió a ver ese brillo en sus ojos—. Investigué un poco mientras bebía.

—Investigaste.

—Claro. Sobre lo que vi. Lo de tu padre. No era un espíritu, no exactamente. Te tocó, te hizo daño y… —Jed entrecerró un poco los ojos mientras miraba a Nate—. Te dio en el labio, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y esos puntos de qué son, entonces?

«Claro. No sabe nada de lo otro.»

Pues de perdidos al río. Nate le contó todo lo que había pasado esa noche. Lo de la chica, lo del número que tenía en la mejilla, el hombre del rayo, el cuchillo. Jed abría más y más los ojos con cada palabra que oía.

—Es verdad. Todo —dijo Jed, sin aliento.

—¿A qué te refieres? Suéltalo, Jed. No tengo tiempo para que me vengas con jueguecitos.

Jed asintió.

—Yo… Aún estoy asimilando que lo que ha pasado aquí no son meras apariciones fantasmales. Esto es algo mucho más grande. Y extraño. Suelo hablar del demonio de manera metafórica, pero cabe la posibilidad de que esto sea de verdad. Siempre he rechazado las ideas de la existencia de espíritus buenos o malos y de los elementos sobrenaturales, igual que evito pensar que hay gente del todo buena o del todo mala. Todos somos una mezcla, como los paquetes de frutos secos, una mezcla de bondad y de maldad, aderezada con un batiburrillo de indolencia e ignorancia inexcusables y rematada con momentos inesperados de verdadero heroísmo. Pero quizá, y solo quizá, haya algo ahí fuera, algo malvado de verdad. Algo que ha llegado hasta aquí.

—Te repito que no me vengas con jueguecitos, Jed. Ni tampoco con discursos grandilocuentes. Ve al grano.

—Lo que has visto: tu padre, ese tipo enfermo con la barba descuidada y Edmund Reese… Son intrusos. Allanadores. Una especie invasiva, para decirlo de algún modo. Invasores, si me permites el lujo de utilizar un término tan poético. Y, si es lo que quieres, podríamos obtener respuestas que expliquen todo lo ocurrido.

Nate asintió.

—Necesito respuestas.

—Pues vayamos a buscarlas. Juntos.

—Cuanto antes, mejor.

—Creo que sé dónde tendríamos que empezar a buscar.

Jed sonrió.

—Vas a decir que en el parque Ramble Rocks, ¿verdad?
—En efecto. En efecto.

44

Nate y Maddie

Hace dieciocho años:

Vamp Records, South Street, Filadelfia. Antes vendía discos, pero discos de verdad, los de vinilo. Pero ahora solo vendía CD. La mitad de ellos, nuevos, y la otra mitad, de segunda mano, todos en esas enormes cajas de plástico que requerían una llave especial y una bendición egipcia de la Antigüedad para poder abrirlas. A Maddie le gustaba trabajar allí. No era por la música, aunque sí, la música también era muy buena y todo eso, pero la organización… Uf. Sí, joder. La organización era para chuparse los dedos. Esa sensación táctil de organizar los vinilos y los CD era como el porno para Maddie. Aquel día le tocaba turno de mostrador, y lo odiaba. Pero era el primer trabajo que tenía nada más salir de la universidad y no quería cagarla.

Un tipo se acercó al mostrador, con el pelo un poco largo, un bigote que le llegaba hasta la barbilla, como una herradura que apuntase hacia abajo. Y preguntó:

—¿Tienes el nuevo de Radiohead?

Se refería a *Kid A*. Y ella le respondió:

—¿Te sabes el abecedario?

Con lo que le acababa de decir: «Los CD están ordenados alfabéticamente, capullo».

Y él puso los ojos en blanco y dijo:

—Claro, pero te lo pregunto porque no lo veo.

Ella se acercó, y era verdad que ya no estaba, por lo que le dijo que podía pedírselo. Él le dijo que no se molestase, que era para su novia. Pero luego añadió:

—En realidad, ni debería comprárselo. Ella nunca me compra nada

a mí. Es un poco mierda.

A lo que Maddie respondió:

—No deberías hablar así de ella. No seas un puto gilipollas. ¿No te gusta? Pues déjala.

Y eso pareció molestarle.

—Tal vez tú puedas ayudarme a no ser un puto gilipollas —dijo él.

Pero ella respondió:

—Ese no es mi trabajo.

Y le sonrió. Él le devolvió la sonrisa. Y ese fue el principio de todo.

Hace diecisiete años:

Pasaron un tiempo orbitando el uno alrededor del otro, pero cuando al fin quedaron para una cita fue como si dos meteoritos chocasen entre sí mientras descendían a la Tierra. La primera vez que follaron fue sobre el capó del coche de Maddie, un Camaro blanco del 97, aparcado en un maizal durante un día demasiado caluroso para ser octubre. Fue después de un concierto de Sleater-Kinney en el Theatre of Living Arts de Filadelfia. Ella consiguió las entradas en la tienda de discos. El acto sexual fue torpe, titubeante y carente de la menor elegancia, pero los dos estaban emocionados por la música y por la multitud que se había congregado en la sala, y lo que les faltó de elegancia sexual lo compensaron con una pasión animal pura e inconsciente; eso sin mencionar que ambos encontraron la situación la mar de divertida y llegaron a la conclusión de que los que no se reían al practicar el sexo eran unos imbéciles amargados que seguramente estarían resignados a, en palabras de Maddie, «una existencia banal de tres pares de cojones». Él dijo que no sabía qué significaba eso, pero que le gustaba.

Hace dieciséis años:

Se casaron en una ceremonia íntima en Bensalem (Pensilvania), en el extremo sur del condado de Bucks. Ninguno de los dos era religioso, por lo que los casó un juez local amigo de Denny, el padre de Maddie. No fue un bodorrio, pero tampoco una ceremonia modesta. Se podría decir que «estuvo bien». Al terminar, Denny y Nate tuvieron una larga y sentida conversación sobre el futuro de este. Su padre le dijo que

tenía que mudarse a Filadelfia para ingresar en el cuerpo de policía. Nate dijo que se lo pensaría. Esa noche, Maddie y él consumaron el matrimonio, como era de recibo, y al cabo de un mes la prueba de embarazo dio positivo. Oliver se manifestó por primera vez en forma de ese pequeño signo más.

Hace trece años:

Nate y Maddie decidieron, juntos y de mutuo acuerdo, que ella lo había engañado emocionalmente con un hombre a quien conocía del colectivo de arte Fishtown donde esculpía. El tipo se llamaba Bryce. Se habían conocido en una época en la que todo se le había complicado a Maddie hasta extremos insoportables: Olly tenía dos años, pero no eran solo dos años, sino la peor manera posible de tener dos años: era un bebé infernal pequeño y astuto que se llevaba por delante todas las esquinas de las mesas que quería, y Nate había empezado a hacer horas extras en la comisaría para compensar la nada boyante economía familiar. Bryce y ella nunca se habían besado y sin duda nunca habían follado, pero cada vez pasaban más tiempo juntos, se abrazaban, se consolaban y lloraban en el hombro del otro. Un día, Maddie llegó a la conclusión de que tendría que decírselo a Nate. Y se lo confesó.

Nate se encendió como un árbol de Navidad que se prendiese por culpa de un cable suelto en las luces. Le hirvió la sangre, cerró la mano y le dio un puñetazo a la pared de yeso del apartamento de Maddie. Ella le dijo que lo que había hecho era casi maltrato, mientras Nate le contaba que no estaba enfadado con ella, sino consigo mismo y también avergonzado, y que quería pegarse, hacerse daño en la mano, y no a ella. Ella dijo que daba igual, que si volvía a hacer algo así, se llevaría a Oliver a California por la mañana y le podían dar mucho por el culo. Arregló la pared. No volvió a hacerlo.

Hace diez años:

Carl, el padre de Nate, llamó a la puerta de la casa de ambos. Nate no sabía cómo el anciano había dado con su paradero. Puede que lo hubiese buscado en internet o engañado a alguien de la comisaría para que se lo dijese. Nunca lo supieron. Llegó hasta allí, borracho como

una mofeta en un cubo repleto de sus propios meados (como solía decir el padre de Maddie). Maddie no conocía al padre de Nate y no iba a hacerlo en aquel momento. Nate dijo que él se encargaba. Se colocó la funda de la pistola, metió el arma en el interior y empezó a acercarse a la puerta. Maddie, que por aquel entonces no daba crédito a cosas así, le preguntó si aquello era realmente necesario, y la única respuesta de Nate fue un «sí». Luego salió. Los oyó gritar. Gritar a Nate, en su mayor parte. Después alguien empezó a llorar, Carl, el anciano. Una botella rota. Nate volvió a entrar y dio un portazo. Maddie vio que había desenfundado la pistola y que la tenía en la mano. Por suerte, Oliver estaba en el piso de arriba y no vio nada. Ella le preguntó si todo iba bien, y él respondió que sí y que no se preocupase, que ya no volverían a tener que lidiar con su padre.

Hace cinco años:

Oliver tenía diez años y había tomado la costumbre de darles dinero o comida a los vagabundos a quienes veía en la calle, que en Filadelfia eran muchos. Media docena de camino al colegio y la misma en el camino de vuelta, así como los que encontraban cuando iban a cualquier parte. La mayoría eran amables, y algunos no parecían estar del todo «presentes» siquiera. Unos pocos eran personas que parecían estar rotas por dentro de alguna manera: por ejemplo, un hombre acostumbraba a quitarse los pantalones y defecar o masturbarse (aunque nunca a la vez), y luego solía caerse sobre sus propios fluidos. Oliver nunca le dejaba dinero, pero siempre trataba de dejarle comida, como un paquete de Oreo o de patatas fritas sin abrir que compraba en la escuela.

Un día, Oliver vio a alguien nuevo, un vagabundo blanco con una camiseta blanca manchada de sudor y un pantalón de chándal, viejo y grasiento. Oliver no quería darle dinero ni acercarse, y cuando Maddie le preguntó la razón, dijo:

—No lo sé. Está demasiado enfadado. Más que nadie a quien haya visto.

Maddie no lo entendió. El tipo se había quedado allí mirándose el regazo sin decir nada. Pero esa noche, Nate llegó a casa y dijo que había habido un apuñalamiento, que alguien había intentado darle

dinero a un vagabundo y que le habían asestado treinta y siete puñaladas antes de que apareciera un agente y le disparase. Era el mismo hombre. Maddie se lo contó a Nate esa noche.

—Oliver es especial, ¿sabes? —Nate dijo que lo sabía, pero Maddie insistió—: No. Especial de verdad.

Nunca descubrieron cómo ni por qué. Era lo que era y, aunque no había pruebas, ellos sabían que su hijo no era como las demás personas. Maddie nunca le contó a Oliver nada sobre el disparo.

En la actualidad:

Nate volvió a colgarse la funda del arma. Maddie lo miró.

—¿Estás seguro de que necesitas eso? —preguntó, asaltada por una súbita preocupación.

Pero él le dedicó una sonrisa sincera, algo que la reconfortó.

—No —respondió—. Supongo que no. Pero, después de todo lo que ha sucedido, no quiero salir ahí fuera desarmado.

—Me parece bien.

—¿Sabes algo de Olly?

—Sí. El chaval sigue con Caleb. Dijo que no tardaría en volver.

—Bien.

Nate cogió el abrigo y también un par de guantes. El frío nocturno de la tormenta no había remitido del todo. Era más profundo y más frío de lo que acostumbraba a ser en aquella época del año, semanas antes de Acción de Gracias. Metió el arma en la funda y la cerró.

Maddie lo miró durante un rato. Más que mirarlo, lo admiró. Tenía buen aspecto. Hombros rectos, la barba y el pelo un poco largos, lo que le daba un aire recio. La belleza de un árbol en lugar de la madera tallada a partir de él, con todos esos recovecos y hendiduras, la textura y la topografía de la corteza, los nudos, la superficie imperfecta. En bruto, sin tratar y maravillosamente irregular. Ese era Nate. Su Nate.

—¿Estarás bien?

—Claro que sí.

—Confías en Jed, ¿verdad?

—Bueno —rio Nate—. No sé si confío en que tenga razón en lo relativo a este asunto, pero confío en que él crea que la tiene. —

Pareció quedarse sumido en sus pensamientos durante unos instantes —. Me gusta. Creo que le han pasado muchas cosas, aunque yo no sepa de la misa la media. Creo que ha conseguido sobreponerse a algunos de sus demonios, pero no a todos.

—A todos nos han pasado muchas cosas —repuso ella.

Y luego se hizo varias preguntas. ¿Le había pasado a ella la misma cantidad de cosas que a los demás? ¿Eran sus problemas igual de duros que los del resto? Puede que ella fuese así y ya está. Y no tenía claro si eso era bueno o algo malo.

—Supongo. Lo único que sé es que tiene algo.

—Sí, se hace querer, el cabrón.

—Se hace querer, el cabrón, sí. —Nate movió las cejas—. Cuidado con esa imaginación tuya. Nada de tirarte a Jed, Mads. Sé que es escritor y que seguro que eso te gusta…

—Tranquilo. Mi código de honor me prohíbe follarme a un tipo llamado Jed. O a cualquiera que tenga un nombre que rime con Jed, como Ned o Ed.

—O Ted.

—Dios. —Maddie fingió un estremecimiento—. Ted.

—¿Y el tipo ese de *Pulp Fiction*, Zed?

—Está claro que no es un Zed, pero…

—Oh, no. A ver qué vas a decir.

—Red. Podría tirarme a un tío llamado Red.

Nate sonrió.

—Gilipollas.

—Gilipollas lo serás tú. —Lo ayudó a cerrarse la chaqueta y luego tiró de él por el cuello de la prenda para acercarlo y darle un beso. Un beso fuerte y largo, de esos con los que poco más e intercambias el alma—. Ten cuidado. A ver si consigues respuestas. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Nate abrió la puerta para salir por esa puerta por última vez.

45

Ramble Rocks

El roquedal de Ramble Rocks no ocupaba el parque al completo, sino más bien la parte central. Nate vio que había cientos de pedruscos. Tal vez miles. Grises como el pedernal. Algunos azul oscuro como el metal de las armas de fuego. Estaban rotos en ángulos imposibles, como dientes podridos.

Mientras Nate miraba el espacio que tenían frente a sí, trató de imaginarse a Reese allí. Secuestrando jóvenes en el túnel, en el bosque o en el instituto cercano. Llevándoselas primero a su casa, donde les grababa un número en la mejilla. Y después arrastrándolas a ese lugar.

Donde las destripaba sobre una roca.

Nate no dejaba de pensar en la joven que tenía el número treinta y siete grabado en la mejilla.

¿Quién era?

¿De dónde había salido…?

¿Y adónde narices había ido?

¿Seguía viva? O quizá Reese…, si es que ese era Reese, algo que le resultaba imposible de aceptar a Nate. ¿La habría matado?

—Ahí delante… —Jed desplazó el haz de luz de la linterna sobre las rocas—. Ahí termina el bosque y nos meteremos en el roquedal, aunque creo que lo mejor sería rodearlo…

—Cruzarlo sería más rápido.

—Pero es un camino más complicado. Hay piedras afiladas que no veremos en la oscuridad, Nate.

—Tenemos linternas. Todo irá bien.

Jed asintió.

—Tú eres quien trabaja en Caza y Pesca. Confío en tu buen juicio.

—Soy más de ciudad que de campo. Esto es más conveniencia e

impaciencia que otra cosa. Pero tengo que preguntarte algo, Jed. ¿Qué narices hacemos aquí? ¿Qué buscamos?

Jed titubeó. Tartamudeó un poco al responder.

—Pues por ahora no te lo puedo decir. Como te dije antes, el velo entre mundos en este lugar es más fino. Si hay un sitio en el que vayamos a ver o a sentir algo, ese es Ramble Rocks. Supongo que habrá que ir al túnel, que es el lugar donde la gente siempre dice que ve cosas extrañas. Pero toda esta zona, el *felsenmeer* en particular, era el territorio de caza y el lugar donde Reese asesinaba a sus víctimas. La joven a quien viste habrá muerto aquí, si es que está muerta. Y si Reese ha vuelto… —Suspiró—. Pues seguro que también está aquí.

—Vale —convino Nate—. Pues vamos allá.

Y se dirigieron hacia las rocas errantes de Ramble Rocks.

La luna estaba llena y brillaba sobre esos pedruscos que parecían dientes rotos. Colgaba en el cielo preñada de luz. Les iluminó el camino.

Pero tampoco les facilitaba del todo la tarea de avanzar entre las rocas.

Nate había estado allí de niño, pero llevaba mucho tiempo sin ir. Se había olvidado de la cantidad de piedras puntiagudas que había allí. En algunas partes no había espacio alguno entre ellos siquiera, por lo que era imposible pasar entre ellas y había que hacerlo por encima.

Y eso fue lo que hicieron. Las escalaron y pasaron por encima. Plantaron los pies en las rocas inclinadas para impulsarse y cruzar por encima de todas esas piedras asimétricas e irregulares.

Fue un camino agotador, tal y como temía Jed.

—Lo siento —se disculpó Nate—. Tendríamos que haber dado un rodeo.

Jed gruñó detrás de él.

—A buenas horas.

—Ya ves. Creo que estamos a medio camino y…

Apoyó el pie en una roca que estaba cubierta de moho. Se resbaló, se le torció el tobillo y sintió un crac por el talón que le subió por el gemelo, como si hubiera recibido el impacto de un rayo. Después vio que la luna se movía a un lado, y él en dirección contraria mientras

caía sobre las rocas, y la linterna se alejaba trazando espirales hacia la oscuridad. Incluso mientras caía llegó a la conclusión de que el aterrizaje no le iba a ir nada bien. No en el exterior. No sobre esas rocas.

Pero luego, antes de caer…

Se detuvo.

Inmóvil en un ángulo de cuarenta y cinco grados.

Notó el tirón de la chaqueta de lona en los brazos y los hombros al sujetarle Jed con rapidez por uno de los faldones.

—Te pillé —dijo, con un gruñido—. ¿Estás bien?

—Gracias a ti no me he partido la crisma —respondió Nate. Pero luego intentó apoyar el pie en la roca y sintió una punzada muy aguda que se le extendió por el tobillo. Tenía el tendón de Aquiles muy caliente—. Joder.

—Oh, oh —dijo Jed—. Eso no suena bien.

Jed dirigió el haz de luz hacia el tobillo de Nate mientras él se lo masajeaba por encima de la bota.

—Creo que estoy bien. No está roto, al menos. Espera un momento, por favor.

—Claro, sí. Sin problema.

Jed recorrió el pequeño espacio por el que podía caminar, en la oscuridad que se extendía bajo la luna. Subió unas rocas y volvió a bajarlas, arriba y abajo. Otra vez. Nate lo miró con el ceño fruncido.

—Pareces nervioso —observó.

—No. Todo está bien.

—No, no parece que estés bien. Te pasa algo.

Jed no parecía dispuesto a contarle nada. No dejaba de morderse el labio, pero al final se plegó como una silla de playa.

—Solo estoy un poco nervioso por lo que podamos encontrar. Yo… Tengo una forma de ver la vida, Nate. Tengo una idea de cómo funcionan las cosas, y he empezado a dudar de ella.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

Nate tenía que darse por satisfecho con aquella confesión. No conocía lo bastante a su vecino como para saber si le acababa de

mentir o no. Le gustaba Jed, y era un tipo que parecía depender mucho de esa forma de ver la vida a la que se acababa de referir. Tenía sentido que estuviese un tanto descentrado.

«Pero ¿no debería estar también emocionado?», preguntó una vocecilla en la cabeza de Nate. Temía tener que ahondar más en esa tierra oscura y extraña que era su vecino, pero ese no era el mejor momento para hacerlo.

—Voy a coger la linterna —dijo Nate, que extremaba precauciones con el pie lastimado a cada paso que daba. Hizo una mueca de dolor y cojeó hasta el roquedal mientras deseaba con todas sus fuerzas que hubiesen desaparecido o, mejor aún, que se hubieran quedado en casa, en una silla y bebiéndose una cerveza. A medida que avanzaba vio que la linterna se encontraba a unos tres metros, y que por suerte el haz de luz aún estaba encendido y no se había roto a pesar de haber tropezado con las piedras.

Siguió el haz con la mirada.

Y luego se detuvo. La luz iluminaba algo que lo dejó sin aliento. Emitió un tenue sonido, lleno de horror, de extrañeza y, por supuesto, de dolor. Jed le preguntó si estaba bien.

—Conozco esa roca —respondió Nate, sin perder la calma—. La he visto antes.

46

La roca con forma de mesa

El sueño volvió de repente y con la fuerza de una riada: él que golpeaba a su hijo, el disparo, el chico que caía sobre la roca.

La roca con forma de mesa.

Una roca que acababa de ver, en aquel mismo instante. En la vida real.

Comprendió que el sueño tenía lugar allí, en el *felsenmeer* de Ramble Rocks, aunque había ciertas diferencias. En el sueño, las rocas eran redondas y no dentadas, pero la que tenía forma de mesa era igual en el sueño y en la realidad. Nate alzó la linterna y recorrió la superficie elevada con el haz de luz. Allí encontró las muescas lisas que salían todas desde la parte central. Muescas por las que, en el sueño, circulaban regueros de la sangre de su hijo.

Por lo visto, lo acababa de recordar de forma inconsciente. Los sueños hicieron aparecer la imagen igual que hacían siempre: arrugando los antiguos recuerdos como si fuesen un trapo de cocina antes de empaparlos y escurrirlos sobre su mente dormida. Seguro que era algo de un recuerdo anterior, ¿verdad?

¿Sería aquel el lugar donde Edmund Reese había matado a las jóvenes?

Le dio la impresión de que podía serlo. ¿Era algo que ya sabía en el fondo y por eso sus sueños lo habían llevado hasta allí?

¿O acaso el sueño era algo diferente? ¿Un presagio? ¿Una advertencia?

—¿Estás bien? —preguntó Jed.

—Claro —respondió Nate. Le tocaba mentir. A la mierda. Estaba cansado de mentir. Añadió—: ¿Sabes, Jed? No. No estoy bien. Me da la impresión de que las cosas se han torcido un poco y esto…, esta

piedra…, la que parece una mesa, ¿sabes? He soñado con ella. Hace unas semanas. Mi hijo moría en ese sueño.

Jed se quedó en silencio al oírlo.

—Seguro que no es nada —añadió Nate, al fin.

—Yo no sé si no será nada o si será algo —dijo Jed. Su voz había cambiado. Lo dijo con suavidad y tristeza, arrastrando las palabras como si intentase contener algo. Puede que lágrimas. Lágrimas que habrían empezado a acumularse en un manantial profundo de tristeza que Nate no entendía, ni sería capaz de entender—. Lo que sí sé, Nate, es que la vida es muy rara. Sé que está llena de errores y de arrepentimientos, y que a nuestras mentes se les da muy bien recordarlos en los peores momentos, cuando somos más vulnerables. Como los sueños. Creo que lo mejor que podemos hacer es descubrir la manera de seguir adelante. La manera en la que solucionamos nuestros errores nos permite estar en paz con nosotros mismos. Y también con aquellos a quienes hemos hecho daño. O eso me gusta pensar.

—Diría que tienes razón, sí.

—Me alegra que pienses igual que yo. Eso significa que tenemos que seguir nuestro camino, si estás lo bastante bien como para caminar, claro.

—Lo estoy.

—Pues sigamos.

Y siguieron.

47

Verdadera oscuridad

Tardaron un buen rato en abrirse paso por el roquedal, pero cuando lo hicieron llegaron hasta un sendero en el otro extremo, que los llevó a través de una arboleda de abedules papiríferos que tenía detrás un camino asfaltado.

Frente a ellos encontraron el antiguo túnel del tren. El conducto daba la impresión de no terminar nunca, a la luz argéntea y difusa de la luna, como si fuese un portal que no condujera hasta el otro lado del parque, sino a otro lugar. Un camino infinito que atravesaba la oscuridad en dirección a ninguna parte.

Un aullido estridente hendió el aire entre los árboles. Parecía el grito de una mujer, pero también había en él algo inhumano, un grito de dolor desgarrador en estado puro. Fue corto y agudo, y se perdió en la oscuridad de la noche. Jed se estremeció, y Nate sintió cómo se le aceleraba el pulso.

Nate extendió una mano.

—Tranquilo —dijo—. Creo que no es más que un zorro.

—Y una mierda.

—Sí, sé que es un ruido horrible. Muchos animales hacen ruidos horribles por las noches. Los zorros, los conejos, las martas pescadoras.

—La naturaleza es majestuosa, ¿eh? —dijo Jed, con gesto lastimero que ocultó tras un fruncimiento de ceño.

Nate casi se echa a reír. Fue un momento de tranquilidad, uno que necesitaban antes de internarse en la oscuridad del túnel. Porque allí lo tenían, acechando frente a ellos. Esa boca otra vez, lista para tragárselos enteros.

—Por los clavos de Cristo —dijo Jed, quien sin duda acababa de

pensar lo mismo que Nate.

Nate miró la oscuridad tan singular que tenía enfrente, con la esperanza de ver un resplandor, un tren fantasma pilotado por un maquinista sin cabeza.

Pero no había luz alguna que horadase la oscuridad.

—¿Seguro que no podemos recorrerlo de día? —preguntó Nate.

—Se dice que el velo entre mundos es más fino durante la noche. Además, no creo que quieras que la gente te vea por los alrededores del túnel en busca de fantasmas y espantajos, ¿verdad? Por aquello de que trabajas en Caza y Pesca, ya sabes.

—Supongo que no.

—Pues por eso estamos aquí de noche. —Jed hizo un ademán repentino con las manos, como si intentara advertir a un conductor de un puente que está a punto de derrumbarse—. Sería mejor que nos marchásemos, sí. Lo ideal sería que diéramos la vuelta y volviéramos a casa. E-esto no me gusta. Creo que empiezo a arrepentirme. Venga.

Tiró de Nate hacia el lugar por el que acababan de llegar.

—Eh, un momento. No. Ya estamos aquí. Hemos caminado un buen trecho para llegar.

—Nate…

—No. Mira, si tú dices que este túnel es un lugar de cierta relevancia… sobrenatural… Dios, es que no me puedo creer que esté diciendo esto. Pues si tú lo dices, tenemos que entrar ahí para ver qué encontramos.

Jed asintió, con una sonrisa triste.

—Vale, Nate. Vale. Si tú lo dices… Solo quiero que sepas que lo siento.

—¿Lo sientes? ¿Por qué lo sientes?

Jed se quedó en silencio unos momentos, como si sopesase lo que estaba a punto de decir.

—Lo siento por todo lo que está ocurriendo. Has venido aquí, te has mudado con una familia maravillosa y ahora… esto. Lo siento. Lo siento y ya está.

—Oye. Tú no tienes la culpa, Jed. Venga. Entremos en el túnel.

La oscuridad era total y auténtica, no como si se encontrasen en un

espacio abierto adonde no alcanzaba la luz, sino como si la propia penumbra fuese un objeto físico con peso y presencia.

No bastaba con recorrer el túnel a pie. Más bien, daba la impresión de que había que surcarlo en la oscuridad, de que Nate tenía que animarse a dar cada uno de sus pasos. Las tinieblas eran tan opresivas que parecía como si se tragaran el haz de luz de la linterna. En cierto modo, a Nate le recordó la travesía en medio de la tormenta. Tuvo la impresión de que algo se afanaba por detenerlo.

La preocupación aumentaba a cada paso que daba. Percibía cómo la ansiedad escarbaba en su cabeza como si su cráneo fuese una caja llena de ratas hambrientas.

«Date la vuelta —pensó—. Vuelve a casa. Jed tenía razón. No tienes por qué hacerlo.»

Las náuseas le revolvieron el estómago.

Sintió la piel caliente y fría, y también un cosquilleo a causa del entumecimiento.

No estaba seguro de poder respirar bien, y al pensar en respirar, le costó más hacerlo.

Olió algo: el hedor fétido y corrompido de algo muerto. Movió el haz de luz a su alrededor para tratar de encontrar la fuente de aquel mal olor.

Nada.

Siguió. Adentrándose más y más en las profundidades.

Mientras trataba de imaginarse qué iban a encontrar allí. Qué sucedía, incluso. Algo iba mal. Eso lo tenía claro. El lugar era un punto débil. Sentía la debilidad de aquel sitio, como si la realidad tuviese allí la tirantez y la resistencia de un pañuelo de papel. Como si pudiese extender la mano, arrancarle la piel y ver cómo el mundo sangraba.

El suelo también. Sentía el asfalto un poco raro… Blando. Esponjoso bajo sus pies.

—¿Jed? —llamó—. ¿Has sentido eso?

Pero nadie respondió.

—Tío —repitió mientras se daba la vuelta con la linterna para mirar atrás…

Y descubrió que Jed no le seguía.

Pero en la entrada, recortada contra la luz de la luna y frente a la oscuridad, había una silueta. Con los hombros encorvados y la cabeza gacha.

A Nate se le erizaron los pelillos de la nuca. Algo iba mal.

—Jed —llamó, de manera más autoritaria en esta ocasión. Se dio la vuelta del todo y empezó a caminar en dirección a la entrada.

La figura de la boca del túnel levantó un brazo…

Nate oyó el chasquido del percutor de un revólver al amartillarse. Resonó por todo el túnel, por las piedras.

Cla-clic.

—No te muevas, Nate —dijo Jed. La voz le temblaba a causa del miedo, o del arrepentimiento, o puede que por ambas cosas al mismo tiempo—. No te alejes. O disparo. Te juro que lo haré.

—Jed, tienes que bajar el arma.

—No puedo, Nate. No puedo.

Nate alzó ambas manos en gesto de rendición y luego apagó la linterna. (Mejor así para que fuese más difícil verle.)

—¿Quieres decirme qué está pasando? Sé que las cosas se han puesto un poco raras de un tiempo a esta parte…, pero aquí estoy si necesitas hablar.

Nate estaba siendo sincero. Pero también había empezado a urdir un plan. Tenía su arma en la funda. No era lo bastante rápido como para ganar uno de esos duelos de los vaqueros al desenfundar («desenfunda, forastero», pensó, como si intentase hacerse un chiste a sí mismo), pero si amagaba un movimiento hacia la derecha, en dirección a la oscuridad y luego se agachaba… Estaba seguro de que Jed no sería capaz de ver dónde estaba. Quizá. Solo quizá. Dios, era muy arriesgado. Tal vez eso le concediera tiempo suficiente para desenfundar su pistola. Tal vez recibiese un balazo. O tal vez él le disparase a Jed antes de recibir el tiro.

—Te repito que lo siento, Nate. Lo siento mucho —dijo Jed.

—No tienes por qué sentirlo —respondió Nate, que intentó reprimir la rabia—. Limítate a bajar la puñetera arma.

—Mitzi y Zelda me necesitan. —Eran los nombres de la mujer y la

hija de Jed, ¿verdad? ¿De qué estaba hablando?—. Me necesitan y… quiero recuperarlas. Esta es la única manera.

Nate bajó la mano hacia la funda del arma poco a poco. Con el pulgar extendido, listo para abrirla. Habló mientras movía la mano, con la esperanza de ser capaz de distraer a Jed.

—Eso no tiene sentido, Jed. Estoy casi convencido de que tu capacidad para recuperarlas no depende en absoluto de que apuntes a alguien con un arma. Así no las vas a recuperar.

Jed soltó una risotada estruendosa e insensible.

—No tienes ni idea, Nate. No tienes ni idea. Mi mujer y mi hija están muertas. Yo las maté. No, no fue un asesinato. No soy esa clase de persona, a pesar de lo que pienses de mí en este momento. Pero estaban en el coche conmigo aquella noche. Y yo había… Había bebido unas copas y… resultó que la carretera desapareció de mi vista y… —Hizo un ruido propio de un animal, el aullido de dolor de un oso al que se le acaba de quedar la pata atrapada en un cepo—. Chocamos. Contra un árbol. Una rama atravesó el parabrisas y mató a mi mujer en el acto. Le partió el cuello. Después la rama se rompió y caímos por un terraplén. Mi hija… Las heridas la dejaron en coma. Tardó semanas en morir. Semanas.

—Lo siento mucho, Jed. Pero no sé cómo esto podría llegar a…

—¿Y yo? —continuó Jed—. Yo me metí debajo del salpicadero como un mierda. Estaba tan borracho que no me di cuenta de que habíamos sufrido un accidente hasta que todo acabó. Las maté, Nate. Yo tuve la culpa.

—No las mataste. Fue un accidente. —Nate carraspeó con fuerza para ocultar el sonido del pulgar al abrir la funda del arma. Notó el metal frío de la pistola—. No puedes hacer nada para recuperarlas, Jed. Lo sabes.

Otra risa.

—*Au contraire, mon frère*. A eso me refería exactamente. Esto servirá para volver. Es parte del reinicio.

«¿El reinicio?»

Aquel tipo había perdido la noción de lo que era real y de lo que no lo era. Eso era lo que pasaba. Algo se había torcido en su interior y

luego se había roto.

Nate tensó los músculos, los preparó para actuar.

—Nate, qué calladito te has quedado…

«Muévete.»

Se agachó y empezó a moverse a la derecha. Desenfundó la pistola, quitó el seguro, retiró el percutor…

Algo lo golpeó por detrás y lo hizo caer hacia delante. Las chispas y las ascuas iluminaron la oscuridad que había detrás de sus ojos. El hueso frontal chocó contra el asfalto. La pistola salió despedida de su mano y repiqueteó por el suelo. Se le soltaron las vendas que tenía en la cabeza y empezó a dolerle todo. Alzó la vista mientras la sangre se le derramaba por la nariz.

«Se me han saltado los malditos puntos.»

Y luego notó un latido en el occipucio, a causa del golpe que acababa de recibir.

—Mmm —dijo, tratando de articular alguna palabra. Sin éxito. Nate rodó sobre sí mismo.

Había alguien sobre él. Y no era Jed.

Era otra persona.

Alguien a quien reconocía.

—Tú —consiguió decir.

—¿Qué tal, Nate? —saludó Jake. En la oscuridad, su ojo izquierdo daba la impresión de brillar con una luz opalescente. Tenía un bate de béisbol de madera en la mano y lo giró en gesto histriónico—. Siento todo esto. Bah, ¿a quién quiero engañar? La verdad es que no lo siento. Ni lo más mínimo, pedazo de mierda.

Volvió a echar el bate hacia atrás.

Nate alzó el brazo para protegerse la cara, y el bate chocó contra él. Sintió un dolor que se extendió por la extremidad. Gritó e intentó arrastrarse hacia atrás, pero Jake lo agarró por el talón y tiró de él para colocarlo donde estaba antes. Nate le dio una patada al chico en el vientre, y Jake se tambaleó, lo que le dio un poco de tiempo.

—¿A qué coño viene esto? —espetó Nate—. ¿Qué quieres de mí?

—Quiero que te apartes de mi camino. Lo necesito. Tengo trabajo que hacer.

—¿Trabajo? Que le den a tu trabajo. ¿Quién eres? ¿Quién eres…? Te conozco —dijo Nate, que señaló con un dedo el ojo que brillaba en la oscuridad, que ahora relucía con una luz blanca y lechosa. Había algo en esa voz que le sonaba—. ¿Quién narices eres?

El ojo volvió a brillar. Los dientes también, de un blanco resplandeciente.

—¿No me reconoces, papá?

Jake extendió los brazos como si estuviese crucificado, como si dijese: «Contémplame». Lo cierto es que no había mucho que ver con tan poca luz, a excepción de la silueta, la sombra y el brillo de ese ojo demente.

—No eres mi hijo —dijo Nate, pero entonces lo comprendió. Llegó a la conclusión. Por eso Jake le resultaba familiar. Se parecía a Oliver. Un poco más larguirucho, como una versión de él en plan coyote mal hecho, una versión demacrada, resentida e infame, que no dejaba de ser él. Mayor. Como si hubiese pasado a través de un escurridor.

Pero estaba claro que era Oliver.

—Soy una versión de él. Y él es una versión de mí.

—No se te parece en nada. Es un buen chico.

Jake negó con la cabeza.

—Lo sé. Ese es el problema, papá. Tú eres el único padre bueno de los noventa y nueve. El que consiguió salir bien parado, el que educó a un buen niño en una buena familia y… —Jake rugió de rabia y empezó a golpear el suelo con el bate una y otra y otra vez—. Y yo no pude tener eso. El chico te cree a ti. Para él eres como un manantial y temo que beba y beba y beba de ti. Le das fuerza. Y yo no puedo…

Nate se abalanzó hacia delante y trató de agarrar el bate.

Pero el brazo le pesaba mucho. Demasiado. Un peso imposible de mover.

Apenas fue capaz de levantarlo. Gruñó mientras se le derramaban las lágrimas e intentaba moverlo, pero no lo consiguió. La pierna tampoco le respondía, y se afanó y tiró de su cuerpo. Estaba atascado. El suelo había vuelto a ablandarse y tiraba de él hacia abajo. Como si fuese un barro denso y muy pesado.

«Esto no tiene sentido.»

«Es una pesadilla… Solo es un mal sueño.»

—Como dice Jed, el velo es muy fino en este lugar —comentó Jake —. Lo bastante como para que te empuje hacia el otro lado, al lugar del que vengo, a lo que he dejado atrás.

Nate gritó por si Jed lo oía.

Jake dijo:

—Oooh. Jed no va a salvarte. Está en mi equipo, Nate. Tengo un banquillo bien surtido. Está lleno de gente que sabe lo que está en juego, de gente que no tiene nada que perder. Y ahora Oliver ha perdido a alguien muy importante para él. Y será capaz de cualquier cosa, de lo que sea, para recuperarte.

Nate lloró. Uno de los brazos se le había hundido en el lodo hasta la altura del hombro. Las piernas ya iban por encima de las rodillas. Y no dejaba de hundirse, cada vez más. Y más, y más.

—Te mataré —bramó—. Te encontraré y te mataré. Deja a mi hijo en paz. Deja a mi familia en paz…

—No puedo hacerlo, papá.

Jake se arrodilló junto a Nate mientras se hundía. Giró la muñeca muy rápido, y el bate de béisbol que sostenía en la mano desapareció de repente, como si nunca hubiese existido.

El chico extendió la mano para agarrar la cabeza de Nate mientras aquel légamo hambriento empezaba a subirle por el pecho, mientras lo engullía como un tragón que chupase un pedazo de carne de un hueso.

Jake dijo, aún arrodillado:

—Te mataría, viejo, pero podrían encontrar el cadáver. Además, no durarás mucho en el lugar al que vas. Disfruta de los mundos caídos, Nate. Disfruta de la devastación que he dejado para ti.

Interludio

El niño que sobrevivió

El chico soltó un grito ahogado al despertar.

Abrió los ojos a una oscuridad tan perfecta que no notaba la diferencia entre tenerlos cerrados y abiertos.

Gritó. Llamó a quien le oyera. A cualquiera.

(A cualquiera menos a su padre, claro. Estar solo en la oscuridad era mejor que estar con él, por los siglos de los siglos, amén.)

El suelo que tenía debajo era duro y seco, aunque notó que tenía las manos… húmedas. Pegajosas, viscosas y hasta arenosas, como si estuviesen hechas de una arena empapada por el mar. Juntó los nudillos, que crujieron y chirriaron, húmedos como cereales empapados en leche. Después recordó. Se había caído en aquel carbón líquido que lo había atrapado como arenas movedizas y arrastrado hacia abajo. Lo había aferrado como un tornillo de banco para alejarlo de la luz y del aire.

Tenía la certeza de que iba a morir…

Pero en ese momento se encontraba allí. Extendió la mano hacia su cara y se tocó las mejillas sucias a causa del carbón. Intentó limpiárselo en los brazos, en el pelo y en la ropa.

El chico se puso en pie y…

La única luz que veía estalló detrás de sus ojos y la cabeza chocó contra una roca. Gritó y se hizo un ovillo, se abrazó a sí mismo mientras una línea de sangre le caía desde la parte alta de la cabeza, por la frente y de camino al puente de la nariz.

El chico volvió a llorar. ¿Cómo no iba a hacerlo? Ahora sabía dónde estaba: en las profundidades de las minas de carbón, un lugar donde la luz no alcanzaba a llegar y jamás lo haría. Un lugar lleno de túneles. Un laberinto de negrura.

«Habría sido mejor morir», pensó.

Pero luego sintió que el desafío brotaba en su interior.

«No.»

¡Estaba vivo! Había escapado del monstruo, lo había devorado la tierra hambrienta y había sobrevivido. Algún motivo debía de haber. El chico era un lector incansable, sí. Leía fantasía y terror, y esos libros le habían enseñado que los personajes tenían un destino que cumplir. Superaban momentos terribles e intensos, momentos que, si bien no acababan con sus vidas, los marcaban y los hacían cambiar. Un héroe, el elegido, que sobrevivía para alcanzar su destino.

Mientras acababa con los villanos por el camino.

Pero el villano ya no era el monstruo de su padre, sino esa oscuridad irregular y aquel laberinto infinito. Se intentó convencer de que solo estaba así por culpa del miedo. Los túneles de la mina no podían extenderse por toda la eternidad. Tal vez estuviera cerca de la superficie. De hecho, tenía que estar cerca, ¿no? Se había hundido en el carbón, vale, pero no había estado dentro de él el tiempo suficiente como para asfixiarse del todo. Eso significaba que estaría… ¿a cuánto? ¿A poco más de tres metros del suelo? Seguro que encontraba la salida. Mataría a ese dragón. Lo tenía claro.

Intentó recordar. ¿Cómo se podía hacer para resolver un laberinto? Había un truco, ¿verdad? Seguir la pared de la derecha. A tu derecha. Solo tenías que pegarte a esa pared y seguirla y, si encontrabas callejones sin salida, pues los rodeabas siguiendo la pared y continuabas el camino. De esa manera, el laberinto terminaría por ser como una línea recta. ¿O era un círculo? Y encontrarías la manera de llegar a la salida.

Eso fue lo que el chico decidió hacer.

«Sigue la pared a tu derecha.»

Volvió a ponerse en pie. Extendió una mano hacia la pared y la otra hacia el techo rocoso del túnel minero, para no romperse la cabeza contra él. Empezó a avanzar despacio, con las manos en la roca húmeda, pero con el corazón henchido de esperanza y determinación.

Dio un paso al frente…

Un pie chocó contra el borde de algo…

El aire se le escapó de los pulmones al caer y chocar contra ese mismo algo. Se dio un golpe en las costillas. Se las palpó y notó un nuevo dolor que se extendía por su cuerpo como un rayo reciente.

Intentó con todas sus fuerzas no volver a gritar. Extendió la mano y palpó para averiguar qué lo había hecho tropezar…, y descubrió algo alargado, frío e ininterrumpido. Siguió tocándolo, pero no terminaba, seguía. Le dio la impresión de que era algo de metal, pero se descascarillaba de una manera que implicaba que tenía que estar oxidado.

Oh. Oh.

Extendió más la mano y notó otra protuberancia de metal que iba en paralelo. Un raíl. Dos raíles. Y entre ellos, apartó el polvo y la tierra y descubrió tablones de madera. Una vía, como las de un tren. Pero no eran para un tren.

Eran para una vagoneta de mina.

¡Vagonetas! La esperanza se apoderó de él cuando dio por hecho que sería su vía de escape. Y volvió a ponerse en pie, y siguió avanzando por la oscuridad guiándose por la vía.

Ah, pero la oscuridad era algo terrible. Estaba hambrienta y se tragaba el tiempo como un cerdo ansioso que se comía la porquería de un comedero. Devoró la conciencia del chico, de las horas que habían pasado e incluso del lugar en el que se encontraba. La congoja y la desesperación amenazaron con acabar con él. Estaba perdido en la oscuridad. A ese paso, nunca daría con la manera de escapar.

Se sintió al margen del mundo, como si estuviese flotando por el espacio. Seguir las vías en la oscuridad era más difícil de lo que parecía *a priori*. El chico hacía pausas y se detenía, una y otra vez, y se inclinaba, algo que le causaba mucho dolor y le arrancaba el aliento del pecho, todo para tocar la vía con las manos.

Mientras avanzaba por esa oscuridad impenetrable, su mente no dejaba de recordarle la razón por la que había escapado. Y, cada vez que lo hacía, apretaba los dientes y bajaba la vista para centrarse en el dolor que sentía en el costado. Dejó que el dolor brotase, inabarcable y radiante, un sol convertido en una supernova que eliminara las sombras que oscurecían sus recuerdos.

«No —le dijo al espectro de su padre que había en el rincón más recóndito de su cabeza—. No pensaré en ti. No pensaré en ti jamás. Para mí es como si estuvieras muerto. Te quemaré hasta que desaparezcas de mis pensamientos.»

Fue como un incendio en una casa que destruyese todas las fotos y las reliquias familiares del interior.

Pero concentrarse en el dolor tenía su parte mala, y el chico se vio obligado a parar. Respiraba entre resuellos temblorosos.

Soltó un grito ahogado y luego cayó de rodillas.

No supo cuánto tiempo pasó así.

No había brisa, pero sí el goteo ocasional del agua que se oía en algún lugar de los túneles. El silencio lo abarcaba todo. Lo cubría como una túnica negra.

Pero luego oyó un ruido.

Venía del lugar del que también había venido él. Estuvo seguro de haber oído pasos. Eran lentos, pero persistentes, como si alguien también avanzase a tientas por la oscuridad.

El ruido llegó seguido de un hedor…

No se había dado cuenta antes, pero los túneles tenían un olor muy fuerte a minerales, y también la pestilencia rancia del aire estancado. La misma que en las tumbas. Pero otro aroma perforó ese hedor metálico: el de la colonia. Una que le resultaba familiar. No recordaba cómo se llamaba, pero sabía que la vendían en botellas blancas con el dibujo de un barco rojo.

Era la misma colonia que llevaba su padre.

Viejo Marinero. Así se llamaba.

Su padre había dicho algo como:

«Mi padre la usaba, y por eso yo la uso y ahora tú también la usarás».

Le gustaba ponerle un poco al chico en las mejillas, una acción que tiempo atrás le parecía un momento agradable que compartían padre e hijo. Pero a medida que se deterioraba la relación entre ellos, también lo hacía esa acción tan sencilla. Su padre empezó a exigirlo. Daba igual lo que el chico hiciera por la mañana, si él quería ponerle un poco de colonia, el chico tenía que estar ahí para recibir la

bendición. Pas. Pas. Pas. Algo peor y más cruel: si el chico se cortaba en las manos o en la cara, jugando, como solían hacer los chicos, el tipo lo llamaba y luego le derramaba un poco de colonia en la herida. Escocía muchísimo y su padre se reía.

«Tienes que ser más duro —se limitaba a decir—. Además, es casi alcohol. Antiséptico.»

Y el olor de la colonia casi y solo casi borraba por completo el del alcohol en el aliento de su padre…

Una voz lo llamó por el túnel. Sonaba con eco…

—¿Chico? ¿Estás ahí?

Era su padre.

Su padre estaba allí.

El viejo rio.

El chico emitió un sonido tenue y gimoteante sin querer. Sopesó la situación. Sabía que podía ir con su padre. Tal vez ese viejo cabrón lo ayudase a salir y luego tendría la oportunidad de volver a escapar. Así dejaría de estar ahí abajo en la oscuridad. Solo sentía dolor y pánico.

«No voy a volver», decidió. Y luego se puso en pie y empezó a correr en la misma dirección en la que iba antes, lejos de su padre, lejos de su voz y de su hedor…

Y luego. Pam. Chocó contra algo. Extendió la mano y tocó una pared que tenía delante. No, no era una pared. Era una pila de rocas. Las vías desaparecían por debajo de ellas.

Un derrumbamiento.

Un techo derrumbado.

Había bloqueado el túnel.

—No, no. Dios, no —sollozó.

Las palabras se disolvieron como papel en una boca húmeda. Lloró y siguió tanteando sus alrededores, con la esperanza de que hubiese una salida, un hueco o un pequeño túnel que atravesase el derrumbamiento. Pero no encontró nada. Y se apoyó contra las piedras, llorando sobre ellas, seguro de que su padre lo encontraría y se lo llevaría y le volvería a pegar. A él y a su madre. Y también de que su padre se emborracharía y le insultaría y le encerraría en su habitación con las ratas en las paredes y en el techo, ratas a las que

siempre asustaba tirando canicas y libros. Pero mientras lloraba, oyó algo cerca.

El chirrido de algo al rascar contra la piedra…

Y luego unas manos emergieron de la oscuridad y lo empujaron, lo presionaron contra el suelo. Y él gritó de rabia, de dolor, de tristeza, a sabiendas de que algo lo había encontrado, de que estaba a salvo, pero aquel sería su final a pesar de todo.

Alguien dijo:

—¿Quién eres? ¿Eres real? ¿De verdad estás aquí?

Unas manos lo sobaron: le tocaron el rostro y tantearon alrededor del corte que tenía en la cabeza. Y él gritó. Las manos desaparecieron de repente, igual de rápido que habían aparecido.

Pero el chico sabía que ya no estaba solo.

Sentía a alguien cerca de él. A unos pocos metros de distancia. Oía una respiración estruendosa y ansiosa.

El chico resopló y habló con un torpe tartamudeo:

—¿Q-quién e-eres?

—¡Eres real! Eres real de verdad. Dios mío. Gracias. Me han encontrado. Me han encontrado.

Era la voz de un hombre, pero no era su padre. No. Era más joven. Joven, pero con voz desmejorada, como si hiciese gárgaras con guijarros en su garganta seca.

—No… Yo no…

La persona se acercó. El chico no se dio cuenta porque lo viese, sino porque oyó cómo se acercaba a toda prisa.

—Llevo aquí atrapado… A saber cuánto tiempo. Dios. Jamás creí que volvería a ver a otra persona. —El chico oyó que el hombre estaba al borde de las lágrimas, con voz rasposa y cada vez más aguda—. Creí que iba a morir aquí abajo. Solo.

El chico no sabía qué decir.

El hombre continuó:

—Pero ahora podemos salir de aquí. Solo tenemos que volver por donde has venido y… seremos libres. Gracias. ¿Eres un niño? Suenas como un niño.

—S-sí.

—¿Cómo te llamas?

—O… Oliver.

—Hola, Oliver. Yo me llamo Eli. Eli Vassago.

—Hola.

Eli, aquel hombre, se acercó un poco más.

—Venga. Vamos.

—Yo…

—¿Qué pasa?

—Creí que la salida era por aquí.

Eli emitió una risa lúgubre.

—Esta no es la salida, Oliver. Este túnel se derrumbó poco después de que yo lo atravesase y… Bueno, que solo hay que volver, volver por el camino por el que acabas de llegar aquí. Eso debería bastar. No veo por qué no…

—Caí aquí dentro.

Una pausa.

—¿Te… caíste?

—Llegué a-aquí a través de un charco, de carbón líquido.

—Eso es imposible. Eso solo son leyendas urbanas. Soy investigador y nunca he oído que sucediera nada parecido en Pensilvania. En Indiana sí, porque es Indiana. Pero eso no es real, Oliver.

«Eso no es real.»

El chico empezó a llorar otra vez, porque la situación le venía grande. El hombre se quedó junto a él, en silencio, y terminó por extender el brazo para ofrecerle la mano, lo que hizo que el chico soltase un grito ahogado, se asustara y se apartase de él.

Las lágrimas se interrumpieron como una tormenta que escampa, y cuando las nubes habían desaparecido del todo, el hombre dijo, con una alegría lúgubre:

—Creo que podemos conseguirlo, Oliver. Opino que tendríamos que volver por donde has venido y encontraremos la salida. Ahora somos dos. Dos mentes brillantes como las nuestras. No hay nada que no podamos conseguir. ¿Qué te parece?

Oliver tragó saliva. Asintió, pero luego el hombre dijo:

—¿Qué me dices?

Recordó que Eli no lo había visto asentir, por lo que respondió con un hilillo de voz (lo que su padre llamaba su voz de «ratoncillo»):

—Vale.

Deambularon juntos por la oscuridad.

Eli hablaba mucho. Oliver reunió la siguiente información sobre él.

Tenía treinta y dos años. No estaba casado, aunque había tenido una relación intermitente con una mujer que era enfermera y bombera voluntaria («Es mucho más dura que yo, ¿sabes?»). Vivía a una hora de allí y había crecido a las afueras de Scranton.

En la actualidad, Eli trabajaba para un museo en una ciudad llamada Jim Thorpe, en Pensilvania. Era un museo del carbón y lo habían contratado como conservador y archivero, algo que en su opinión sonaba mucho más importante de lo que era en realidad. En definitiva, era el que se encargaba de todo. Se había licenciado en Historia, y su trabajo en el museo englobaba la historia del carbón y de la minería del carbón, en particular de esa parte de Pensilvania. Tenía un interés y una obsesión especiales, según él, por los accidentes mineros: explosiones de polvo y gas, derrumbamientos o accidentes menores, como hombres que perdían los dedos, se rompían los pies debajo de las ruedas de las vagonetas o resultaban heridos con herramientas en mal estado o que usaban mal. (Dijo que un hombre golpeó una pared con un pico cuyo mango estaba podrido, por lo que el pico había rebotado al romperse la madera y se le había clavado en el ojo. No murió, pero perdió el ojo, aunque volvió a trabajar en la mina al cabo de tres días. «Espeluznante, ¿verdad?», dijo Eli con lo que sin duda era un placer morboso.)

También dijo que le resultaba «irónico» que hubiese ido a aquel lugar a explorar una mina que no se había estudiado antes, la número ocho de Ramble Rocks, y hubiese sufrido uno de esos accidentes mineros. «No estaba aquí cuando se derrumbó el techo —explicó—. Me dediqué a seguir las vías de las vagonetas y, cuando doblé la esquina, sentí el temblor, como un pequeño terremoto. Y luego un pum. El suelo se estremeció y se me llenaron los ojos y el pelo de polvo. Y luego oscuridad. Oscuridad total.»

«Oscuridad.»

Estaba claro que aquel tipo sabía que iba a explorar la mina con al menos oscuridad parcial, ¿no?

—Supongo que habrás traído algo de luz —dijo Oliver de repente—. Un farol, una linterna…, ¿verdad?

—Ah. —El tipo se quedó un rato en silencio—. Lo hice. Pero se me cayó al suelo cuando se derrumbó el techo. Se me rompió la bombilla de la linterna.

—Pues deberíamos dar la vuelta por si conseguimos encontrarla. Tal vez se pueda arreglar.

—No se puede arreglar, Oliver. Créeme. Aun así…

—¿Y el teléfono?

Eli no le prestó atención.

—Lo curioso de los accidentes como este derrumbamiento es que suelen ser el resultado de muchos pequeños errores. Es como una cascada. ¿Sabes lo que es una cascada? Todos los sistemas son complejos, la arquitectura de la tierra y de la roca es un sistema interconectado de moléculas y cristales que se empujan y tiran de ellos entre sí, pero los pequeños fallos se van acumulando. Cuando se abrieron estos túneles, se entrometieron con la tierra y se crearon varios puntos que pueden llegar a terminar como posibles fallos. Hacen que sea más débil. Y las cosas débiles se rompen. ¿Sabes algo de la entropía, Oliver?

—No —respondió Oliver desanimado, porque no quería hablar del tema. Le daba igual todo lo que dijese el tipo aquel. Lo único que le importaba era escapar de ese sitio. El hombre siguió y siguió hablando sobre la entropía, sobre cómo todas las cosas siempre intentan romperse o algo así, pero lo único en lo que pensaba Oliver era en si aquel tipo aún tenía su teléfono y si había alguna posibilidad de que la voz de su padre que había oído hacía poco fuese real y se fueran a topar con él en algún momento. Seguro que su padre había conseguido bajar ahí de alguna manera. ¿No podrían encontrar la salida juntos? Pensó en gritar para llamarlo, pero luego se lo pensó mejor. Seguro que serían capaces de huir por su cuenta. No necesitaba a su padre. No quería a su padre. Oliver guardó silencio mientras caminaban en busca de la salida.

El tiempo pareció desenrollarse una vez más. Le dio la impresión de que la realidad física se derrumbaba sobre sí misma, lo que hacía que a veces Oliver sintiese claustrofobia y a veces notase que la mina se convertía en una nada infinita cubierta por las sombras más densas y profundas. Le dolía todo. Le molestaban las costillas y la sangre se le había coagulado sobre las heridas, aunque a veces se le abrían mientras caminaba. Encontraron un cadáver en una vagoneta, todo cráneo y huesos envuelto en ropas ajadas. Con un agujero en la cabeza que parecía provocado por un objeto afilado. Oliver lloró al verlo, y Eli se limitó a reír entre dientes, como si fuese un chiste. Pero a Oliver no le parecía divertido en absoluto. Y tampoco le hizo gracia alguna encontrar el final repentino de las vías poco después de donde estaba la vagoneta. Eli también rio al verlo. Le dio unos golpes a la pared de roca y dijo:

—¿Toc, toc?

Pero al ver que Oliver lloraba con más fuerza y comprobar que no le iba a seguir el juego, Eli imitó la voz del chico para seguir con la broma.

—¿Quién es? Bon. ¿Bon qué? ¡Carbón el que hay en la mina!

Y luego estalló en carcajadas y se perdió en la oscuridad. Oliver ya no quería estar con aquel tipo, pero tenía menos ganas aún de quedarse solo, por lo que lo siguió. ¿Qué otra opción tenía?

Deambularon por los túneles. En una dirección y luego en otra. El pánico se apoderó de Oliver. Pensó:

«Nos hemos olvidado de seguir la pared de la derecha».

Y eso lo hizo sentirse perdido y desesperanzado. Y luego el pánico se perdió en aquel mar de sensaciones y lo dejó varado en la orilla como poco más que un muñeco. Eli quiso volver a hablar, preguntarle quién era, de dónde venía y cómo era su familia, pero Oliver no dijo nada. Tenía miedo, por lo que se quedó en silencio. No respondió. Siguieron. Y siguieron. Y siguieron.

Oliver tenía hambre, pero no había comida. Eli dijo que podía beber el agua que mojaba las paredes, agua de la superficie, y eso fue lo que hicieron. Estaba amarga y sabía a tierra, y también le costaba beber

tanto como para saciar la sed, pero le sirvió. Oliver estaba muy cansado. La fatiga se apoderó de sus miembros y los convirtió en algo parecido a anclas, como si le estuviesen pidiendo que parase un rato. Eli se impacientó y dijo:

—Bien, bien.

Y se quedó indignado mientras Oliver se dejaba caer al suelo contra la pared y se hacía un ovillo como un montón de ropa vieja. Mientras perdía el sentido, oyó los pasos de Eli al alejarse y quiso despertar y gritar para que volviese, pero el cansancio le venció y lo llevó a remotas extensiones oníricas.

Oliver se despertó de repente. Estaba gritando. El aullido resonó por el túnel y se perdió en la oscuridad.

Lo supo al momento:

«Estoy solo».

Se incorporó para sentarse. Le dolía el cuerpo y sintió punzadas de dolor por todas partes. Gruñó. Intentó no llorar.

—¿Eli? —llamó—. ¡Eli!

No oyó pasos. Nadie respondió. Nada.

Sintió cómo se le revolvían las tripas en accesos regulares de náuseas y hambre.

Y volvió a llorar, a pesar de que había hecho todo lo posible para evitarlo. En esta ocasión no fue con los sollozos bruscos de antes, sino de manera más tranquila, más suave, con lágrimas que se le derramaron por el rostro como si fuesen las patas de arañas pequeñas.

Oyó un susurro agudo junto al oído:

—Oliver.

Gritó y se apartó por inercia…

Era la voz de Eli. ¿Cómo? No lo había oído acercarse. No había oído ningún ruido ni movimiento ni cambio alguno en el silencio que indicase el regreso de aquel tipo. Pero allí estaba, junto al oído de Oliver.

—¿Eli? —preguntó Oliver.

—Soy yo. He encontrado cosas.

—¿Dónde…? ¿Dónde estabas? ¿Adónde has ido? ¿Cómo…?

—Mira, mira, mira —dijo Eli. Y luego, de repente…

Luz.

Oliver quedó perplejo a causa de la repentina iluminación. La luz no era muy brillante, pero a él pareció como si estuviese mirando el sol. Tuvo que entrecerrar mucho los ojos para acostumbrarse, y aun así le dio la impresión de que el brillo lo consumía todo.

Pero la vista se le acostumbró poco a poco. Y, cuando lo hizo, vio la silueta de lo que emitía dicha luz: un pequeño farol de aspecto antiguo. Parecía una tetera pequeña con la parte frontal de una linterna colgando de un costado, y la luz del interior no parecía tal, sino más bien una llamita, que se agitaba como si fuese un hada atrapada en el interior.

Cuando terminó de mirar el objeto que emitía la luz, vio quién lo sostenía. Vio a Eli Vassago por primera vez.

Tenía los ojos negros y pequeños que destacaban en un rostro blanco. Demasiado blanco. Blanco como el hueso. Unas pequeñas gafas redondas se apoyaban en una nariz torcida como un martillo de carpintero. Las tenía muy cerca de la punta, lo que daba la impresión de que estuviesen a punto de emprender una tentativa de suicidio. Su pelo era negro, y alrededor de la boca tenía lo que parecía un bosquejo apresurado de vello facial: suave, oscuro y ralo. Se le veía desaliñado y pálido, y dijo:

—Perdona por mi aspecto. Le he pedido prestada la cara a otra persona. —Después rio, pero Oliver no le vio la gracia—. Es una lámpara de carburo —continuó Eli, como si quisiese cambiar de tema lo más rápido posible—. Tiene agua que gotea en un perdigón de carburo de calcio y emite gas acetileno que arde con esta mecha de aquí. Esta es de la década de los cincuenta, diría yo.

—¿Y cómo es que sigue funcionando?

Los ojos de Eli titilaron.

—Magia, supongo.

—No creo en la magia.

Pero Eli no tenía respuesta para algo así. En lugar de decir nada, se giró hacia Oliver y lo miró de arriba abajo. Sin pestañear. Con gesto triste, incluso.

—Mírate —dijo Eli—. Pobrecito. No eres más que un niño. ¿Qué

edad tienes, Oliver? Dime.

—Tengo doce años.

—Doce. —Eli sonrió—. Me acuerdo de cuando tenía doce años. Es una buena edad. Yo tengo treinta y dos. Hace mucho que no soy un niño. Ser adulto es complicado, pero supongo que ser un niño también lo es, ¿verdad?

A Oliver le dieron ganas de gritar.

«¡No quiero hablar de eso! ¡Solo quiero usar esa luz para marcharme de este lugar tan terrible!»

—¿Vamos a salir de aquí? —preguntó Oliver. Oyó la impaciencia que emanaba de su voz, como un perro hambriento arañando una puerta—. ¿Podemos usar esa luz para encontrar la salida?

Eli no respondió. En lugar de ello, se le iluminaron los ojos mientras se sacaba otro objeto de la parte de atrás de los pantalones y debajo de la camisa.

—¡Ah! Mira esto. He encontrado algo más.

Lo agitó por los aires. A Oliver le pareció un cuaderno viejo, como esos donde los profesores de la escuela a veces les obligaban a escribir redacciones. Pero mucho más viejo: muy ajado, avejentado y manchado de humedad.

Oliver vio el texto de la cubierta, y Eli lo leyó en voz alta.

—*El libro de los accidentes*.

—¿Y qué? No es más que un libro estúpido. Yo me quiero ir de aquí.

—Shh. Escucha. Es un registro. El capataz de la mina registraba en él todos los accidentes, graves o no, que se producían aquí abajo. Supongo que era su responsabilidad. La responsabilidad es importante, Oliver, muy importante. Te aseguro que no querrías llevar una vida irresponsable. No, señor.

—Yo solo quiero salir de aquí.

Oliver parpadeó y le cayeron las lágrimas de nuevo.

—Lo sé. Lo sé. Y saldremos. Ya queda poco. He encontrado una salida. Una señal que me ha indicado la manera de escapar, pero primero me gustaría echar un vistazo. Puede que encontremos más cosas, Oliver. Puede que aquí abajo encontremos un tesoro.

Soltó una extraña risilla nerviosa como la de un colegial, una que no

casaba para nada con la situación.

Oliver fue incapaz de contener su frustración.

—¿Qué? —preguntó—. No podemos quedarnos aquí. Vamos a morir. Si sabes por dónde se sale, dímelo, por favor. Eli, por favor. Llévame a la salida y sácame de aquí.

Extendió el brazo para sujetar las manos de Eli, un gesto suplicante a causa de esa desesperación que compartían.

—Lo haré. Lo haré. Iremos hacia allí. Pronto. Te lo prometo.

—No. Ahora.

—Tengo que apagar la luz, Oliver.

—Un momento. No. No la apagues. Usémosla.

—No quiero que se gaste. Los perdigones son pequeños y no duran demasiado, y a saber cuánto se había gastado ya a causa del uso y del tiempo que llevaba por aquí. Ya la encenderé luego.

Oliver trató de cogerla, con avaricia y desesperación, pero Eli la alejó de su alcance y sopló la llama. Fusss. La luz desapareció, y la oscuridad se apoderó de los alrededores como si de un maremoto se tratase. Lo único que quedó de la luz fue el fantasma de una aureola que refulgió en la vista de Oliver.

Se convirtió casi en una rutina.

Eli se separaba de él. A veces con el farol encendido.

Oliver esperaba a que regresase con lo que quiera que hubiese encontrado en la oscuridad: un gorro de minero, parecido a un casco; latas vacías y abolladas; una tartera de níquel que estaba muy destrozada; algo parecido a un reloj de bolsillo pero que Eli aseguró que se llamaba «anemómetro», un dispositivo que se usaba para medir las corrientes y el movimiento de los gases en las minas de carbón. (Y cuando llevó ese último, Oliver dijo: «Podríamos usarlo para encontrar la salida». Y Eli respondió: «Qué inteligente. Eres un chico muy listo, Oliver». Pero luego dijo que el anemómetro estaba roto, se marchó y volvió a perderse en la oscuridad.)

Al cabo de un rato, Oliver empezó a seguir a Eli, a ir detrás del rastro de luz del farol cuando estaba encendido. Otras veces se limitaba a seguir el ruido de los pasos que se alejaban en la distancia. Perdió una y otra vez a ese tipo tan raro, y siempre empezaba a

deambular por los túneles en la oscuridad, hablando para sí, seguro de que se había perdido y de que no volvería a ver a Eli.

Perdía a Eli a menudo, pero Eli siempre aparecía.

Volvió a amodorrarse. Cayó dormido y se preguntó cuánto tiempo habría pasado ahí abajo. Le daba la impresión de que habían sido semanas, pero eso era imposible, ¿no? No había comido nada. Uno no podía vivir sin comer durante semanas, ¿verdad? Tal vez fuesen días, entonces. E incluso cabía la posibilidad de que solo fuese un día. La verdad era que no lo sabía. Eli no parecía tener reloj. Y siempre que Oliver preguntaba si tenía teléfono, la respuesta de Eli era: «Aquí abajo no funcionan» o «Se me ha acabado la batería. Deja ya de preguntar».

Oliver estaba cada vez más débil. Se sintió entumecido. Hasta el dolor intenso y punzante dio paso a una presencia lejana y menguante, como si aquello le estuviera ocurriendo a otra persona, como si él viviera en otro cuerpo.

En un momento dado empezó a percibir el sonido de algo que se escabullía. No se movía rápido, por lo menos al principio, sino que se trataba de un suave tac, tac que repiqueteaba contra las rocas, como un cangrejo al caminar. Estaba a su derecha y se internaba en el túnel. El lento movimiento se volvió más rápido de repente, un batiburrillo de repiqueteos que se acercaba hacia él: tac, tac, tac, tac. Oliver retrocedió y tensó todo el cuerpo mientras se preguntaba qué cosa tan horrible podía vivir ahí debajo, qué monstruo, ciego y demente, era capaz de oler su sudor, su sangre o el orín que había dejado en la curva del túnel por la que acababa de pasar.

Después la lámpara de carburo volvió a encenderse.

Era Eli.

Eli, no un monstruo demente con aspecto de cangrejo. Estaba allí agachado a la luz titilante del farol. Sonreía con un gesto de dientes amarillos, como si su hígado estuviera en mal estado por la ictericia.

—Le he dado vueltas a lo que me dijiste —comentó Eli.

—Vale —respondió Oliver, con voz tranquila, sin saber muy bien qué querría decir con algo así o qué le habría dicho él a Eli que mereciese darle tantas vueltas.

—¿De verdad odias a tu padre?

—¿Q-qué?

—Tu padre. Para serte sincero, la verdad es que parece un auténtico monstruo por todo lo que te hizo. ¿Y tu madre? No me malinterpretes, el maltrato siempre es horrible, pero existe una gran diferencia entre insultar a tu hijo de vez en cuando o darle una torta o un cachete y lo que él os hizo a tu madre y a ti. Como aquella ocasión en que rompiste el microondas porque dejaste sin querer una cuchara dentro de la sopa. No se cebó contigo, sino con tu madre. Le hizo daño para hacerte daño a ti. Le rompió las costillas, ¿verdad? Como esas costillas tiernas y jugosas que tienes.

Oliver retrocedió. ¿Acaso le había contado a Eli algo de eso? ¿Cuándo? Puede que cuando estaba inconsciente, puede que hubiese hablado en sueños.

Eli continuó:

—¿Y cuánto tiempo pasaste en el hospital cuando te tiró por las escaleras de una patada? ¿Qué edad tenías? ¿Siete años? ¿Te imaginas? Ser un niño pequeño y que tu padre… te dé una patada en el vientre y te tire hacia atrás por unas escaleras de madera viejas. Todos esos morados y algún corte que otro, claro, pero la caída también te rompió el tobillo como si fuese el palo de una escoba. Crac. Y todo porque estaba enfadado con tu madre, con la zorra de tu madre (perdón, así es como la llamó él), y te hizo pagar a ti por sus pecados. ¡Según él! Yo no creo en el pecado, Oliver. Para nada. Es una idea inventada. Una… transgresión contra Dios o contra los dioses. Algo que pone en peligro nuestra relación con ese padre de los cielos imbécil que ha decidido imponer todas esas reglas para que vivamos a su manera.

—No… No quiero seguir hablando del tema.

—Yo tampoco quiero hablar del tema, Oliver, pero… Es. Lo. Que. Hay. Estamos aquí tú y yo. Solos en la oscuridad y hablando como dos viejos amigos. Viejos amigos con padres de mierda. —Eli colocó ambas manos en las rodillas de Oliver y no dejó que se moviese—. Así es. Mi padre también era horrible. Tenía la costumbre de darme sopapos. Sabes a qué me refiero, ¿verdad? Ya me imaginaba yo. Al

principio, cuando eres un niño, te gusta lo mismo que le gusta a tu padre: el fútbol, pescar o reparar coches. Pero luego, cuando creces un poco, empiezas a desarrollar tu propia personalidad y gustos. A mí me gustaban los libros y los ordenadores. Y la historia. Y él no tenía ni puta idea de libros, no, ese troglodita de los huevos… Dios, una vez me dio una paliza con uno de mis libros, uno de estos de Time-Life que se titulaba *Nuestro universo*. Creo que fue la peor paliza que me había dado hasta ese momento. Y no porque fuese la más dolorosa, no, ya te digo yo que no lo fue, sino porque no solo lo hizo para hacerme daño a mí, sino también para romperme el libro. Se deshojó por completo. Había páginas por todas partes. Lo quemó. ¿Te lo puedes creer? Lo quemó. Y lo hizo porque me había empezado a gustar algo que a él no le gustaba y, cuando vio en qué me había convertido, se enfadó mucho. En lugar de enorgullecerse, trató de vengarse. Fue como si… me hubiese escapado, como si hubiese aprendido más de lo que él aprendería jamás para escapar de su persona. Y vaya si lo odió. Y resultó que yo era más monstruo de lo que era él, así que hice lo que tenía que hacer, chaval. Hice lo que tenía que hacer.

Oliver no quiso preguntar, pero lo hizo. La curiosidad se apoderó de su mente como un animal famélico.

—¿Q-qué hiciste?

—Me fugué de casa, Oliver. Para vivir mi vida.

—Ah.

Eli resopló y luego estalló en carcajadas.

—Era broma. Asesiné al muy hijo de puta, Oliver. Le clavé un cuchillo de trinchar en el vientre mientras dormía y, cuando se incorporó, lo moví de lado a lado para abrirlo como un saco lleno de peces. Las tripas se le salieron de la barriga y se esparcieron por toda la habitación. Tropezó con sus intestinos llenos de mierda y resbaló. ¡Uuups! Cayó contra el armario que había en un rincón de la estancia. Y la esquina del viejo armario se le clavó en la frente. ¡Ni siquiera llegó a caer del todo al suelo, no! Los demás se cagan encima al morir, Oliver, porque están en paz al fin. Se relajan por primera vez en sus putas vidas.

Volvió a reír. Una risa estruendosa en esa ocasión.

—Déjame en paz, por favor —gimoteó Oliver.

—Tú también tendrías que haber matado a ese monstruo —dijo Eli, mientras le brillaban los dientes y le centelleaban los ojos—. Aún tendrás la oportunidad cuando salgamos de aquí. Pero ya veremos qué pasa.

Después sopló la llama para apagarla, y volvieron a quedar sumidos en la oscuridad.

Oliver gritó:

—¡No!

Pero ya era demasiado tarde.

Mientras Eli se alejaba, Oliver volvió a oír ese repiqueteo propio de un cangrejo con pinzas que no dejaban de hacer clac, clac en el suelo duro de piedra.

Eli volvía a veces para dejar más de la basura que encontraba en las minas. La mayoría eran pilas de metal sin sentido: remaches y pedazos de hojalata, tablones medio podridos. Después apagaba la luz y volvía a marcharse. Con el último viaje había traído algo nuevo: un pico de mina con el mango corto, de esos que se usan con una mano para romper la roca.

«Tengo mucha hambre.»

Oliver sintió cómo su cuerpo se comía a sí mismo, como si la parte central fuese esa cosa horrible que salía en la película aquella, *La venganza de los Jedi*: esa boca húmeda que no dejaba de mover sus tentáculos en el desierto. Pues la notaba dentro de su cuerpo, como si se lo estuviese comiendo poco a poco desde el interior.

Eli estaba cerca. Lo sentía en la oscuridad. Deambulando. Oliver no podía moverse. Estaba demasiado débil. Quería morir.

Eli susurró, como si estuviese al borde de las lágrimas:

—He cometido errores, Oliver. Nos he dejado atrapados aquí abajo. Todo por culpa de mi curiosidad, de mi sed de conocimiento. Un fallo. Un error. Un experimento. Un accidente. Pero los accidentes nunca son accidentes en realidad, ¿verdad? No, no, no, no. No lo son.

—Podríamos irnos —dijo Oliver, con voz ronca y esforzándose a

pesar de la garganta seca y frágil. Las palabras sonaron más como una brisa que como un sonido humano.

Pero Eli siguió hablando.

—S-s-siento todo esto. Todo. Como si lo hubiese experimentado antes, como si ya hubiésemos estado aquí, en este lugar, en esta oscuridad tan profunda. El girar de los engranajes. ¿Sabes qué, Oliver? En la cosmología cíclica hay un patrón, una sucesión de eras, una tras otra y tras otra. A nivel de los humanos, está lo que se llama reencarnación: tienes una vida, mueres y vuelves. Pero a nivel cósmico, también: pasa una era, gira la rueda y todo empieza a romperse. La máquina empieza a quedar destrozada, hecha trizas, y es entonces cuando da comienzo la nueva era. Eso es. Así es como avanzas. Pero no puedes moverte hasta que termina el ciclo. ¿Sabes? Si de verdad quieres arreglar algo, primero tienes que romperlo, Oliver. No se puede arreglar un suelo destrozado, tienes que arrancarlo hasta los cimientos. Cuando una casa se estropea demasiado a causa del moho y las termitas, la única solución es la bola de demolición. Frus. Pum. Derrumbarla del todo y luego construir algo mejor en el mismo sitio.

Oliver preguntó, con un hilillo de voz:

—¿Por eso mataste a tu padre?

Eli se quedó pensativo al oírlo.

Después respondió, muy animado, como si hubiese descubierto algo:

—Creo que tienes razón, Oliver. Creo que has acertado.

—Quiero salir de aquí. Si todo esto ha ocurrido antes, tal vez en esta ocasión podamos hacer lo correcto y marcharnos. Dijiste que sabías por dónde salir.

Eli rio entre dientes.

—Sé por dónde salir. Y puede que tú también. Pero pregúntate una cosa, Oliver. ¿Te dejará la muerte escapar de aquí? ¿Empezar de cero? ¿Tendrás una segunda oportunidad? Si mueres, ¿saldrás de la mina?

Oliver pensó, pero no dijo:

«Si muero yo, no.

»Pero puede que si mueres tú, sí».

Un olor a carne caliente y cocinada se deslizó por las fosas nasales

de Oliver y lo hizo agitarse en sueños. Era el olor de un estofado, jugoso y salado, un poco grasiento cuando arrancabas las fibras de músculo de la carne con los dedos.

Eli dijo:

—He encontrado comida.

—¿Cómo? —preguntó Oliver, porque no tenía sentido.

—Tú come. Ya te lo explicaré.

Y notó que ahora el olor estaba justo debajo de él, y se sentó lo más recto que pudo, a pesar de la debilidad y del dolor. Saboreó el vapor que venía de debajo de su barbilla. Eli lo instó a que comiese un poco, y eso fue lo que hizo: se dobló hacia delante con la boca abierta, y la lengua y los dientes toparon con una carne asada que llenó sus sentidos de puro gozo. Comió con avidez, y metió las manos debajo de la carne para acercársela más a la boca. Los jugos le gotearon por la barbilla. Estaba tierna y suave. Sabía más a cerdo que a cualquier otro tipo de carne, a pesar del olor, pero no le importó demasiado. Le llenó el estómago y le dio fuerzas y esperanza, y metió tanto la cabeza en la carne que le manchó las mejillas como si lo hubieran hecho las manos fuertes y amorosas de una abuela.

«Eres un buen chico —habría dicho esa abuela—. Siéntate y cómetelo todo…»

La lámpara de carburo se encendió.

Bajo él, en su regazo, había sangre. Mucha sangre. Le goteaba por los antebrazos. Por la barbilla. La carne asada que tenía encima era una pierna, una pierna humana, con la piel rota a mordiscos («mis mordiscos»), lo que dejaba al descubierto un cartílago rojo y húmedo del que brotaba sangre, no a borbotones, sino como si la estuviesen exprimiendo, como agua de una esponja apretada con suavidad. Eli estaba sentado cerca, con una pierna extendida y sin la otra, que le había desaparecido hasta la altura de la cadera. En la mano sostenía una sierra circular oxidada con los dientes doblados y retorcidos. Rio y dijo:

—He encontrado una sierra, Oliver. Mira, he encontrado una sierra.

La luz se apagó cuando Oliver empezó a vomitar.

Se apoyó contra la pared para alejarse de su vómito, y luego volvió

a quedar sumido en la inconsciencia. El regusto a metal de su boca, propio de la sangre coagulada, había desaparecido al despertar. Ya no tenía la piel húmeda alrededor. Volvía a sentirse seco.

(Aunque notaba el estómago extrañamente lleno.)

«Un sueño, solo ha sido un sueño», pensó.

Pero luego oyó una risilla tenue a unos tres o seis metros de distancia. Era Eli, que dijo:

—No me digas que vuelves a tener hambre, ratoncillo. Necesito quedarme con una pierna, al menos.

Y luego Eli empezó a alejarse, y Oliver oyó sus pasos a la perfección, uno detrás de otro. Era el andar de una persona con dos piernas, no el cojeo de alguien que se había cortado una con una sierra oxidada.

Oliver no sabía qué sucedía allí. Sospechaba que empezaba a perder la cabeza, pero en el fondo sabía que había algo extraño en Eli. Estaba engañando a Oliver. Jugando con él. Torturándolo. Y Oliver sabía que necesitaba hacerse con esa linterna, robársela. Por lo que luego, cuando Eli regresó, Oliver ya había encontrado lo que necesitaba: el pico de minero. Estaba débil, pero las ganas de vivir y de huir eran más fuertes. Aferró el mango hasta que los nudillos se le quedaron blancos. Mientras Eli paseaba por ahí, sin dejar de tararear para sí, Oliver se acercó a hurtadillas e intentó centrarse con todas sus fuerzas en el lugar de esa oscuridad infinita en la que se encontraba su objetivo. Pero no lo consiguió. Daba la impresión de estar en un sitio concreto, pero luego estaba en otro. Y Oliver era consciente de que tenía fuerzas limitadas antes de desmayarse, antes de perder el sentido, antes de que el pico se le cayese de las manos.

Eli murmuraba:

—El mundo se ha echado a perder, Oliver. El mundo está podrido. Consumido por los gusanos, por Los Que Comen, como una manzana podrida. Ñam. Ñam. Es mejor quedarse aquí abajo que volver a la superficie, claro que sí. Aquí abajo es más seguro. Todo se derrumba, y la rueda gira y se rompe y…

«Allí.»

Estaba justo delante de Oliver.

Con la cabeza gacha.

Murmurando y hablando con tranquilidad.

«¡Ahora, Oliver! ¡Ahora!»

Oliver gruñó, levantó el pico y atacó…

¡Prrrch! Fue como clavar un cuchillo en una calabaza bien gorda. La punta afilada se hundió a mucha profundidad. Sintió como el cráneo cedía bajo su fuerza.

—… se recomponeeeee —gruñó Eli…

Antes de caer al suelo.

Oliver emitió un grito ahogado al soltar el pico, que cayó al suelo aún clavado en el cuerpo. Se apartó de lo que acababa de hacer. No vio el crimen que acababa de cometer, pero sí que percibió el olor metálico de la sangre y, como le había comentado Eli, la aparición repentina del hedor a mierda. Después sintió algo muy extraño, demencial, que brotaba en su interior como las burbujas de un refresco. Rio. «Que te den, Eli. Eres un colgado de mierda, un tipejo monstruoso.» Al igual que el padre de Oliver, al igual que el padre de Eli: un monstruo en la oscuridad que mantiene a raya la luz, que la dosifica de manera tortuosa y tentadora. Oliver rio y se acercó a duras penas al cadáver. El hombro chocó contra el mango del pico por accidente, y el mentón exánime de Eli raspó el suelo miserable.

—Ups —dijo Oliver, que volvió a soltar una risilla.

Tanteó los alrededores en busca del tesoro. Bajó por el brazo derecho: nada. Después por el izquierdo, donde tampoco lo encontró.

«No, no, no. ¿Dónde está la luz?»

Y luego el miedo se apoderó de él mientras pensaba que se acababa de equivocar. Tendría que haberse asegurado de que la lámpara estaba allí cerca. Ahora podía estar en cualquier sitio. Era posible que Eli la estuviese escondiendo en otra parte, por el túnel o detrás de una roca o…

O debajo de él.

Mover a Eli le resultó fácil. Era menos pesado que un fardo de ramas. Oliver lo hizo rodar, y allí estaba. Cogió la lámpara a toda prisa…

¿Y qué?

Justo en ese momento se dio cuenta de otra cosa, de repente, como si acabase de caer en un lago helado.

«No sé cómo encenderla.»

No encontró botón ni mecanismo para hacerlo. Sí que encontró una llave, como esas que se usaban para dar cuerda a los juguetes viejos, pero la giró a izquierda y derecha y no pasó nada. Joder.

Eli la había encendido de alguna manera, ¿no? Necesitaba fuego. Pero ¿había visto a Eli encender una cerilla alguna vez? ¿O usar pedernal para encender una chispa? No lo había visto, ¿verdad? Aun así, siguió rebuscando en los bolsillos del cadáver, pero solo encontró pelusas y monedas. Monedas. Eso podría servir. Oliver no había prestado mucha atención en clase, pero sabía que al hacer chocar el metal contra la piedra podían saltar chispas. Por lo que sacó una de las monedas, que parecía de cinco centavos por el peso, y la arrastró por el suelo. Gggt, gggt, ggggggt. Pero no consiguió nada, por lo que se acercó a una pared y lo volvió a intentar. La arrastró de un lado a otro, cada vez más rápido. Y nada. No saltaron chispas.

Oliver gritó de rabia y desesperación.

Él tenía la culpa. Lo había echado todo a perder. Había tenido una oportunidad y la había desaprovechado. Su padre siempre le decía que era un imbécil, y estaba claro que aquel monstruo viejo tenía razón. La había cagado. Una cagada de las gordas.

«Tenías razón, papá.

»Tenías razón.»

Oliver cayó de rodillas. No era capaz ni de llorar siquiera. Se limitó a arrodillarse como un penitente en esa oscuridad, con la frente apoyada en el suelo a la espera de nada.

Era demasiado.

El olor a muerte. El hedor de las heces. La oscuridad. La soledad. Oliver casi prefería que Eli lo torturase a estar así.

«Tengo que acabar con esto.»

Se afanó por desclavar el pico de minero del cráneo de Eli, tirando de él hacia delante y hacia atrás. Cedió poco a poco. Después volvió a acercarse a la pared y tanteó las rocas hasta que encontró una hendidura. Usó las últimas fuerzas que le quedaban, alzó el pico y lo

clavó en el hueco. Tiró de él y vio que estaba bien clavado. Volvió a arrodillarse.

Alineó la cabeza con la curva del pico hasta que le quedó justo delante.

Supuso que la parte más blanda de su cabeza serían los ojos.

Y por eso cerró el ojo izquierdo y lo apoyó con suavidad contra el extremo del pico, el extremo que se doblaba hacia arriba.

Después echó la cabeza hacia atrás muy despacio.

Sabía que si la echaba hacia delante a toda velocidad, el pico se le clavaría en el ojo. En el cerebro. Y moriría.

Y quizá, solo quizá, algo así sería una bendición para él, la bendición que Eli, en su aflicción y su locura, había tomado como una verdad absoluta: que la muerte era la salida. Seguro que Oliver volvería a despertar en otro lugar al hacerlo. Un lugar nuevo.

Un lugar mejor.

—La rueda se rompe —dijo Oliver, como si fuese una oración—. Y se recompone.

—Oliiiiiver —gruñó Eli, con un hilillo de voz, un eco quejumbroso.

Oliver soltó un grito ahogado.

Oyó un rasguñar detrás de él. Y luego el repiqueteo de un caparazón por la roca.

Oliver se dio la vuelta y apoyó la espalda contra la pared, junto al pico. Vio una sombra en la oscuridad: tenía forma humana, pero era demasiado alargada y demasiado esbelta, demasiado alta. Se alzó desde el lugar donde se encontraba Eli. Brilló con luz propia, un fulgor que parecía un haz de luz de luna reflejado en un charco de aceite. Unos hilillos blancos que relucían con iridiscencia.

—¿Quién…? ¿Qué…?

—Oliver —repitió la voz. Era la voz de Eli, pero al mismo tiempo no lo era. Lo era de forma superficial, pero bajo ella había otros cientos de voces, capas superpuestas la una sobre la otra.

—Estabas muerto.

—Y, sin embargo, aquí estoy.

—Lo siento. Lo siento. Siento haberte asesinado.

Una risilla húmeda.

—No lo sientas. Ha llegado la hora, Oliver.

—¿La hora…? ¿De qué?

—La hora de encontrar tu propósito. De aprender magia. De romper el mundo.

QUINTA PARTE

Los noventa y nueve

Los cuatro reyes:
Lucifer, Leviatán, Satán, Belial.
Sus ocho duques:
Astaroth, Morquin, Asmodeo, Belcebú,
Uthuthma, Mathokor, Abigor, Baal-Berith.
Y doce caballeros:
Moloch, Malus, Pelsinade.
Lith-Lyru, Hyor-Ka, Dantalion,
Vissra, Orcobas, Vollrath,
Nycon, Mymon, Candlefy.

Y bajo ellos, los setenta y cuatro reveladores que supervisan la arquitectura del cosmos. Recurre a sus números, y su hechicería será tuya. Toda menos la del Diablo. Solo hay uno por encima y por debajo, uno que cayó fuera del tiempo, uno que escapó del Infierno y que derribará los pilares del Cielo. El Diablo, a cuya magia no se puede recurrir. Es su magia la que recurre a ti.

Página del *Compendium Singularis*, traducido
del latín y escrito en 1776, pero hecho pasar
por su creador como un original del año 1047

48

Uñas astilladas

El tercer día después de la desaparición de Nate, Maddie llegó a la conclusión de que había perdido la cabeza. Siempre había estado orgullosa de mantener la compostura en los momentos más caóticos. Tenía pensamientos intrusivos y sabía que también padecía de ansiedad y de algo parecido a un déficit de atención, aunque no se lo habían diagnosticado. Puede que hasta un poco de TOC. Pero sabía cómo automedicarse. Con listas. Con libros. Con su arte. Y sobre todo, aunque eso no lo había tenido muy presente hasta ese momento, con su familia. Porque, en ese momento, su familia se había roto. Habían arrancado una tercera parte muy vital de ella para desaparecer sin más.

Pero a veces los pensamientos intrusivos le advertían de un sentimiento diferente que acechaba bajo la superficie:

«¿No te sientes un poco mejor ahora que ya no está? Se acabó su dolor. Se acabaron sus extraños cambios de humor. Ahora puedes ser tú misma. No tienes por qué ser desinteresada. Ahora puedes ser egoísta».

No creía en esas cosas. No estaba de acuerdo. Pero los pensamientos intrusivos sabían cómo colarse en la cabeza. No los invitabas a entrar, pero lo hacían de todos modos, ya fuesen verdad o mentira.

Ahora, ocho días después, deambulaba por el bosque. A veces se paraba y se quedaba quieta para mirar a su alrededor, como si fuese el fantasma de un árbol que hubieran talado y se dedicase a buscar el tocón sobre sus antiguas raíces para sentarse en él, descansar y reflexionar. Su mente divagaba cuando lo hacía; lo hacía como si tratara de encontrar algo, y ella no podía hacer nada para evitarlo. Buscaba una idea, un recuerdo o una cosa que era incapaz de

contener. Un sueño que no dejaba de evitar a sus perseguidores.

El bosque que rodeaba su casa estaba frío y en silencio. Los árboles parecían secos debido a la cercanía del invierno. Las hojas antaño coloridas se habían convertido en una alfombra gris y marrón al caer al suelo.

Maddie no tenía ni idea de qué buscaba. Una parte de ella estaba convencida de que encontraría una pista, como un detective que tuviese un golpe de suerte: una huella, un poco de sangre seca, un pelo o un zapato enterrado en el barro. Quería ver lo que había visto Nate, a ese tipo demacrado con la barba, al fantasma de una joven muerta, a un asesino en serie que acechaba entre los árboles, o incluso a su padre. Y luego volvió a sentirlo, como en tantas otras ocasiones a lo largo de los últimos días: un ansia incontrolable por crear algo. Por ponerse manos a la obra, por usar materias primas como piedra, madera, barro y metal. Por convertirlas en algo vivo, en algo que le fuese de ayuda.

Pero la última vez que había hecho algo así, la última vez que se había dejado llevar por el trabajo, había invocado a un asesino en serie. Y luego ese asesino había atacado a su marido. Así como había traído al búho a este mundo, también cabía la posibilidad de que hubiese traído a Edmund Walker Reese.

Eso la aterrorizaba.

«El arte como un recipiente. El arte como portal. ¿Soy capaz de controlarlo?

»¿O él me controla a mí?»

Suspiró y consiguió reprimir esa ansia. Esa chispa descontrolada de crear algo se apagó de repente. Maddie miró el reloj. Había llegado la hora de encontrarse con Fig en casa.

—Creo que es sospechoso —dijo Fig, tras las volutas del humo del café que bebía—. Ayer fui a hablar con él otra vez, para husmear un poco. No soy detective ni nada de eso, pero… Nate es mi amigo. Pues ese tipo fue evasivo de cojones. Tenía la casa hecha unos zorros. Y él estaba hecho unos zorros. Había bebido mucho, y no sé si estaba serenándose después de una borrachera o emborrachándose aún más. Lo que sí tengo claro es que no se parecía en nada al tipo tan correcto

que vimos en la fiesta. No habló mucho conmigo y trató de impedir que me demorase demasiado por allí.

Maddie trasteó por la cocina.

—No me dio la impresión de que fuese así —dijo Maddie.

La historia que Jed le había contado a la policía era sencilla. Se suponía que Nate iba a ir a su casa a tomarse una copa. Y aquello era todo. Ninguna alusión al parque, ni a asesinos en serie, ni a tormentas extrañas, ni al folclore local.

También les dijo que Nate no había llegado a ir.

Y les dijo lo mismo a Fig y a Maddie, que Nate no llegó a llamar a su puerta. Lo que significaba que Nate había desaparecido en algún lugar situado entre las dos casas.

—He hablado con Jed —dijo Maddie—. Parece… enfadado por lo ocurrido. Destrozado, como si se sintiese responsable, como si hubiese guiado a Nate a una cruzada imposible.

—Entonces, ¿por qué no te llamó esa noche, para contarte que Nate no había aparecido? ¿O por qué no llamó a Nate?

—Dijo que había dado por hecho que Nate se había olvidado. O que le había surgido alguna historia. Jed es muy amable y considerado, y no quería ser una molestia. —Maddie se encogió de hombros—. No sé. Confío en él.

—Pero no le conoces bien.

—No, supongo que no. Es escritor. ¡Escribe libros! Di por hecho que estaba bien de la cabeza.

—Diría que los escritores y los artistas son similares. ¿Dirías que la mayoría de los artistas están bien de la cabeza?

Maddie parpadeó.

—Vale. Tienes razón. —Suspiró—. Pues parece amable. Le cae bien a Nate, y Nate siempre ha tenido buen ojo para juzgar a las personas. Y, la verdad, creo que Jed no tendría nada que hacer contra Nate en caso de enfrentamiento. Nate es muy fuerte, y llevaba la pistola encima.

—Puede que tengas razón, en un combate justo, pero quién sabe lo que ha ocurrido. Hay muchas maneras de acabar con alguien antes de que empiece un enfrentamiento.

—Y luego, ¿qué? ¿Lo mató?

Fig se encogió de hombros.

—Joder. Pues no lo sé. Hace unos tres años se perdió una adolescente, y la madre se quedó abatida y perdió la cabeza. Fue por la zona, a unos diez minutos de aquí. La mujer tuvo problemas de alcohol y adicción a los medicamentos bajo prescripción médica y esas cosas. El novio, no el de la hija sino el de la madre, también era un poco raro. Tenía antecedentes. Nada gordo, robo de vehículos y estafa. La madre caía bien y todo el mundo decía que seguro que el responsable era él. El culpable siempre es el hombre, ¿no? Siempre el marido o el padre. Pero la madre le proporcionó una coartada a él: dijo que estaba con ella la noche en la que se perdió la hija. Dijeron que a la joven le gustaba ir a la ciudad y que podría haberse escapado. ¿Y sabes qué ocurrió en realidad? ¿Lo hizo el novio de la madre? Pues sí. Fue él. Pero no solo él. La madre también. La mujer, la madre, tenía un buen trabajo como gerente de administración en el Bank of America. Pagaba sus impuestos, les caía bien a sus vecinos. Era una trampa. Todo había sido idea de ella, y consiguió que su novio la ayudase a raptar a la joven y fingir su desaparición. La tenían encerrada en una caseta en el bosque, por fuera de su propiedad. Abusaron sexualmente de ella durante semanas. Lo grabaron. Usaron a esa pobre chica y, cuando terminaron con ella, la descuartizaron y la dejaron allí. El novio trabajaba en la construcción, por lo que llenó el lugar de cemento. Los pillaron porque la madre había empezado a pegarle y amenazó con matarle, y él terminó por ceder y se lo contó todo a la policía, porque prefería morir en la cárcel antes que quedar a merced de esa mujer.

Maddie parpadeó.

—Dios, Fig.

—Sí.

—Gracias por tu optimismo.

Hizo un mohín.

—Lo siento. Dudo que a Nate le haya pasado algo parecido. Lo que quería decir es que… Mira, nunca puedes estar seguro de si conoces a alguien de verdad o si solo conoces lo que quiere que sepas. Un tipo

como Jed podría haberse creado una personalidad falsa, como una máscara. Y tal vez se le dé tan bien que haya engañado a Nate. —Fig titubeó—. Sabes lo de su mujer y su hija, ¿no?

—Sí. Nate dijo que lo habían abandonado.

Fig torció el gesto.

—¿No fue eso lo que ocurrió? —preguntó.

—Sí, no cabe duda de que lo abandonaron. Abandonaron la tierra de los vivos. Las mató en un accidente de tráfico mientras iba borracho. Jed conducía y estrelló el coche. Él sobrevivió. La mujer murió en el acto. La hija estuvo unas semanas en coma en el hospital antes de morir. Eso sucedió hace unos años y luego se mudó aquí.

—Eso no fue lo que le contó a Nate.

—¿Ves a qué me refería?

Maddie había dado por hecho que Jed no tenía nada que ver con lo ocurrido, pero… La duda ya le reconcomía las entrañas.

—Vale. Si yo fuera él, tampoco me gustaría que los demás supiesen qué sucedió. Es horrible. —Maddie alzó las manos—. Ahora que han ocurrido cosas tan raras, como lo de la joven, lo del relámpago o lo de Reese… No creo que sea buena idea acusar a alguien en quien, al parecer, podemos confiar, ¿no crees?

—No. No lo sé. —Suspiró y se frotó las sienes—. Encontraremos a Nate —dijo Fig, quien sin duda había visto el semblante alicaído de Maddie—. La policía estatal está investigando el caso. Contrino está en ello. Es un capullo y lo odio, pero es listo. Se le da bien su trabajo. Solo es cuestión de tiempo. —Después lo repitió, como si pretendiera convencerse a sí mismo—. Encontraremos a Nate.

«Pero ¿lo encontraremos vivo?», se preguntó Maddie.

Repasó los hechos una y otra vez. Si Nate había ido caminando esa noche a casa de Jed y se había perdido antes de llegar…, tendría que haber dejado un rastro, ¿no? Pero no lo habían encontrado. También es verdad que era complicado. El bosque estaba cubierto de hojas caídas y no quedaba mucha tierra al descubierto. Pero ¿y si había llegado más lejos? ¿Más allá de las casas? ¿Y si había estado en casa de Jed y luego habían ido juntos a alguna parte?

—Ese día hacía calor —dijo Maddie.

—Sí.

—Después descendió mucho la temperatura por la noche. Dio un buen bajón.

Fig pareció reflexionar sobre lo que acababa de decir Maddie.

—Sí. Tienes razón. Amaneció todo helado al día siguiente y la temperatura no ha vuelto a recuperarse.

—Si hay huellas, es muy probable que estén congeladas.

—Ya hemos registrado los alrededores.

—¿La policía ha revisado la propiedad de Jed? ¿Y el parque?

—Puede que su propiedad sí. Yo no lo he hecho, pero supongo que los demás sí. Pero el parque… Nate dijo que iban a echar un vistazo al túnel, pero el camino que podría haber tomado para llegar está asfaltado, y en el asfalto no hay huellas que valgan.

Maddie frunció el ceño.

—Pero el parque estaba cerrado a esa hora. Ramble Rocks cierra por la noche, ¿no? Y vosotros dos no tenéis llaves.

—Es competencia del Departamento de Parques. Di por hecho que habían saltado la valla, si es que fueron al parque. No es difícil de saltar, rodear o lo que sea.

—Para rodearla sí que habría que pisar tierra.

—Vale. Es verdad.

—Y… —añadió Maddie, reflexiva—. Conozco a Nate. Iban a ese parque por una razón… —Una razón un tanto estrambótica—. No querían que los viesen, y sé que Reese mató a varias jóvenes en el roquedal. —Las rocas de Ramble Rocks—. Puede que fuesen por ahí.

—Ajá. —Fig meditó sobre esa información—. Está cogido con pinzas, la verdad.

—Pero es mejor que nada.

—Es poco probable, pero me parece buena idea que vayamos a comprobarlo. No tengo demasiada carga de trabajo, ya que la temporada de caza aún no ha terminado de arrancar. Bueno, hay mucha gente que usa armas ilegales, pero por estos parajes son cada vez menos. Echaré un vistazo.

—Revisemos el camino que va desde la casa de Jed hasta las rocas, y luego al túnel del interior del parque.

Fig se puso en pie y le dio el último sorbo al café.

—Mira, Maddie. Has tenido que soportar muchas cosas y no quiero arrastrarte a una situación poco agradable…

—Quiero hacerlo. —Se dio cuenta de que su voz sonaba insistente, exigente, por lo que suavizó un poco el tono para que también tuviese algo de súplica—. Necesito hacer algo o terminaré por arrancarme las puñeteras uñas a mordiscos. Estoy durmiendo muy poco. Cada vez que intento comer me dan náuseas y tengo que parar para vomitar. Tengo que hacer algo. Quiero ayudar. Es Nate, ¿sabes?

Él asintió.

—Sí, lo sé. Y puedes ayudar. Salgamos mañana. Muy temprano. Tú y yo. ¿Te parece?

—Me parece. Muchas gracias, Fig.

49

El proceso de Oliver

Jake había sido Oliver. Un Oliver.

En el fondo, lo sabía, pero se llamaba Jake desde hacía un tiempo. Seis años llamándose Jake. Jake a través de las ramificaciones de las líneas temporales y los universos, Jake a todos los Oliver que había conocido. Tan Jake que había ido más allá de aceptar ese nombre: había creado una nueva identidad. En cada mundo al que iba se convertía en alguien ligeramente diferente para llamar la atención del Oliver de ese lugar, se modelaba a sí mismo para convertirse en una llave capaz de entrar en la cerradura de los corazones de todos esos Oliver.

Se podía llegar a decir que ya no era Oliver, de muchas maneras.

Oliver era otra persona.

Oliver era el chico del tobillo roto, de los morados que le habían hecho con los libros que le gustaban, de la madre cuya mandíbula se había roto y, pese a que se la habían recompuesto, ya no había vuelto a trabajar.

Oliver había muerto en la mina.

Y Jake había salido de ella.

El mismo Jake que ahora se encontraba allí, viendo cómo aquel viejo imbécil deambulaba de un lado a otro detrás del sillón deformado y andrajoso.

—Jake. ¡Jake! Ha vuelto, ¿sabes? —dijo Jed—. A mi casa.

—Ajá —dijo Jake, con el labio superior torcido en un gesto despectivo—. Vaya, Jed. Entra. Siéntate como en tu casa. —El viejo cabrón había llegado unos minutos antes y se había puesto a aporrear la puerta. Pum. Pum. Pum. Y a exigir que lo dejase entrar. Parecía como si hubiera llorado, ya que tenía los ojos rojos e hinchados. O tal

vez solo fuera la resaca, ya que lo rodeaba el hedor agrio del sudor de vodka, como si de una nube de polución se tratase. Parecía una mierda reseca pinchada en un palo. La piel pálida y consumida. El pelo alborotado, como si viniera de un mundo en el que no existieran los peines. Con las uñas mordidas hasta hacerse sangre. Jake lo vio ir de aquí para allá por la estancia, hasta que ya no pudo más y le espetó:

—Que te sientes ya, joder.

—Oh. Ah. —Jed echó un vistazo a su alrededor, como si acabara de comprender dónde estaba—. Claro. Sí.

Se sentó en el reposabrazos del sillón.

—Y ahora, dime una cosa. ¿Quién dices que fue a tu casa? —preguntó Jake.

—El policía. Mm. No. No es un policía. El amigo ese de Nate, el de Caza y Pesca. Figueroa, o algo así. ¿Alex? No. Axel.

—¿Y?

—Pues que aún merodea por ahí, Jake. ¡Aún cree que tengo algo que ver con la desaparición de Nate!

Jake se encogió de hombros.

—Es que tienes algo que ver con la desaparición de Nate.

—Pero se supone que él no tiene que saberlo.

—Francamente, ¿qué más da? Que lo descubra si quiere. Puede que te meta en la cárcel. O puede que no. Puede que uses esa pistola que te di y le pegues un tiro. O que él te pegue un tiro a ti. —Jake sonrió —. Puede que te pegues el tiro a ti mismo.

—Deja de decir esas cosas tan lúgubres. Basta.

—¿Lúgubres? Todo acabará pronto. Todo. Todo esto.

—Eso no quiere decir… Eso no quiere decir que yo sea un monstruo.

El anciano se tambaleaba. Estaba al borde del precipicio, un lugar muy peligroso. Aún podía estropearlo todo. Todo iba bien, pero el demonio no estaba satisfecho, no. Quería que se hiciese ya, más rápido, pero Jake le había dicho a esa bestia que debía ser paciente. Aun así, iba todo lo bien que podía ir, máxime si se tenía en cuenta lo diferentes que eran las circunstancias por allí. Pero de ahí a que aquel

carcamal nervioso lo echase a perder todo por miedo… Eso sería una horrible tragedia.

Jake pensó, ansioso e impaciente:

«Pues a la mierda».

Y se planteó girar la muñeca para sacar un arma blanca o una pistola de ese Lugar Intermedio para abrirle el gaznate a ese gilipollas o reventarle los sesos de un tiro. Pero eso también entrañaba riesgos, por la sangre. Habría que limpiarla bien. No, gracias. Demasiado engorroso.

No, después de seis años con esa historia, a Jake no se le daba mal gestionar a la gente. Algunos universos le habían dado la oportunidad de hacer las cosas sin la ayuda de nadie, pero en la mayoría de ellos había tenido que formar equipos, de gente débil y vulnerable cuyos problemas habían sido su mayor debilidad. Si sabía explotar esa vulnerabilidad y sacar provecho de ella, eso los convertía en personas muy leales.

Era hora de pulsar las mismas teclas con Jed.

Con él iba a ser fácil.

—No eres un monstruo —dijo Jake. Le puso al anciano la mano en el hombro, para transmitirle tranquilidad. Después se ocultó bajo la máscara de un Jake diferente: una voz más suave, un rostro más amable. Era la misma voz que se había puesto para convencer a Jed de que le ayudase la primera vez. Cuando le había mostrado todo lo que podía conseguirse gracias a la magia de *El libro de los accidentes*—. Pero lo eras, sí…, ¿verdad? Lleno de ira y de rabia. La bebida te ayudaba a sacarlo de tu interior. Te hacía perder los sentidos. La cabeza. Te hizo subirte a ese coche y arrancar aunque supieses que tu familia estaba allí contigo. Murieron esa noche, pero ese no tiene que ser el final. Mitzi y Zelda siguen por ahí, Jed. Si hacemos las cosas bien, si me haces caso y no titubeas, lo recuperarás todo. Verás de nuevo a tu familia y lo harás bien la próxima vez. Ahora eres un hombre mejor, ¿verdad?

Jed no dijo nada.

«El cuchillo. La pistola. Mátalo.»

—¿Verdad? —repitió Jake, con tono insistente—. ¿Qué hay que

hacer para arreglar las cosas, Jed? Para arreglar algo…

Esperó a que el viejo terminara la frase.

—Primero hay que romperlo —respondió Jed al fin—. Claro. Es que… Estamos cerca, ¿no? —El anciano no dejó que Jake metiera baza—: Ahora que Nate no nos estorba, podrás hacerlo más rápido. Puedes coger al chico, llevártelo al parque y…

—No.

Pronunció esa única palabra como si fuese la palabra de Dios desde las alturas. Una palabra con una barra de acero en el interior. *El libro de los accidentes* se encontraba en la mesilla de café y se agitó cuando la pronunció. «No.» La impaciencia del libro resonó en los huesos de Jake. Jed miró el libro, con cautela.

—Ya te lo he dicho —continuó Jake—. Lo haremos a mi manera. Esta vela tiene mucha mecha y arderá a su ritmo. El trato es el que es. Tengo que darle una oportunidad a Oliver. Una oportunidad de hacer las cosas bien. Sabías que lo iba a hacer. Este Oliver… me da muy buena onda.

Ahora que Nate ya no estaba, Jake esperaba que Oliver estuviese al límite. El chico era vulnerable. Estaba expuesto. Jake le había prometido magia, y ahora le bastaba con extender el brazo para cogerla y aceptarla.

Pero Jake tenía que admitir que aquel Oliver no se parecía en nada a los demás. No tenía ni idea de si el chico iba a reaccionar como él esperaba. Nada de lo ocurrido guardaba relación alguna con las demás líneas temporales. Los Nates siempre eran personas de mierda. Todos y cada uno de ellos eran fracasados en muchos sentidos: borrachos, adictos, maltratadores, perdedores. Dios, la mitad de las veces ya estaban muertos o se habían pirado al quinto pino y abandonado a Oliver. Pero ese Nate no era así. Jake se dijo que aquello solo era una mentira muy bien urdida. Seguro que ese Nate, el Nate a quien él había enviado hacia la vorágine, era tan monstruoso como los demás, pero lo disimulaba mucho mejor. Tal vez fuese un violador o un asesino en serie, o se dedicase a sobar a niños pequeños antes de arrojarlos a un pozo o algo así. Era imposible que fuese lo contrario. Jake no podía aceptar que a un hombre que había sufrido lo que Nate,

el maltrato de su propio padre, le fuese bien tener hijos. El maltrato producía más maltrato. El odio pergeñaba más odio. El dolor provocaba más dolor. Las cosas eran así. Ya se lo había dicho Eligos Vassago. Se lo había mostrado en la mina.

Esa Maddie también era diferente de las demás. En cierto modo, parecía más fuerte. Casi todas las otras Maddies estaban enganchadas a las pastillas y al vino. Eran unas egoístas tan encerradas en ellas mismas que al final morían ahí dentro. Algunas tenían tanta ansiedad o estaban tan deprimidas que pasaban la mayor parte del día confundidas o bajo una manta, abandonando a sus familias como si se hubiesen subido a un avión dispuestas a no volver jamás. Otras estaban, cita textual, «perdidas en el arte» y viajando por todo el mundo en busca de inspiración, sin estar en casa, sin interesarse por ellos, sin saber lo que ocurría en su hogar. Ninguna de las Maddies se comportaba como era debido.

Menos esa Maddie.

Y los Oliver…

Jo, jo.

Todos eran especiales.

Todos eran diferentes a su manera. Muy delicados.

Copos de nieve fáciles de derretir, con un poco de calor o un poco de presión.

El Oliver del treinta y tres hablaba con los animales mentalmente. Se había vuelto loco y había perdido la capacidad de hablar con las personas, y se había convertido en un salvaje.

El Oliver del cuarenta y dos era un narcisista engreído, un artista igual que su madre, alguien que afirmaba estar siempre «sumido en sus pensamientos» y a quien por supuesto le gustaba arrancarles las alas a las mariposas, las cabezas a las ardillas y, como colofón inevitable, los vestidos a las jóvenes que se le resistían. O los pantalones a los jóvenes drogados.

El Oliver del setenta y uno estaba destrozado por la depresión provocada por el maltrato de su padre. Jake lo entendía muy bien. Demasiado bien. No era difícil comprenderlo. Cuando estaba de muy mal humor, y solo entonces, ese Oliver podía mover objetos con la

mente. Jake descubrió que podía aprovecharse de algo así. Usó el mal humor del chico para aplastar al padre con la nevera. Y luego no le costó mostrarle cuál tenía que ser su siguiente paso. El camino para romperlo todo. Para arreglarlo todo.

El Oliver del noventa y ocho, el último al que había conocido antes del de ahora, era un cabezota. Con ese tardó mucho, muchísimo, y por eso ahora Jake estaba tan impaciente. Ese Oliver era un maldito bestia. El Nate del noventa y ocho nunca le había pegado, no con los puños ni con objetos. Pero sí que le había infligido maltrato verbal. Lo había humillado y degradado a la menor oportunidad. Más que aniquilar a Oliver, eso le dio agallas, hasta que consiguió perpetrarse tras una pared de músculos y fuerza bruta que rodeaba un corazón cargado de venganza. Y un día, ese Oliver decidió que le iba a dar una paliza a su padre con las manos desnudas. Tenía un don para el ejercicio, era mucho más fuerte que los otros chicos de su edad. Muy desafiante. Incluso para Jake, que tardó mucho en llevarlo hasta el roquedal.

Pero lo hizo.

Y ahora le tocaba el turno a este Oliver. El noventa y nueve.

El último.

Todas las fichas del dominó habían caído, a excepción de la última. Todas estaban apoyadas contra él y ejercían muchísima presión en el universo. Parte de esa vorágine empezaba a filtrarse a través de las paredes cada vez más débiles de esa realidad, causando el caos. También ejercía presión en Jake, presión para terminar cuanto antes, para terminar con todo ya. Pero las cosas le habían ido bien con el noventa y ocho y no quería apresurarse. Tenía sus normas. Su manera de hacerlas.

—¿Nate ha muerto? —preguntó Jed.

—No. No lo sé.

—Me alegro —dijo el anciano, con voz distante—. Pero ¿por qué? ¿Por qué dejarlo vivo?

—Porque no quiero problemas con el cuerpo.

«Y porque el demonio quería enseñarle algo a Nate.»

Jake no sabía el qué. No le importaba. No tenía por qué estar al

tanto de todos los planes de esa criatura. Solo tenía que completar su parte, y hacerlo a su manera.

—Pero… —empezó a replicar Jed.

Jake lo hizo callar con un giro de la muñeca. Apareció una botella de whisky en su mano. Jack Kenny American Whiskey. Etiqueta azul. El licor opalino se agitó en el interior de la botella cuando se la pasó a Jed.

—Toma. Te lo mereces. Una recompensa.

—Ah. Yo… No conozco esta marca.

Pasó el pulgar por el relieve de la etiqueta, donde aparecía un hombre con un bombín que cruzaba sobre una catarata dentro de medio barril de whisky. Las letras eran doradas sobre un fondo desgastado.

—No es de aquí —dijo Jake.

—No es de aquí. Te refieres a que…

—Así es. Una botella de whisky de otro mundo, Jedward. Es la única botella que queda. Tienes en tus manos un objeto único, un premio de un valor incalculable. Podrías bebértela toda. Su sabor sería tuyo y solo tuyo. O compartirla. Me importa una mierda. Cógela, disfruta del botín y déjame hacer lo que tengo que hacer.

Jed se quedó mirando la botella con el gesto de un hombre hambriento que mira una alita de pollo. Jake ni siquiera estaba seguro de que el viejo lo hubiese oído. Asintió, pero de una manera vaga y distraída.

El golpe en la puerta lo sacó de su ensoñación.

Jake se acercó a la ventana a mirar por el hueco de las contraventanas…

Era Oliver.

«¡Sí, sí!»

Después miró a Jed.

«¡No, no!»

—Joder —susurró al tiempo que señalaba a Jed. Después dijo—: Dime que no has aparcado fuera.

—¡No, no! E-esta vez he aparcado al otro lado del parque, como me dijiste.

—Bien. Ahora lárgate de aquí. Sal por detrás. —La caravana tenía una puerta a un lado y otra al fondo, pasado el dormitorio—. No puedo permitir que te vea aquí. Aún no.

Si Oliver empezaba a dudar…

Jed asintió mientras acunaba la botella, como si la considerase más valiosa que su hija desaparecida. Lo que probablemente fuera cierto.

Patético.

No tardó en irse, y luego Jake abrió la puerta y saludó a Oliver con los brazos abiertos. Lo invitó a entrar. Volvió a pensar en el cuchillo y en la pistola, pero consiguió calmarse.

«Aún hay tiempo —pensó—. Deja que continúe el proceso.»

50

Una lámpara en la oscuridad

Jake y Oliver se alejaron del parque de caravanas soportando la frialdad de la brisa. Iban a casa de Oliver. Cruzaron el parque, por los caminos pavimentados, después por unos senderos y luego de nuevo por el camino.

Jake fumaba un cigarrillo mientras caminaban. Miró a Oliver con cautela. Las ansias se le acumulaban en la punta de las orejas, en la articulación de la mandíbula. Jake sintió que estaban cerca. Muy cerca. Se imaginó a Oliver de puntillas al borde de un acantilado. El objetivo no era empujarlo, sino convencerlo para que saltase.

—Su desaparición me hace sentir náuseas —dijo Oliver, en referencia a su padre.

—Lo entiendo —repuso Jake—. Bueno, en realidad no. Mi padre… —«Mi Nate», pensó con tono casi burlón—. Era un cabrón. Su muerte me habría alegrado un montón.

«De hecho, me alegró. Me alegré de matarlo.»

—He estado pensando.

—¿Sí?

Oliver se detuvo y se giró para mirar a Jake, quien apagó el cigarrillo en un charco. Fssss. Sintió un cosquilleo como de termitas en el pecho. Frustración y ansiedad a partes iguales.

—He estado pensando en las cosas buenas y malas de mi padre, ¿sabes? Los tres días que llevamos sin vernos. He estado con Caleb. Hina y él me han ayudado a buscarlo por las carreteras, por el bosque, por el parque. No dejaba de llamarlo a gritos y… —La voz de Oliver se quebró como el adorno de un árbol de Navidad al caerse al suelo. Las lágrimas le brillaron en los ojos—. Nada. Ha desaparecido.

—Lo siento, tío.

«Qué poco queda.»

—Pero a eso me refiero. No está. Se ha esfumado. Como si hubiese… desaparecido. No ha dejado ni rastro. Ninguna prueba. Nada. Es como si hubiese cruzado una puerta equivocada…, solo de ida.

—¿Y?

—El libro de hechizos —dijo Oliver al fin—. Tu libro de hechizos.

—*El libro de los accidentes*. ¿Qué le pasa?

Oliver se humedeció los labios.

—Puede que el hecho de que mi padre haya desaparecido no fuese un accidente.

«Joder. —Esa no era la revelación que esperaba del último Oliver, del más importante—. Venga, venga, venga. No sigas por ahí, chaval.»

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que… Es como los accidentes de esa mina de carbón. Unos cuantos fueron intencionados y muchos otros no, pero todo se debió a un cúmulo de errores. Debilidades. Entropía, como dijiste.

«Eso es.»

Eso estaba mucho mejor. Jake podía seguir por ahí con su plan. Quería soltarlo, poner sus palabras en los labios de Oliver, pero era mucho mejor dejarlo hacer por sí mismo. Puedes llevar a un caballo hasta el agua, pero no obligarlo a beber y bla, bla, bla.

Oliver continuó:

—Dijiste que había lugares más débiles entre los mundos. Puede que mi padre cayese en uno. Puede que se haya perdido. Como he dicho antes, que haya atravesado una puerta. Una puerta que no tenía por qué estar ahí, al menos en teoría. Y ahora no puede regresar.

Jake fingió un gesto reflexivo, como si se lo estuviese pensando.

—Vaya. Pues podría ser, Oliver. No tengo ni idea.

—Mi madre dice que mi padre estaba muy interesado en el parque. Interesado de verdad. Y tú dijiste que en tu mundo no era un parque, pero sí que hay un Ramble Rocks en todos.

—Así es.

—Es como un clavo que atraviesa las páginas de un libro, que está presente en todos los mundos. Una… una constante.

«Una constante, Oliver, como tú», pensó Jake.

—Tienes razón.

«Guau. Vaya. No veas.»

Jake casi puso los ojos en blanco.

—¿Ese es el lugar por el que llegaste? —preguntó Oliver.

—Lo es. El túnel… Llegué por el túnel del tren.

—¿Crees que…?

Ahí vamos. La petición.

—¿Crees que podríamos usar *El libro de los accidentes* para encontrarlo? Puede… puede que haya un hechizo. U otra visión. Puedes usar magia. Intentabas decirme que podemos arreglar cosas…, y puede que esta sea una de esas cosas que podemos arreglar. Una de esas cosas con las que podemos empezar.

Jake estuvo a punto de estallar en carcajadas. No porque fuese fácil… ¡No lo era! Más bien porque se sintió muy aliviado: estaba a punto de conseguirlo. Le había enseñado al caballo dónde estaba el agua, y ahora ese animal imbécil empezaba a humedecerse los labios, con aspecto de estar muy sediento.

Jake asintió.

—Sí. Vale. Vale. Puede que tengas razón, chico. Apuesto lo que sea a que esas respuestas están en el libro. Lo tengo en la caravana. Podríamos ir allí y ver qué sacamos de él. Pero tienes que saber que esa sería una magia muy poderosa. No creo que pueda hacerla yo solo.

—No tienes por qué. Aquí estoy yo. Haré lo que sea necesario.

—¿Lo que sea necesario?

Oliver asintió.

Jake extendió el brazo para que le estrechase la mano, pero Oliver lo abrazó. Fue una sensación extraña, un abrazo de sí mismo. Agradable pero inquietante. Insólito al mismo tiempo, una versión psicológica de un *déjà vu*. Cariñoso y enfermizo a la vez.

A la mierda. Jake le devolvió el abrazo. Y lo hizo en serio, porque cabía la posibilidad de que aquel chico estuviese a punto de ahorrarle muchos problemas. Tal vez lo hubiese salvado todo. A Jake, a Oliver, a su Nate, a todos los Nates. A todos los mundos.

Pronto se acabaría todo. La rueda estaba a punto de romperse.

El dolor estaba a punto de acabar.

—Vayamos a intentar traer de vuelta a tu padre.

51

Cuando la artista conoce su obra

Unos haces de luz se proyectaban entre los árboles durante esa fría mañana de noviembre. Maddie se reunió con Fig al amanecer, y él ya había planeado una posible ruta que lo llevaría desde la casa de Jed hasta Ramble Rocks, haciendo caso omiso de cualquiera de los senderos habituales que entraban en el parque. Los dos caminaron separados por una distancia de unos quince metros. Fig dijo que seguirían más o menos una ruta zigzagueante para tratar de cubrir el mayor terreno posible mientras avanzaban en dirección al antiguo túnel de tren que se abría en el centro de Ramble Rocks.

Y eso fue lo que hizo Maddie. Cruzó el bosque con cautela, con cuidado de dónde ponía el pie a cada paso. Tenía la mirada fija en el suelo, no en el horizonte, porque lo que buscaban eran huellas, alguna prueba de que Nate y Jed habían estado juntos en aquel lugar.

Al cabo de diez minutos llegaron a la conclusión de que aquello no iba a servir de nada. El suelo del bosque estaba cubierto de ramas y hojarasca. No había manera de encontrar una huella, y mucho menos de dejar una. Maddie miró a Fig, quien también buscaba con cuidado las pisadas, mientras zigzagueaba de izquierda a derecha y luego otra vez a la izquierda.

Un pensamiento absurdo e intrusivo se apoderó de Maddie.

«No falta mucho para Acción de Gracias.»

Quedaban pocas semanas para una festividad que les encantaba a los tres, porque el Día de Acción de Gracias no tenía los problemas propios de los demás días festivos, solo dos cosas: comida y familia. Nada de regalos, de villancicos, de canciones, de nieve, de árboles que decorar o de multitudes que soportar. Solo un día en el que atiborrarse (prefería preparar otras proteínas que no fuesen pavo, porque el pavo

era un ave gorda y horrible) y luego ver alguna película. No tenían más familia, por lo que siempre estaban los tres solos.

«Y ahora, los dos solos.»

Tenía que parar. Extendió el brazo para apoyarse en un árbol. Sintió que las rodillas le flaqueaban, pero se mantuvo en pie.

«Nate…»

—¿Estás bien? —preguntó Fig. Ya se había adelantado bastante, pero Maddie no se percató. Se obligó a levantar el pulgar para indicarle que sí.

—Creo que tendría que haber desayunado —respondió ella.

—¿Quieres parar y comer algo?

—No. Sigamos.

El roquedal resultaba tan inhóspito y extraño que casi le quitó el aliento. Sabía que aquella parte del condado de Bucks era pedregosa, y que muchas casas tenían rocas grandes cerca de sus entradas, y también vallas antiguas de piedra que marcaban las lindes de las propiedades, pero le resultaba muy extraño ver todas las piedras de esa manera, una junto a otra. Sintió que había encontrado algo poco habitual, un lugar valioso y carente de parangón. Y había algo más, una sensación que era incapaz de pasar por alto. Era como si el lugar latiese con una especie de energía, viva y oscura. ¿No había dicho Jed que allí había una especie de frecuencia, o se lo acababa de inventar?

Maddie vio a Fig, que giró a la izquierda. Ella giró a la derecha.

Se aventuró a echar un último vistazo a las rocas…

Y vio algo ahí fuera. Algo que había encima de una piedra extraña y lisa con forma de mesa.

Era un pájaro.

Parpadeó varias veces.

No. No era solo un pájaro.

Era un búho.

El búho se movió, como para equilibrar su peso. O quizá solo mostrara impaciencia.

Maddie se quedó sin aliento. Volvió a notar esa sensación vertiginosa, pero en lugar de caer era como si empezara a alzarse.

«No puede ser mi búho.

»El que tallé.

»El que se perdió. No puede ser, ¿verdad?»

Tragó saliva y se dirigió en línea recta hacia el roquedal. Le resultó casi imposible encontrar un lugar liso y seguro por donde pisar, de modo que avanzó con mucho cuidado de roca en roca en dirección al búho, un búho que sabía que no podía ser real. Pero, a medida que se acercaba, danzando sobre la superficie de las rocas, vio lo que era el búho en realidad. Los colores de las plumas del pecho del ave estaban moteados, pero no era un patrón que tuviese en las plumas, sino más bien vetas de madera. Los ojos eran nudos de madera esculpidos con minuciosidad, y las orejas que se alzaban desde su cabeza eran hojas oscuras y marchitas.

Empezó a acercarse más despacio.

«No lo asustes.»

La sola idea era una locura, ya que era ella quien lo había creado.

Maddie extendió ambas manos, como si intentase tranquilizar a un caballo asustado o se dispusiera a entablar el primer contacto con una especie alienígena.

El búho la miró. Giró la cabeza y emitió un crujido estremecedor, el sonido de un árbol antiguo al agitarse con la brisa invernal.

—Yo… —empezó a decir, pero no le salieron más palabras. ¿Qué iba a decir? «¿Eres real? ¿Te creé yo? ¿Puedes volar?»

«¿Estoy soñando?

»¿Estoy muerta?»

El ave abrió las alas y se sacudió un poco, de la misma manera que un perro agita su pelaje. Después pareció tranquilizarse y envolverse a sí mismo con las alas. Las «plumas» estaban dispuestas unas sobre otras y eran tentadoramente delicadas. Tenían una textura refinada que parecía tallada, tal vez con un cúter, lo que habría sido una tarea ardua y minuciosa. Sintió un acceso de orgullo ante semejante hazaña.

«Lo he hecho yo. Yo te creé. Y eres maravilloso.»

El búho bajó la cabeza. Después repitió el gesto, como si Maddie no lo hubiera entendido. Y, en ese momento, ella comprendió que cabeceaba en dirección a la piedra contigua, donde Maddie había visto un pequeño túmulo de piedras: una roca más grande y del

tamaño de una pelota de béisbol. Y junto a ella, dos piedras más planas. Su padre habría dicho que eran de las buenas, de las que rebotan muchas veces sobre la superficie de un lago.

El búho saltó a otra de las rocas mientras Maddie miraba las piedras, impulsándose con una de sus garras…

Y luego tiró las piedras lisas, que repiquetearon antes de caer al suelo.

Después el ave volvió a bajar la cabeza. Casi con impaciencia. Como si estuviese diciendo: «Presta atención a lo que trato de enseñarte».

—¿Quieres…? ¿Quieres que las coja?

El ave la miró con sus ojos de madera. Implacable. En plan: «Claro, tonta». Y luego ululó: «Uh, uh». En su voz resonaba el chasquido de las ramitas al romperse y el susurro de las ramas de los árboles agitadas por un viento fuerte.

—Vale. Tranquilo —le dijo a su creación—. Veamos qué quieres.

Maddie aventuró un vistazo rápido a Fig. No la miraba. Bien. Aunque también ansiaba que alguien la viese, que le dijese que todo aquello estaba pasando en realidad.

Respiró hondo, con la esperanza de que el búho no le clavase sus afiladas garras de madera en la nuca mientras se abría paso en dirección a las rocas. Después avanzó con cautela y se inclinó. Cogió las piedras, que repiquetearon como un par de dados. El tacto le resultaba agradable. Correcto. Como si tuviesen un propósito que ella aún no había sido capaz de descubrir.

Después vio algo bajo ellas.

El espacio que había entre las rocas era más amplio que en ninguna otra parte, y se percató de que había una huella de zapato. No, de bota. Parecida a la bota de su marido.

—Nate —dijo, con una voz que empezaba a quebrarse.

Había estado en el roquedal.

«Aquí está.»

Empezó a echar un vistazo por la zona en busca de más pisadas como esa. Las rocas parecían más separadas que en el resto del lugar. Se inclinó, apoyada en ellas, prestando atención para no caerse mientras se agachaba para examinar el suelo…

—Dios mío —dijo.

Otra huella.

Esa era más plana, como de una zapatilla.

En el centro, se distinguía el logotipo de Nike.

«Jed.»

Estuvieron allí. Nate no estaba solo. Lo acompañaba Jed. Su vecino les había mentido.

—Ese cabrón —dijo ella en voz alta mientras se levantaba.

Un batir de alas y el estruendo de las ramas al romperse…

El búho, su búho, desapareció en ese instante.

Maddie alzó la vista al cielo matutino y no vio ni rastro de él.

Aquello era un problema para la Maddie del futuro. Entonces se dirigió hacia Fig y le dijo que había encontrado las huellas. Después se guardó las piedras en el bolsillo, porque tuvo la sensación de que le habían dado buena suerte, vaya que sí.

Fig echó un vistazo alrededor, con la cara arrugada y un gesto de frustración.

—No puedo creer que hayan cruzado el roquedal.

—Jed lo trajo hasta aquí. Por alguna razón…

—¿Cómo has encontrado las huellas? —preguntó él.

«Me lo dijo un pajarito.»

—Me dio por mirar ahí —respondió Maddie—. Me pareció que este lugar tenía… algo diferente. Me dio la impresión de que Nate habría querido investigarlo.

—Pues has acertado, Maddie. Digamos… digamos que tienes el instinto policial de tu marido. Esperaré aquí. Avisaré a la policía estatal para que saquen moldes de las huellas y peinaremos la zona para ver si encontramos más pruebas.

—¿Y Jed?

—Después tendremos una charla con él.

—Una charla.

Seguro que Fig se había percatado de la cautela de su voz.

—Lo cogerán, Maddie. No te preocupes. Tendrá que pasar un buen rato en una estancia llena de inspectores.

—¿Y yo qué hago mientras tanto?

—Ya has hecho lo que tenías que hacer. Se acabó. Lo has conseguido. Creo que lo mejor sería que… volvieses a casa y desayunases, que buena falta te hace. Relájate un poco, échate una siesta… Sé que no está bien decirle a una mujer que no tiene buen aspecto, pero…

—Puedes decir que estoy hecha unos zorros, Fig.

Él emitió una sonrisilla.

—Vuelve a casa. Y gracias.

—No, gracias a ti. Por creerme. Si encontramos a Nate…

—Cuando… cuando lo encontremos, Maddie.

—Sí. Te estará muy agradecido.

—Él habría hecho lo mismo por mí.

Lejos de aclarar los sentimientos de Maddie, el descubrimiento de las huellas los había complicado aún más. La esperanza titiló como una estrella en la inmensa lejanía. Por una parte, era una pista. Y eso bien podía significar que iban a encontrar a Nate y descubrir la verdad sobre su desaparición. Pero por otra parte era una señal de que había ocurrido algo horrible, de que Jed le había mentido…, lo que significaba que no cabía duda de que le había hecho algo a Nate, o bien de manera accidental, o bien de manera intencionada, guiado por la maldad en estado puro. Y eso hacía que sintiera algo diferente:

Rabia. Verdadera rabia.

Jed les había mentido.

Maddie había confiado en él. Nate había confiado en él.

Caminó entre los árboles en dirección a la carretera, de regreso a casa. Y luego vio la casa de Jed, su chalé, la mansión del escritor.

Maddie sabía que los policías no tardarían en llegar para interrogarlo.

Pero allí estaba, con los pies clavados en el asfalto. Sintió la brisa, y las hojas flotaron por entre sus pies como si fueran cangrejos que se escabullesen lejos de ella. Maddie fue incapaz de controlar sus pasos para que la llevasen de camino a casa.

Cerró los puños con tanta fuerza que se le clavaron las uñas en las palmas de las manos, encallecidas por el trabajo. Notó unas punzadas de dolor intenso que la sacaron del ensimismamiento. Lejos de

aplacarse, la rabia creció más y más. Se apoderó de ella.

Empezó a caminar en dirección a la casa de Jed y llamó a la puerta.

52

La casa de la entropía

El coche de Jed había desaparecido, y la puerta de su casa estaba entreabierta. Maddie volvió a hacer una pausa, sin dejar de preguntarse: «¿De verdad está bien lo que voy a hacer?». Sabía la respuesta, igual que alguien que sabe que está llevando a cabo un acto problemático y dañino, como comer demasiado, beber demasiado o conducir muy rápido. Aun así, preparó una excusa para esa pregunta: «Lo necesito». Y «quiero hacerlo». Y «Voy a hacerlo de todos modos, porque es lo que tengo que hacer».

La puerta se abrió de par en par, pese a que apenas la había empujado.

El interior parecía la morada de alguien con síndrome de Diógenes pero que hasta no hacía mucho tiempo había vivido manteniendo un orden. O tal vez aquel desbarajuste lo hubiera provocado una familia de puñeteros mapaches. Las moscas zumbaban por entre las cajas abiertas de pizza y de comida china para llevar, algunas de las cuales aún tenían restos de los que brotaba un olor nauseabundo a pie ulcerado. También había libros desperdigados por el suelo, como si los hubiesen tirado de las estanterías en un acceso de rabia. Lo único que estaba impoluto, al parecer, eran los marcos de las fotos, fotos de una mujer muy guapa con una adolescente cuyos ojos brillaban con entusiasmo, llenos del arrobo y de la inteligencia de Jed Homackie.

Una joven que ahora Maddie sabía que estaba muerta.

Igual que su marido.

Una vocecilla le recordó:

«No sabes si Jed tiene la culpa. No sabes si Nate está muerto».

Y otra voz repuso:

«Claro que está muerto, Maddie. Joder. Y sabemos que Jed nos

mintió, ¿verdad, mi tesoro?».

—¿Jed? —gritó, con rabia renovada.

No recibió respuesta.

El hecho de que no estuviese en casa borró su alegría de un plumazo. Quería que estuviese allí. Para enfrentarse a él. Para gritarle, incluso.

«Para golpearlo en la cabeza con lo primero que tuviera a mano y matarlo», apostilló una voz más lúgubre.

—Mierda —dijo.

Decidió echar un vistazo por la casa, enfadada y con más energías que antes.

He aquí la verdad sobre las casas. Se convertían en casas cuando alguien vivía allí, y más aún cuando vivían varias personas, como si cada vida añadiese cierta textura, a veces invisibles, capa tras capa. Era algo que se apreciaba en el olor de una casa: el olor a la comida de las cenas en familia, la peste de los cigarrillos en la pared, el hedor corporal fétido y viciado del cuarto de un adolescente. Todo estaba allí, en las marcas, en los arañazos, en la abolladura en el yeso de alguien que había pegado un puñetazo, en las melladuras maravillosas y entrañables que había en el cuarto de juegos de un niño, en las marcas de las garras de las mascotas al arañar el suelo de madera. Una casa no era solo un lugar. Una casa tenía alma. Vivía muchas vidas, tenía muchos fantasmas. Tal vez fueran fantasmas felices. O tal vez fueran tristes. Tal vez una casa estaba llena de risas. O húmeda a causa de la sangre y de las lágrimas.

Esa casa no era un hogar.

Era un caos. Estaba llena de cosas. La construcción era bastante nueva y no parecía que hubiesen vivido mucho en ella. Era un lugar sin colonizar, prestado y que había pasado de unas manos a otras en lugar de haber sido habitado. Y mientras Maddie lo recorría, fue contando las habitaciones que parecían no haberse usado jamás. De los cuatro dormitorios del piso de arriba, dos estaban vacíos y llenos de polvo y con telarañas por las esquinas. Una habitación estaba llena de cosas: de cajas y más cajas, ropa en bolsas que colgaban de los estantes, un traje de boda, una caja de música, una bolsa de basura

medio abierta en la que se apreciaban animales de peluche rebosando de los bordes. Se le ocurrió pensar:

«Son las pertenencias de su esposa y de su hija».

Eran, mejor dicho.

Se vio superada por la empatía durante unos instantes. ¿Perder a un hijo? ¿Y que encima fuera por culpa tuya? No conseguía imaginárselo. La destrozaría y dejaría un cráter donde antes estaba su corazón. Estaba claro que también había afectado a Jed.

Pero Maddie también sabía que nunca le haría un daño así a Oliver. Ella lo tenía todo bajo control. Tenía su vida atada en corto. Había conseguido superar los errores de su juventud y la ansiedad que le habían provocado.

(Otra de esas voces envenenadas: o eso crees tú, Maddie.)

Uno de los dos baños del piso de arriba estaba vacío a excepción del polvo, las arañas y un ciempiés que acechaba en la ducha. El otro baño, aquel en el que ella se encontraba, era el del dormitorio principal. Ambas estancias eran un caos puro, desordenado y sucio. Había muestras de rabia y de locura por todas partes: sábanas enmarañadas con el edredón y tiradas en el suelo; un espejo astillado; un escritorio en una esquina cubierto de notas y de hojas arrugadas, con un cuadrado sin polvo donde seguramente se hubiera emplazado un ordenador portátil. Los cajones del armario estaban todos abiertos y vacíos. También había un vestidor con la luz encendida y perchas donde antes colgaban cosas que ahora estaban tiradas por el suelo y sobre el colchón.

Debajo de la cama había una pequeña caja fuerte con cerradura de huella digital que habían sacado de allí.

También estaba abierta y vacía.

«Se ha ido.»

Jed le había arrebatado a Maddie la oportunidad de enfrentarse a él. No estaba allí. Jed había hecho las maletas, con prisa y sin cuidado alguno, para luego abandonar el lugar.

—¡Joder! —les dijo a las arañas, a los ciempiés.

¿Cuándo se había ido? ¿Cuánto tiempo hacía?

¿Acababa de perderlo para siempre?

«Joder, joder, joder.»

Volvió a bajar las escaleras y vio una caja de pizza cerrada. Y, encima, dos cosas: un bolígrafo y un teléfono inalámbrico.

Hoy en día, la gente suele usar los teléfonos móviles para llamar. Nate y ella ni siquiera tenían teléfono fijo. Pero Jed era mayor. Por lo general, las personas mayores se sienten más seguras con el teléfono fijo. Y eso significaba que quizá lo hubiera usado antes de marcharse.

¿Para llamar a quién?

Maddie descolgó el teléfono e intentó marcar el código de rellamada que se usaba antes, sin tener muy claro si iba a funcionar…

No funcionó. No porque ya no existiese el servicio, sino porque el teléfono estaba apagado. Se había quedado sin batería.

Lo dejó sobre la encimera. No tenía tiempo para ponerlo a cargar. Supuso que la policía no tardaría en llegar, y como la pillasen en la casa…

«Deberías irte, Maddie.»

El bolígrafo. Uno de punta retráctil.

Pasó el pulgar por la superficie de la caja de pizza y lo encontró, como si fuese un mensaje en Braille: la marca de algo. Escrito a mano.

Un número.

Maddie echó un vistazo por la habitación hasta que encontró la factura grapada a la caja de pizza. La cogió y la apretó contra las marcas en el cartón.

Después empezó a pintarrajear el papel sobre las marcas con el bolígrafo, hasta que apareció poco a poco el número de teléfono.

Se lo guardó en el bolsillo y salió de allí a toda prisa en dirección a su casa.

53

La gravedad de la culpa y la venganza

Maddie estaba en la autopista antes incluso de darse cuenta, como si se hubiese visto atraída hacia aquel viaje sin posibilidad alguna de evitarlo.

Tenía que recorrer la 476 durante una hora para llegar hasta la 80, la interestatal que dividía en dos el estado de Pensilvania, como una grieta abierta en la pared de un sótano. Antes de seguir en dirección oeste, Maddie hizo alto en el aparcamiento de un McDonald's para mandarle un mensaje a su hijo.

«Olly, me voy de viaje.»

Esperó. Se quedó mirando el teléfono. Nada.

Después: tres puntos.

Apareció la burbuja con la respuesta:

«Vale».

Eso no era propio de él. Era un mensaje seco. Demasiado seco. Sabía que Oliver estaba mal por la desaparición de Nate, y acababa de reparar en la poquísima atención que había prestado a su hijo y a su dolor. Maddie estaba tan perdida como él, pero no había compartido su dolor, no le había asegurado que no estaba solo, no se había ofrecido a ayudarle en su empeño de encontrar a su padre. ¡Joder!

Le respondió con otro mensaje:

«¿Estás bien?».

Él:

«Sí, pero estoy ocupado».

Ella:

«Mira, Olly. Siento no haber estado ahí cuando más me necesitabas. Me he centrado demasiado en encontrar a tu padre. Todo irá mejor cuando vuelva».

Pasó un rato. Treinta segundos. Un minuto. Cinco minutos.

¿Era así como se sentían los niños cuando sus amigos o sus novios o lo que fuese no les respondían de inmediato? ¿Ese acceso de preocupación e impaciencia? Tuvo uno de esos arrebatos de madre y pensó: «Estos cacharros son el demonio», pero luego recordó su época del instituto y cómo se pasaba las horas mirando el teléfono inalámbrico en la mesilla de noche, a la espera de que la llamase algún chico o algún novio. Tal vez aquello tan solo formase parte de la naturaleza de la comunicación humana.

«Nos necesitamos más de lo que creemos.»

Gruñó y estuvo a punto de volver a escribir, pero después volvió a ver los tres puntos…

Él:

«Tranquila. Solo estoy ocupado».

Él:

«Nos vemos cuando vuelvas».

Ella respondió con el emoji de un corazón.

Él no respondió más.

Joder, joder, joder.

Maddie quería prolongar aquella conversación, decirle que se lo iba a compensar, que ella también echaba de menos a Nate, que estaba preocupada…, tan preocupada que sentía cómo la preocupación la consumía por dentro hasta dejarla hecha papilla. Y ahora tenía miedo de perder a Oliver, y aquella situación la volvía loca.

Pero era lo que había. Guardó el teléfono y salió del coche. Le quedaba una última comprobación: la versión violenta y vengativa de cerciorarse de que no había dejado el fuego encendido en casa. Abrió la cremallera de la maleta que tenía en el asiento trasero y se aseguró de que no se había olvidado de la pistola que había cogido del armero de Nate.

54

De estrellas a piedras

—Apaga ese teléfono —le dijo Jake a Olly.

—Perdón. Mi madre se va… de viaje. Así, de buenas a primeras… No sé.

Por un momento, sintió una rabia irracional hacia Maddie. Oliver no era capaz de ver su dolor como veía el de los demás, aunque podía imaginárselo. En aquel instante era algo que no dejaba de agitarse y retorcerse. Seguramente su madre no mereciera esa animadversión, pero él no podía evitar sentir lo que sentía. Además, Maddie tenía razón. No había estado ahí cuando más la necesitaba, no de verdad. Y luego Oliver empezó a sentirse mal y a preguntarse si acaso él había estado ahí cuando ella más lo necesitaba. Y después se le pasó por la cabeza un pensamiento muy estúpido: «Ser humano es estúpido, porque ser humano es dificilísimo». Retomó la concentración justo cuando Jake chasqueaba los dedos frente a él.

—Estábamos tratando de rescatar a tu padre, ¿recuerdas?

—Perdón.

—Haz el favor de centrarte, joder. Eso es una intromisión. Una distracción. ¿Vale?

Oliver asintió.

Después, los dos se sentaron en el suelo de la caravana de Jake.

El libro de los accidentes estaba abierto entre ellos, por una página. La entrada que estaba escrita en la parte superior decía:

> Se ha encontrado a O'Grady muerto al fondo del quinto piso, túnel ocho. En la veta Muldoon. Le habían cortado el cuello.

Pero luego las palabras empezaron a temblar.

—¡Que te concentres! —dijo Jake.

—Sí.

Oliver hizo lo que le acababa de pedir. Se concentró en las palabras.

McClellan se ha vuelto loco
Habla con las paredes
El túnel ocho se ha derrumbado
Posner dice que ha visto algo ahí abajo
un animal parecido a un «cangrejo gigante»
Se ha encontrado un cuchillo ensangrentado entre el equipo de Posner, envuelto en tela
Posner mató a O'Grady
Se va a cerrar Ramble Rocks de manera indefinida

Y luego las palabras empezaron a vibrar, como las alas de las abejas en una colmena. Hasta sintió el sonido en la parte de atrás de la oreja; se le metía en el occipital, en la base del cuello: «bbbzzzzzzzzzzzz». El libro se volvió más nítido que el resto de la estancia, que pasó a convertirse en un borrón mantecoso. Le dio la impresión de que se alzaba mientras todo lo demás caía a su alrededor.

Jake susurró:

—Funciona.

Y estaba funcionando. Oliver lo sintió. Volvió a notar esa sensación de estar en plena caída.

El vacío se alzó a su alrededor. Unas estrellas rotas titilaron con luz intermitente en aquel hematoma infinito. Y luego vio que no estaba solo. Jake estaba allí con él, en alguna parte. Y también algo más, que se movía por los márgenes como un tiburón que nadase hasta desaparecer tras un arrecife.

Después, las estrellas empezaron a moverse de repente.

«¿Seré yo quien se está moviendo?»

Oliver no lo sabía a ciencia cierta, solo sabía que las estrellas cada vez estaban más cerca, lo que significaba que eran ellas las que se movían hacia él, no él hacia ellas, porque si fuese él quien se moviera, algunas estarían más cerca y otras más lejos, ¿no? ¿Funcionarían las cosas con normalidad en aquel lugar?

El vacío empezó a moverse y a brillar. Las estrellas relucían cada vez más. Y, a medida que se acercaban, Oliver veía con mayor nitidez

cómo se resquebrajaban: la luz brotaba a través de las grietas, en ángulos absurdos e improbables, como si brotase a través de un prisma quebrado. La luz le hacía daño en los ojos y lo mareaba. Reparó en que tenía la garganta llena de algo húmedo, de algo que sabía a sangre…

Las estrellas se convirtieron en piedras. Guijarros. Rocas como las de Ramble Rocks. No, no las mismas, pero sí exactamente iguales, una piedra junto a la otra, pero estas eran diferentes porque, al igual que las estrellas, estaban resquebrajadas. Partidas en dos. La oscuridad relucía en esas grietas irregulares. Se movían y temblaban como las palabras de la página y…

Un susurro se abrió paso en el vacío. No había sido Jake. Procedía de alguna otra parte. Lo había pronunciado algo diferente. Alguien diferente.

(¿El libro?)

«Rompe la rueda. Rehaz la rueda.»

En el centro de todo, se alzó una nueva piedra. Esta no se parecía en nada a las demás. Era lisa y tenía forma de mesa, casi de yunque. Vio a Jake al otro lado de ella, con los brazos extendidos y a punto de tocarla. Oliver también la tocó y sintió las muescas frías que había en ella, desgastadas como si no las hubieran hecho herramientas humanas, sino la erosión sostenida del agua

(sangre)

y tiempo.

Pasó los dedos por las muescas hasta llegar al centro de la mesa, que tenía un agujero que la atravesaba.

Al tocarlo, el mundo se contrajo en un destello. Vio algo allí, que latía blanco: un atisbo de su padre abierto de piernas sobre la roca, un enorme agujero succionador en el centro de su pecho, la sangre de su corazón que latía en contracciones espasmódicas, como un batido que se derrama por el borde del vaso de una batidora rota. Los labios de su padre estaban violáceos. Tenía los ojos tan inyectados en sangre que la esclerótica era del todo roja en lugar de blanca. Intentó decir algo: «Oliver», pero el nombre quedó interrumpido por un eructo sanguinolento, y luego la sangre se derramó hasta su cuerpo por las

grietas erosionadas, ocho grietas parecidas a las patas de una araña. La luz desapareció de la mirada de su padre y…

Oliver gritó. Se apartó de la roca. Contrajo el cuerpo y se dobló sobre sí mismo, en sentido figurado al principio, pero luego literal, y entonces se sintió como una galaxia al explotar, como una supernova al revés. El grito resonó y le llegó el eco, que despellejó el vacío y redujo a polvo las rocas. Y luego Oliver oyó que Jake pronunciaba su nombre, cada vez más lejos…

55

Eyección o muerte

Sintió como si un caballo desbocado acabara de lanzarlo al suelo. Oliver cayó hacia atrás, e hizo valer el impulso para arrastrarse como un cangrejo mientras se alejaba, agitó los brazos y las piernas para no caer.

Notó sabor a sangre en la boca. Cerró los ojos durante un momento y deseó no haberlo hecho, ya que detrás de los párpados vio a su padre echado sobre esa mesa, muerto encima de ella, con el pecho abierto. Y toda esa sangre…

Jake estaba en pie y se tambaleaba en dirección a Oliver. Le ofreció la mano.

—No —dijo Olly, que la rechazó—. No… Aún no. Solo necesito… Solo necesito sentarme.

Jake asintió y se volvió a sentar.

—No veas qué movida —dijo Jake.

—Sí. Ya te digo. —Tragó saliva y fue como si acabase de intentar tragar un puñado de pinocha reseca y marchita—. Mi padre…

—Está muerto, Olly. Siento decirlo, pero ha fallecido.

—Eso no lo sabes… Podría ser otro Nate…, o tan solo una visión.

—El libro siempre muestra la verdad, Olly. Lo sientes, ¿verdad? Tu papaíto ha muerto.

—No puedo… No puedo hacerlo —dijo Oliver de repente, y se incorporó.

Miró a Jake y, por un momento, le dio la impresión de haber visto algo, algo que se movía en el interior de su ojo izquierdo. Una sombra. Como una anguila que agitase la cola a través del mar revuelto. Intentó ignorar la visión. No tenía sentido, ¿verdad? Se tambaleó hasta el rincón de la estancia y le sobrevinieron arcadas. No tenía

nada que vomitar, ya que apenas había probado bocado en los últimos días. Un hilillo de bilis se le derramó por los labios y quedó allí colgando.

—Oliver, tenemos que ir allí —insistió Jake—. Tenemos que ir a Ramble Rocks. Al lugar donde acabamos de ver morir a tu padre, tío. Solo para comprobarlo.

—No —espetó Oliver. Se enjugó el mentón y se tambaleó en dirección a la puerta de la caravana—. Tengo que volver a casa. No puedo ir ahora.

—Precisamente ahora es cuando tenemos que ir.

Jake lo dijo a través de los dientes apretados. Oliver notó la premura en la voz. Era una súplica, pero debajo de ella había un río subterráneo que arrastraba algo más: rabia. Era incapaz de verla. La rabia y el miedo de Jake eran todo un misterio para él, pero no le cabía la menor duda de que estaban ahí. ¿Por qué estaba enfadado con él? ¿A qué venía tanta impaciencia?

Oliver no podía enfrentarse a algo así. No tenía manera. Tan solo pudo abrirse paso hasta la puerta delantera y marcharse. Jake gritó una y otra vez detrás de él, pero Oliver siguió caminando, triste y mareado, descorazonado y con el estómago revuelto. Sin dejar de pensar en su padre, muerto sobre aquella roca.

56

Escatón

Qué cerca.

Qué cerca había estado, joder.

Jake rugió. Le dio una patada a la mesilla. Agitó los brazos por los aires, sacó el cuchillo que guardaba en el Lugar Intermedio y apuñaló el sillón una y otra y otra vez, hasta que empezó a sacarle pedazos de espuma.

El libro de los accidentes, que seguía en el suelo, murmuró y se agitó con un latido de resentimiento y decepción.

Le había dicho lo que tenía que hacer.

Y había tenido razón durante todo ese tiempo.

Siempre tenía razón.

Hizo desaparecer el cuchillo y salió a la oscuridad. Oliver le llevaba varios minutos de ventaja, pero lo encontraría. Y luego…

Arrastraría este mundo hacia su final.

57

La caza

Era tarde, casi medianoche. La bicicleta seguía retorcida, por lo que Oliver tuvo que volver a casa a pie.

Estaba cansado. Solo quería tumbarse y dormir durante todo el tiempo que pudiera. No lograba quitarse de la cabeza la imagen de su padre muerto sobre esa roca. Temía que dormir solo le sirviese para revivir la pesadilla, pero lo cierto era que la veía cada vez que cerraba los ojos, por lo que lo mejor que podía hacer era irse a la cama con la esperanza de dormir y no soñar. De tener un respiro. Su padre muriendo en esa roca… ¿Había sido real? ¿Era cierto? ¿Podría haberlo engañado la magia del libro? Por un momento, pensó en salir de la carretera y perderse por el parque, encontrar aquel roquedal, buscar la piedra que tenía forma de mesa. Pero no lo hizo.

«No caigas.»

Pero otra voz le suplicó:

«No puedo hacerlo. No puedo soportarlo.

»Vuelve a casa.

»Duerme un poco».

¿Cuánto había dormido? ¿Cuánto había comido? Demasiado poco.

De camino a casa, Oliver estaba tan sumido en sus pensamientos que no vio quién lo seguía desde las profundidades de esa oscuridad infinita.

58

El resort

Cuando Maddie llegó a Barn Fox Lodge ya era de madrugada. De camino, pasó por varios lugares emblemáticos de la Pensiltucky rural (tiendas de cebos, mercadillos de antigüedades, campamentos privados, aparcamientos de caravanas…), pero el resort no era el ejemplo más ilustrativo de ese mundo. Era una superficie llena de cabañas en un terreno enorme, y Maddie lo vio desplegarse a su alrededor a pesar de la oscuridad, con toda su majestuosidad rústica pero moderna. Cerca del aparcamiento había carteles que indicaban cómo llegar al spa, a la pista de pickleball, a los establos o a la cafetería. No era un lugar recargado como algunos de los resorts que había en las montañas Poconos, donde tú y la pareja con la que te acababas de casar (o tu *escort*) podíais daros un baño de burbujas con esencia de rosas en una bañera de hidromasaje con la forma de un vaso de champán enorme.

No, ese lugar tenía categoría. Era un sitio muy caro.

Se acercó a la oficina principal, donde vio a un joven con un bigote retorcido y camisa de franela, y que de todas las cosas hípsters que podía llevar había elegido ponerse una pajarita. Maddie pagó la reserva con la tarjeta de crédito y cogió las llaves de una de las cabañas.

—Ah, tengo un amigo que se está hospedando por aquí —dijo, fingiendo que se trataba de un comentario casual—. Es escritor. Se llama Jed. Puede que se haya registrado como John Edward. De apellido Homackie. ¿Sabe en qué cabaña está? Me gustaría pasar a verle por la mañana.

Pero no consiguió engañar al joven.

—Lo siento. La política del centro nos impide dar información sobre

los huéspedes. Pero si dicha persona se encuentra por aquí, estaré encantado de hacerle llegar una nota suya si me la entrega.

—Se supone que sería una sorpresa.

—Podría enviarle un mensaje con el móvil para decirle que está aquí.

Ella forzó una sonrisa.

—Le repito que sería una sorpresa.

—Claro. Lo siento.

Maddie asintió.

—No pasa nada. Gracias por su ayuda.

—Le ha tocado la cabaña treinta y cuatro —dijo él.

—Perfecto. Que pase buena noche.

No le dijo ni un «y usted también». Capullo bigotudo.

Eso significaba que tendría que hacerlo por su cuenta. Lo primero que hizo fue sacar la maleta del Subaru y meterla en la cabaña. Apenas se permitió unos instantes para apreciar el brillo de aquel palacio de la comodidad definitiva. Una cama enorme y con dosel. Una alfombra de piel de oso polar. Una chimenea privada. Un baño con un cabezal de ducha doble y enorme detrás de un cristal esmerilado, y también una bañera de hidromasaje llena con los productos de belleza más exclusivos. Cuadros en las paredes. Una pequeña catarata que caía cerca de la gigantesca ventana trasera. Una segunda habitación a la que se llegaba tras subir por una escalera de caracol con escalones de madera. En un mundo mejor, se habría lanzado sobre la cama con los brazos en cruz y soltado un alarido fruto de la más intensa relajación.

Pero no se encontraba en ese mundo. No aquel día. La noche era larga, su marido había desaparecido, y el hombre que sabía lo que había ocurrido estaba allí.

Tenía trabajo que hacer, así que se puso a ello.

Jed tenía un SUV Lexus NX, y no tardó mucho en encontrarlo al fondo del aparcamiento, cerca de una serie de cabañas más grandes y mucho más lujosas. El problema era que esas cabañas estaban dispuestas de cinco en cinco, como los pétalos de una flor que rodeasen un patio central. Allí había una fuente que estaba sin

funcionar por el frío, pero adornada con luces de Navidad.

La impaciencia se apoderaba de ella, pero Maddie sabía que no podía ir por ahí echando abajo las puertas, ni mirando por las ventanas. Si la pillaban haciendo algo así, sería ella la que se buscase un problema.

No, tenía que hacer las cosas bien.

Ansiaba recluirse en el remanso de lujo que era su cabaña, pero sabía que su deber consistía en quedarse por allí. En el coche. Al frío. Dando sorbos a un café frío que había comprado en una gasolinera.

«Es como un turno de vigilancia», se dijo a sí misma.

Jed terminaría por salir. Y, cuando lo hiciese, iría a por él.

Pum. Pum. Pum.

Maddie se despertó con un grito ahogado detrás del volante del vehículo. Parpadeó. Veía borroso, pero la vista se le acostumbró de manera gradual al poco mientras trataba de descubrir qué había originado ese ruido.

«¡Joder! ¡Me he quedado frita!»

Pum. Pum. Pum.

Notó una sombra. Había alguien tras la ventanilla del asiento del conductor. Se giró para ver quién era y…

Era él.

Era Jed.

La miraba desde el otro lado del cristal, con una ceja arqueada en gesto inquisitivo e incluso siniestro. Después alzó algo. Una pistola. No una normal, sino el revólver que Maddie había llevado, el que tenía en la maleta. Jed le dedicó una sonrisa que era toda dientes, dientes blancos («carillas dentales», pensó sin venir a cuento). Y luego Jed acercó el cañón al cristal mientras ella se arrastraba a toda prisa hacia el asiento de pasajeros por encima de la tapicería…

Jed disparó el arma, y Maddie sintió cómo la bala le entraba por la nuca…

Bum.

Oyó el disparo, estruendoso en sus oídos, y se despertó de repente frente al volante del Subaru. Había empezado a amanecer, teñido de

ese gris propio del invierno (aunque solo era noviembre). Tenía los ojos legañosos. La boca seca. Y notaba un latido en la nuca, fruto del recuerdo de un balazo.

El sueño de un disparo, se dijo.

Al parecer, se había quedado dormida y…

El ruido. El disparo. De pronto reparó en que había sonado de verdad. Había sido real, un sonido que se había colado en sus sueños.

«La puerta de un coche al cerrarse.»

Y vio que justo frente a ella, alguien acababa de poner en marchar el SUV negro y se le habían encendido los faros traseros, que relucían como los ojos de un demonio mientras empezaba a dar marcha atrás muy despacio. El reflejo de la ventana le impidió ver quién lo conducía, pero Maddie sabía que tenía que ser él. El SUV salió del aparcamiento, y ella arrancó el coche y se dirigió hacia la carretera para seguir a Jed Homackie.

«Te pillé», pensó.

59

Otro camino

Oliver oyó cómo algo explotaba debajo de un neumático detrás de él, tal vez una nuez pecana. Estalló con un crujido, pero no vio la luz de ningún faro. Todo seguía a oscuras.

Se le aceleró el pulso. Más que percibirlo como algo concreto, se podría decir que lo había sentido. Algo iba mal. ¿Había alguien por ahí? ¿Acaso le seguían?

Se giró para mirar detrás de él.

Al principio no vio nada, pero luego…

Sus dudas se despejaron: había algo a lo lejos. Un relucir argénteo como el de la luz de la luna. Un reflejo sobre el metal. Un coche. Con los faros apagados.

—Joder —dijo, y una nube de aliento condensado brotó de su boca al pronunciar la palabra.

Después pasaron unos segundos: tic, tac, tic, tac… Mientras Oliver y el coche se miraban el uno al otro…

Después las ruedas empezaron a girar, chirriaron mientras el vehículo se abalanzaba contra él, y las luces destellaron como un par de bolas de fuego que rugiesen mientras zigzagueaban por la carretera.

Oliver gritó y trató de correr. Consiguió dar unos pocos pasos, pero resbaló con la gravilla suelta y trastabilló hacia delante. Detuvo la caída con las palmas de las manos; notó que le ardían. Después se impulsó con las piernas para levantarse y empezó a correr, pero…

El coche pasó junto a él a toda velocidad y se detuvo delante de repente. Oliver gritó mientras paraba su impulso otra vez con las manos sanguinolentas y doloridas, en esta ocasión contra la pintura plateada de un Mercedes.

La puerta del coche se abrió de repente. Y Graham Lyons salió del vehículo.

—Graham… —dijo Oliver.

Mientras, Lyons le propinaba un puñetazo en el vientre.

Oliver soltó un resoplido y se dobló sobre sí mismo.

—Te vi caminando por aquí, y pensé que por qué no iba a saludar a mi gran amigo Oliver Graves. Además, tenemos asuntos pendientes.

Y le vino a la mente el recuerdo de cuando Alex Amati lo había ahogado en un charco de la cuneta. Y le empezaron a temblar las rodillas, tanto que estuvo a punto de caer por el mero hecho de recordarlo. Pero también sintió algo más… Rabia.

—¿Ves esto? —dijo al tiempo que acercaba la mano derecha destrozada a la cara de Oliver—. Sigue así después de dos meses. No me he podido quitar el cabestrillo. Me operaron ayer. Pero ¿sabes qué pasó? Dijeron que no tenía mal solo un tendón, sino dos. El flexor y el tensor, o como coño se llamen. Y eso significa que se acabó. Me he quedado sin béisbol. Pasaré otra vez por el quirófano después de Acción de Gracias, y luego necesitaré tres meses de reposo. Además de la rehabilitación. Diciembre, enero y febrero. Con un poco de suerte, volveré a entrenar en marzo, pero me dicen que a lo mejor no recupero toda la movilidad hasta dentro de un año. ¡Un año!

Le dio otro puñetazo en el vientre.

Oliver reunió las fuerzas suficientes como para que ese puñetazo no le hiciera vomitar. Se sorbió las babas que comenzaban a colgarle del labio inferior.

—Qué mal —acertó a decir con apenas un hilillo de voz—. Supongo que ahora tendrás que estudiar de verdad si quieres entrar en la universidad.

Graham rugió, le dio la vuelta a Oliver con suma facilidad y lo empotró contra el Mercedes plateado. Le colocó la mano mala debajo de la mandíbula y lo agarró con tanta fuerza que sintió la presión en los dientes. Pero también sintió otra cosa: cómo la férula se le clavaba en la piel.

El dolor brotó en el interior de Graham: era una masa negra que se enroscaba y desenroscaba como si nunca llegase a relajarse. En aquel

momento, lo cubría casi por completo, como si se alimentase de sí misma, una infección emocional absurda que destacaba en la placa de Petri que era Graham Lyons. Hinchándose, creciendo, hasta que solo quedaban rabia y pesadumbre.

—Pedazo de mocoso cabrón —siseó Graham.

—¿Qué quieres de mí, Lyons? —espetó Oliver—. Esto es culpa tuya. Y creo que lo sabes. Y que lo odias.

El dolor que Graham Lyons albergaba en su fuero interno se estremeció al oírlo.

—¿Sabes lo que quiero de ti? —Graham agarró la mano de Oliver y luego empezó a doblarle el meñique y el anular, lo que hizo que una punzada de dolor le recorriese la mano, la muñeca y el brazo—. Quiero hacerte daño igual que me lo he hecho yo. Quiero que sepas lo que es este dolor. Puede que te rompa los tendones. Puede que te rompa… —En ese momento tiró con más fuerza de los dedos; Oliver no tuvo más remedio que proferir un alarido desgarrador—. Puede que rompa estos dedos como si fuesen poco más que lápices. A menos que tengas algo más que pueda arrebatarte. ¿Qué es lo que más quieres, Oliver Graves? ¿A tu papaíto? Ya no está entre nosotros, ¿verdad?

Mientras gritaba, Oliver alzó la rodilla hasta impactar con la entrepierna de Graham. Lyons aulló, y Oliver consiguió liberar la mano. Graham se dobló sobre sí mismo, y Oliver volvió a levantar la rodilla para golpear con fuerza la cara de Lyons. La nariz del chico reventó como una patata blanda. Oliver le dio un empujón.

Graham cayó al suelo, junto a la rueda de su coche.

Gimió entre jadeos.

Se le abrió la parka y se le levantó la camisa, lo que dejó al descubierto sus costillas.

La luz del interior del Mercedes iluminó un poco los moretones oscuros que tenía por el cuerpo, y también las cicatrices recientes. Al ver que Oliver lo miraba, Graham se bajó la camisa a toda prisa sobre las heridas, lo que sirvió para que Oliver confirmase lo que acababa de ver. El dolor de Graham volvió a retorcerse, como si evitase la luz, o como si se ocultase de la revelación que acababa de tener Oliver.

«Está vivo —pensó Oliver—. Su dolor está vivo.»

Estaba dentro de Graham.

Era una parte de él.

Una parte ajena a él, como un parásito. Una especie invasora.

«Podría…»

Un pensamiento vago e incompleto. Podría… ¿qué? La idea empezó a tomar forma en la cabeza de Oliver, pero no terminó ahí. Se quedó colgando como un gancho vacío en una pared. Se sintió obligado a dar un paso al frente, y entonces Graham se alejó un poco y dijo:

—Lárgate.

«Me tiene miedo.»

Oliver dio otro paso.

—Lo siento —se disculpó Oliver.

Le tendió la mano.

Graham se la miró, como si fuese un pedazo de caca de perro. Pero Oliver, en vez de retirarla, la agitó impaciente, como si dijese: «Déjate de tonterías y coge la mano».

El otro chico puso los ojos en blanco y dijo.

—Vale.

Y luego extendió la mano y cogió la de Oliver. Y mientras Oliver levantaba a Graham…

El dolor de Graham Lyons volvió a retroceder. Era como si ese dolor estuviese vivo y herido… Ni que decir tiene que aquella circunstancia sorprendió a Oliver. ¿Causarle dolor al dolor? ¿Acaso se podía hacer algo así? ¿Cómo? Qué locura.

El otro chico se puso en pie, pero Oliver no lo soltó.

—Siento lo de tu dedo —dijo Oliver. El dolor se iluminó, de algo oscuro a algo reluciente, como una descarga eléctrica—. Siento que te haya hecho plantearte quién eres y para qué vales.

—No sabes de qué coño hablas…

El dolor volvió a estremecerse, a agitarse.

—Siento que estés mal y que alguien te haya hecho daño, pero eso no tiene por qué definirte, Graham.

—Que te den, Oliver. —Pero Graham no se apartó. En vez de eso, aflojó un poco el agarre de la mano. Se le hundieron las rodillas, como

si estuviese a punto de caer. La materia viscosa que había en su interior se contrajo y comenzó a latir—. No sabes nada.

—Sí que lo sé —aseguró Oliver, y no era mentira.

No estaba seguro de cómo había llegado a saberlo. Acaso fuera por estar tan agotado, por haber llegado al límite. Acaso fuera por esa visión de su padre en la mesa de piedra. O acaso el libro hubiese despertado algo en su interior, para bien o para mal.

Pero de repente comprendió cosas de una manera en la que no las había comprendido antes.

Oliver soltó a Graham.

Y luego extendió la mano hacia su interior.

O, al menos, eso fue lo que le pareció. Sintió cómo agarraba algo, algo que intentaba zafarse de su agarre. Era el dolor de dentro de Graham, la tristeza, el miedo, que aulló como un conejo bajo las garras de un gato…

Oliver sintió que su vista se giraba hacia el interior de su cráneo, que el espacio que se interponía entre ellos, sobre su nariz, se veía afectado de repente por una presión enorme, como si estuviese tumbado en la cama y alguien acabase de colocarle ahí una mesa entera en equilibrio sobre una pata. Sintió como si tuviese algo de hormigón contra la nariz, como si hubiese un puño que presionara la parte delantera de su cerebro, una corriente de sentimientos horribles que fluyera sin parar. Sintió el latigazo de un cinto en un costado y recordó que alguien le había tirado una bola rápida con tanta fuerza que le había astillado el hueso de la cadera. Recordó cómo había llorado en una almohada que no era suya, en un dormitorio que no era el suyo, en una casa que no era la suya. Oyó insultos y acusaciones resonando en sus oídos:

«Bujarrón, maricón, mierdecilla, deja de llorar, no le quites el ojo de encima a la pelota, eres tonto, eres lento, eres retrasado, eres una decepción, Graham, eso es lo que eres, una gran decepción, has echado a perder mi legado.

»No eres un ganador.

»Eres un perdedor.

»¡Perdedor!

»PERDEDOR».

Oliver sintió que la mano le ardía como si estuviese en llamas, y gritó mientras el puño se cerraba sobre esa cosa que se escabullía como una anguila.

Oliver apretó…

La cosa empezó a hincharse y a estirarse…

Graham gritó.

La cosa negra como la tinta estalló, húmeda y viscosa…

Y luego desapareció. Todo. No quedó nada. Al menos, no en el plano físico. Graham se tambaleó hacia atrás y volvió a caer al suelo. Oliver también estuvo a punto de caer, pero se apoyó en el coche y el espejo retrovisor. Soltó un grito ahogado mientras le caía el sudor, mientras lo empapaba. Después se dio la vuelta y vomitó. Y entonces sí que salió algo, un chorro de materia oscura, un líquido aceitoso.

Reinó el silencio durante un rato. Solo se oía el viento soplar entre las ramas vacías de los árboles en invierno, un susurro que crujía como el papel. Oliver se enjugó la boca. No logró deshacerse del sabor a vómito, pero también notó sabor a sangre. Y a enfermedad.

—Graham —gimió mientras se ponía en pie.

Graham estaba tumbado bocarriba. Tenía la mirada perdida y la boca abierta. Parecía hallarse en estado febril. Quedaba dolor en su interior, pero era pequeño. Manejable. Algo ínfimo, como el de la mayoría de la gente

(como una pelota de béisbol)

en su centro.

Oliver no le quitaba ojo. Quiso decir algo, pero se había quedado sin palabras. Los pensamientos se amontonaban en su cabeza.

«Lo he matado. Lo he matado. Lo he matado.»

Y luego Graham recuperó el aliento y se abalanzó hacia delante. Emitió un ruido agudo como si cogiese mucho aire, un aullido que hizo que Oliver se pusiese tenso.

Después echó un vistazo alrededor y terminó por mirar a Oliver.

—Hola —dijo Graham, con un hilillo de voz y mirada aturdida.

—Hola.

El silencio se apoderó de la situación.

—Acaba de pasar algo raro —dijo Graham.

—Sí. —Oliver tosió un poco—. ¿Estás…? ¿Estás bien?

—Me siento… Me siento muy bien, la verdad.

—¿Sí?

—Sí. Sí. Me siento… —Dio la impresión de que Graham intentaba encontrar las palabras adecuadas—. Más ligero, en cierto modo. Limpio. —Otra pausa—. En calma.

—Ah. Qué bien.

Graham gruñó mientras se ponía en pie. Oliver volvió a ayudarle, pero en esta ocasión no extendió la otra mano para tocar la frente del chico. Graham le dio las gracias y luego dijo:

—¿Quieres que te lleve?

—Que me lleves.

—Sí. A tu casa o algo. A tu casa, sí.

—C-claro.

Graham, aún aturdido, dijo:

—Sube.

—Siento mucho lo de tu padre —dijo Graham mientras se detenía junto a la entrada de la casa de Oliver. Había sido un viaje corto, de solo cinco minutos, y la verdad era que apenas habían cruzado palabra. Graham se había limitado a mirar la carretera casi todo el rato, y Oliver se había dedicado a mirar… a Graham. Y después, eso.

—No te preocupes.

—No. Sí que me preocupo. Sabía que tu padre había desaparecido, y no fui capaz de portarme bien contigo ni cinco minutos. Y luego te dije algo horrible, como si me gustase hacerte daño. Dios, qué mierda. ¿Qué me pasaba?

Dejó el coche junto a la puerta y no apagó el motor.

—Todos tenemos nuestros problemas —aseguró Oliver.

—Sí, pero esto era diferente.

«Un dolor que parecía un parásito. Un dolor que alguien le había dejado en su interior.»

Oliver decidió arriesgarse y dijo:

—Yo también lo siento por lo de tu padre. No creo que se haya portado muy bien contigo, Graham.

—Ya… Sí. —Graham tocó el volante con el índice y el pulgar, con gesto ausente y como si tocase un tambor—. Mi padre no es buena persona. Y creo que siempre lo he sabido, pero también creo que trataba de convencerme de lo contrario, de que era una especie de héroe. La verdad es que creo que el fracasado es él, que no ha conseguido estar a la altura de lo que esperaba de sí mismo. O tal vez de lo que mi abuelo esperaba de él. Y ahora carga sobre mí todo ese lastre, esa presión. Porque le resulta más fácil. ¿Tiene sentido? Dios, creo que sí que lo tiene. Estoy hablando demasiado. Me siento como si estuviese colocado.

—No creo que estés colocado —dijo Oliver—. En mi opinión, creo que solo estás teniendo un momento de lucidez.

—Lucidez está claro que es, pero algo me dice que no es solo un momento.

—Puede que eso sea bueno.

Graham se giró al fin hacia él.

—Lo has hecho tú.

—Lo siento.

—No. Estoy bien.

—¿Seguro?

Graham sonrió.

—Sí, sí. Yo… Estoy mejor que bien, de hecho. Me siento bien. Siento… claridad, como has dicho. Sea lo que sea lo que has hecho, ha sido algo especial, tío. Siento como si me hubiesen sacado una astilla. Eres un chico raro, Oliver. Siento haberte hecho la vida imposible.

—No pasa nada. Ha terminado… bien. Yo lo siento mucho por lo de tu mano, y espero que no afecte demasiado a tu futuro.

—Puede que tengas razón. No pasarme la vida jugando a la pelota. Creo que estaba enfadado por aspectos de mi vida que no controlo, y no poder jugar al béisbol significaba perder mi identidad. Y luego está mi padre, que no me deja en paz, me llama tonto y me pega. Quería ser capaz de controlar algo, por lo que supongo que elegí castigarte a ti en lugar de enfrentarme a mis problemas, un atisbo de poder en una época en la que me sentía inútil. Y creo que tendría que dejar de pensar en voz alta. En serio. ¿Estoy colocado? ¿Esto es terapia? ¿La

terapia es así? —Rio y movió la cabeza hacia atrás—. Joder, Oliver. Qué raro es esto.

«Sí, para mí también es raro», pensó él.

—Gracias —dijo Oliver.

—Espero que encuentren a tu padre.

—Yo también. Lo echo de menos.

—Seguro. —Una mirada triste en el rostro de Graham—. Yo también echo de menos al mío. Antes era bueno. O puede que yo no me diese cuenta de cómo era en realidad.

—¿Y ahora qué ha pasado?

—¿Entre él y yo? No lo sé. No voy a permitir que siga haciendo lo que hace. Y sé que va a ser difícil, pero tengo que coger la sartén por el mango y cambiar las cosas. Y entre tú y yo…

—Sí.

—Nos vemos en el instituto.

—Vale.

—Eres diferente de todos los demás. ¿Lo sabías?

—Creo que no lo sabía hasta esta noche.

—Nos vemos, Olly.

—Nos vemos, Graham.

Oliver salió del coche y vio cómo se alejaba. No tenía muy claro qué acababa de suceder; ni siquiera si había sucedido en realidad. No sabía si reír o llorar, si tener miedo o estar emocionado. Quizá tendría que dejarse llevar y abrazar esa locura.

Lo que sí sabía era una cosa: que tenía un hambre atroz.

Comió como un cerdo. Pizza congelada. Una bolsa entera de patatas fritas. Se preparó un batido con helado de vainilla que quedaba en el congelador, y no tenían mucha leche, por lo que usó crema, lo que hizo que el batido quedase demasiado denso y no hubiera quien se lo bebiese. Pero estaba buenísimo. Como seguía con hambre, abrió una bolsa de zanahorias y se las comió como un conejo hambriento.

Y aun así se sentía famélico, pero se contuvo, seguro de que iba a enfermar si seguía comiendo.

«Igual que antes», pensó. Se acordó de sí mismo mientras vomitaba en la cuneta después de… sacarle algo de dentro a Graham Lyons.

No. Algo no.

Dolor. Después de sacarle el dolor. No del todo, pero sí que sacó algo de su interior. Como si le hubiese extirpado un cáncer. Dejó un poco, la parte más sana, acaso un dolor soportable. Un dolor más parecido al de todos los demás. Pero aquel dolor invasivo que no dejaba de multiplicarse, aquel que parecía un veneno o una enfermedad, ese sí consiguió sacárselo. Una sangradura para sacarle de dentro la podredumbre, la sangre enferma.

El libro de los accidentes… ¿Qué había visto en él?

«Para acabar con el cáncer, extirpa el cáncer.»

«Para detener el dolor, acaba con el dolor.»

«Rompe la rueda. Rehaz la rueda.»

Lo había hecho. Y ahora Graham era… diferente. Mejor.

«Está curado», pensó. Había sacado ese parásito de su interior, había absorbido su dolor para luego destrozarlo. Después pensó que quizá podría hacerle lo mismo a su padre, suponiendo que lo encontraran. ¿Podría cogerle todo ese dolor, todo ese miedo, rabia y pavor para destrozarlo también?

60

La astilla

Oliver esperaba fuera de casa, por la mañana y al frío de noviembre. Estaba junto a la entrada y vio cómo el sedán destartalado de Caleb se detenía junto a él.

—Sube, Olly.

Se sentía aturdido a causa de la noche anterior. Sabía que su padre seguía desaparecido, y que tal vez hubiese muerto. Pero ¿y si él consiguiera encontrarle? Con ayuda de Jake… Tal vez él pudiese hacerlo. Y luego Oliver sería capaz de ayudar a su padre de la misma manera que había ayudado a Graham. ¿A quién más podría ayudar? Se sentía como un puto superhéroe.

Se sentía como si volara, como si flotase sin estar anclado a ninguna parte. Allí, sentado en el asiento de pasajeros, se limitó a balbucear.

—No lo sé. Anoche nos pasó algo a Graham Lyons y a mí. Creo… creo que nos entendimos por primera vez. Vimos el dolor que sentíamos y conseguimos lidiar con él. —No mencionó que también creía que le había extirpado parte de ese dolor, de aspecto similar a una anguila maligna—. No quiero disculpar lo que me ha hecho, solo digo que en parte se debía a lo que le ha tocado vivir, a lo que ha sufrido, o a lo que sea. Y me alegro mucho de haber conectado con él a ese nivel. Es rarísimo, ¿verdad? Porque ahora mi padre ha desaparecido y estoy muy triste. Triste de verdad. Pero también me siento feliz por haber cambiado las cosas con Graham. ¿No es raro? ¿No es raro sentir ambas cosas? ¿Tristeza y felicidad?

—Qué va. Mira, Olly, la vida es rara de cojones. Es así. Tiene sus altibajos y, en mi opinión, es terrible no saber apreciar las cosas buenas, porque, de lo contrario, ¿qué hacemos aquí? Es como eso que

solían decir los nativos americanos, ¿no? Que, del búfalo, todo se aprovecha. Pues la vida es como un animal del que no se puede desaprovechar lo más mínimo.

—Gracias, Caleb. Eso que has dicho es… muy inteligente.

—Es lo que soy, tío. Soy un puto genio. —Rio—. ¿Quieres que te diga más frases de genio? Pues no sé si deberías confiar en Graham Lyons. No creo que vuestra relación vaya a llegar muy lejos. De hecho, llegará tan lejos como la distancia a la que ahora puede lanzar una pelota de béisbol con esa mano destrozada que tiene. Ja, ja. Sí, lo he dicho. No confíes en Graham. No confíes en Jake.

—Pues tampoco lo sé. Jake y yo tenemos… una relación complicada.

—Sí, bueno. Pero ten cuidado. No confíes en él porque sí.

Olly asintió mientras el coche se detenía en el aparcamiento del instituto.

—Ahora mismo me siento muy bien. Siento…, como si pudiese confiar más en la gente. Como si fuesen más buenos que malos.

Y tal vez, en ocasiones, la gente que hacía cosas malas no quisiera ser mala de verdad.

Caleb cerró la puerta del coche.

—Olly, solo he dicho que no te sorprendas si ahora entras en el instituto y Graham Lyons te arrastra al baño y te hunde la cabeza en uno de los retretes.

—Creo de verdad que Graham y yo conectamos de alguna manera…

Alguien pasó junto a ellos en el aparcamiento. Era Alice Handelmann, una de las chicas de la banda de jazz. Ojos grandes. Rizos pelirrojos. Dijo:

—¿Habláis de Graham?

—Sí —dijo Caleb, que asintió un poco levantando la barbilla.

—Es una locura, ¿verdad? —dijo ella, que negó con la cabeza.

Después se alejó a toda prisa. Oliver y Caleb se detuvieron a unos veinte pasos de la entrada del instituto. Los niños no dejaban de entrar, pero muy despacio. Mientras tanto, otros volvían a salir. Allí pasaba algo.

—Eh, espera. ¿No notas que la gente está un poco rara?

Oliver echó un vistazo a su alrededor y, al principio, no entendió nada… Pero luego lo vio. La gente se acercaba sin dejar de hablar, con gesto confundido, sorprendido o triste. Una niña, Shveta Shastri, no dejaba de llorar. El dolor se agitaba en el interior de todos y de cada uno de ellos. Pasaba de persona a persona, como un don…, como una maldición.

Caleb agarró a alguien por el codo: Dave Turner, el fotógrafo del anuario y del periódico del instituto.

—Dave, oye. ¿Qué ha pasado?

—¿No te has enterado? —preguntó Dave en voz baja.

—¿Enterado de qué?

—Graham Lyons se suicidó anoche. Pero antes se llevó a su padre por delante.

Se suspendieron las clases aquel día. A mediodía hubo una reunión en la que el director Myers contó, sin dar más explicaciones, qué había sucedido. Después reprodujeron una pequeña presentación de Graham Lyons, de diapositivas con algunos cortes de audio. Se lo veía en los bailes, o riendo en los pasillos con sus amigos o, muchas veces, en un partido de béisbol bateando o corriendo hacia una base. El entrenador de béisbol, el señor Griffin, tomó la palabra. Igual que Norcross, la profesora de gimnasia. Una de las profesoras de inglés leyó el poema *A un joven atleta muerto*, de A. E. Housman.

Después dejaron claro que los asesores académicos estaban a disposición de los alumnos, así como un psicoterapeuta y un cura, para todos aquellos que se sintieran tristes y quisiesen hablar de ello. El resto del día fue en su mayor parte un caos lento y como de ensueño. Nadie sabía si honrarlo o calumniarlo. Se había suicidado, lo que era muy triste. Pero antes había matado a su padre, lo que era un asesinato. Empezó a correr el rumor de que su padre le pegaba, y de que ese maltrato tal vez fuera también sexual, y cada vez las historias se volvieron más sórdidas. Eran meras conjeturas, o invenciones que amenazaban con convertirse en verdad: «Ah, he oído que su padre lo prostituía en el Richie Riches» o «He oído que Graham cantó en el coro de St. Agnes y ya sabes lo que eso significa» o «Puede que esta sea una de esas historias en las que un político se folla a un niño o

compra culos de menores de edad en una pizzería».

Lo único que sabía Oliver era que:

Él tenía la culpa.

De alguna manera, él tenía la culpa.

Aquel era el resultado de lo que él le había quitado a Graham. Lo había vaciado, pero quizá fuera necesario rellenarlo. No lo sabía. Oliver no lo entendía. Había roto la rueda, tal y como decía el libro, pero eso había hecho enloquecer a Graham. Lo había convertido en un asesino.

«Yo tengo la culpa», pensó Oliver.

Y ahora Graham estaba muerto.

61

Nuestras cargas

Maddie siguió a Jed a tres lugares diferentes:

Primero, a una librería de segunda mano de ese pueblo llamado Falls Creek en el que solo había un semáforo. La tienda estaba en un edificio cuadrado de obra vista con un rótulo en su exterior que rezaba: LIBROS FALLS CREEK. De la ventana colgaba una cartulina rosada en la que alguien había escrito con rotulador: «¡Literatura usada y certificada!». En la misma ventana había asimismo un gato rechoncho y atigrado que dormía hecho un ovillo.

El aparcamiento de la librería era pequeño y estaba cubierto de gravilla, y como tenía miedo de que la viesen allí, decidió aparcar cerca de la autopista aunque sin perder de vista la librería.

Jed salió una media hora después con una gran cantidad de libros voluminosos. Acaso fueran libros de texto antiguos. Tal vez diccionarios.

El segundo lugar al que lo siguió fue una hamburguesería llamada Jack's. Parecía vieja, como si en otro tiempo hubiera sido uno de esos locales donde solo se podía pedir para llevar, pero que luego lo hubieran remodelado para convertirlo en un restaurante. Tenía una terraza en la que sentarse, pero Jed entró en el local y se quedó dentro. Maddie estacionó al fondo del aparcamiento y lo vio sentado solo a una mesa. Había pedido una hamburguesa, unas patatas y un batido grande y denso. Parecía disfrutar de la comida. Echó la cabeza hacia atrás. Cerró los ojos. Hacía pausas largas entre bocado y bocado, momentos que aprovechaba para limpiarse la boca, las mejillas, el mentón y los dedos con una servilleta. Y en ese momento Maddie comprendió que Jed daba la impresión de haberse reformado, de ser un hombre nuevo.

«Pedazo de hijoputa.»

Y luego le siguió al tercer y último lugar:

La ferretería.

Una ferretería Ace que había en la esquina del cruce del único semáforo del lugar. Entró y salió muy rápido, con una bolsa de plástico llena de algo… o de varios algos. Maddie no pudo ver qué era, pero había una cosa que sobresalía por la parte superior…

Un tramo de cuerda. Nailon del color de un refresco Mountain Dew.

El corazón empezó a latirle desbocado en el pecho.

Pensó:

«Tengo que llamar a la policía».

Había llegado el momento de dejarlo y de contarles a las autoridades dónde estaba Jed. Eso era lo más responsable. Pero, al mismo tiempo, se recordó que estaban pasando muchas más cosas de las que podía contarle a la policía. Cosas que ni siquiera le había contado a Fig. ¿Cómo iba a hacerlo? Fantasmas, esculturas vivientes, tormentas extrañas…

No, tenía que lidiar con Jed por su cuenta primero. Sola. Sin nadie más.

Y las buenas noticias eran que, si tenía una cuerda, era porque iba a atar a alguien, lo que significaba que quizá, y solo quizá, tuviese a Nate.

Vivo.

62

El zorro y las puñeteras uvas

Te pillé.

Maddie vio cómo Jed aparcaba. Lo vio salir y sacar los libros, con la bolsa de la ferretería en un equilibrio precario sobre ellos. Vio la cabaña en la que se encontraba, ya que se dirigía en línea recta hacia ella. Y pensó:

«Ahora o nunca».

Maddie se metió la pistola en la cintura, salió del coche y lo siguió a una distancia prudencial, lo bastante como para no provocar que mirara atrás. Lo siguió como una leona que caza a su presa en la sabana. Jed franqueó la puerta de la cabaña y la cerró al momento con el pie. Maddie no llegó a tiempo de sostenerla, y se le aceleró el pulso a causa de la rabia y la impaciencia.

La frustración hizo que le diesen ganas de mantenerse firme, pegarle varios tiros a la cerradura y a las bisagras para abrirla.

«Es una puerta —recordó que había dicho Nate el primer día que llegaron a su nueva casa vieja—. Dos bisagras y un picaporte.»

Pero eso llamaría la atención.

Podía llamar. Tan pronto como le abriese, asomaría la pistola por el vano y se las apañaría para entrar. Después tuvo que hacerse la pregunta: ¿de verdad iba a matarlo si se le presentaba la ocasión? La respuesta llegó con demasiada facilidad, tanto que Maddie no se atrevió a darle más vueltas. (A veces era mejor no iluminar según qué rincones oscuros.) Lo mejor que podía hacer era centrarse en lo que iba a hacer: la cabaña se encontraba en un patio con cuatro más. De un momento a otro, alguien podía llegar y ver que estaba metiendo una pistola por el hueco de la puerta entreabierta.

Un seto muy alto, cercado a su vez por unos pinos, rodeaba el lugar

de las cinco cabañas. El seto, que era de algún tipo de planta de hoja perenne, le dejaba espacio suficiente a Maddie para maniobrar hasta la casa. Recorrió el borde de la estructura mientras llegaba a la conclusión de que el mejor sitio por el que entrar sería una ventana. Podría darse la casualidad de que hubiese alguna abierta. ¿Sería tan diligente el personal de limpieza como para haber cerrado bien todas las ventanas? Supuso que sí, dado que aquel era un sitio de lujo, demasiado como para que pudiera hacerse ilusiones al respecto, pero tenía que probar.

Y ahí la tenía. Una de las de atrás.

Estaba abierta.

El calor brotaba del interior y le calentaba las manos.

Echó un vistazo por la abertura y vio un dormitorio, similar al de la cabaña que había alquilado Maddie. El lugar estaba vacío. ¿Habría abierto Jed la ventana para dejar entrar un poco de aire fresco por la noche? ¿O tal vez se debiera a otro motivo?

Maddie se valió de los pulgares para abrirla más, poco a poco. Después apoyó los codos en el alféizar, se impulsó y se dejó caer en un suelo de corcho blando. Su cuerpo emitió un ruido, y ella se incorporó de inmediato y sacó el arma.

La puerta del dormitorio estaba entreabierta.

La maleta de Jed estaba sobre la cama.

Oyó unos golpes por el exterior de la habitación, supuso que en el salón. Parecía como si estuviese apilando algo. ¿Los libros? ¿Por qué? Después oyó otro ruido: «Fffip fipp», parecido al de un niño al caminar con pantalones de esquí. Y luego, el crujido de los nudos al apretarse. Gruñidos, a veces demasiado estruendosos.

Estaba ocupado.

«Ahora o nunca», pensó.

Maddie se puso en pie, con cuidado de no tocar nada. Después se dirigió con cautela hacia la puerta del dormitorio. Notó el pomo frío al tocarlo…

Y su mente volvió a perderse. Un recuerdo que se deslizó en su cerebro como una sombra. Otra puerta, de su pasado, cerrada antes de que pudiese abrirla.

Maddie respiró hondo y soltó el aire.

«Ahora no es el momento de volverse loca, Maddie. Abre la puta puerta. Esta. La puerta real que tienes delante.»

Las puertas de su mente podían esperar.

John Edward Homackie no estaba sobre el suelo, sino sobre la pila de libros que acababa de comprar, con un lazo verde lima neón alrededor del cuello y el otro extremo cruzado sobre una de las vigas del techo y atado a los cuernos blancos como el hueso de la escultura de madera de un ciervo que colgaba sobre una chimenea enorme.

La cuerda estaba muy tirante.

Jed y Maddie se miraron a los ojos.

Después él movió el pie derecho y lo usó para tirar la pila de libros. La torre se derrumbó, y Jed cayó lo bastante como para que la cuerda quedase del todo tirante, para que el lazo se le ciñese alrededor del cuello. Los brazos se le quedaron rígidos y empezó a patalear. Se quedó colgando. Se le desorbitaron los ojos, y Maddie se quedó paralizada a causa del pánico. El estómago le dio un vuelco mientras pensaba:

«Bien. Jódete. Asfíxiate, pedazo de cabrón».

Y luego se dio cuenta de que no había encontrado a su marido ni conseguido información alguna sobre él. Jed no podía morir. Tenía que permanecer con vida.

Maddie soltó un grito ahogado, con el arma aún en la mano, y se abalanzó sobre las piernas de Jed para levantarlo. No era un hombre grande, pero le resultó más pesado de lo que esperaba. Y Maddie era fuerte, lo bastante como para levantar troncos e ir por ahí con una motosierra. Consiguió levantar a Jed y aliviar la presión del lazo que se le ceñía al cuello. Después empezó a levantar la mano, la del arma, para acercarla a la cuerda y aflojarla. Pero Jed empezó a golpearla, a empujarla. Profirió algunas palabras ininteligibles, un galimatías fruto del pánico.

—Quieto —susurró Maddie—. Deja de moverte…

—Nnngh —gruñó él.

Agarró los hombros de Maddie con las manos y la empujó.

Ella tropezó con uno de los libros…

Soltó a Jed, y lo siguiente que recordó fue que estaba en el suelo, jadeando sin aire. Jed volvía a estar colgando y su cuerpo se agitaba con los espasmos de su fallecimiento inminente.

El tiempo pareció volverse torpe y escurridizo. Maddie sentía como si tuviese que salir de un barrizal. Respiró hondo y cogió a Jed por el tobillo para luego tirar de él hacia abajo y ayudarse a levantar, pero no tardó en comprender que, si tiraba de él hacia abajo, no haría más que acelerar su muerte. Como no tenía tiempo para echarse las culpas, el instinto le hizo ponerse en pie por sí misma, colocarse otra vez debajo de Jed y auparle. Las piernas no dejaban de agitarse en los brazos de Maddie. Jed volvió a empujarla, pero ella apretó los dientes, sacó la pistola y le asestó un culatazo en un costado, en los riñones. Él se quedó quieto durante el tiempo suficiente como para que ella extendiese el brazo hasta la cuerda y soltase el nudo lo bastante como para que la cabeza de Jed pasara por el lazo.

Los dos cayeron juntos al suelo.

Él entre jadeos.

Y ella no tardó en volver a ponerse en pie y colocarse a horcajadas sobre él, mientras se le agitaba el pecho a causa de la respiración y con la pistola en la mano.

—Tendrías que haberme dejado morir —balbuceó Jed, mientras las babas le conectaban el labio inferior con el superior. Sollozó, aunque de sus ojos no cayó lágrima alguna.

—Demasiado tarde para eso —dijo ella—. Ahora, levanta. Tengo que saber qué le has hecho a Nate. ¿Dónde está mi marido, monstruo de los cojones?

Oliver caminaba de un lado a otro frente a Jake, hablando por los codos.

Se lo contó todo: le contó que, al marcharse la noche anterior, Graham Lyons lo había seguido. Que se habían peleado. Y luego…

—No era como si de repente pudiese ver todas las… todas las cosas malas que tenía en su interior, sino que de repente… De repente también podía tocarlas. Fue como cuando…, no sé, como cuando te das cuenta de que no solo eres capaz de ver el mundo sino de que también puedes relacionarte con él, extender la mano y mover algo —

explicó, mientras las palabras brotaban más y más rápido de sus labios —. Podía sentirlo. Tocarlo. Cambiarlo. Y lo hice. Extendí la mano. Me apoderé de esa cosa terrible que anidaba en su interior. Fue horrible, Jake, lo peor. Fue como… como desatascar un sumidero con la boca y luego vomitarlo todo. Pues peor aún. Fue algo más profundo, como si pudiera sentir lo que le había hecho su padre, lo mucho que él lo odiaba. Pues le saqué todo eso y lo metí dentro de mí, y luego… desapareció. Desapareció sin más. Y creí que todo iba bien. Graham parecía estar bien. Yo también estaba bien. —Las lágrimas amenazaron con derramársele por las mejillas—. Pero luego…

—He visto las noticias —dijo Jake—. Menuda movida.

Jake estaba sentado en el sillón, con un botellín de Mountain Dew a medio beber aferrado entre los muslos. Oliver estaba de pie frente a él, quejumbroso y casi suplicante.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Oliver—. ¿Por qué lo hizo? Le hice caso al libro. Rompí la rueda. Detuve el dolor.

Oliver necesitaba respuestas.

Sobre algo. Sobre cualquier cosa.

Jake suspiró y se encogió de hombros.

—No lo sé, Oliver. No soy un experto…

—Eres el único que sabe que soy capaz de hacer lo que hago. ¡Sabes… hacer magia! Tienes el libro. Por favor.

—Puede… Puede que no llegases hasta el final.

Oliver soltó una carcajada horrible y repugnante, cargada de amargura y sinrazón.

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

—Rompiste la rueda, pero no la rehiciste. Lo vaciaste, como una calabaza, y después la calabaza se pudrió. Mira, tío, Lyons estaba así por lo que le hizo su padre, fuese bueno o malo. Se podría decir que estaba mal cableado por dentro. Lo normal era que, al quitarle todo eso, se quedase a oscuras. O, peor aún, que se prendiese fuego y se quemase de arriba abajo.

El pánico amenazó con asfixiar a Oliver. Sintió un dolor en el pecho.

—No quería… Yo no tenía la intención de…

Jake se puso en pie y detuvo el deambular frenético de Oliver.

—Mira. Hiciste todo lo que pudiste por él. Graham estaba bien jodido. Y se quedó así por culpa de un padre que estaba más jodido aún, un tipo que le pegaba, le insultaba y tenía unas expectativas inalcanzables. Un tipo así nunca sería otra cosa que un abusón o un acosador en serie. Un violador. Alguien que le pega a su mujer. —Jake se encogió de hombros con una enérgica indiferencia—. Y ahora los dos están muertos.

—No. No. Yo creo en las segundas oportunidades.

—Esta es su segunda oportunidad.

—Eso no tiene sentido.

—Tiene mucho sentido. Graham lo entendió. Seguro. No solucionaste nada. El padre no había cambiado, era igual que siempre. Papi Lyons no iba a abrazar la paz de Jesucristo. Estaba claro que le iba a hacer más daño aún a su hijo. O… o que Graham iba a hacerle daño a él. Esto es como un cáncer. Lo mejor que puedes hacer es…

—Corta el rollo —dijo Oliver, con voz distante. El libro le había dicho lo mismo. A los dos. Puede que Jake tuviese razón. Mierda, mierda, mierda.

Jake apoyó ambas manos en los hombros de Oliver y lo miró fijamente a los ojos.

—Graham está mejor muerto de lo que nunca estuvo en vida. Es al mismo tiempo un héroe y una advertencia. Y su padre… Bueno, la gente se dará cuenta de cómo era ese tipo. Todo saldrá a la luz. Graham estará en el lado bueno de la historia. Eso es lo que importa.

¿Y si lo que decía fuera verdad?

¿Tenía sentido para Oliver algo así?

No lo sabía. Estaba muy confundido. Mareado. Perdido.

Oliver se zafó de las manos de Jake.

—Esto es una locura. No puedo creer que esté diciendo esto, pero… Me gustaría volver a ver vivo a Graham. Seguir hablando con él. Ayudarle a superarlo. Ojalá hubiera sido capaz de evitarlo.

Jake se quedó un rato en silencio, hasta que al fin dijo:

—Hay una manera, Oliver. Hay una manera de hacerlo volver. Y también de hacer volver a tu padre. Hay una forma de revertir todo el daño, todo el dolor. No solo hay que romper la rueda, sino también

rehacerla. —Levantó el mentón de Oliver, y Oliver lo miró a los ojos —. Acompáñame. A Ramble Rocks. A las piedras. Te lo mostraré.

Oliver sintió como si el mundo se hubiese salido de su eje, un dado de veinte caras que empezase a girar sobre una de sus puntas como un trompo, sin detenerse jamás sobre un número.

—¿Confías en mí, Oliver?

Oliver asintió, despacio.

—Bien, porque yo también confío en ti.

La toalla de mano golpeó a Jed en la cara.

—Límpiate —dijo Maddie, que levantó la pistola después de haberle tirado la toalla—. Sécate. Suénate. Límpiate esa maldita garganta. Y después cuéntamelo todo.

Jed tragó saliva y asintió. Después se sonó la nariz y tosió en la toalla. Luego se limpió la cara con ella, todo en un orden que no era el más higiénico, pero a Maddie le daba igual. Después usó un trapo húmedo para aliviarse el cuello quemado por la cuerda, poniendo gestos de dolor cada vez que lo rozaba.

—Lo primero que quiero que sepas es que lo siento —espetó.

—Me la sudan tus disculpas.

Asintió.

—Me lo merezco.

—Lo que mereces es que te cuelguen, tal y como estabas a punto de hacer, pero no puedo dejar que te salgas con la tuya, Jed.

La frialdad se extendió por su gesto, un brillo lúgubre en la mirada.

—He de admitir que no te entiendo demasiado bien, Maddie Graves. Que me apuntes con un arma para evitar que me suicide no me parece lo más inteligente.

—Ah, claro. ¿Quieres entenderme mejor, Jed? Pues mi intención es hacerte daño. Destrozarte los dedos. Reventarte la nariz contra el metal de la pistola. Ponerte una almohada sobre la rodilla y luego pegarte un tiro. Sé que quieres morir, pero yo voy a hacer que no desees ninguna otra puta cosa, John Edward. Y evitaré que lo consigas. Lo rozarás con la punta de los dedos, pero no lo tendrás. Como el zorro y las puñeteras uvas. Hasta que yo consiga lo que quiero.

Maddie oyó cómo aquellas palabras brotaban de su boca y se preguntó:

«Maddie, ¿de verdad eres tú?».

—¿Dónde está mi marido, Jed?

Él se humedeció los labios con una lengua de un rosado grisáceo.

—Te voy a contar algo que seguro que te parecerá una locura… Lo sé. Entendería que…

—Me da igual lo que parezca. Suéltalo ya.

—Ha desaparecido. Lo llevé al parque. A-al túnel. Era una trampa. Tienes que entenderlo. Sabía lo que iba a ocurrir, pero todo obedecía a un propósito, a un plan mayor. No se debió a que yo sea cruel, ni despiadado. Nate me gusta, no quería hacerle daño…

Ella le golpeó la parte superior de la cabeza con el costado de la pistola. El cañón se le enterró en el cráneo. Un moretón oscuro empezó a extenderse muy rápido, y la sangre se le derramó por las arrugas como agua que corre por el lecho seco de un arroyo.

—Habla claro. ¿Está muerto?

—¿Sí? No. No lo sé.

Maddie volvió a levantar el arma para golpearlo, y él alzó los brazos.

—Espera. Espera —gritó—. Me refiero a que… No lo sé. Nate… desapareció, ¿sabes? Cayó entre mundos. Salió de este y fue a parar… a un lugar que tengo claro que no es seguro. No es nada seguro. Cayó entre los intersticios del Lugar Intermedio, hacia las ruinas de todos los mundos…

Maddie gruñó.

—Eso no tiene sentido, Jed.

—Es culpa del chico.

—¿Chico? ¿Qué chico?

—Jake. Llevé a Nate a ese túnel y… Jake lo hizo desaparecer.

—Jake… ¿Jake, el amigo de Oliver?

—Oh, Maddie. No es solo eso. Todo es mucho más extraño de lo que parece. Pero sí, ese Jake.

Maddie se puso tensa.

—Mi hijo. ¿Está en peligro?

—En el peor de los peligros, querida. En el peor de los peligros.

La oscuridad se apoderó del parque Ramble Rocks. Los árboles y el suelo se empaparon de la noche, como una esponja que absorbiese la sangre. Oliver y Jake recorrían la parte septentrional, en dirección al túnel ferroviario oscuro como boca de lobo. Cuando se acercaban al túnel, Oliver preguntó:

—No iremos a entrar ahí, ¿verdad?

Y Jake negó con la cabeza.

—No.

«Bien», pensó Oliver. Porque el lugar empezó a irradiar de repente una oscuridad especial, una negrura más profunda que la sombra, lóbrega, fétida y densa como neumáticos derretidos.

—No se puede estar aquí por la noche. Está prohibido.

Jake soltó una risilla.

—Olly, tío. Solo a ti se te ocurriría pensar como un poli y preocuparte porque nos pillen. Esto va de hacer magia, una clase de magia capaz de retorcer la realidad. Será mejor que te preocupes menos por las leyes de los mortales, ¿eh?

—Sí, es que…

—Confías en mí, ¿no?

—S-sí.

Cruzaron el bosque y, de repente, los árboles desaparecieron y la luna brilló sobre ellos. La extensión de cielo despejado se abrió sobre un campo de rocas escarpadas e irregulares.

—Ya casi hemos llegado —dijo Jake—. Solo un poco más.

Oliver respiró hondo. Al hablar, vio la condensación de su aliento y se lo tomó como si viese que una parte de su cuerpo lo abandonaba, volutas de alma, la niebla que conformaba su ser. La voz le tembló a causa de un miedo repentino mientras decía:

—Solo quiero decirle a mi madre dónde estoy.

Sacó el teléfono para llamarla. Vio que tenía un mensaje de ella, pero antes de leerlo, Jake se lo quitó.

—¡Oye! —protestó Oliver.

—Nada de teléfonos —siseó Jake—. Este lugar es un punto de convergencia de señales. Un lugar sagrado lleno de vestigios mágicos.

Si sacas el teléfono aquí, corremos el riesgo de que esto no sirva de nada. Tu padre, Graham, nosotros… Todos habríamos muerto en vano.

—Lo necesito —insistió Oliver—. He visto un mensaje…

—Ya lo recuperarás. Cuando hayamos terminado. Tu madre ha dicho que todo iba bien y que volvería pronto a casa.

—Quiero hablar con ella. Quiero decirle que…

—No. ¿Qué pasaría si lo haces? Llamaría a la policía. O enviaría al compañero de tu padre, ese tipo de Caza y Pesca. No. No puede ser, Olly.

Jake retorció la mano en la que tenía el teléfono.

Y el móvil desapareció. Oliver sospechaba que había ido a parar a ese Lugar Intermedio.

Pero había algo, algo extraño que Oliver no había visto antes: cuando Jake hizo desaparecer el teléfono, vio una pequeña luz, una especie de brillo oscuro alrededor de su mano. Como si fuese un rocío de sombras líquidas. Apareció ahí, una aureola húmeda y negra que luego se contrajo y desapareció al mismo tiempo que el teléfono.

¿Qué narices había sido eso y qué significaba?

En la pantalla, el mensaje que le habían enviado a Oliver rezaba:

Oliver, algo va mal. He encontrado a Jed. Dice que Jake es peligroso. Aléjate de él, Oliver.

Después había llegado otro mensaje:

ALÉJATE DE JAKE.

Jake lo leyó después de decirle a Oliver esa gilipollez de las señales mágicas. Después había usado la magia para enviar el teléfono al Lugar Intermedio. Lo había girado y, puf, había desaparecido. Porque no podía dejar que Maddie, esa zorra, se interpusiera en sus planes.

Estaba muy cerca. Pensaba que había perdido la oportunidad, que Oliver se había desviado demasiado. Había tenido que ir tras él la noche anterior para atraparlo y arrastrarlo por el pelo hasta el parque, en caso de ser necesario. ¿Y con qué se había encontrado? Con Oliver y su pelea con ese deportista. Graham Lyons. Después lo había visto

hacer algo, se había metido en Graham Lyons, en la puñetera alma del otro chico, y sacado… ¿Qué? Una especie de anguila, una serpiente, un gusano negro y aceitoso del infierno. Menuda movida.

Y entonces había modificado su plan sobre la marcha. Se había colado en el asiento de atrás de Graham y lo había acompañado a su casa. Después había matado tanto al chico como a su padre, con la esperanza de que aquello destrozase a Oliver. Visto en perspectiva, comprendió que no había necesidad de llevar las cosas tan lejos, y que podría haberlo dejado estar. Si lo que había hecho Oliver era eliminar el dolor del otro chico, también podría haberse aprovechado de aquella circunstancia. Al final, había resultado que no era necesario matar a Graham y que, de hecho, aquello solo había servido para complicarlo todo aún más.

Pero bueno… La verdad es que se lo había pasado bien. Y, aun así, lo había aprovechado.

Pero a quien no necesitaba en absoluto era a Maddie. Ni a Jed, ese viejo cobarde y chupapollas que estaba a punto de echar a perder una situación que ya era delicada de por sí.

Estaba muy cerca.

Había llegado la noche de la verdad.

El mensaje había llegado a su destinatario y alguien lo había leído.

Maddie miró el teléfono.

Lo taladró con la mirada.

Esperó. Y esperó. Miró el teléfono y luego miró a Jed en el suelo. Después, al teléfono otra vez. Oliver no respondió.

«Oliver, Olly, chaval. Por favor, responde.»

Nada.

Volvió a meterse el teléfono en el bolsillo con la mano que le quedaba libre. Después volvió a sacar el arma y apuntó a Jed. Nada tenía sentido y empezaba a desesperarse.

—Sigue hablando. ¿Qué significa todo eso que has dicho? ¿Por qué Jake es un peligro para mi hijo? ¿Qué es lo que quiere?

—Quiere acabar con todo, querida. Inmanentizar el escatón, por citar a Eric Voegelin. Y no se llama Jake. Ese no es su verdadero nombre.

«Esto tiene cada vez menos sentido.»

—Entonces, ¿cómo se llama?

—Se llama Oliver. Un Oliver de otra época, de otro lugar. Mayor. Mucho más hecho polvo. Pero tiene un plan, Maddie. Vaya si tiene un plan.

Después Jed le contó los detalles.

Jake bailoteó por encima de las piedras y saltó entre franjas de sombras y luz de luna. Oliver lo siguió despacio y como buenamente podía. Jake se movía como si estuviese contento. Ansioso y emocionado.

Pero ¿por qué?

Oliver se sintió mareado y confuso. Tenía la cabeza hecha un lío y ya no podía pensar con claridad. Toda esa situación le hacía cargar con un enorme peso en el estómago.

Deseó que su padre estuviese allí para decirle qué hacer.

Pero ese era el problema, la cuestión, ¿verdad? Era la razón por la que estaba en aquel lugar.

—¡Allí! —indicó Jake.

Oliver siguió el dedo con la mirada. Frente a ellos había una roca que se alzaba sobre las demás, una roca que de perfil parecía más bien un yunque de piedra negra.

Aun incluso antes de que se acercasen, Oliver sabía que esa era la roca que estaban buscando, la roca en la que había visto morir a su padre. De cerca parecía más grande, más oscura y más pesada. Más real que en la visión. La parte superior no era tan parecida a un yunque, no era tan estrecha, ni tan angulosa; más bien, parecía una mesa. Pasó la luz de la linterna por encima y vio ocho muescas que salían del centro, surcos poco profundos que se volvió a ver obligado a tocar, pero que también lo asustaban. Extendió el brazo hacia ellos…

Pero después la roca pareció titilar con una oscuridad más intensa que la de la noche. Oliver apartó el dedo antes de que tocase la piedra. También reparó en que los surcos no brotaban del centro hacia fuera, sino que tenían una ligera inclinación y era al revés: iban hacia el centro de la mesa, no hacia fuera. En el centro de la piedra había un agujero. Una hendidura, estrecha como la pupila de un ojo de

serpiente. La ranura en la que cabría la hoja de una espada si aquello fuese una leyenda artúrica.

Jake abrió los brazos de par en par, como si quisiese indicar algo que era obvio de por sí. Pero Oliver no entendió nada.

—Aquí estamos —dijo Jake mientras los dientes le brillaban a la luz de la luna.

Oliver contempló la oscuridad.

—No veo el menor indicio de que mi padre haya estado aquí. No veo sangre…

—¿Quién dijo que este fue el lugar en el que ocurrió?

—Pero la visión…

—Esta roca es como el parque, Oliver. Es una de las… ¿Cómo las llamaste? Una de las constantes. Como un clavo que atraviesa las páginas de un libro.

La mesa de piedra volvió a iluminarse con una oscuridad interior que no dejaba de crecer, una aureola de sombras que se hinchaba antes de volver a encogerse. Oliver volvió a extender el brazo. Quería tocar los surcos, esas hendiduras que parecían suaves en lugar de rugosas, como si estuviesen pulidas…

El dedo rozó una de ellas y…

«Oliver arrodillado en la roca, una pistola en su boca y… ¡bum!, un reguero rojo que le salió por encima de la cabeza.»

«Oliver gritando, con los brazos y las piernas extendidos agitándose infructuosamente, atado a la roca, con la piel rozada por las ataduras, el brillo de un pico muy afilado.»

«Oliver arrastrándose soñoliento por la mesa de roca, con el vómito seco pegado a la camiseta y los ojos entreabiertos mientras se hacía un ovillo.»

«Oliver con las muñecas abiertas y chorreando.»

«Con la cabeza abierta como un tarro de arcilla.»

«Un disparo.»

«Un lazo.»

«Oliver con el pelo largo hasta los hombros.»

«Oliver con la cabeza afeitada.»

«Oliver con el pelo rapado y un pie girado hacia dentro.»

«Oliver con labio leporino y los ojos verdes.»

«Oliver con prótesis dentales. Oliver con los dientes perfectos y blancos. Oliver con los ojos azules. Con los ojos marrones. Con pecas. Con un lunar sobre el labio. Un lunar en la mejilla. Oliver así. Oliver asá. Muchas variaciones, una detrás de otra, como un personaje de *Los Sims* retocado un poco cada vez, versiones que parecen reflejos de uno de esos espejos deformantes de los circos. Y todas muertas o muriendo, siempre sobre esa piedra y nunca jamás solas.»

Nunca.

Jamás.

Solas.

Oliver ahogó un grito. Se apartó de la mesa de roca y estuvo a punto de tropezar con el talón contra el guijarro que tenía detrás. Empezó a jadear, respiraciones cortas e irregulares.

—Yo… No, no, no. ¿Qué acabo de ver? —Se llevó los puños contra las sienes y apretó con fuerza—. ¿Qué ha sido eso?

Jake se inclinó hacia delante.

—¿Estás bien, Olly?

—Tú.

—Yo. ¿Yo qué?

—Siempre estás aquí. Y tú… —La voz de Oliver casi daba la impresión de estar atrapada dentro de su garganta, pero consiguió liberarla—. Tú no eres tú.

El rostro de Jake se retorció en una sonrisa.

—Ah, ¿no?

—Eres yo.

El ojo que tenía rodeado de tejido cicatrizado relució.

—¿Quién lo dice?

A Oliver le daba vueltas la cabeza.

—Ya has hecho esto antes. Una y otra y otra vez. Me has traído hasta aquí, a otras versiones de mí, otras versiones de ti… A esta piedra. Los has convencido para que se suiciden aquí. O los has matado tú mismo. Pero todos han muerto. Han muerto en esta…

—Continúa —dijo Jake, mientras la sonrisa abandonaba su gesto para dar paso a una mueca ansiosa de desdén—. Dilo.

—No es solo una roca. No es una mesa.
—Dilo, venga.
—Es un altar.

63

La naturaleza del sacrificio humano

La estancia giró alrededor de Maddie. Los acúfenos resonaron en sus oídos como tonos de llamada. Jed seguía hablando, incluso mientras ella se encontraba sobre él y hacía todo lo humanamente posible para no hiperventilar, ni caerse, ni apretar el gatillo y meterle una bala en la diana que se había imaginado que se le dibujaba en la frente.

—El sacrificio humano es muy poderoso —dijo—. Es algo que el mundo sabe desde hace mucho tiempo, pero ahora es un hecho del que nadie es consciente. Ahora somos muy dignos y fingimos que esas cosas ya no se hacen, aunque sacrifiquemos a los vagabundos en las calles frías, o a los niños de migrantes en la frontera, o a los pobres en todas partes.

—Cállate —dijo Maddie, con un hilo de voz.

Pero Jed no se calló.

Estaba desatado, perdido y agonizante en sus palabras.

—En Japón tienen el *hitobashira*, mujeres o niños enterrados en los cimientos de los edificios para otorgarles… «protección mística». Los siervos se sacrificaban junto a sus faraones o con los soberanos mesoamericanos o sus caudillos mongoles. Muchos lo hacían de manera voluntaria. Mira si no al Hombre de Lindow, atado y ahogado en un pantano sin presentar batalla, todo eso para rubricar un pacto antiguo con los dioses. La sangre es poderosa. ¡La sangre! Como el taurobolio de la secta de Cibeles, en el que la gente se metía debajo de un toro mientras lo sacrificaban para que la sangre que les caía encima les trajese suerte. Además, no siempre era un toro. Si hay que dar crédito a otras historias más sórdidas, podría guardar cierto parecido con lo que se decía de Elizabeth Báthory. Y también cabría citar el sacrificio de Isaac, si nos atenemos a nuestro Dios…

—Cállate —siseó Maddie mientras le daba un revés con la mano.

Jed gritó y la sangre empezó a brotarle de una herida en el labio. Ella no sabía qué hacer. Su hijo estaba en peligro y tenía que salvarlo, pero aquel hombre que tenía ante sí sabía adónde había ido su marido. Y aún no había conseguido que le diese información suficiente. Le apretó la pistola contra la sien. Volvió a mirar el teléfono. Olly no le había enviado nada más.

«Mierda. Mierda. Mierda.»

—Vas a decirme dónde está mi marido. Ahora.

—No lo sé, Maddie. Cruzó el túnel y ahora ya no está. Fue al lugar de donde vino Jake, sea cual sea. Y yo ayudé a que eso sucediera. Dios, ayudé a hacerlo desaparecer. Todo para ver de nuevo a mi esposa y a mi hija. Puede que si todo se reinicia, si todo se rompe y vuelve a empezar, vuelvas a ver a Nate…

Plas. Otro revés con la mano. Después, Maddie le colocó el cañón de la pistola en la rótula.

—Esto es una locura. Estás loco. No quiero esperar a verlo así. Quiero verlo ya. Frente a mí. Quiero que vuelva del lugar adonde lo has enviado.

No solo era que ella lo necesitase. Maddie sabía que Nate también la necesitaba a ella.

—Lo… lo siento…

Usó el cañón del arma como si fuese la cabeza de un martillo al clavar un clavo, y le dio un golpe seco en la rodilla. Él soltó un gruñido ronco y empezó a balancearse hacia delante y hacia atrás.

—Ayudaste a que esto sucediera, y ahora vas a decirme cómo recuperar a Nate. ¿Dices que lo sientes? Pues haz algo para demostrarlo. Ayúdame. ¿Cómo lo hago volver, John Edward? Eres listo. Eres un académico. Sé que tienes ideas. —Maddie retorció el cañón justo por el lugar donde acababa de golpear y lo clavó como si estuviese atornillando algo en un pedazo de madera muy resistente—. Tienes ideas en ese gran cerebro tuyo.

Él volvió a gritar.

—Por favor, no. Por favor. No puedo ayudarte.

—¿Eso es lo que querrían tu mujer y tu hija? Las mataste a ambas y

ahora quieres esconderte. Quieres hacer retroceder el reloj, volver a una época en la que no sepan lo que has hecho. Menudo hombrecillo lastimoso estás hecho —lo sentenció ella—. Listo para ayudar a destruirlo todo, solo con tal de ocultar que eres un pedazo de mierda patético. Lo que les hiciste fue un accidente. Pero ¿esto? Esto no lo es. Esto es un asesinato.

Fue como si hubiera hecho sonar una campana. Jed se detuvo. Puso la mirada perdida y se sumió en sus pensamientos. Maddie comprendió de repente que causarle heridas físicas no era la manera de actuar. Pero así… Clavarle un cuchillo metafórico en el corazón, en su mente, en sus entrañas. Eso sí que funcionaba.

La culpa.

La vergüenza.

Eran grandes motivadores.

—No… No quería tener ese accidente.

—No —empezó a decir Maddie, que suavizó un poco el tono de voz —. Pero lo hiciste. Y no puedes arreglarlo rebobinando la cinta. Lo arreglas siguiendo adelante y aprendiendo a ser mejor hombre de lo que eras. Pero esto… Esto es peor. Y la culpa que arrastras desde lo ocurrido en el coche no será nada en comparación con la de esto que has hecho para recuperarte. —Maddie pasó de la culpa y de la vergüenza a tirar de otras cuerdas: la duda y la desconfianza—: Además, ¿y si es mentira? ¿Y si te están utilizando? ¿Y si no eres más que un peón en el juego de un monstruo? ¿Y si te despiertas y no funciona? ¿Y si lo has destruido todo y descubres que tu mujer y tu hija aún siguen en sus tumbas y tú estás solo en el mundo que ayudaste a destruir? ¿Qué harás entonces?

Jed respiró entre jadeos, el espasmo de un niño después de un berrinche muy largo.

—Tienes razón. Dios, tienes razón. Soy un imbécil, Maddie. Un viejo imbécil, un borracho, un mierda sin remedio. —Se enjugó la nariz con el dorso de la mano y se dejó una candela de moco pegada a ella—. Ojalá supiese qué decirte. Ojalá pudiese ayudarte a volver a ese lugar y detener a Jake para recuperar a Nate. Ojalá supiese algo, cualquier cosa, para ayudar a salvar a tu hijo y salvar el mundo.

—Un altar de sacrificios —dijo Oliver.

Las palabras brotaron en volutas de aliento condensado.

Jake agarró los costados de la piedra y se le tensaron los músculos como si intentase aplacar la rabia o la emoción.

—Así es, Olly. Y tienes razón. Soy tú. Somos una constante. Uno de los pilares que sostienen el cosmos. Siempre estás tú… o yo. Siempre hay un Nate y una Maddie. Siempre hay un Ramble Rocks, aunque no siempre es un parque. Y el altar siempre está allí, eterno.

—Esto es una locura. Me voy.

—Para el carro —dijo Jake, que alzó ambas manos—. Tenemos que hablar. Tú y yo tenemos el poder de reescribir la historia. De verdad. Tú y yo somos los últimos. Este mundo es el último. Todo terminará cuando hagamos esto. Y todo volverá a empezar otra vez. Mejor de lo que era antes.

—No puedes decirlo en serio.

—Lo digo en serio. Tu padre ya no está. Graham ya no está. El mundo está hecho unos zorros, tío. Yo lo siento, ¿tú no? Todo se ha venido abajo.

—Pues… ¡Pues todo me da igual! —gritó Oliver, indignado y aterrorizado—. Lo único que me importa es la gente. Eso… eso me da igual. Solo me importan la gente y su dolor. Solo quiero ayudarlos…

—Esto los ayudará. Podemos acabar con todo. Podemos acabar con su dolor. Es lo que uno hace por un perro que está enfermo. O por… un padre que está en las últimas. ¿Verdad? El mundo está en una residencia de ancianos. Esto es… —La voz de Jake se convirtió en una perorata febril—. Esto es misericordioso, Oliver. ¿Es que no te das cuenta, joder?

—No. No puedo…

—Shh. Shh. Escucha. Escucha —dijo Jake, suplicante. —Hizo un gesto con la mano y en ella apareció un bote de pastillas, que resonó como una maraca—. Puedo hacer que sea más fácil. Muy fácil. Considérame un sumiller de suicidios, ¿vale? Puedo conseguir que no sientas nada. Esto es una mezcla hecha a medida de pastillas de la felicidad para suicidarse. Zolpidem, Alprazolam, Oxicodona. Tómate unas pocas de cada una y podrás partir hacia el mar, hacia un sueño

pacífico mientras el mundo termina y todo descansa al fin.

—¿Suicidarme? Qui-quiero irme de aquí —susurró Oliver con un hilo de voz—. Quiero irme, Jake. Me voy. —Intentó darse la vuelta, pero estaba atrapado entre muchas rocas. La preocupación empezó a apoderarse de él. «¿Podría escapar de aquí aunque quisiese?» No era posible. Sería casi imposible salir de ahí rápidamente. Pero tenía que intentarlo—. Lo siento, Jake. Lo siento de verdad.

—¿En serio? —Jake cogió aire entre los dientes, un sonido propio de la contrariedad—. Olly, tío. Me decepcionas. Pero no tanto como has decepcionado a tu padre.

—Que te den.

Oliver se dio la vuelta para volver sobre las piedras.

—¿No quieres que te devuelva el teléfono, al menos?

Se dio la vuelta justo a tiempo para ver cómo Jake movía la muñeca. Vio un ligero resplandor de oscuridad en las puntas de sus dedos, y poco después apareció el teléfono.

—No lo sé. Me da igual.

—Dios. Cógelo. Llama a tu mami y dile que te venga a buscar.

Jake lo tiró al centro de la roca con forma de mesa.

Oliver extendió la mano hacia él.

Cuando se inclinó sobre la roca y agarró el teléfono, Jake se movió muy rápido. Unió ambas manos y un resplandor hendió el aire al aparecer algo en ellas. La luz de la luna relució en algo metálico y se oyó un sonido sibilante…

Oliver gritó e intentó echarse atrás…

Pero era demasiado tarde.

La punta del pico atravesó el dorso de su mano izquierda y el teléfono para clavarse en la piedra del altar.

—Mi hijo está en peligro —dijo ella.

—Sí. Eso creo.

—Ese chico, Jake, quiere hacerle daño.

—Quiere matarlo. Sacrificarlo en el *felsenmeer*.

—¿Y qué pasará cuando lo haga?

—Será el fin del mundo. Y, según Jake, somos el último de los mundos que quedan. Flotamos en el caos como madera de deriva

mientras todo lo demás se aferra a nosotros. Si caemos, todo caerá. Nos hundiremos en una oscuridad primigenia, en la verdadera oscuridad. —Miró a Maddie, sin parpadear—. Por eso el velo es tan fino, por eso han ocurrido tantas cosas extrañas, como lo de las hormigas formando una espiral. O aquel hombre que veía Nate. Creo que es el resultado… —En ese momento unió las manos en una palmada—. De la deriva de todos los mundos.

Maddie volvió a mirar el móvil. Envió otro mensaje, asustada. En esta ocasión, el teléfono no le indicó que se hubiera recibido. Se quedó en el limbo.

A la espera. A la espera.

—El parque. ¿Iban al parque? ¿Todo va a ocurrir ahí?

Jed asintió.

Maddie lo sujetó por el cuello y lo empujó hacia la puerta.

—Vamos. En mi coche. Nos vamos.

—Maddie, por favor. No me obligues a…

—Cierra la puta boca.

Lo empujó contra la puerta y cogió el teléfono para llamar a Fig. Era la única persona en la que confiaba.

Un crujido amortiguado en la mano de Oliver que le reverberó hasta el codo, y luego hasta el hombro. Un latigazo relampagueante. Entró en pánico y apoyó las rodillas contra el altar para intentar liberar la mano, pero no lo conseguía. Y cada movimiento hacía que el dolor restallase en su interior. Agarró la cabeza de metal del pico con la otra mano. La mayor parte de la herramienta estaba cubierta de óxido, pero la punta relucía bruñida y, lo más extraño, era más estrecha, por lo que ese extremo pesado y potente capaz de romper la roca parecía más bien una aguja larga y fina, como un picahielos.

—Lucha. Lucha —dijo Jake, que deambulaba de un lado a otro mientras veía a Oliver retorcerse y gritar y aullar mientras intentaba liberarse en vano—. La vida es eso, ¿no es así? Una lucha. Una lucha puñetera y larga, tío. Toda vida es sufrimiento. Buda, ¿verdad? Qué más da. Venga, sigue intentando escapar de esa trampa para ratones. Veamos cómo se te da. Tranquilo, que tenemos tiempo.

«Solo necesito hacer palanca.»

Estaba colocado en una posición que no le permitía hacer nada. Oliver gruñó e intentó impulsarse sobre el altar para así apoyar el hombro en él, pero le resbaló la rodilla y…

Su propio peso tiró del pico incrustado.

El dolor era como un fuego al rojo, lo devoraba todo. Oyó un ruido terrible, como una brisa silbando a través de una ventana rota, y no tardó en darse cuenta de que era él quien emitía ese sonido lastimero.

Jadeó y cayó contra la mesa. Intentó permanecer en pie inclinándose hacia delante. La baba resbalaba por la barbilla. Las lágrimas le nublaban la vista.

—Pedazo de mierda —siseó a través de la saliva, con voz efusiva.

—Me decepcionas, niño. De verdad creía que eras lo bastante listo para entender lo que intento hacer. —Hizo un gesto de desdén con la mano en dirección a Oliver—. Mírate. Te estás quedando sin fuerzas para luchar. Eres como un pez en un anzuelo. Solo hay que dejar que te canses y luego todo se habrá acabado. —Se encogió de hombros—. La gente es igual. Todos luchan incluso cuando están en una espiral de muerte, no dejan de dar vueltas pensando que van en línea recta y que no caen por el puto sumidero.

Oliver se imaginó a esas hormigas de su habitación; parecía como si hubiera pasado toda una vida desde que aquello sucedió. Se movían en círculos, como un tiovivo de muerte y hambruna.

—Te odio. Te odio.

—Lo sé. Y lo siento. No lo digo por decir, Oliver. Es la verdad. No disfruto con nada de esto. Hay una parte de ti que lo sabe. Hay una parte de ti que siente que tengo razón, que todo está mal. Que hay demasiada crueldad en el mundo. El mal está en su clímax y se ha convertido en una bestia desatada. Y podemos cambiarlo. Las religiones y las enseñanzas espirituales nos han enseñado cómo, nos han mostrado el camino de la purificación. Una inundación que limpie los pecados y rehaga el mundo, el girar de la rueda, una era que avanza hacia la siguiente. Pero la rueda necesita un empujón, Olly. Y yo he aprendido a dárselo.

—Deja que me vaya —dijo Oliver, aunque sonó más bien como: «ea quem aya».

—Y cuando le dé ese empujón, todo empezará a girar más y más rápido, rápido de cojones, hasta que se salga del eje y crash, bum, bam. —Jake alzó las manos—. Confieso que yo tampoco lo entiendo muy bien. Lo leí en *El libro de los accidentes*, que me dio… un amigo llamado Eli. Todo está relacionado con… ¿Cómo las llamaste? Las constantes. Romper las constantes. Romper el mundo. Y todos los mundos que rompas sumarán y sumarán hasta que todo se convierta en caos y vuelva a empezar. Las constantes… —Se volvió a inclinar sobre el altar. En esta ocasión apoyó los codos como si estuviese en una fiesta de pijamas confesándole a un amigo en secreto quién le gustaba—. Las constantes existen en todos los niveles, en todas las líneas temporales. Tú lo explicaste bien: como si fuesen un clavo que atraviesa todas las páginas de un libro. O como este pico… —Extendió el brazo y tocó el extremo del mango del pico con la punta del dedo. Lo agitó un poco. Oliver gritó con los dientes apretados—. El pico que atraviesa tu mano, atraviesa la piel y los músculos y el hueso, el teléfono y la piedra. Qué gráfico, ¿verdad?

—No voy a suicidarme porque tú lo digas.

Jake echó la cabeza hacia atrás y se apretó los ojos con los puños, de frustración al parecer.

—Lo cierto es que todo esto es por mi culpa. Creí comprenderte, pero a ti te da igual que el mundo esté destrozado. Solo te importa la gente. Y yo no puedo hacer nada contra eso. Necesito que veas la luna, pero tú solo ves el dedo de mierda que la señala. Supongo que voy a tener que hacer esto a la vieja usanza.

Giró la muñeca y chasqueó los dedos. Y apareció un revólver en su mano, después de un ligero latido de oscuridad líquida. Hizo girar el tambor y aparecer seis balas de la nada, una a una.

Oliver gruñó y se resistió. Trató de calmarse. De respirar. Pero era imposible. El pánico se había apoderado de él.

Jake continuó.

—¿Sabes? Los aztecas sí que lo entendían. Todo esto. Contaban historias sobre los Cinco Soles. Cada uno de ellos se correspondía con una era. El Primer Sol se apagó cuando Quetzalcóatl le dio un golpe con un bastón y lo derribó del cielo. Y los jaguares se comieron a las

personas. Quetzalcóatl se convirtió en el Segundo Sol, pero tuvo que descender para usar su magia y evitar que las personas fuesen monos. El Tercer Sol fue Tláloc, que estaba triste, loco y envidioso porque su esposa había sido seducida por otro dios. Provocó una gran sequía y, cuando la gente suplicó la lluvia, les dio lo que pedían. Hizo que lloviese fuego, y los dioses crearon un nuevo mundo de esas cenizas. —Abrió el tambor con el pulgar y empezó a meter las balas despacio en el cilindro. Una a una. Clic. Clic. Clic—. ¿El Cuarto Sol? Tláloc fue cruel con su nueva esposa, le dijo que no valía una mierda, por lo que ella lloró sangre. Tanta sangre que ahogó al mundo con ella. Y llegamos al fin al Quinto Sol, nuestro sol, en la actualidad. Dicen que, cuando paren los sacrificios humanos, las estrellas se comerán el sol, el cielo y a todas las personas, y que un gran terremoto resquebrajará el cosmos.

—Estás loco. Esos mitos no son tuyos. Ni siquiera son reales.

Oliver siguió afanándose para liberarse del pico. Le dolía mucho, tanto que tuvo que esforzarse para no desmayarse.

«Empuja. Empuja. Empuja.»

Jake terminó de cargar el arma. Hizo un ademán brusco con el brazo hacia la derecha para cerrar el tambor.

—Todas las mitologías tienen un apocalipsis. Dios, es que está imbricado en la misma palabra. *Apocalipsis* significa «revelación». Es una epifanía. Un despertar, no un fin. Lo sabrías si hubiese aprendido como lo hice yo. En la oscuridad, con el mejor de los maestros. —Jake se sorbió los mocos—. Por cierto, será mejor que te estés quieto. El pico no se va a mover. Me he asegurado de ello. Magia.

«El pico no se va a mover.»

En aquel momento se fijó en que el agujero se había ensanchado. Vio la luz de la luna brillar en la carne húmeda y roja del dorso de la mano.

Si el pico no se iba a mover…

—Nos vemos en el otro lado —dijo Jake, que alzó el revólver.

Oliver tiró con todas sus fuerzas.

No del pico.

Sino de su mano.

Tiró del hombro hacia atrás, y la punta del pico le rasgó la piel, atravesó el músculo y el hueso entre los dedos corazón y anular. La sangre brotó mientras él caía hacia atrás.

Jake disparó.

Bum.

Oliver cayó entre dos rocas y rodó al instante para quedar bocabajo y ponerse de rodillas. Después cruzó el roquedal a toda prisa, agachado, mientras resonaban dos estampidos más, que rebotaron contra la superficie de las rocas junto a él y dos balas chirriando al rebotar. Una lluvia de lascas de piedra se apoderó del ambiente frente a él. La mano le dolía horrores.

Jake rugió de rabia, y Oliver pensó, absorto:

«Puede que la dificultad de escapar de este montón de rocas sea una ventaja».

Se agachó aún más, hasta tenderse en el suelo…

Una sombra se colocó frente a él y lo envolvió en la oscuridad.

En ese momento, recordó el camino que había recorrido hasta aquel lugar con Jake, cómo había brincado de roca en roca como un bailarín.

Una bota pesada impactó en el rostro de Oliver y lo tiró de lado. Sintió como si tuviese la nariz hecha de hormigón. Le latía el cráneo. La mano no dejaba de sangrarle.

El otro chico se colocó sobre él, con aire dominante.

El cañón del arma se levantó en dirección a Oliver, contemplándolo con mirada despiadada y malévola, como aquel ojo imposible de Jake.

—No lo entiendes —dijo Jake, con tono tenso y rígido. Le temblaba todo el cuerpo, pero el arma parecía mantenerse impasible entre sus dedos—. No aprecias las maravillosas implicaciones de todo esto. No solo voy a matarte. También voy a suicidarme. Cuando acabe contigo, también acabaré con todo. No solo será tu sacrificio. También va a ser el mío.

Oliver, resignado, apoyó la cabeza en la roca que tenía detrás.

—Un gran suicidio-asesinato cósmico —dijo, con tristeza y amargura—. La belleza del cataclismo, el poder de la destrucción. Ahora súbete a esa puta mesa, Oliver.

Oliver se puso en pie, débil y cansado. Atravesó haces de luz de luna en dirección al altar. Pero allí vio que el pico ya no seguía clavado en la piedra. Se había caído.

«Rompí el hechizo al escapar», pensó. Esa era la lógica de la magia. No tenía sentido, pero era así.

Se inclinó sobre la mesa.

Oyó el percutor del revólver. Ca-clic.

Y luego hizo lo único que podía hacer. Rodeó el mango de madera del pico, se dio la vuelta a ciegas…

Clac. El revólver cayó repiqueteando por el suelo. Los oídos de Oliver sintieron la punzada del estruendo del disparo. Jake se tambaleó hacia atrás a la luz de la luna. Tenía el pico clavado de cualquier manera en la carne que rodeaba la clavícula. Soltó una ristra de palabras carentes de sentido, un rugido gutural e inhumano.

Oliver pensó:

«Mátalo.

»Mátalo ahora.

»Acaba con esto, o de lo contrario nunca terminará».

Pero sintió un nudo en el estómago. ¿Podría hacerlo? ¿Lo haría?

En lugar de eso, giró sobre los talones y empezó a correr.

Llegó hasta el extremo del parque, cerca de la carretera, y vio el resplandor de unas luces de emergencia. No eran rojas y azules, pero sí del amarillo de la furgoneta de Caza Y Pesca. Vio a Fig aparcar el vehículo e intentó gritar, pero descubrió que había perdido la voz y que apenas acertó a emitir un susurro ahogado. Por eso, se tambaleó fuera de los arbustos, a sabiendas de que Jake podría haberlo seguido con el pico, con el revólver, y que tan pronto como viese a Fig cabía la posibilidad de que lo matase de un tiro en el pecho. Pero no ocurrió nada de eso. Lo único que ocurrió fue que Axel Figueroa lo vio acercarse a él y lo sujetó justo antes de que cayese al suelo. Después, todo se sumió en la oscuridad.

Interludio

Jake y el demonio

El Oliver que un día se convertiría en Jake estaba sentado en el salón, jugueteando con la compota de manzana mientras veía sus dibujos animados favoritos: *Audric y los Guerreros Motorizados*, en los que el joven héroe Audric, ayudado por sus amigos Tormentoso, Ulysses, Gatosombra y Marisol, se enfrentaban al malvado imperio fúngico de Serrucho, el jefe espora. Cada bando luchaba con coches y camiones que hacían las veces de armas. Los coches de Audric eran automóviles antiguos muy molones y camiones de aspecto militar, mientras que Serrucho tenía varios vehículos orgánicos posapocalípticos (que a Oliver le parecían boñigas llenas de venas). El tanque de Serrucho disparaba, pues eso, serruchos, y seguro que esa era la razón por la que se llamaba así.

Oliver tenía algunos juguetes delante de él: el Fogonazo de Audric, el Brincarrueda de Gatosombra y el tanque de Serrucho, el jefe espora.

Tenía nueve años.

La serie le gustaba mucho porque mostraba una batalla muy clara entre el bien y el mal. Audric era un héroe bueno y sin tacha. Serrucho era grotesco y malvado. Fácil.

Pero la serie también era problemática para Oliver, porque la daban a las tres y media de la tarde. Mientras la veía, el reloj del salón avanzaba hacia las cuatro, y el estómago del chico se encogía y revolvía cada vez más. Notaba la cabeza como si fuese una colmena caída, llena de preocupación y miedo. Le daban ganas de ponerse en pie y salir corriendo, pero es que la serie le gustaba mucho y no quería perderse ni un detalle.

En ocasiones, cuando el reloj daba las cuatro, salía corriendo de la estancia y se escondía en su habitación. Unas veces, debajo del

edredón, y otras debajo de la cama. Se suponía que no podía hacerlo, y sabía que solo le iba a servir para meterse en más problemas.

No podía hacerlo porque a las cuatro tenía que estar listo y esperando a su padre. Papá llegaba a casa a esa hora todos los días, sin demora, y a veces le encomendaba algunas tareas a Oliver. Estas solían ser bastante aleatorias. Papa le decía que cavase un agujero en el patio trasero. O que clavase tachuelas en un tablón durante una hora. Si llenaba el tablón, tenía que sacarlas y luego volverlas a clavar.

A veces su padre hacía cosas, como reparar una valla o arreglar una cañería obstruida del patio, por lo que exigía a Oliver que lo acompañase y bebía cerveza mientras le pedía herramientas concretas: una llave inglesa de cinco milímetros o un destornillador con cabeza Phillips o unos alicates universales. Su padre le pegaba si se equivocaba y le daba la herramienta equivocada. A veces le pegaba un revés con la mano, pero otras un puñetazo en el estómago.

Entonces Oliver empezó a llevar todas las herramientas: si su padre quería una llave inglesa de cinco milímetros, le llevaba todas las llaves para asegurarse. Pero eso hacía que su padre se enfadase aún más, porque era «una pérdida de tiempo» y le propinaba una torta, un puñetazo o incluso una patada en la rodilla o en la cadera. Su padre decía que el tamaño de la herramienta se podía ver en la misma herramienta, pero Oliver descubrió varias veces que eso no era cierto. Las herramientas eran viejas y estaban oxidadas, por lo que costaba mucho ver si la llave inglesa era de cinco milímetros o de siete. A veces encontraba los números en el metal e intentaba leerlos como si estuviesen en braille, pero no servía de nada. Lo último que se le había ocurrido era tratar de memorizar cuál era cuál, pero ni eso le servía, porque muchas veces se desazonaba tanto o estaba tan cansado que se equivocaba de todos modos. A veces entraba en el granero, les echaba un vistazo a todas las herramientas de la caja y se mareaba tan de golpe que empezaba a vomitar en un rincón y luego se ponía a llorar. Hoy, su padre aún no había visto los vómitos.

A Oliver le aterrorizaba pensar en lo que iba a ocurrirle cuando los viese.

Eran las cuatro menos cinco.

Oyó el sonido revelador de la gravilla rechinando bajo las ruedas de un camión.

La serie casi había terminado, pero algo pasó en la pantalla. Algunas partes se quedaron inmóviles mientras que otros píxeles daban la impresión de derretirse, un chorro de basura animada que se volvía más indescifrable por momentos. Unas franjas de estática blanca se enhebraban entre píxel y píxel. La rabia y la decepción se apoderaron de Oliver. ¡Era lo único bueno que tenía y ahora lo había perdido!

La pantalla se quedó en negro.

Pasó un rato.

No tardó en aparecer una nueva imagen.

Su padre en la pantalla, en el exterior. Como si lo estuviesen grabando con una cámara colocada en la parte alta de los árboles. Sacó la fiambrera del coche, y también una caja de herramientas.

«Dios, ya está en casa. Oh, no, no, no.»

Después su padre se detuvo, de repente. O casi. Era como si se moviese un centímetro hacia delante para luego volver a la posición anterior. Un centímetro adelante y luego atrás. Paralizado en el tiempo.

Oliver no comprendía lo que estaba ocurriendo. Miró el reloj de la pared y vio que el segundero hacía lo mismo. Un avance mínimo hacia delante, y luego hacia atrás. Nunca continuaba más allá de ese segundo.

Apareció un rostro en la pantalla. Parecía sacado de unos dibujos animados y, por un momento, Oliver pensó:

«¡Ya ha vuelto la serie!».

Pero lo cierto era que no reconocía a esa persona. Tenía unos bucles grasientos de pelo negro sobre un rostro pálido. La nariz era alargada y torcida de forma cómica. También tenía un pequeño par de gafas doradas apoyadas en la punta de esa nariz. Debajo, un bigote que parecía dibujado con rotulador.

—Hola, Oliver —dijo el hombre de dibujos animados con una gran sonrisa.

Y Oliver lo reconoció en ese momento.

Se llamaba Eli. No sabía por qué conocía su nombre, eso sí.

—¿Recuerdas qué día es hoy, Oliver?

Oliver parpadeó. ¿Se suponía que tenía que responderle al hombre de la televisión?

Eli, que también se llamaba Eligos o Vassago, dijo:

—Tranquilo. Puedes responder, Oliver.

—No… No recuerdo qué día es hoy.

Miró de nuevo el reloj de la pared. El segundero seguía igual, esforzándose por avanzar.

—¿Cómo voy a recordar un día que no ha pasado?

Eli sonrió. Y luego desapareció.

Apareció una nueva escena en la tele, con el mismo estilo de dibujos animados que *Audric y los Guerreros Motorizados*. Pero lo que aparecía en la pantalla no era el Fogonazo acelerando a toda velocidad en dirección al jefe espora, sino el salón en el que Oliver se encontraba sentado. Y su padre entraba por la puerta. En los dibujos estaba más musculoso, más tosco, con una barba que era poco más que unas líneas aserradas similares a picos de montañas.

En la pantalla, su padre dijo:

—¿Dónde está tu madre?

—Arriba —respondió el Oliver de dibujos animados.

Y era verdad. Ese era el lugar donde estaba su madre, lugar donde solía estar todos los días a esa hora. En el piso de arriba. En la cama. Dormida o medio dormida o puede que llorando ahogando los sollozos.

—Un amigo me ha dicho que hoy ha hecho algunas llamadas.

—Vale —dijo el Oliver de dibujos animados, sin saber bien a qué se refería su padre.

Pero el padre de los dibujos animados se lo explicó:

—Llamó a un abogado experto en divorcios.

—Ah.

—Eso significa que quiere abandonarme. Abandonarnos —dijo su padre.

Y el Oliver de verdad, el que contemplaba la escena, pensó:

«¿Esto es de verdad? ¿Ha ocurrido de verdad?».

La esperanza empezó a brotar en Oliver, porque quizá su madre no iba a dejarlos a los dos, sino solo a su padre. Tal vez se llevase a Oliver con ella.

—Tú no me abandonarías, ¿verdad?

—No, señor —dijo el Oliver de la tele. Y el Oliver de verdad sabía que era mentira.

El padre de la pantalla le dio unas palmaditas en la mejilla a su hijo.

—Buen chico. Ahora tengo que ir a hablar con tu madre.

Tanto el Oliver dibujado como el de verdad sabían lo que significaba eso. No sería una charla, sino un enfrentamiento a gritos. E iba a terminar como terminaba siempre: con su madre llorando. Seguro que llena de moretones. Y puede que sangrando.

Y ahora el Oliver de dibujos animados fue como Audric por unos instantes: extendió el brazo para sujetar a su padre por la muñeca. Fue un gesto desafiante. El chico levantó el mentón y retorció el gesto en una expresión de decisión y valentía.

El padre de la televisión bajó la vista para mirar al chico que lo agarraba, un borrón de tinta fruto de la rabia se empezó a formar sobre su cabeza. El vapor brotó de sus mejillas sonrosadas.

—No —dijo el Oliver de dibujos animados—. Déjala en paz.

Eso bastó.

El padre de la televisión agarró al chico y lo tiró contra la pantalla. El televisor cayó al suelo y el cristal se resquebrajó formando telas de araña. El padre sacó un paquete de cigarrillos arrugado del bolsillo, cogió uno y se lo puso en los labios mientras se palpaba en busca de un mechero. El chico intentó arrastrarse para escapar, pero el padre le plantó un pie en la parte baja de la espalda y empujó hacia abajo. El chico gruñó y se revolvió, entre gritos.

El padre encendió el cigarrillo. Unas nubecillas brotaron de la punta.

—Sé que no somos de ir a la iglesia —dijo el Nate de dibujos animados—, pero recuerdo un pasaje de la Biblia en el que decía que, si una mano te hace mal, hay que cortar dicha mano, o alguna mierda así.

El cigarrillo le colgaba de los labios. Hizo más presión con el pie en

el cuerpo del chico, y las nubes de nicotina animadas no habían dejado de flotar sobre su cabeza.

Después, agarró la mano del Oliver de dibujos animados.

La extendió.

Se quitó el cigarrillo de la boca.

Y…

Tssss.

Presionó la punta contra el dorso de la mano de Oliver. El chico se agitó y gritó. Unos diablillos rojos aparecieron sobre él. Se juntaron sobre los hombros de su padre antes de desaparecer del todo, como fantasmas.

Y ahora, Oliver, el de verdad, sintió un acceso repentino de dolor en la mano. Y, cuando le dio la vuelta, vio que se le empezaba a formar una pequeña herida. Antigua y más rosada, pero aún en carne viva.

La pantalla se quedó en negro.

Eli reapareció al cabo de un instante.

—Eso ocurre hoy —dijo Eli—. ¿Ahora lo recuerdas?

Oliver tragó saliva.

—Un poco.

—Está a punto de pasar.

—Lo sé.

—Ya ha pasado antes.

Una nueva escena reemplazó a Eli en la pantalla: un joven, que no era Oliver, ni un dibujo animado, tirado en el suelo. Bocarriba en esta ocasión. Clavado allí por un hombre de barba incipiente y mejillas caídas que llevaba una camiseta que había sido blanca en tiempos, pero que ahora estaba amarilla y mojada a causa del sudor. Las muñecas del chico estaban inmovilizadas bajo las rodillas del hombre. Tenía un cigarrillo… No, una boquilla de plástico mordida entre los dientes; se la quitó de la boca y luego se la hundió en la clavícula.

Después reapareció en la pantalla el padre de dibujos animados, su padre. Tiró hacia abajo del cuello de la camisa de franela y dejó al descubierto una pequeña cicatriz que tenía en la clavícula.

—¿Ves, hijo? —dijo su padre, con una voz que era la suya pero, de alguna manera, también la de Eli—. Me ha pasado a mí. Te ha pasado

a ti. La rueda gira. Ciclos y ciclos. Lo que ha ocurrido antes volverá a ocurrir.

Sonrió con dientes negros y relucientes, y luego volvió a desaparecer.

El segundero se sacudía, se sacudía y se sacudía en la pared.

Apareció una noria en la televisión. Empezó a sonar música que salía de un calíope. Pa-pa-ra. Pa-pa-ra. Después se hizo de noche y la noria estaba en llamas. Los que iban en ella estaban en llamas. Y gritaban. Algunos de ellos saltaban al suelo mientras dejaban tras de sí un rastro de llamas y se abalanzaban a su muerte.

Aparecieron una serie de imágenes, una tras otra.

Un autobús escolar que da contra una fila de colegiales en un paso de peatones. Ni siquiera hizo un amago de frenada. El conductor estaba dormido. Los niños acabaron bajo las ruedas.

Una mujer que giraba en una tabla redonda en un circo, rodeada de hachas clavadas en la madera. Le lanzan otra, que le da de lleno cuando tendría que haber fallado. Se le clava en la cabeza como si fuese un melón. Prrruch.

Una joven destripada en una roca, junto a un asesino guapo y sonriente. Parece joven, un dependiente, y mira a la pantalla como si supiese que lo están mirando. Y le gusta. Las tripas de la joven se hinchan y estallan como estallan las pulgas cuando se han cebado demasiado con la sangre. Oliver ve que tiene algo extraño en la mejilla, un número grabado en la carne. El número tres.

Las imágenes pasan más y más rápido. Animales muertos y putrefactos a la intemperie. Moscas en la cara de una chica muerta. Prisioneros flacos y postrados ataviados con pijamas andrajosos contra la valla de un campo de concentración. Hombres en zanjas, aplastados por otros hombres a caballo. Un soldado en una trinchera que se afana por ponerse una máscara antigás mientras le salen llagas en la piel y los ojos le caen como yemas de huevo por las mejillas. Niños hambrientos, vientres hinchados. Mujeres metidas en una furgoneta con sacos sobre las cabezas. Disparos de ametralladora en un concierto, apenas audibles a causa de la música mientras la gente del público cae una a una entre pequeños arcos de sangre que brotan con

cada tiro en la cabeza. Pum. Pum. Pum. Pum. El pasillo de un instituto lleno de cadáveres de adolescentes. Una niña muerta en una maraña de alambre de púas en una frontera. Guerra. Enfermedad. Hambruna. Tortura. Muerte. Oliver lo vio todo porque no podía apartar la mirada, y no sabía a ciencia cierta cuánto tiempo pasó así. Puede que unos minutos, puede que semanas o incluso años. Se empezó a sentir lleno por culpa de las imágenes, como si fuesen una serpiente que se abriera paso por su cuello para luego metérsele por la boca y ahogarlo. Gritó, pero no emitió sonido alguno. Y las lágrimas no evitaron que viese las imágenes, no las emborronaron. Era como si las percibiese de un modo no del todo visual, como si alguien las clavara en las paredes de su mente con clavos oxidados y retorcidos.

El rostro de Eli volvió a aparecer. En esa ocasión no era el de dibujos animados. Vaya que no. Era demasiado real. Tenía la cara pálida y blanca. Los ojos inyectados en sangre. Los labios azules, como si se ahogase. Y dijo, con una voz tan estruendosa que Oliver la oyó dentro de su cabeza mientras le castañeteaban los dientes como monedas en el posavasos de un coche:

—¿Ves, Oliver? ¿Ves en qué se ha convertido el mundo?

—Lo veo.

—¿Te parece el mundo un buen lugar, Oliver?

—No… No lo creo.

—¿No lo crees?

—Sé que no.

—Bien. Lo sabes. Los ciclos se suceden. Las ruedas y los engranajes. Y la máquina sigue vomitando el mismo sufrimiento, los mismos paquetes preparados de miseria. Y tu bisabuelo vuelve de la guerra y se ceba con tu abuelo, quien carga con esa rabia y esos traumas como si cargase con un cubo lleno de mierda al que le da sorbos para saciar la sed. Y luego se lo pasa a tu padre, y ahora tu padre te lo pasa a ti. Como si fuese una enfermedad, como un cáncer, contagioso y heredado. ¿Quieres pasárselo también a tu hijo?

—No.

—No, claro que no. Claro que no. ¿Y qué vamos a hacer entonces?

Y dijeron, al mismo tiempo:

—Romper la rueda.

Ahora tenía un martillo frente a él.

El reloj de la pared siguió avanzando de repente. Tic-tac. Tic-tac. La puerta se abrió y entró su padre. Dijo lo mismo que había dicho antes en la televisión.

—¿Dónde está tu madre? —Pero luego se fijó en el martillo que había en el suelo—. ¿Ese es mi martillo? ¿Has vuelto a jugar con mis herramientas, Oliver?

Oliver extendió el brazo y cogió el martillo.

Respondió a su padre sin palabras.

El golpe fue un tanto torpe. Se levantó y apuntó hacia la cara del viejo. Le golpeó en la sien e hizo que se tambalease. Pero su padre se quedó en pie y alzó dos dedos para tocarse los dos regueros de sangre que acababan de brotar. Los dedos se pusieron pegajosos y húmedos.

—¿Por qué, pedazo de…?

Oliver le pegó un martillazo en la boca. Se le astillaron los dientes como si fuese un lavabo de porcelana. Se le quedó la boca llena de fragmentos. Las encías se le convirtieron en ensalada de ambrosía. Hizo gárgaras y se empezó a ahogar con las astillas de dientes y la sangre, y Oliver se subió a él como si fuese un árbol para luego empezar a darle en la cabeza y en el cuello con el martillo, una y otra y otra vez. El martillo no dejó de golpear hasta que la cabeza del hombre perdió la forma y se quedó blanda, como una pelota desinflada, un tocón podrido y pateado. Y siguió golpeando y golpeando hasta que el pelo se le manchó de sangre y no le dejó ver, hasta que su padre cayó al suelo y él cayó detrás.

Se quedó a horcajadas sobre el cuerpo. El martillo goteaba.

Las paredes empezaron a sangrar. No sangre, aunque al principio creyó que lo era. Era agua. Agua que se deslizaba por las paredes de madera de la casa y humedecía las tablas para oscurecerlas tanto que parecían de piedra. Y luego se convirtieron en piedra de verdad, y la oscuridad del interior de la vieja mina de carbón abarcó la estancia hasta que dejó de ser una habitación.

El recuerdo de todo aquello se apoderó de él. Huyendo de casa hacia la vieja mina de Ramble Rocks para luego hundirse en el lodazal

y terminar allí, en esa mina. Si es que era eso en realidad.

Lo único que quedaba de la casa era el televisor, y una figura negra que no dejaba de brillar salió de la pantalla como una serpiente que cruzase una ventana abierta. Después también desapareció la tele. El demonio se quedó allí. Se irguió, más alto que nunca, y luego se encorvó y rozó los hombros líquidos contra el techo de la mina.

—Estás listo —dijo, con voz profunda y húmeda. Extendió el brazo, un brazo largo y lánguido que terminaba en cinco garras de las que goteaba un líquido resplandeciente, blanco como gotas de leche agria en esa oscuridad. El brazo se movió rápidamente y arañó el ojo del chico.

Él se tambaleó hacia atrás y sintió que se le hinchaba la cara alrededor de la cuenca del ojo. Se llevó las manos a la herida y sintió que se le distendían y movían los huesos, que se resquebrajaban para luego adquirir otra forma. Sintió que algo diferente reptaba por allí dentro, como una anguila dentro de un zapato. Y luego lo vio frente a él: un círculo de chicos que se parecían a él, pero que no eran él, uno detrás de otro. En el centro, una mesa. No, un altar, del que irradiaban unas grietas que se extendían despacio. Las grietas se apoderaron de los chicos uno a uno, y después lo arrastraron a él a un mar de caos tumultuoso. Oliver supo lo que tenía que hacer.

Y cuando abrió los ojos…

Solo vio bien por uno de ellos. Por el otro, vio muchos colores, siempre cambiantes. Vio posibilidades infinitas. Vio sangre y fuego. Vio cientos de puertas y miles de caminos que salían de ellas. También vio entradas a los corazones humanos, lugares débiles, blandos, en los que sus pecados abrían agujeros con fuego.

Y, a través de ese ojo enloquecido, también vio dentro y fuera de la mina. Vio los muchos túneles retorcidos, la entrada hambrienta y el carbón líquido del lodazal. Después se vio a sí mismo en pie y fuera de ella, solo. En una mano sostenía el pico. En la otra, un libro andrajoso, *El libro de los accidentes*. Sintió algo en la muñeca, un cosquilleo, un hormigueo. Y cuando agarró con fuerza el libro, la muñeca chasqueó a causa de la cavitación y el libro desapareció, perdido en algún lugar. (Aun así, lo sentía ahí fuera, en ese otro lugar.)

Una voz en su cabeza dijo:

«Tienes mis dones.

»Tienes mi marca.

»Tienes trabajo que hacer».

Y fue en ese momento cuando el ave cruzó frente a él, mientras un cazador la perseguía con el arma levantada.

SEXTA PARTE

Hacedores, rompedores y viajeros

¿Era Edmund Walker Reese un asesino en serie que empezó a matar debido al maltrato que sufrió de niño, como les ocurre a muchos monstruos? ¿Era esquizofrénico? ¿O eso no son más que excusas fáciles (¡o vagas!) para sentar las bases del origen de su historia como villano? Puede que se deba a algo más extraño aún: Reese era vulnerable a causa de lo que le ocurrió, pero su exposición a lo sobrenatural fue lo que le hizo encontrar una manera de canalizar su rabia. Estaba tan fascinado por las leyendas de la zona, por Ramble Rocks en particular, que o bien se inventó a la criatura conocida como el demonio, o bien es cierto que conoció a una criatura diabólica que se desplazaba entre las «partes débiles» del velo que separaba las realidades que se sabía que había en Ramble Rocks. Y durante la era de miedo por lo satánico, aquel demonio real o imaginario fue capaz de convencer a Reese de que la rabia que sentía y el dolor que experimentaba eran combustible suficiente para entablar su cruzada consistente en matar a las jóvenes. Y, al matarlas, sería capaz de expulsar su rabia y disminuir, o incluso eliminar, su dolor. Estaba claro que había muchos antes que él que habían sido maltratados y se habían sentido miserables, y también muchos otros que habían sido capaces de llevar una buena vida a pesar de ello. Pero pocos eran como Reese. Y menos aún habían sufrido esa transformación propiciada por la invención delirante (o por un verdadero encuentro) de un demonio en la oscuridad. Fuera cierto o no, todos tendríamos que alegrarnos de algo: de que fue incapaz de terminar su cruzada satánica. Ojalá todos nos enfrentásemos a nuestros demonios y saliésemos victoriosos.

—Del capítulo final del libro *Sacrificio en Ramble Rocks: Los asesinatos satánicos de Edmund Walker Reese*, por JOHN EDWARD HOMACKIE

64

Acuérdate de Orfeo

Oliver estaba en la cama, medio consciente y medio dormido, pero oyó a su madre hablar con Fig entre murmullos.

Fig: «No había ningún cuerpo, Maddie. De verdad. Sí que había sangre. También el teléfono de Oliver. Pero ningún cuerpo. Tampoco pico alguno. Ni pistola. Nada».

Maddie: «Entonces sigue libre por ahí».

Fig: «Están en ello. He hablado con Contrino. Dice que encontrarán a ese tal Jake».

Maddie: «No lo encontrarán. Esto es más complicado de lo que crees, Fig».

Fig: «Puedes decírmelo. Y también puedes decirme dónde estaba Jed. Dijiste que lo habías encontrado. Y encontramos su coche en ese resort pijo que hay al norte».

Maddie: «No sé hacia dónde fue después».

Fig: «Pues los encontraremos a ambos, Maddie. Te lo prometo. Por Nate».

Maddie: «Nate está muerto, Fig. No lo hagas por él. Hazlo por nosotros».

65

Desenroca, forastero

La caída fue corta, pero dolorosa. Aterrizó de lleno sobre la espalda y sintió cómo el aire escapaba de sus pulmones. Notó el sabor a sangre.

Nate se puso en pie como pudo. Tenía el brazo dolorido, y también recordó que Jake agitaba el bate de béisbol. Al menos podía moverlo. No se lo había roto.

«¿Dónde coño estoy?»

El túnel. Seguía en el túnel.

Vio la entrada a lo lejos, media luna de luz grisácea. Al parecer, era de día. Puede que de mañana. ¿Estaba dormido? Quería creer que lo sucedido había sido en realidad una pesadilla…, pero lo cierto era que todo parecía muy real.

Nate sacó el teléfono. Trató de llamar a casa, pero no tenía cobertura.

«Seguro que es a causa del túnel. Estoy en el túnel.»

Nate encendió la linterna del teléfono…

Vio unas vías que relucían frente a él.

Y menuda movida, ¿no? Porque hacía tiempo que habían quitado las vías de aquel viejo túnel. O eso creía recordar.

«Mierda. Tengo que salir de aquí. Tengo que volver a casa. Ir a un hospital.»

Apagó la linterna para ahorrar batería y luego avanzó a trompicones. La salida se hallaba a unos cientos de metros, por lo que empezó a caminar a buen ritmo. Cuando salió del túnel, la luz matutina lo cubrió de arriba abajo y lo cegó por unos instantes…

Y luego se acostumbró a la claridad.

Al principio, sintió como si lo rodeasen unas bestias enormes: esqueletos y fósiles. Pero parpadeó y vio que no eran bestias, sino más

bien una silueta que se suele asociar al entretenimiento. Una montaña rusa. Y una noria a su derecha. Justo frente a él, unos puestos de comida y un carrusel medio destrozado, con tres caballos rotos y fuera de la barra.

—Pero ¿qué…?

Nate se dio la vuelta y miró hacia el túnel.

La parte superior estaba cubierta por un cartel enorme: EL TÚNEL DEL TERROR.

Cada letra incluía una gran cantidad de bombillas rotas. La O de «terror» era la boca del dibujo de una mujer que gritaba de miedo, con los ojos pintados de manera muy llamativa y las mejillas medio desportilladas.

Nate bajó la vista hacia el túnel por el que había salido…

Y ahora se percató de que las vías eran del Túnel del Terror. Una cara sobresalía de la pared, colgando de una especie de acordeón, tan rota que era poco más que un cráneo oxidado. Más al fondo había fantasmas blancos y andrajosos que colgaban de unos cables. Y detrás de eso, otras formas y sombras inidentificables.

Nate se dio la vuelta.

¿Qué era ese lugar?

¿Se había hecho realidad su pesadilla al fin? ¿O estaba muriendo y aquellos eran los últimos chispazos de su actividad cerebral?

Tenía claro que parecía real. Más real que ningún otro sueño. Aunque notaba el aire igual de raro que en el túnel. Pero en ese momento, en lugar de parecerle disperso, le resultaba pesado y oleaginoso, como si pudiese agarrarlo con la mano y comprimirlo entre los dedos.

Detrás de los restos de la montaña rusa, el sol era poco más que una mancha de luz. Unas nubes llorosas se acumulaban en el cielo plomizo.

Un aullido hendió el aire a lo lejos.

Pero no era de un animal.

Nate estaba seguro de que había sido de un hombre. Un sonido crudo y gutural. Desesperado y demente.

Se palpó en busca del arma por instinto…

Pero la cartuchera estaba vacía. La pistola se le había caído de la mano antes de hundirse en la ciénaga de asfalto, ¿no?

«Tengo que salir de aquí —pensó—. Sea lo que sea este lugar.»

Empezó a correr hacia delante y sintió que el miedo se le acumulaba en la base del cráneo. Nate avanzó a través de unos puestos de comida en los que había pintados con aerosol:

EL HOMBRE DE LOS NÚMEROS TE ATRAPARÁ
CUIDADO CON LA MÁSCARA BLANCA
VIENE EL ALLANADOR
CONSUMIÉNDOME EN CORONAVIRUSLANDIA

Y luego el más inquietante de todos:

BIENVENIDO AL FIN DELOS MUNDOS

En ese último mensaje, alguien había añadido la O y las dos S. El primer mensaje estaba escrito con pintura blanca, pero habían añadido el plural en rojo.

Nate corrió, pasó por más puestos de comida, a través de la sombra esquelética de la montaña rusa, sobre los caballos del carrusel, hasta que encontró la salida, o más bien la entrada. Sobre la que colgaba un cartel:

PARQUE DE ATRACCIONES RAMBLE ROCKS
¡DESENROCA, FORASTERO!

Había un payaso vestido de vaquero pintado debajo.

Alguien le había dibujado una equis en el ojo izquierdo con un aerosol de pintura blanca.

Nate se dirigió a la puerta a sabiendas de que necesitaba ir a un hospital o llegar a casa, pero en ese momento oyó el silbido distante de algo que atravesaba el aire y…

¡Puk!

Algo lo golpeó en la parte de atrás de la cabeza. Gritó y se pasó la mano, pero por suerte no estaba sangrando. Tenía una piedra a los pies.

Pequeña. Pero afilada.

Examinó el parque de un lado a otro…

No tardó en ver a la persona que se la había tirado.

Agazapada tras un auto de choque destrozado por la herrumbre. Le vio los hombros, el pelo alborotado y una máscara de algún tipo. Era como de Halloween o algo así. Mientras la persona seguía asomada, a Nate le dio la impresión de que la máscara podía ser de un animal, un conejito de pascua angelical, pero sin las orejas…

Pero luego, quienquiera que fuese, se agachó aún más.

Oyó los arañazos de un zapato que venía de otra dirección. Se dio la vuelta y se topó con otra persona. Un tipo grande. De barriga prominente, pero con piernas y brazos cortos, casi como los de un ave. Aquel no tenía máscara, sino una capucha que se había hecho con una bolsa de tela con agujeros para los ojos cortados con tijeras.

Nate vio un número en la máscara. Un cero con una raya cruzada en rojo, dibujado con lo que parecía ser pintura goteante.

El hombre tenía un arma: un bate de béisbol de aluminio.

Nate echó un vistazo a su alrededor en busca de un arma, pero no encontró nada.

El de la máscara de conejo salió de detrás del auto de choque. La máscara parecía un dibujo animado de mejillas rollizas, con una nariz que era un triángulo rosa, bigotes y las orejas cortadas dejando bordes dentados. La persona que la llevaba era baja y delgada. Demasiado delgada, como si se estuviese consumiendo por el hambre. De la mano le colgaba un arma, un machete improvisado. Era un pedazo de hierro que parecía sacado de la puerta de un vehículo o de un techo de metal, doblado y afilado de cualquier manera. El mango no era más que un envoltorio de cinta aislante.

También tenía el mismo número pintado en la máscara. El cero con esa raya cruzada.

«A la mierda», pensó Nate. Giró sobre los talones y empezó a correr a toda velocidad hacia la salida, pero otras dos figuras se interpusieron en su camino y le bloquearon la carrera.

Una era una mujer. Alta. Flaca. Solo tenía una mano, que acababa en una garra artrítica. Llevaba una de esas máscaras venecianas con forma de mariposa, como si acabase de llegar de un baile de carnaval. Iba ataviada con un vestido sin mangas rosado, ajado, rasgado y lleno

de manchas de óxido.

Junto a ella había un niño. Más joven que Oliver, puede que de doce o trece años. Era rubio, de un tono tan pálido que casi parecía del color del sol o de una playa de arena blanca. No llevaba máscara. Tenía las mejillas rubicundas, y el resto del rostro cubierto de puntos rojos, como de urticaria o sarampión. Llevaba unos pantalones de pana sucios, una sudadera agujereada por las polillas y unos guantes de cuero negro.

La mujer tenía una pala roja para la nieve. El chico sostenía una piedra.

El mismo cero estaba dibujado en ambos rostros. Cortado en sus mejillas, en la piel. Números, como las víctimas de Reese. Pero esta gente estaba viva. ¿Cómo podía ser alguien la víctima número cero?

Nate hizo crujir los nudillos. Iba a tener que abrirse paso a golpes. Se dio la vuelta para mirar al de la máscara de conejo y al de la bolsa en la cabeza, que cada vez estaban más cerca.

El chico y la mujer eran la escapatoria más fácil. Una pala de nieve era difícil de blandir, y el chico solo era un chico. Sabía que podría abrirse paso…

Pum.

Un flash de cámara en su visión, y otro golpe en la cabeza. Se tambaleó a los lados y bajó la vista a la piedra que tenía junto a los pies. Se llevó la mano a la parte de atrás de la cabeza y, cuando la miró, estaba húmeda y roja. El chico que estaba cerca de la salida ya no sostenía un pedrusco en las manos.

«Menudo lanzamiento, chaval», le dio por pensar, de manera irracional.

El de la máscara de conejo empezó a correr a toda velocidad, hacia él, y levantó la hoja que llevaba en la mano para luego empezar a dar tajos. Frus. Frus. Nate seguía medio atontado y casi no consiguió apartarse de su camino. Levantó el brazo para cubrirse, y el machete cortó un pedazo de carne. Nate gritó y cayó de culo. Sintió cómo el dolor se le extendía por la espalda a medida que empezaba a ver doble. El grandullón se encontraba sobre él, y le clavó la bota en las costillas. Nate sintió cómo cedían un poco. Hizo todo lo que pudo: se

retorció, se puso de lado, se hizo un ovillo, todo mientras no dejaban de darle patadas.

Las patadas pararon.

—Te conozco.

Era una voz familiar, que cada vez se acercaba más. Una voz quebrada, como el ruido de una puerta vieja.

—No —dijo Nate, que sentía las cuerdas vocales en carne viva.

—¡Te conozco! —exclamó Edmund Walker Reese, sin asomo de regocijo en la voz. Se lamió los labios finos y se subió por la nariz torcida unas gafas de miope—. Trataste de arrebatarme a la número treinta y siete. Casi se me escapa. Pero me subí a lomos del relámpago y la volví a encontrar, ¿verdad? Lo hice. Lo hice. La encontré en el noventa y nueve. Tú eres quien la protegía, ¿verdad, mosca cojonera?

Tenía un cuchillo de caza en la mano. Reluciente. La hoja parecía en perfecto estado.

Reese presionó una zapatilla sucia contra la barbilla de Nate.

—Te hice una cicatriz. Podría hacerte otra. Te quedaría muy bien un cero grabado en la carne de la cara, ¿no crees? —Los enmascarados que tenía alrededor asintieron. El chico sin máscara rio entre dientes y aulló—. Estos son mis amigos. Mis ceros. Tengo muchos amigos. Son los que caen entre mundos, los que vienen de mundos caídos. Se unen a mí. Lo hacen porque la alternativa es morir. ¿Tú qué dices? ¿Te vas a unir a mí? Has entrado en mis dominios, viajero. En mi túnel. En mi parque. Podría decirse que eres de mi propiedad…

Nate agarró el pie del tipo con la mano buena e intentó retorcerlo para tirarlo al suelo…, pero Reese se apartó y Nate sintió cómo la bota de alguien le pegaba una patada en la cara. Gruñó dolorido y sintió como si se le hubiesen soltado algunos dientes. Empezó a caerle un hilillo de sangre de la boca. Refunfuñó e intentó darse la vuelta y escapar. Unas manos lo aferraron y empezaron a arrastrarlo. Empezaron a clavársele astillas a través de la ropa, en la piel…

Pam.

El rugido de una pistola se apoderó del ambiente. Uno de los atacantes, tal vez el de la máscara de conejo, dio una voltereta hacia atrás mientras la sangre manaba de su cuello torcido. Nate vio que el

de la máscara caía al suelo junto a él; los ojos inertes del conejo de Pascua se le quedaron mirando y, a través de los agujerillos, vio unos ojos de verdad, humanos. Tres parpadeos, y luego ninguno más. Pam. Alguien gritó y se oyó un gorgoteo. Nate trató de ponerse en pie, pero tenía las piernas demasiado débiles. Sintió como si se le estuviesen rompiendo las costillas hundidas. Pam. El grito de una mujer.

Nate rodó para ponerse bocarriba. Respiraba con enorme esfuerzo, en accesos sibilantes. La oscuridad se apoderó de la luz. Alguien pasó junto a él con un arma larga y cuadrada en la mano, parecida a una pistola de calibre 45 del ejército. Llevaba una máscara de gas, unos vaqueros manchados de tierra y una camiseta del color de un hígado enfermo.

Nate cerró los ojos. Sintió que unas manos lo agarraban por los talones y empezaban a arrastrarlo. Fue en ese momento cuando se dejó llevar por la corriente de la inconsciencia.

66

Un disparo más a la diana

Una vez fuera del hospital, Oliver vio la ira que se desplazaba por el interior de su madre, como un matón que buscase pelea. Hizo ambas maletas mientras notaba la rabia en la punta de los dedos, tirando la ropa en el interior, casi como si fuese un castigo. Oliver no ayudó porque Maddie le dijo que el médico le había aconsejado que no moviese la mano, por lo que él se limitó a mirarla y contemplar su dolor. Por un momento, se preguntó qué ocurriría si extendía la mano hacia ella como había hecho con Graham, si le arrebataba ese dolor. ¿Podría hacerlo? ¿Sería capaz de repetir algo así? ¿La salvaría? ¿O la condenaría? ¿Necesitamos el dolor en nuestras vidas? ¿Era bueno tener un poco de dolor, un poco de ese dolor horrible? ¿Tendremos siempre un dolor que forma parte de nosotros o habrá otro más invasivo? Oliver no lo sabía. Y tenía miedo de hacer nada.

Por todo eso, cuando Maddie dejó la maleta y se dirigió hacia él, la miró y dijo:

—Lo siento mucho.

El dolor y la rabia del interior de su madre cedieron un poco.

—¿Por qué lo sientes, hijo?

—Lo siento por haberte metido en todo esto. Lo siento por haberme dejado engañar. —Las lágrimas le ardían tras los párpados—. Lo siento por no haber tenido las agallas suficientes como para matarlo. Ahora papá no está y…

En ese momento, ella lo abrazó de nuevo. Fue casi como si estuviese hablando con él, empezaron a balancearse de un lado a otro.

—No, no, no. No. No te hagas eso. No seas así. Eres un buen chico, Olly. Un chico con un corazón de oro. No dejes que nadie te diga que eres malo. —Le sujetó las mejillas y tiró para que Oliver la mirase a la

cara—. Escúchame. Ese chico… Ese Jake. Ese cabrón… Sé que crees que eres tú, pero no lo es. Y tampoco eres ninguno de esos otros Oliver que murieron en esa roca. Tú eres único. Esta es tu vida, la afrontarás como consideres conveniente… y huirás cuando lo creas necesario.

Él asintió.

—¿Por eso estamos huyendo? —preguntó.

—Huiremos hasta que descubramos cómo dejar de hacerlo.

—Te quiero, mamá.

—Yo también te quiero, hijo mío.

Se sentaron en el Forester de Maddie, Fig en el asiento del acompañante y Oliver acurrucado sobre los asientos de la parte de atrás, tapado con su chaqueta.

Maddie se lo contó todo a Fig. Todo. Era el momento. Necesitaba su apoyo para conseguir lo que quería de él.

—Maddie —dijo él—, todo esto… Es una locura. Ojalá los dos no fueseis a ningún sitio. Ojalá os quedaseis. Podríamos manteneros a salvo.

—Jake es un Oliver de otro universo. O de otra línea temporal, o lo que sea, yo qué coño sé. Y quiere destruir todos los universos. Para hacerlo tiene que matar a mi hijo, y supongo que acabó con Nate para llegar hasta Oliver, pero no lo sé. Ni siquiera estoy segura de que eso importe a estas alturas. Nate ya no está entre nosotros. Es probable que haya muerto. Pero quien no está muerto es ese niño, ese Jake. Y necesito un lugar donde esconderme. Eso es lo que hay. ¿Qué me dices?

—Maddie, tenemos que avisar a alguien. Hacer que te proteja la policía. Los federales incluso…

—Te he preguntado qué me dices, Fig.

Fig suspiró. Se metió la mano en el bolsillo y le dio las llaves.

—La cabaña no es gran cosa, ¿vale? Es pequeña, de pesca. Está al norte del lago Wallenpaupack, a unos quince kilómetros. No hay internet. La cobertura no llega muy allá. Hay un teléfono fijo, pero falla bastante. También hay un televisor con antena. Madera para calentarla y para cocinar. La despensa no está muy llena ahora, pero

hay un supermercado pequeño a unos tres kilómetros al sur por la carretera. Tienen lo suficiente para sobrevivir, hasta en invierno, porque no demasiado lejos hay una estación de esquí. Esta cabaña es toda tuya. Tienes mi permiso y el de Zo. Nosotros vamos a estar ocupados con el pequeño, que no tardará en nacer. No tenemos tiempo para ir a la cabaña.

—Gracias, Fig.

Fig se quedó un rato en silencio. Después desenfundó el arma y se la ofreció.

—Venga, cógela.

—No la necesito. —Ella abrió la guantera que había entre los dos asientos y sacó una Glock—. Sé cuidar de mí misma. Nate me pidió que la llevase encima.

Él esbozó una sonrisa.

—Me parece bien. Me gustaría que siguieses en contacto conmigo. Puede que…

—Fig, en mi opinión deberías coger a Zoe y sacarla de aquí. Encontrar un lugar donde quedaros durante un tiempo.

—Yo… —La confusión se apoderó de su semblante, el gesto demudado—. No sé si podría hacerlo.

—No eres policía. No uno de verdad. No le debes nada a nadie.

—Ay.

—Sabes a qué me refiero.

—Vale. Sí. Pero a lo mejor puedo ayudar. A mi manera.

—Si tú lo dices.

—Ten cuidado, Maddie. Si necesitas algo, avisa, por favor. Estaré esperando. Y ayudaré en todo lo que pueda. —Se inclinó entre los asientos para mirar hacia atrás—. Tú también, Oliver. Tu madre es una tipa dura. Te protegerá. Pero tienes que hacer lo mismo por ella, ¿vale?

Oliver asintió al oírlo.

—Gracias, Fig —dijo Maddie.

Después, él abrió la puerta y se marchó. Maddie puso en marcha el coche. Vio a Fig por el espejo retrovisor, mirando cómo se marchaban.

67

Dígame, doctor, ¿adónde vamos ahora?

Nate se despertó entre balbuceos. Rodó y tuvo un acceso de náuseas, pero no vomitó nada. El dolor se apoderó de su vientre como si algo le estuviese cortando con unas tijeras.

Alzó la vista y parpadeó.

«Mi habitación», pensó.

Era cierto. Estaba en su antigua habitación. La misma de cuando era un crío. El techo abombado a causa de la humedad. Telarañas en los rincones. Un póster de un Lamborghini en la pared, que estaba descascarillada y tenía la mayor parte de la pintura por el suelo. También alguna que otra diferencia muy notable: una pila de fusiles y escopetas en un lado de la estancia. Una caja de munición junto a ellos. Tablones clavados para tapiar las ventanas. Y, junto a él, en una mesita, una botella de una marca de lejía que no le sonaba (Hygeen), rodeada de cualquier manera por un círculo de papel y pedazos de gasa.

Nate se incorporó con un gruñido, y el esfuerzo lo obligó a tomar aliento para recuperarse. El dolor que sentía en las costillas se aplacó un poco.

Vio a su padre sentado en una silla de comedor bastante frágil. En la mano izquierda tenía una cuchara que metía en un cuenco de cereales. Junto a él, una pistola 45 ACP.

«Es el fantasma. El que he estado viendo», pensó.

Pero no era un fantasma. Fuera quien fuese la persona que se sentaba allí, era muy real. Eso lo tenía claro.

Era su padre, pero al mismo tiempo no era su padre. Era zurdo, por lo que ya tenía algo diferente. Y también parecía más duro, como una tira de cuero curtido. Aquel no era un hombre moribundo por culpa

del cáncer. Era alguien que hacía gala de una vitalidad envidiable. Alzó la vista para mirar a Nate, con sus ojos azul claro.

—Nathan —dijo el anciano.

—No puede ser.

La voz de Nate sonó ronca, como una roca raspando la acera.

Su padre, aquel doble, se sorbió los mocos.

—Lo es. Y no lo es. —El anciano se inclinó para coger algo: una taza de café mugrienta con el borde desportillado. En ella había un gato de dibujos animados que Nate sabía que se llamaba Isidoro, quien decía en tono lúgubre dentro de un bocadillo de cómic: ODIO LOS LUNES. ¿Esa no era la frase típica de Garfield?

—Toma.

Nate hizo una mueca cuando extendió el brazo para coger la taza.

Estaba llena de agua. Le dio un sorbo. Sabía… rara. Tenía un toque mineral que se le deslizó por la lengua, pero era igual de refrescante. No prestó atención al sabor y se la bebió de un trago, de lo que se arrepintió de inmediato. Las tripas se le retorcieron y empezó a tener espasmos en el esófago.

Carl dijo:

—Tendrías que habértela bebido a sorbos.

—Sí. Ahora lo sé. Gracias.

—Seguro que también tienes hambre.

—No tengo hambre.

—Eso es porque tienes demasiada hambre y se te ha cerrado el estómago. Tú avisa si quieres comer algo. No estará caliente, pero será comida. Con suerte, no lo vomitarás esta vez.

Nate frunció el ceño.

—¿Esta vez?

—Las últimas veces te diste media vuelta y vomitaste en el suelo.

«Las últimas veces.»

—¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?

El anciano se encogió de hombros.

—Has tenido tus idas y venidas.

—No recuerdo ninguna ida ni venida. ¿Cuánto tiempo?

—Unas semanas.

Se puso tenso. Oliver. Maddie. Estaban en peligro. Por Jed. Por Jake.

—Es… es imposible que lleve semanas así. No es posible. Tengo que volver…

—Puedes creerme o no, Nathan. Me da igual.

—No me llames Nathan. Soy Nate.

Su no-padre asintió.

—Nate. Vale. Te limpié las heridas —dijo, al tiempo que señalaba la lejía.

—¿Con lejía?

—Es el mejor antiséptico que tenemos por aquí.

Nate recordó que su padre a veces se arañaba con hiedra venenosa y, cuando lo hacía, se abría las heridas con una navaja y luego se echaba lejía sobre ellas.

¿Aquel hombre era su padre? ¿O una versión extraña de él?

—¿Cómo te llamas?

—Carl Graves.

—No eres mi padre.

Carl se sorbió los mocos.

—No, supongo que no lo soy. Igual que tú no eres mi hijo.

—Tu hijo. ¿Lo llamabas Nathan en vez de Nate?

—Así es.

Nate dejó caer las piernas de la cama y luego plantó los pies en el suelo. Los tablones chirriaron con el peso. Y también notó el cuerpo dolorido, dolores nuevos. También se sintió cansado, como si lo hubiese atropellado un camión.

—¿También eras un mierda maltratador con tu Nathan, Carl?

El anciano titubeó. Después extendió el brazo de repente y le quitó la taza a Nate.

—Estaré en el piso de abajo. Baja si quieres. Iré a por algo de comida. También puedes quedarte aquí arriba y pudrirte en la cama. Tú mismo.

Nate tardó un rato en levantarse y bajar. No era solo por el dolor, las molestias o el estómago revuelto. Era la realidad o más bien la irrealidad de la situación. Su mundo había empezado a deshilacharse

antes de aquello, y luego había ocurrido lo del túnel aquel día. Con Jed y Jake. ¿De verdad Jake era su hijo Oliver? Sí y no. Igual que el hombre que se encontraba en el piso de abajo era y no era su padre. Jake era Oliver, pero no su Oliver. Era un Oliver, un Oliver de otra realidad, de otro lugar. Su hijo era bueno, y aquel chico era un desgraciado ruin y vengativo.

Y ahora Nate estaba allí a causa de ese desgraciado.

En esa casa que no era su casa.

Con su padre que no era su padre.

Un mundo, o muchos mundos, lejos de su hijo y de su esposa.

Nate se puso en pie y aguantó el dolor. Bajó por las escaleras.

Los dos comieron en silencio. Ambos tenían una lata de comida delante. La de Nate decía algo así como «Golden's Spaghetees», que era básicamente una lata de esa pasta en forma de anillo, pero con fideos pequeños. La salsa era prácticamente la misma. Carl comió algo llamado «Estofado de pavo Tremblaytown». Tenía cierto parecido con comida de perros, pero era para humanos. Y parecía que también había… ¿pepinillos?

Nate no habló gran cosa. Se limitó a comer mientras echaba un vistazo alrededor. Era la misma casa en la que había crecido, pero parecía menos cuidada: las paredes estaban sucias, algunos tablones estaban doblados y, debido a la falta de electricidad, las sombras eran más alargadas, oscuras y densas. En el exterior había luz y las cortinas estaban descorridas, pero las ventanas seguían tapiadas. La luz entraba a través de las rendijas y las esquinas, reflejaba líneas estrechas como filos de cuchillo en las paredes contrarias.

—No me sorprende que hayas elegido esa lata —dijo Carl al fin.

—¿Por qué lo dices?

—Te gustaba mucho de pequeño.

—A mí no. A él. A Nathan.

Carl parpadeó, como si se acabase de enterar de la noticia. Después asintió y lo disimuló con una risa incómoda.

—Claro. Es verdad. Sí.

—A mí me gustaban los SpaghettiOs. —Nate hizo una pausa—. Son muy parecidos. Nosotros no… tenemos esta marca en el lugar del que

vengo. O de la época en la que vengo. Yo qué sé.

—¿Cómo quedó destruido tu mundo?

Nate se envaró al oírlo. Era una pregunta escueta, extraña. Sintió como si le hubiesen tirado un vaso de agua helada por la espalda.

—No sé a qué te refieres.

—Eres un viajero, ¿verdad? —preguntó el anciano, como si la pregunta aclarase de alguna manera la anterior, en lugar de embarrarla más aún.

—Un viajero.

—Has dicho que no eres de aquí. Que vienes de otra parte. De otra época. He conocido a otros viajeros.

—El otro hombre también me llamó así. Reese.

—Edmund Reese —asintió Carl—. Sí. Ese. No pertenece a este lugar. Vino una noche durante una tormenta horrible. No ha dejado de ser un grano en nuestro culo desde entonces. —Carl se humedeció los labios—. Hablé con él una vez. Ahí fuera, mientras cazaba. Estaba solo. Dijo que podía unirme a él. Cuando le expliqué la cantidad de veces que podía irse a tomar por el culo, rio y me dijo que era el mismo viejo Carl a quien conocía, aunque lo cierto es que no lo era. Dijo que me iba a dejar en paz porque nos conocíamos, que bastantes mierdas ya tenía yo encima.

—Tiene amigos.

—Unos aduladores descerebrados. Sí. Gente que caza para él. Tuviste suerte de que yo estuviese por la zona.

—Gracias.

—De nada.

—¿Cómo regresaron? Los viajeros con los que te has encontrado. ¿Cómo regresaron a casa, quiero decir? Al lugar del que vinieron.

Carl pareció quedarse de piedra, como si alguien acabara de mearse en la lata de estofado.

—¿Regresar? Sus hogares han desaparecido. Los mundos chocaron entre sí al caer, Nathan. Nate. No tenían hogar. Solo queda… —Hizo un gesto amplio a su alrededor sin soltar la cuchara—. Esto. Esta mezcla apocalíptica, este… estofado.

Dio un golpe a la lata con la cuchara.

—Mi mundo no está destruido. Aún sigue… ahí. ¿Qué significa todo esto? —Nate sintió cómo el pánico se apoderaba de él, igual que el mercurio que empieza a ascender por un termómetro cerca del fuego. Fue incapaz de controlarlo—. Lo que dices no tiene sentido. Mundos que chocan, viajeros, apocalipsis…

Carl se puso en pie de repente y la silla chirrió al deslizarse. Lamió la cuchara para limpiarla.

—Acompáñame. Te lo mostraré.

La subida a la buhardilla desde el piso de abajo fue agotadora. A cada paso que daba, Nate sentía un latido en la cabeza y en las costillas. Tuvo que descansar antes de subir por el segundo tramo.

Carl lo esperó y dijo:

—Debes de haberte roto una costilla. También puede que tengas una conmoción cerebral. Lo bueno es que no parece que se te haya infectado nada. Las infecciones son muy normales aquí, y los antibióticos ya no funcionan tan bien.

—¿Esto también es por lo del apocalipsis? —preguntó Nate.

—Ya te digo. —Carl se quitó un pedazo de carne que se le había quedado entre los dientes—. Vale. Ya has descansado lo suficiente. A por ellos, tigre.

Era una frase que su padre acostumbraba a decirle.

Lo hacía con sarcasmo, porque siempre se quejaba de que era un vago.

«Sé que estás en la cama fingiendo que duermes. Venga, es hora de trabajar. A por ellos, tigre.»

Y por eso, cuando la dijo ese Carl, Nate estuvo a punto de darle un puñetazo en la nuca a ese viejo cabrón, pero reprimió las ganas y siguió subiendo por las escaleras.

—¿Esto qué narices es, Carl?

La pared era una de esas llena de pruebas, pero llevadas hasta el extremo. Se imaginó un anuncio que la describiera: «¡Venga a la Pared de las Conspiraciones de Carl! ¡Tenemos logos corporativos! ¡También máscaras de payaso que dan mucho miedo! ¡Tenemos misteriosos documentos médicos! ¡Tenemos toda clase de cuerdas que los

conectan entre sí! ¿Quién necesita un corcho? Nuestras chinchetas de punta de acero nuevas y patentadas se clavarán a la perfección en el panelado de madera de cualquier pared. Cli-clac».

—Son algunas de las formas en las que se ha terminado el mundo —fue la escueta explicación de Carl.

—Que yo sepa, solo hay un mundo.

—Y, que tú sepas, solo tenías un padre, Carl Graves. Y no era yo. Que tú sepas, vivías en un lugar que no era este.

—Tienes razón. —Nate tragó saliva—. Explícame de qué va todo esto, por favor.

—Claro. Lo haré lo mejor que pueda. Hay partes que no son más que conjeturas, pero veamos. Hay mundos que no son el tuyo. No sé cuántos. Muchos. Puede que cientos. Puede que haya un número finito, o puede que no. Supongo que podría decirse que son… dimensiones alternativas o como se llamen. Líneas temporales o algo así. Tienen cosas similares, pero son diferentes. A cada mundo vino un chico, un chico llamado Jake, y en todos… —En ese momento la voz de Carl se quebró un poco—. En cada mundo va a por mi nieto Oliver y lo lleva a Ramble Rocks, donde consigue que se suicide o… lo asesina. Y ese acto, ese acto terrible, provoca algo. Abre algo en todos esos mundos y desata el fin. Y, en cada uno de esos mundos, el fin es diferente. No aparecen los cuatro jinetes del Apocalipsis, sino los catorce o los cuarenta, o puede que una infinidad de jinetes, y todos ellos provocan un armagedón distinto. El final llega de maneras que uno podría esperar: una enfermedad, el calentamiento global, un supervolcán que entra en erupción y llena el aire de ceniza. Otras veces es… peor. Más extraño. Los ordenadores lanzan bombas nucleares por su cuenta…, o unos monstruos aparecen por unos agujeros que se abren en el suelo, criaturas sin ojos y con alas. Me enteré de que, en uno de esos mundos, pasó un cometa y acabó con la muerte. Los que morían volvían a levantarse, hambrientos, como perros famélicos con ganas de comer cualquier tipo de carne, de sangre, de cerebros.

Nate examinó las imágenes, los objetos y los documentos que había colgados en la pared.

—¿Cómo sabes todo esto?

Carl lo miró de una manera que más bien parecía que estuviese mirando a través de él, a un punto lejano perdido en el infinito.

—He reunido la información durante los últimos años. Como he dicho, me he encontrado con otros viajeros como tú. Refugiados de otros mundos destruidos, podría decirse. Ellos son los que me cuentan sus historias. Y, a veces…, las atrocidades y las penurias de esos otros lugares llegan hasta este mundo, porque ahora todos los mundos son el mismo, como los suelos de un edificio derrumbado que caen unos sobre otros. Todos han caído e ido a parar al mismo sitio, hijo.

—No soy tu hijo.

—Eso dices.

—El resto. ¿Cómo sabes la parte de Jake y Oliver?

—Porque lo vi con mis propios ojos. A mi nieto. Pero otros viajeros también han visto la versión de su mundo. No eres el único viajero. —Volvió a quebrársele la voz—. Como he dicho.

Nate lo entendió de repente.

—Esos viajeros de los que hablas no eran personas cualesquiera, ¿verdad? Eran versiones diferentes de miembros de tu familia.

—Así es, Nate. Así es.

Volvieron a bajar las escaleras y Carl le explicó más cosas sobre la situación de aquel mundo. Le dijo que todo estaba roto o a punto de romperse. Que la mayoría de los insectos habían desaparecido, aunque quedaban algunos: pulgas, moscas, cucarachas y mosquitos. En algunos lugares, los hongos se habían apoderado de todo. Las plantas habían dejado de crecer y no se podía plantar comida, pero los hongos habían hecho su agosto. En otros lugares, hasta eso había desaparecido. Las cosas muertas no llegaban ni a pudrirse. Un árbol caído o un cadáver se quedaba allí, tal cual, pudriéndose a un ritmo mucho inferior al habitual, si acaso. Dijo que nunca hacía frío y que a veces hacía mucho calor. Ahora estaban en febrero, pero eso parecía no importar. A veces había tormentas y, cuando caían, solo dejaban caos a su paso. Pasaban y derrumbaban árboles, y Carl dijo que los árboles gritaban, de verdad, como mujeres o niños al ser asesinados. A veces las tormentas convertían los charcos de agua en charcos de

gasolina. Dio las gracias por que no hubiesen envenenado el pozo del que él sacaba el agua. Aún. A veces las tormentas abrían en canal a los animales, y las tripas quedaban desperdigadas y humeantes tras el temporal. (—Por esa razón, cuando viene una tormenta es mejor estar resguardado y no en el exterior —dijo Carl—. A menos que quieras que te abran en canal.)

Carl continuó y dijo:

—Puedes quedarte aquí, Nate. No te voy a echar. Te daré de comer, tendrás agua y estarás todo lo limpio que se pueda. Sé que lo mereces, aunque no seas mi hijo. Pero, si te quedas, también te pediré que me ayudes ahí fuera. Necesitaremos provisiones, y eso significa que tendremos que alejarnos bastante. Siempre podemos ir al centro para comerciar con los pocos que quedan en el fuerte que han montado allí. Tengo que asegurarme de que no muere nada en el pozo, y también bombear el agua para sacarla. Y, además, hay que encargarse de la defensa general de la casa. Tengo algunas armas de fuego y munición. Y en lo relativo al baño, pues puedes orinar fuera, claro, pero para lo otro construí una letrina que…

—No me puedo quedar aquí —dijo Nate—. Tengo que regresar.

—¿Regresar? ¿Regresar adónde?

—Regresar al… tiempo y al lugar a los que pertenezco, Carl. Tengo familia.

—Puede que ese mundo choque contra el nuestro y veas a tu Maddie. —Entrecerró los ojos—. En tu mundo es Maddie, ¿verdad? No creo que eso vaya a cambiar en ningún mundo. Ya he conocido a bastantes Maddies.

—Sí que es Maddie. Pero creo que no me entiendes. Mi mundo no está destruido, Carl. Oliver está vivo. Jake está allí, y mi hijo está en peligro. Tengo que volver. Ya he… —Apretó los dientes—. Ya me he ausentado demasiado tiempo.

—¿Y cómo piensas volver?

—No… No lo sé.

Lo cierto era que no tenía ni idea.

Y luego empezó a llorar.

68

Ocultos al borde del abismo

Pasó el tiempo en la cabaña. Los días se convirtieron en una semana, y la semana terminó siendo dos, y Oliver y Maddie ocultos en el fin del mundo.

Compraron. La pequeña tienda que había al final del camino de gravilla no tenía gran cosa, por lo que hicieron varios viajes al Walmart de Honesdale. No podían pasarse; su madre decía que terminarían por quedarse sin dinero.

La cabaña, a tres horas en coche hacia el norte, no era nada ostentosa. Era rústica, pero no tanto como para sentir que era poco más que una caja en mitad del bosque. Tenía cañerías, por lo que no hacían falta letrinas. La cocina era cuca y pequeña, con el viejo fogón del color de los pistachos; parecía sacada de los años cincuenta. Por otra parte, la nevera era del color de la pulpa de aguacate, o sea, típico de los años sesenta o setenta. (Y olía a perro mojado.) Una habitación tenía una cama de matrimonio grande, pero también había un sofá cama, que fue el lugar donde durmió Oliver, noche tras noche. O, al menos, donde intentó dormir.

Cuando lo conseguía, soñaba con su padre. A veces eran sueños buenos, lo que en realidad era peor que las pesadillas, porque Oliver se despertaba pensando que su padre estaría allí con ellos, que estaba vivo y que no había muerto. Los peores sueños eran aquellos en los que aparecía Jake. Oliver sabía que Jake era él mismo, una versión de sí mismo de otra dimensión, un doble de una realidad alternativa que noche tras noche lo perseguía por bosques de pesadilla, por pasillos fantasmagóricos del Walmart y por túneles de minería serpenteantes. Esos sueños siempre terminaban en el mismo lugar: en Ramble Rocks, en el *felsenmeer*, sobre la piedra con forma de altar.

Su madre lo ayudó a cortar madera para la estufa con la que calentaban la cabaña. Era complicado. Oliver no estaba hecho para el trabajo físico, precisamente. Tampoco ayudaba el que tuviera la mano izquierda medio destrozada. Los puntos le tiraban de la piel y le dolían. Su madre le dijo que no intentase siquiera cortar la madera, pero él estaba enfadado con el mundo, consigo mismo, y llegó a la conclusión de que le gustaba el dolor. O que, al menos, se lo merecía.

Las primeras veces, hizo poco más que clavar el hacha en la madera, y luego la madre remataba la faena partiéndolo en dos.

—Se te da bien —le dijo Oliver—. Sobre todo, para ser una chica de ciudad.

Las palabras sonaron mucho más malintencionadas de lo que pretendía.

Ella puso los ojos en blanco.

—Soy una chica de ciudad, pero no olvidemos que también soy una puta ama. —El hacha volvió a caer y partió en dos una de las mitades. Plac—. Tu padre creció en una zona rural, pero aun así yo sé hacer cosas que él no podía. Como soldar. ¿Él sabe soldar? ¿Y fundir el metal? ¿Sabe tallar árboles para crear arte?

—Papá no tiene la culpa de eso —repuso Oliver, a la defensiva.

—No. Eso ya lo sé. No quería… —Ella suspiró—. Joder.

—Tranquila. —Oliver se mordió el labio inferior—. Es que lo echo de menos.

Oliver vio que el dolor brotaba de repente dentro de su madre, como una mancha de sangre en agua cristalina. Fruuss. Maddie bajó el hacha y se apoyó en ella. No con naturalidad, sino como si lo necesitase. Como si fuese una muleta para evitar caerse.

—Yo también lo echo de menos.

—Lo vi en una visión. Estaba muriendo. Muerto.

Su madre puso la mirada perdida.

—No sabemos si era real.

—Supongo que no, pero lo parecía. —Oliver pateó la hojarasca—. ¿Crees que sigue vivo?

Maddie le dio el hacha a Oliver y empezó a juntar la madera para llevarla al interior.

—Venga, chaval. Vayamos adentro. Empieza a hacer frío.

69

A por ellos, tigre

Nate se despertó de repente, en mitad de la noche. Estaba seguro de que había oído algo, pero acababa de abrir los ojos y estaba demasiado confundido como para comprender de qué se trataba. La oscuridad que lo rodeaba era impenetrable, y también el silencio. Nate pensó que en su antigua vida, en su antiguo mundo, siempre estaba presente el ruido blanco del zumbido de la vida moderna. El retumbar distante de las torres de electricidad y del tráfico, el suave paso de un avión a lo lejos, el traqueteo de un aparato de aire acondicionado, un termo o un ventilador de techo. Todo eso había desaparecido. Este mundo estaba en silencio, oscuro y tranquilo, y eso lo hacía sentir aún más solo. Perdido en el vacío.

Luego: un sonido. En algún lugar del exterior, un sonido humano. Algo que estaba a medio camino entre una risa y un grito.

Continuó durante un rato, y luego se detuvo de repente.

El corazón le latió desbocado, y él recordó aquel hombre delgado y barbudo de los bosques. Aquel que había visto tantas veces. El que lo había perseguido hasta la casa de Jed. Se preguntó quién sería esa persona. ¿Un viajero como él? ¿Alguien que había caído en las grietas de un mundo en ruinas o ya destrozado?

Salió de la cama mientras le chasqueaban todos los huesos e intentó hacer caso omiso del dolor que sentía en el costado. Nate conocía su casa como la palma de su mano, por lo que sabía cómo bajar con cuidado por las escaleras pisando cada escalón en la parte donde crujía menos.

Al llegar abajo, vio al anciano, que miraba por el cristal de la puerta.

Con un fusil bien aferrado en las manos.

No se asustó al ver a Nate. Tenía el rostro bañado por la luz suave de la luna y se encaró con él.

—Tú también lo has oído.

—Así es. ¿Tienes idea de lo que es?

—Si lo supiera, te lo diría. Tal vez se trate de uno de esos colgados. O tal vez solo sea un animal.

—No sonaba como ningún animal que conozca.

—Ya. Eso puede deberse a que no era ningún animal que conoces. La mayoría de los bichos han desaparecido. Una vez vi una comadreja por aquí. O a lo mejor era un mapache. Pero otras veces…, he visto animales muy raros. Vi un ciervo de cola blanca con seis patas. En otra ocasión vi un cerdo salvaje que tenía unos gusanos que le colgaban de la cara como si fueran espaguetis negros.

—¿Crees que esto solo ha sido un animal?

—No. Seguramente no.

—Puede que se trate de esos cabrones enmascarados que fueron a por mí. Los ceros de Reese.

—Podría. Creo que salen de ese túnel que hay en Ramble Rocks.

«El túnel. Ramble Rocks.»

—Yo salí del túnel. El Túnel del Terror. Aunque en el lugar del que vengo era un túnel de tren. Formaba parte de un parque.

—Sí. En este mundo era un puente cubierto.

—¿Y… cambió sin más? ¿Se convirtió en algo diferente?

Carl se encogió de hombros.

—Eso parece. De un tiempo a esta parte es un parque de atracciones. Antes era un centro comercial. Algunos de los viajeros a quienes he conocido dicen que era una mina de carbón, o un parque de verdad, o incluso una prisión. Pero siempre hay un túnel. Y siempre hay un roquedal. Y siempre siempre se llama Ramble Rocks.

—Y en ese roquedal supongo que siempre estará esa piedra. La que se parece a una mesa.

—Es un altar. Es el lugar en el que murió Oliver. O en el que muere. Una y otra vez.

A Nate se le heló la sangre.

—Esa es la salida.

—¿Cómo dices? ¿Esa piedra?

—El túnel. Entré por el túnel. Seguro que puedo regresar por el túnel. Un amigo mío… —empezó a decir Nate, pero luego se corrigió —. Alguien a quien conozco dice que el velo que separa los mundos es muy fino en ese lugar. Fino como piel cuarteada, y no resistente como una pared.

—No. Ese lugar no es seguro.

—Creo que no tengo elección.

—Te vas a quedar aquí. Conmigo.

—No.

«Lo he cruzado antes. Tengo que cruzarlo de nuevo.»

Carl aspiró profundamente y se envaró.

—Bueno, pues yo no pienso ayudarte. Si lo intentas, estás solo, Nate.

—Sí. No vas a ayudarme. Ese es el padre que recuerdo.

El anciano se giró hacia él, indignado.

—Mira, vete a la mierda. No sé si recordarás que te he salvado la vida. Te he dado de comer, te he dado agua, te he limpiado la mierda y el vómito. Y, como me has dejado bien claro, ni siquiera eres mi hijo. No eres más que un… viajero. Un desconocido para mí. He sido bueno contigo, pero eso se acabó. ¿Quieres desaparecer en la oscuridad? Pues a por ellos, tigre.

—Que te den.

—Ajá. Que me den, sí.

Nate subió al piso de arriba para esperar que amaneciese. Dejó de oír la risa estruendosa y demente que venía del bosque. Algo que, en cierto modo, era peor.

Al día siguiente, el parque de atracciones de Ramble Rocks se alzaba frente a él. O él se encontraba frente al parque de atracciones de Ramble Rocks. Se sentía pequeño en su presencia, como un niño en un museo que alzara la vista hacia el esqueleto de un tiranosaurio. Unos haces de luz crepuscular hendían los puntales y las vías de la montaña rusa, como si la clavasen aún más en la tierra.

El moho y las enredaderas eran omnipresentes. Todo estaba deteriorado y desordenado.

Pero no vio a nadie. No oyó aullidos, ni risas dementes.

Tenía un arma: un hacha de mango largo especial para cortar madera. Ojalá hubiera llevado un arma de fuego, pero sabía que Carl no le iba a dar nada. Y había sido así al principio. El anciano no estaba allí cuando Nate salió de la casa. Estaba en su habitación del piso de arriba con la puerta cerrada. Pero Nate solo tuvo que andar unos quince metros para que Carl gritase su nombre detrás. Le dio el hacha y dijo:

—Tengo dos. Llévatela. La necesitarás.

Y esa fue la despedida.

Carl volvió al interior y Nate se puso en camino.

Y ahora Nate estaba allí.

No tenía plan. Era difícil planear nada en un universo que, como aquel, estaba patas arriba. Nada tenía sentido, de modo que ¿para qué molestarse en planear nada? Lo mejor que podía hacer era tomar la decisión de entrar en el túnel y echar un vistazo. Ver qué había. Internarse en él. Mirar por ahí.

Nate se abrió paso por el parque de atracciones y volvió a fijarse en los mensajes pintados. Uno estaba garabateado en uno de los montantes de la montaña rusa:

NO COMAS LAS MANZANAS NEGRAS

Nate no sabía qué significaba aquello, y tampoco había visto manzanas que comer.

Alzó la vista y se quedó mirando absorto, más y más y más, y tardó un momento en darse cuenta de que esa cosa fuera de lugar que estaba viendo era un cuerpo. Colgaba de una cuerda, con un lazo alrededor del cuello. Estaba bien alto, casi cerca de las vías. El cuerpo colgaba perfectamente inmóvil. El rostro era una mezcolanza de túbulos blancos y endurecidos, sin facciones a la vista.

Apretó el paso.

Llegó al vacío de la boca del Túnel del Terror. Nate se quedó al borde del haz de luz y sintió como si se encontrase en la parte superior de un acantilado, que se fuera desmoronando poco a poco y amenazase con hacerlo caer hacia su muerte. Notó un pitido en los

oídos. Se le aceleró el pulso. Todo su ser le gritaba que se diese la vuelta, que se olvidase de aquello. Pero se dijo a sí mismo:

«Eso es lo que quiere esa cosa. Quiere que corras. Así pues, sigue».

No tenía ni idea de por qué sabía algo así, de por qué acababa de imaginar algo tan absurdo como que aquel lugar estaba vivo, a su manera.

Pero eso fue lo que sintió de repente.

Estaba vivo. O lo más vivo que podía estar un lugar.

En el interior del túnel había un cuerpo. Llevaba tiempo en descomposición, y tenía el rostro como una calabaza que alguien hubiera dejado en el exterior desde octubre hasta febrero. Llevaba ropa de granjero: mono y botas de trabajo, y las rodillas embarradas. ¿Era real? Nate temía que lo fuese. La mano estaba doblada en forma de garra, como la de un mono, y en ella brillaba algo…

Un mechero.

Nate se adentró en la oscuridad. Se acercó a toda prisa y cogió el mechero del cadáver, sin tener muy claro si iba a levantarse de repente para agarrarlo.

No lo hizo.

El mechero estaba frío al tacto. Abrió la tapa del Zippo y brotó una llama.

Sabía que el túnel formaba parte de un circuito porque era una de las atracciones del parque. Te subías al carrito y daba vueltas y vueltas, hasta que bajabas en el mismo maldito lugar donde te habías subido. Pero el Túnel del Terror no era así. De hecho, aquello no tenía sentido, porque a Nate le parecía poco más que una recta en dirección a la oscuridad. Y se perdía en ella. ¿Dónde acababa? No lo sabía. Pero a medida que avanzaba por las vías, percibió que el camino se inclinaba un poco hacia abajo. Puede que solo un diez por ciento al principio.

Y después, un poco más.

La luz del Zippo robado se agitó en las paredes. Iluminó zombis mecánicos en armazones con forma de acordeón que esperaban a los viajeros para precipitarse hacia ellos. Vio altavoces que en el pasado emitían música espeluznante o grabaciones de gritos, y también

espejos deformantes y ondulados que asustaban a los viajeros al mirarse en ellos y ver versiones mutantes y retorcidas de sí mismos. Unas extremidades falsas de goma aún colgaban del techo en cadenas y cuerdas. Un pie, una mano, una cabeza…

Nate se quedó de piedra. La cabeza.

No era asquerosa en plan cómica, como el pie o la mano, en los que el hueso sobresalía por debajo y el rojo del músculo expuesto se había puesto de un anaranjado melocotón. La cabeza era más pequeña. Arrugada. La piel estaba consumida hasta el cráneo, acartonada y seca como la cecina.

«Es una cabeza de verdad», pensó.

La cadena que la sostenía tenía un garfio en un extremo, y el garfio estaba clavado en la sien de la cabeza cercenada.

En la carne seca de la frente, en el centro de una cortina de pelo estropeado como heno, había un número:

El diecinueve.

Pasó junto a ella sin salirse de las vías, para no caer en el agua empozada que había junto a ellas.

La llama del Zippo iluminaba un túnel al parecer infinito. Frente a él había formas pegadas a las paredes: maniquíes de payaso quietos y apoyados contra la curva del túnel. Payasos terroríficos, uno con un machete y otro con el ojo colgándole de la cara.

Tras ellos, el túnel continuaba. Y continuaba. Y continuaba.

Se dio la vuelta y vio que la boca quedaba muy lejos. Puede que a unos quinientos metros.

Una sombra pasó frente a la claridad de la entrada, como un buitre que ocultase la luz del sol. Y luego el túnel tembló, tanto por arriba como por las vías que tenía bajo los pies.

«Un trueno», pensó Nate.

Una tormenta.

No ha llegado aún. Pero… puede que no tarde.

Carl había dicho que a veces había tormentas y que provocaban una gran devastación. Había usado la palabra «caos».

Otro temblor distante. Hizo que le rechinasen los dientes.

Ahora Nate tenía que elegir. Podía marcharse. Podía adelantarse a

la tormenta, volver a casa de Carl y dar por hecho que el anciano volvería a acogerlo. O podía quedarse allí y refugiarse hasta que pasase. También podía continuar e internarse aún más. Ver hasta dónde llegaba el camino. Si el lugar era de verdad… transitable, en cierta manera, si podía hacerlo llegar hasta otro lugar, tal vez a casa, entonces, ¿no sería lo mejor seguir avanzando?

¿Cómo era el dicho?

«Hacia delante como un elefante.»

Eso lo convenció. Seguiría avanzando.

Pero antes de darse la vuelta e internarse más en la oscuridad…

—Érase una vez —empezó a decir una voz, que provenía de la oscuridad—. Un joven llamado Eddie Reese llegó hasta el túnel de un tren, enfadado porque otra chica acababa de decirle que no, porque otro chico también le había dicho que no: «No, Eddie», dijeron. «No voy a ir contigo. No voy a tocarte. ¡No voy a mirarte!»

Nate se giró para enfrentarse a la oscuridad. No vio nada, aunque sentía unas sombras muy densas. Miró a los payasos terroríficos de las paredes, a la espera de que cobrasen vida y fueran a por él.

—Atrás —advirtió, hablándole a la penumbra.

Pero la voz prosiguió el discurso:

—Pero ese día, nuestro joven e intrépido Eddie, aficionado a los números, estaba en el túnel y empezó a contar: primero, el número de veces que le habían dicho que no, que eran veintiuna; y luego contó el número de ladrillos mal puestos e irregulares que había a su alrededor, que eran siete. Pero de pronto Eddie comprendió que no estaba solo, como también habrás comprendido tú. Y entonces conoció al demonio.

—¡Vete a la mierda! —dijo Nate.

—El «demonio», Eligos Vassago, el Diablo. Estaba así en la tierra como en el cielo. No era leal a las legiones del Infierno, ni a la escoria del Cielo. Le preguntó a Eddie si quería aceptar una misión, que sería grandiosa, y que si lo hacía podría romper los mundos y convertirse en un dios. Y al conseguirlo nadie le diría que no nunca más.

Nate vio la sombra de Edmund Walker Reese caminando por la oscuridad. El brillo de un arma blanca, a pesar de la falta de luz.

—Noventa y nueve jóvenes —susurró la voz. Una risilla resonó por las paredes. ¿Habían sido los payasos?

—¡Noventa y nueve por el mundo noventa y nueve! —susurró otra voz en las cercanías.

—Sí —dijo Reese, con una voz que no resonaba a gran volumen, pero que parecía estar en todas partes, como serpientes que se retorcieran por las paredes en todas direcciones. El eco reverberaba de manera lenta y deliberada, una voz reptante—. Eligos dijo que tenía que matar a noventa y nueve jóvenes, chicas puras, chicas que fuesen adolescentes y castas, que aún no estuvieran mancilladas. Dijo que si yo las sacrificaba, todo caería al culminar la misión.

—Pero fracasaste —gritó Nate—. ¿Verdad? La quinta chica, Sissy Kalbacher. Escapó. Gracias a mi mujer.

—Tu mujer. —Las dos palabras sonaron con rabia, cargadas de ponzoña—. Me lo imaginaba. Sí, fracasé. Tal vez fuera una estupidez el mero hecho de intentarlo. Pero lo intenté y se me recompensó por mi esfuerzo. El relámpago me salvó de la silla eléctrica…, y el demonio me trajo aquí. Me mandó a pastar, podría decirse. Pero qué pastos tan maravillosos, Nate. Hay tantas víctimas de las que aprovecharse… Y de vez en cuando aparece alguna mujer joven que cae en mi red. Y ahora eres tú el que ha caído, ¿verdad?

«No —se dijo Nate—. No estás listo. Estás herido, Nate. No hagas nada.»

—Ahora todo es perfecto —canturreó Reese—. Mi trabajo continúa en manos de un candidato mucho más capaz. El chico: Oliver. Oliver mata a otros Oliver, fichas de dominó que caen una tras otra hasta que desaparece el siguiente mundo. Y, cuando eso ocurre, todos acaban aquí. —Lo siguiente que dijo sonó como un gruñido, un sonido inhumano—. Conmigo.

Rio, un grito demente e irregular.

Edmund Reese se abalanzó hacia delante con el cuchillo de caza hendiendo el aire y sacando chispas al rozar contra las paredes. Gruñó, y dio la impresión de que tenía cuatro brazos, no, seis… Y su sombra creció y se volvió más extraña. Al correr no se oyó solo el ruido de sus pasos, sino también el de algo húmedo que se deslizaba,

como un coágulo de gusanos que atravesase el túnel. Y, en ese momento, los payasos de las paredes empezaron a reír al mismo tiempo que Reese…

Estalló otro trueno, pero Nate no tenía elección: se dio la vuelta y empezó a correr a toda velocidad por el túnel, hacia la salida. El caos era lo que hacía arreciar la tormenta, pero el caos era mucho mejor que aquello. No podía acabar con Reese. Allí no. En aquel momento no. Tenía que escapar.

Nate no se atrevió a echar la vista atrás y mantuvo la mirada fija en la salida. El medio círculo de luz que indicaba la salida del Túnel del Terror se atenuó. Lo que antes era cielo azul había pasado a convertirse en un verdor ictérico e inquietante. Un cielo enfermizo agitado por la tormenta inminente. Y justo en ese momento…

Los pasos que lo seguían dejaron de oírse.

«No mires. No mires. No mires.»

Miró.

Reese estaba lejos. Flanqueado ahora por las siluetas de los payasos, que se habían apartado de las paredes entre tambaleos. Algo húmedo brillaba detrás de ellos y a su alrededor, gusanos reptando al fondo del túnel. Los payasos se habían detenido a unos cien metros. Vio las siluetas allí de pie. Mirando. Reese ya no estaba con ellos. Había regresado a la oscuridad. Al túnel.

Ni siquiera ellos se atrevían a afrontar la tormenta.

Bien.

Pues corrió hacia la tormenta.

El granizo tableteó a su alrededor mientras el cielo se volvía cada vez más plomizo. Caía contra aquel parque de atracciones en ruinas con la cacofonía de cuentas de cristal que cayesen del cielo, y lo golpeaban a él de igual manera, con la fuerza de una pedrada en la cabeza, el cuello, los hombros o la espalda. Nate enterró la cabeza bajo la escasa protección de sus brazos y corrió por el parque, tras los puestos de comida y la noria quemada…

Un relámpago iluminó los cielos. Blanco y reluciente. Cubriéndolo todo. Y, cuando desapareció, Nate empezó a parpadear a causa de los fosfenos que había dejado en su visión y vio que estaba rodeado.

Por su hijo.

Muchas versiones de su hijo.

—Oliver —dijo, con voz quebrada.

Oliver con un tiro en la frente, con el pelo húmedo y largo pegado a las mejillas. Oliver con la garganta abierta como un sobre. Otro Oliver con las muñecas cortadas de las que manaba una sangre que parecía agua con óxido. Un Oliver hinchado como un cadáver rescatado del fondo de un río; otro con pastillas medio disueltas detrás del labio inferior que parecían el *fondant* de un *cupcake*. Uno con un tiro en el pecho. Otro con las tripas fuera. Uno tan corrompido que apenas era reconocible. Otro con la piel rosada, recién muerto. Otros grises que llevaban semanas fallecidos pero aún en perfecto estado. Todos abriendo las bocas al unísono. Murmurando y regurgitando mientras la sangre brotaba de ellas. Mientras el agua brotaba de ellas. Una cascada de bilis que caía entre salpicones.

La cancioncilla horrible resonó hasta formar una palabra:

—Papáááááááá.

Algo golpeó a Nate, que se dio la vuelta, alzó el hacha y…

Era Carl. Los ojos abiertos como platos mientras contemplaba a todos los Oliver que los rodeaban.

—Dios mío —dijo Carl, gritando para hacerse oír a pesar del ruido del granizo. Hizo un ademán con la calibre 45 en la mano—. Tenemos que irnos, Nate. Vamos. ¡Vamos!

Tiró de Nate, que corrió con el anciano. Cerró los ojos mientras salvaban la multitud de cadáveres de su hijo, a sabiendas de que no podía mirar. No quería volver a verlos. Cuando abrió los ojos, todos habían desaparecido o los habían dejado atrás. Y tuvo la entereza de no mirar.

Los dos corrieron a toda prisa hacia la salida del parque, que ahora tenían delante.

—Ya casi hemos llegado —gritó Carl sobre la cacofonía del granizo al caer.

Los relámpagos volvieron a iluminar el cielo. Y, en esa ocasión, el rayo chocó contra el suelo frente a Nate como un martillo. Lo tiró de culo, y vio frente a él a Carl, o su silueta, atrapada en el rugido de la

electricidad. Nate vio cómo la piel, los huesos y todo su cuerpo se ennegrecía y se cuarteaba como cuero quemado.

El relámpago desapareció.

Y también Carl Graves.

70

La talla de aves

«Menudo festín.»

Maddie contempló el festín (perdón, «festín») que tenían delante.

Salsa de arándanos de lata: un clásico.

Batatas en lata: la mayoría de los años prefería hacerlas ella misma, pero bueno, aquello también le valía.

Bollos de patata Martin's, baratos y un sustituto bastante cutre de las galletas caseras, pero Maddie hizo lo que pudo tostándolos en el horno de leña. Ahora cada uno de ellos tenía la corteza negra como el corazón del diablo.

Fiambre de pavo con salsa de bote, el plato fuerte.

Oliver lo tanteó con el tenedor. Se llevó la exigua comida a la boca con tristeza e hizo una mueca después de cada pedazo. Maddie sintió una punzada de remordimiento y le dieron ganas de echarle la bronca:

«Sabes que muchos niños de este país no tienen nada que llevarse a la boca, y podrías apreciar el esfuerzo que he hecho para conseguir algo remotamente parecido a la cena de Acción de Gracias en mitad de esta tormenta de mierda que nos azota».

Pero se mordió la lengua, porque sabía que no era justo. No es que a Oliver no le gustase la comida (aunque por qué iba a gustarle, puaj). Estaba así porque su padre había desaparecido. Porque sus vidas estaban patas arriba. Se habían fugado, solos, en mitad de la nada. Habían estado a punto de asesinarlo, y no lo había hecho cualquiera, sino él mismo, al parecer. Además, aún tomaba antibióticos para la herida de la mano. Y eso siempre te revolvía las tripas.

El chaval había pasado un mal trago.

«Y tú también», se dijo a sí misma.

Y, en ese momento, Oliver dijo:

—¿Cuándo terminará esto?

La pregunta le sentó como si la hubiese atropellado un camión.

—¿Qué?

—¿Cuándo se acabará? Jake sigue ahí fuera. No van a encontrarlo. Hace magia. Escapará o les dará esquinazo. O puede que los mate. Y luego vendrá a por nosotros aquí. —No miraba a Maddie, sino a través de ella, como si la taladrara con la mirada—. ¿Qué hacemos aquí? ¿En qué consiste el plan, mamá? Siempre tienes un plan.

Sintió que fracasaba, como si alguien tirase de una palanca y se abriese una trampilla debajo del lugar donde estaba sentada. Sintió frío. Después calor. Casi no fue capaz de recuperar el aliento. Luego pensó:

«¿Será la menopausia? ¿Será un ataque al corazón? ¿Será un puñetero aneurisma?».

Pero sabía que, en realidad, solo era el pánico. Un pánico puro y con dientes afilados que había empezado a morderle la garganta.

«Siempre tengo objetivos, planes y listas, siempre sé lo que hay que hacer.»

Pero en aquel momento no tenía nada. No sabía qué decir. No sabía adónde ir. Lo único que habían hecho era alejarse del mundo, como si hubiesen muerto para meterse en los intersticios, en un limbo, en una cabaña en el fin del mundo.

¿Con qué finalidad?

¿Tenía una finalidad?

—¿Estás bien? —preguntó Oliver, que ya no la miraba a los ojos, sino al tronco. Al corazón.

«¿Qué estará viendo?»

—Sí —mintió. Después, la verdad se abrió paso entre sus dientes—. No. Dios. Joder, claro que no. —Soltó un ruido a medias entre grito ahogado y sollozo, para luego llorar durante diez segundos. Diez segundos que le resultaron eternos. Se enjugó los ojos, carraspeó y dijo —: Esta cena parece comida para ratas. Es una mierda y estoy harta.

—Ah. No quería…

Maddie se puso en pie de repente y añadió:

—Vamos. Hagamos algo.

Oliver se quedó estupefacto. Preguntó:

—¿Qué? ¿Por qué?

—Hijo mío, hay momentos en los que uno tiene la cabeza llena de… —Agitó los dedos en una órbita frenética alrededor de su cráneo—. Llena de tonterías, y lo mejor que puede hacer es abrirse paso entre las malas hierbas con un machete y ahogar esa estática haciendo algo. Y eso es lo que vamos a hacer. Vamos a irnos de aquí y hacer algo. Por nosotros. Por el mundo. Crearemos algo.

Vio sonreír a su hijo por primera vez en una semana.

Eso le dio la vida.

Estaban sentados en el estrecho porche delantero de la cabaña, con un frío cada vez mayor y bajo una luz que era poco más que una bombilla dentro de un tarro de cristal. Tras el haz de luz tenue se apreciaba el barro del aparcamiento de delante y una carretera larga que pasaba entre una hilera de pinos oscuros que hacían guardia. Sobre los árboles, el cielo despejado y moteado de estrellas. La luna no era más que una uña estrecha y blanca como el hueso.

La alegría que había sentido Oliver por la idea de crear dio paso a la frustración por lo difícil que resultaba hacerlo. Se afanó por sostener con fuerza la madera con su mano destrozada y tallar con la otra. Seguro que su madre era consciente de lo frustrado que estaba, porque ella fue la que talló la mayoría. Tan solo le permitió decidir la forma que quería darle.

Encontraron un cuchillo en un cajón de la cocina, y su madre lo usó para cortar pedazos de madera del tamaño de una pelota de sóftbol y darles forma de búho. Apretó los dientes y dio forma a la punta de las orejas antes de darle uno de ellos a Oliver. El búho que tenía en la mano era significativo. No era ligero ni etéreo, sino pesado, pero de una manera que casi resultaba imposible. Lo colocó en la barandilla de madera del porche donde había dejado los dos últimos que había tallado su madre. Cada uno era un poco diferente del anterior. Le dio la impresión de que lo estaban mirando. Supuso que el hecho de ser artista conllevaba situaciones curiosas como aquella: conseguir que tu obra fuese algo más de lo que era en realidad, como si le dieses vida, como si le imbuyeses un espíritu.

—Pásame otro pedazo de madera —dijo ella, y Oliver extendió la mano hacia la pila que habían cortado. Hizo lo que le pedía, y ella dijo—: ¿Qué quieres ahora? ¿Un *Megascops* o una lechuza blanca?

Él rio y se encogió de hombros.

—No sé. ¿Qué tal uno de esos podargos?

—El podargo no es un búho —lo corrigió mientras gesticulaba con el cuchillo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque los niños no son los únicos que pueden ver YouTube, chaval.

—Vale. Vale. Acabamos de hacer un búho real, así que venga. Tal vez un *Megascops*.

—Buena elección, chico. Búscame una foto en el teléfono. La usaremos de referencia.

Oliver asintió y se puso a ello.

—¿Por qué quieres hacer búhos? —preguntó él.

Maddie sonrió.

—Pues porque cuando era niña tenía un búho. Bueno, no un búho de verdad, pero tampoco era un juguete. Era un pequeño recuerdo que me compró mi padre en un viaje que hizo al norte del estado. Era para ponerlo en una estantería, para decorar. Era un búho, pero estaba hecho de carbón. Tallado. Creo que nunca le presté demasiada atención…, pero estaba sobre mi cómoda noche tras noche. Vigilándome.

—Puede que estos búhos también estén vigilándonos.

—Puede, chaval. Puede ser.

Mientras hablaba y trabajaba, Oliver se dio cuenta de que el dolor y la rabia del interior de su madre habían vuelto a remitir. Los había visto agitarse durante la cena: una vorágine de frustración se había alzado en su interior, como un tornado en el desierto. La había llenado por completo de una oscuridad bulliciosa y desolladora. Pero ahora era mucho más pequeña. Había encogido hasta convertirse en algo minúsculo que latía en su interior. ¿Eso estaba bien? Él creía que sí. Pero Oliver volvió a cuestionarse la naturaleza del dolor. ¿Sería mejor reducir el dolor o dejar que siguiese igual? ¿Era como una infección

que necesitaba sanar o como una muela que había que extraer?

«Podría meter la mano y arrancárselo…»

—Sobre lo que preguntaste antes… —dijo ella de repente—. La respuesta es que no lo sé.

—¿Qué pregunté antes? —dijo Oliver, aunque ya lo sabía.

—En qué consiste mi plan. Cuándo terminará esto. Todo. —Empezó a darle vueltas al cuchillo en la mano con gesto ausente—. No lo sé. No tengo respuestas.

—¿Y si viene a por nosotros?

No dijo quién.

—No lo sé, chaval. Tenemos la pistola de tu padre. Me enseñó a usarla hace mucho tiempo. Estamos muy apartados, en el culo del mundo. Hay una verja y tenemos la llave. Es un lugar muy fácil de defender. Y, en el peor de los casos, podríamos escapar por el bosque. La autopista solo está a unos cuantos kilómetros al norte de aquí.

—¿No sería mejor… estar cerca de la gente?

—No. —Oliver vio que el dolor brotaba en su interior al responder, como un humo negro—. No podemos confiar en la gente, Olly. Confiaste en Jake, y mira lo que pasó. Tu padre también confió en Jed. Lo mejor será que nos quedemos solos.

—Sabes dónde está Jed, ¿verdad?

Su madre entrecerró los ojos con sospecha.

—¿Por qué lo preguntas?

—Dijiste que lo habías encontrado. Y que luego lo dejaste ir.

—Ajá.

Oliver sintió que la mirada de su madre lo hacía papilla.

—¿Qué pasa?

—No te hagas el tonto. Has mirado mi móvil.

«Glups.»

—Bueno. Es que… —Odiaba mentir. Lo odiaba de verdad—. ¡Vale! Sí, lo hice. Buscaba algún juego, como el *Candy Crush* o alguna de esas aplicaciones viejas porque estaba aburrido y… Vi el mensaje y…

Era un mensaje en mayúsculas porque al parecer así era como se mandaban mensajes los viejos:

ESPERO QUE TÚ Y EL NIÑO ESTÉIS BIEN. SI NECESITAS ALGO, MANDA UN MENSAJE A

«Si alguna vez necesitas algo…»

Su madre se encogió de hombros.

—No hemos hablado mucho. No sabe dónde estamos.

—¿Y tú sabes dónde está él?

—Qué va.

—Y, entonces, ¿para qué hablasteis?

Ella suspiró.

—Solo fueron un par de mensajes. Se ve que quería saber si estábamos bien.

—Puede que lo haya hecho porque aún trabaja para Jake.

—Podría ser. Pero no lo creo.

—¿Por qué?

—No lo sé. —La irritación empezaba a apoderarse de su voz. El humo negro volvió a agitarse en su interior—. Creo que encontré una manera de meterme en su cabeza, una puerta a su interior que terminé por cruzar. ¿Me entiendes? Joder, está claro que no. —Su madre bajó la vista al pedazo de madera que aún no era un búho—. Es un hombre con mucho dolor, y ese dolor acabó por transformarlo. No lo voy a perdonar. Ni de broma. Tu padre también era un hombre que llevaba dentro mucho dolor, pero nunca se dejó dominar por él. —Gruñó y clavó el cuchillo en la barandilla del porche. Clac—. Ojalá tu padre estuviese aquí. A mí se me da bien gestionar muchas cosas, Olly. Pero esto… Este caos y esta locura… Tu padre era como una roca en mitad de la tormenta, imperturbable ante las crisis, capaz de manifestar frialdad, calma y fortaleza. Y lo echo mucho de menos.

—Yo también. Ojalá estuviese aquí.

—Lo mismo digo, hijo. Lo mismo digo.

Se quedaron ahí sentados durante un rato. El frío de noviembre caló a Oliver hasta los huesos, y se estremeció.

—Creo que estoy listo para entrar.

—Ve. Yo me voy a quedar un rato por aquí. Puede que siga tallando.

—Buenas noches, mamá.

—Buenas noches, chaval.

Maddie llevaba tres cervezas y trece búhos acabados.

La cerveza era una imperial stout rusa despiadada llamada Old Rasputin. La había comprado en la tienda que había junto al Walmart de Honesdale. No sentía los labios aunque sí que sentía los dientes. Era una señal de que no estaba colocada del todo, aunque no le faltaba mucho.

Y los búhos…, bueno. Al quinto había dejado de importarle el tipo de búho, y al décimo habían empezado a tener aspecto un tanto ridículo, pero le gustaban.

«Mi pequeña familia de búhos raritos», pensó.

Guardianes y cazadores.

Tocó uno con el cuchillo, y la talla se balanceó sobre la barandilla.

—Venga —lo instó—. Parpadea. Bate las alas. Ulula.

Lo tocó. Una, dos, tres veces.

—¡Chilla! ¡Vuela! ¡Sácame los ojos con las garras! ¡Haz algo, joder!

Nada. No eran más que pedazos de madera.

—Pues que te den —gritó, y los tiró a todos de la barandilla de un manotazo.

Y otra vez sintió como si no entendiese algo. Algo de todo lo que ocurría. Algo de sí misma.

¿Qué hacía ahí? ¿Qué esperaba conseguir?

Tenía razón. Echaba de menos a Nate. Sí, ella era la que siempre tenía planes dentro de planes dentro de planes. Pero en esa situación tan singularmente chunga, era él quien habría sabido qué hacer.

«Y lo echo de menos, me cago en todo.»

«Yo también», oyó a su hijo decir en su cabeza.

«Ojalá estuviese aquí.»

Se mordió un carrillo. Bajó la hoja del cuchillo. Miró a los búhos. En ese instante recordó cuando había hecho a Edmund Walker Reese sin querer, un autómata demente y despreciable que había adquirido vida e intentado matarla.

Ojalá Nate estuviese allí.

Pero luego se preguntó:

¿Y si podía estar?

¿Y si ella conseguía traerlo de vuelta?
Maddie empezaba a tejer un plan.

71

Viajeros

Nate rodó hasta quedar sentado y trató de parpadear para aclarar el borrón blanco que llenaba su campo de visión. La pared de luz empezó a desaparecer poco a poco, hasta convertirse en una de esas masas amorfas del interior de las lámparas de lava. Se puso en pie mientras le golpeaba el granizo, y miró el suelo ennegrecido donde Carl había estado unos segundos antes, cuando un rayo… ¿se lo había llevado?, ¿lo había quemado? ¿Esa marca ennegrecida eran sus restos?

—¡Carl! —gritó Nate. Tragó saliva y se preguntó qué iba a hacer a continuación. ¿Volver a la casa? ¿Correr hacia el interior del parque? Se sintió aturdido.

Después se le erizó el vello de la nuca. También el de los brazos. Notó un hormigueo por todo el cuerpo. Le dio la impresión de que el aire adquiría vida, como si estuviese formado por hormigas en llamas.

Y luego sintió un trueno silencioso, una corriente de aire, el soplar de la brisa. Carl apareció frente a él, en pie y con la mirada perdida. Después volvió a desaparecer, solo para reaparecer un segundo después. Como si fuese un error informático, un vídeo al que le faltasen fotogramas. Su voz tartamudeó esa segunda vez:

—Ate… oy… amp… ago…

Nate corrió hacia él, le agarró la mano y tiró. La estática que los separaba resonó con un chasquido estruendoso. Nate notó como si se hubiese pinchado con una chincheta. Y Carl, sin dejar de estremecerse, se quedó allí con él.

Y le tocó decir a Nate:

—Tenemos que irnos, Carl. Venga. Tenemos que salir cagando leches de aquí.

Cuando volvieron a entrar en la casa, cansados y con ojos enrojecidos, la tormenta ya había amainado. El día volvió a ser como era antes: húmedo y caluroso, con el aire denso y lleno de nubes de moscas y mosquitos.

Una vez en el interior, ambos se dejaron caer en las sillas de la mesa del comedor.

No se miraron el uno al otro durante un rato. Tampoco hicieron nada, en realidad. Se quedaron allí, aturdidos.

Nate dijo al fin:

—Gracias por ir a buscarme.

La mirada de Carl se giró hacia Nate.

—No hay de qué. No eres mi hijo, pero…

Se quedó sin palabras.

—El rayo —dijo Nate—. Lo he visto antes. Te llevó. A otro lugar. ¿Verdad?

—Me vi morir.

Nate hizo una pausa.

—Vale.

—Por unos instantes creí morir, como si tuviera una especie de… ¿Cómo se dice? Una experiencia extracorporal de esas. Me encontraba en un rincón de mi habitación y veía a otra versión de mí tumbado en la cama. Esa versión de mí mismo tenía un aspecto terrible. La piel apergaminada. Amarilla como el pus. Me moría. Acaso ya estuviera muerto. Y allí estabas tú, o tal vez otra versión de Nate.

Y, mientras Carl contaba la historia, Nate lo comprendió todo.

—Cruzaste —afirmó.

—¿Qué? ¿Como en esa serie antigua que echaban, *El ángel de la noche*?

—No sé cuál es esa. Pero es como si… te hubieses convertido en un viajero, Carl. Fuiste a mi mundo. Viste… Me viste a mí. Y a mi padre. A tu versión en mi mundo. —Le costó verbalizarlo, pero al final lo soltó todo—. Carl, mi padre murió de cáncer. Yo estaba allí cuando ocurrió. Lo odiaba. No estaba allí para consolarlo…, ni para dedicarle palabras amables. No buscaba pasar página. Solo quería verlo morir. Y eso fue lo que hice. Pero luego vi… Te vi allí. De pie en un rincón.

Con el arma en la mano izquierda. En aquel momento pensé que eras su fantasma, pero… —Nate se frotó los ojos con los cantos de las manos—. Tú eras tú. No un fantasma. Supongo que eras real.

—Hum. Me está costando un poco procesar lo que acabas de decir.

—A mí también me cuesta, Carl.

Carl le dio una palmadita en el brazo.

—Ve a lavarte un poco, hijo. Sacaré el whisky, porque necesito una copa, o tres. Y doy por hecho que tú también.

El whisky no era bueno. Royal Crown, una marca canadiense. Nate le dijo que en su mundo se llamaba Crown Royal, pero tanto la botella como el etiquetado eran iguales. Además, su padre de verdad también lo bebía.

Al cabo de una hora, ambos llevaban encima una tajada considerable. No tanto como para tambalearse y vomitar, pero Nate ya no sentía dolor y le parecía estar dentro de una bañera con sales de Epsom. Carl le contaba una historia sobre «un tipo con el que trabajaba» en la fábrica de plástico donde había pasado la mayor parte de su vida, alguien llamado Keith. Dijo que Keith siempre jugaba a la lotería. Todos los días. Todas las semanas. También a los rasca y gana y a otros sorteos. Keith siempre decía:

«Dios ayuda a los que se ayudan a sí mismos, o eso es lo que dice la Biblia. Tienes que buscar a Dios durante la primera mitad del camino para que él te acompañe durante la otra mitad. Para ganar hay que jugar. Eso es así, Carl».

—Pues un día —continuó Carl, con una taza de café llena de whisky en la mano—, ese capullo imbécil dejó el boleto sobre el escritorio. Y era de uno de los sorteos con el premio más gordo. Ahora te toca más dinero, pero en esa época ya tenía un bote de la hostia, unos quinientos millones o algo así. Pues Keith iba al baño a la misma hora todos los días, así que fue a la misma hora de siempre para dejarlo todo apestando, para variar, y yo me acerqué a su escritorio y… —Carl representó la acción como si estuviese allí otra vez—. Copié los números que a los había jugado y regresé a mi sitio, me relajé mientras leía el periódico y me puse a silbar una canción de Willie Nelson.

»Pues eso, que Keith iba siempre a la misma hora. Y el sorteo de lotería era todas las noches a las once, pero Keith nunca se quedaba despierto para verlo. Empezábamos a trabajar a las putas cinco de la mañana, ¿sabes? Por ese motivo, llegaba, dejaba la comida en el frigorífico, acudía a su ritual matutino, salía, cogía el periódico y revisaba los números del sorteo de la noche anterior. Todos los días.

»Pero ese día yo había copiado los números, por lo que salió del baño oliendo al ambientador que usaba, se lo echaba como si fuese colonia… Por cierto, ya te digo yo que esos ambientadores de baño no funcionan…

Nate rio.

—Sí, hacen que el baño huela a vainilla y a mierda en lugar de solo a mierda.

—¡Eso mismo! Eso mismo. Pues salió oliendo a… No sé si a vainilla y a mierda, pero puede que a mierda y a caléndulas o algo así. Y empezó a buscar el periódico, hasta que vio que lo tenía yo. Me lo pidió y yo le dije que iba a leerle los números, pero retrasé un poco el momento para decirle algo en plan: «Keith, no vas a ganar nunca. ¡No vas a ganar nunca! Deja de jugar ya, por Dios». Y él me dijo: «Dios ayuda… Tienes que buscar a Dios… Para ganar hay que jugar…», y toda esa mierda.

»Pues eso. Yo me sabía sus números y empecé a leérselos, muy despacio, del papel donde los había escrito, ¿no? Uno a uno, número a número. Y a medida que leía vi cómo se le abrían los ojos. ¡Y cuando terminé, él creía que había ganado! Creía que había ganado quinientos millones de dólares.

—¿Y qué hizo? —preguntó Nate, entre risas.

—¿Que qué hizo? Nate, te vas a cagar. Empezó a gastarse el dinero durante los primeros treinta segundos. Voy a comprarme un jacuzzi. Voy a comprarme un Ford F-350. Voy a comprar una casa en Florida Keys y hacer que el mismísimo Jimmy Buffett venga a escribirme una canción sobre vete a saber qué, loros y piratas y hamburguesas con queso. Y no tenía pensado compartirlo con nosotros, vaya que no. Ni con nosotros, ni con nadie: tampoco pensaba donar nada. «¿Y qué hay de las enseñanzas de Dios?», le pregunté. «¿No querría Dios que lo

ayudasen a alimentar a sus hijos hambrientos?» Y él dijo: «Dios ayuda a los que se ayudan a sí mismos, Carl». Lo siguiente que supe era que había empezado a practicar su discurso para marcharse de la empresa. ¡Iba a comunicarlo ese mismo día! Tenía pensado entrar en el despacho del jefe y decirle que se fuese a tomar por culo, en plan: «Ahora soy rico. *Sayonara*, pedazo de cabrón». Y empezó a dirigirse hacia el despacho, y lo dejamos llegar hasta la puerta, pero luego lo detuvimos y le contamos la verdad. No veas. ¡Se puso como una fiera! Se cabreó de verdad. La cara se le puso roja como un tomate y… —Carl empezó a reír con tantas ganas que casi se asfixia—. No veas qué rebote agarró ese cabrón.

Los dos empezaron a reír a carcajadas, y luego Carl sirvió más whisky a ambos.

Cuando se tranquilizaron, Carl dijo:

—¿Alguna vez…? ¿Alguna vez hiciste algo así con tu padre? ¿Sentarte, beber y hablar de cualquier cosa?

—No. —Nate se puso tenso—. Claro que no.

—Tu padre era un pedazo de mierda, ¿no?

—De las gordas, Carl. Una mierda de las gordas.

—¿Te importa que te pregunte si…?

—¿Quieres saber lo mierda que era?

Carl no respondió, pero su mirada fue respuesta más que suficiente.

—Vale —dijo Nate—. No suelo hablar de este tema, pero mi padre, mi Carl Graves, siempre me daba palizas. Le pegaba a mi madre. No sé. Suena… suena normal cuando lo digo así, rutinario, pero no te imaginas cómo es crecer en una casa así. Tampoco es que me pegase todos los días: algunos días me daba la impresión de que intentaba compensarme, de que quería ser mejor persona, pero esos días eran peores en cierto sentido. Porque eran…, pues como hoy aquí, un día soleado que oculta una sorpresa en forma de tormenta. Iban de la calma al caos. Eso hacía que no me fiase ni cuando las cosas iban bien. En un momento dado podía estar riendo con una serie de la tele o viendo una película de vaqueros, y al siguiente metiéndose conmigo o con mi madre, por algo insignificante o una tontería. O por la cara. También por cosas que se inventaba. Bebía. Fumaba. Nos pegaba.

Carl guardó silencio un rato.

—Lo siento mucho.

—Ya, bueno. Es lo que hay. —Nate alzó la vista para dedicar una mirada intensa al anciano. Su voz estaba cargada de frialdad cuando continuó—: ¿Y tú, Carl? ¿Pegabas a tu hijo? ¿A Nathan?

—No.

—¿Estás seguro de eso?

Carl suspiró y asintió con gesto ausente.

—Estoy seguro, pero tampoco se puede decir que fuera el padre del año, ¿sabes? No estaba ahí para él, Nate. No estaba en casa. Iba a trabajar, y después de trabajar me iba al bar y después me ponía hecho un baboso con una camarera, y cosas de esas.

—¿Y Nathan? ¿Qué significó eso para él?

—El asunto es más complicado de lo que parece, Nate. El hecho de que yo no estuviese allí fue terrible para mi mujer, Susan. Susan… bebía. —Cuando lo dijo, Carl bajó la vista hacia su vaso de whisky, como si fuese un oráculo—. Estaba hecha un despojo humano y, en lugar de ayudarla, me distancié de ella. En mi ausencia, su dolor y su miseria fueron a más, y también su alcoholismo. Era ella la que pegaba a nuestro hijo, porque los padres, los hombres, solo estamos… enfadados, somos tornados de dolor, pero las mujeres tienen que ser un apoyo, o eso se supone. Son las que te abrazan para hacerte olvidar el dolor…

—No digas eso. No puedes decir que es normal que los hombres sean monstruos. Si lo somos, es culpa nuestra. No está bien que uno de nuestros padres sea un maltratador y el otro no, Carl. Es horrible en ambos casos.

Nate intentó imaginarse a su madre siendo el monstruo de la familia. Nate la culpaba un poco por lo que había pasado, por no protegerle. Y tampoco se había protegido a sí misma. Nate había pasado toda su vida, incluso ahora, a caballo entre sentir tristeza por ella y estar enfadado. Sabía que su madre era una víctima, igual que él, pero él solo era un niño y ella era adulta. Podría haberlo sacado de allí, ¿no?

Pero concluyó que era agua pasada, agua manchada de sangre.

—Tienes razón —dijo Carl—, pero la cuestión es que abandoné a mi familia y ella no tenía a nadie que la ayudase a ser mejor persona, por lo que la tomó con Nathan. Y cuando Nathan creció era un nervio… Siempre se metía en problemas. En peleas. Se enganchó a las drogas en el instituto, aunque consiguió aprobar a pesar de todo. Era un desastre. A veces empezaba a enderezarse, pero no tardaba en torcerse de nuevo. Y luego llegó Maddie, y Oliver… El chico fue un accidente, pero entonces mi mujer ya había muerto de una enfermedad hepática y yo empecé a sentar cabeza, por lo que Oliver vivió conmigo tanto tiempo como con sus padres. Y luego… Ahh…

Ahí se detuvo un momento. Volvió a mirar las turbias profundidades del whisky. Sorbió ruidosamente por la nariz, como si hiciese acopio de toda su determinación y luego soltó el vaso en la mesa con un golpe.

—Y luego Nathan sufrió una sobredosis, una noche. Dejó una nota. Maddie y Oliver se convirtieron en la mayor parte de mi vida e intenté estar a la altura, pero… el fantasma de mi hijo estaba presente en Oliver. Y después llegó ese tal Jake y…, fue la gota que colmó el vaso. Un tren que acelerase por unas vías rotas y en mal estado. El accidente era inevitable, supongo. Dejó muchos destrozos a su paso.

«Destrozos.» La palabra llamó mucho la atención de Nate. «Dejó muchos destrozos.»

—Lo siento —dijo Nate—. Aunque no sirva de nada.

—Sí que sirve. No mucho, pero sirve. —Carl parpadeó para contener las lágrimas que habían empezado a brillarle en los ojos—. Deja que te haga una pregunta. ¿Cómo lo conseguiste?

—¿El qué?

—Mantener la compostura. Mi Nathan se quedó hecho polvo por lo que le hicimos mi mujer y yo. Y nosotros… Supongo que la cagamos porque nuestros padres nos habían hecho lo mismo. Mi padre me daba palizas casi todos los días. La madre de mi mujer era una borracha. De tales palos tales astillas, como suele decirse. Pero, a menos que hayas mentido, tú saliste bastante bien parado. ¿Cómo?

Nate rio entre dientes.

—Pues haciéndolo. Mantuve la compostura. Lo conseguí porque

aprendí a ocultar esas cosas detrás de lo que llamo el rompeolas. Es como si un océano agitado quedase detrás de un muro emocional muy resistente.

—¿Y nunca llegaste a pensar que algo así, algo tan terrible, no se limitaría a quedarse detrás de un muro? ¿Que un huracán podría destrozarlo?

—No es algo que me preocupe. O que me preocupase antes. Lo que me preocupaba era que se volviese incontenible. O que subiese demasiado la marea, muy rápido. Temía que me quebrase algún día. Que bebiese demasiado. O que estrangulase a mi hijo o que le pegase a mi mujer. En el fondo sabía que no iba a hacerlo, pero a veces se me metía ese pensamiento en la cabeza y no era capaz de eliminarlo por mucho que lo intentase. —Suspiró—. Llevamos a terapia a mi Oliver, pero era yo el que tendría que haber ido. Estaba celoso de él, pero no me di cuenta en ese momento. Tuvo que ser genial tener a alguien con quien hablar y recibir ayuda…, expulsarlo todo.

—¿Has oído alguna vez eso de que el oxígeno es el mejor antiséptico?

—Creí que me habías dicho que era la lejía.

Nate esperó, y luego le dedicó una sonrisa poco a poco.

Carl volvió a reír, una carcajada repentina y estruendosa. Después volvieron a beber. Bebieron hasta que se acabó la botella y se hizo de noche.

Esa noche, el sueño fue poco más que una sombra intranquila que se agitaba entre las tumbas. Al principio, el whisky lo ayudó a descansar, pero un tiempo indeterminado después volvió a despertarse, inquieto en la oscuridad. Notó como si oyese a Reese en el exterior, susurrando algo sobre demonios y números.

Dios, aquello era una puta locura.

Una locura. Irreal.

Puede que no fuese real. Se consoló pensándolo. Puede que no fuese más que una visión perturbada, que se hubiese quedado en coma o que estuviese muriendo y aquello fuese lo que pasaba por su mente durante los últimos segundos de su vida. O a lo mejor era una especie de… simulación tipo Matrix con tantos errores que había terminado

por descontrolarse; puede que el fin del mundo no fuese más que un conjunto de datos corruptos, sistemas que se desmoronan, una cascada de accidentes desagradables.

Como ese error que había hecho desaparecer a Carl.

Bzz. Y luego lo había transportado a otra parte. U otra época también. Un relámpago. Igual que Reese, que iba y venía.

Hostia puta.

Nate se incorporó en la oscuridad.

Carl había ido al mundo de Nate. Había dejado a Nate…, pero luego había vuelto a quedarse con él. Y no en la misma época. Había aparecido antes de que Nate comprase la casa siquiera. Este mundo destrozado compuesto por todas las líneas temporales ruinosas no casaba temporalmente con los que quedaban en pie, con aquel desde el que había llegado Nate. Llevaba mucho tiempo sintiendo que tenía que darse prisa, como si no le quedase tiempo, como si no pudiese salvar a Oliver. Como si aquello fuese una carrera contra Jake para salvar la vida de su hijo, y para prevenir la destrucción de su mundo.

Pero si las líneas temporales no casaban y no iban al mismo ritmo…

Podría regresar. Podía solucionarlo.

Carl lo había hecho.

Aunque solo hubiese sido un instante.

Puede que esa fuese la manera. La tormenta. El relámpago.

Puede que esa fuese la manera.

72

Separar el grano de la paja

—Tengo que ir a un sitio —le había dicho Maddie a Oliver a la mañana siguiente. Tenía una cafetera italiana en el fuego. Una vez preparado el café, lo vertió en un termo para llevárselo consigo. (Y vaya si lo necesitaba. La cerveza de la noche anterior había vuelto de entre los muertos para sumir a su cerebro en una resaca suave pero persistente)—. Levanta. Ponte una chaqueta. Desayunaremos de camino. Unos sándwiches en el Wawa o lo que sea.

—Estamos en el culo del mundo. Aquí no hay Wawa, ¿recuerdas?

—Ay. Joder. El culo del mundo. Bueno. Pero vamos.

—¿Adónde?

—No lo sé. Al Walmart, lo más seguro, pero… Daremos una vuelta con el coche. Necesito hacer varias cosas.

—¿Qué clase de cosas?

—Ya sabes. Cosas.

Entonces fue Oliver quien se puso suspicaz.

—Te portas de una manera muy rara.

—Tengo un proyecto en el que me gustaría trabajar.

Maddie había pensado en contárselo, pero Oliver ya tenía bastantes problemas como para que su madre lo cargase con más.

«Oye, chaval, ¿sabías que a veces las cosas que creo cobran vida? ¡Tengo poderes mágicos, como tu amigo Jake! Mola, ¿verdad?»

Le daba la impresión de que no contárselo equivalía a una traición. ¿No habría sido mejor mostrárselo?

—No… quiero. —Parpadeó al mirarla, agotado y somnoliento. Con el pelo enmarañado como una ola a punto de romper—. ¿No puedes ir tú?

—¿A qué viene eso? Tenemos que estar juntos.

—Es que… No sé… Me acabo de despertar. Estoy cansado. Y, bueno, nos hemos visto el uno al otro durante toda esta semana…

—Quieres pasar algo de tiempo solo.

Oliver no respondió, pero Maddie lo vio en su gesto. Claro que quería. Era un niño de quince años atrapado en una cabaña con su madre.

—Olly, no sé…

—No me va a pasar nada.

—Si viene Jake…

—También podría venir mientras tú estás aquí.

—Pero si me voy… —Se detuvo antes de decir: «No podría protegerte»—. Quiero asegurarme de que estés a salvo.

—Hay una cosa llamada teléfono, ¿sabes?

—Fig dijo que la línea no funciona bien. Y parece que viene mal tiempo…

—Pues déjame tu teléfono. —Oliver no tenía móvil desde que Jake lo había atravesado con un pico—. Si pasa algo, llamaré a Fig.

—Fig no llegaría a tiempo. Tardaría horas.

—Pues a emergencias.

Maddie empezó a caminar de un lado a otro.

«El chaval necesita espacio. Le han pasado muchas cosas.»

—Vale —concedió al fin.

Oliver volvió a dejarse caer sobre la cama.

—Gracias.

—¿Todo va a ir bien? —le preguntó Maddie.

—Sí, mamá.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Maddie se marchó en el Subaru.

Y en ese momento empezaron a caer los primeros copos de nieve.

«Seguro que solo es una nevisca», se dijo Oliver. Comió pavo frío de la noche anterior mientras miraba por el cristal empañado de la ventana de la cabaña. Su madre le había dicho que iba a hacer mal tiempo, aunque se suponía que no sería hasta por la noche. Era

invierno, o casi, por lo que esperaban alguna nevada de vez en cuando. Era normal. No había por qué preocuparse.

Dio un paseo durante un rato, deambulando por el bosque. Bajo un cielo plomizo y entre copos de nieve. Oliver intentó cortar madera, pero le dolía mucho la mano izquierda. El frío se le clavaba como las esquirlas de un carámbano, por lo que pensó: «A tomar por culo», y volvió a la cabaña. Tal vez retomara la lectura del libro de Robin Hobb con el que estaba.

Pero mientras se acercaba allí, vio algo en la ventana. Un parpadeo de la luz y una sombra.

«Movimiento», pensó. Y se arrepintió de lo que acababa de hacer.

Había dejado el teléfono en el interior.

«Oh, no. No. No.»

Puto Walmart.

Maddie era pedante. Lo sabía. Lo notaba dentro, en el tuétano de sus huesos. Habría preferido estar en cualquier parte antes que en un Walmart. Aquel lugar le parecía distópico y posapocalíptico a partes iguales, como si fuera la última gran superficie que siguiese activa en el fin del mundo. Los que recorrían los pasillos y las estanterías eran de lo más variado: gente que se preparaba para el fin del mundo vestida con ropa de camuflaje y con la raja del culo al aire; ancianos blancos con esos sombreros de vaquero que al parecer aún se llevaban en el norte de Pensilvania; chicas corpulentas con licra brillante y muy ceñida que se perdía en unos glúteos demasiado hambrientos, y con el pelo recogido en una cola más alta que la Torre de Babel; amas de casa agotadas a quienes atormentaba el fantasma del arrepentimiento; adolescentes con las mejillas llenas de granos vestidas con el uniforme de Walmart y pasando la fregona sobre unas manchas de aspecto sospechoso. Luces fluorescentes que zumbaban y chasqueaban en el techo. El llanto de un bebé a lo lejos.

Pero era lo que había, y era el único puñetero sitio del lugar que tenía lo que Maddie necesitaba.

Ella misma era una mujer desesperada, y aunque habría preferido afrontar su obra de «crear a un marido» con las herramientas, piezas y catalizadores de la mayor calidad posible, no tenía acceso a todo lo

que habría deseado.

Pero tenían malla de alambre.

Lo que significaba que ella tenía malla de alambre.

La compró. También alicates de varios tipos, alambre plastificado, un par de guantes texturizados para tener mejor agarre y dos rollos de cinta americana, porque usar cinta americana era como hacer puta magia.

De paso, se abasteció también de algunos suministros necesarios: comida, agua embotellada, algo de ropa y cosas de limpieza.

Pagó y salió de allí…

Pero una vez fuera descubrió que había empezado a nevar con fuerza. «Puede que solo sea una borrasca», pensó. En un momento soplaba en una dirección pero luego cambiaba y soplaba con fuerza en la otra. El pronóstico meteorológico no había dicho nada al respecto. Se estremeció al pensar en la tormenta horrible que había asediado su hogar durante el último mes.

«Qué clima tan raro.»

Bueno, supuso que el Subaru podría con algo así. El Forester era un cuatro por cuatro preparado para las inclemencias del tiempo. Se sentó al volante y se dirigió a la Ruta 6, de camino a la cabaña.

«No pasará nada», dijo para sí, aunque la nieve no había dejado de caer, como si fuese el castigo de un dios vengativo.

Oliver abrió la puerta de la cabaña despacio y con mucha cautela.

Al otro lado de la estancia, en el lugar más alejado del sofá cama, vio que la televisión estaba encendida. El siseo de la estática en blanco y negro.

Se reflejaba en el cristal de la ventana.

«Era eso», pensó aliviado mientras soltaba un suspiro. Solo era la estática. No era movimiento, sino el agitar de las luces de la pantalla.

Pero luego se hizo la verdadera pregunta:

¿Por qué la televisión estaba encendida? Él no había sido. Allí no se recibía casi ningún canal, y no quería ver la televisión pública.

Oliver entró y se limpió la nieve derretida de las suelas antes de cerrar la puerta.

Después: fssssss. El volumen de la estática se convirtió en un rugido,

y él se llevó las manos enguantadas a los oídos.

Y la pantalla se volvió negra.

Y en ella apareció un rostro.

Unos ojos rojos y demoniacos que miraban por una cortina de blanco. Eso es lo que parecían, todas las luces de freno alineadas frente a ella. Maddie pisó con fuerza el pedal y detuvo el Subaru. El vehículo derrapó. ¡No, no, no! Y se detuvo justo antes de estamparse contra el parachoques trasero de una furgoneta Chevy muy destrozada. No chocó contra ella. Fiu. Pero vio delante el fantasma de una silueta entre la borrasca: un camión articulado cruzado en la carretera. Giró la cabeza al momento y puso marcha atrás. Entonces oyó el rechinar de los frenos y el ruido de las ruedas al girar sobre la nieve medio derretida mientras los coches derrapaban hacia ella.

Se preparó para el impacto y…

Nada. Gracias a todos los dioses de los cielos. Había coches detrás de ella, y más coches detrás de esos. Empezaba a formarse un atasco. No tenía espacio para mover el coche: ni para dar marcha atrás ni para seguir avanzando. Maddie extendió la mano hacia el teléfono…

Que no tenía encima, claro.

Se lo había dado a Olly.

Olly tenía el puñetero teléfono.

Hizo respiraciones profundas para tratar de tranquilizarse. No pasaba nada. El atasco no sería eterno. Apartarían ese camión de la carretera y conseguiría volver a la cabaña dentro de una hora como mucho. Maddie estaba segura.

En la tele, la oscuridad se convirtió en un rostro que Oliver reconoció como suyo durante unos instantes, hasta que la nube de píxeles se volvió más nítida y dio paso a la cara granulosa y desdeñosa de Jake.

—Ah —dijo Jake, con tono juguetón—. No te había visto.

Oliver se quedó muy quieto.

«Me he quedado dormido y esto es una pesadilla.»

Pero no, aquello era real.

—Te odio con toda mi alma —espetó Oliver, desde detrás del sofá.

—¿Eso no es como odiarte a ti mismo?

—No somos iguales.

—Lo sé —dijo Jake, con una decepción que resonó en su voz como una nota discordante—. En eso me equivoqué. Creí que íbamos a entendernos, que en el fondo iba a haber bastantes facetas mías en tu interior y tuyas en el mío, que llegaríamos a congeniar. Pero a veces un clavo necesita un martillo.

Oliver soltó un grito ahogado y se agachó detrás del sofá.

—Puedes escondeeerte —dijo Jake, con un sonsonete—. No pasa nada. Puedo seguir hablando. Y tú me oirás porque eres un niño razonable, Olly.

«Es lo que quiere. No lo escuches.»

Se le ocurrió que podía correr en dirección a la puerta. Abrirla y abalanzarse al frío y a la nieve. Pero no fue capaz de moverse. Deseaba mover las piernas, que los pies lo ayudasen a salir por la puerta…

Pero se quedó allí.

—Pues al parecer no me ha funcionado el discursito —dijo Jake—. Pensaba que tu «empatía sin límites» y esa antena tuya para captar el dolor de las personas bastarían para que te diesen ganas de arreglarlo todo. Que querrías solucionar los tiroteos en las escuelas, el cambio climático…, detenerlo todo para rehacerlo, para asegurar un futuro mejor. Y luego, cuando se fue tu papaíto, ese puto Nate, creí que lo había conseguido. Creí que al matar a Graham Lyons y a su puto padre todo sería más fácil aún. ¡Ya estaría! Fin de la partida. Había ganado. Casi te tenía, ¿verdad? Venga, Olly, hazlo por mi ego. Dime que estuve muy cerca de conseguirlo.

—Nunca estuviste muy cerca de conseguirlo —mintió Oliver.

—Di lo que quieras, chaval.

—Yo que tú me daría por vencido. Puede que este mundo sea el que merece la pena salvar y no destruir, pedazo de mierda.

Jake se lo pensó. Cuando habló, la estática crepitó en su voz, una sibilancia detrás de cada una de las sílabas:

—Ya es demasiado tarde, Oliver. Todos los mundos caídos han empezado a ejercer demasiada presión contra este. Empiezan a

aplastarlo. A corromperlo. Hay elementos de esos mundos que aparecerán en este, que ya han aparecido. La maquinaria de este lugar ha empezado a descomponerse. Ya hemos entrado en la espiral de la muerte, y ha llegado el momento de darlo todo por zanjado. He descubierto cómo traerte hasta aquí.

Oliver se quitó un zapato sin agacharse, lo cogió y se irguió, listo para lanzarlo. Iba a romper la pantalla y hacer que la imagen de Jake volviese a la oscuridad del tubo de rayos catódicos.

Después vio a Caleb en ella.

Caleb atado a una silla. Con la boca tapada con un pedazo mal cortado de cinta americana lleno de sangre oscura. La sangre le goteaba por la nariz y también le caía por la frente. A pesar de la distancia, Oliver sintió su dolor, un dolor verdadero, un dolor físico que se agitaba como agua hirviendo.

Se oyó un chasquido de dedos, y volvió a aparecer el rostro de Jake.

—Parece que he captado tu atención, ¿verdad? —dijo Jake.

—Por favor… —imploró Oliver, que notaba como si algo le atenazase la garganta.

—Te importa la gente. La gente del montón. Toda. No te importa la humanidad… —Jake pronunció la última palabra de forma histriónica, abriendo bien la boca y casi a voz en grito, una ópera en nueve letras—. Te importan los humanos. Y aquí mismo tengo a uno de esos humanos por los que tanto te preocupas, así que el trato es muy sencillo: o vienes a la piedra altar a medianoche o empiezo a cortarle pedacitos de su cuerpo. Lo desangraré. Lo dejaré a pedazos. Y luego morirá poco a poco, Oliver, porque estoy seguro de que sabes que todo el mundo tiene un límite para los traumas. Pero tengo buenas noticias: puedes evitar que eso suceda.

Oliver tragó saliva, un nudo de miedo y rabia. La lógica consiguió abrirse paso de alguna manera. Alzó el mentón, desafiante:

—Pero dijiste que todo iba a terminar igualmente. Voy, me muero en la piedra, y luego ¿qué? Caleb también morirá.

—Pero si no vienes, le haré daño. No pienso matarlo, porque la muerte sería una obra de misericordia. El dolor que le cause a tu amigo irradiará de él y llegará a ti en esa pequeña cabaña en la que te

ocultas. —Jake chasqueó la lengua, al ver que Oliver guardaba silencio a causa de la sorpresa—. Claro que sé dónde estás. ¿Podría ir a por ti? Sí. Pero hacer esto me va a llevar menos trabajo.

—No le hagas a Caleb más daño del que ya le has hecho.

Jake sonrió.

—¿Lo quieres? ¿Te hace tilín? Parece que te gustan los chicos y las chicas por igual. Un poco Caleb, y también un poco Hina. Pues mira, a lo mejor voy a por ella después de Caleb. Y fíjate, puede que también le haga daño. Mucho daño.

—Pero serás gilipollas…

—Y después de matarlos y dejar por ahí sus cadáveres, iré a por ti si no vienes. Iremos a por tu madre, la perseguiremos como a una perra por el bosque. Me aseguraré de que sufra muchísimo por lo que me hizo, Oliver. Le cortaré los dedos de las manos y los dedos de los pies, y después le cortaré las tetas. Le meteré gusanos hambrientos por todos y cada uno de sus agujeros y orificios. La haré sufrir mucho, Oliver, tanto que terminará por morir. Y a ti te aturdiré con una pistola eléctrica, o con drogas, y te obligaré a mirar. Lo verás todo. Y allí, en algún lugar de la oscuridad de tus ojos cerrados, apareceré yo. Lo verás todo destrozado, todo lo malo, y no solo querrás escapar a tu dolor, no. También querrás escapar del dolor de todo el mundo, de todo el dolor, querrás llevarte contigo todo lo que te rodea. Por tu madre, por tus amigos muertos y por tu padre desaparecido… Querrás ayudar a los mundos, a todas las líneas temporales, a encontrar la paz.

Oliver tragó saliva.

—¿Eso fue lo que te sucedió? ¿Querías escapar de todo el dolor? ¿No podías soportarlo?

—Puedo soportar mucho más que tú, te lo aseguro.

—Te odio.

—Lo mismo digo, chaval.

Y luego la pantalla se quedó en negro.

Una hora. Una hora allí sentada en el Subaru. Maddie dejaba el motor en punto muerto lo bastante como para que se calentase, y luego lo apagaba para ahorrar gasolina. De vez en cuando veía gente en el exterior, cuando amainaba un poco la nevada. Las borrascas iban

y venían. A veces no era más que un agitar de copos, puntos blancos y grises, pero otras era como una pared blanca que se tragaba y ahogaba el mundo entero.

Terminó por salir cuando vio gente. Se acercó a un tipo rechoncho y de mejillas caídas con chaleco de Marty McFly y sombrero de John Deere. Había salido de un Chevy Blazer de finales de los noventa. En la parte de atrás había pegatinas de los marines, junto a la bandera de Gadsden.

—Oiga, perdone —dijo Maddie.

—¿Qué tal? —saludó él—. Menuda movida —añadió, mientras abarcaba con un ademán todo cuanto lo rodeaba, como si se refiriese al tiempo.

—Sí. La cosa está muy rara ahí fuera.

—Ahí fuera, aquí fuera. Por todas partes.

—¿Sabe qué ha ocurrido ahí delante?

—El camionero perdió el control y la carretera estaba demasiado resbaladiza, así que acabó cruzado. Después chocaron algunos coches por el otro lado. Supongo que se habrá caído parte de la carga. Nada emocionante, por desgracia, solo material de construcción. Barras de acero. ¿Sabe? Una vez vi volcar a un camión en la I-80. Y se abrió el remolque. ¿Sabe qué llevaba? Naranjas. Miles de naranjas que empezaron a rodar. La verdad es que estaban buenas.

—Anda, qué… qué divertido. ¿Puedo pedirle un favor?

Él se encogió de hombros y sonrió.

—Usted pregunte, pero si necesita mear, ya me he quedado sin botellas vacías.

Maddie rio a mandíbula batiente con ese comentario.

—No creo que acierte a mear en una botella, salvo que tenga un buen embudo. No, me gustaría pedirle el móvil. El mío se ha quedado sin cobertura y tengo que llamar a mi hijo para decirle que llegaré tarde.

El hombre la miró como si la analizase.

—Claro. Además, tampoco es que pueda escaparse con él.

Sacó un móvil con tapa de los vaqueros. Al parecer seguían fabricándolos. Se lo entregó.

Maddie le dio las gracias, se retiró, no muy lejos para que no pensase mal, y luego llamó a Oliver. Sonó y sonó y sonó.

«Venga, chaval. ¿Dónde estás?»

Al fin respondió alguien.

—Hola, mamá —dijo. La voz se quebraba un poco por la línea.

—Olly, chaval. Está nevando mucho por aquí. Supongo que la tormenta que iba a haber esta noche se ha adelantado. Estoy en un atasco. Un camión ha bloqueado la carretera, y no sabría decirte cuánto voy a tardar.

—Vale.

Maddie oyó preocupación en la voz de su hijo.

—No pasa nada. Estás bien. Tienes mi teléfono, el arma, madera para la chimenea y comida en el frigorífico, aunque huela a pedos húmedos de fantasma… —Esperó oír una risa que no llegó—. Todo irá bien.

—Lo sé.

—Te quiero.

—Yo también te quiero. Lo siento, mamá.

—¿Por qué lo sientes? No es tu culpa que esté aquí.

—Lo sé. Pero… lo siento.

—Nos vemos, chaval.

Maddie le devolvió el teléfono a John Mejillas Caídas Deere.

—Gracias —le dijo.

—¿Su hijo está bien?

—Está… bien, sí. Ha tenido unos días complicados.

«Y está claro que me quedo cortísima.»

—Déjeme adivinar. ¿Es adolescente?

—Sí.

—Yo tengo una. Tiene diecinueve años. Hoy día todo es horrible para los chavales. Nosotros nos quedamos con lo mejor y les dejamos a ellos poco más que las sobras. Pero a su hijo le irá bien. Está claro que se preocupa por él y está dispuesta a hacer lo que haga falta. Eso es ser madre, y de las buenas. Eso y confiar en ellos. Tiene que confiar mucho en su hijo como para dejarlo solo, pero también estar dispuesta a hacer lo que sea con tal de volver con él. ¿Verdad?

—Tiene toda la razón —convino ella.

—Pues eso es lo único que necesita. Confianza y trabajo duro.

Se estrecharon la mano, y Maddie volvió a darle las gracias.

—Fred —se presentó él.

—Maddie —respondió ella.

Y luego, como por arte de magia, la borrasca amainó una vez más hasta convertirse en poco más que una nevisca, y Maddie vio la luz estroboscópica azul y roja de un coche de la policía frente a ella. El aire aulló con el chirrido hidráulico cuando el tráiler que bloqueaba la carretera empezó a moverse.

Tardó su tiempo.

Deambuló mucho por la casa, y también pensó mucho.

Oliver se aseguró a sí mismo que se limitaría a hacer lo necesario. Se dijo que no podía ceder a los deseos de Jake. Pero también se preguntó si le quedaba otra elección. Jake iba a hacer todo lo que le había dicho. Estaba convencido. Le haría daño a Caleb, mucho daño, y luego lo mataría. Y después también iría a por Hina. Puede que luego fuera también a por su madre. Y a todos les haría las cosas horribles que le había asegurado que les haría. ¿Qué elección le dejaba eso?

Sacó el teléfono de su madre, abrió los contactos e hizo una llamada. Oliver no estaba seguro de cuánto tiempo tardaría ella en volver, pero tenía que hacerlo antes de su regreso. Y antes de que el tiempo empeorase.

Escribió una nota a toda prisa.

Cogió el teléfono.

Cogió el arma.

Después abrió la puerta, pasó junto a los trece búhos desperdigados por el suelo (todos cubiertos por una montañita de nieve blanca). Y se afanó a través de la nieve, por el porche y hacia el fin.

73

Será mejor que recuerdes que el rayo nunca cae dos veces

Nate se lo contó a Carl al día siguiente, y Carl pensó que estaba como una cabra y se lo dijo. Pero también le aseguró que lo iba a ayudar. Se pusieron manos a la obra para construir un pararrayos. Carl conocía los principios básicos y dijo que tenían uno en la fábrica de plásticos donde trabajaba. Un pararrayos era poco más que una barra de metal alargada, mejor si era de cobre, colocada en lo alto de un edificio con un cable que iba desde la barra hasta el suelo, para que atrajese al rayo y luego lo dirigiese hacia el suelo y no le ocurriese nada al edificio.

Pero, en este caso, no hacía falta que el cable llegase hasta el suelo…

Tenía que llegar hasta Nate.

—Y está claro que eso te va a dejar frito —dijo Carl.

—En otro universo sí, pero tú…

—Lo que me pasó antes fue una locura, Nate. Estas tormentas no son predecibles. Y tengo claro que sus resultados tampoco lo son. No creo que lo que me ocurrió pueda reproducirse, pero, claro, qué sabré yo.

Nate se encogió de hombros.

—No se me ocurre otra cosa. ¿Y a ti?

—Qué va.

—Pues eso es lo que vamos a hacer.

Carl tenía cañerías de cobre en las paredes. Las tuberías de la casa daban a una bomba de agua junto al pozo, que necesitaba electricidad, por lo que tampoco podría decirse que sirviera de mucho. Nate y él arrancaron algunas y crearon la barra de metal. Después

cogieron rollos de cable que tenía en el sótano y lo enrollaron en la barra, y luego usaron la escalera para subir a la azotea. Nate dijo que subiría él, y Carl le aseguró que él también podía hacerlo, joder, y luego obligó a Nate a quedarse en el suelo con el fusil. Por si acaso.

Algunas de las tejas de pizarra crujieron y se rompieron cuando el anciano subió a la techumbre; pedazos que se deslizaron hasta el suelo y se rompieron al caer. Nate tuvo que esquivar algunos de ellos.

—¿Todo bien por ahí arriba? —preguntó Nate.

—Estoy bien, y deja ya de preguntar. Soy viejo, pero no tanto —aulló Carl.

Nate no veía demasiado lo que hacía, pero no dejó de oír golpes, traqueteos y esquivar esquirlas de pizarra que caían desde las alturas. Carl gritó de repente:

—¡Me cago en la puta!

Nate se colgó el fusil al hombro y empezó a subir a toda prisa por la escalera…

Echó un vistazo por encima de los canalones y vio a Carl sentado a horcajadas sobre la parte más alta del tejado, montando la casa como si fuese un caballo. La sangre le chorreaba por la mano mientras la agitaba.

—Dios, Carl. ¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien. Solo me he cortado la palma de la mano con el tapajuntas. Hay que ver lo afilada que está esa mierda. —Se quitó la camisa y se la enrolló alrededor de la mano sanguinolenta. La sangre la empapó muy rápido. Nate dijo que él subiría a terminar, pero Carl le respondió—: No, joder. Ya casi está. Estaba arreglando el tapajuntas alrededor de la chimenea para evitar las goteras. Ya casi está. Ya casi está. Baja y déjame algo de espacio.

Nate recordó lo cabezota que era su padre; sabía muy bien cómo tratar al viejo, por lo que volvió a bajar por la escalera y le dejó algo de espacio. Carl se acercó al borde…

Pero cayó y empezó a deslizarse por el tejado hasta llegar al canalón…, que se rompió mientras Carl salía despedido por los aires…

Nate gritó…

Y luego notó una brisa fuerte y un olor intenso a ozono…

Carl desapareció de repente en medio del aire.

—Pero ¡joder! —dijo Nate.

Sabía lo rápido que el anciano había vuelto la última vez, por lo que se apresuró hasta el lugar por el que había caído e intentó adivinar la trayectoria. Enterró los talones en el suelo para prepararse, abrió los brazos…

Y justo en ese momento notó otra ráfaga de aire. Carl volvió a aparecer y, en esa ocasión, Nate lo cogió. Bueno, «lo cogió»…, porque el golpe hizo que cayese hacia atrás y se diera el culo contra el suelo; y de repente los dos quedaron despatarrados sobre el jardín descuidado. Los dos gruñeron y rodaron doloridos, pero no tenían heridas importantes. Carl terminó por incorporarse mientras se mantenía la mano con el corte debajo de la axila.

—Vaya, eso ha sido increíble —dijo al fin.

—¿Qué ha pasado?

—¿Que qué ha pasado? Has visto lo que acaba de pasar. He vuelto a viajar.

—¿Adónde? ¿Cuándo?

—Pues… La verdad es que no lo sé, Nate, solo sé que de repente estaba de pie. Miraba por la ventana de la buhardilla de esta casa. Y te miraba… a ti, creo. A ti y a tu hijo. En el porche. El chico tenía una bicicleta destrozada, o eso me pareció ver.

Nate asintió.

—Sí, lo recuerdo. Recuerdo que te vi ahí arriba.

—Dios. Pues eso, increíble.

—Claro, Carl. Es increíble.

Carl se puso en pie, tembloroso, y le crujieron las rodillas.

—Te voy a decir una cosa, Nate. Sé que no es mi nieto, no el de verdad, al menos, pero me ha encantado ver otra vez a Oliver. Mucho.

«Me imagino que habrá sido genial, sí», pensó Nate. Y eso fue todo lo que pudo hacer. Imaginárselo.

La primera señal de que a Carl le pasaba algo raro llegó unos días después. Nate se despertó y vio a Carl allí de pie, mientras los rayos de luz de luna que atravesaban las ventanas tapiadas lo iluminaban como rayas de cebra de luz y sombra.

Tenía la pistola en la mano. La apuntó hacia Nate.

—¡Identifícate! —gritó Carl—. Despierta, pedazo de mierda. No puedes quedarte aquí. ¿Quién eres? ¿De dónde has salido?

—Carl —dijo Nate, tranquilo como la superficie de un lago en calma —. Carl, soy yo. Nate.

—Esta era la habitación de mi hijo. Y va a volver. No puedes dormir aquí.

—Claro que lo es, Carl. Puedo dormir en el piso de abajo si lo prefieres.

El anciano pareció quedarse estupefacto.

—Claro —dijo al fin.

Después se tambaleó fuera de la habitación. Avanzó por el pasillo, y se oyó el golpetazo de una puerta al cerrarse. Y eso fue todo. Nate supuso que el anciano se había despertado sonámbulo o que empezaba a chochear. Pero, por si acaso, bajó las escaleras y se acostó en el sofá.

Esperaba que ahí terminase todo, pero lo cierto era que apenas acababa de empezar.

Pasaron los días, y Carl no mencionó nada de lo ocurrido. Tampoco Nate. El único cambio que pudo apreciar en el anciano fue que estaba un poco torpe y desconcentrado. Según él, debía de haber cogido un resfriado.

—Hoy me siento un poco dolorido —aseguró—, pero estoy bien — añadió luego. Y la vida pareció continuar con normalidad.

Cazaron, hicieron acopio de provisiones y esperaron a que llegase una buena tormenta, pero no ocurrió. Una semana más tarde, siete rayas en la madera después, las cosas se pusieron feas de verdad.

Nate se sentaba en el exterior, con el fusil sobre el regazo. Había salido a dejar comida estropeada como cebo para las ardillas, porque las ardillas eran tontas como un arado y cogían con las mismas ganas un grano de maíz mohoso que uno en perfecto estado. Un tiro a la cabeza y ya estaría. Las ardillas también eran fáciles de desollar… Carl le había enseñado que bastaba con levantarles la cola, cortar un poco «justo por encima del ojete» (como había dicho él) y luego por las patas; después pisabas la cola, agarrabas las garras y tirabas. La piel salía de un tirón. A lo mejor tenías que usar el cuchillo para arrancar

algunos pedazos, pero no hacía falta mucho más. Después de eso, tenías que meter la ardilla en la cazuela y encender el fuego al momento. Carl decía que en los «buenos tiempos» tenías unas pocas horas, al menos, y que duraba más si tenías hielo. Pero ahora se pudrían muy rápido. Estaban rancias menos de una hora después. («Todo el mundo está podrido», solía decirle Carl, y Nate se estremecía cada vez que oía esas palabras.)

Pues allí estaba sentado Nate, a la espera. Esperando una ardilla y también una tormenta. Esperando cualquier cosa. Nate daba la impresión de estar en calma y tranquilo, pero por dentro estaba preocupado e impaciente.

«Solo quiero volver a casa», pensó.

Después oyó una agitación entre la maleza, y vio cómo se movían la hierba y los arbustos. El jardín delantero sin duda había crecido más de lo debido, y ahora se había convertido en un prado descuidado y desaliñado. Pisoteó el lugar donde había colocado el maíz mohoso, en línea recta por su línea de visión.

Una ardilla bailoteó frente a él. Flaca, como todas las demás. Parecía sana, eso sí. No iba a conseguir mucha carne, pero le daría bastante sabor al estofado. Nate se apretó el fusil contra el hombro y llevó el ojo a la mirilla. Colocó la ardilla justo en el punto de mira y…

Se oyó un portazo, y la ardilla salió corriendo.

—¡Joder! —exclamó, al tiempo que se daba la vuelta para ver a Carl saliendo de la casa. El anciano se tambaleaba como si estuviese borracho como una cuba. Tenía un cigarrillo entre los labios. Apagado.

—Está podrido —dijo Carl. El cigarrillo cayó de sus labios.

—Carl, pero qué coño. La tenía en el punto de mira…

Después la vio. La calibre 45. Estaba húmeda. Del cañón goteaba aceite para armas. Las gotas resonaban al caer al suelo. Plic. Plic. Plic.

—Carl —dijo Nate, con más cautela en esa ocasión—. Baja el arma.

Carl giró la cabeza despacio hacia Nate.

—Nathan, ¿eres tú? —preguntó el anciano.

Nate no sabía qué responder. Había oído historias de amigos que habían tenido que lidiar con padres que sufrían demencia o alzhéimer,

y siempre le decían la verdad para intentar que sus progenitores volviesen a la realidad…, pero en esas historias el padre nunca tenía un arma en las manos.

—Claro. Soy yo.

La sombra de la incertidumbre cruzó por las facciones del Carl.

—No. ¿Eres tú? Está podrido, hijo. El mundo está destrozado. Todo está en peligro. Es Oliver, ¿sabes? ¿Dónde está Oliver?

Después apuntó a Nate con el arma.

—Carl… Esto… Papá.

—¿Qué le has hecho a Oli…?

Desapareció.

Carl estaba allí y, en un abrir y cerrar de ojos, ya no estaba. En ese momento, llegó esa ligera brisa y también el olor a cloro y a carretera húmeda.

Nate sabía adónde había ido el anciano.

Recordó aquella noche: Carl había aparecido detrás de él en la casa, la noche de la tormenta. Lo había golpeado con el arma. Lo había llamado Nathan. Le había dicho que el mundo estaba destrozado y podrido, que el peligro estaba cerca…

Y luego Carl volvió a aparecer, de la nada.

Sudoroso, húmedo y mareado; el anciano se tambaleó. Nate extendió la mano para cogerlo, y también para quitarle el arma. El anciano no opuso resistencia. Trastabilló atontado hasta la misma silla en la que Nate había estado esperando a la ardilla. Carl se desplomó sobre ella con las piernas extendidas. Por un momento, pareció perdido mientras miraba la hierba.

—He vuelto a ir a algún lado.

—Lo sé, Carl. Sé adónde has ido.

Se humedeció los labios.

—Creo… creo que te he golpeado. Con eso.

Cabeceó en dirección al arma, que ahora estaba en las manos de Nate.

—No te sientas mal. Ya me he curado.

—Desaparecí sin más, físicamente. Y luego volví a aparecer aquí.

Carl se tocó la frente.

—Eso también lo sé.

—Lo siento, Nathan. —Después, murmuró para sí, como enfadado —: Nate.

—Tranquilo. No pasa nada. No te lo tengas en cuenta.

—¿Podrías hacerme el favor de traerme algo de whisky? La boca me sabe a… A nariz ensangrentada. ¿Te ha sabido así alguna vez?

Nate no estaba seguro de que el whisky fuese la mejor medicina, pero como no tenían medicinas de verdad, ¿qué otra cosa iba a hacer? Asintió y se dirigió al interior de la casa para coger una de las botellas que el anciano guardaba debajo del fregadero. El único problema era que no parecía quedar ninguna. Encontró una botella de algo llamado ginebra Oberon's. Tenía una etiqueta con un perro lobo irlandés desaliñado, y dio por hecho que también le valdría. Su padre solía decir que la ginebra «sabía a Navidad», así que… (Y, en ese momento, a Nate se le revolvieron las tripas. ¿No era casi Navidad en aquel lugar? ¿O en su mundo? Acción de Gracias ya había pasado, ¿verdad? Si pudiese volver… No, ya se preocuparía por eso más tarde. ¿Ahora? Tocaba pensar en Carl.)

Agarró la botella de Oberon's y le quitó la tapa. Después cogió dos tazas de café al salir, metiendo los dedos por las asas de cerámica. Tintinearon mientras se dirigía hacia el exterior…

Y en ese momento vio a Carl deambulando por la hierba, dándole la espalda a Nathan. Tenía la cabeza ladeada y los brazos caídos.

—¡Carl! Oye. No hay whisky, pero he encontrado ginebra…

El anciano siguió tambaleándose por la hierba.

¡Joder!

Nate dejó la botella y las tazas y se dirigió hacia él a toda prisa. Rodeó al anciano con el brazo y tiró de él hacia atrás.

El rostro de Carl era un revoltijo enmarañado. Unos zarcillos negros y húmedos le colgaban de la cara, como enredaderas podridas. Unos gusanos negros y rojos le reptaban por las fosas nasales y le colgaban de los labios; uno incluso intentaba colársele por el lagrimal izquierdo. Emitió un sonido líquido que le salía del pecho y luego su borboteo. Nate se echó hacia atrás en el momento en el que Carl empezaba a vomitar, y una maraña de hilos negros le cayó de la boca, cubierta por

espuma amarillenta de bilis. Chapotearon al caer al suelo. Los gusanos se apilaron en el vómito, aún vivos.

Carl se rodeó con ambos brazos y empezó a tener arcadas, y cayeron al suelo algunos gusanos más…, unos pocos. Nate se acercó y le ayudó a quitarse algunos de la cara, con cuidado de no romperlos. Se quitó la camisa y la usó para limpiar el rostro y la boca del anciano, antes de ayudarlo a ponerse en pie rápidamente y apartarlo del aquel caos reptante que había ahora sobre la hierba.

—Dios —dijo Carl, seguido de un gruñido de desesperanza—. Por los clavos de…

—Estás bien. Estás bien. Venga. He traído algo para ayudarte… Para lavarte la boca, y también desinfectarte.

Se adelantó a Carl, cogió la ginebra y se la dio.

—Toma. Bebe.

Carl la agarró con avaricia y ambas manos, como un bebé que agarrase una taza de zumo. Se llevó la botella a los labios y empezó a beber. Con el primer trago, se enjuagó la boca y escupió. Pero después bebió. Tres tragos considerables.

—Mucho mejor —dijo Nate—. Estás bien.

Pero Carl negó con la cabeza.

—No estoy bien.

—Eso no lo sabes.

—Lo sé. Lo sé, igual que sé que el cielo es azul. Eso que… eso que acaba de pasar no es nada bueno. Los… los gusanos están en mi interior. Ya he visto esto antes, Nate. Huevos, quistes, los gusanos. No sé, pero estoy seguro de que los siento en mi interior, hijo.

Nate estaba a punto de llevarle la contraria, pero luego vio que algo se movía por los ojos de Carl. Un gusano negro. Pequeño, poco más que una larva. La cola se agitaba como si fuese un látigo y reptó por la superficie de su ojo, de una esquina a otra, antes de volver a desaparecer.

—¿Qué pasa? —preguntó Carl.

—Pues…

—No estoy bien.

Nate negó con la cabeza y sintió que se quedaba pálido.

—Creo que tienes razón, Carl. Lo siento.

El anciano dejó claras sus últimas voluntades. Dijo que no quería morir allí, sino donde había muerto Oliver. Iba a estirar la pata en la piedra altar. Se podría decir que, en cierto modo, también era un sacrificio. Nate le dijo que no lo podía hacer, que no iba a hacerlo, pero Carl se puso tozudo:

—Tienes que hacerlo, Nate. Por misericordia. No quiero perder la cabeza, el cerebro, por culpa de estas cosas. Acaba conmigo. Antes de que deje de ser yo.

Nate se percató de la macabra ironía de la situación. Antes solo quería ver morir a su padre. En los recovecos más recónditos de su corazón, sentía ganas de matarlo, de verlo morir de cáncer como segunda opción, medalla de plata en lugar de oro. Y aunque aquel hombre no era su padre, también lo era. O, al menos, se había convertido en él.

Carl, aquel Carl, había salvado a Nate. Lo había ayudado. Le había enseñado cosas. Como hacían los padres. Y ahora Nate no quería verlo morir de ninguna manera.

Peor aún, no quería ayudarlo a morir.

Había una versión de Carl Graves a la que quería matar y no había podido.

Y ahora quería salvar a este Carl Graves y tampoco le era posible.

Era lo que había.

Cogió la pistola y se dirigieron juntos al roquedal.

Al terminar, cuando Nate le dijo al anciano lo agradecido que estaba por haberlo ayudado, cuando le dijo que estaba feliz de haberlo conocido, de haber conocido una versión mejor de él, al menos, y cuando Nate y Carl lloraron juntos antes de que lo apuntase con el arma y apretase el gatillo, Nate se sentó en una roca desmigajada de cara a la piedra altar donde yacía cubierto el cuerpo de Carl. Echó un vistazo a lo que había sido el parque de atracciones de Ramble Rocks: ya no eran más que árboles. No sabía en qué se había convertido el lugar. Un parque, una mina, una cantera. Pero allí solo había árboles. Bajó la vista a la pistola que tenía en la mano. Olía a huevos podridos,

el olor de la pólvora gastada, de la bala que había acabado con la vida del hombre que no era su padre pero que también lo era. Dejó el arma junto a él.

Y el cielo rugió a lo lejos.

Se acercaba una tormenta.

74

Disfrute de su tumba helada

Maddie vadeaba la extraña frontera entre el cansancio y la emoción. Se sentía débil, pero motivada. Estaba agotada hasta la extenuación por culpa de lo que aquella mañana había pensado que sería un viaje fácil. El camión tardó una hora más en volver a meter el morro en la autopista, y encima estaba todo nevado y había mucho tráfico, por lo que un trayecto que en teoría debía durar diez minutos se convirtió en uno de una hora. Pero ahora estaba allí, y una emoción maravillosa había aplacado el cansancio. Maddie tenía un plan. De locos, irracional y una auténtica chaladura, pero un plan, a fin de cuentas.

Cruzó el umbral mientras se sacudía la nieve de los zapatos y dejó la malla de alambre en el suelo. De camino a casa también había tomado otra decisión, algo que tenía que formar parte de su plan: contárselo todo a su hijo. Tenía que decirle a Oliver quién era y lo que era capaz de hacer en ocasiones. No estaba bien que le escondiera la verdad, que no le contase la historia con pelos y señales. Todos tenían un papel que interpretar y, si iba a hacerlo, quería que Oliver también estuviese allí con ella. Para verlo.

—Olly… —llamó.

Pero había notado su ausencia. El vacío de la cabaña tenía presencia, peso. El televisor estaba encendido, pero solo se veía estática.

—Hijo. ¿Chaval?

Nada.

Hum.

Se dio la vuelta y salió de la cabaña. La nevada era muy intensa y caía como la estática en la televisión. Gritó el nombre de Oliver también ahí fuera:

—¡Oliver! Oliver.

Maddie examinó el suelo en busca de huellas.

Nada reciente…

Pero encontró unos montículos casi inapreciables. Junto a ellos, la nieve estaba un poco hundida en los lugares donde Oliver habría pisado. Uno tras otro. Maddie se alejó de la cabaña y bajó por el camino de salida. ¿O tal vez subió?

Se quedó paralizada ante la decisión que tenía que tomar, clavada como un clavo a un tablón. ¿Lo perseguía por el exterior o volvía adentro para registrarlo todo a conciencia? ¿Cabía la posibilidad de que su hijo estuviese durmiendo?

Maddie echó un vistazo a los pinos oscuros que había detrás de aquellas oleadas de blanco y no vio nada ni a nadie. Corrió al interior sin dejar de llamar a Oliver a gritos, no se molestó en quitarse los zapatos y siguió todos los rastros de nieve mientras lo buscaba. Tampoco se podía decir que el lugar fuese enorme, ni que hubiera muchos sitios donde ocultarse. ¿Tenía sótano? ¿Y buhardilla? Un recuerdo descabellado le hizo cosquillas en el bulbo raquídeo, el recuerdo de una casa extraña y de un sótano…

Allí. Había una nota en la almohada de su cama.

«No. Venga ya, Olly…»

La cogió. La nota era sencilla:

> Mamá, lo siento. No sé qué hacer. Jake ha capturado a Caleb. Va a matarlo. Y también a Hina. Y terminará por matarte a ti.
>
> Así que iré a matarlo yo antes. Tengo tu teléfono y el arma.
>
> No me sigas, por favor. No quiero que te haga daño.
>
> Te quiero mucho. Y lo siento.
>
> OLLY

Le dio un ataque de pánico antes siquiera de asimilar el contenido de la carta. Tuvo que haberse subido a un coche en algún momento. Porque no había ido caminando, ¿verdad? ¿Cuánto tiempo habría pasado desde que se marchó? Una hora. Puede que hora y media. Ahí fuera, bajo la tormenta… Maddie volvió a la puerta a toda prisa, con las llaves en la mano.

Coche. Llaves. Motor. Ruedas girando en la nieve, y Maddie se

reprendió a sí misma:

«Cálmate, joder. Tienes que tranquilizarte. Suelta un poco el pedal».

Y eso fue lo que hizo. Le costó Dios y ayuda aflojar un poco la presión en el acelerador, pero lo hizo, y el Subaru se abrió camino por la nieve. Y se alejó de la cabaña.

La nevada volvía a arreciar delante del parabrisas. A Oliver le parecía como si viajasen a través del hiperespacio, y que la nieve formaba haces de luz blanca como los de las estrellas. Continuaron en dirección al oeste por la autopista, antes de girar al sur en Carbondale. Iban despacio, pero el Lexus SUV de Jed parecía ir bien a pesar de la nieve. Dijo que tenía cadenas en las ruedas y que no habría problema.

—Menos mal que tu madre tenía mi número —dijo Jed.

—Sí —respondió Oliver.

La culpa se apoderó de él. Su madre… La había abandonado. Le había quitado el arma. El teléfono. Estaba solo. Pero eso significaba que ella también estaba sola. Y ahora él se encontraba en el coche con el hombre que había hecho desaparecer a su padre, que lo había empujado fuera de ese universo a otro diferente.

Seguro que Jed había visto cómo se acentuaba el gesto lúgubre de su rostro.

—¿Confías en mí?

—No lo sé. No lo creo.

Jed asintió.

—No te culpo. Yo tampoco confiaría en mí. Solo quiero que sepas que me dejé llevar. Por Jake. No pienso llamarlo Oliver, porque, aunque sea una versión tuya de otro mundo, no se parece en nada a ti.

«Espero que no», pensó Oliver.

Jed continuó:

—Perdí a mi esposa y a mi hija porque cometí un error. En vez de intentar vivir con ese error y encontrar la paz, él me ofreció una manera de deshacerlo. —La voz se le quebró un poco mientras hablaba, y Oliver se sintió obligado a mirarlo: un océano oscuro de mareas agitadas chocaba contra sus márgenes. Las olas se alzaban a cada palabra suya—: Pero eso no está bien, ¿no? No podemos obviarlo sin más. No podemos solucionarlo. Tenemos que vivir con lo que

hemos hecho, soportar esas cargas. Es como en el libro ese de Tim O'Brien, *Las cosas que llevaban los hombres que lucharon*. Es probable que no lo hayas leído, pero… Bueno. Digamos que va de unos soldados que cargan con más peso del que pueden soportar. Trata sobre lo que piensan y lo que sienten, para bien y para mal.

Las oleadas oscuras de su interior se alzaron y cayeron. Las mareas sombrías no dejaban de agitarse. Y Oliver volvió a pensar:

«¿Y si se la arrebato?».

Aquel tipo era como un bote en el que hubiera entrado demasiada agua. ¿Y si Oliver empezaba a achicarla?

—Si no estás seguro de lo que vas a hacer —dijo Jed—, podría llevarte de vuelta a la cabaña.

—No. Tenemos que seguir adelante. No tengo alternativa.

Jed asintió y agarró con fuerza el volante.

—Cuando estás en el fondo del pozo, lo único que te queda es o bien seguir bajando, o bien escalar como puedas hacia la luz.

—La verdad es que ahora mismo no sé si estoy bajando o saliendo hacia la luz.

«Luz o tinieblas.»

—Yo tampoco lo sé, pero creo que haces lo correcto.

—Gracias por venir a buscarme.

—No hay de qué, hijo. Se lo debo a Nate, por lo que le hice. Pero tu padre ha desaparecido, de modo que será a ti a quien le pague la deuda.

El resplandor de unos faros delante. Luces amarillas, no rojas y azules. Maddie abrió la puerta y se dirigió a toda prisa hacia el policía cuyo SUV estaba aparcado en perpendicular a la salida de la autopista. Estaba encorvado, con una chaqueta oscura moteada de esa caspa blanca y fría que caía del cielo. Colocaba unos conos de tráfico junto a la barrera de emergencia.

—¿A qué coño viene esto? —preguntó Maddie.

—El Departamento de Transporte de Pensilvania y la PTC van a cerrar las autopistas. También la Turnpike.

—¿Por qué?

A la luz de los faros, Maddie vio que el tipo torcía el gesto en una

mueca de: «Pero ¿esta de qué va?».

—No sé si se habrá dado cuenta, pero no deja de caer nieve.

—Vale. Pero necesito seguir por esa autopista…

El hombre levantó una bota, como para demostrarle que la nevada no era como para tomársela a risa. La nieve ya la había cubierto por completo, y se la sacudió del pie.

—Esto solo es del tiempo que llevo aquí. Tendremos unos cuatro o cinco centímetros dentro de una hora. Está cayendo muy rápido y hay accidentes por todas partes, por lo que han tomado una decisión. Y a mí me ha tocado hacer esto.

—Mi hijo. Está ahí fuera. Es un niño… Solo tiene quince años…

—¿Y está conduciendo sin carné?

—¿Qué? No, no. Está… No sé con quién está…

—Entonces, ¿cómo sabe que está ahí fuera? Yo creo que debería saber con quién anda su hijo, señora.

—No me diga cómo tengo que educarlo.

El policía gruñó mientras extendía el brazo hacia el último de los conos.

—Señora, lo siento. Pero no puedo ayudarla. Si su hijo se ha perdido de verdad, va a tener que llamar al número de emergencias o ir a la comisaría para denunciar la desaparición.

—¿Y si voy por aquí y ya está? ¿Y si reviento la barrera con el coche, paso por encima de los conos y continúo por la autopista?

El tipo soltó una carcajada.

—Hágalo. Hay accidentes por todo este tramo. La harán parar otra vez cuando intente salir por la 476. Y esa sí que está bloqueada de verdad, porque las cabinas de peaje están cerradas.

—Hay otra manera. Podría ir por la 191. Podría ir al sur y…

—Las buenas noticias son que esa no está cerrada, pero las malas son que casi no se puede considerar una autopista. Tiene dos carriles y no tiene pinta de que las máquinas quitanieves la vayan a despejar pronto. No puede hacer nada. Está bien jodida. Y en esa también ha habido accidentes.

—Joder.

—Sí. Joder. Márchese a casa, señora.

—No puedo. Mi hijo.

—Márchese a casa. Llame a emergencias. No podrá hacer nada por él si se queda atrapada por culpa de la nieve y se congela hasta morir.

—Pero tengo que intentarlo.

—¡Pues disfrute de su tumba helada! —gritó el policía detrás de ella, que ya había vuelto al Subaru y empezado a dar la vuelta.

La autopista 191 era lenta, pero no estaba congelada, ni hacía patinar el vehículo. El Forester iba como un puñetero caballo de carreras.

«Vamos, cochecito, vamos. —Y avanzó entre esas oleadas de blanco y la pared de copos—. Por favor, Olly. Tienes que estar bien. Tienes que estar bien.»

Bastante tiempo había perdido ya con tonterías. Y ojalá llevase encima el teléfono. Aun así, tenía esperanza: ahora estaba de camino y tal vez Oliver estuviera atascado por culpa del tráfico o de algún accidente. Dios, ¿y si había sufrido un accidente? Mientras sobreviva… Podría haberse roto un brazo, que sería un mal menor si se comparaba con el enfrentamiento que estaba condenado a tener, en su opinión de manera innecesaria, con ese pequeño monstruo llamado Jake.

Después Maddie pensó bien en la locura que acababa de plantearse. Acababa de desear que su hijo tuviese un accidente. Tenía el cerebro patas arriba.

Y una vocecilla habló con la voz del hombre a quien había conocido unas horas antes:

«Está dispuesta a hacer lo que haga falta. Eso es ser madre, y de las buenas. Eso y confiar en ellos».

Confianza. Pero no tenía ni dieciséis años. Ya confiaba bastante en él, pero no para algo así. Se había equivocado al irse solo. No podía sobrevivir a un enfrentamiento con Jake. Ese otro chico era una víbora, un escorpión, un mentiroso de mierda. Había matado a Nate. Quería sacrificar a su hijo.

«No —pensó—. Sigue, sigue. Vas a conseguirlo. Vas a salvar a tu hijo…»

Y mientras sentía ese acceso de esperanza, vio algo frente a ella,

algo que empezó a aplastarle el corazón como lo haría un torno. No podía ser…

Pisó el freno y detuvo el coche mientras las lágrimas amenazaban con volver a derramarse por sus mejillas.

Los faros del Subaru hendieron un árbol que había caído en perpendicular a la carretera. Un pino enorme que ocupaba ambos carriles. A pesar de la oscuridad, vio que sus raíces habían salido del suelo dejando un cráter lleno de nieve. Maddie salió del vehículo y vadeó la nieve que ya le llegaba a mitad de la espinilla. Se acercó al árbol e intentó imaginarse pasando por encima con el coche, pero era demasiado alto. También pensó en lo absurdo que sería tratar de agacharse para levantarlo, como si tuviese la fuerza propia de una madre mágica, o algo así. Pero el árbol era enorme, un *Tsuga canadiensis* enorme de decenas de metros de altura. Tampoco podía rodearlo. Y, en ese momento, Maddie sintió cómo la esperanza se desvanecía de su interior, cómo se apagaba. Se dejó caer de rodillas, enterró la cabeza entre los guantes y gritó.

Habían bajado tanto en dirección sur que por allí la nieve era poco más que unos copos grandes que solo se adherían a la hierba. Las carreteras y los aparcamientos estaban despejados aunque mojados. Oliver y Jed se encontraban en el aparcamiento que había junto a una de esas tiendas Wawa. Tenían que pasar rápido por el baño.

—¿Y dices que eres capaz de verlo? —preguntó Jed.

Oliver se mordió el labio y asintió.

—Sí.

—¿Qué aspecto tiene?

El chico intentó describirlo.

—Pues diría que es igual y diferente en cada persona. El tuyo parece un océano. Un inmenso mar embravecido.

—Como una tormenta.

—Puede. Pero no es de agua, sino de veneno.

Habían empezado a hablar hacía un rato, y Oliver le había contado a Jed lo que veía y lo que ahora sabía que era capaz de hacer, que no solo veía el dolor en el interior de la gente, sino que también podía arrancarlo. No tuvo siquiera que ofrecérselo, Jed fue quien se lo dijo.

«No quiero llevar conmigo ninguna carga, nada, ahora que vamos a hacer lo que vamos a hacer. No quiero que él vea en mi interior ningún dolor al que aferrarse y del que aprovecharse. Puede que él no lo sepa, Oliver, pero a Jake se le da muy bien encontrar el dolor, como a ti, pero él no lo arranca de tu interior. No. Él lo retuerce y le hace nudos. Lo usa como si fuesen las cuerdas de una marioneta.»

Oliver le había dicho que lo sabía, que así era como Jake había estado a punto de conseguir que muriera en la piedra altar en una ocasión.

Por eso, cuando Jed le rogó que le arrancase el dolor…

… Oliver aceptó.

Y allí estaban. En un aparcamiento. Listos para hacerlo.

—Conque tengo un océano de veneno en mi interior…

—Eso parece.

—¿Y vas a drenarlo?

Oliver se encogió de hombros.

—Eso creo. Ya lo he hecho antes, con Graham Lyons. Pensé que por mi culpa se había hecho daño a sí mismo y a su padre, pero luego descubrí que había sido cosa de Jake, de modo que tal vez sí lo ayudase. Y a lo mejor también puedo ayudarte a ti.

«Y quizá, si sobrevivo, también a mamá.»

Ojalá pudiese haber ayudado a su padre.

Pero ¿sobreviviría?

No estaba seguro.

Jed dio una palmada y dos pisadas fuertes en el suelo antes de asentir:

—Pues venga, hagámoslo. He visto muchas cosas raras en mi vida, por lo que lo creo todo. —Después añadió, con tono algo más desconsolado—: Qué ganas tengo de que desaparezca. —Dejó vagar la mirada y después preguntó con una voz titubeante y aguda como el chillido de un ratoncillo—: No me olvidaré de ellas, ¿verdad? De mi Zelda y de Mitzi.

—No. No lo creo.

—Bueno. Pues allá vamos, chico. Avancemos hacia la luz, el amor y la esperanza de que podamos dejar atrás todo este dolor.

Maddie volvió a la cabaña. Había pasado otra hora. Tenía la garganta seca de tanto gritar, y los ojos rojos e hinchados de tanto llorar. Se dirigió sin titubeos hacia el teléfono y dedicó una pequeña oración a todos los dioses que la estuviesen escuchando para que hubiera línea.

Cogió el auricular, temiendo que la tormenta le hubiese arrebatado otra de sus opciones…

Pero el tono de la línea le resonó en el oído.

Después marcó el número de Fig a toda prisa. Respondió Zoe, su mujer.

—Zoe, soy Maddie.

—Maddie, Dios. ¿Estás…?

—Estoy bien. Estoy bien, pero no sé dónde está Oliver. Necesito que Fig me ayude. ¿Podrías…?

—Ya se pone.

—Gracias, Zoe.

Un crujido en el teléfono. Murmullos. Después la voz de Fig:

—Maddie.

—Fig.

—¿Dónde estás? ¿Estás en la cabaña?

—Sí. Necesito que vengas a buscarme.

—Maddie, ¿no estás en mitad de una tormenta de nieve ahí arriba?

—Sí. ¿Por ahí no?

—Pues casi que no. Hay algo de viento mezclado con llovizna, aguanieve y algunos copos. Nada serio. Pero bueno, que nos desviamos del tema… ¿Qué ocurre, Maddie? ¿Por qué necesitas mi ayuda?

Maddie se lo contó. Le contó todo lo que pudo: que Oliver la había abandonado, que se había llevado el arma y que ahora ella estaba varada en esa tormenta.

—Creo que va a casa, que va a enfrentarse a Jake.

Fig respiró hondo e hizo una pausa. Luego dijo, al fin:

—Maddie, necesito que te mantengas lo más al margen posible de todo esto. Ya nos encargamos nosotros.

—¿Nosotros? ¿Cómo que nosotros?

—La policía.

—Tú no eres de la policía.

—Sí, lo sé, pero puedes confiar en ellos para esto.

—No confío en ellos ni de coña, Fig. Confío en mí. Confío en ti. Así que coge el coche y ven a buscarme.

—Maddie, escucha. Estás a unas horas de distancia, en mitad de una tormenta de nieve. No voy a llegar a tiempo, si es que llego. No te preocupes. Encontraremos a Oliver. Podemos interceptarlo antes de que se meta en problemas. ¿Adónde crees que se dirige?

—¡No lo sé! No lo sé. Al sitio donde está Jake. Nuestra casa. La de Jed. No lo sé. Pero sí sé cuál es su destino. Terminarán en Ramble Rocks, en el roquedal. Donde Reese mató a todas esas jóvenes.

—Aguanta, Maddie. Iré y haré lo que tenga que hacer.

—Fig. Fig…

—Maddie, ¿confías en mí?

—Claro que sí, Fig. Acabo de decir que confío en ti, joder. Pero esto no tiene nada que ver con la confianza. Esto es… —Gruñó—. ¡Esto tiene que ver con la maternidad! Mi hijo está en peligro. Peligro físico. Emocional, moral, cósmico o yo qué coño sé. Y ni de broma voy a dejar que…; no voy a dejar solo en tus manos esa responsabilidad. —Hizo una pausa. Respiraba con jadeos intensos e irregulares—. No puedo. No después de todo lo que ha ocurrido. No puedo perderlo también a él, Fig. A Oliver no.

—Si Oliver necesitase cirugía, ¿cogerías tú el bisturí?

—Ya te digo yo que sí que lo haría, joder.

—Maddie.

—¡Mierda!

Maddie se apartó el teléfono de la oreja y se llevó el auricular a la frente, como si rezase, como si fuera el relicario de un santo. Después respiró hondo para recuperar la compostura. Fig tenía razón. Si iba a buscarla allí, no llegaría a tiempo en ese otro lugar. Y, para entonces, tal vez ya fuese demasiado tarde.

Volvió a llevarse el teléfono a la oreja.

—Vale. Bien.

—Lo mantendré a salvo. Enviaremos a alguien a buscarte tan pronto

como sea posible.

—Encuéntralo y no lo pierdas, Fig. Ni se te ocurra perderlo.

—Te lo prometo, Maddie. Te lo prometo. Tu plan tiene que consistir en quedarte cerca del teléfono. Ya te llamo.

Maddie colgó.

Se sentó al borde de la cama y lloró hasta que se le secaron las lágrimas.

Y luego solo quedó en ella una claridad fría y demencial. ¿Qué acababa de decir Fig? «Tu plan tiene que consistir en quedarte cerca del teléfono.»

Plan.

A Maddie se le había ocurrido un plan por la mañana, pero la cosa se había complicado sobremanera. Volvió a mirar la malla de alambre que había dejado en el suelo y la bolsa junto a ella: alicates de varios tipos y cosas así. Maddie no tenía nada más, solo eso, por lo que lo cogió, se enfundó las manos en los guantes y empezó a desenrollar la malla, a cortarla y a darle forma a base de tirones fuertes y dobleces, usando su cabeza como modelo para la de Nate. Después usó los alicates para dar forma a las facciones mientras pensaba:

«Puede ocurrir de un momento a otro… Voy a desmayarme, a deslizarme y caer a la inconsciencia presa de este acto de creación, y luego cuando la recupere él estará aquí… Nate estará aquí conmigo y todo irá mucho mejor».

Pero no pasó nada. Maddie apretó los dientes y empujó con fuerza para darle forma a un brazo y luego a parte de una mano. Luego apretó más y más fuerte mientras pensaba que ahora sí que estaba a punto de ocurrir, pero no ocurrió nada, joder, nada de nada. Se comportó como cuando quieres dormirte y piensas en dormir, o como cuando intentas respirar y, para ello, piensas en respirar pero lo único que consigues es que a tus pulmones los invada la sensación de estar ahogándote, de que apenas has inhalado suficiente aire como para llenarlos. Y luego el corazón empezó a latirle con fuerza y sintió la sangre en los oídos. Vamos, vamos, vamos, pedazo de mierda. Y se preocupó por si el teléfono sonaba cuando se desmayase.

«Esto no funciona, como lo de los búhos en la nieve» y «Por favor,

Nate. Ven conmigo, por favor. Oliver, cuídate».

Y volvió a darle la impresión de que le faltaba algo, un recuerdo, una parte de ella.

«Piensa, zorra estúpida. Usa el cerebro.»

Pero no consiguió nada. NADA. Y volvió a gritar, con tanta fuerza que le dolió otra vez la garganta, como cuando le irritaba la bilis, y luego le dio un puñetazo a esa cara de alambre y la lanzó contra la pared mientras un trueno resonaba en el exterior y un rayo lo iluminaba todo.

No lo iba a conseguir.

No estaba funcionando.

Había perdido. Había fracasado. Se quitó los guantes con los dientes y vio que el alambre había roto uno de ellos y le había hecho una herida sangrante en una de las palmas. Ni siquiera la sangre había servido para nada. Se acabó.

Maddie se puso en pie y, en ese momento, vio un rostro de hombre en la ventana.

75

Llévame. No me importa

Lo de que te caiga encima un rayo es una movida chunga. Pero intentar conseguir que lo haga ya es volverse loco de remate. Era justo en lo que pensaba Nate mientras volvía a la casa y se enrollaba el cable alrededor de la mano. Pero esas tormentas eran muy volubles. La anterior ni siquiera había llegado a la casa, sino que se había quedado allí, en aquel lugar.

Por eso dio la vuelta y se dirigió a Ramble Rocks.

Había cambiado. Ya no era un parque de atracciones, sino un terreno descuidado lleno de árboles caídos. Al pasar por las malas hierbas y las zarzas y arbustos flotaba en el ambiente una fragancia parecida a la de la zarzaparrilla. La tormenta arreció pronto y cubrió el cielo con los colores de un pulmón oscuro y lleno de flemas. La lluvia no tardó en caer y golpetear el suelo con fuerza, tanta que a Nate le costaba avanzar, como si el agua tratara de impedírselo, como si tratara de bloquearle el paso.

Pero no se detuvo en ningún momento. Llegó al túnel, que estaba enmarcado por unos tocones blancos enterrados en el suelo de tierra, todos ellos llenos de enredaderas, dispuestas de la misma manera en que rodearías un poste con alambre de púas. En la parte superior había un cartel: RAMBLE ROCKS NÚMERO OCHO. ¿Era una mina de carbón? Eso parecía.

Le dio la impresión de ver algo de pie en la oscuridad, a pesar de la distancia. Húmedo y reluciente. Con forma de hombre.

Edmund Walker Reese.

Esperándolo.

Nate levantó la pistola y apuntó en dirección a la silueta. Sabía que era capaz. Que tenía que hacerlo. Que podía acabar con el tipo ese de

una vez por todas.

Pero entonces recordó que esa no era la misión que lo había llevado allí. Reese ya no era importante. Ese era su mundo, y seguro que matarlo ayudaría a ese mundo en el que se encontraba ahora, pero Nate tenía otro que salvar. El suyo.

«Nos vemos, Reese», pensó.

Después Nate se dio la vuelta y alzó la vista mientras los relámpagos formaban encajes en el cielo. La lluvia arreció. Se sintió como un pavo que alzase la vista hacia la tormenta. ¿No se decía eso de los pavos? ¿Que levantaban la cabeza hacia la lluvia con el pico abierto para ahogarse? Tal vez se tratara de una leyenda rural, pero así era como se sentía. Como un pavo inútil ahogándose con la lluvia.

Y luego el viento empezó a soplar con más fuerza y notó que lo empujaba implacable hacia delante. Se tambaleó y estuvo a punto de perder el equilibrio. Y después…

Todo se iluminó de blanco.

Todo cuanto lo rodeaba se convirtió en cenizas.

Nate no sabía dónde estaba. No veía luz. No veía nada. Avanzó y estuvo a punto de tropezar con algo. Unas espinas le arañaron la cara. Tenía la camisa húmeda y fría. Se la quitó por encima de la cabeza y la tiró al suelo. Vio luces. Las luces de la casa, tenues pero presentes, como si la casa estuviera un poco viva, un poco despierta. Y siguió avanzando hacia ella, seguro de que lo que le había ocurrido a Carl no era más que un sueño. Una pesadilla. Sabía que Carl estaría ahí dentro, esperándolo. Sano y salvo.

Las luciérnagas revolotearon a su alrededor. Extendió los brazos y se acercaron a él. En círculos y abalanzándose por el aire. No dejaban de rodearlo mientras avanzaba. Algunas se le posaron en los hombros, en la cara, en la barba. Le dio la impresión de que brillaban más al hacerlo.

Nate se dirigió hacia la puerta, miró hacia el interior y vio a Carl, que también lo miraba a él…

Pero no era Carl.

Era él.

Un Nate bien afeitado de un mundo que no había quedado

destruido, de antes de que todo se fuese a la mierda. Antes de que todos conociesen a Jake.

«Funcionó. Estoy aquí. El relámpago me ha hecho viajar.»

Y luego otro pensamiento…

«Soy el tipo raro de la barba que vi en mi puto jardín delantero.»

Y lo siguiente que recordó fue que se vio a sí mismo ir a por él.

Nate, el Nate principal, el original, se dirigía a toda prisa hacia él, aun en contra de su voluntad. No quería hablar con su antiguo yo. ¿De qué le serviría hacer eso? ¿Qué consecuencias tendría? Una pequeña parte de él se preguntó si podría lanzarse advertencias acerca de los acontecimientos venideros, pero ¿y si lo destrozaba todo? ¿Y si empeoraba las cosas en lugar de arreglarlas? Recordó lo que había ocurrido aquel día y puso todo su empeño para que las cosas discurriesen de la misma manera. Se dio la vuelta y empezó a correr a toda prisa por el bosque, y todo volvió a suceder tal y como lo recordaba. Terminó en el jardín de Jed. Nate le seguía los pasos. Con el arma levantada. Unas moscas enormes volaban a su alrededor, aunque no tenía muy claro por qué las atraía. Lo rodeaban igual que las luciérnagas. Acaso se debiera al olor rancio a sudor y a las llagas que habían empezado a abrírsele en los brazos y en el pecho. Las tenía encima, en la cara, una máscara de moscas…

Y luego el mundo quedó en blanco y lo arrastró lejos una vez más.

Tuvo la sensación de montar a caballo, de viajar, como si fuese una chispa avanzando por la mecha enrollada de un cartucho de dinamita. La intuición le había dejado claro lo que iba a ocurrir: iba a detonar y saldría despedido una vez más hacia la tormenta de los mundos destruidos. Pero no contemplaba esa posibilidad. No quería volver. Tenía muchas cosas que hacer allí, por lo que concentró toda su rabia en Jake y en el amor que sentía por su familia, en una pelota al rojo vivo en su interior, y luego usó esa energía para saltar como uno de los cochecitos de juguete de Oliver al salirse de la pista por ir demasiado rápido.

Y después…

Se vio a sí mismo. En el jardín delantero. Tambaleándose en medio de la tormenta mientras Carl aparecía de repente con la pistola y lo

golpeaba en la cabeza. Y luego vio a Jed. Su vecino, ese traidor, que se acercaba en aquella ocasión en la que había visto la pelea entre Nate y el anciano. Pero entonces miró hacia el otro Nate, el que veía todo aquello desde el bosque, el Nate de ojos cansados y barba descuidada, Nate el viajero.

Nate vio cómo resplandecían los ojos de Jed al reconocerlo.

Sabía quién era.

Sabía que era Nate aunque acabara de ver al otro Nate tirado en el suelo.

Hijo de…

Otra luz blanca. Otro tirón. Volvió a enfrentarse a él. Se agitó, se zarandeó e hizo todo lo posible por no regresar.

«Mi mujer —pensó—. Necesito ver a Maddie. O a Oliver. Necesito advertirles de los acontecimientos venideros…»

Frus. El agitar del viento. Un pequeño trueno.

«No, no, no…»

Lo arrastraba…

De vuelta al altar de piedra…

De vuelta a los mundos caídos…

Ahora las veía, veía las piedras resquebrajadas del roquedal, la lluvia, la entrada de la mina de carbón, la casa, el océano, el diamante negro que giraba poco a poco en el cielo, y el cuerpo de Carl tapado sobre la piedra plana, como un muñeco de trapo tirado de cualquier manera sobre la mesilla de noche de un niño…

¡No!

Una habitación de paredes rosadas. Un tocador sobre el que había un muñeco de Mi Pequeño Poni. Y algo más, hecho de cerámica, como una taza, pero fabricada por una niña. Las formas eran torpes, como si la hubieran moldeado en estado de embriaguez. Y delante de todo eso había un búho tallado en carbón, con la mirada atenta apuntando hacia la cama hecha a la perfección, siempre vigilante.

La noche acechaba en el alféizar de la ventana.

Una pequeña estaba sentada en el suelo con unas tijeras y un rotulador negro junto a ella. Nate vio cómo cortaba una caja de cartón

grande. Las tijeras eran muy pequeñas, y los cortes, imprecisos.

De repente, se asustó al verlo.

—Oh —dijo, y su mirada, antes perdida en el infinito, se centró de pronto, muy atenta. Alzó la cabeza para mirar de arriba abajo. Después abrió la boca, como si estuviese a punto de gritar…

Nate se llevó el dedo a los labios para indicarle que no hiciese ruido.

—Maddie. Soy yo.

—No te conozco —dijo ella—. Eres un desconocido.

—Solo soy un viajero —respondió él. Se sentó en la cama—. Y yo sí te conozco. Estás haciendo un Hombre Caja, ¿verdad?

—Eso parece. No lo sé.

—Lo estás haciendo para ayudar a esa pequeña. La que está perdida.

Ella titubeó.

—Sí. —Después habló con una voz que Nate reconocía, peculiar de Maddie, más aguda cuando se sentía frustrada, sobre todo si estaba creando algo—. Pero no sé cómo hacer que el Hombre Caja llegue hasta ella para ayudarla. Es un héroe, pero está aquí. No allí, con ella.

—Puedes crear cosas, Maddie. Eres una hacedora, ¿verdad?

Ella se encogió de hombros.

—Sí, eso creo. Apuesto lo que sea a que también puedes crear puertas.

La pequeña Maddie lo miró con gesto inquisitivo.

—Pero ¿cómo?

—No lo sé. Lo único que sé es que hacen falta dos bisagras y un picaporte. Todo lo necesario para que una puerta se soporte. Es lo único que necesitas. Me lo dijiste cuando nos mudamos a nuestra nueva casa. Bueno…, supongo que me lo dirás algún día.

La pequeña Maddie, sentada en el suelo, apartó la mirada como si se concentrase para pensar en ello. Después miró hacia la ventana, hacia la pared y luego encima de la cómoda. Empezó a decir algo, pero Nate no la oyó…

Y luego el mundo empezó a vibrar a su alrededor. Los pelillos de la nuca se le erizaron, notó cómo le ardían las puntas de los dedos y…

Bzzz.

Una ventana sucia de un sótano. Llena de telas de arañas. Echó un vistazo por ella. Al otro lado había una cocina mugrienta y desordenada con comida en el suelo, moscas en la encimera y una montaña de cacerolas. Detrás había dos niñas.

Una era Maddie; la otra, Sissy Kalbacher.

En la pared que tenía al lado había una puerta justo de su altura, retorcida y extraña, como si alguien la hubiese dibujado mal con una tiza. El picaporte era un muñeco de Mi Pequeño Poni. Las bisagras eran pedazos de cinta americana. Las niñas lo miraron.

Saludaron con la mano.

Él les devolvió el saludo.

Después cruzaron la puerta mientras un rayo lo sacaba otra vez de allí.

Nate cerró los ojos para evitar esa luz blanca y abrasadora, y pensó en Maddie, Maddie, Maddie. Deseó que el relámpago lo llevase hasta ella, le dejase estar allí, le dejase quedarse.

76

Un rostro tras el cristal, un mensaje en la nieve

—Nate —dijo Maddie, con voz apenas audible.

El rostro que había en la ventana era el de su marido, no cabía duda. Con barba, demacrado y más flaco. Los ojos hundidos. Movió los labios como si tratara de hablar.

«Tengo que ayudarlo».

Se abalanzó por el suelo y estuvo a punto de romperse el cuello al lanzarse para abrir la puerta y salir a toda prisa a la nieve, que ahora le llegaba a la altura de las rodillas. Se afanó por cruzarla, agitando las piernas pero incapaz de correr. Maddie gritó su nombre, gritó una y otra vez con una voz que amenazaba con abandonarla. La esquina de la cabaña no estaba lejos, y cuando al fin la dobló lo vio allí arrodillado. La nieve le llegaba casi hasta el pecho; tenía una mano extendida, con un dedo que señalaba…

«¡Nate!», pensó mientras el mundo recuperaba todo su sentido…

Después olió algo parecido a cables quemados. Se le erizó el vello de la nuca, como un muerto que se levanta. Y luego…

Un rayo cayó de repente. Blanco y caliente. No tardó en seguirle un trueno. Maddie gritó y siguió avanzando pese a no ver nada. El mundo real regresó poco a poco. Se colaba entre esas manchas de luz estrellada que le nublaban la vista. Y, mientras lo hacía, recordó algo, como si aquel rayo hubiese hecho algo más que impactar allí mismo, como si hubiese agitado algo en su interior, una descarga eléctrica, una lanza piroclástica que hubiese conseguido fundir todas las cerraduras que mantenían sus recuerdos a raya.

Recordó que estaba en una habitación, en casa, de pequeña.

Oía algo sobre niñas perdidas.

Y también recordó que quería encontrarlas.

Paredes rosadas. Mi Pequeño Poni. El búho de carbón. Pesadillas. Después un resplandor. Y cómo aparecía él. Un desconocido en aquella época. Y ahora era su marido. Le mostró el camino, y fue entonces cuando recordó estar en casa de Edmund Walker Reese, extendiendo la mano hacia Sissy Kalbacher. Y luego recordó cómo lo había hecho, cómo había llegado allí y cómo había salvado a esa pequeña secuestrada, marcada para morir con un número en la mejilla.

Y al regresar a la realidad, al presente fuera de la cabaña, vio que Nate había vuelto a desaparecer. Pero había estado allí de verdad. La nieve estaba removida justo en el lugar donde lo había visto arrodillado. Y había algo más en esa nieve: un mensaje escrito con el dedo.

DOS BISAGRAS
UN PICAPORTE
UNA PUERTA TENGA SOPORTE

«Puedes crear cosas, Maddie.

»Eres una hacedora, ¿verdad?

»Sí, eso creo.

»Apuesto lo que sea a que puedes crear puertas.»

—Soy una hacedora —le dijo Maddie a la noche, en voz alta—. Puedo crear cosas. Y puedo crear una puerta.

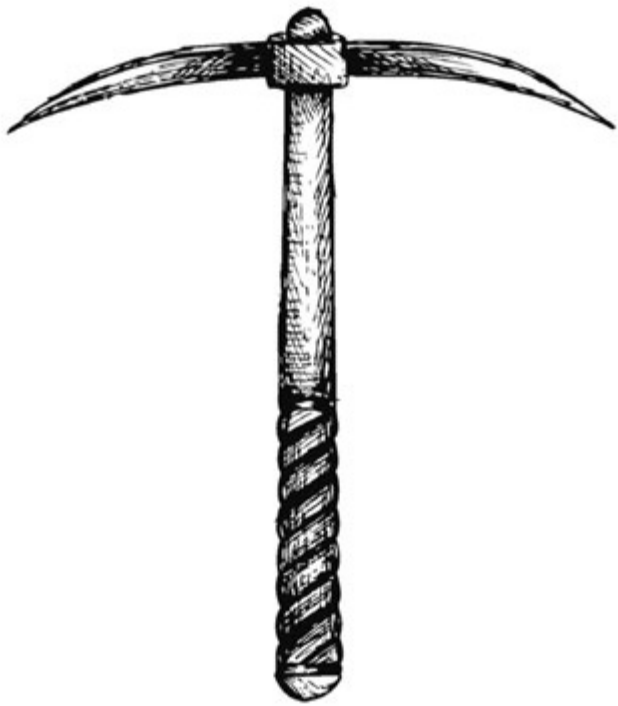
En ese momento alzó la vista y vio algo más: trece búhos, de madera y tallados de cualquier manera, todos ellos posados formando una hilera en la rama de un árbol. Parpadearon y se agitaron sin alzar el vuelo, ansiosos por ponerse manos a la obra.

SÉPTIMA PARTE

Sacrificios

Nunca se puede hacer auténtica magia ofreciendo el hígado de otro. Debes arrancarte el tuyo y no esperar devolución.

PETER S. BEAGLE, *El último unicornio*



77

La promesa

—No puedes hacerlo —comentó Zoe.

Pero Fig le dijo que no le quedaba otra opción.

—Zoe, no puedo fallarles. Han pasado por un infierno. Están sufriendo cosas que apenas soy capaz de comprender.

Zoe le agarró la mano, y luego la muñeca, y después le dio un apretón brusco. Zoe dijo que había aprendido ese movimiento de su abuela, una mujer que, cuando necesitaba salirse con la suya, agarraba con una fuerza propia de una bruja por la parte blanda que quedaba entre los dos huesos de la muñeca. «Con ese agarre en la muñeca, la yaya era capaz de obligarte a firmar para que le dieras todos tus ahorros, a darle una patada a un cachorrito o a mearte en los pantalones, pero de arriba abajo y en público. Todo a la vez», decía Zoe.

—Fig —dijo, con voz firme y apretando la mano. Las rodillas casi le temblaban—. Estoy embarazada. De cinco meses. Quiero que estés aquí con ella.

Fig tragó saliva y asintió.

—Lo entiendo, Zo, pero también tengo que ser capaz de mirar a los ojos a mi hija y decirle: «Hice todo lo que pude por la gente que me necesitaba y no le di la espalda a nadie». Porque yo soy así. Y si no fuera así, ¿qué iba a ser para nuestra hija?

Dos lágrimas cayeron al mismo tiempo por las mejillas de Zoe.

Le soltó la muñeca.

—Vale —dijo.

Fig la besó.

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

—Por cierto, tu yaya puede estar muy orgullosa de ese agarre de muñeca.

Zoe sonrió.

—Ya te digo.

Era de noche. Cerca de las diez. Las condiciones climatológicas aún eran terribles: estaba húmedo y frío, y caía una mezcla nada elegante de lluvia, hielo y nieve. La comisaría de policía de Quaker Bridge tenía una sede central provisional, montada con tiendas en el aparcamiento vacío que había frente al lago Holicong. Un constructor de cabañas menonita montó su negocio allí hasta que tuvo que cerrar por la crisis del año 2008. El comisario Roger Garstock coordinó la reunión informativa y explicó que el objetivo principal era asegurar el parque, y que además tenían varias unidades destinadas a otras ubicaciones, como la antigua casa de Jake ahora abandonada; la casa de Jed, también abandonada, y la casa de Alex Amati, que también lo estaba, puesto que se ignoraba el paradero del joven. Además, la estatal ya había empezado a buscar al niño de los Graves, Oliver, para interceptarlo antes de que se acercase allí. Pero Fig sabía que eso iba a ser complicado, pues la policía no tenía ni idea de cómo iba a llegar, ni desde qué dirección, ni cuándo.

Una vez concluida la reunión, Fig se abrió paso entre la multitud de policías que se alejaban para llegar hasta Garstock.

—Comisario. ¡Comisario!

Pero alguien se interpuso en su camino: el subcomisario John Contrino, Jr.

Extendió una mano y la posó sobre el pecho de Fig.

—Eh, eh, eh, Figueroa, ¿adónde coño crees que vas?

—Quiero hablar con el comisario, tu jefe.

—Imposible. Está ocupado. —Contrino bajó la voz—. Además, ¿no crees que ya has hecho suficiente? Puede que tu compañero Nate se haya perdido por tu culpa, ¿no? Puede que seas cómplice del asesinato.

—Que te den por culo, Contrino. Nate no está muerto aún. No hemos localizado el cuerpo, como bien sabrás.

—Llámame subcomisario Contrino. ¿Cuál es tu título? Ah, sí, es

verdad, que eres de Caza y Pesca, no un madero como yo. —Contrino sonrió y luego rio un poco, una risilla de mierda en plan «je, je, je»—. Me estoy quedando contigo, Figueroa. El comisario quiere que participes, pero no te lo tomes tan a pecho, ¿entiendes? Te ha tocado ir a la casa de los Graves.

—Quiero estar en el equipo de Ramble Rocks.

—Y a los que están en el infierno les gustaría comerse un helado.

—Lo has dicho tú: estoy en Caza y Pesca. Puedo ayudar. Se me da bien. Dejadme que lo haga, de verdad.

Contrino silbó.

—Mírate. Un grandullón con una pistola. Oye, yo no fui quien te destinó a ese equipo; de otro modo, no estarías aquí. Pero el comisario dijo que Figueroa conocía a la familia y conocía la casa. Y allí es adonde irás. Así que vete. Esperarás por si regresa el chaval. Confía en ti, ¿verdad?

—Sí. Claro.

—Pues eso.

Fig sabía que el plan no era malo.

Y él no era policía.

Y conocía a Oliver y la casa.

—Joder. —Asintió—. Vale.

—¿Ves? Sabía que eras una persona razonable, Figueroa. —Contrino le dio una fuerte palmada en la espalda. Demasiado fuerte. Y asintió —. Y, ahora, mueve el culo.

Todo quedó en silencio. Era un tópico, pero a Fig le dio la impresión de que estaba demasiado en silencio. Deambuló por la casa, la casa familiar de su amigo, y le pareció que todo estaba inquietantemente silencioso. La mera ausencia de Nate y de su familia tenía presencia, y el silencio y la quietud le añadían al lugar un ambiente perturbador. Viciaban el aire. Era como si siempre hubiese una mosca zumbándole dentro del oído.

Trató de mantenerse ocupado. Escuchó la radio de la policía por si alguien encontraba algo. Hacían comprobaciones cada hora, pero nadie vio nada. (No le pidieron que hablase, pero lo hizo de todos modos. «Estoy metido en esto, joder.»)

Y eso era lo que más le molestaba. No era policía, o no lo era de verdad. Su instinto no estaba educado para ese tipo de situaciones, por lo que sabía que esas sensaciones solo eran paranoias suyas. Aun así, ese silencio era tan intenso que parecía decirle algo. Maddie estaba muy preocupada. Oliver había desaparecido. Era como si nadie se hubiese dado cuenta, como si lo viesen, fuera lo que fuese. Tal vez Jake ya no estuviese cerca. Tal vez Oliver no fuese a acudir. Tal vez estuvieran en otra parte. Tenía miedo de que se estuviesen equivocando por completo, de que terminaran por encontrar a Oliver muerto a cientos de kilómetros, en un lugar que ni se imaginaban y en una situación que no alcanzaban a comprender.

Llamó a Zo y le dijo que todo iba bien. Lo tomó por costumbre: cada vez que la policía hacía una comprobación, él también hacía una personal. Ella le dijo que también estaba bien, pero que tenía una acidez de estómago similar a la que te atenaza cuando te tragas una caja de cerillas entera. Añadió que tenía antojo de batido de nata y galletas.

Fig intentó llamar a Maddie, para contarle cómo iba todo…

Pero el teléfono sonaba y sonaba. Eso lo preocupó, por si había salido y se encontraba entre montañas nevadas tratando de llegar hasta allí. Pero Fig no podía controlarla. La única situación que podía controlar era aquella en la que se encontraba él. Tenía que recordárselo. Era como cuando le había confesado a Nate sus preocupaciones por el mundo en el que vivían…, y Nate le había recordado que solo debía preocuparse por su hija y que no podía vigilar a todo el puñetero mundo.

«Poco a poco, Fig.

»Hora a hora.»

Una hora. Luego tres, y después cinco.

La medianoche dio paso a la una de la madrugada, y luego a las dos. Hasta que el reloj marcó las tres de la mañana.

Oyó algo en el piso de abajo.

No… No dentro de la casa, sino fuera.

Desenfundó la pistola y llamó por radio a los demás.

—Aquí Figueroa. He oído algo en la casa de los Graves. Ha sonado

fuera. Es probable que no sea nada, pero voy a comprobarlo. Cambio.

Esperó la respuesta mientras bajaba por las escaleras.

Pero nadie dijo nada.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

El ruido del exterior cada vez se oía más cerca, pasos pesados.

Se acercó a la puerta de la casa y volvió a decir por radio, ahora con urgencia y entre susurros:

—Repito. Aquí Figueroa. He oído algo fuera. Pasos. ¿Me recibís? Cambio.

Nadie recibió nada. Lo único que se oía por la radio era un tenue siseo.

Algo golpeó la puerta.

Fig levantó la pistola y se le aceleró el pulso.

Otro golpe contra la puerta. Se agitó en el marco.

Después oyó una voz al otro lado:

—¡Fig! ¡Fig!

La voz le sonaba familiar. La acababa de oír…

—¡Figueroa! ¿Estás ahí? Necesito ayuda. Ayuda.

Era el subcomisario Contrino.

—Vale, joder. Espera —gritó Fig al tiempo que enfundaba la pistola y se acercaba a toda prisa a la puerta. La abrió con presteza, y Contrino estuvo a punto de caer al suelo al entrar, como si hubiese estado apoyado en ella con todas sus fuerzas. Fig lo agarró y lo estabilizó.

Y vio que estaba cubierto de sangre. De la cabeza a los pies.

—Dios —dijo con un grito ahogado, gruñendo mientras evitaba que Contrino cayese al suelo—. John. Madre mía. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? ¿Estás herido?

Contrino apoyó la cabeza en el pecho de Fig.

—Los demás. No están bien, Fig. Yo…

—Tranquilo. Aquí estás a salvo, Contrino. La sangre… ¿Estás herido?

Contrino alzó la vista para mirarlo. La sangre le caía por las mejillas. Parpadeó a través de ella.

—¿Sangre? No, no es mía.

—¿Qué?

Contrino sonrió.

Y después le clavó un cuchillo en el vientre a Fig.

Lo único que Fig recordaría sobre el incidente era lo siguiente: que notó la hoja del cuchillo más larga y más fría de lo que debería ser. Que lo primero que sintió no fue dolor, sino el empellón salado del hielo, como si lo hubiesen apuñalado con un témpano. Esperaba que la hoja lo atravesase, que lo abriese como un saco de maíz para el venado. Pero salió de él mientras trastabillaba hacia atrás, sorprendido por las pequeñas dimensiones del agujero. Contrino se quedó allí, con el cuchillo de caza goteando.

Fig extendió el brazo hacia la pistola.

Pero fue muy lento. Se sentía como si se hallase en el interior de una pesadilla, de esas en las que corres, pero parece que estás sobre hormigón húmedo. Tenía la pistola en la mano, pero levantarla era como levantar una almádena y, cuando consiguió hacerlo, Contrino ya se había abalanzado sobre él y le había dado un revés con el que consiguió que soltase la pistola.

Fig cayó hacia atrás. Se llevó la mano al vientre. La mancha roja no dejaba de extenderse.

—No te preocupes. Tienes tiempo —dijo Contrino—. Una puñalada en las entrañas no te matará; al menos, no en el acto. Y el chico te quiere vivo.

—El chico… Jake…

—Así es.

—¿P-por qué?

Contrino se humedeció los labios, un acto escabroso si se tenía en cuenta la sangre que los cubría.

—Vio quién era yo. Todo lo que era, Figueroa. Tiene un plan, y yo soy su elegido.

78

La piedra altar

Oliver sabía que allí acababa todo, aunque no tenía muy claros ni el alcance ni el auténtico significado de esa sentencia. Pero, cuando Jed y él llegaron al roquedal bajo la lluvia fría y siseante, sabía que allí culminaba todo lo que había sucedido hasta entonces. También tenía claro que era la culminación de todo en general, que el gran peso cósmico reposaba sobre sus hombros, pues, si lo que había dicho Jake era cierto, aquel podría ser el final de este mundo. Y que ese fuera el final de este mundo podía significar que fuese el final de todos los mundos. El pedazo de madera a la deriva al que se habían aferrado las demás realidades podía llegar a deshacerse y hundirse, y toda la realidad, la realidad de realidades, desaparecería en mitad del caos. En el vacío. En la nada.

Y luego, también según Jake, todo volvería a empezar.

Un gran reinicio. Un botón de reseteo psicoespiritual y cósmico.

Si es que decía la verdad.

Y Oliver no creía que ese fuese el caso.

Además, tampoco le importaba, porque no tenía intención de dejar que algo así le ocurriese a su mundo. Amaba demasiadas cosas de él. Aunque fuese una máquina rota, era su máquina y contenía a su propia madre, a sus amigos, a sus madres, a sus padres y a todas las buenas gentes y a las gentes destrozadas que necesitaban curarse, y también a las malas gentes que seguro que podían llegar a ser mejores.

A Oliver no le importaba en absoluto la batalla cósmica.

Solo le importaba la gente que se había visto obligada a luchar en ella.

Oliver llegó con Jed al principio del *felsenmeer*. La luna y las

estrellas habían desaparecido, ocultas tras una cortina andrajosa de nubes. La lluvia había amainado y ahora era poco más que unos escupitajos fríos. Oliver cerró la mano izquierda involuntariamente y notó cómo el dolor le latía debajo de la venda, en los puntos, como si recordase lo que había pasado en aquel lugar la última vez que se había acercado a la piedra altar. El dolor era una advertencia.

Vio la piedra altar desde allí, a pesar de la oscuridad, ya que sobre ella había una pequeña linterna eléctrica que emitía un resplandor amarillo y difuso a causa de la niebla. No era la única cosa, ya que alguien había dispuesto un anillo de ellas alrededor. Oliver vio personas de pie por allí, poco más que siluetas desde donde se encontraba, tres al menos.

Una voz resonó por las rocas.

—¡Oliver!

Era Jake.

Una de las sombras le dedicó un saludo amistoso con la mano.

—Me alegro de verte —continuó Jake, a voz en grito—. ¿Has venido con alguien? Bien. ¡Cuantos más, mejor! Venga. Acercaos.

Jed dijo, en voz baja:

—¿Estás listo?

—No.

—Es normal.

—¿Y tú? —preguntó Oliver.

—Yo sí lo estoy. Ahora. Me siento muy bien. Me siento… —Respiró hondo por la nariz y se llevó las manos al pecho—. Libre.

—Me alegro.

Arrebatarle el dolor a Jed había sido más difícil que cuando se lo había hecho a Graham. Fue como agarrar con las manos desnudas un océano de aguas ácidas que te quemaran la piel. Pero luego había sido capaz de encontrar el sumidero y, al hacerlo, toda esa agua oscura remitió poco a poco, como si quisiese marcharse. Como si Jed quisiera ser libre.

Después Jed dijo, en voz aún más baja:

—Todavía tienes la pistola, ¿verdad?

Oliver titubeó.

—Pues…

—Oliver —dijo Jed, con una voz que sonó más bien como una advertencia de sus padres, un recordatorio de que Jed también había sido padre, hasta que su hija había muerto en un accidente provocado por él y a causa del alcohol. Al parecer, aún tenía algo de padre.

—No… No la tengo. La tiré cuando llegamos al parque. Supongo que por impulso. Dijiste que a partir de ese momento teníamos que usar la luz y el amor, así que pensé que un arma no iba a servirnos para nada.

Había pensado en ello durante todo el viaje en coche. El arma. La violencia. El veneno que había dentro de las personas. Recordó entonces, y también lo había hecho con anterioridad, las palabras que le había dicho su padre sobre los abusones. Y sobre el poder. Quién lo tenía y quién no. Quién lo usaba para hacer el bien y quién lo usaba para hacer daño. Los agujeros que algunas personas tenían en su interior. Un arma era poderosa, pero en el sentido equivocado. Un arma provocaba dolor. Hacía agujeros, agujeros de bala, sí, pero también emocionales.

Y los abusones solo engendraban más abusos…

Jed rio entre dientes.

—Muy bien. Eres una caja de sorpresas, lo que supongo que no debería llamarme la atención a estas alturas. De tal palo, tal astilla.

—Eso espero. ¿No estás enfadado?

—No. Confío en ti.

Oliver asintió.

Jake volvió a gritar desde el roquedal.

—No te estarás arrepintiendo, ¿verdad, Olly? Venga. El tiempo es oro.

—¿Tienes un plan? —preguntó Jed.

—Puede. En parte.

No era mentira. No exactamente.

Otra risilla.

—Supongo que es mejor eso que nada. ¿Vamos?

—Sí. Venga.

Empezaron a cruzar juntos el *felsenmeer*.

Oliver vio quién los esperaba en la piedra altar cuando entraron en el círculo de luz de la linterna. Jake se encontraba en pie detrás del altar, con el pecho lleno de aire y una sonrisa lobuna en el gesto. El ojo raro parecía irradiar una luz inquietante que relucía en la niebla; se agitaba como si estuviese sumergida en una charca, con un lustre salobre que se reflejaba entre las algas. A su izquierda se encontraba Alex Amati. Parecía muy pálido y agotado, como si estuviese enfermo y la gripe lo hubiese convertido en una sombra de sí mismo. Tenía los brazos extendidos y una pistola le temblaba en las manos. La luz de la linterna se proyectaba en su cara desde debajo, lo que distorsionaba sus facciones y asemejaba su fruncimiento de ceño al de una máscara de Halloween. O acaso fuera la rabia, que lo consumía por dentro. A Oliver le sorprendió y al mismo tiempo no le sorprendió verlo allí. Seguro que Jake se había acercado a él, le había prometido que al hacer todo aquello podría vengarse de Oliver y conseguir que Graham regresara.

(Se preguntó si Alex amaba a Graham. ¿Era algo que habría reprimido por sí mismo o algo que el entorno le había hecho reprimir?).

A la derecha había alguien a quien Oliver no consiguió reconocer: un tipo con uniforme de policía cubierto de…

«Sangre», pensó Oliver.

También había otra persona tumbada en el suelo, tirada contra una roca.

—Fig —dijo Oliver, que avanzó de repente hacia el cuerpo por las piedras. Pero el policía alzó un cuchillo de caza y luego agarró a Fig por el cuello de la camisa y lo acercó a la hoja del arma.

—De eso nada —dijo el policía—. Quieto ahí, niño. O se lo clavo en el cuello.

—Por favor —suplicó Oliver—. No lo hagas.

Jake levantó ambas manos.

—Olly, no te preocupes. Fig estará bien. Te lo aseguro. Tu amigo aquí presente también lo estará.

Y, en ese momento, Jake se apartó a un lado.

Y ahí estaba Caleb, con la cabeza gacha y la barbilla enterrada en el

pecho. La luz de la linterna se reflejaba en un hilillo de babas sanguinolentas que le colgaba del labio. Jake le dio una torta en el cachete, y el chico resopló y se despertó sorprendido.

—Dile que estás bien —dijo Jake—. Venga, Caleb.

—Olly, tío —dijo Caleb, con los ojos abiertos como platos y voz pastosa—. Corre. Tienes que salir cagando leches de…

Pero Jake ya había empezado a cortar un pedazo de cinta americana, fuuuuip, y se la pegó con torpeza en la boca a Caleb.

—Calla, niño. No hace falta que digas más. —Después extendió los brazos y dijo a Olly—: Ahora haz lo que tienes que hacer. Esto podría acabar ahora mismo.

Oliver tragó saliva.

—Y si podría terminar ahora, ¿a qué viene todo este teatro?

—¿Habrías venido si no hubiese montado todo esto?

—No.

—Pues ahí lo tienes, Olly. El martillo y el clavo.

Era el momento para que Jed dijese algo:

—Veo que tienes nuevos amigos.

—Alex solo quiere recuperar a su amigo, ¿no es bonito? Podrías arrancarle todo eso de su interior, Olly. Y el agente Contrino… Perdón, el subcomisario Contrino, es alguien que tenía reservado en caso de necesidad. ¿No es así?

Contrino, el policía, se encogió de hombros.

—Vi la luz. Es lo que hay.

—Lo que vio fue un mundo en proceso de cambio, y no le gustaba. Le di la oportunidad de conseguir que fuera como antes. —Jake se giró hacia Jed—. A ti también te la di, John Edward, viejo borracho. Pero me rechazaste, ¿no es así? Aunque antes hiciste desaparecer a Nate. ¿Eso te parece bien, chico? Te está ayudando la persona que le hizo eso a tu padre.

—Ha cambiado —dijo Oliver.

—Y ya no bebo —aseguró Jed.

—Ah, qué bien. Muy bien. Estoy seguro de que a tu mujer y a tu hija les habría gustado que cambiases eso mientras estaban vivas, en lugar de muertas por el puñetero accidente de tráfico que causaste tú

mismo, viejo. Pero bueno, después de la guerra todos son generales. Gracias por traer al chico.

—Yo no lo he traído. Me trajo él a mí.

—Tanto monta, monta tanto. ¿Terminamos con esto, Olly?

Oliver asintió.

—Con una condición.

—Tú dirás.

—Fig, Jed y Caleb saldrán vivos de aquí. Y tú dejarás a mis amigos y a mi madre en paz. Serán libres.

Jake aulló y empezó a reír de repente.

—Pero, Olly. ¿Te ha entrado por un oído y te ha salido por el otro o qué? O aún peor, tal vez no me crees. Porque cuando mueras en el altar, todos seremos libres.

Extendió los brazos y sonrió de oreja a oreja.

—Digamos que te equivocas. Ellos seguirán siendo libres.

La sonrisa de Jake no se desvaneció, pero sí apretó un poco los labios…, un rictus de calavera en lugar de una sonrisa genuina. Después dijo, a través de los dientes:

—No me equivoco. —Cerró esos puños miserables, aún con los brazos extendidos—. Pero vale. ¡Vale! Bien. Si por alguna razón esto no funciona, si falla la magia, si la máquina sigue en funcionamiento…, serán libres. Tienes mi palabra.

Oliver tragó saliva.

—Vale.

«Ahora.»

Oliver dio un paso al frente en dirección a la piedra altar mientras Jake se inclinaba sobre el borde con mirada maliciosa. En ese momento, Oliver vio la cuerda que estaba atada en la base de dos piedras cercanas, asegurada a ellas. Mientras Oliver se acercaba, Jake cogió uno de los cabos de una cuerda y lo colocó sobre la superficie del altar.

—Cuerdas —explicó—. Solo en caso de que te dé por moverte mucho. Servirán para mantener tus brazos y piernas dentro del vehículo.

—No me voy a mover. No hace falta que me ates.

—Bueno, pero quiero hacerlo. Además, le da un aire como de sacrificio clásico, ¿no? En plan ofrenda para los dioses. Algo satánico.

«No lo hagas.»

El miedo se apoderó de Oliver. No, no era solo miedo. Era pánico. Pánico existencial. Como si se encontrase en lo alto de una montaña rusa a punto de descender por la primera de esas bajadas enormes, pero multiplicado por mil. Por un millón. No, por infinito. Se le alteraron todas las moléculas del cuerpo. Y, aun así, se quedó allí quieto. Controló la respiración. Y volvió a pensar en sus padres.

«Te echo de menos, papá.

»Lo siento, mamá.»

Oliver se colocó sobre el altar.

Jake amarró la segunda cuerda alrededor de la muñeca de Oliver, el brazo izquierdo con la mano destrozada.

—¿Demasiado apretada?

—Duele —dijo Oliver.

No era mentira. Sentía que le abrasaba la piel. El aire frío se le clavaba en ambas muñecas mientras yacía tumbado bocarriba sobre la piedra altar. Tenía el corazón justo encima del agujero de la roca en el que Jake había clavado el pico.

—Lo siento.

Oliver rio, una risa breve y carente de sentido del humor.

—Anda.

—Anda ¿qué?

—Que lo has dicho en serio.

—En serio ¿el qué?

—Has dicho que lo sientes. Y creo que lo decías en serio.

Jake se detuvo para pensarlo.

—Puede ser.

—¿Por qué? Me odias y quieres hacerme daño. No deberías sentir odio.

Alex Amati aulló, desde un lado de la roca:

—No le hagas caso, Jake. Se está burlando de ti. Mátalo. Mátalo ya.

Pero Jake le chistó con rabia para hacerlo callar. Después volvió a centrarse en Oliver:

—No te odio. Lo digo, pero no es verdad. Es… es lo que dice esa parte de mí, pero no te odio, Olly. Tú y yo somos iguales, aunque seamos diferentes. Yo soy… soy una versión más evolucionada de ti. Mayor. Más sabio. Puede que haya una parte de mí que esté enfadada por cómo eres, ya que yo antes era así. ¿Sabes? Alguien que ignoraba lo que estaba en juego. Y puede que te odie un poco porque has tenido una vida mucho mejor que la mía.

—Estás lleno de dolor, ¿verdad?

Jake titubeó. A la luz de las linternas, de la que ahora quedaba entre las rodillas de Oliver, era fácil ver el gesto retorcido de aquel chico esbelto al pensar en una respuesta. Movía la mandíbula como si tratara de quitarse una semilla de entre los dientes.

—Sí. Lo estoy —respondió, con voz quebrada.

—Y solo quieres que todo termine. Por eso haces esto, porque quieres que todos y que todo esto te ayuden a acabar con el dolor que sientes dentro.

Jake soltó una risilla.

—¿Y qué? Además, ¿qué sabrás tú sobre el dolor, Olly? Como ya he dicho, mira tu vida. No es nada comparada con la que he sufrido yo. Pero aprendí a sobrevivir a ella en la oscuridad de una antigua mina de carbón. Me enseñaron a seguir adelante. Me mostraron el camino. Mi dolor me sirvió para seguir adelante.

—Yo también he sufrido. Por tu culpa.

—¿Y también te he enseñado a seguir adelante?

Oliver tragó saliva.

—Creo que sí.

—Bien. Pues terminemos juntos con nuestro dolor.

Y, al decirlo, Jake chasqueó los dedos y giró la muñeca…

Cuando conoció a su doble mayor que él, Oliver pensó que si no veía el dolor de Jake era porque Jake y el dolor eran uno. Pero Oliver tampoco veía su rabia y su miedo, así que ¿por qué iba a ser capaz de ver los de Jake? Pero cada vez que Jake sacaba algo de ese mundo fronterizo, de esa otra realidad, de ese Lugar Intermedio, Oliver veía algo.

Solo un atisbo. Un atisbo de oscuridad que se filtraba.

Un instante de terror, un brillo de algo mucho peor.

Dolor.

Un dolor que no podía contenerse.

Jake mantenía oculto ese dolor, pero no lo hacía como el padre de Oliver, no. Guardaba el dolor en el mismo lugar en el que guardaba el resto de las cosas ocultas…

Entre los intersticios, en el Lugar Intermedio.

O bien quería conservarlo allí, o bien tenía miedo de que desapareciese y lo hubiera guardado en aquel otro lugar.

Por eso, cuando chasqueó los dedos y giró la muñeca para hacer aparecer la herramienta del sacrificio, el pico de la mina, Oliver vio ese atisbo de dolor. Y fue entonces cuando Oliver hizo lo mismo que había hecho con Graham Lyons, lo mismo que había hecho con Jed Homackie hacía unas horas.

Extendió los brazos, pero no en el mundo real, sino con su mente.

Agarró ese dolor.

Y tiró con todas sus puñeteras fuerzas.

El pico apareció en la mano de Jake, pero también apareció algo más. Cada vez que sacaba algo del Lugar Intermedio, Jake sentía un extraño agitar en su interior, agradable y horrible a partes iguales; y también lo sintió en esa ocasión, pero ahora aquella sensación permaneció. Se aferró a él como aceite y sudor, aumentó en intensidad, se complicó, se expandió, lo llenó y lo empapó de arriba abajo. Y con ella llegaron los recuerdos, la pérdida y el dolor. Mucho dolor. Recuerdos de su madre que lloraba. De su padre que le pegaba. Y de su padre que lo abrazaba después. También de las patadas que le daba. De su madre que se apresuraba por las escaleras mientras su padre la perseguía con un cazo de metal. En esos recuerdos, Jake no era Jake. Era Oliver. Ese Oliver. Su Oliver.

«No, no, no, no…»

No quería volver a sentir eso.

«Olvídate.

»No le prestes atención.»

Esos pensamientos eran súplicas que dedicaba a la nada, a Eli, al demonio Eligos Vassago, a la cosa negra y brillante de la mina. Aquel

día, el demonio le había destrozado la cara, le había arrebatado el ojo y luego se había apoderado de él y se había marchado.

Pero no se había ido del todo. Jake lo sabía. Le hablaba a través del libro, ¿verdad? *El libro de los accidentes*: un recipiente, un himnario en el idioma del demonio.

Y ahora era capaz de saborear las páginas de ese libro, ese papel asqueroso, el sabor amargo de la tinta y el hedor metálico de la sangre.

«¿Por qué ha pasado esto?», gritó en su interior. Sintió la textura rugosa del pico contra la palma de la mano, cuarteada y fría. Intentó golpear el corazón de Oliver, pero no tenía fuerza en el brazo. No era capaz de moverlo. Tendría que haberse sentido poderoso y capaz, pero en lugar de eso se sintió frío y débil, como si el arma fuese una carga grotesca. Quería relajar los dedos. Soltarlo. Se imaginó cómo el pico caía de su mano y repiqueteaba contra las piedras del suelo y…

Se centró en el rostro de Oliver. Oliver, que tenía los ojos cerrados. El mentón levantado. En su rostro había un gesto atribulado de esfuerzo, como si estuviese haciendo algo a pesar de estar atado a esa roca. Estaba haciendo algo.

¿El qué?

Jake lo comprendió al instante.

Ese pequeño cabrón estaba arrancándole lo que albergaba en su interior. Igual que había hecho con Graham Lyons aquella noche en la carretera.

Jake rugió e hizo una mueca.

«Soy Jake. No soy Oliver, no soy ese debilucho. Soy Jake…»

Retrocedió con el pico mientras trataba de recuperar esos sentimientos y guardarlos otra vez en la oscuridad, en el lugar al que pertenecían…

Levantó el pico.

Y lo dejó caer sobre el pecho de Oliver.

Taladrándole el corazón.

Pero.

Pero.

El pico se enterró en la piedra del altar. No había piel, ni hueso, ni

carne. La punta chocó contra la piedra dura. Clinc.

Oliver había desaparecido.

Jed no tenía ni idea de lo que estaba pasando. Se quedó allí de pie, sufriendo al ver a Oliver colocarse sobre esa piedra, vulnerable, viendo cómo una versión de sí mismo pero mayor lo ataba al altar. Presentándose voluntario para el sacrificio. Pero, mientras lo hacía, Jed tenía la sensación distante de que todo aquello también formaba parte del plan. De que todo saldría bien.

Y luego Oliver desapareció. Puf.

Como si nunca hubiera estado allí. Las cuerdas cayeron por el borde del altar. Jake las miró desconcertado y se tambaleó, como si le hubieran dado una torta en la cara. El monstruo se quedó contemplando el altar horrorizado.

Igual que todos los demás.

Igual que el otro chico que llevaba el arma.

Igual que el agente de policía que llevaba el cuchillo.

Igual que Caleb, que estaba atado a la silla entre las rocas aserradas.

Todos miraban el altar.

«Esta es la mía», pensó Jed.

El chico que llevaba el arma era el más peligroso…

Y se dirigió hacia él.

Jed corrió hacia el que se llamaba Alex Amati y lo tiró a las rocas. Aquel idiota grande y torpe cayó cuan largo era hacia los afilados cantos. El arma que tenía en la mano repiqueteó por el suelo.

Jed rio.

«Te pillé, gorila —pensó, desatado—. Todo esto forma parte del plan.»

«Esto no forma parte del plan», pensó Oliver.

Ya no estaba en el altar.

Ya no estaba en el roquedal, ni en el parque, ni en Pensilvania, o puede que ni en el planeta.

Se preguntó si estaba siquiera en la realidad.

Conocía el lugar. Era el vacío: una zona de contusión, morada e infinita, un hematoma ennegrecido lleno de estrellas rotas, rocas y

dientes.

A su alrededor, aquel gran vacío llenaba una extensión que parecía casi infinita. Las estrellas flotaban en los márgenes, borrosas y extrañas, como si se viesen a través del cristal de una ventana cubierto de vaselina. Los colores también danzaban por el lugar, alrededor de esas estrellas y también entre ellas. Colores y también sombras. Sombras como las que veía dentro de las personas: líquidas y elásticas, fluyendo por aquí y por allá. Sombras parecidas al dolor.

Algo flotaba junto a él: una botella. Un líquido ambarino salpicaba en el interior. La etiqueta rezaba WHISKY JACK KENNY. Giraba despacio por los aires, por los «aires», junto a él. Después apareció otro objeto: un cuaderno ajado y viejo. Oliver lo cogió al vuelo con el brazo y supo al instante de qué se trataba. Era el mismo libro que tenía Jake. El registro. Ese volumen sacrílego.

Y también su libro de hechizos.

El libro de los accidentes.

Oliver no se paró a leerlo. En lugar de eso, empezó a arrancar las páginas, una a una, con más rabia cada vez; páginas que revolotearon a su alrededor mientras se alejaban, a cámara lenta, como si estuviese bajo el agua.

El vacío se agitó a su alrededor.

Algo se movió en las profundidades. Una sombra gigantesca que cruzó frente a las estrellas y bloqueó la luz que emitían.

«No estoy solo en este lugar», pensó, horrorizado.

—Cabrón —siseó Contrino. Agitó con rabia el cuchillo de caza sin dejar de mirar al anciano que había tirado al suelo al otro chico—. No te muevas —le dijo a Fig mientras le tocaba la cabeza con la hoja del arma blanca.

Fig sintió la muerte detrás de él, una sombra grande y gris a la espera. Se le ocurrió de repente que aquello era como plantarse en la trayectoria de un tsunami, una ola revuelta de un color vino oscuro que se alzaba para luego romper sobre ti, para enterrarte en la playa, retorcerte todos los huesos y reducirlos a esquirlas de vajilla rota antes de arrastrarte otra vez hacia el mar hambriento. Pero la ola, la sombra, aún no había caído sobre él.

Y Fig tenía un as en la manga.

Por eso, cuando Contrino empezó a alejarse…

Hizo lo más sencillo y estúpido que se le ocurrió.

Hizo que el puto cabrón tropezase. Extendió el brazo, le agarró el pie y tiró hacia atrás con todas sus fuerzas. Contrino gritó mientras caía hacia delante y se golpeaba de cara contra una roca. Gruñó de dolor, lo que, lejos de achantar a Fig, le infundió valor.

Fig gruñó y se afanó por colocarse sobre Contrino antes de que pudiese levantarse. Después empezó a golpearle, a pesar de que la herida del vientre no había dejado de sangrar. Contrino se agitó debajo de él e intentó empujarlo hacia atrás, y ambos se retorcieron entre las rocas. El cuchillo se clavó una y dos veces en el bíceps de Fig, y luego una tercera vez por el antebrazo, y una cuarta entre las costillas. Sintió que el aire escapaba de su interior. Pero su última acción fue…

Extender el brazo y agarrar por la oreja a ese gilipollas…

Y después estamparle la cabeza contra una roca.

Contrino se estremeció una vez y luego dejó de moverse.

Fig oyó un gorjeo sibilante que emitía él mismo e intentó recuperar el aliento. Pero sus respiraciones no eran completas, sino poco más que unas bocanadas vacías. Apoyó la cabeza en el suelo frío y húmedo. La ola gris se alzó, cubrió el cielo, detuvo la lluvia y le robó el aliento antes de caer al fin sobre él.

El libro de los accidentes quedó reducido a páginas ajadas y pedazos de papel que eran poco más que serpentinas y confeti. Y el vacío explotó y todo quedó en negro. La oscuridad se extendió como tinta sobre un pergamino.

Las sombras se alzaron frente a él, como el susurro de unos mirlos que luego se convirtió en una oleada de serpientes, después de gusanos y terminó por ser patas de araña. Su cuerpo era más oscuro que todo lo demás, pero también estaba más iluminado; la luz revoloteaba por su epidermis como si tuviese vida. Nadó frente a Oliver y la voz no dejó de resonar, de culebrear por su cabeza como la raíz de una planta invasiva.

«Este no es tu lugar, chico», decía.

—Tampoco el tuyo —repuso Oliver. Tenía miedo. Y esa cosa le rugió, y sus zarcillos y extremidades se hincharon y endurecieron mientras lo señalaban y lo rodeaban. El aire se llenó del ruido de una rabia descontrolada. Y Oliver gritó, por encima de todo lo demás—: No puedes hacerme daño. No me das miedo. Necesitas que me muera, ¿verdad? ¡En esa piedra!

La cosa se enroscó y volvió a esa masa que no dejaba de retorcerse y culebrear.

«No lo entiendes. Hay que romper la rueda. Hay que partir el eje. Dios ha hecho que este lugar esté destrozado. Te lo mostraré.»

Y luego la cabeza de Oliver se llenó de maldad: atrocidades y asesinatos y suicidios y fosas comunes, pero Oliver consiguió resistir y se mordió los carrillos hasta que empezó a notar el sabor de la sangre. Y luego respondió con otras imágenes: su madre y su padre y sus amigos, niños que jugaban, las estrellas alrededor de una luna llena y audaz. Y recordó las cosas buenas que había visto hacer a la gente por los demás: alguien ayudando a un vagabundo a ponerse en pie para luego darle comida y refugio, un desfile del Orgullo en la televisión, flores para las personas que estaban en residencias de ancianos, como las que solía regalar su madre.

«¡Volveré a crear el mundo! —aulló esa cosa—. Arreglaré lo que Dios ha roto. No me detendrás, imbécil, microbio insignificante.»

Después volvió a atacar y capturó a Oliver con esos zarcillos de sombras.

Y luego ocurrió algo absurdo cuando una cosa empezó a flotar entre ellos. Fue como una interrupción cómica y extraña provocada por un ojo humano, con el nervio óptico y la carne que lo rodeaba detrás, que flotó despacio de izquierda a derecha.

Y Oliver lo comprendió en ese momento.

Era absurdo, pero aquello lo ayudó a entenderlo todo.

—Esto no es un Lugar Intermedio —dijo en voz alta al demonio—. Estoy dentro de él, ¿verdad? Esto no es un vacío. Es donde alberga todo su dolor. Todo, incluyéndote a ti.

«CHINCHE. MOTA DE POLVO. No entiendes NADA.»

—Ahora sí que lo entiendo. Eres un parásito. Una infección —dijo

Oliver, aletargado—. El dolor y tú sois la misma cosa.

Esa bestia enorme cubrió el vacío una vez más.

Fue a por Oliver, con todas sus extremidades convertidas en hojas afiladas, como si ya no le importase matarlo ahí, ansiosa e impaciente por verlo morir.

Un puño chocó contra los riñones de Jed, como si alguien hubiese arrancado la luna del cielo con la intención de lanzársela. Alex Amati se colocó sobre Jed mientras caía.

—No necesito una pistola —gruñó Alex.

Agarró a Jed, lo levantó y luego lo lanzó contra una roca con fuerza, y las costillas de Jed cedieron. Sintió cristales rotos en el pecho, y cada respiración era como si le clavasen muchos cuchillos. Recorrió el suelo con las manos en busca de algo a lo que aferrarse…

Alex lo volvió a coger y lo levantó otra vez, más alto que antes. Lo giró y le dedicó a Jed un rostro maniaco y retorcido. Tenía los tendones del cuello tensos como las raíces de un árbol. Y apretaba tanto la mandíbula que parecía que los dientes iban a explotarle como palomitas de maíz.

Y Jed…, bueno.

Jed empezó a reír.

Alex puso los ojos como platos.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Has perdido la pistola —dijo Jed, sin dejar de reírse. Y con cada carcajada sentía un millar de pinchazos de puro dolor.

—¿Y qué?

—¡Que la tengo yo!

Y apretó el gatillo del arma que tenía en la mano. No una vez, sino tantas como fue capaz; y con cada bala, Alex se estremecía como si cada una fuese un puñetazo en el pecho.

Y luego aquel gigante cayó al suelo y arrastró con él a Jed. Como un árbol que se derrumba. Bum.

Jed se quedó en el suelo, aún riendo un poco, y también soltando algunas lágrimas. Pero el triunfo le duró poco.

Sintió una presencia detrás de él. El chico, su antiguo… amo. Ahora que recapitulaba sobre su relación con Jake, descubrió que había sido

como el Renfield del Drácula que era él, ¿no? El rarito comemierda, que era más patético y penoso que un monstruo, ya que al menos los monstruos hacen lo que se supone que tienen que hacer. Pero Jed siempre había pensado que Renfield era mucho peor que Drácula. Y, en definitiva, en eso se había convertido. Jake había visto algo en él, había descubierto su debilidad. Lo había calado bien. Y después había usado eso para convertirlo en algo irreconocible.

Pero ya se había acabado. Ahora no sentía dolor. Se sentía libre.

Jed se puso en pie entre gruñidos y agotado. Después se giró hacia Jake.

El chico con aquel ojo extraño no dejaba de estremecerse, como si tuviera frío. Se sentía enfermo y temblaba como si tuviese fiebre o le estuviera dando un ataque. No dejaba de girar y girar el pico en la mano.

—Jake —dijo Jed—. ¿O prefieres que te llame Oliver?

—Soy Jake. —Cuando lo dijo, le castañetearon los dientes. En ese momento, Jed vio que el ojo de muchos colores se había quedado fijo en uno de ellos: el rojo. Una luz carmesí ardía en su interior—. ¡Jake!

—Bueno, pues ya no te pertenezco, seas quien seas. Oliver me ha salvado. Da igual lo que me hagas. Me ha salvado.

—No te ha salvado ni de coña. Eres débil, anciano. Un asesino débil, triste y consumido. Un fracasado.

—Yo diría que aquí el único fracasado eres tú, chico. Puede que digas que no eres Oliver, pero sí que lo eres. Está dentro de ti, en algún lugar. ¿No es así?

Jake alzó el pico.

Jed cerró los ojos.

Y luego… Nada.

Jake dijo:

—Tienes razón. Dios, anciano. Tienes razón.

Sonrió. Y, en ese momento, Jed supo que algo iba mal.

Llegaron los cuchillos. Oliver sabía que lo iban a rajar. El demonio, el parásito que vivía dentro de la mente de Jake, había perdido la razón. Oliver sabía que era quien le había mostrado cómo poner fin al mundo, pero la rabia lo había sobrepasado y ahora estaba decidido a

matarlo. Oliver no quería morir, claro, pero al menos sabía que morir ahí significaría dar por concluidas las manipulaciones de Jake y de esa criatura. Cancelaría el apocalipsis, ya que moriría en ese lugar y no en la piedra altar.

Y luego, mientras la bestia se abalanzaba sobre él a través del vacío con miles de cuchillas apuntadas en su dirección…

Una mano apareció de la nada.

Cogió a Oliver por la garganta y…

Tiró de él.

El regreso repentino al mundo lo dejó desorientado. Desaparecer del vacío dejó a Oliver tambaleándose y con la vista borrosa, con las entrañas revueltas. Jake lo sujetó con fuerza, con una mano al cuello. Le cerró la tráquea mientras él hacía todo lo posible por respirar. Pataleó mientras Jake lo levantaba del suelo.

Y luego lo lanzó contra el altar. Vio las estrellas, y Jake lo inmovilizó en aquel lugar, con la mano aún alrededor de su cuello y la otra en el pico.

Oliver oyó el grito de Jed y vio un borrón que se dirigía a toda velocidad hacia Jake…, pero solo fue capaz de murmurar:

—Jed, no.

«Yo tengo la culpa —pensó—. Sé lo que tengo que hacer.»

El pico volvió a alzarse. La punta afilada brilló a la luz de la linterna.

Oliver extendió el brazo y formó una garra con los dedos.

La acercó al ojo de Jake.

Pero en realidad no era el ojo de Jake, ¿verdad?

Oliver lo supo en ese momento. Todos los magos tenían sus trucos, y todo truco nacía de un engaño. Y aquel era el engaño en ese caso. Oliver hundió los dedos en el tejido blando y cicatrizado que rodeaba aquel orbe camaleónico, y supo que no se trataba del ojo de Jake, porque el ojo de Jake estaba en el vacío. Era el que había visto en ese Lugar Intermedio dentro de él. Si el ojo real estaba ahí dentro, ¿qué era lo que había visto en su cara? ¿Qué era ese ojo falso que tenía en la cuenca?

Era como el corcho de una botella. Lo que contenía todo cuanto albergaba en su interior, la criatura, el demonio, lo que narices fuese. Un parásito. Jake era como la cáscara de un huevo, su ooteca, su tumor, su hogar. Y el ojo era la cerradura de esa puerta, lo que lo mantenía todo ahí dentro.

Oliver tiró con fuerza y lo arrancó del rostro de Jake con unos arañazos húmedos.

Jed lo vio todo. Vio a Oliver aparecer de la nada, cómo Jake lo agarraba por la garganta para empujarlo contra el altar. Vio cómo alzaba el pico de minero. Y se apresuró, se lanzó sobre él para detenerlo, a sabiendas de que tenía que matar a Jake antes de que acabase con Oliver en esa piedra dejada de la mano de Dios…

Y luego Oliver le arrancó el ojo a Jake, con un movimiento parecido a un zarpazo. Arriba, dentro y fuera. El ojo explotó como si fuese una uva podrida.

Oliver se limpió algo húmedo de las manos y luego se arrastró hacia atrás, lejos del altar.

El otro chico se quedó allí de pie unos instantes, conmocionado. Abrió y cerró la boca, y emitió un ligero siseo. El agujero de su rostro era un vacío negro y oscuro. La luz de la linterna iluminaba los bordes mojados de la cuenca.

—Jake —llamó Jed en voz baja.

Dio un paso hacia él, por si… Lo cierto era que no sabía muy bien por qué. Por si tenía que cogerlo. Al fin y al cabo, Jake aún era un monstruo, ¿no? Jed sabía que aún era capaz de cualquier cosa.

Jake se agitó y castañeteó los dientes. Cla-cla-clac.

Envaró el cuello y luego la espalda.

Después, la cabeza rebrincó hacia atrás y dirigió la mirada hacia los cielos…

Y por la cuenca vacía del ojo brotó un géiser de fluido negro. Como el petróleo. Como la sangre vieja. Jake aulló. Luces, unas luces brillantes, surgieron de esa fuente de oscuridad (y luego Jed se daría cuenta de que eran noventa y ocho luces, que salieron disparadas como fuegos artificiales cargados con fantasmas en lugar de pólvora, frus, frus, frus). Una botella salió disparada hacia los cielos y cayó

para hacerse añicos contra las rocas. Crac. Las páginas de un libro salieron desperdigadas por el viento, manchadas de rojo, y empezaron a caer. Un bate de béisbol empezó a rebotar contra las piedras. Una pistola giró para luego perderse en la distancia. Fotos viejas. Un pedazo de carbón oscuro. Un anillo de bodas. Y con cada uno de esos objetos, el chico gritaba más y más, aullaba y aullaba, hasta que…

Hasta que salió algo más. Algo muy grande y muy enfadado.

«El parásito.

»El demonio.

»Está aquí», pensó Oliver.

Unas piernas y unos zarcillos se alzaron de ese géiser y se clavaron en las mejillas y la frente de Jake para apoyarse. El rostro del chico se hinchó de manera imposible mientras esa cosa salía de su interior. Y siguió saliendo. Un cuerpo enorme y parecido al de un gusano, que se hinchaba más y más al salir. Unas alas se desplegaron. Unos huesos burbujearon en su superficie. Mil hormigas salieron del fango que era su carne, se esparcieron en serpentinas.

El cuerpo de Jake cayó al suelo, inerte. La bestia se había liberado.

Se giró hacia Oliver. Se formaron cientos de bocas, un brillo quelícero y repiqueteante que habló con un susurro gutural:

—Casi ganas. Has estado cerca, mota insignificante.

Oliver se dio la vuelta e intentó alejarse a cuatro patas.

Pero algo se le deslizó por el tronco y volvió a arrastrarlo al altar. Otro tentáculo se extendió para coger el pico que había caído y lo giró con naturalidad para colocarlo en la dirección adecuada.

—El mundo no acabará si me matas —dijo Oliver, desafiante—. Tenemos que hacerlo él o yo. No alcanzarás tus objetivos.

—No —siseó el demonio—, pero disfrutaré de tu muerte.

Oyó algo detrás de él, y luego vio un estallido de luz.

Después vio formas. Formas con alas. El cielo que se movía.

«Búhos —pensó Oliver. Y lo supo al instante—. Mamá.»

79

Vigilante fatídico que da las más solemnes buenas noches

Poco después, Oliver se lo describiría a su madre de esta manera: diría que le recordó a una ocasión en la que era pequeño, tal vez con siete u ocho años, y tiró una roca a un viejo nido de avispas que había visto colgando en el parque Fairmount. Pero, aunque aquel nido era viejo, no se podía decir que estuviese vacío y, en palabras de su madre, contenía una «barbaridad» de avispas. Lo atacaron mientras él las golpeaba una a una cada vez que se abalanzaban en su dirección en busca de un poco de piel en la que clavarse. (Y muchas lo hicieron. Ese día terminó con veintitrés picotazos, algunos de los cuales le dejaron una pequeña cicatriz.)

Los búhos golpearon al demonio igual que las avispas habían ido a por él ese día, uno a uno, pero sin ningún aguijón que clavarle. En lugar de eso, se abalanzaban con las garras por delante y arrancaban pedazos de esa cosa, coágulos de vísceras, partes de esa sombra. Después se marchaban con esos pedazos, aunque Oliver no tenía ni idea de adónde iban. Y volvían una y otra vez, sumidos en un inquietante silencio mientras despedazaban al demonio. Oliver era incapaz de quitarles ojo de encima a los búhos, que no estaban hechos de plumas y garras, sino de madera tallada por su madre y, en parte, por él mismo. Redujeron al monstruo pedazo a pedazo, hasta que acabaron con gran parte de él. Pero los búhos no fueron los que terminaron con él.

Debajo de todo ese barro y de toda esa sombra esperaba un rostro: un rostro humano, con la piel tan blanca como el hueso y la porcelana, una nariz aguileña y un par de gafas. Las facciones también cambiaron, y la topografía de su faz dio lugar a caras diferentes, de la

de Graham Lyons a la de Nate Graves, pasando por otras que Oliver no reconocía, aunque temía que algunas de ellas fueran la suya. La cosa se lanzó hacia él para coger el pico que había dejado en el suelo, pero el pico había desaparecido. Cuando el demonio se dio la vuelta al oír un ruido, se vio cara a cara con el enemigo que lo había atacado con esas trece aves, con esos búhos de picos y garras negros. Maddie Graves estaba allí en pie, frente a una puerta hecha de paja y de ramas, con dos goznes hechos de piedra y un picaporte que era una roca del tamaño de una pelota de béisbol. Tenía el pico en la mano. El demonio le siseó y ella giró el pico…

Y luego lo clavó en el cráneo de la criatura.

Se convirtió en moscas y en cosas que se escabullían.

Y Oliver se desmayó.

80

El erradicador de pecados

Se había terminado, pero no del todo, claro.

Este tipo de cosas siempre se las ingeniaban para no terminar, para quedarse rondando y pasar de una persona a otra. Amor y dolor, trauma y esperanza, luz y oscuridad. Dando vueltas y vueltas, algunas como obsequios y otras como maldiciones. La máquina que chirriaba en su propio eje. Un ciclo de algo creado, algo roto que con suerte se recompondría.

Llegó un día de ese mes de junio, caluroso y ventoso, con una brisa sedienta como un perro en el desierto, en el que Oliver encontró a su madre en el exterior de la casa plantando caléndulas. («Un acto desesperado en un día como este —había dicho antes de salir al exterior—. Pero no podemos dejar de ser optimistas, joder.»)

Oliver le preguntó si podía ayudarla, y ella le había respondido que claro, y luego le había pedido que le fuese a buscar los guantes. Él había ido a por ellos. Al regresar, empezó a espolvorear las bolitas de fertilizante. «Las vitaminas para las flores», como las llamaba su madre. Las metió en los agujeros antes de que ella colocase allí una planta.

—He estado pensando —dijo Oliver.

—¡No me digas! —bromeó ella—. Eso nunca es bueno.

—Calla. Esto sí es bueno. Ya verás.

Después Maddie habló en un susurro teatral:

—Alerta de *spoiler*: no es bueno.

—¿Quieres esperar a que te lo diga?

Ella se columpió sobre los talones y dijo:

—Venga, dispara.

—Son tres cosas.

—Dios mío, dame fuerzas. ¿Tres cosas? ¿No podría ser solo una?

—No. Las cosas vienen de tres en tres. No sé… Es como una ley cósmica.

Ella parpadeó para quitarse un poco de tierra del ojo, que le cayó en la mejilla. Se la limpió con el pulgar.

—Suéltalo ya, chaval.

—Lo primero: quiero ir a ver a Jake.

Maddie sintió que se le ruborizaban las mejillas.

—Olly, ya hemos hablado del tema…

—Es seguro hacerlo.

—Está en la cárcel. —Como tenía que ser. Ese adolescente imbécil había liderado una secta, una campaña de terror y asesinatos contra su hijo. Había hecho desaparecer a su marido. Quería destruir el mundo. Maddie no había llegado a procesar del todo lo que había visto en el transcurso de aquellos sucesos, ni tampoco lo que ella había hecho. Pero en el fondo sabía que había sido real. Y, aun así, le resultaba muy extraño. Imposible. Parecía algo salido de un sueño, como si el mero acto de admitirlo lo convirtiese en algo más ajeno—. Que se pudra ahí dentro —zanjó.

—Va a pudrirse ahí dentro. Pero creo que… creo que debería hablar con él. Es yo. O era. No sé. A lo mejor consigo ayudarlo. Gran parte de lo que había en su interior ya… no está. Creo. O eso espero.

Esa noche en el roquedal, Jake había acabado con vida, temblando, farfullando y destrozado. Oliver había dicho que lo habían «vaciado». Le explicó a Maddie que Jake había guardado el demonio en su interior durante tanto tiempo que sin él estaba perdido. Y el demonio también había terminado por depender de él. Le había dado forma, una vida, un propósito. Sin eso en su interior, no era más que un títere sin mano dentro.

—Tiene que quedar una persona ahí dentro, mamá. Permiten las visitas y ya he ido a ver a Jed…

Maddie suspiró.

—Vale. Pero solo una vez. Y te llevo yo en coche, no Caleb.

—Trato hecho.

—Bien.

—Pues resulta que lo segundo está relacionado con lo primero…, más o menos…

—Señor, ten piedad.

—Me gustaría aprender a conducir.

Un estallido espontáneo de carcajadas brotó de Maddie.

—Oh, Olly, cariñito. No sé si estoy lista para tanto estrés. Creo que prefiero enfrentarme a otro posible apocalipsis.

—Venga ya. Cumplo dieciséis años el mes que viene. Y ya puedo empezar a sacarme el carné…

—Mi niño. Conducir. Hostia puta.

—Soy muy responsable y, la verdad, es que ayudaría a tener un poco de independencia y a dejar de necesitar a mis compañeros, que no son más que unos adolescentes malcriados, revoltosos y poco fiables…

—Caleb te lleva en coche, y nos gusta Caleb, ¿recuerdas?

—No puedo depender de Caleb toda la vida.

—Buf. Dios. ¿Tan vieja soy? Joder, sí que me estoy haciendo vieja. Olly, ¿por qué tenías que hacerme esto hoy? Un hijo de dieciséis años. Conduciendo. ¡Conduciendo!

—No eres vieja. Es que yo… me hago mayor.

Maddie clavó en la tierra la pala que había estado usando. Ras.

—El tiempo no perdona a nadie, chaval. Dios. De acuerdo. Ya has conseguido dos de tres. Es una buena proporción. De hecho, ¿por qué no lo dejamos ya? Pasa de la tercera de esas cosas que querías decirme y ya me la cuentas dentro de unos años.

—Sé el lugar exacto donde podrías enseñarme a conducir.

Y luego oyeron un camión que se acercaba a la casa. Justo a tiempo.

Era Fig.

—No digas nada —dijo Maddie mientras se ponía en pie.

Hizo un gesto para que Oliver la acompañase y los dos salieron a saludar a Fig, que aparcó y se bajó del camión con una mueca. Las heridas de aquella noche en el parque habían estado a punto de matarlo. De hecho, Fig estaba convencido de que iba a morir y hasta contó que había alzado la vista hacia lo que describió como una

batalla entre ángeles del bien y del mal que transcurría a su alrededor, unas cosas voladoras que desgarraban a una mole negra que no dejaba de retorcerse.

Maddie le dio un abrazo. Y él se detuvo a estrechar la mano de Oliver.

—He parado para comer y se me ocurrió que podía pasarme para contaros las noticias.

La sonrisa se extendió por el rostro de Maddie como un incendio.

—Fig, espero que como mínimo sea que Zoe va a dar a luz, porque si no…

Él rio.

—El bebé viene con un poquito de retraso, por lo que mañana le harán la cesárea. Esas eran las noticias. Pero no todas. A Zo y a mí nos gustaría que fueses la madrina de la niña, Maddie.

Maddie no dijo nada en un primer momento. Se quedó allí en pie, temblando un poco. Y luego hizo un ruido, que sonó como si la felicidad estuviese viva y aquella fuese su llamada de apareamiento para atraer otra felicidad y dar a luz a más felicidad aún. No estaba segura de haberse oído gritar así antes, pero después de lo que había pasado intentaba disfrutar al máximo de las buenas noticias.

La esperanza siempre florecía copiosa después del miedo.

—Creo que eso es un sí —dijo Oliver, con una sonrisa.

—Estoy lista para ser la consejera espiritual de tu hija —añadió Maddie, con un brillo de emoción en la mirada.

—No estamos interesados en la parte espiritual, solo en la de que estés ahí cuando te necesite. Y nada de enseñarle tacos.

—Joder, no sé si puedo prometértelo… —respondió Maddie.

—Y tú —le dijo Fig a Oliver—. ¿Te gustaría ser… el tío honorífico de la niña?

Y entonces le tocó el turno a Oliver. Él no soltó un gritito, pero sí que sonrió de oreja a oreja, reluciente como el sol de la mañana.

—Cuenta conmigo. Seré el mejor. Un buen tío. A ver, no me refería a «buen tío» en ese sentido, sino que seré su tío y lo haré lo mejor que pueda, ya me entiendes. Seré un tío excelente…

—Gracias, chicos. —Otra ronda de abrazos—. Zo habría venido en

persona a pedíroslo, pero se ha alterado mucho cuando le han dicho que nacería mañana. ¿Queréis venir? Será bien temprano, por lo que podríais pasaros por el hospital por la tarde, pero supongo que sería mejor que llamaseis primero, por si acaso. Por si está durmiendo.

—Yo tengo una exposición que preparar, pero es temprano. Nos dará tiempo de comprar el peluche más suave y adorable, y también una buena cantidad de pañales —dijo Maddie—. Cuenta con ello.

Fig asintió.

—Gracias. Por todo.

—Gracias a ti también —dijo ella.

Se abrazaron durante un rato. Era muy agradable. Él les preguntó si ambos iban a estar bien, y los dos dijeron que sí. Al fin estaban todo lo bien que uno podía estar en esas circunstancias. Aunque Maddie sabía que, sin Nate, nunca estarían bien del todo.

Fig no tardó en marcharse y sacar el camión de la entrada.

Maddie y su hijo se quedaron allí juntos de pie, frente a la casa y viendo cómo se marchaba.

—Muy bien —dijo ella—. Venga, ¿qué es lo tercero que querías decirme? Suéltalo, chaval.

—Me gustaría hacer un viaje por carretera contigo.

Maddie bufó.

—Un viaje por carretera. Bien.

—Yo… —Maddie vio que le costaba mucho expresarlo. Lo vio hacer acopio de todas sus fuerzas—. Mamá, no soy como el resto de los niños. O de adultos. O… Esto… O de la gente.

—Lo sé.

—Sabes que puedo ver… el dolor de la gente, ¿no? Y también puedo encargarme de él.

Maddie arqueó una ceja.

—Sí, ya me lo has explicado.

Le había contado cuál era su poder poco después de que se produjeran los acontecimientos de esa noche. Maddie siempre había sabido que su hijo era especial y, cuando Oliver se lo contó, no se puede decir que se sorprendiera demasiado. La doctora Nahid, con la que aún tenía consulta todos los meses, muchas veces por Skype, dijo

que se debía a una empatía desorbitada y que eso no iba a cambiar nunca. Pero la buena doctora no sabía hasta qué punto se podía considerar desorbitada una empatía así.

Llegó el día, más o menos un mes después de la batalla de Ramble Rocks, en el que Oliver dijo que en el pasado había pensado ayudar a Maddie con su dolor. Pero aseguró que después de aquella noche el dolor de su madre había cambiado. No solo se había reducido, sino que también tenía un aspecto diferente. No estaba tan enfadada. Ya no se parecía tanto a «un elefante en una cacharrería», esas fueron sus palabras exactas.

—Me gustaría salir. Al mundo. Y puede que intentar ayudar a los demás. Descubrir si soy capaz de… eliminar todo lo malo que hay en sus vidas.

—Extirparles el dolor.

—S-sí…

—Chaval, ya sabes que hay gente que quiere ese dolor, ¿no? Puede que hasta lo necesiten. El dolor forma parte de lo que somos. No puedes destruirlo, ni tampoco esconderte de él. —«Como bien hemos aprendido nosotros»—. Es como lo de Jake. Le arrebataste algo que, para bien o para mal, necesitaba.

Él asintió.

—Lo sé. Pero a veces ese dolor empeora, como si fuese un cáncer, como si las células empezasen a matarse entre sí, que es lo mismo que le ocurrió a Jake. Y a veces es un dolor que te ha provocado otra persona, como si alguien te hubiese envenenado o algo así. Ese es el dolor que no está bien. Es como una especie invasora. Te hace daño. Y también puede hacer daño a los demás.

—Como le ocurrió a Jake —repitió ella.

—Sí.

«Dios, qué listo es mi hijo. —Demasiado listo. Maddie deseó que no lo fuese. Lo hacía más vulnerable. Todas esas grandes ideas. Y ese gran corazón—. Joder.»

Temía que sacarlo ahí fuera, de esa forma, sería… peligroso. Lo relacionaría con otras personas y, peor aún, lo mezclaría con sus vidas emocionales. Y eso era un territorio prohibido y arriesgado. Aún era

joven, muy joven. Ella casi no estaba lista ni para dejarlo conducir, y mucho menos para dejar que se entremezclase con las miserias de otras personas.

—No lo sé, chaval…

—Podemos irnos con el coche y ver qué pasa. También podrías enseñarme a conducir. Yo conocería gente y, bueno, quién sabe, a ver qué veo.

—Olly…

—Puedo ayudar a la gente. Como has dicho. Tú eres una hacedora, creas cosas. Yo también quiero hacer las cosas que se me dan bien.

Lo dijo con tanto ímpetu y tanta convicción que Maddie se quedó muy sorprendida. No estaba enfadado. Las palabras no habían surgido de su ego, ni de su ira, pero albergaban una confianza que no era demasiado habitual en él. ¿Qué iba a decir Maddie?

—Vale.

—¿Vale?

—No me obligues a repetirlo, ya fue bastante difícil la primera vez. —Se encogió de hombros—. Tengo algo de dinero ahorrado de unas buenas ventas en la galería. Podemos permitirnos un pequeño viaje como premio, así que hagámoslo. Pero tendrá que ser después de la próxima exposición, que tendrá lugar dentro de unas semanas. ¿De acuerdo?

Oliver la abrazó. Y ella resopló por la fuerza del abrazo antes de devolverle el gesto. Se quedaron así durante un rato.

—Tu padre estaría orgulloso de ti —dijo Maddie—. Ya lo estaba, y seguro que ahora también lo estaría. Al final serás mejor persona de lo que era él, y él era el mejor hombre que he conocido, chaval.

—Gracias, mamá. —Oliver aflojó el abrazo y bajó la vista hacia el espacio que separaba los pies de ambos—. ¿Crees que sigue por ahí?

—¿Tu padre? —Maddie respondió sin titubeo alguno—. Claro que sí. Estoy segura. No sé dónde. Ni tampoco cuándo. Pero lo conozco y sé que está por ahí y que hace todo lo posible por volver a casa.

Y ella también había intentado todo lo posible para hacerlo regresar. Todos los días, desde que tallara los búhos, Maddie se había dedicado a crear nuevas puertas. Lo había intentado en lugares

diferentes, en habitaciones diferentes, en el bosque, en la carretera. También con materiales diferentes: madera de árboles caídos, piedras de Ramble Rocks, pedazos de tela, huesos de un ciervo muerto que había encontrado en el bosque. Hasta había usado partes de la casa: tapicería, botones del radiador y grifos. También había pintado alguna de esas puertas. Unas las había hecho en las paredes de su casa, pero otras las había construido en el patio trasero, alzándose en mitad de la nada.

Ninguna de ellas se abrió jamás.

Solo llevaban hacia lo que se veía al otro lado. Una pared, el tronco de un árbol… o la nada. No a otros mundos.

Y menos aún a Nate.

Pero Maddie sabía que eran una buena colección para la galería. Las puertas se convirtieron en la temática principal de su siguiente exposición. Una pequeña parte de ella esperaba que, cuando hubiese terminado con ellas, cuando se las hubiese mostrado al mundo, se plantaría entre ellas y se abrirían todas al unísono.

Y en una de ellas volvería a ver a su marido, y Oliver recuperaría a su padre. Y su familia destrozada estaría completa una vez más.

EPÍLOGO

El hombre de los números

El conserje de la fábrica de pigmentos estaba pendiente de los números todos los días en el trabajo. Contaba los minutos. Contaba las veces que arrastraba la escoba. También había hecho todo lo posible por contar las cerdas de dicha escoba. Contaba las palabras que le decían, las grietas en el suelo de hormigón, las virutas de metal que caían sin remedio de la maquinaria, del mezclador de cizalla, las máquinas de dispersión de colorantes y de los cortadores de aluminio.

(El número de personas que le hablaban todos los días era inevitablemente el menor de todos. No le caía bien a los demás empleados. Lo sabía. Lo sentía. Y lo cierto era que ellos tampoco le gustaban a él, aunque intentaba con todas sus fuerzas ser amable y simpático para no hacerlos enfadar. No quería hacer enfadar a la gente normal. Pero también pensaba en lo que sentiría en caso de llevarlos al roquedal, tumbarlos uno a uno y abrirlos en canal. Sobre todo a esa secretaria rubia de pelo largo. Qué ganas tenía de rajarla, de arriba abajo, de un lado a otro.)

Al terminar las cuentas del día, fichaba en la máquina.

A veces pasaba por Ramble Rocks de camino a casa. En aquel lugar, en aquel mundo, era un anfiteatro al aire libre. Un lugar donde se celebraban conciertos, casi todos ellos de grupos de los alrededores, nada importante. El túnel también estaba allí y formaba parte de una zona subterránea donde se almacenaba equipo y esas cosas. Siempre estaba cerrado. Había conseguido colarse en una ocasión, con la esperanza de volver a casa, de encontrar allí al demonio esperándolo con los brazos abiertos y aliento a carroña. Pero no había nada. El personal del parque se había limitado a echarlo con unas linternas muy potentes.

Los pedruscos de Ramble Rocks también estaban allí, lejos y en la parte trasera del anfiteatro, entre plantas perennes con hojas en forma de aguja. También deambulaba por las rocas de vez en cuando, como un gusano que se arrastrase entre dientes rotos. Había algo que echaba en falta: la piedra altar. Había desaparecido. En su lugar no había nada, solo un espacio del todo vacío. No había rocas. Ni tampoco vida. Ni un bicho ni una planta. Solo un pedazo de tierra muerta y cuarteada.

Su casa era un apartamento situado encima del garaje de otra persona.

Vivía con lo justo. Comida enlatada y una cazuela. Un catre. Un retrete. No necesitaba mucho más. Sabía que, algún día, el casero le pediría dinero por la manera en que había destrozado las paredes del lugar; eso sí, el tipo era una momia vieja que solamente lo molestaba cuando había que pagar los gastos, e incluso en esos momentos se limitaba a dejarle una nota por debajo de la puerta. Las paredes estaban destrozadas porque había escrito muchas cosas, porque había clavado muchas chinchetas y porque había mucho hilo rojo.

Todas las fotos y los cálculos y las páginas rasgadas de libros de la biblioteca sobre demonología. Sabía que el demonio había desaparecido. Ya no hablaban. Había llevado una vida de comodidad burda y grotesca en los mundos caídos, aprovechándose de todo lo que encontraba, alimentándose con gula y cazando con pereza. Tenía acólitos y también víctimas. Era un buen mundo. Pero después lo había perdido. No, después había vuelto a ser lo que era antes, había regurgitado hasta un universo normal que no era el mismo al que pertenecía él. Era diferente. Las marcas eran raras: el vehículo que conducía era un Yorisaga Chevalier de 1998, una marca coreana que se fabricaba en Kentucky. En aquel mundo no había dos Coreas, no estaban divididas entre norte y sur. Solo había un país unido.

Aquel no era su mundo.

Aquel no era su hogar.

Y, por eso, su plan volvía a estar en marcha.

Había elegido a una serie de mujeres jóvenes. Aún no les había hecho nada, no había raptado a ninguna de ellas, pero sí que las había

vigilado con mucha cautela, les había hecho fotos a distancia y escrito muchas notas sobre ellas. En esta ocasión tenía que actuar más rápido, sin más dilaciones. Recolectarlas tan despacio era lo que le había dado problemas la vez anterior. Ahora ya había elegido a algunas de sus víctimas. Por el momento, tenía veintidós. Formaban parte de la ecuación. «Noventa y nueve, y el mundo acabará.»

«Todos los mundos.»

O eso esperaba.

Y podría abandonar aquel lugar y regresar, no al mundo en el que había nacido, sino al mundo en el que había caído, ese al que lo había llevado el relámpago. Su coto de caza. Su verdadero hogar.

Y ahora estaba ahí sentado admirando las fotos. Las tocaba. Se imaginaba las manchas de sangre húmeda. Las salpicaduras insaciables de las vísceras sobre las rocas.

Se preguntó si antes tendría que levantar una piedra altar nueva. Algo más sobre lo que pensar. Sintió un dolor de cabeza detrás de los ojos.

Luego: alguien llamó a la puerta.

—Largo —dijo.

Pero volvieron a llamar. Con más insistencia.

Se maldijo por haber dicho «largo», porque ahora la persona que estuviese al otro lado sabía que él estaba ahí. Y tendría que mantener la compostura. Cualquier actitud sospechosa volvería a asustar a la gente. Era muy importante que actuase con normalidad. Que fuese un tipo normal. Un trabajo de conserje. Un apartamento. Una vida. Nada que temer. No, señor. Nada que temer. Una persona honrada. ¡Sí! ¡Aquí todos somos normales! ¡Ja, ja!

Gruñó, se acercó a la puerta y la abrió.

—Lo siento. Ahora mismo estoy ocupado —empezó a decir, pero luego se detuvo de repente. Había un hombre. Un desconocido, pensó en un primer momento. Pero luego, no. No era desconocido. Le resultaba familiar una vez que se dio cuenta de los cambios—. Eres tú.

—Edmund Walker Reese —dijo el tipo, que cruzó el umbral.

A Edmund le pareció que estaba diferente. Más limpio. La barba bien afeitada. También el pelo bien cortado. La cicatriz de la cabeza

nunca se le iba a quitar, eso sí. Eso hizo que Edmund sonriese un poco, al menos. Pero fue una sonrisa que no duró demasiado al ver la pistola: un pequeño revolver de cañón respingón y verde azulado que no dejaba de relucir.

—¿Cómo me has encontrado, mosca cojonera? ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—El destino nos ha llevado al mismo mundo —respondió Nate. Amartilló el arma con el pulgar—. Qué curioso, ¿verdad? Hasta nos ha traído a la misma ciudad. Te vi un día. Te vi vigilando chicas en la heladería de Rosie que hay en el centro. Es curioso, ¿no? En el mundo del que venimos ese lugar era…

—La heladería de Rosalita —respondió Edmund con un esbozo de sonrisa.

—La de Rosalita era mucho mejor.

—Sí que lo era. Me gustaba el de ron con pasas.

Nate le disparó en el pecho. Edmund cayó hacia atrás. La caída no fue abrupta, sino suave y lenta. La sangre empezó a mancharle la camisa y sintió cómo se deslizaba por su entrepierna. El otro hombre, el asesino del asesino, se dio la vuelta para marcharse. Lo último en lo que pensó Edmund Walker Reese fue en que la puerta principal había cambiado. Vio un picaporte diferente, y también que era azul en lugar de roja. Los goznes también eran diferentes, como si estuviesen hechos a mano y no por una máquina. Como si alguien hubiese cogido dos latas de caramelos de menta y les hubiese dado esa forma a martillazos. Y el picaporte tenía la cara de un búho… ¿Tallado en madera? Nate también pareció sorprenderse al verlo, y la atravesó. La oscuridad de la muerte se apoderó de Reese, al fin, a través del tiempo y del espacio.

Edmund Walker Reese abandonó aquel mundo.

Y puede que el otro hombre también lo acabase de abandonar.

Posfacio y agradecimientos

Intenté escribir este libro tres veces.

La primera fue hace… Buf, a saber hace cuánto tiempo. Era una de las cinco novelas que tenía guardadas en un cajón, de esas tan malas que merecía que las tirase debajo de un camión que luego tendría que precipitar por una grieta oceánica, para evitar que la existencia de un libro tan terrible provocase una extinción masiva con una nube tóxica. En aquella época era un libro diferente, muy diferente, pero ya tenía algunas de las piedras angulares: una mina de carbón que daba mucho miedo, monstruos en la oscuridad, abusones que abusaban y maltratadores que maltrataban. Fue un fracaso por muchas razones. Yo era muy joven y tenía muchas inseguridades, e hice todo lo posible para que el libro fuese muchas cosas y tuviese la voz de muchos autores diferentes.

La segunda fue… Supongo que hará unos ocho años. No llegué ni a terminarlo. Escribí unas setenta y siete mil palabras, antes de que se desenrollara como un testículo roto. (Perdón si no sabíais que los testículos pueden desenrollarse. De nada.) Pues esta segunda novela era mucho más parecida a la que acabáis de leer: una familia que tenía dificultades, un tipo raro con barba suelto en el bosque (basado en parte en un sueño muy raro que tuve), una mina de carbón. También tenía más cosas, como una pistola de los nazis encantada. Joder, yo qué sé. Era muy raro. Pues encontré el borrador de la historia e intenté leerlo, pero no recordaba haber escrito ni una de esas palabras. Lo achaco al hecho de que escribo muchísimo, pero es probable que fuese porque el libro quería que lo olvidase. De hecho, puede que necesitase que no me acordara de él para ser capaz de escribir este. Puede que este libro haya recorrido el resto de los universos asesinando a sus contrapartidas. ¿Quién sabe?

Pero, por suerte, no lo olvidé del todo. Una parte de él sobrevivió dentro de ese nido de pájaros muertos que llamo corazón. Y, por alguna razón, hace poco empezó a agitarse, a volver a la vida una vez más. Lo que significaba que había llegado el momento de darle una tercera y, afortunadamente, última versión, que es el libro que sostenéis ahora entre las manos. (En físico, en digital o en vuestros oídos.) Esta versión me exigió vivir, arrastrarse fuera del túnel de Ramble Rocks y ser la historia que terminó por ser; una historia sobre…, pues no sé. Ciclos de maltratos y otras versiones de nosotros mismos y rompeolas emocionales. Sobre espirales y familia y errores y amor y empatía y…

Bueno, supongo que también sobre asesinos en serie y fantasmas que no son fantasmas en realidad, y también vacíos liminales entre los intersticios de la realidad.

Ahora que lo habéis leído, puedo decir que el libro tiene algunas cosas que están mal, y que las he puesto ahí adrede en su mayor parte, porque lo que habéis leído es un libro que solo representa una realidad, una que puede ser un poco diferente de la vuestra. (Espero que este posfacio sirva para reducir al mínimo los correos electrónicos diciéndome que no existe el Departamento de Caza y Pesca en Filadelfia, y que en realidad está dividido en dos, el de Caza y el de Pesca y Navegación.) También estoy seguro de que habré cometido más errores sin querer, pero si os sentís caritativos, achacadlo, por favor, a las REALIDADES ALTERNATIVAS. Gracias.

También me tomé mi tiempo con el borrador de esta novela. Era un libro con muchas ideas y pasé muchos meses dándole forma, por lo que se podría decir que las paredes de esta historia están formadas por una gran cantidad de versiones anteriores, ahí atrapadas con los fantasmas de las dos primeras iteraciones de la historia, que terminaron por no ser muy útiles. A veces los libros son así.

Creo que es algo que los escritores tendrían que saber. A la hora de escribir, a veces la historia fluye de forma rápida e indolora, como si desenvainases un arma blanca. Pero otras lo hacen de manera lenta, a borbotones que lo dejan todo manchado de rojo, como si quitases metralla de un cuerpo con una cuchara sopera.

Y a veces uno no está listo para escribirla. A veces la historia no está bien pensada. O a veces está lista pero tú, el autor, aún no eres el escritor que necesitas ser para ella. Y no pasa nada. Puede llegar a resultar descorazonador en el momento, pero eso es bueno. Tiene que ser así. Cada historia es un animal diferente, único y sin parangón, un ave poco común suelta en la espesura, la última de su especie. Y la tientas con comida que solo ella se va a comer, e intentas atraparla con argucias que solo servirán con ella. Es como un videojuego, como si aún no estuvieses listo para entrar en esa parte del mapa.

En el caso de este libro, se podía decir que no estaba lista porque no estaba acompañado de las personas adecuadas. Eso también es importante: un libro lo escribe una persona, pero la mayoría de las veces es fruto del trabajo de muchas más. Y ahí es donde entran mis agradecimientos.

Primero, a Tricia Narwani, la editora del libro, que escuchó con educación mientras yo le soltaba entre balbuceos este rollo aleatorio y chapucero que quería convertir en una historia. Al parecer, no estuvo tan mal, porque Tricia creyó en la historia, compró el billete, se subió a la atracción y, sin mano firme de editora, *El libro de los accidentes* hubiese llegado a las estanterías como algo deforme y tambaleante. (Algo así como ese feto de caballo aullante que aparece en *Cabeza borradora*.) También me gustaría dar las gracias a Alex Larned, asistente editorial, por hacer comentarios inteligentes y empáticos para mejorar el libro. Y, como no, a mi agente Stacia Decker, quien conoce muy bien las historias y sabe cómo clavar un cuchillo en las partes blandas y peor formadas. Gracias también a mis amigos y compañeros autores, como Kevin Hearne y Delilah Dawson, por dejarme hablar sobre este libro e intentar darle sentido.

Y, por supuesto, gracias a ti por leerlo, tanto la novela como este texto tan raro del final.

Os deseo paz y salud en estos tiempos tan peculiares, amigos.

Título original en inglés: *The Book of Accidents*

© 2021, Terribleminds LLC

Primera edición: octubre de 2022

© de esta traducción: 2022, David Tejera Expósito
© de esta edición: 2022, Roca Editorial de Libros, S. L.
Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.
08003 Barcelona
actualidad@rocaeditorial.com
www.rocalibros.com

Composición digital: Pablo Barrio

ISBN: 9788419283382

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.